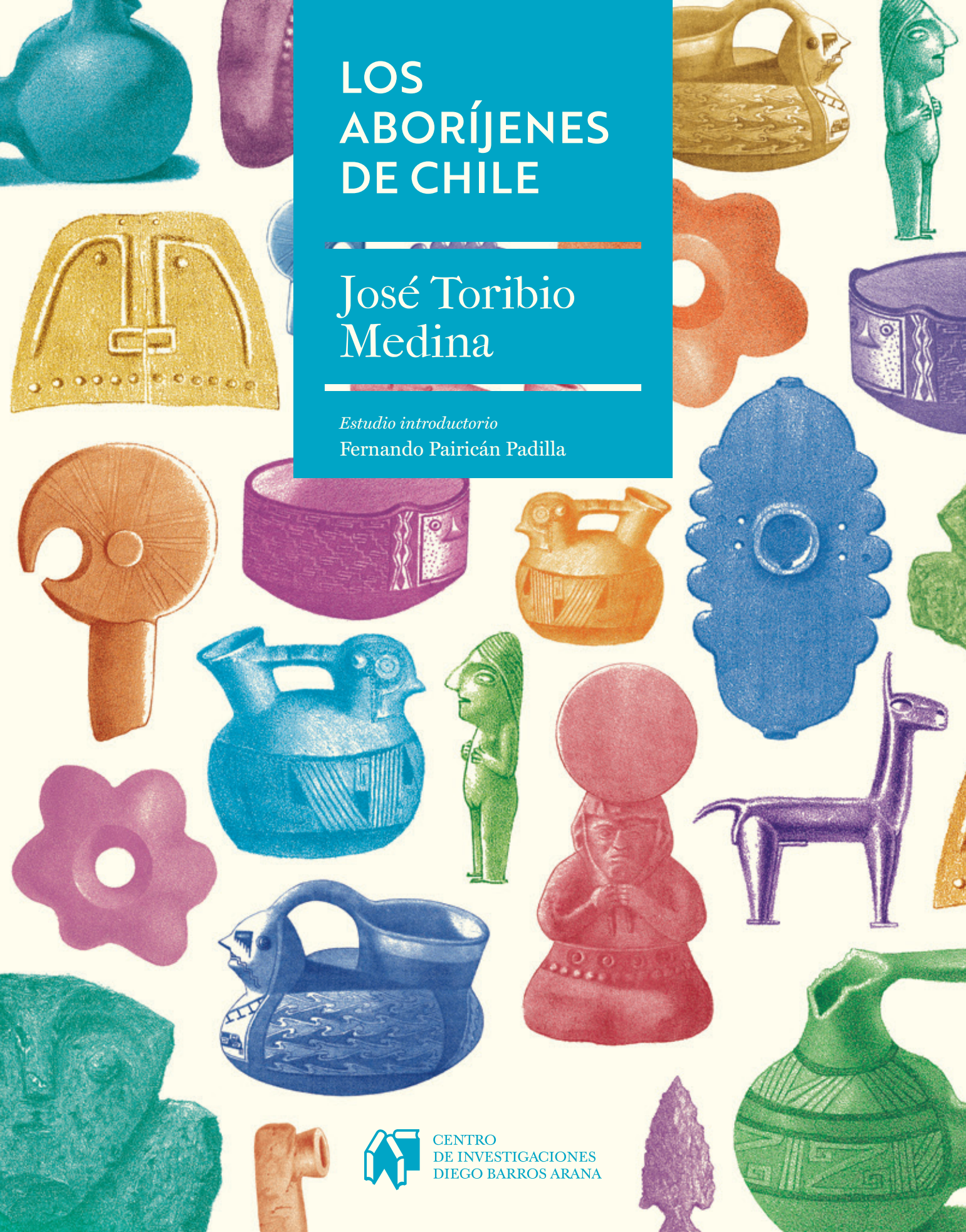
LOS ABORÍJENES DE CHILE

José Toribio Medina

Estudio introductorio
Fernando Pairicán Padilla



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

JOSÉ
TORIBIO
MEDINA
PATRIMONIO CULTURAL MUNDIAL
1925 - 2025

LOS ABORÍJENES DE CHILE

José Toribio Medina

© Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Biblioteca Nacional de Chile, 2023

Derechos exclusivos reservados para todos los países.

Inscripción n.º 2023-A-11718

ISBN 978-956-244-592-4

Ministra de las Culturas, las Artes
y el Patrimonio
Carolina Arredondo Marzán

Subsecretaria de las Culturas y de las Artes
Noela Salas Sharim

Subsecretaria del Patrimonio Cultural
Carolina Pérez Dattari

Directora nacional Servicio Nacional
del Patrimonio Cultural
Nélida Pozo Kudo

Directora Biblioteca Nacional de Chile
Soledad Abarca de la Fuente

Director Centro de Investigaciones Diego
Barros Arana y director editorial responsable
Rafael Sagredo Baeza

Edición y diseño
Arturo Molina Burgos

Editado en Centro de Investigaciones Diego Barros Arana
Avenida Libertador Bernardo O'Higgins n.º 651, Santiago
Teléfono: +56229979768
www.centrobarrosarana.gob.cl
Santiago de Chile

Impreso en Chile ✲ *Printed in Chile*

LOS ABORÍJENES DE CHILE

José Toribio Medina

Estudio introductorio
Fernando Pairicán Padilla

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Gobierno de Chile
Biblioteca Nacional de Chile
Instituto de Historia
Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política
Centro de Investigaciones Diego Barros Arana

José Toribio Medina (1852-1930), circa 1876.
Archivos documentales, Sala José Toribio Medina, Biblioteca Nacional de Chile.

ÍNDICE

Nota a la presente edición 13

Estudio introductorio de Fernando Pairican Padilla 17

Los aboríjenes de Chile [edición de 1882] 25

Prefacio 31

Capítulo I. Orijen del nombre de Chile 41

Capítulo II. Primeros pobladores de Chile 51

Capítulo III. Tradiciones 67

Capítulo IV. Razas primitivas 75

Capítulo V. La edad de piedra 91

Capítulo VI. Los araucanos I. 127

Capítulo VII. Los araucanos II. 153

Capítulo VIII. Los araucanos III. 193

Capítulo IX. Los araucanos IV. 255

Capítulo X. Los araucanos V. 317

Capítulo XI. La conquista incásica 355

Capítulo XII. La edad del bronce 373

Esplicacion de las láminas 455

Índice 465

Láminas 469

Anexos 551

Una lechuza simbólica. Contribución al estudio de los aborígenes de Chile 553

Papeletas de José Toribio Medina 561

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

El quehacer de José Toribio Medina (1852-1930) hoy se materializa en centenares de publicaciones y en la colección de libros, mapas, documentos y objetos que reunió y se conservan en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional de Chile. A través de estos es posible adentrarse en la heterogeneidad de temáticas y áreas del conocimiento que investigó el erudito chileno, además de la variedad de prácticas que significó llevar a cabo su labor: viajar, investigar, fichar, escribir, coleccionar, conservar, editar, imprimir y publicar, fueron algunas de sus ocupaciones. La magnitud de su tarea quedó de manifiesto en el desarrollo de temas inéditos en la historia y literatura nacional y americana. También, en la acumulación de fuentes que hoy hacen de la Sala Medina un referente fundamental para la investigación.

Con motivo de la conmemoración del centenario de la donación de José Toribio Medina a la Biblioteca Nacional de Chile, que incluyó la incorporación de su biblioteca y archivo, junto a la creación de la Sala José Toribio Medina que conserva esa colección, para así garantizar su acceso público y enriquecer de esta manera el patrimonio cultural mundial, la mencionada institución, en conjunto con la Pontificia Universidad Católica de Chile, publica esta reedición de la obra del erudito, nutridas con una serie de documentos disponibles en la mencionada sala que hoy lleva su nombre. Con esto, se pretende poner en valor el quehacer de la investigación y la producción de conocimiento, contribuir a la difusión de su trabajo y mostrar el impacto que trayectorias como las de Medina significaron para la cultura nacional, su proyección americana y mundial.

Esta nueva edición de la obra *Los aboríjenes de Chile*, publicada originalmente en 1882 y reeditada en 1952 con motivo del centenario del nacimiento del autor, pone a disposición del público un trabajo que constituyó una novedad tanto en el conjunto de las publicaciones de Medina como en los textos de la época que trataban sobre los pueblos originarios. El escrito del erudito pretendió insertar el estudio de estos pobladores en el desenvolvimiento histórico de Chile, como expresó el autor en carta a Domingo Santa María, entonces presidente del país, fechada el 1 de mayo de 1882. En la misiva, solicitó la protección del Gobierno chileno para la publicación, con el argumento de que se trataba de un libro, que constituía una «indispensable introducción al estudio de nuestra historia». Además, resaltó que

> nada aún se ha escrito sobre la materia entre nosotros, y que hoy ningún pueblo donde las luces alcancen un mediano grado de adelanto, dejará de apresurarse a registrar en su pasado, las antiguas condiciones de existencia, las diversas razas que lo han poblado, sus invasiones y conquistas, su antropología, su arqueología, su etnografía. etc., etc.

Como consignó en la introducción de su libro, la novedad de este radicaba en que la mayor parte de las obras modernas se referían a los pueblos originarios en el contexto de la conquista, habiéndose guardado «absoluto silencio sobre aquellos tiempos, si en verdad remotos, no por eso menos dignos de ser conocidos».

La publicación de *Los aboríjenes de Chile* impactó en el reconocimiento al quehacer de Medina. Desde entonces, se distinguieron sus aportes en el ámbito de la arqueología, de la antropología y como americanista. De hecho, en 1920, al ser invitado a enviar sus libros a la Biblioteca de la Sociedad de Americanistas de París, escribió a Paul Rivet, entonces presidente de la organización, indicando que «si por algún título he podido contarme entre los "americanistas", él no ha podido ser otro que mis *Aborígenes de Chile*», además de otros escritos circunstanciales de los primeros habitantes americanos.

Las condiciones de impresión explican otra de las razones que justifican esta nueva edición, pues —tal como señaló Medina— la riqueza de su trabajo no solo estaba constituida por el escrito, sino también por las láminas que incluye la publicación. El valor y reconocimiento de este libro, quedó de manifiesto en el hecho de que, para 1920, en la citada carta a Paul Rivet, el estudioso chileno señaló los problemas para conseguir ejemplares: «es punto menos que imposible encontrar alguno en el mercado de libros, y eso, muy de tarde en tarde, cuando ocurre alguna subasta». En 1925 escribió a Augusto Capdeville, a quien le indicó que «hace ya más de 30 años a que no tengo ejemplar alguno», afirmación que refleja la —desde entonces— escasa circulación de un libro que por su novedad, su costo y la proyección que le dio al autor era de difícil acceso.

La nueva publicación semifacsimilar restaura y entrega al lector el documento íntegro de 1882 con ortografía chilena o de Bello, encabezados, foliado, índice, erratas y descuidos de imprenta de la primera edición. Nuestro propósito es dar relevancia a una fuente histórica, conservando tanto su contenido como algunos elementos de su materialidad, fundamentales para el cultivo de diversas perspectivas de investigación, como la historia cultural, de la ciencia, del libro, los intelectuales, entre otras posibilidades. Con la reedición, además, se contribuye a la difusión de este hito editorial y del conocimiento histórico en Chile sobre un tema trascendente, rescatando las distintas facetas del trabajo de Medina: impresor, editor, corrector de pruebas, historiador y autor.

La publicación, además, actualiza la producción intelectual del estudioso, a través de una introducción de Fernando Pairican Padilla, titulada "¿El quiebre ideológico con la tradición? Una reflexión a partir de *Los aboríjenes de Chile*", en que el historiador sitúa el lugar de la obra de Medina respecto a lo que fueron los estudios sobre los pueblos originarios y, más recientemente, el desarrollo de la historiografía mapuche.

Finalmente, esta edición está integrada por una sección de anexos. El primero, "Una lechuza simbólica. Contribución al estudio de los aborígenes de Chile", dado a conocer en las *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología* en 1920 y, posteriormente, incluida en el tomo IV de los *Opúsculos varios de J. T. Medina*, reunidos por Guillermo Feliú Cruz en 1928. El texto, en el que también se insertan reproducciones fotográficas, ejemplifica el trabajo de Medina en el estudio de objetos pertenecientes a los pueblos originarios, y las conclusiones que enuncia respecto a su relación con la guerra, corrigiendo las ideas frecuentes de que este tipo de materialidades estuviesen vinculadas con la divinidad, criticando que era una tendencia el atribuir a los pueblos originarios creencias de las cuales estos no participaban. En segundo lugar, se incluyen las papeletas de J. T. Medina, conservadas en los Archivos Documentales de la Sala Medina. En estas se encuentran diversas referencias a autores como Ciezas de León, Alonso González de Nájera, José de Acosta, entre otros. También, los papeles hacen referencia a una variedad de temas relacionados con los pueblos originarios, como su vestimenta, las palabras indígenas o la situación de las mujeres. Otros recortes, incluyen un soneto de Rubén Darío sobre Caupolicán o los apuntes de objetos en posesión de Demetrio Lastarria.

De esta manera, este conjunto pretende poner a disposición no solo los resultados de la investigación de J. T. Medina, *Los aboríjenes de Chile*, sino también vincularlo a su forma de trabajo: la manera en la que estudiaba objetos, formulaba preguntas, debatía con interpretaciones dominantes en la época, acumulaba una heterogeneidad de referencias, entre otros aspectos, que permiten comprender y poner en valor la magnitud del trabajo de este erudito respecto al estudio de nuestro pasado.

Macarena Ríos Llaneza
Centro de Investigaciones Diego Barros Arana

¿El quiebre ideológico con la tradición? Una reflexión a partir de *Los aboríjenes de Chile*

> «En los ranchos no quedaban sino las mujeres i los niños mui pequeños, los que los españoles llamaban la chusma i que en sus correrías arriaban como carneros» (*Los aboríjenes de Chile*, p. 196 [156]).

> «Su pasado prehistórico nos da inmensas esperanzas para el porvenir de la humanidad» (*Los aboríjenes de Chile*, p. 40 [XVI]).

> «I realmente es singular que siendo el araucano un idioma tan armonioso, sea tan pobre la música del pueblo que lo habla» (*Los aboríjenes de Chile*, p. 341 [301]).

Recién concluía la Ocupación de La Araucanía cuando José Toribio Medina publicó *Los aboríjenes de Chile*. Un estudio, como gran parte de los elaborados en el siglo XIX, que buscaba explorar, conocer y sistematizar el conocimiento para la república en conformación. En este caso, este estudio se suma a los construidos esos mismos años en paralelo por el historiador Benjamín Vicuña Mackenna, quien da a conocer *Guerra a Muerte* en 1868, Rodolfo Lenz con *Estudios Araucanos. Materiales para el Estudio de la Lengua* de 1895 y los amplios estudios escritos por Tomás Guevara que llaman a ser editados y actualizados para ponerlos al debate nuevamente.

En el marco de este contexto bibliográfico, es posible situar el presente libro en la perspectiva de la segunda etapa del siglo XIX que, en parte, toma distancia de los aspectos más humanos de los escritores de la primera parte del siglo, como el naturalista Claudio Gay, cuyo manuscrito inédito sobre los mapuche hace pocos años fue publicado gracias a Diego Milos con el título de *Usos y cos-*

tumbres de los Araucanos, o los viajes que Ignacio Domeyko realizó a la Araucanía en la década de 1840 y el *Ensayo sobre Chile* de Vicente Pérez Rosales.

A diferencia de todos los estudios reseñados, Medina intenta cubrir todo el territorio nacional y abocarse a conocer todos los pueblos originarios existentes en el marco de las fronteras chilenas. Recurre para ello a los estudios hispanos, lo que permite afirmar algo que es evidente, es decir, la continuidad de muchos asuntos del pasado colonial durante la República, no tan solo en la dimensión económica y social, sino también en la cultura y en aspectos de la mentalidad. Gran parte del estado del arte de *Los aboríjenes de Chile* son las observaciones y estudios elaborados por los intelectuales europeos, muchos de ellos vinculados a la Iglesia católica o bien a las narrativas de los militares del Imperio español.

En ese ámbito, las interpretaciones que se realizan sobre los pueblos originarios y los mapuche en específico, muchas veces concluyen en reducir las nociones sociales a la perspectiva de la barbarie que en esos años elaboró Domingo Faustino Sarmiento en su *Facundo. Civilización y barbarie* de 1845, uno de los textos que mejor simboliza esta discusión y violencia epistémica contra los pueblos originarios. Medina no oculta en sus textos esta visión en que la palabra bárbaro se repite de manera recurrente, profundizando la ruptura respecto a los estudios de Gay o Guevara que intentan, de alguna manera, buscar características más complejas sobre los mapuche en un siglo que marca la ruptura más profunda en la trayectoria de este pueblo que legitima, en palabras de los fundadores de la historiografía mapuche —los autores del libro *¡Escucha, winka!*, Sergio Caniuqueo, Rodrigo Levil, Pablo Marimán y José Millalén—, la percepción de Liberación Nacional como lo destacan en el epílogo de sus cuatro ensayos publicado en el año 2006.

¿Por qué volver a leer *Los aboríjenes de Chile*? En un primer asunto, su autor destaca por su profunda capacidad de sistematización y su propuesta de crear temporalidades históricas para comprender la historia del país a pocos años que concluya el siglo XIX, las que expresan de alguna forma la construcción del Estado nacional chileno. En su trabajo, Medina intenta comprender las diversas formas que tiene Chile, con criterios más avanzados que otros, las que describe de una manera evolucionista, con un norte en edad de bronce mientras que el sur aún está en un estado de piedra, pero al mismo tiempo reconoce la voluntad humana de modificar lo construido en la percepción propia del siglo XIX, en que el ser humano es capaz de domar la naturaleza, someterla a su poder y tomar posesión de ella para satisfacer sus necesidades con el fin de conquistar el progreso, la meta del porvenir.

Desde este marco analítico, basándose principalmente en los estudios españoles, muchos de ellos con visiones negativas o incompletas, actualiza la visión sobre los pueblos originarios. Describe la geografía y explica la situación

de los habitantes de norte a sur, para lo cual utiliza gran parte de los autores existentes para los años de producción de su obra, hecho que no puede sino a llevar a reconocer que José Toribio Medina ha leído gran parte de los estudios y expresa muy bien lo que para el siglo XIX se denominaban como conocimiento erudito. Sin duda es fundamental el viaje que realizó a La Araucanía en 1879, con el propósito de conocer la zona y describir a sus habitantes, experiencias que —según sus biógrafos— fue significativa para la redacción de la obra que presentamos.

Como otros autores del siglo XIX, que aprovechan y continúan con la concepción hispana, considera que el nombre correcto para referirse a los mapuche es araucanos. Explica que este concepto originario en los textos de Garcilaso, proviene de Auca e intenta explicar que los indígenas en el país provienen de distintos lugares de América, como las islas Hespérides, Brasil o Cusco. Con el propósito de buscar los orígenes, da explicaciones incluso a partir del libro Popul Vu, texto perteneciente a la identidad territorial Q'che que explica los orígenes de la civilización maya en Mesoamérica. En ese contexto Medina logra diferenciar la existencia de distintas corrientes en su interior, en estricto rigor, se percata que lejos de una uniformidad, los mapuche son identidades territoriales que se comprenden en su dimensión geográfica: tucapelinos, que hoy son nombrados como nagche; wenteche, que son denominados por su autor como llanistas; los costinos, que hoy se categorizan como lafkenche y pehuenche para referirse al mundo de la cordillera. Si bien el autor no logró diferenciarlos por las propias categorías que los mismos mapuche habían creado a esas alturas y que sí son narradas por otros eruditos contemporáneos a Medina, sí sus observaciones intuyen algo no menor: las distintas identidades que conforman el ser mapuche.

A partir de esta división, el erudito intenta comprender las tradiciones del mencionado pueblo y lo hace usando fundamentalmente las descripciones existentes en los trabajos realizados a la fecha por el mundo católico, en especial de los misioneros, que en estricto rigor son los observadores y analistas que mejor visualizaron —no necesariamente interpretaron— a los mapuche de la Colonia y de la República temprana. Al realizar estas interpretaciones, José Toribio Medina describe algunas prácticas tradicionales como las historias vinculadas a la creación mapuche, en específico Tren Tren y Kay Kay, las dos serpientes en pugna que crean el equilibrio en aquella cultura. Reconoce que, a pesar de todos los intentos por comprender a cabalidad la trayectoria de los pueblos originarios en Chile, lo que se conoce «es tan limitado» que aun para los períodos más importantes de su historia no queda más que recurrir a hipótesis tentativas para explicar el desarrollo y evolución de los mismos en esta zona del continente. El autor lo hace, como hemos señalado, estudiando

gran parte de los trabajos escritos por los hispanos y aprovechando los trabajos arqueológicos que se van produciendo entonces, pero a diferencia de Guevara, que recurrió a informantes mapuche al igual que Lenz; o a conversaciones con militares, misioneros religiosos e intercambios de misivas, como lo realiza Benjamín Vicuña Mackenna, Medina opta por quedarse en los márgenes de su amplia y nutrida biblioteca y archivo. En ese marco, a diferencia de los otros estudios, posiblemente el de este autor sea una erudita síntesis de todo lo escrito por los intelectuales hispanos de América y Chile observados y analizados con el interés de quien intenta dar sustento al proyecto republicano. Uno de ellos es tomar distancia de los mapuche y reconocer la influencia incaica en la formación de la chilenidad, ya que «antes del establecimiento o llegada de los araucanos al país» (*Los aboríjenes de Chile*, p. 89 [49]) existe una «raza más adelantada que la que los españoles encontraron en él» (*ibid.*).

Como pensador racional del siglo XIX, el autor de los *Los aboríjenes de Chile*, intenta explicar la colonización de América ensayando distintas interpretaciones y teorías, aprovechando autores que, como Charles Darwin, había recorrido parte del territorio nacional en la década de 1830, describiendo, analizando y recolectando distintos elementos para fundamentar y revolucionar las ciencias con su obra *El origen de las especies* publicada en 1859. Algo de su influencia se puede observar en Medina cuando este describe los relieves de Chile, destacando su estilo al escribir que la cordillera de la costa se asemeja a olas del mar que se aquieta después de una tempestad. O intentar explicar las tradiciones culturales, con el peso sin duda del evolucionismo, pero que dan cuenta del amplio conocimiento que el autor tiene de los pueblos originarios no solo de Chile sino a nivel continental. Esto último es clave pues, como gran parte de los escritores del siglo XIX, Medina siempre está observando y haciendo comparaciones con otros pueblos del continente.

Una serie de cinco capítulos dedica Medina al pueblo mapuche en su libro, gran parte de sus fuentes continúan siendo los estudios europeos y también algunas fuentes primarias, como las actas de cabildos, pero sobre todo su amplio conocimiento bibliográfico de las autorías hispanas no solo nacionales sino continentales. A partir de ello analiza a este pueblo, planteando el que sería su nombre genuino: «reche», aunque desliza una hipótesis interesante a profundizar con los actuales estudios. Mientras Boccara plantea que sería el nombre original de autoidentificación de los mapuche como gente «autentica», en este estudio, el investigador sostiene que sería para referirse a los «subalternos» de los grandes linajes mapuche que los hispanos categorizaron como «mocetones». Si bien no profundiza sobre ello, ante los nuevos debates existentes hoy, sobre todo luego de fundarse la historiografía mapuche de manera oficial el año 2006, con la publicación del mencionado *¡Escucha, winka!*, volver a examinar

estudios pioneros como el de Medina sigue siendo útil pues ofrecen huellas para reinterpretar el pasado histórico de nuestro pueblo nación mapuche. Para lograrlo, sin embargo, estos trabajos deben recurrir a la metodología de los estudios subalternos, ya que varias partes del libro, en lo referido a las tradiciones y costumbres, así como a sus formas de resistencia, el autor las describe en la perspectiva de fundamentar aspectos de barbarie para aludir a la resistencia mapuche y a los espacios de diálogos políticos como lugares de reunión para beber alcohol. No obstante, la continua descripción de los temas sociopolíticos como culturales entregados por el autor, sin duda que son elementos que contribuyen a comprender la historia mapuche del siglo XIX, momento en que su soberanía territorial —como sostienen los autores de *¡Escucha, winka!*— quedó suspendida.

En ese marco analítico, el autor al describir la vida social mapuche, muestra rasgos más bien negativos al referirse o describir la vida cotidiana, a diferencia por ejemplo de Tomas Guevara o Lenz que, en paralelo, van logrando comprender la dimensión cultural del pueblo estudiado, atreviéndose inclusive a hablar de la Civilización de Arauco, concepto que resume parte importante de sus estudios previos, trabajo de campo y vinculación con actores mapuche. A este respecto es importante recordar que este autor será parte de la Sociedad Caupolicán Defensora de La Araucanía, que nace formalmente en 1910, aunque sus orígenes se pueden observar en el Partido Demócrata de las últimas décadas del siglo XIX. Tal vez, las reflexiones de Medina denotan su abundante conocimiento bibliográfico de la literatura de esos años y sobre todo de la hispana continental, pero permiten aventurar menos conocimiento empírico con los indígenas y mapuche en particular, a diferencia, por ejemplo, de Vicuña Mackenna, quien mantuvo una nutrida correspondencia, no con los mapuche, pero si con políticos y sobre todo militares del ejército que se encontraban combatiendo en aquel territorio, y que le entregaron importante información sobre los líderes, estrategias de combate y narraron las historias de la resistencia mapuche que este político e intelectual del siglo XIX expuso con tanta vehemencia en su discurso pronunciado el 10 de agosto de 1868 en el Parlamento bajo el título de "La conquista de Arauco", cuando ejercía el cargo de diputado por Valdivia.

En ese mismo esquema, el autor concluye que las mujeres mapuche viven en un sistema de esclavitud, ideas que contribuyeron a fundamentar lo referido a la Ocupación y deshumanizar a los actores mapuche, reconociendo no obstante que los distintos estudios antropológicos e históricos del siglo XX, así como una corriente historiográfica de investigadoras mapuche que usan metodologías y reflexiones teóricas provenientes del feminismo comunitario, han venido describiendo y reinterpretando la historia y el papel de la mujer al in-

terior de la división de roles que se forjaron al interior de este pueblo. Sin embargo, este estudio como otros, al no insertarse a cabalidad en el terreno, como lo hizo Inez Hilger en la década de 1960 y que logró describir distintas formas, características e incluso resistencias de la mujer mapuche, contribuyeron a la creación de nociones que profundizaron su representación como bárbaros y de ese modo fundamentaron la ocupación territorial. No obstante Medina, como expositor de un siglo que busca archivar y resguardar el conocimiento, entrega elementos relacionados con los juegos y tradiciones mapuche que intenta explicar la vida de la niñez indígena.

A pesar de la profunda descripción y reflexión que Medina realiza sobre los pueblos originarios, sus conclusiones no logran resquebrajar el peso civilizatorio del siglo XIX que, como hemos sostenido, naturalistas como Gay confrontan o pensadores como Guevara discuten. En algún sentido, José Toribio Medina se suma a la corriente hegemónica del mencionado siglo, muy bien expresada en la escritura de Faustino Sarmiento, al señalar casi al final del libro que «puede asegurarse que nuestros indígenas se dividían los días entre el ocio y la embriaguez» (*op. cit.*, p. 349 [309]), por lo mismo, afirmó que a diferencia del Tawantinsuyo o la civilizaciones de Mesoamérica si los pueblos indígenas, en particular los mapuche cercanos a la frontera del río Bío-Bío, estuvieron en un estado evolutivo más avanzado, se debió a su contacto con los incas, pero estos mismos adelantos no resistieron «el primer empuje de los soldados castellanos para que los cimientos del edificio que comenzaba a levantarse fueran dispersados en un momento» (*op. cit.*, p. 453 [413]) y concluye, recuperando de ese modo la tradición hispana, como primer germen de la ilustración que gracias a las huestes hispanas que

> hollaron en un tiempo nuestro suelo, apenas si al concienzudo trabajo del historiador le es dado descifrar un recuerdo al través del dilatado transcurso de los años, y de las maravillas de aquella decantada civilización apenas si el arqueólogo puede desentrañar, arrancando a la podredumbre, unos cuantos objetos que conservan su figura original. Tras de este período remoto y casi sin historia y monumentos, se levanta admirable, vigorosa y tristemente cruenta la conquista española (*ibid.*).

Este importante documento histórico con las apreciaciones del americanista José Toribio Medina, estimula volver a reflexionar sobre un siglo, el XIX, tan decisivo para los distintos actores que hoy seguimos conviviendo. Históricamente da cuenta de lo difícil del quiebre ideológico con la tradición hispana, dejando entrever que el cambio en aspectos de la mentalidad fue más bien inconcluso. El proceso de Independencia fue una ruptura más bien política,

acelerada por asuntos económicos, ante la rapidez de los acontecimientos. La comprensión del mundo indígena quedó más bien situada en la perspectiva ya instalada por el mundo hispano en esas raíces que fueron las hegemónicas, que se nutrieron de la perspectiva de Sarmiento y Vicuña Mackenna y que observaron con distancia el comprensivo camino trazado por Gay y, de manera todavía más lejana, la impulsada por Tomás Guevara desde La Frontera.

Fernando Pairican Padilla

LOS ABORÍJENES DE CHILE

LOS

ABORÍJENES

DE

CHILE

POR

JOSÉ TORIBIO MEDINA

Except unreclaimed savages, few peoples have passed away without leaving their marks in pottery and in some of the metals, if in nothing else.

Thomas Ewbank.—*The U. S. Nav al Astronomical Expedition*, vol. II, páj. 111.

SANTIAGO

IMPRENTA GUTENBERG

42—CALLE DE JOFRÉ—42.

1882

Al Dr. D. Rodulfo A. Philippi

Dedico a Ud. este trabajo, querido doctor, como un homenaje de justicia por lo que a su enseñanza debe entre nosotros el adelanto de las ciencias naturales, i, a la vez, como ofrenda de cariño al sabio maestro i bondadoso amigo.

El Autor.

PREFACIO

Circunstancias felices pusieron a nuestro alcance, en época no lejana, los medios de conocer la antigua literatura histórica de Chile, pudiendo notar con placer que, en medio de aquellas relaciones mas o ménos desordenadas, aparecian datos verdaderamente importantes sobre los primitivos pobladores de nuestro suelo. Examinamos, en seguida, las obras modernas que trataban de su descubrimiento i conquista, i pudimos cerciorarnos que guardaban absoluto silencio sobre aquellos tiempos, si en verdad remotos, no por eso ménos dignos de ser conocidos. ¿Qué se sabe, en efecto, hasta ahora de nuestros aboríjenes, de las diversas razas que han ocupado el territorio, de sus costumbres, de su industria? ¿qué de cierto aún sobre las conquistas de los Incas entre nosotros i sobre sus inevitables cuanto importantes resultados?...

A no considerar, pues, mas que este aspecto de nuestros conocimientos históricos, que por cierto no corresponde al adelanto que con rara fortuna hemos logrado alcanzar en otras secciones de la misma ciencia, habia motivos de sobra para

preocuparse de apartar de entre aquellos viejos pergaminos, todos los datos que directa o indirectamente contribuyesen a levantar el edificio de la antigua civilizacion del país.

Pero esto no era bastante. Nuestros cronistas de la colonia se preocuparon poco del estudio de aquellas pequeñas particularidades del pueblo que venian a conquistar, (las que, en el fondo, agrupadas una a una, vienen a constituir un verdadero cuerpo de enseñanzas tan útiles como curiosas,) para anteponer a ellas, de una manera desproporcionada, todas las incidencias de los rudos combates que durante siglos debieron sostener con los dueños de la tierra invadida, para afianzar, siquiera en parte, su dominacion.

No faltó, sin embargo, autor que en aquellos tiempos, apartándose de la senda vulgar, consignase algunos datos de importancia sobre este órden de estudios. Se sabe, por ejemplo, que el clérigo Cristóbal de Molina, que vino a Chile en compañía de Almagro, formó «una coleccion de pinturas, donde figuraba todo el camino andado i descubierto desde Túmbes al rio Maule, i las naciones, jentes, trajes, propiedades, ritos i ceremonias, cada cual en su manera de vivir, i la manera de los caminos i calidad de las tierras, con otras muchas cosas a estas anejas, trabajo que remitió al comendador Francisco de los Cobos, por conducto de Henao, su criado, en 12 de julio de 1539.[1]

Por este tiempo debió tambien de redactar sus *Antigüedades del Perú* el célebre doctor don Melchor Bravo de Saravia, oidor que fué de la Audiencia de Lima i gobernador de Chile, i a quien Cieza de Leon tenia por mui intelijente en la materia. Pero, desgraciadamente, tanto este tratado, que solo conocemos por las

1 *Carta al Rei*, pub. en la páj. 505 de los *Orijenes de la Iglesia chilena.*

repetidas referencias que a él hace el padre Juan de Velazco en su *Historia de Quito*, como el anterior, andan por ahora estraviados.

El licenciado Fernando de Santillan, a quien tambien cupo desempeñar en Chile un puesto de cierta importancia, compuso igualmente, otro libro semejante al de Bravo de Saravia, que se ha publicado no hace mucho en Madrid, pero del cual así como de las otras *Relaciones* que lo acompañan, poco puede sacarse para nuestro tema.[2]

La *Suma i narracion de los Incas que los indios llaman Capac-cuna, que fueron señores de la ciudad del Cuzco i de todo lo a ella subjeto, que fueron mil leguas de tierra desde el rio de Maule, que es adelante de Chile, etc.*, escrita por Juan de Betanzos, en 1551 o 1552, por órden de don Antonio de Mendoza en la parte que se conserva i que tambien ha sido publicada por el señor Jimenez de la Espada, no hai tampoco nada que se refiera a los indíjenas de Chile.

De los cronistas nacionales que por incidencia tocaron estas materias, debemos mencionar al capitan Alonso Gonzalez de Nájera que en su *Desengaño i reparo de la guerra del Reyno de Chile* trae detalles preciosos sobre nuestros aboríjenes, que seria inútil buscar en otra parte; e igual cosa podemos decir de otro soldado de la guerra araucana, del maestre de campo don Francisco Nuñez de Pineda i Bascuñan, que por haber estado algun tiempo prisionero entre los indios, pudo imponerse de muchos detalles que consignó, mezclados con fastidiosa erudicion teolójica i profana, en su *Cautiverio feliz*.

2. *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, publicadas por el Ministerio de Fomento, bajo la direccion de don Marcos Jimenez de la Espada, Madrid, 1879.

El jesuita Diego de Rosales cuidó de apuntar en su obra importantísimos detalles sobre las tradiciones i creencias i sobre algunas costumbres de los indios, que pudo conocer a fondo por sus repetidos viajes en el país i su calidad de misionero; pero esta circunstancia, que milita tambien respecto de Olivares, le impidió limitarse a observar lo que veia. Ellos sospecharon siempre en las prácticas de los indios inspiraciones del demonio, i por eso no estuvieron exentos de toda despreocupacion al darnos a conocer a nuestros bárbaros. Sin embargo, debemos esceptuar a nuestro abate Molina, que realizó un verdadero adelanto en lo que se relaciona con el estudio de los araucanos. Pero, el estado de los conocimientos en aquella época no les permitia fijar en manera alguna su atencion sobre cosas o hechos que se miraban de poca importancia, pero que hoi, con el curso progresivo de los adelantos humanos, se estiman de gran valía. Se hacia, pues, necesario, tratar de recuperar los objetos de procedencia de aquella antigua civilizacion para apreciarlos a la luz de los dictados de nuestra edad, tratando de vivir, si fuera posible, en medio de aquellos pueblos primitivos para darnos cuenta cabal así de sus adelantos como de sus necesidades.

Esta tarea, bien difícil por cierto de llevar a término cumplido, no lo es tanto, por ejemplo, en el Perú, en Méjico i en otras secciones del continente americano, donde una civilizacion mucho mas adelantada ha dejado como huellas de su paso numerosos e importantes monumentos que el tiempo ha respetado en algunos lugares i ocasiones casi con veneracion.

No ha faltado por eso, para aquellos países ni un verdadero i positivo interés científico, ni estímulo, ni autores como Squire, Rivero i Tschudi, Dupaix, Brasseur de Bourgourg, Kingsborogh

i muchos otros que con decidido empeño, vastos conocimientos e intelijente proteccion hayan llevado a término obras notabilísimas. Pero en Chile, pueblo pobre i atrasado, esos restos son mucho mas escasos, i lo que es peor, mucho ménos importantes i han seguido desapareciendo ignorados, merced a la incuria e ignorancia de nuestros antepasados, i en proporcion creciente a medida que las exijencias de la industria o de la agricultura se iban haciendo sentir.

Mas, a pesar de todo, como dice con mucha verdad uno de los miembros de la comision científica de Estados Unidos que estuvo entre nosotros en 1851, salvo las tribus salvajes, pocos pueblos han desaparecido sin dejar tras de sí señales de su existencia en los trabajos de alfarería o en cualquiera otra cosa. Estas huellas de nuestros aboríjenes, por regla jeneral, es necesario buscarlas en los sepulcros que encierran sus restos desagregados, i despues de largas i repetidas observaciones, llegar a una síntesis que nos permita establecer de una manera siquiera aproximada el grado de adelanto que alcanzaran. Este resultado es de ordinario el fruto de la paciente labor de muchos hombres i a veces hasta de jeneraciones sucesivas; pero, como se comprende, para arribar a ese término es necesario comenzar alguna vez, echar los cimientos del vasto edificio para que mas tarde, observaciones nuevamente repetidas i mejor comprobadas, nos conduzcan a verlo acabado de una manera definitiva i completa.

Esta fuente de auténtica informacion se completa naturalmente con la comparacion de objetos idénticos procedentes de otras localidades, porque, como dice John Evans,—«el estudio de las antigüedades prehistóricas de un país cualquiera no se puede limitar a este país solo, sino que es necesario considerar los obje

tos del mismo jénero encontrados en las naciones vecinas i aún a veces en las lejanas, si se quiere realizar verdaderos progresos en la ciencia de la antigüedad.[3]»

Añadiendo a estos antecedentes los que se derivan del estudio del idioma, que en nuestro caso nos ha sido de grande utilidad; el testimonio de los viajeros respecto de los pueblos salvajes que aún viven o que han existido en un estado semejante al que debió reinar en aquella edad primera del jénero humano; los dictados de la jeolojía i la palentolojía, i el exámen comparado i analítico de los cráneos para la determinacion de las razas i sus afinidades; tendremos de esta manera diseñado el programa a que ajustaremos nuestros procedimientos, prefiriendo en todo caso anteponer a nuestras propias deducciones las de los hombres eminentes que con tanto criterio i perspicacia se han dedicado en estos últimos años a tan interesantes estudios.

El libro que hoi damos al público con verdadera desconfianza, pero con no ménos voluntad de auxiliar el desenvolvimiento de este jénero de estudios de tanto interés como importancia, adolece, como es natural, de la carencia absoluta de precedentes en este órden, viéndose así el que recorre este camino sin mas auxiliar que su propio criterio. I, a pesar de esto, se habria dado ya un gran paso si pudiera decirse que las esploraciones en las diversas secciones de nuestro territorio estaban completas; mas, si esceptuamos las colecciones de objetos indíjenas de Chile existentes en el Museo Nacional; la que obra en nuestro poder, las que con afanoso teson i dilijente rebusca han logrado acopiar los señores don Luis Montt, don Rafael Garrido, i otras casi insignificantes que existen en Chile en diversas manos, i en los mu-

3. *L'âge de bronze*, *Preface*, Paris, 1882.

seos de Washington, Berlin i Sèvres, puede decirse que todo lo demas yace todavía sepultado en el fondo de las antiguas huacas, o en las entrañas de la tierra.

Aún en el estudio de esta importantísima seccion, se ofrecen no pequeños embarazos al arqueólogo, cuando trata, despues de siglos, de distinguir los objetos propiamente orijinales de los primitivos chilenos, de aquellos que con la conquista peruana fueron importados a su suelo i que, sin duda, orijinaron numerosas imitaciones; i esta dificultad llega a veces hasta el estremo de enjendrar vacilaciones hasta en lo que respecta a la averiguacion de si las huacas que se escavan son o nó anteriores a la conquista española.

Añádese a esto un motivo gravísimo de perturbacion que modificó profundamente las costumbres de los aboríjenes, cual es el que se deriva de la introduccion de los animales domésticos en el país por los españoles. Este elemento estraño, dice con razon un ilustre viajero, «ha ejercido la influencia mas marcada sobre todos los pueblos que habitan desde Santiago hasta el estrecho de Magallanes: no siguen casi ninguno de sus antiguos usos; no se alimentan de los mismos frutos; no tienen los mismos vestidos; afectando hoi mucha mas semejanza con los tártaros, o con los habitantes de las orillas del Mar Rojo que con sus antepasados que vivian hace dos siglos.[4]»

Igual cosa puede decirse de lo que se refiere al estudio histórico de las costumbres i usos de los indios. El padre Francisco Javier Ramirez, que trataba esta cuestion hace ya cerca de un siglo, afirmaba con verdadero desconsuelo que por lo tocante a los araucanos, se ignoraba si sus *admapus* o usanzas eran adquiridas

4. *Voyage de La Perouse*, t. 2.°, páj. 77.

o heredadas de sus antepasados, lo que ocasiona, como es natural, en el que trata de reunir los elementos dispersos de aquella época lejana una serie de dudas, que en muchos casos no le es dado desechar con plena certidumbre i para cuyo exámen no tiene mas direccion que su criterio, la comparacion de lo que asientan los cronistas acerca de diversos tiempos, i un estudio tan minucioso como fatigador a traves de la variedad de contradicciones en que incurren i que es preciso eliminar para descubrir al fin la verdad. En estos casos, sobre todo, nos hemos valido de un argumento deductivo que nos ha parecido el guia ménos incierto a que se pudiera ocurrir, i es, no mirar como jenuinamente indíjena sino aquello que no aparecia semejante a ninguna de las prácticas españolas; i de uno inductivo, que manifiesta que si despues de siglos los autores están contestes en mirar como idénticos los usos i costumbres de hoi a los que los indios aprendieron en un principio, esta estabilidad ha debido tambien existir en los que no copiaron de nosotros, i por lo tanto, llevarnos a la conclusion de que son igualmente antiquísimos.

En la esposicion que hacemos de las costumbres indíjenas, no necesitamos declararlo, hemos sido parcos i casi deficientes, pero ello se esplica si se atiende a que el lector curioso encontrará estos pormenores en abundancia en los cronistas de la colonia i de los cuales no hemos tomado nosotros sino lo indispensable para llenar los claros de nuestro trabajo i no dejar vacíos demasiado sensibles en el ánimo del que lee. No debe olvidarse a este respecto que nuestro propósito ha sido simplemente subsanar una deficiencia notable en nuestros estudios históricos, presentando un bosquejo que sirviese como de preparacion previa al exámen detenido i minucioso de los acontecimientos tan brillan-

tes i en parte tan bien contados que forman el tejido de las aventuras bélicas de la colonia.

Otra circunstancia que debemos mencionar i que esplica tambien el por qué de algunas de las lagunas que habrá que notar en el curso de estas pájinas, es la carencia de libros especiales en arqueolojía i antigüedades, que solo es posible encontrar en los grandes centros europeos.

Despues de todo, las conclusiones a que debemos llegar es que en Chile, a la época de la conquista española, existian dos zonas que habian alcanzado diverso grado de adelanto: la parte norte del país, merced a la conquista i a la influencia de la civilizacion incásica, se hallaba en la edad del bronce, en tanto que el sur apénas si alcanzaban a la edad de la piedra pulimentada. Este último estado, no corresponde, como se sabe, a la ínfima escala social del progreso humano, habiendo sido por doquiera precedido de períodos mucho mas tenebrosos, que en todas partes no se completaron sino despues de una série mas o ménos dilatada de siglos.[5] En el curso de esta obra habrá ocasion de notar los vestijios que ha sido posible reunir de esa edad primitiva i harto lejana, pero cuya autenticidad no puede en manera alguna ponerse en duda. El axioma conquistado ya hoi por la ciencia de que los hombres comenzaron por el oscurantismo mas absoluto, encuentra en Chile como en el orbe entero, la mas completa confirmacion; pero, al mismo tiempo, es necesario reconocer que, «nuestro pasado prehistórico nos suministra motivos poderosos para perseguir el progreso con nuestros esfuerzos constantes,

5. El viajero español Moraleda se acercaba a las ideas sustentadas hoi sobre la antigüedad de nuestros aboríjenes, cuando declaraba que «el tiempo de la poblacion de Chile se ignora; i solo se infiere que antecedió algunos siglos a la época de nuestra conquista.»

para buscarlo por todos los medios ántes de esperar que nos sea impuesto. Vemos al hombre partir de un estado de tal modo miserable que las poblaciones actuales mas desgraciadas solo nos pueden ofrecer de él una idea imperfecta. Le vemos luchar contra un elemento terrible, con armas de tal modo rudimentarias que hoi nos dejarian impotentes con muchos mejores medios de existencia. I, sin embargo, se ha familiarizado poco a poco con las dificultades, ha domado la naturaleza, i la ha sometido a su poder, i ha tomado posesion del mundo arreglándolo a sus necesidades. Habiendo obtenido tanto puede esperarlo todo del progreso. Su pasado prehistórico nos da inmensas esperanzas para el porvenir de la humanidad.[6]»

6. Zaborowski, *L'homme préhistorique*, páj. 175.

LOS ABORÍJENES DE CHILE

CAPÍTULO I.

ORÍJEN DEL NOMBRE DE CHILE.

El nombre de Chile aparece por primera vez en la historia.—Los cronistas españoles lo llaman ordinariamente Chili.—El valle de Aconcagua.—El cacique Chili.—Época probable en que ha existido.—Cómo ha nacido el nombre de algunas naciones sud-americanas.—Garcilaso i Diego de Almagro.—Diversas opiniones.—Significado de Chile en el idioma quíchua.—Objeciones.—Los capitanes de los Incas fueron los primeros en hablar de Chili.—Chili i Chile.—Resultado.

Cuando el inca Viracocha, allá por los comienzos del siglo XV, visitaba los territorios de Tarapacá que sus jenerales acababan de incorporar por la fuerza de las armas a su real corona, presentáronse en su campamento ciertos embajadores tucmas, i le hablaron así: «Te hacemos saber que léjos de nuestra tierra, entre el sur i el poniente, está un gran reino llamado CHILI, poblado de mucha jente, con los cuales no tenemos comercio alguno, por una gran cordillera de sierra nevada que hai entre ellos i nosotros, mas, la relacion tenemos de nuestros padres i

abuelos. I pareciónos dártela para que hayas por bien de conquistar aquella tierra.[1]

Tal es, a lo que se dice, segun la historia i la tradicion, la vez primera que se presenta en los anales humanos el nombre de CHILE. Sin embargo, conviene notar, que en los antiguos cronistas españoles de América, Herrera,[2] Lopez de Gomara,[3] Gonzalez de Oviedo, Garcilaso, etc., a nuestro país se le llama de ordinario CHILI, designacion que aún se conserva en muchas de las lenguas modernas de Europa, i que los primitivos conquistadores, por la índole especial de la pronunciacion castellana, cambiaron mas tarde por el de CHILE.

Todos los autores que en la época de la colonia i hasta en tiempos posteriores se dedicaron al estudio de nuestra historia, se han afanado con natural i empeñosa curiosidad en indagar cuál sea el oríjen del nombre que se diera a la angosta faja de terreno que ocupaban los pueblos que allí habitaban en tiempo de la venida de los vasallos del rei de España.

El clérigo Cristóbal de Molina, que acompañó a Diego de Almagro, en el libro que nos ha legado con el título de *Conquista i poblacion del Perú*, declara que aquel jefe, despues de haber visitado los primeros valles encerrados entre el mar i los Andes, partió a «las provincias de CHILE,» cuyo pueblo principal asegura que se llamaba entónces Concumicahua.[4]

Pedro de Valdivia, en su primera carta al soberano español, le dice que habiendo topado por el camino, en su primer viaje, con algunos indios, los aprehendió, i despues de darles tormento, le declararon que eran vasallos de un cacique, principal señor del valle de Canconcahua, que los soldados de Almagro habian llamado CHILE.[5]

El capitan Alonso de Góngora Marmolejo que, como se sabe,

1. Garcilaso de la Vega, *Primera parte de los Comentarios Reales*, Madrid, 1722, fol., t. I, páj. 164, col. 2.
2. *Década* VII, lib. I.
3. Páj. 119.
4. Páj. 47.
5. *Coleccion de historiadores de Chile*, t. I, páj. 3.

fué compañero de Valdivia, establece en el nombre de que nos ocupamos una marcada variacion, pues, despues de contar la escapada que hizo del Cuzco un español llamado Pedro Calvo Barrientos, dice que éste llegó al reino de CHILE en el valle de Aconcagua.[6] Sin ir mas adelante, vemos ya, pues, que comienzan a nacer dudas i contradicciones; pero puede al mismo tiempo asegurarse que, del fondo de todas estas relaciones, es fácil percibir que, segun ellas, en el valle que hoi llamamos de Aconcagua hubo un cacique o señor principal cuyo nombre era Chili, Chille, o, como quieren otros Tili. Por el momento dejemos a un lado la cuestion de precisar el nombre i tratemos de averiguar la época en que viviera aquel famoso caudillo.

Ya se habrá visto por la relacion de Garcilaso que los indios tucmas, o de la rejion que al presente se llama el Tucuman, contaron al inca Viracocha, siglo i medio ántes de la venida de los españoles, que hácia el sur de su imperio existia un país llamado Chili; i, miéntras tanto, puede deducirse de las relaciones de los primeros cronistas que fué Diego de Almagro quien en el valle de Concumicahua, encontró establecido al jefe indíjena nombrado Chili.

Pues bien, ¿quién está en la verdad, Garcilaso o Diego de Almagro? A juicio nuestro, ninguno de los dos.

Por lo que toca al primero, debe tenerse presente que en lo antiguo no hubo jamás entre nosotros un gran reino, como era aquel que se supone pintaban al inca los embajadores tucmas. Esa designacion no podia referirse a un vasto conjunto de poblacion, ni a una dilatada estension de territorio, ni a un país fuerte por su organizacion. No habia en aquel entónces, como no hubo despues, sino tribus mas o ménos reducidas, sujetas a la dominacion parcial i lugareña de los caciques o señores principales.

Fijando un poco la atencion en el aserto de la colectividad atribuida a los habitantes de Chile para que fuera del país pu-

6. *Id.*, t. II, páj. 3.

dieran ser reocnocidos por una designacion propia i acentuada, se ve que esta circunstancia no está en armonía con lo acontecido en materias jeográficas en otras partes de América i especialmente en el Perú. Es sabido de todos que la múltiple agregacion de pueblos, mas o ménos igualados entre sí con el tiempo, la conquista i peculiar política de los incas, carecia de un nombre autonómico que sirviese para distinguirla de otras naciones. Todo lo que puede adelantarse en este órden es que los vasallos del inca empleaban para designar el reino una espresion que significaba las cuatro partes del mundo. En la mayoría de los casos, las diversas naciones que componen actualmente la América del Sur, recibieron de los españoles el nombre con que hoi figuran en el mapa del mundo. Los mismos conquistadores fueron tambien los que designaron ciertas localidades por el nombre del jefe que encabezaba la tribu a la cual acababan de llegar, i así tenemos hoi la designacion de Panamá, Bogotá, Popayan, etc., dadas a las porciones de terreno en las cuales mandaban los señores o caciques del mismo título. I una cosa enteramente análoga ha sucedido entre nosotros, en que, por ejemplo, los caciques Cachipual, Tintilica, Engol, etc., han legado su nombre a los territorios que disfrutaban a la época de la conquista española.

Conste, pues, que en el período de la dominacion indíjena en la América del Sur, las designaciones jeográficas no eran corrientes, i que, por tanto, han sido los primeros españoles los que en la casi totalidad de los casos enseñaron a distinguir los valles, los rios, los pueblos. Segun esto, parece que de aquí debe deducirse que en el imperio de los incas, en la época de que nos ocupamos, el país que ahora llamamos Chile, o al ménos la porcion que sus ejércitos dominaron, no figuraba con su denominacion actual.

Ahora, si se acepta la opinion de que fuese Almagro quien encontrara establecido en el valle de Aconcagua un cacique señor de la comarca, que diera su nombre al resto del territorio, creemos igualmente que no es difícil desvanecer esta suposicion,

i que, en todo caso, ella destruye la aseveracion estampada por Garcilaso. En efecto, si fuese cierto que ya siglo i medio ántes de la primera tentativa española de conquista, vivia en el valle central un cacique llamado Chili, lo que sabemos sucedia en el réjimen de sucesion en el mando i hasta en el nombre de los jefes indios, demostraria claramente que ese título no pudo trasmitirse de jeneracion en jeneracion en el largo trascurso de ciento i cincuenta años.

Pero el triunfo de los historiadores de don Diego de Almagro contra Garcilaso no puede ser de larga duracion. Conviene a este propósito insistir en una circunstancia que nos parece ha sido poco notada.

Cualquiera que haya hojeado las obras que refieren la historia de la conquista por los españoles, habrá podido convencerse que de ordinario han sido bastante minuciosos para consignar en sus escritos los nombres i las hazañas de los caudillejos indíjenas. Leochengol, de quien tendremos ocasion de hablar mas adelante, i Michimalonco, en los primeros tiempos, dan bastante razon de nuestro aserto. ¡Con cuánto mas fundamento podria, pues, esperarse que nuestros cronistas, que han sido en este órden verdaderamente escrupulosos i hasta nimios, nos hubiesen dado detalles o consignado un hecho cualquiera de la vida de ese cacique Chili! I, sin embargo, esas pájinas permanecen mudas, i ni el mas leve indicio de un jefe que se supone de harta influencia i señorío ha llegado hasta nosotros!

No puede negarse que la escursion hecha a nuestro territorio por Diego de Almagro, no ha sido bastante detallada hasta ahora; pero su proximidad a la efectuada pocos años mas tarde por Valdivia i el haber venido en la última varios de los aventureros que acompañaron a aquel caudillo, mantienen en toda su fuerza la creencia que acabamos de enunciar.

Tanto el padre Febres[7] como el historiador don Pedro de Córdoba i Figueroa[8] nos informan que en años pasados no faltó

7. *Arte de la lengua general, etc.*, páj. 448.
8. *Historia de Chile*, páj. 15.

quien discurriese que el nombre de Chile derivaba del de una avecilla llamada *tili* (vulgarmente *trile*, o sea el *xantornus cayenensis)*, idea que el abate Molina acojió con calor en su tratado de *Historia natural*[9] i que don Vicente Carvallo ha calificado de «ridícula».[10]

Hai otros que, como Zárate, con mas juicio, se han preguntado si no seria posible esplicar el oríjen del nombre de CHILE por la traduccion que le corresponde en la lengua quíchua o en la indíjena del pais. *Chili*, en efecto, significa en quíchua, «frio»[11]. ¿No podria deducirse de aquí, han dicho algunos, que los peruanos, acostumbrados al calor de sus valles tropicales, llamasen CHILI a esta rejion por la nieve de sus cordilleras, como llamaron *chiriguanos* a los habitantes de la altiplanicie de Bolivia? Mas, segun observa con mucha razon el viajero Frezier,[12] las nieves de los Andes se estienden desde la estremidad norte del continente a las rejiones australes, i mal podria convenir la designacion de frias a las localidades de la parte norte i central de este país.

Pero la verdad es que en el idioma quíchua existe la voz *Chili*,[13] «segun enseñan los curiosos eruditos», al decir de Rosales, conservada por entero en el nombre del rio que baña a Arequipa, en un pueblo indíjena del valle de Casma, i como en muchos otros en diversas localidades del antiguo imperio de los incas. El mismo autor a que nos referimos, observa que el jeneral que por órden de Atahualpa prendió al último soberano Huáscar se llamaba tambien *Chili-cuchima*. En nuestro propio territorio

9. Páj. 4, ed. de Madrid, 1788.

10. *Historia de Chile*, t. III, 6. Otro jesuita contemporáneo de Molina, don Felipe Gomez de Vidaurre, participa de la misma idea. *Historia de Chile*, lib. I, cap. II.

11. Como mera curiosidad señalamos aquí el hecho de que los mejicanos llamaban *chile* al ají. Torquemada, *Monarquía indiana*, I, pájs. 100 i 334.

12. *Relation du voyage de la Mer du Sud*, Amsterdam, 1717, t. I, páj. 200.

13. A pesar de la asercion del ilustrado jesuita madrileño, el padre Gonzalez Olguin en su *Arte general*, Lima, 1609, solo traduce la voz Chille por «una provincia», i Tschudi en su libro *Der Kechua Sprache*, no la menciona ni con esa ortografía, ni con la de *tchili* (qne seria la jenuina segun el señor Vicuña Mackenna), ni con ninguna otra.

existen varios puntos, como *Chillihue* en Caupolican, *Chille-Cauquen* en la Ligua, etc., i hasta en la denominacion primitiva de Chiloé *(Chili-hue)*, en los cuales figura el vocablo *Chili*.

Debemos, pues, deducir de aquí que *Chili* es una palabra que puede atribuirse propiamente al idioma quíchua, i cuyo significado verdadero, «lo mejor de una cosa», esplica perfectamente la frecuencia con que ha sido empleada tratándose de lugares, así como se esplica que llegara en otro tiempo hasta nosotros por la conquista de los incas. Por tanto, concluye Rosales, no tiene nada de estraño que las huestes peruanas que arribaron al valle de Aconcagua, despues de haber atravesado rejiones mas o ménos estériles, admiradas de su fertilidad i hermosura, lo llamasen CHILI.

Ademas, cuando se consideran las cantidades de oro que siempre produjo ese valle, desde las famosas minas de Malga-malga en los tiempos de Pedro de Valdivia, hasta el moderno Catapilco, se esplicará todavía con mas facilidad por qué los capitanes del inca llamaron aquella rejion «la flor i nata de la tierra», como que ella habia de suministrarles, a costa del sudor de los vencidos, el precioso metal que aumentaria el tesoro de sus reyes. «Habia llegado a oídos de Almagro, dice uno de nuestros cronistas,[14] la fama de las grandes riquezas de Chile i de las grandes sumas que se enviaban al inca Huayna-Capac. Este fué uno de los principales motivos de su viaje». I por eso, cuando supo de los indios que encontró en Tupiza, que llevaban desde el lejano mediodía aquel tributo en barras de dorados reflejos, clavando los hijares a su caballo, no se detuvo hasta plantar sus tiendas en el valle de Chile.

Molina hace notar, combatiendo indirectamente la opinion que acabamos de enunciar, que los araucanos designaron siempre a todo el país con el nombre de *Chile-mapu*, esto es, tierra de Chile, así como declaran que su lengua es la de *Chili-dugu*, esto es, la lengua de Chile. Pero esta objecion es fácil de des-

14. Pedro Mariño de Lovera, *Historia de Chile*, páj. 21.

vanecer si se considera que no poseemos monumentos de ese idioma anteriores a la conquista española, i a que el valle de Aconcagua fué en lo antiguo un centro bien poblado e importante. Por otra parte, es frecuente encontrar ejemplos en que una designacion lugareña se aplica a vastas porciones de territorio, cual lo reconoce la jeneralidad de los escritores, aplicando especialmente esta doctrina al nombre de Chile. Como reminiscencia i prueba práctica de semejante modo de proceder en los hábitos del pueblo, baste recordar lo que aún suele suceder entre nosotros cuando se dice, por ir a Santiago, «ir a Chile».

De lo que ántes hemos espresado, resulta, por consiguiente, que la existencia del cacique Chili no puede colocarse ni en los tiempos de Viracocha ni en los dias de Almagro; i por eso el jesuita Diego de Rosales sostuvo que era natural tener por mas cierto que la existencia de aquel caudillejo debia referirse a la época de la entrada de los capitanes del Inca al valle de Aconcagua; «el cual cacique, agrega, se llamaba Tili, i corrompiendo el vocablo los del Perú, que son fáciles en corromper algunos, le llamaron CHILLI o CHILI, tomando toda la tierra el nombre deste cacique. I así, añade, que «marchando del Cuzco despues a la conquista deste reino el adelantado don Diego de Almagro, encontró en la provincia de Tarija con los capitanes i jente del Inca, que ignorando su desastrada muerte, conducian el tesoro anual destas provincias i el oro que le tributaban, i que preguntándoles de donde venian, respondieron que de Tili, i los españoles trabucaron el nombre i la pronunciacion, que es diferente en algunas de la de los indios, i llamaron a esta tierra CHILI. Aunque lo mas cierto parece que los indios del Perú mudaron la pronunciacion del nombre de Tili en el de Chili, por cuanto les sonaba mejor i era mas conforme a su lengua jeneral.[15]»

15. *Historia de Chile*, t. I, páj. 185. Bien sea que se suponga que los peruanos o los españoles cambiasen el nombre primitivo del referido cacique Tili, ámbos estremos nos parecen igualmente posibles, porque, de una parte, la voz *Chili* es frecuente en el idioma quíchua, i por otra, la diferencia entre la pronunciacion de Tili en la lengua araucana i Chili en la nuestra, es mas aparente que real. Es mui probable que la verdadera ortografía de Tili sea Thili.

Don Pedro Mariño de Lovera, por su parte, declara que CHILE fué antiguamente nombre de un valle particular, i que por haber sido éste el último a que los españoles llegaron, «salió la voz por toda la tierra del Perú que Almagro venia de Chile;[16]» idea en que concuerda el insigne don Alonso de Ercilla cuando dice que CHILI «llámase así por un valle principal: fué sujeto al rei Inca del Perú, de donde le traian cada año gran suma de oro, por lo cual los españoles tuvieron noticia deste valle; i cuando entraron en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamaron CHILE a toda su provincia hasta el Estrecho de Magallanes.[17]»

Don Vicente Carvallo i Goyeneche espresa, a su vez, que el «rio de Aconcagua, que fertiliza los valles de sus riberas hasta su embocadura en el mar, de tiempo inmemorial se llama CHILI, i dió su denominacion a las llanuras de Quillota, de donde se llevaban a la ciudad del Cuzco gruesas cantidades de oro, que jeneralmente se decia iban de Chile, i a mi ver, de este principio vino que los españoles diesen este nombre a todo el país, mudando la *i* en *e*.[18]»

En resúmen, pues, debe atribuirse a los capitanes de los incas la consagracion primera del nombre cuyo oríjen tratamos de averiguar; porque, segun se notará, es lo que aparece como mas probable de la induccion i de la historia. Mas, ¿llamaron Chile al valle de Aconcagua, por ser el mas hermoso i abundante de la rejion esplorada? ¿Se apellidó así en aquella época remota el señor que lo rejia? ¿O acaso le viene esa denominacion del nombre primitivo del valle o rio que lo riega? Quizás nadie podrá re-

16. *Historia*, páj. 37.
17. *La Araucana*. Tabla.
18. Desde la época de los incas, segun opinion de Gay (*Historia de Chile*, t. I, páj. 102). En todo caso, la conclusion a que se llegue será siempre la mismas. Don Benjamin Vicuña Mackenna ha publicado en sus *Relaciones Históricas* un largo artículo sobre el tema del presente capítulo, en el cual se lee que el nombre de Chile es anterior a la conquista incarial, i un vocablo chileno-indíjena, pero sin significacion determinada. Véase tambien el *Diccionario Jeográfico* del señor Astaburuaga, páj. 108.

solverlo, pero sí puede afirmarse que en un principio se dió esta designacion solo a la parte central del país, i que despues, como dice Ercilla, los españoles «llamaron CHILE a toda la provincia hasta el Estrecho de Magallanes».

CAPÍTULO II.

PRIMEROS POBLADORES DE CHILE.

La historia i la tradicion.—Tradiciones chilenas sobre los primeros pobladores del país.—Opiniones diversas.—El maestro Calancha.—Las águilas de dos cabezas.—Frai Antonio García.—Los frisios i los holandeses.—Los indios chilenos descendientes de los iberos.—Emigraciones sucesivas.—Opiniones de M. Brasseur de Bourgbourg.—Id. de Montesinos.—Tradicion que cita el padre Ramirez.—Los primeros pobladores llegan del occidente.—Teoría del abate Molina.—Conclusion.

En el estudio de los oríjenes de un pueblo se presentan de por sí al exámen del investigador dos fuentes de informacion: la historia, consignada en monumentos escritos, i la tradicion, trasmitida de padres a hijos al traves de una serie mas o ménos dilatada de siglos. Por desgracia, estos dos puntos de apoyo de tan trascendental importancia, faltan en nuestro caso, dejando solo en su lugar ancho campo a hipótesis mas o ménos injeniosas, i muchas veces hijas de un espíritu preconcebido; pues, como se espresa Humboldt, la cuestion jeneral de investigar el oríjen de los habitantes de un continente, está mas allá de los límites de la historia.[1] Apreciando esta materia no debemos olvidar tampoco lo que apunta un célebre antropolojista, a saber, que está en

1. *Ensayo sobre la Nueva España*, lib. II, cap. VI.

la naturaleza de las hipótesis que se forman sobre los problemas de los oríjenes de los pueblos, el ser tan difíciles de refutar como de demostrar[2].»

Segun asevera el historiador Diego de Rosales, las tradiciones de los indíjenas chilenos no remontaron jamás mas allá del diluvio, pues no tuvieron nunca memoria alguna de la creacion i del principio del mundo ni de los hombres[3].

«Los indios habitadores de este hemisferio chileno, agrega Córdoba i Figueroa, de primeros pobladores de este reino, por donde o cómo a él viniesen, nada sabian, lo que denota el que fué en siglos mui remotos de su memoria: a esto induce lo poblado que el reino estaba, cuyos vestijios permanecen en el dia de hoi entre bosques i cordilleras, no sin admiracion de los que notan que en lo presente se tuvieron por inhabitables, lo que tenemos mui bien observado[4].»

Don Luis de la Cruz, en los comienzos del siglo, declaraba todavía que por mas investigaciones i dilijencias que habia practicado entre los caciques viejos i de mayores luces, sobre averiguar si tenian algun monumento o tradicion de su oríjen, nunca pudo descubrir de ellos en esta materia otra razon que sus primeros padres nacerian en estos terrenos.[5]

Con razon, pues, un viajero inglés declara «que el oríjen de los primitivos habitantes de Chile está envuelto en una oscuridad impenetrable. Poseian tradiciones respecto de sus antepasados tan vagas e inciertas que no merecen considerarse; de tal modo que no puede avanzarse nada respecto de la historia de Chile hasta ántes de mediados del siglo XV.[6]» Poeppig, por su parte,

2. Paul Broca, *La linguistique et l'anthropologie*, páj. 250 de las *Mémoires de Anthropologie*, Paris, 1871.
3. *Historia de Chile*, tomo I, páj. 4.
4. *Historia de Chile*, páj. 26.
5. *Tratado importante para el perfecto conocimiento de los indios pehuenches, segun el órden de su vida*, Angelis, tomo I. Bollaert cuenta que preguntando lo mismo a los «changos» de la costa de Atacama, todo lo que le respondieron fué, «sí señor, nó señor.» *Researches*, páj. 171.
6. Bonnycastle, *Spanish America*, t. 2.º, páj. 231, London, 1818. Véase tambien mas adelante a Ewbank.

dice que «el conocimiento de los tiempos mas remotos de Chile yace sumido en una profunda oscuridad, a la cual no alcanza a penetrar ni un rayo incierto de luz. El que se ocupa del estudio de los indíjenas de faz cobriza, no tiene dato alguno que lo auxilie, por mas que se afane en buscar en su historia la esplicacion de sus caracteres. Ningun monumento histórico interrumpe una oscura serie de innumerables siglos, i tampoco se presentan demostraciones fehacientes para justificar una hipótesis cualquiera... La tradicion propagada entre los indios chilenos relativa a los tiempos primitivos, no remonta mas allá del mito que se ha trasmitido a todas partes, sobre un diluvio universal; pero esta misma tradicion silencia entre ellos lo que se refiere al período que abraza la infancia del jénero humano, el que precede a su extirpacion i que ha ocasionado muchas bellas relaciones en los pueblos del Asia. Sin embargo, se caeria en un error si se pretendiera deducir de la universalidad de esa tradicion estendida en América, desde los Andes de la Patagonia a las riveras del Amazonas i del Orinoco, la edad igualmente antigua de la raza humana. Pudo mui bien suceder que ésta se estableciese en Chile en tiempos mucho posteriores.[7]...»

Sin embargo, por mas difícil que aparezca, en vista de lo que dejamos apuntado, aventurar una hipótesis cualquiera respecto de los primeros pobladores de Chile, no han faltado autores que, examinando ciertas coincidencias de lenguaje, de raza, i los fastos remotos de antiguas naciones, hayan ideado conjeturas presentadas con mas o ménos habilidad.

El maestro Frai Antonio de la Calancha declara «que tiene por cierto que este medio mundo (América) fué habitado de hombres ántes del diluvio, i que los tártaros poblaron a Chile. Que fuesen tártaros, dice, se prueba con una razon (que en todas naciones i edades ha sido auténtica probanza) i es, traer el mesmo color, las mesmas costumbres, semejante relijion i propias condiciones. Son tan parecidos los indios chilenos a los tár-

7. Eduard Poeppig, *Reise in Chile, Perú, etc.* Leipzig, 1835, tomo I, páj. 456.

taros que hasta hoi (1638) conservan de todo en todo lo que los tártaros solian usar antes de tener rei... Los que conocen indios i han visto chilenos verán un o rijinal en cada traslado... Los chilenos no tienen mas cabeza que el mejor de cada familia, ni mas capitan que el que se elije para el suceso; píntanse los cuerpos, cásanse con las mujeres que pueden sustentar, admiten la hermana i la madrastra, no se pueblan en ciudad, pueblo o villa; divídense por los campos, mudando los aduares al sitio de su antojo; comen raices, guisan yerbas i susténtanse de frutos; tratan de la pesca i comen aves i animales que cazan, sin que el apetito invente potajes, ni busquen salsa para lo mas desabrido; hacen bebidas de raíces i frutos, que los enfurece cuando los embriaga. No estiman el oro i la plata, ni tienen rito, adoracion, ni culto; ponderan suspersticiones i tírales la inclinacion a crueldades. Al fin, hoi en todo, sin que desdiga en una costumbre, guardan los chilenos lo que de los tártaros se dice ántes de tener imperio i sujetarse a rei.[8]»

Como se vé, el buen maestro agustino probó demasiado.

Justo Lipsio, seguido por Solórzano Pereira,[9] al sostener que los indios de Chile descendian de los antiguos romanos, tomó pié de un dato mas preciso, que el mismo Cabildo de Santiago habia anunciado al rei,[10] pues, como espresa Rosales, «lo tuvo por cosa cierta por decir que en el valle Cagten, que es la Imperial en Chile, se hallaron en las casas i portadas de los indios imájenes de águilas de dos cabezas, que eran insignias propias de los emperadores romanos, i que por eso se llamó Imperial la ciudad que en aquella tierra fundaron los españoles. De donde colije que los romanos fueron los primeros pobladores de Chile, pues no habiendo en todas sus provincias aves de dos cabezas a quien poder retratar, que en Chile no las hai, es visto que de los romanos heredaron estas imájenes i insignias.» Mas, el jesuita es-

8. *Corónica moralizada del Orden de S. Agustin en el Perú*, Barcelona, 1638, fol., tomo I, páj. 44.
9. *Política indiana*, tomo I, páj. 20.
10. Gay, *Documentos*, I, 149.

pañol que tenia tambien preparada una teoría que esplicase el oríjen de nuestros indios, no aceptó las deducciones de Justo Lipsio i declaró con mucha sorna que «era cierto que en sus casas usaban los araucanos palos labrados a la puerta, en forma de águila de dos cabezas; aunque con las circunstancias, añadia, descaece mucho de la verdad, por no ser forma de águila ni pretender los indios copiarla, por no tenerla en su tierra ni haberla visto de dos cabezas; sino que para la fortaleza de sus portadas ponen dos palos cruzados, cuyos estremos salen a un lado i al otro, al modo de cabezas de águila; pero no porque ellos intenten poner semejantes armas en sus portadas, que ni usan de armas, ni las conocen, ni saben que haya águilas de dos cabezas.[11]»

Un fraile dominicano llamado frai Gregorio García, que gastó largos años de su vida en la composicion de un estenso i erudito libro en que se propuso investigar el oríjen de los indios del Nuevo Mundo, refiriéndose especialmente a Chile, piensa que los habitantes del país de Frislandia o de la Frisia fueron sus primeros pobladores.

Espone que los frisios eran tenidos desde época mui remota como grandes navegantes i conocedores del arte náutico, a cuyo intento se contaba que el año mil de nuestra era, varios nobles del país, seguidos de buen número de aventureros, armaron una espedicion que, segun se cree, llegó hasta la isla de Cuba.[12]

Sufrido Pedro,[13] agrega en apoyo de la misma teoría, que, «supuesto la destreza en la navegacion i del deseo de ver cosas nuevas» no es difícil deducir que los indios de Chile i aún los del Perú desciendan de los frisios. Pruébase, ademas, este aserto, dice el mismo autor, porque la india Glaura, refiriendo sus aventuras al famoso don Alonso de Ercilla, le aseveró que era descendiente de la antigua sangre de Frisia, segun aquellos versos que rezan:

11. *Historia*, tomo I, páj. 9.
12. Véase Hornii, *De originibus americanis libr. IV*, lib. I, cap. 2, fol. 26.
13. *De Fris. antiq. et. orig.* 1698.

Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,
Hija del buen cacique Quilacura
De la sangre de Frisio esclarecida.[14]

«I de Frisio, continúa García, parece derivaba el nombre de Fresolano, que usaba la familia de que hace mencion el mismo Ercilla.

«Demas de esto, el nombre *Chile* o *Chili* significa frio, i lo mismo en Frisia.

«I, por fin, las águilas de dos cabezas, de que ántes hemos hecho mencion, existian en Chile cuando llegaron los españoles i en Frisia eran vulgares estas figuras.[15]»

Boxhornio, despues de aceptar la opinion emitida por los autores a que acabamos de referirnos, se esfuerza simplemente en demostrar que los irlandeses fueron los antiguos frisios.[16] I por fin, Scherer, notando la semejanza del uso de pasar la flecha que existia entre los indios de Chile i los pueblos del norte de Europa, especialmente la Noruega, se inclina a creer que ámbos proceden de un mismo oríjen.[17]

«Colocamos, dice a este respecto Gaffarel, en el número de las singularidades etnográficas, el pretendido oríjen frisio de los americanos;... pero todas estas analojías no reposan sobre ningun fundamento sólido, i tales jenealojías fantásticas recuerdan las pretensiones vetustas de ciertos advenedizos que han aspirado a entroncar su nombre con una raza antigua.[18]»

14. *La Araucana*, canto XXVIII, oct. 7.

15. *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*, Madrid, 1729, fol., segunda edicion, páj. 272. El padre jesuita Lozano cita en los capítulos XVI i siguientes del Libro primero de su *Historia de la conquista del Paraguay* una multitud de opiniones sobre el oríjen de la poblacion de América, que creemos inoficioso reproducir, contentándonos, como investigacion histórico-bibliográfica con las de los autores que se han ocupado especialmente de Chile.

16. *Apologia pro navigat. Hollandor.*, fol. 239.

17. *Recherches historiques et géographiques sur le Nouveau Monde*. Paris, 1777, 8.°, páj. 66.

18. *Etudes sur les rapports de l'Amérique et de l'Ancien Continent avant Christophe Colomb*, páj. 204, Paris, 1869. Sobre este mismo tema, así como sobre el pretendido descubrimiento de Chile por los navegantes frisios en el siglo XI, conviene rejistrar, Hamconii, *Frisia, seu de viris rebusque Frisiae illustribus*,

Un doctor peninsular que vivió largos años en Lima, apoyándose en el testimonio de Garcilaso, [19] que consigna el hecho de que el Inca Atahualpa se preciaba de ser indio auca, cree que con mayor razon podia decirse de los indios *araucos* de Chile «que descienden de aquellos primitivos españoles que se llamaron *arvacos* o *arevacos* que estaban junto a Briviezca.» [20]

No contento con esta deduccion, el doctor limeño va todavía mas allá, i citando a Procopio i a Villadiego, en sus comentarios del Fuero Juzgo, asegura que la Scitia se llamó Chile. [21]

En otra parte, concluye que si los godos formaron la Scitia, que entónces abarcaba la rejion de la Escandinavia, que cae hácia la tierra del Salvador, i si por allí se pobló la América, con el tiempo «se fueron estendiendo con las demas naciones que habian entrado por aquel lado hasta llegar a Chile.» [22]

«Los indios chilenos, dice Rosales, son orijinarios, segun parece, de los españoles que de las islas Hespérides pasaron al Brasil i de allí se estendieron i poblaron estas provincias, por ser todo tierra continuada. Las pruebas son tan apretadas i lás conjeturas tan fuertes, que obligan a juzgar ser así, i a tener por singular providencia el haber descubierto los españoles en estos siglos estos indios occidentales, para que reconozcan a su propio rei i señor, i por su medio al Autor de todo lo criado.»

Veamos ahora las «pruebas apretadas i las fuertes conjeturas» a que alude nuestro autor, que son como sigue:

Hespero, que despues del diluvio, fué duodécimo rei de las Españas, envió por el mar una gran flota que descubrió las islas Canarias i las pobló de numerosas colonias, i otro tanto hicieron

Franckerae, 1620, 4.° En las pájinas 74-75 existe una relacion de los viajes de los frisones a América i Chile mucho ántes de Colon. Cassel (Joh. Ph.), *Observatio histor. de Frisonum navigatione fortuita in Americam sæculo XI facta.* Magdeburgui, 1741, 4.°, i por fin, a Bergh (L. Ph. C. v. d.), *Nederlands aanspraak op de Ontdecking van America voon Columbus*, 1850, 12 pájinas.

19. Tomo II., lib. VIII, cap. final.

20. *Tratado único y singular del orijen de los Indios Occidentales del Perú, México, Santa Fé y Chile.* Por el doctor Don Diego Andres Rocha, *Lima*, 1681, 8.°, fol. 17 vlta.

21. *Id*, fol. 29 vlta.

22. *Id.*, fol. 72.

en las islas del Cabo Verde, que llamaron Hespérides, del nombre de su rei i señor. Si se considera un momento que dichas islas están mas cercanas a la costa del Brasil que a la España, nada tendrá de estraño que admitamos que, así como los iberos llegaron a ellas, debieron, con mayor razon, haber alcanzado tambien al Brasil, i que una vez en el Continente, se hayan ido estendiendo de unas en otras partes, por tierras continuadas o navegando en canoas por los rios, hasta los confines de Chile.

Rosales se hace cargo de algunas objeciones que pudieran oponerse a su sistema de poblacion de este país por los españoles, como ser las que se refieren a la lengua, al color, a los animales, etc., i a todas ellas procura contestar con gran acopio de la erudicion tan en voga en aquellos años. [23] Añade tambien que «muchos son de parecer que por el estrecho de Magallanes pasaron a poblar a Chile los españoles, i que desde Chiloé... pasaron a poblar este reino de Chile, i se estendieron por todas las Indias Occidentales, continuadas por Chile por tierra firme.» [24]

Un historiador de las antigüedades peruanas, el padre Oliva, refiere que Catani, cierto indio mui entendido en el arte de los *quipus*, contaba que «despues del diluvio universal, del cual los indios tenian cabal conocimiento, i que llamaban *pachacuti*, los primeros hombres que abordaron en América, sea de intento o arrastrados por alguna tempestad, arribaron a Caracas, de donde se multiplicaron i se esparcieron por todo el Perú. Algunos se establecieron en la punta de Sampa, que llaman hoi dia de Santa Elena, guiados por un cacique llamado Tumbes o Tumba, cuyo buen gobierno hizo prosperar su nacion.

«Despues de haber reinado algun tiempo, deseando aumentar sus estados, envió a uno de sus principales oficiales, con gran número de indios, en busca de nuevas tierras, con órden de volverse al cabo de un año. Pero, en la época fijada, nadie pareció, ni se supo jamas qué habia sido de ellos. Parece, pues, que fue-

23. *Historia general*, tomo I, páj. 11.
24. *Id.*, páj. 16.

ron a poblar a Chile, el Perú i el Brasil.» [25] Precisando todavía mas este autor lo referente a Chile, espone, en seguida, que «cuando Manco-Capac hubo llegado a la edad de treinta años, dividió a sus súbditos en tres bandas, que partieron de la isla de Titicaca, cada una en número de doscientos, entre hombres, mujeres i niños, prometiendo enviarse recíprocamente noticias de sí i de no mirarse jamás como enemigos. Durante largos años no se oyó hablar nunca de dos de estas bandas, que fueron a parar, la una a Chile, i la otra al estrecho de Magallanes.»

Don José Perez García, uno de nuestros mas apreciables escritores históricos, siguiendo igualmente la doctrina de las invasiones sucesivas que buscaron su camino desde el norte, piensa que «no cabiendo ya en el Perú sus habitadores, los antisuyos de la parte del oriente, juntándose con los chinchasuyos de hácia el norte, verosímilmente declararon guerra a los collasuyos, que estaban hácia Chile, los cuales, como eran ménos, huyeron de los mas, i entraron a Chile i le poblaron con el nombre de moluches, cuya voz acredita esta nacion, pues *molun* es decir declarar guerra, i *che*, jente, i *moluches*, jentes a quienes se les declaró la guerra.»

La poblacion del territorio, segun este mismo cronista, debió efectuarse de dos maneras: una, de este lado de la cordillera, i otra, directamente al sur hasta la Tierra del Fuego por los ultra-andinos llamados tehuelches. [26]

Un autor mui reputado por su vasto saber en los anales de la antigua América, M. Brasseur de Bourgbourg, se manifiesta decidido partidario del sistema de haber sido Chile poblado por emigraciones venidas del norte. De acuerdo con su teoría, el foco de las primeras razas humanas de Sud-América estuvo radicado en las dos orillas del Orinoco en tribus que se encontraban en grados distintos de civilizacion i barbarie, pero evidentemente de la misma familia, las cuales fueron invadiendo poco a

25. P. Anello Oliva, *Histoire du Pérou, traduite de l'espagnol par H. Ternaux Compans*, Paris, 1857, 32.°, páj. 26.
26. *Historia de Chile*, inédita, lib. I, cap. X.

poco las diversas rejiones de la América Meridional, hasta los límites mismos de Chile. [27]

Invocando las tradiciones, que se hallan en esta parte de acuerdo con los cánticos históricos de los Amautas, consigna que «ellas han trasmitido el recuerdo de las primeras tribus que veinticinco siglos ántes de nuestra era habian poblado el Perú, desde las costas que se hallan bajo el Ecuador hasta la estremidad de Chile. Estas tribus habrian llegado indistintamente de los Andes de Tierra-firme i por el mar del Sud; habrian permanecido en paz las unas con las otras durante un período de cerca de dos siglos, despues de lo cual se habrian levantado querellas entre ellos sobre la posesion de las fuentes i de los pastos, i habrian estallado, con este motivo, las primeras guerras. [28]

A pesar de los hechos a que se arriba en los párrafos que venimos de trascribir, i que se dicen sacados del estudio de las tradiciones de los antiguos sacerdotes, Montesinos, autor de los primeros tiempos de la conquista española, que, al decir del padre Rodriguez,[29] conocia como ninguno los oríjenes peruanos, apoyándose en antecedentes de un órden semejante a los que han servido de base a modernos escritores, sostiene que como quinientos años despues del diluvio, el Perú se cubrió de habitantes, que llegaron allí de diversas rejiones, i hasta el mismo Chile.[30] Asevera, asimismo, que el inca Cao-Manco, casi en vísperas de su muerte, tuvo noticia de que los chirihuanos i los naturales del Tucuman i Chile, naciones mui pobladas i guerreras, marchaban a invadir el Perú; i que despues de haber llegado efectivamente hasta allí, plantaron nuevas idolatrías.[31]

El padre franciscano Ramirez, que tuvo bastante oportunidad de tratar a los araucanos, bien que en época moderna, invoca una tradicion acreditada entre ellos, que puede acordarse con lo

27. *Popol Vuh. Le livre sacré*, Paris, 1861, páj. CCVIII.
28. *Id.*, páj. CCXXX.
29. *Historia del Marañon.*
30. *Memorias históricas sobre el antiguo Perú*, páj. III.
31. *Id*, páj. 89.

que asienta Montesinos. «Yo era ántes de opinion (dice Ramirez, de que los indios chilenos, eran oriundos i descendientes del Perú, i que sus projenitores se vendrian estendiendo i propagando por estos arrabales peruanos i cantones australes, lo que parece mas natural i verosímil por los muchos vocablos en que convienen la lengua chilena i la quíchua i peruana, indicio suficiente de haber sido en un tiempo de un idioma o de un labio. Pero los araucanos me han hecho mudar de opinion i me tienen a favor de la suya, i es que son orijinarios de estirpe forastera i sus projenitores vinieron de las partes occidentales.

«Esta creencia o tradicion entre ellos no es tan ridícula ni estravagante como parece a primera vista, segun dice el sabio autor del *Compendio de la historia civil de Chile*, impreso el año próximo pasado de 1795, despues de los descubrimientos hechos en la mar del Sur.

«La gran cadena de islas descubiertas entre la América i el Asia Austral pueden talvez ser resíduos de algun antiguo continente, que uniese o facilitase el tránsito de uno a otro hemisferio i aún a las costas de Arauco, por las islas de Salomon, de San Félix, San Ambrosio, de Juan Fernandez, de Talca (sic) i de Santa María.

«Démosle gusto a los araucanos en que desciendan del Asia, como todos los hijos de Adan, i que sus projenitores, *gliches i peñi epatunes* i hombres primitivos i sus hermanos patriarcas, a quienes invocan con sus númenes, viniesen aquí de las partes occidentales. Pero, estando casi todo el continente del Asia que conocemos en la zona templada setentrional, me parece mas verosímil que viniesen por el noroeste, por el mismo rumbo que trajeron los cananeos cuando fujitivos de Josué pasaron a la América, como piensan muchos eruditos. Ellos eran los habitantes de la Siria o Palestina, situada a lo largo de la costa del Mediterráneo del Asia occidental, i si tocaron por fortuna en las costas de Arauco i corrieron las de Tucapel, Tirúa, Imperial i Valdivia, seguramente fundaron en ellas sus colonias, viendo lo ameno i delicioso del país, sin tener que envidiarle a la Siria, no

sus regalados piñones del Monte Líbano, de que están coronadas las montañas de Nahuelbuta, al oriente de Tucapel.

«El viaje desde la Palestina a las costas de Arauco, por mar i tierra, no apea de cinco mil leguas, i es largo de contar, a mas de ser caso repugnante a la historia i jeografía, segun el estado presente del orbe terráqueo; pero ellos venian mui precisados i el terror pánico que les infundió el pueblo escojido les haria vencer todas las dificultades i aún atropellar imposibles, i todo lo darian por bien empleado luego que llegaron a salvamento i vieron las costas americanas. Si estas no estaban pobladas de racionales, se establecerian en ellas como primeros colonos, i si lo estaban, les sucederia a sus naturales lo que a la antigua España con los fenicios, griegos, cartajineses i romanos, que con pretesto de comerciar se hicieron dueños de la Península, i la infestaron con la peste de la idolatría, hasta que el trino apostólico, San Santiago, San Pedro i San Pablo la convirtieron al cristianismo i a la fe de Jesucristo.

«De cualquier modo que fuese, ello es que la constitucion política de los antiguos araucanos, i las bárbaras costumbres o *admapus* que los dominaban, se parecian mucho a las de los cananeos, i si les venian por herencia de sus antepasados contaban sobre tres mil años a la llegada de los españoles.

«El sistema político de sus *butalmapus* tiene perfecta analojía con el de los treinta régulos, príncipes, *ulmenes*, caciques, o llámenles como quieran, que zarparon de la Palestina, huyendo de Josué. Lo mas que tenia aquella provincia eran trescientas leguas de circunferencia, i distribuido todo su territorio en los treinta régulos, lo ménos que habria en él, le correspondia a cada uno ocho o nueve leguas, que suele ser el distrito i dependencia de los *aillaregues* araucanos. Esta monstruosa poliarquía, con estados tan reducidos, no podia ménos de tenerlos en gue rras civiles eternas i a sus vasallos en contínuas hostilidades, represalias, guerrillas o *malocas*, como estaban los antiguos araucanos con los tucapelinos, los llanistas con los costinos, i los guiliches con los pehuenches, hasta que el Diablo los unió contra

los españoles, como suele unir a los herejes de varias sectas contra la iglesia católica, i a los impíos contra los justos, si Dios no los divide, o remedia a costa de milagros.

«Por eso talvez les enviaria Dios a los cananeos aquellos ejércitos de avispas para que se divirtiesen con ellas i viviesen en paz unos con otros, sin las hostilidades, desórdenes i excesos que traen consigo las guerras; clavándoles en cada aguijon un fuerte ausilio para que volviesen sobre sí i corrijeran sus bárbaras costumbres, so pena de echarlos con confusion de la Palestina, que debia ser por tantos títulos la Tierra Santa i su sacra-imperial Jerusalen, hijos de paz i corona de su iglesia.

«En el capítulo XII del libro de la Sabiduría se espresan las costumbres bárbaras de los cananeos, i sus usanzas o *admapus* se dicen obras abominables delante de Dios, cuales eran encantamientos, curaciones i *machitunes* diabólicos, sacrificios injustos, filicidios, o matar a sus hijos sin misericordia, desenterrar a los hombres i devorar la sangre humana. Estos eran los usos mas detestables de aquel pueblo bárbaro i jente malvada, como le llama la Escritura, que habia hecho de la milicia naturaleza, i ya se sabe que casi todos estaban corrientes en los antiguos araucanos.[32]»

Esta teoría que hace a los indios chilenos descender de los judíos contaria tambien en su apoyo, segun M. Stevenson, con la opinion de los que arriban a un resultado semejante, fundados en la aversion que israelitas i araucanos profesan a la carne de puerco.[33]

Otro escritor que ha encontrado tambien aceptable la hipótesis de que los primitivos pobladores de Chile hubiesen venido de las rejiones del Oeste, es Zúñiga, el cual declara «que despues de haber examinado la construccion de las lenguas de Chile i de

32. *Cronicon sacro imperial de Chile*, M. S., cap. II, lib. I.

33. *A historical and descriptive narrative of twenty years residence in South America*, London, 1825, tom. I, páj. 47. Con un objeto análogo John Adair escribió, en 1775, un voluminoso libro, intitulado *The history of american indians*. London.

Tagala, provincia de las islas Filipinas, juzga que ambos idiomas tienen su oríjen en una sola i misma fuente.»

Sin embargo, M. Marsden emite una opinion enteramente opuesta, i pretende que esta analojía señalada por Zúñiga no existe mas que en su imajinacion, «atendiendo, dice, a que no hai ni identidad de sonido ni de significacion entre las palabras que ha comparado. M. Lang juzga con razon que no es ese el único signo por el cual pueda reconocerse la semejanza entre dos lenguas.[34]»

En esta revista de opiniones mas o ménos verosímiles, preconcebidas, atrasadas o científicas, hénos aquí que llegamos ya a la que apunta nuestro abate Molina, que, al mismo tiempo que es una síntesis espositiva de las otras, reune no poco caudal de erudicion i sano criterio. «La tradicion, espresa, se encuentra de tal modo obscura i vacilante entre los araucanos, que no se puede deducir ninguna luz para satisfacer una razonable curiosidad. Muchos de ellos se tienen por orijinarios del mismo país, miéntras los otros se creen de extirpe forastera, señalando por habitacion primitiva de sus projenitores, ya el setentrion, ya el occidente.

«La comun creencia quiere que la poblacion de la América se viniese por el nordeste del Asia, supuesta la fácil comunicacion de aquella parte entre el uno i otro continente. Pero no es tan estravagante como podia parecer a primera vista la opinion adoptada por aquellos chilenos que se dicen oriundos de los lugares occidentales. Despues de los descubrimientos hechos por los ingleses en la mar del Sur, se sabe que entre la América i la Asia austral, hai una cadena de infinitas islas, que son quizá los residuos de alguna gran tierra que por aquella parte aproximaba los dos continentes, i que podia haber facilitado el pasaje de este hemisferio a las opuestas rejiones americanas. Por lo cual seria mui posible que miéntras la América setentrional se poblaba por el noroeste, la Meridional hubiese recibido sus habitantes de las

34. Dupaix, *Antiquités mexicaines, deuxième partie*, páj. 174.

provincias australes del Asia. Las naciones establecidas en esta porcion del Nuevo Mundo son jeneralmente de un carácter dulce, que se acerca mas al de los asiáticos meridionales que a la ferocidad de los tártaros setentrionales. Las lenguas allí aún son suaves i abundantes de vocales, como las de la India Oriental. La influencia del clima, verdaderamente, puede modificar los lenguajes, pero jamás llegará a desfigurar del todo su primojénita estructura.

«Los chilenos llaman a los primeros hombres, de los cuales descienden, *Peñi Epatun*, que quiere decir, los hermanos *Epatun;* pero, a excepcion del nombre, no saben otra cosa de la historia de estos hermanos sus patriarcas. Los llaman tambien *Glyche*, esto es, hombres primitivos o del principio, i en sus congregaciones los invocan, junto con sus divinidades, entonando en alta voz: *Pom, pum, pum*[35], *mari epunamun*, *Animalhuen*, *Peñi Epatun*, etc. Los tres primeros vocablos son al presente de incierta significacion i podrian tomarse por una suerte de interjeccion, si la voz *puon* con que los chinos nombran al primer hombre creado o salvado de las aguas, no nos indujese a sospechar que podrian tener una nocion análoga. Los lamas o sacerdotes del Thibet pronuncian tambien frecuentemente en sus rosarios las tres sílabas *hom, ha, hum* o *om, a, um*, como dicen los habitantes del Indostan, los cuales en cierta manera corresponden a las chilenas arriba dichas.[36]»

Como se deja claramente percibir, Molina se inclina a hacer suya la creencia atribuida a los araucanos de que son oriundos de jentes venidas del Oeste. No ha faltado tampoco quien suponga que el Perú i México fueron conquistados en tiempos

35. «Voces que usan los araucanos, dice Febres, en sus juntas grandes, cuando matan chilihueques: sácanle el corazon, aún saltando, i con él hacen cruces en un palo, e invocan o llaman a sus mayores, diciendo: *pom, pùm, pum, mari mari, pu llacu, pu them, pu vileu, amchi malghen, epuñamun*, etc., i otros muchos. Es esta ceremonia, a mi ver, una protestacion de que quieren hablar la verdad sin doblez, segun he visto en Angol i Tucapel.» *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*, páj. 559.

36. *Historia civil*, cap. I.

primitivos por los mongoles,[37] lo que demuestra que en esta materia los pareceres andan tan divididos que para esplicarnos muchos de ellos debemos mirarlos mas bien como concepciones de cerebros estravagantes, que como hijos del verdadero estudio i de un criterio desinteresado.

Basta, en efecto, considerar lijeramente la tésis de Molina para comprender que está basada en mui deleznables fundamentos. Las consideraciones que hace valer sobre lenguaje, i ciertas esclamaciones mas o ménos semejantes que existen en Arauco i en el Thibet, así como lo tocante a los caracteres de ámbos pueblos, no pasan de vaguedades imposible de ser aceptadas.

Consultando a la lijera el libro inmutable de la naturaleza, Molina, que tan bien conocia la muestra, habria podido llegar, por el contrario, a la estraña conclusion de que la flora i fauna de Chile, si tienen semejanza con la de otras rejiones del globo, esas rejiones son casualmente las de Europa; porque es cosa curiosísima que algunas de nuestras aves, así como ciertos jéneros de plantas, se encuentran representados en el viejo continente. Un sabio viajero, que tuvo ocasion de estudiar con detencion los pueblos de Sud América, dijo, por eso, que no creia que los araucanos se acercasen mas que los otros americanos a la gran raza amarilla oceánica.[38]

De todo lo que precede es fácil colejir que el problema del oríjen de los primitivos habitantes de Chile, se halla en condiciones de difícil solucion; pero, ántes de pronunciarnos sobre tan interesante materia, creemos oportuno coleccionar, en cuanto se pueda, las tradiciones jenerales existentes en el pueblo araucano respecto de nuestros aborijenes, para apreciar, en seguida, los diversos testimonios que hemos podido reunir respecto a las razas de hombres que han vivido en este país. Con todos estos antecedentes, podremos ya entrar al estudio de los monumentos de aquella edad primera que se ofrecen a nuestro exámen.

37. Véase Ranking, *The conquest of Perú, México, etc., by the Mongols*, London, 1827, 8.°.
38. D'Orbigny, *L'homme américain.*

CAPÍTULO III.

TRADICIONES.

Escasez de tradiciones.—Opinion de Lord Kingsborough.—El diluvio universal.—El fuego celeste.—Creacion del hombre.—El evanjelio i su predicacion en Chile.

Las tradiciones del pueblo araucano son escasísimas, i la mas importante de todas ellas, es la que se refiere al diluvio universal. Es verdad que, aún a juicio del crédulo Diego de Rosales, esta idea pudo mui bien serles sujerida por los grandes depósitos de conchas que sin duda alguna habian tenido ocasion de observar en ciertos parajes elevados de los Andes; a cuyo respecto asienta lord Kingsborough que «no puede negarse que hasta la sagacidad de los salvajes debe haber llegado a la conclusion de un diluvio universal, sin auxilio alguno de divina inspiracion; ni se habria excedido su comprension moral creyendo que semejante convulsion fuese causada por los pecados de la humanidad. Por el contrario, debieron sentirse mas inclinados para atribuir el tal mito a esa mas que a ninguna otra causa; porque las naciones salvajes, ignorantes i supersticiosas, se sienten con frecuencia dispuestas en proporcion a la magnitud de la calamidad, segun ataque a muchas o pocas personas, a atribuirla

a un particular juicio divino, que les es inflijido por sus pecados: aunque tal modo de razonar no debe desecharse tanto por su absurdidad cuanto por su injusticia, desde que tiende a despojar a la desgracia de toda su simpatía i a envolver al inocente i al culpable en una suerte comun. Que los indios de Chile, leyendo en el libro de la naturaleza que sus mas altas montañas han estado sumerjidas en el mar, i que los huesos de animales mezclados con conchas, testificándoles que ha acompañado a la inundacion la destruccion de la vida animal,—deben haber supuesto que tal accidente no ha ocurrido dentro del órden natural i ordinario del universo, i esto es lo bastante; así como sus sacerdotes que pretenden conocer los secretos del cielo i disponer a su antojo de la lluvia i del trueno, i de las buenas i malas cosechas, deben haber pensado ocurrir al razonamiento que acabamos de hacer, para dar mas probabilidad a sus dichos del futuro, i para mantener por estos medios bajo su influjo los ánimos del pueblo.[1]»

De cualquiera manera, sin embargo, que hayan llegado a penetrar la gran catástrofe descrita en los libros sagrados, el hecho es que todos están de acuerdo en atribuir a los araucanos una tradicion semejante. El jesuita Febres declara que en la lengua de los indios hai unos montes llamados Theg-theg o Chegcheg, en donde, dicen, se escaparon del diluvio sus antepasados;[2] Perez García reproduce exactamente la misma noticia,[3] i don Pedro de Córdoba i Figueroa, la completa, espresando que «tenian conocimiento del universal diluvio, bien que adulterado con ridículas circunstancias, como el de ciertos montes a los cuales llaman Thegtheg, que el dia de hoi aún los mencionan; crecian exediendo siempre a las aguas, i que en ellos se libraron algunos, de los cuales se habia multiplicado el linaje humano.[4]»

Pero el pasaje interesante del libro de Rosales que ha moti-

1. *Antiquities of Mexico*, London, 1831, fol., T. VI, páj. 394.
2. *Calepino chileno hispano*, páj. 642.
3. *Historia de Chile*, lib. I, cap. V.
4. *Historia de Chile*, páj. 27.

vado sus observaciones a lord Kingsborough, es el siguiente:... «Tienen mui creido que cuando salió el mar i anegó la tierra antiguamente, sin saber cuándo (porque no tienen série de tiempos ni cómputo de años) se escaparon algunos indios en la cima de unos montes altos que llaman *Tenten*, que los tienen por cosa sagrada. I en todas las provincias hai algun *Tenten* i cerro de grande veneracion, por haber creido que en él se salvaron sus antepasados de el diluvio jeneral, i están a la mira para si hubiere otro diluvio, acojerse a él para escaparse del peligro. Añaden a esto, que ántes que sucediese el diluvio o salida de el mar, que ellos imajinan, les avisó un hombre, pobre i humilde, i que por serlo, no hicieron caso de él...

«En la cumbre de cada uno de estos montes altos llamados Tenten, dicen que habita una culebra de el mismo nombre, que sin duda es el demonio, que los habla, i que ántes que saliese el mar les dijo lo que habia de suceder, i que se acojiesen al sagrado de aquel monte, que en él se librarian i él los ampararia. Mas, que los indios no lo creyeron i trataron entre sí que si acaso sucediese la inundacion que decia Tenten, unos se convertirian en ballenas, otros en peje-espada, otros en lizas, otros en robalo, otros en atunes i otros pescados; que el Tenten les favoreceria para eso: para que si saliesen de repente las aguas i no pudiesen llegar a la cumbre del monte, se quedasen nadando sobre ella transformados en peces.

«Finjen tambien que habia otra culebra en la tierra i en los lugares bajos, llamada Caicai-Vilu, i otros dicen que en esos mismos cerros, i que esta era enemiga de la otra culebra Tenten, i asimismo enemiga de los hombres, i para acabarlos hizo salir el mar, i con su inundacion quiso cubrir i anegar el cerro Tenten i a la culebra de su nombre, i asimismo a los hombres que se acojiesen a su amparo i trepasen a su cumbre. I compitiendo las dos culebras Tenten i Caicai, ésta hacia subir el mar i aquella hacia levantar el cerro de la tierra i sobrepujar al mar tanto cuanto se levantaban sus aguas. I que lo que sucedió a los indios cuando el mar comenzó a salir i inundar la tierra, fué que todos a gran

priesa se acojieron al Tenten, subiendo a porfía a lo alto i llevando cada uno consigo sus hijas i mujeres, i la comida que con la priesa i la turbacion podian cargar. I a unos les alcanzaba el agua a la raíz del monte i a otros al medio, siendo mui pocos los que llegaron a salvarse a la cumbre. I a los que alcanzó el agua les sucedió como lo habian trazado, que se convirtieron en peces, se conservaron nadando en las aguas, unos transformados en ballenas, otros en lizas, otros en robalos, otros en atunes i otros en diferentes peces. I de estas transformaciones, finjieron algunas en peñas, diciendo: que por que no los llevasen las corrientes de las aguas, se habian muchos convertido en peñas por su voluntad i con ayuda del Tenten. I en confirmacion de esto muestran en Chiloé una peña que tiene figura de mujer con sus hijos a cuestas i otros a los lados, que el Autor de la naturaleza la crió de aquella forma, que parece mujer con sus hijos. I tienen mui creido que aquella mujer en el diluvio, no pudiendo llegar a la cumbre del Tenten, le pidió transformarse en piedra con sus hijos, porque no los llevasen las corrientes, i que hasta ahora se quedó allí convertida en piedra. I de los que se transformaron en peces, dicen que pasada la inundacion o diluvio, salian de el mar a comunicar con las mujeres que iban a pescar o cojer mariscos, i particularmente acariciaban a las doncellas, enjendrando hijos en ellas; i que de ahí proceden los linajes que hai entre ellos de indios que tienen nombres de peces, porque muchos linajes llevan nombres de ballenas, lobos marinos, lizas i otros peces...

«Asentadas estas finjidas transformaciones i soñado diluvio, queda la dificultad de cómo se conservaron los hombres i los animales; a lo cual dicen: que los animales tuvieron mas instinto que los hombres, i que conociendo mejor los tiempos i las mudanzas, i que conociendo la inundacion jeneral, se subieron con presteza al Tenten i se escaparon de las aguas en su cumbre, llegando a ella mas presto que los hombres, que por incrédulos fueron mui pocos los que se salvaron en la cumbre de el Tenten. I que de estos murieron los mas abrazados del sol. Porque, como

finjen que las dos culebras, Caicai i Tenten, para mostrar su poder i que ni el mar le podia inundar ni sobrepujar con sus aguas, se iba suspendiendo i levantando sobre ellas. I que en esta competencia la una culebra, que era el demonio, diciendo *Cai, cai*, hacia crecer mas i mas las aguas, i de ahí tomó el nombre de Caicai. I la otra culebra, que era como cosa divina, que amparaba a los hombres i a los animales en lo alto de su monte, diciendo *Ten, ten*, hacia que el monte se suspendiese sobre las aguas, i en esta porfía subió tanto que llegó hasta el sol. Los hombres que estaban en el Tenten se abrazaban con sus ardores, i aunque se cubrian con callanas i tiestos, la fuerza de el sol, por estar tan cercanos a él, les quitó a muchos la vida i peló a otros, i de ahí dicen que proceden los calvos. I que últimamente el hambre les apretó de suerte que se comian unos a otros. I solamente atendieron a conservar algunos animales de cada especie para que multiplicasen i algunas semillas para sembrar.

«En el número de hombres que se conservaron en el diluvio, hai entre los indios de Chile grande variedad, que no puede faltar entre tantos desvaríos. Porque unos dicen que se conservaron en el Tenten dos hombres i dos mujeres con sus hijos. Otros que un hombre solo i una mujer, a quienes liaman *Llituche*, que quiere decir en su lengua, principio de la jeneracion de los hombres, sean dos o cuatro con sus hijos. A éstos les dijo el Tenten que para aplacar su enojo i el de *Caicai*, señor del mar, que sacrificasen uno de sus hijos, i descuartizándole en cuatro partes, las echasen al mar para que las comiesen los reyes de los peces i las sirenas i se serenase el mar. I que haciéndolo así, se fueron disminuyendo las aguas i volviendo a bajar el mar. I al paso que las aguas iban bajando, a ese paso iba tambien bajando el monte Tenten, hasta que se asentó en su propio lugar. I diciendo entónces la culebra *Ten, ten*, quedaron ella i el monte con ese nombre de *Tenten*, célebre i de grande relijion entre los indios.» [5]

5. *Historia*, t. I, páj. 14.

«La idea de llamar al fuego celeste sobre algun objeto, comun entre los judíos i no estraña a los mejicanos, continúa Kingsborough, existia tambien en Chile, segun se ve de la siguiente tradicion que apunta igualmente Rosales, en estos términos:

«Lo singular i de grande enseñanza es que se conserva una tradicion de tiempo inmemorial entre los indios, que en el sitio que se llama de Taguatagua, antiguamente, ántes de la venida de los españoles, habia un hermoso valle mui ameno i poblado de infinita jente, i que no habia laguna ni señal de ella, sino mucha amenidad i sementeras en abundancia para las delicias de los naturales. Pero que con la abundancia i el regalo eran sus costumbres tan estragadas i tan enormes sus vicios, que no contentándose con la muchedumbre de mujeres propias i ajenas, se desenfrenaban (como bestias) en los torpísimos vicios de la sodomía i bestialidad.

«Entraron un dia en aquel valle dos hermosos mancebos, en el traje i rostro nunca vistos, i en la hermosura i gravedad admirables, que en la realidad eran ánjeles, i les dijeron a todos los habitadores de aquella tierra que venian enviados del Señor del cielo i la tierra, del mar i de los vientos, del sol, luna i estrellas, i que venian a requerirles de su parte, como los requerian, que se enmendasen de tan enormes vicios i obcenidades, con que gravísimamente ofendian al Autor de la naturaleza i a su Dios i Señor, a quien debian todo amor i obediencia; i que si no se enmendaban serian dél gravísimamente castigados en esta vida i mas rigurosamente en la otra con eternas penas i tormentos. I dicho esto, desaparecieron i no los vieron mas. Causóles alguna novedad al principio, pero no enmienda, porque perseveraron en sus torpezas. Oh! gran paciencia de Dios i grande su misericordia que no se contentó con este aviso! sino que pasados algunos años volvieron los dos ánjeles en figura humana, i en el traje i hermosura dando muestra de que no eran hombres terrenos sino espíritus celestiales. Volviéronles a requerir a los indios, afeáronles sus vicios i dijiéronles que estaba ya cercano el castigo de Dios si no se enmendaban de sus pecados. Desapare-

ciéronse, i los indios endurecidos en sus malas costumbres, i ciegos a tanta luz, perseveraron en sus delitos, incrédulos como los de Sodoma. Mas, despues de pocos dias vino el castigo de Dios sobre ellos, porque tembló la tierra i se estremeció con tanta furia que, abriéndose en diferentes grietas i por diversas bocas, pronunció la sentencia i ejecutó el castigo, vomitando tanta cantidad de agua que inundó todo aquel valle i anegó a cuantos en él habia, sus casas, haciendas i sementeras, sin dejar memoria de aquella tan nefanda jente, i quedando para eterna memoria i escarmiento de los demas, aquella laguna que hoi se ve i ha permanecido despues de tantos años ha que sucedió este tan maravilloso caso. [6]...»

«La relacion de Viracocha, prosigue Kingsborough, formando al hombre a semejanza de imájenes modeladas por él mismo, parece referirse a los versos del Jénesis; pero la anterior tradicion manifiesta un oríjen ménos equívoco de una procedencia bíblica.»

Con este motivo, es sabido que los antiguos misioneros de América investigaban, i muchos lo aseguraron con todo candor, fundados en las huellas de piés humanos que creian ver en algunas rocas, cuando no los instrumentos de la Pasion, que el apóstol Santo Tomás habia predicado el evanjelio en el Nuevo Mundo. El padre jesuita Alonso de Ovalle, que en cuanto a credulidad pocos le van en zaga, fundado en el testimonio de Pedro Bercio, que asegura que «pasando los holandeses por el estrecho de Magallanes, los indios le saludaban con el nombre de Jesus, dice que no sabe si fuera de esto i los argumentos jenerales que se han apuntado de haber llegado Santo Tomás a la América i dado en ella luz de Cristo Señor nuestro i de su santa lei, haya respecto de Chile, otras conjeturas en particular que prueben hayan tenido los indios araucanos conocimiento de nuestra fe; i cuando hayan tenido alguna, es cierto que estaba tan perdido i olvidado que era como si no fuese. [7]» I por eso no encontrando

6. *Id.*, I, 258.
7. *Histórica relacion*, p. 328.

Rosales entre nosotros mas que las tradiciones que se acaban de señalar, juzga que ellas no son bastantes para pensar que Santo Tomás o cualquier otro apóstol, hayan predicado el evanjelio en Chile.[8]

8. En la hacienda de la Patagüilla, situada no léjos de Curacaví, en la estremidad de una punta que existe saliente en la falda de un cerro inmediato a las casas, se ven varios peñascos con escavaciones superficiales, una de las cuales tiene mui aproximadamente la forma de un pié humano, que si los autores de aquella época las hubiesen descubierto no habrian dejado, por cierto, de atribuirlas al apóstol. La verdad es, sin embargo, que la forma de pié que afecta esa escavacion, se debe a que con el trascurso del tiempo i el uso que tuvieron, se han desgastado dos agujeros que en un principio debieron existir, quedando, por mera casualidad, en el estado en que hoi se ven.

CAPÍTULO IV.

RAZAS PRIMITIVAS.

Uniformidad de pareceres.—Opinion de Pœppig.—Carencia absoluta de tradiciones.—Violenta desaparicion de la primera raza.—Antigüedad de la historia de América.—Monumentos de una civilizacion primitiva.—Testimonio de Humboldt, Saint-Hilaire i otros autores.—Unidad de las primitivas razas americanas.—Jeroglíficos peruanos.—Conclusiones de Garcilaso i Brasseur de Bourgbourg.—La piedra del valle de Rapiantu.—Otros antecedentes que existen en Chile.—Molina i el idioma araucano.—Estudio de los cráneos.—Ultimo resultado.

Si los autores andan tan desacordes en cuanto a la manera cómo haya sido poblado en su oríjen nuestro suelo, no acontece lo mismo por lo que se refiere a la creencia de que haya existido en Chile una raza anterior i mas adelantada que la que los incas peruanos encontraron establecida a la época de su invasion. Aún puede aseverarse que esta opinion cuenta en su apoyo con fundamentos de trascendencia, i en todo caso mui dignos de ser atendidos.

El viajero aleman Poeppig, a quien hemos citado anteriormente, no trepida en señalar como incuestionable el hecho de que «las tribus cobrizas que aparecen como los poseedores actuales de un territorio que ha esperimentado en tiempos relativamente

modernos los mayores trastornos, no son evidentemente las mismas que han hoyado este suelo. [1] »

«Así como la jeolojía, continúa el mismo autor, nos da a conocer por capas la formacion de la superficie de nuestro planeta, de la misma manera mil circunstancias nos inducen a creer en una transformacion que esperimentaba la humanidad en las diversas rejiones del mundo, la cual puede compararse a aquellas formaciones de materias inorgánicas. Cómo se haya efectuado esta transformacion no lo averiguará jamás el espíritu de investigacion, pues mas allá de las barreras que lo limitan, solo se estiende el dominio de las vagas conjeturas.»

En otros pueblos, hasta los ménos civilizados, que han sufrido trastornos semejantes, las tradiciones i algunos hechos inconexos, pero que derivan de un oríjen análogo, dan siempre alguna luz sobre estas remotas revoluciones, como que, en la jeneralidad de los casos, el hambre, las pestes i otros azotes inherentes a la humanidad, han dejado en la memoria de los hombres recuerdos imperecederos. Mas, entre nosotros, esas tradiciones i esos hechos vagamente presumidos faltan completamente.

Deducen, pues, algunos de aquí, que la extincion de la raza que poblara antiguamente el país, no pudo tener lugar, como en otras partes, gradualmente ni por cualquiera de los medios que la han ocasionado en otros pueblos.

La verdad del caso es, que no puede dudarse de que América no tiene una historia tan antigua como la de las naciones orientales i europeas, i, por consiguiente, que si desde tiempo atrás hubiesen existido comunicaciones mútuas, talvez no nos faltarian datos sobre las revoluciones que ha esperimentado nuestro suelo.

Por lo demas, se encuentran diseminadas en el territorio americano huellas, que no son relativamente escasas, ni ménos, auténticas, que atestiguan la existencia inequívoca de aquella raza primitiva, de una civilizacion mas aventajada, i probablemente

1. *Reise, etc.*, lug. cit.

mejor dotada que la que lo poblaba desde el comienzo del señorío incarial. Basta, en efecto, considerar un momento las obras que despues de siglos patentizan todavía su progreso en el Canadá, Norte América, Guayana i el Perú para comprender que los *mound-builders*, como se les ha llamado por las formas de sus construcciones amulares, i en las orillas del Titicaca los arquitectos de los imponentes restos de Tiahuanaco, estaban infinitamente mas adelantados que las tribus nómades que hoi conocemos, i aún que los vasallos peruanos en el tiempo de la conquista española.

Dejando aparte lo que se refiere a Estados Unidos i al Canadá, concretémonos un momento a consignar lo que se ha dicho jeneralmente respecto de los antiguos monumentos de Sud-América i de la existencia de una raza primitiva.

El sabio Humboldt espone que en la Guayana se encuentran figuras toscas que representan el sol, la luna i animales, grabadas en las rocas mas duras de granito, «que atestiguan la existencia anterior de un pueblo mui diferente de los conocidos del Orinoco... Cualquiera que sea el significado de estas figuras i el fin con que han sido esculpidas en el granito, no afectan por eso ménos interés... No pretendo que estas figuras prueben el conocimiento del empleo del fierro, ni que anuncien una cultura estraordinariamente avanzada; pero, aún suponiendo que léjos de ser simbólicas, sean el resultado de los ocios de pueblos cazadores, es necesario siempre admitir la existencia de una raza mui diferente de la de los hombres que habitan hoi las orillas del Orinoco. [2]»

Hablando de Venezuela, dice don Aristídes Rojas: «al abandonar a San Estéban, en direccion hácia las elevadas cumbres de Hilaria, teniendo a la izquierda una muralla de rocas, llégase a poco, cerca de las alturas de Campanero, a un lugar distante como dos quilómetros de aquel pueblo, donde las rocas de la cordillera, inclinadas sobre el suelo del camino, presentan una

2. *Voyage aux regiones equinoxatiales*, lib. VII, cap. XXXIV.

superficie plana sobre la cual se ven multitud de figuras esculpidas. Es una gran masa de mármol, como de tres a cuatro metros de altura, por tres de ancho, cubierta de tierra en su base, miéntras arriba la coronan grupos de vejetales arbóreos, i de arbustos i musgos que sonrien a la luz del dia.—Cualquiera diria que es la loza de un sepulcro engastado en la montaña. Atras queda el océano, invisible desde esta altura, porque la faja de montes lo esconde a los ojos del viajero; adelante, el pico de Hilaria, centinela del valle; a uno i otro lado, las sementeras del camino con su curva graciosa, miéntras abajo, entre cantos rodados i enormes rocas arrancadas por el tiempo a las cumbres, corren bulliciosas las aguas del San Estéban...

«Para el naturalista que estudia la etnografía, que desea conocer la historia primitiva de América e interpretar el significado de los jeroglíficos, esta pájina de San Estéban ¿es un enigma, es una realidad? Para verla es necesario arrancar las enredaderas, cortar las raíces que cubren las figuras, porque no es la mano del tiempo la que quiere borrar algunas de las primitivas historias del hombre de América, sino la vida vejetal que, en su fuerza de espansion i de conquista, trata de asimilarse cuanto encuentra a despecho del hombre i de la historia. Apartad la yerba i el humus vejetal i los troncos i sarmientos que en su crecimiento, al aire libre, han cubierto en parte la lápida indíjena, i todas las figuras aparecerán bañadas por la luz del dia. El tiempo ha tendido la roca lijeramente de arriba abajo, la cual se presenta dividida en tres secciones mas o ménos simétricas; pero no por esto se interceptan las diversas figuras de insectos, estrellas, animales i objetos diversos que aquella tiene esculpidos. La manera como están colocadas las figuras (en grupos); los alineamientos jeométricos, i los animales mas o ménos perfectos; lo misterioso del conjunto, algo que se manifiesta i algo que se oculta: todo ha de fijar sobre esta piedra la mirada del hombre pensador, el cual quisiera poder descifrar lo que ningun poder humano puede ya revelarle. Pero lo que realza todavía mas esta pájina indíjena, no es tanto la parte muda, aunque elo-

cuente del jeroglífico, como el vejetal que, sucediéndose, lo acompaña desde los tiempos mas remotos. Millares de jeneraciones vejetales le han sucedido, i todavía la roca sustenta los nuevos vástagos herederos de la primitiva flora americana. Entre las lijeras grietas de la superficie, vejetan musgos imperceptibles i graciosos helechos, acompañados de otras plantas criptógamas, que se asoman con una sonrisa de curiosas en solicitud de la luz i del fresco ambiente; miéntras arriba *cecropias* de hojas plateadas, *bromelias*, helechos arbóreos, *pitcarnias* i multitud de especies arborescentes coronan la roca i se balancean a los caprichos del viento, como lejítimas poseedoras de aquel túmulo, que es para el hombre un enigma i para ellas la tierra que las nutre i las sostiene.[3]»

Este mismo autor describe en su brillante estilo, no ménos de nueve rocas con inscripciones semejantes, haciendo remontar algunas de éstas a la época de la bajada de las aguas i levantamiento del fondo del antiguo océano, al éste de los Andes.[4]

M. Auguste Saint-Hilaire, sosteniendo la misma tésis, habla de inscripciones que ha visto al atravesar el valle que se estiende al pié de Tijuco. «A los bordes del camino, dice, noté en una roca inclinada, cuya superficie era bastante lisa, rasgos groseros hechos con un color rojo. Estos rasgos representan figuras de pájaros, algunos aislados, otros agrupados de una manera irregular.[5]» Inscripciones semejantes fueron halladas en 1865, en Ceará, por J. Whitfield, «en las partes mas pobladas de bosques del interior.[6]» Refiriéndose a otra rejion del Brasil, cuenta Franz Keller, que «cerca de una de las cataratas del Madeira descubrió algunos dibujos grabados (espirales i semicirculares) en una piedra oscura cuya superficie era pulida...Mas hácia el poniente, continúa, hallé otra piedra escrita, cubierta con líneas espirales i anillos concéntricos, apénas diseñados, en piedra negra parecida al gneiss.

3. *Estudios indíjenas*, pájs. 4 i 6.
4. *Id.*, páj. 13.
5. *Second voyage au Brésil*, tom. I, páj. 73.
6. Véase la lámina 114 del *Journal of the Anthropological Institute*, t. I, 1873.

Prosiguiendo mis investigaciones, encontré una no poco perfecta, cuyas líneas enteramente ordenadas, difícilmente podrian mirarse como resultado de «las horas de ocio de los indios.» Las líneas de la circunferencia corren casi del todo horizontales i se hallan un poco mas altas que la mas baja línea de flotacion del rio, pareciéndome que la actual posicion de la roca es la misma que tuvo cuando las inscripciones fueron hechas. Desgraciadamente, lo que sabemos de la historia de las razas indíjenas de Sud-América ántes de la conquista, es tan limitado (esceptuando quizás algunas tradiciones medio-míticas respecto al imperio de los Incas) que aún los períodos mas importantes de su historia, por ejemplo, las peregrinaciones de los tupis, asumen mas bien el carácter de diestras hipótesis que de hechos históricos. Tenemos noticias de grandes espediciones de conquista de los Incas. ¿Acaso las inscripciones del valle del Madeira estarán ligadas con ellas; o, acaso son aún mas antiguas? Investigaciones i estudios comparados de las antigüedades peruanas pueden solo aclarar mejor si el oríjen de estos jeroglíficos debe atribuirse a su imperio, esa rejion de una civilizacion vasta i grandiosa. Mui difícilmente pueden ser obra de los antepasados de los caripunas, si se hallaban, como debe presumirse, en el mismo bajo nivel de civilizacion que sus descendientes. Una ruda nacion de cazadores no es adecuada para gastar meses en la molesta tarea de grabar figuras en rocas duras con instrumentos inadecuados. Si ellas, sin embargo, hubiesen tenido semejante fantasía, sus ánimos débiles i estrechos habrian elejido con preferencia para el dibujo lo que mas les hubiese impresionado su imajinacion, de todos los objetos que los rodeaban, el sol, la luna, o los animales que cazaban; o los caimanes, tortugas i peces que Humboldt encontró grabados en las rocas del Orinoco; pero en las orillas del Araguayas i del Madeira hai solo bosquejos toscos, en los cuales la fantasía de los primeros esploradores portugueses creyó reconocer los instrumentos de la Pasion.[7]»

7. *The Amazon and Madeira rivers*, London, 1875, pájs. 65 i siguientes.

Segun las observaciones de D. Mariano E. de Rivero, existe en el alto de la Caldera, a ocho leguas al norte de Arequipa, una multitud de grabados sobre granito, que representan figuras de animales, flores i fortificaciones, i que sin duda encierran relaciones mas antiguas que la dinastía de los Incas. En la provincia de Castro-Vireyna, en el pueblo de Huaytará, se halla en las ruinas de un gran edificio, de igual construccion a la del célebre palacio de Huánuco el Viejo, una masa de granito de muchas varas de largo, con grabados toscos, semejantes a los de la Caldera. Ninguno de los mas fidedignos historiadores alude a estas inscripciones i pinturas, o refiere la menor cosa posible sobre los jeroglíficos peruanos, de modo que es plausible colejir que en tiempo de los Incas no se tenia conocimiento alguno del arte de escribir con caracteres, i que todos estos grabados son restos de un tiempo mui remoto... Es exactamente la misma idea que emite un autor contemporáneo, cuando dice que «la presencia de inscripciones jeroglíficas en las mas antiguas ruinas, demuestra la gran superioridad de la raza primitiva sobre la de los quíchuas, porque esta última ignoraba completamente el arte de escribir.[8]»

En muchas partes del Perú, continúa Rivero, principalmente *en sitios mui elevados sobre el nivel del mar*, hai vestijios de inscripciones, si bien muchas ya borradas por el ala destructora del tiempo.[9]

«El exámen crítico de los monumentos antiguos que han escapado en su totalidad o en parte a la accion destructora del tiempo i vandálica saña de los conquistadores, nos dan mas luces que las incorrectas i contradictorias pájinas de los autores, indicándonos dos épocas mui diferentes en el arte peruano, a lo ménos por lo que concierne a la arquitectura: una ántes, i otra despues de la llegada del primer Inca. A la primera, pertenecen el palacio conocido bajo el nombre de ruinas del gran Chimu,

8. *Congrès des americanistes*, tom. II, 1875, páj. 12 del artículo *La très ancienne Amérique.*

9. Rivero i Tschudi, *Antigüedades peruanas*, Viena, 1851, pájs. 101 i 102.

en el departamento de la Libertad; las ruinas de Huánuco el Viejo, las del templo de Pachacamac; las de las islas de la laguna Titicaca; la formidable pirámide, colosos de piedra i estátuas de Tiahuanacu, a la orilla meridional de la laguna de Chucuitu. La segunda época comprende los restos del departamento del Cuzco i otros.

«Vana empresa seria indagar la edad positiva de estos monumentos, faltando todo apoyo para la investigacion: solo sí, resulta que son de una época anterior a la llegada del primer Inca, i que tanto el Perú como Méjico, se hallaban en aquel entónces en estado mas avanzado que la mayor parte de las naciones de la Europa setentrional.[10]»

Abundando en esta idea, dice un reputado escritor arjentino, que «los monumentos americanos que señalan un mayor adelanto en las artes i un grado mas elevado de cultura intelectual i moral, no son los mas modernos; son precisamente los mas antiguos. I la prueba de que esos monumentos son eslabones rotos de la cadena de civilizaciones prehistóricas, que nada legaron a la posteridad, es que ellas eran incomprensibles para los últimos descendientes de las primitivas razas que los construyeron.[11]»

Por lo que toca al Brasil, «mis estudios, declara Varnhagen, llévanme hasta ahora a la conclusion de que la raza Tupica que los descubridores europeos encontraron en la costa setentrional i en la parte oriental del país, i como está ya averiguado, no era una raza autoctona del lugar, sino una raza conquistadora.[12]»

«La opinion de Velez, espresa Bollaert, citando un artículo de aquel autor, publicado en el *Boletin* de la Sociedad de Jeografía de Paris, de 1847, es que Nueva Granada fué habitada antiguamente por un pueblo mas civilizado que el que encontraron los españoles. La prueba de este aserto es, que en el distrito de San Agustin, en las *partes elevadas* de Nieva, en latitud de 3°15' N., se han encontrado monumentos, como la gran

10. *Id.*, páj 210.
11. B. Mitre, *Las ruinas de Tiahuanaco*, páj. 57.
12. *Revista do Instituto historico e geographico brasileiro*, 1858, t. XXI, p. 437.

mesa de piedra, que se dice de los Sacrificios, sostenida por cariátides, estátuas de grandes dimensiones, i otros innumerables objetos artísticamente trabajados. En los tiempos de la conquista, los españoles solo encontraron en estas rejiones a los Pijados, Pantagosos, i otras tribus, las que, aunque valientes, eran bárbaras. No podemos atribuir a éstas la construccion de las obras actualmente en ruinas, i, por lo tanto, pertenecen a tiempos mas antiguos i civilizados.[13]»

«Hai un hecho importante digno de notarse, dice Squier respecto de Centro-América, i es que los jeroglíficos del país no los entiende absolutamente ninguna de las diversas razas de indios, que hablan muchos idiomas diversos; pero puede creerse que toda esa rejion estuvo en un tiempo ocupada por una sola raza, que hablaba el mismo idioma, o que usaba, por lo ménos, de los mismos caracteres escritos.[14]»

«La investigacion paciente nos mostrará, concluye de lo anterior don Francisco de P. Moreno, que los signos que tanto asombraron al ilustre Humboldt i le revelaron la existencia de un gran pueblo antiguo i estinguido, en medio de las lujosas selvas i al lado de las fragosas cataratas del Orinoco, no están ya encerradas en centenares de leguas de superficie, sino en decenas de miles, i nos hará ver que, con poca diferencia, los mismos signos se encuentran en toda América, desde las islas de Vancouver, cerca del círculo boreal, hasta el lago Arjentino en Patagonia, i que las figuras pintadas allí en las paredes abruptas i verticales de la punta Walichu, que son casi las mismas que los esploradores de Estados Unidos encontraron en el Arizona, al norte de Méjico, Centro América, Guayanas, en el Brasil, Perú, Bolivia, Chile i República Arjentina, parecen ser trabajadas por la misma raza; i tengo la conviccion de que la craneolojía, ayudada por la arqueolojía, va a enseñarnos que esa raza fué la que conocemos por caríbica antigua, i que a ella pertenecen los crá-

13. *Antiquarian, èthnological and other researches in New Grenada*, etc., páj. 36.
14. *Incidents of travel in Central America*, London, 1854, páj. 458.

neos deformados macrocéfalos, que se encuentran desde la isla de los Sacrificios, en el golfo de Méjico, hasta la Patagonia, i los que los viajeros han estraido de las necrópolis de Bolivia, atribuidos por falta de estudios a los constructores de las obras monolíticas de Tiahuanaco, bautizados con el nombre de aimaraes.[15]»

Aceptando el hecho jeneral de las razas sucesivas pobladoras de América, ya hace cerca de medio siglo, que, despues de eruditos estudios, Josiah Priest llegaba a la conclusion de que las ruinas i ciudades de este continente pertenecieron al mismo imperio jeneral, el cual habia debido su oríjen a los antiguos tirios de Fenicia;[16] pero, como espresa Catlin, «por mui voluminosas i eruditas que aparezcan las discusiones por lo que toca al misterioso oríjen de las razas, en último resultado, debemos llegar todos a la conclusion de que, ya fuesen asiáticos, ejipcios o polinesios los pueblos que hallaron su camino al continente americano, en cualquiera época, encontraron i se mezclaron con una raza aboríjene de América, tan antigua o mas antigua que las razas de que descendian.[17]»

Por esto, volviendo al Perú, concluye con razon M. Brasseur de Bourgbourg, que «los diversos autores que han tratado de la historia de ese país, i Garcilaso el primero, están de acuerdo en atribuir a las rejiones comprendidas actualmente bajo este nombre, un oríjen mui antiguo; i que debe retrotraerse mucho mas allá de la monarquía de los Incas, la cuna de las naciones que fueron despues sometidas por sus armas.[18]» Manco Capac, fundador de la dinastía, merece recordarse, que con su aparicion venia simplemente a esparcir de nuevo las semillas de la cultura humana, desaparecida de aquellas rejiones, junto con el pueblo que la abrigara en su seno.

Esos testimonios grabados en el granito i esas espléndidas

15. *El estudio del hombre sud-americano*, Buenos Aires, 1878, páj. 23.
16. *American antiquities*, Albany, 1833, páj. 27.
17. *The lifted and subsided rocks of America*, London, 1870, páj. 179.
18. *Le livre sacré*, páj. CCXXX.

construcciones de tiempos antiquísimos, esparcidos aquí i allá i respetados por los siglos, hacen presumir que el dominio de una o varias razas, relativamente civilizadas, se estendia por todo el continente americano. Segun este principio, no habria por qué esceptuar a Chile de haber participado de los beneficios de aquella época adelantada.

Mas, aparte de cualquiera deduccion mas o ménos fundada i limitándonos, por ahora, a consideraciones semejantes a las que se han referido, existen pruebas claras de nuestro aserto, como lo vamos a ver.

Viniendo del norte tenemos, segun nos refiere el doctor Philippi, que cerca del pueblecito de Machuca, en las inmediaciones de Atacama, se encuentra en el camino de las Pintadas, «una pared perpendicular, casi de seis piés de alto, lisa, en parte trabajada artificialmente, i enteramente cubierta en la estension de seis pasos, por lo ménos, de figuras que no son otra cosa que perfiladuras grabadas en la piedra i que representan principalmente huanacos de todos tamaños, uno encima i aún uno dentro de otro; pero se distinguen tambien perros, zorras serpientes i pájaros. Figuras de hombres son raras i no están bien dibujadas.»

«Se cree jeneralmente, agrega el señor Philippi, que esas figuras fueron hechas en tiempos de los Incas, ántes de la llegada de los españoles; pero, ¿con qué objeto? Los contornos, a la distancia de varias leguas, son un desierto horrible, sin un vestijio de vejetacion humana (sic). Nadie alisará una pared de peñascos, i en tanta estension, i grabará en ella muchos centenares de figuras solo por pasar el tiempo. ¿Deben acaso trasmitir a la posteridad la memoria de una de aquellas grandes cazas de que habla Garcilaso de la Vega?[19]»

Por nuestra parte, tomamos nota del hecho estampado por el sabio viajero, sin aceptar la hipótesis que propone para esplicar esos grabados, por que, como se habrá visto, de lo que espone Tschudi, los Incas, se piensa con razon, que ignoraron, no solo

19. *Viaje al desierto de Atacama*, páj. 64.

el empleo sino tambien el significado de esas inscripciones en el granito, que los antiguos historiadores no mencionan absolutamente.

Prosiguiendo hácia el sur, podemos notar que en la misma provincia de Santiago, en la hacienda de Cauquenes, existe, a alguna distancia de los Baños, en el valle de Rapiantu, una piedra como de cuatro metros de largo, completamente cubierta de grabados, mas o ménos superficiales, que, ya los supongamos antojadizos o simbólicos, con su significado propio, acusan, sino el empleo del fierro, segun se espresa Humboldt, la existencia de una raza diversa de la que los españoles o los peruanos encontraron en Chile; siendo mui digno de notarse que, como otras de su especie en América, se encuentra igualmente en las rejiones elevadas de la cordillera. «Nunca, dice Whitfield, se ha hecho mencion de que se haya visto tales inscripciones cerca de la costa.[20]»

Este interesante monumento de aquella civilizacion primitiva, cuyos dibujos copiamos en la última pájina de nuestro álbum, con el tiempo i los aluviones del Cachapoal, en cuya vecindad se encuentra, ha sido cubierta en su parte inferior. El señor Spencer, que ha tomado una fotografía de esta piedra, nos ha asegurado que, removiendo la tierra que oculta su base, se ven aparecer otros jeroglíficos, que completan esta pájina de la historia del pueblo que los esculpió. Una copia de los descubiertos hasta ahora fué enviada a Viena por el señor Leybold i entendemos que allí ha sido descifrada. Conviene a este respecto notar que algunas de esas figuras, especialmente las redondeadas, se aproximan mucho a las que se conocen de otras localidades. ¿Debieron su existencia a la misma raza de hombres, estendida en aquella edad remota por toda la América del Sur? ¿Dan acaso testimonio de la invasion de algun pueblo estraño a la localidad, que ha querido de ese modo dejar memoria de su paso por aquellos sitios elevados? Tenemos noticia de que un poco mas adentro del nacimiento del rio, ya en territorio arjentino, se en-

20. *Journal of the Anthropological Institute*, 1873, t. I.

cuentra tambien una piedra análoga. ¿Vinieron, pues, a Chile del lado del oriente los hombres que allí grabaron esos jeroglíficos?

En los cerros a cuyo pié se encuentra el pueblo de Malloa, en la provincia de Colchagua, se nota tambien, perfectamente diseñada en la piedra, la figura de un sol.

¿Fué esto en memoria de la invasion de los jefes del Inca, cuya era esta insignia?[21]...Humboldt atestigua que en las rejiones del Orinoco, entre los jeroglíficos que se presentan en la piedra, ademas de la luna i animales, habia tambien un sol, i como se sabe, jamas los Incas llevaron sus armas hasta tan léjos. Luego, no puede concluirse que este grabado fuese necesariamente propio del Inca, o efectuado en memoria suya por sus capitanes; i, a la inversa, de los antecedentes que acabamos de hacer valer mas arriba, podria lejítimamente inducirse lo contrario, si no fuese que, siendo el grabado casi nulo, sus líneas aparecen diseñadas con cierta especie de pintura, de una naturaleza mui semejante a la que los alfareros peruanos empleaban en sus artefactos.

Despues del incendio ocurrido en los bosques de Llanquihue el año 1851, se encontró una piedra labrada semejante a la de los molinos del Rin,[22] de lo cual se ha deducido [23] fundadamente que aquellos parajes debieron estar poblados en épocas lejanas; pero de las muestras de trabajos indíjenas en piedras sueltas, de que tenemos mui buenos ejemplos aquí como en el Perú i Bolivia, nada puede concluirse respecto al tema que vamos desarrollando, por cuyo motivo nos ocuparemos de ellos en otro lugar.

El abate Molina que, segun todas probabilidades, no tuvo presente las consideraciones deducidas del hecho revelador de las

21. Es sabido que en el templo del Sol que existia en el Cuzco habia una plancha redonda de oro que representaba al astro del dia; pero de una lámina que trae en su libro el inca D. Juan de Santa Cruz Pachacuti, aparece que tambien habia dibujada allí la figura de un sol, mui parecida a la que existe en el cerro de Malloa. Véase la páj. 257 de la *Relacion de antigüedades deste reyno del Perú.*

22. *Informe de Doll, Memoria del Ministerio del Interior*, 1858.

23. Vicuña Mackenna, *Relaciones Históricas, Ciudad encantada de los Césares*, páj. 61, nota.

inscripciones i de su estudio comparado, llega, sin embargo, por otro camino, a la conclusion que venimos buscando. Profundo conocedor del idioma araucano, habia tenido ocasion de notar que existian en él algunos términos que representan ideas abstractas, que los indios de su tiempo no entendian absolutamente. «Siempre que se reflexione en la armoniosa estructura i riqueza de la lengua propia de este país, dice, parece que la nacion chilena haya sido en otro tiempo mas culta que lo que es al presente, o al ménos, que ella sea el resíduo de un gran pueblo ilustrado, el cual debió caer por una de aquellas revoluciones físicas o morales, a las cuales está tambien sujeto nuestro globo. La perfeccion de las lenguas sigue constantemente la de la civilizacion; ni se puede comprender cómo una nacion siempre salvaje, que jamás ha sido limada ni por las sabias leyes, ni por el comercio, ni por las artes, pueda hablar un idioma culto, espresivo i abundante. La copia de las palabras de un lenguaje presupone un número correspondiente de ideas claras en el complexo de los individuos que las hablan, las cuales, en un pueblo rústico, son i deben ser necesariamente mui limitadas.[24]»

Habria aún otro elemento que pudiera invocarse para el esclarecimiento de nuestra tésis, cual seria el exámen comparado de los cráneos de los modernos araucanos con los que se encuentran en sus viejas sepulturas. Este estudio se verá mas adelante; pero es preciso convenir desde luego en que la edad relativamente mui corta de las huacas, demuestra que sus restos no remontan ni con mucho a la época en que, segun es verosímil, tuvo lugar la gran catástrofe [25] que acarreó la sucesion de diversas razas entre nosotros, i en que, por tanto, no es posible deducir de ahí antecedente alguno para el objeto que perseguimos.

Mas, a pesar de todas las deficiencias que se notan en este

24. *Historia civil*, cap. I.

25. El eminente antropólogo francés M. Paul Broca, cree en la posibilidad de un cataclismo jeneral, en el cual haya perecido, tanto la raza primitiva como los elefantes que en Europa vivian junto con ella. ¿No habrá sucedido lo mismo en América?

interesante proceso, las figuras i grabados de la naturaleza que se han señalado, estamos ciertos que se han de encontrar, con el tiempo i una dilijente investigacion, en muchos otros lugares de Chile, i que, siendo ellos por sí solos, un testimonio irrecusable, vendrán a confirmar mas i mas la creencia tan unánimemente aceptada de que hubo en Chile, ántes del establecimiento o llegada de los araucanos al país, una raza mas adelantada que la que los españoles encontraron en él.

CAPÍTULO V.

LA EDAD DE PIEDRA.

Medios de informacion de que es necesario valerse tratando de estos estudios.—Antigüedad de la América.—Datos conocidos en el Brasil.—La opinion de Lyell.—El cráneo de Nueva Orleans.—Unidad del tipo americano.—Comparacion con otros pueblos.—Cruzamiento de razas.—Monojemismo i polijemismo.—Los americanos han sido creados en América.—Separaciones i emigraciones.—Coexistencia del hombre en América con los grandes mamíferos fósiles.—¿Vivió en Chile el hombre en la época del mastodonte?—Hechos que demuestran la antigüedad de los aboríjenes de Chile.—Hachas de piedra.—Cómo fabricaban estos instrumentos los mejicanos.—Lugares en que se encuentran los instrumentos de esta naturaleza.—Los «Kjökkenmödings.»—Distintas clases de flechas.—Vasijas de la edad de piedra.—Conocimiento i uso del fuego.—Hacha del diluvio encontrada en Liguay.—Diversas clases de hachas que se hallan en Chile.—Cómo han sido fabricadas.—Hachas que usaban los toquís.—Raspaderas.—Depósitos del Algarrobo.—Restos indíjenas de Puchoco.—Las flechas.—Aislamiento de algunas tribus.—Piedras para las redes.—Torteras de greda.—Otros utensilios.—Lo que se sabe de la edad de la piedra.—Pintura que de ella hace Darwin.

«Acerca de los primitivos habitantes de América, nada se sabe. Su oríjen i comienzo i sus hechos yacen sepultados en la sombra i el silencio,—en tan profunda oscuridad que ni un rayo de luz llega hasta ellos. Aún de sus sucesores i descendientes de ahora tres siglos, pocas noticias tenemos, i ménos todavía de sus artes; mucho ménos de lo que debiera saberse considerando las oportunidades que se han presentado para obtener datos. Pero ideas mejores se abren ya camino i se llevan a cabo nume-

rosos i sistemados esfuerzos para restaurar, hasta donde sea posible, la historia de los pueblos que han desaparecido, o están a punto de desaparecer.[1]...

«¿Pero, puede ahora determinarse algo de naciones ya largo tiempo extinguidas i de las cuales no habla la historia? Ciertamente. A escepcion de los salvajes que carecen hasta de un nombre, pocos pueblos han pasado sobre la tierra sin dejar huellas de su paso en alfarería i en algunos metales, si no en otra cosa. La costra terrestre está sembrada de tales restos, testigos irrecusables de la condicion de los seres a que pertenecieron.[2]»

Notable es la reaccion que en nuestros dias se observa respecto a la antigüedad del hombre en América. Aún con relacion a los autores que han pretendido fundar sus cálculos en los dictados de la historia i las tradiciones, todos ellos están unánimes en afirmar que esa antigüedad ha debido ser mui grande. «Los que pretenden rastrear el oríjen de la poblacion de América en las emigraciones de los tirios, dice Jorje Jones, reconocen que ha debido tener lugar mil ochocientos veinticuatro años ántes de Jesucristo;[3] esa antigüedad, dice otro escritor, es tal que precede a las primeras emigraciones de los Arios en Europa: en consecuencia, el hombre habia aparecido en America muchos miles de años ántes de su descubrimiento por los europeos.[4]»

Pero, apartándonos de estos testimonios que hoi dia casi carecen de importancia, para concretarnos a lo que nos enseñan las ciencias naturales, de resultados mucho mas positivos, el mismo autor que acabamos de citar dice, que, con escepcion de los Incas, la gran familia sud-americana habia alcanzado al período prehistórico llamado de la piedra pulimentada, de acuerdo en esto con Liais, que, fundado en el exámen de algunos vestijios de industria

1. T. Ewbank, *The U. S. naval astronomical expedition*, t. 2, p. 111.
2. *Id., id.*
3. *An original history of ancient America*, London, 1843, segunda edicion, páj. 403.
4. *Revista do Instituto historico do Brasil*, en un artículo publicado por José Vieira Conto de Magalhaes, en la páj. 393 del tomo XXXVI.

humana encontrados en el Brasil, los considera evidentemente cuaternarios; pero, debiendo agregarse, dice, todo el tiempo que ha debido trascurrir para que los hombres llegasen a ese grado de adelanto.[5]

«El establecimiento de la humanidad en América, añade por su parte el gran jeólogo inglés Lyell, a pesar de ser un hecho relativamente reciente, puede remontarse hasta el período paleolítico de la Europa oriental. Algunas de las últimas transformaciones del valle del Mississippi i sus tributarios, pudieron tener lugar cuando ya era posible sepultar restos humanos i huesos de algunas de las especies de animales estinguidos; i al traves del período de esas mudanzas jeográficas, la cadena de los Andes podia estar ya prolongada desde el Canadá hasta la Patagonia, facilitando así el desenvolvimiento de una sola raza, de una a otra estremidad del Continente.[6]» Con referencia a la opinion emitida por este sabio de que pudo ser practicable de que en aquella época se conservasen ya restos humanos en la hoya del Mississippi, tenemos un hecho concreto que la funda completamente. «En el mundo que llamamos nuevo, porque solo lo conocemos de ayer, dice W. Usher, la conservacion del tipo humano ha sido mui durable. Haciendo unas escavaciones para cañerías de gas en Nueva Orleans, se han encontrado, bajo la tierra vejetal actual, cuatro capas diferentes, que encierran los restos sobrepuestos de cuatro florestas de cipreses jigantescos, sucesivamente enterrados bajo los aluviones del Mississippi. En la capa inferior, bajo un cipres, situado a dieziseis piés de profundidad, al lado de varios fragmentos de carbon vejetal, yacia un cráneo humano bien conservado, que presentaba el tipo actual de la raza indíjena de la América setentrional.[7]»

«Se ha discutido sobre el grado de antigüedad de este cráneo, evidentemente contemporáneo de la floresta inferior con la cual

5. *Climas, geología, etc. do Brasil*, páj. 240.
6. *Principles of geology*, t. 2.º, páj. 479, 1872.
7. *Geology and paleontology in connection with human origins*, en la obra *Types of Mankind*, Philadelphia, 1857, páj. 338.

estaba enterrado. Estudiando la capa vejetal actual, que soporta cipreses vivos tan antiguos como la gran pirámide de Ejipto (la edad de cualquiera de estas especies es de cerca de cinco mil setecientos años), se ha calculado en un mínimum de catorce mil años la edad de esta capa moderna; pero, suponiendo que las tres capas siguientes, donde descansan cipreses igualmente corpulentos, correspondan a períodos de una duracion idéntica, se ha dicho que la capa inferior, aquella donde yacia el cráneo humano, habia desaparecido bajo los aluviones del rio desde hace, mas o ménos, cincuenta i siete mil años. Sin duda que estos cálculos no tienen nada de positivo; quizá, no sin motivo, se les ha tachado de exajerados; pero, cualquiera que sea la oposicion que a este respecto se ha formado, no ha podido hacerse bajar de quince mil años la antigüedad del cráneo americano, que presentaba ya en esa época profundamente remota, el tipo bien caracterizado de los actuales pieles rojas.[8]»

Baste a nuestro objeto dejar establecido de una manera jeneral la antigüedad que al hombre se atribuye en América, i que, como se verá, se presenta corroborada por otras circunstancias. De las citas anteriores aparece tambien indicada la cuestion de si ha habido en América un tipo humano único, o si, por el contrario, ha sido múltiple.

«Como es bien sabido, el doctor Morton era de opinion,—i no hai nadie cuya opinion sea de mas peso,—que no habia sino un solo tipo de cráneo americano, esceptuando, por cierto, a los esquimales, i que era de una forma braquicéfala fuertemente acentuada. Segun aquel sabio, el cráneo indio es de una forma notablemente redondeada. La porcion occipital es aplanada en la direccion de arriba, i el diámetro trasversal, medido entre los huesos parietales, es considerablemente ancho, excediendo a menudo la línea lonjitudinal. El frontal es bajo, inclinado hácia atras i rara vez arqueado, circunstancia que es considerada por

8. Paul Broca, *Mémoires de Anthropologie*, Paris, 1871, páj. 248.

Humboldt, Lund i otros naturalistas como característica de la raza americana.

...«Por mi parte, haré notar simplemente, hasta donde alcanzan mis propias observaciones, que todo concurre a creer que el tipo braquicéfalo prevalece entre todas las tríbus indíjenas, sin escepcion, en las rejiones de la costa de Norte i Sud-América, —desde Nootka Sound hasta la costa de Patagonia.—Con relacion al tipo dolicocéfalo del cráneo americano, participo de la opinion del profesor Wilson, que ha debido prevalecer en la rejion oriental de América, desde el Canadá hasta la Tierra del Fuego, cuestion hábilmente tratada por Blake i otros, segun los cuales no solo se encuentran dos distintas formas de cráneos en los antiguos cementerios—redondeado uno, alargado el otro —sino que tambien, hasta el dia de hoi, se notan dos distintos tipos de cráneos entre las poblaciones americanas.[9]»

Comparando este cráneo i los demas caracteres de raza con los de los otros pueblos del orbe, se ve que «el americano se aproxima en su conjunto al tipo de las razas amarillas por varias circunstancias de primer órden: su rostro i su nariz algunas veces aplanados, el color del cútis, la naturaleza de sus cabellos, el color de sus ojos, el poco desarrollo i la rudeza de su sistema cabelludo..., el aplanamiento del occipucio, que se encuentra igualmente en algunas razas africanas. Pero tambien presenta diferencias sérias, como su nariz prominente, convexa i relativamente delgada, su talla de ordinario elevada, su cavidad central poco capaz i su prognatismo débil. Estos son caracteres de razas cruzadas, siendo uno de los elementos francamente asiático, i el otro completamente peculiar, dolicocéfalo, etc. La descripcion que precede se aplica especialmente a los indíjenas de la América del norte, pero difiere mui poco el sub-tipo tolteca, peruano i araucano.[10]»

Hablando especialmente este mismo autor de los cráneos de

9. Hutchinson, *Two years in Peru*, t. 2.º, páj. 317.
10. Topinard, *L'anthropologie*, páj. 496, Paris, 1877.

patagones encontrados en los «paraderos» prehistóricos, sostiene que en esa remota época las razas de Patagonia eran ya múltiples. «La semejanza del cráneo patagon con el del esquimal, añade, abre horizontes singulares. ¿Acaso formarian los tehuelches el elemento dolicocéfalo antoctono de América, que por su cruzamiento con una raza del Asia, hubiera dado oríjen al tipo americano austral?[11]»

De aquí nacen para el estudio del tipo americano dos puntos de vista mui diversos, pues «si los grupos humanos han aparecido con todos sus caracteres distintivos aisladamente i sobre las diversas localidades donde nos los muestra la jeografía, constituyendo otras tantas especies aparte, su estudio es de los mas sencillos i no presenta mas dificultades que el de las especies animales o vejetales. La diversidad de grupos se ofrece aún así como mui natural. Basta examinarlos i describirlos unos despues de otros, precisando su grado de afinidad. Cuando mas, hai que determinar sus límites e investigar la influencia que los grupos jeográficamente aproximados han podido ejercer los unos sobre los otros.

«Si, por el contrario, estos grupos remontan todos a una fuente primitiva comun, si no existe mas que una sola especie de hombres, las diferencias a veces tan marcadas que separan los grupos, nos imponen un problema análogo al de nuestras razas vejetales i animales. Ademas, se encuentran hombres sobre todos los puntos del globo, i es preciso darse cuenta de esta dispersion: es preciso investigar cómo la misma especie ha podido amoldarse a condiciones de existencia tan opuestas como las que implican la residencia bajo el polo i el Ecuador. En una palabra, la simple *afinidad* de los naturalistas se trasforma en *parentesco*, i los problemas de *filiacion* vienen a añadirse a los de *variacion*, de *emigracion* i de *aclimatacion*.

11. *Id.*, páj. 499. Véase a este respecto, un artículo del célebre viajero inglés Musters sobre las razas de Patagonia, publicado en el tomo I de las *Memorias del Instituto antropológico de Lóndres*, i a Moreno, *Des cimetières et paraderos de Patagonie, Revue anthr.*, t. 3°, 1874.

«Así, se ve, que independientemente de toda consideracion relijiosa, filosófica o social, la ciencia es absolutamente diferente, segun que se la considere bajo el punto de vista polijenista, o segun los dictados del monojenismo.[12]»

Este problema jeneral que el sabio frances ha planteado respecto de la raza humana, no ha faltado quien trate de resolverlo en lo que se refiere a América. Ya se sabe que Agassiz, entre los diversos centros de creacion que imajinaba habian existido en la tierra, colocaba uno en Sud-América, idea que a muchos ha parecido poco verosímil pero que hoi cuenta con no pocos partidarios. En un libro publicado recientemente en Paris, se lee lo siguiente: «Si hai una cuestion que haya dado márjen a los mas imajinarios sistemas, a las mas aventuradas teorías, a las aserciones mas atrevidas es, sin duda alguna, la del oríjen de los americanos. Cuando se les reconoció definitivamente, el nuevo continente i sus poblaciones escitaron la imajinacion ardiente de una muchedumbre de etnolojistas, tan presuntuosos como mal informados. I lo que hai de notable es que ninguno de ellos tuvo el elemental buen sentido de preguntarse si los americanos no eran buenamente oriundos de América. La antigua creencia del nacimiento único e histórico del hombre dominaba todas las hipótesis i dirijia todas las investigaciones. Así, éste nos dice que los indíjenas del Nuevo Mundo habian tenido por antecesores a las diez tribus de Israel; aquél, que los fenicios habian colonizado la América; otros, que es necesario buscar la cuna de los americanos en el Asia oriental, entre los japoneses, los chinos, los mongoles i los malayos...

«Para nosotros i hasta prueba en contrario, procederemos con juicio considerando a los americanos como verdaderos aboríjenes, no buscando el mediodía a las dos de la tarde, esto es, su oríjen en otra parte que en el vasto continente donde han sido hallados.[13]» «Yo creo, agrega Catlin, que los habitantes de Amé-

12. A. de Quatrefages, *L'espèce humaine*, Paris, 1877, páj. 23.

13. Girard de Rialle, *Les peuples de l'Afrique et de l'Amérique*, páj. 95. Paris, 1882.

rica fueron creados en la tierra en que se les halló, i que la fecha de su creacion es la misma que la de las demas especies humanas en otras partes del globo.[14]»

Cualquiera que sea, sin embargo, el oríjen que se atribuya a la poblacion de América, esto es, ya se considere que ha sido poblada por individuos venidos de otras rejiones, o que solo fué habitada en un principio por hombres antoctonos, lo que parece indudable es que «en la noche de la historia de América han tenido lugar separaciones i emigraciones; pero en tan remotos períodos que los retoños han perdido sus caracteres primitivos, o los conservan en una forma oscura i ya alterada, apreciable para el investigador, pero que da a conocer relaciones que le es imposible establecer claramente. Tenemos de esto un ejemplo notable en los Natchez, pequeña tribu de las orillas del Mississippi, cuyas instituciones civiles i relijiosas, costumbres i usos, se aproximaban mui de cerca a las peruanas. Enigmáticos fragmentos de esta naturaleza, esparcidos en ámbas Américas, demuestran la gran antigüedad de la raza americana.

«Las causas que hayan ocasionado estas separaciones, i los motivos que hayan impulsado a las naciones de América a estas divisiones i emigraciones, probablemente permanecerán para siempre desconocidas, escepto en cuanto puedan referirse a períodos semejantes de la historia del Nuevo Mundo. El estado de desagregacion, de fractura, como se llama a veces, en que se halló a la raza americana, ha sido atribuido, ya a un defecto radical, fisiolójico, de su carácter, ya a fenómenos naturales estraordinarios, convulsiones de la naturaleza, tales como las que se dice hundieron la Atlántida—calamidades que infundieron a los hombres un terror tal, que, heredado de raza en raza, oscureció su intelijencia, endureció sus corazones, i los condujo, huyéndose unos de otros, léjos de los beneficios de la vida civilizada. Para mí, sin embargo, esta separacion i subdivision de la raza aboríjene, i la segregacion de sus diversos grupos en relacion

14. *The lifted and subsided rocks of America*, páj. 180.

con los demas, me parece que ha sido mas bien debido a largos períodos, i a emigraciones por largo tiempo continuadas, de naciones i tribus aisladas, de una parte a otra del continente.

«La causa de estas emigraciones, como he dicho, probablemente no saldrá jamás del dominio de las conjeturas. Se cree, de ordinario, que han debido ocurrir de norte a sur, i se ha admitido jeneralmente como esplicacion plausible del hecho, que los móviles a que obedecian eran el cambio de climas mas benignos i fértiles.[15]»

Los hombres de aquella época eran contemporáneos en la América del Norte de los grandes proboscídeos, como el *Elephas Colombi*, a los cuales parece daban caza i destrozaban en el lugar mismo.[16] «Para alimentarse cazaban, ademas, pequeños cuadrúpedos, pájaros i pescados. Les gustaba mucho la médula, i, al efecto, para estraerla quebraban todos los huesos largos.[17]»

Siete leguas al norte de Buenos Aires se ha encontrado en los depósitos del rio de la Plata, la cabeza de un megaterio, con señales manifiestas de haber sido herido. ¿Le fueron hechas por algun indio cazador, o se las infirió él mismo? [18] Tratando este punto el sabio Burmeister, que es autoridad en la materia, dice que los huesos de grandes animales, en la República Arjentina suelen encontrarse a veces mezclados con los del hombre o con productos de su industria, como puntas de flecha i de lanza, hechas de piedra, o aún con algunos utensilios de alfarería; «pero hasta ahora no conozco, agrega, un caso bien definido en que objetos de esta clase se hayan hallado mezclados con restos de animales jigantescos i del caballo fósil... Los huesos humanos que me han mostrado algunos coleccionistas, en nada se diferencian de los restos antiguos de los aboríjenes del país del tiempo anterior a la conquista, i pertenecen, segun mi

15. E. G. Squier, *Travels in Central America*, t. 2.°, páj. 331, New-York, 1853.
16. Zaborowski, *L'homme préhistorique*, páj. 48.
17. Id., páj. 114.
18. *Edinburgh review*, núm. 317, páj. 102.

modo de ver, a la época de los aluviones modernos o al período post-glacial... Estos siglos ante-históricos los coordino al período post-glacial, nombrándole así para probar su contemporaneidad con la época europea del mismo nombre, sin tener hasta ahora testimonios seguros de verdaderas circunstancias glaciales en el país, i que en esa época haya vivido el hombre en sociedad con los mamíferos nombrados.[19]»

La circunstancia espresada por el eminente paleontólogo, de que los huesos encontrados en conexion con los de los grandes mamíferos fósiles, en nada se diferencian de los de la raza anterior a la conquista española, i que pretende presentar como desfavorable a la coetaneidad del hombre con los animales ya estinguidos, no creemos que sea de gran peso, pues, como ya hemos visto, en Estados Unidos, la conservacion del tipo ha asumido las proporciones de una inmensa duracion, i no vemos por qué en la América del Sur no haya podido acontecer lo mismo.

Mas, concretándonos a Chile, ¿coexistió aquí el hombre con el mastodonte?

Los huesos de este animal se han encontrado en el país desde Mapocho hasta Osorno, en todas localidades. No léjos de Santiago se ha hallado una muela como a dos metros de profundidad, en un terreno de cascajo. Como es sabido, el cascajo reconoce diversos oríjenes de formacion, sin que en caso alguno sea posible determinar su edad, necesitando a veces largo espacio para acumularse, i otras, por el contrario, en que se producen enormes capas en poco tiempo. Su formacion parece que aún continúa entre nosotros, debida principalmente quizás a acciones volcánicas, como se deduce del hecho de haberse hallado conglomerados, mezclados con piedra pómez, ocasionando verdaderas islas en el terreno, segun se ve en Pudagüél, en el llano de Maipo, etc. Puede asegurarse tambien que esa accion no ha sido la única que ha producido este efecto, sino que ha concurrido una segunda, necesaria para dar a los guijarros su forma redondeada.

19. *Los caballos fósiles de la Pampa Arjentina*, Buenos Aires, 1875, páj. 2.

Sin embargo, de lo que no puede dudarse es que el cascajo pertenece a la época cuaternaria.

«La localidad en que hasta ahora con mayor abundancia se han hallado huesos de mastodonte en Chile, dice el señor Domeyko, es el lugar de la antigua laguna de Taguatagua, lugar que se halla actualmente desaguado i completamente seco. La descripcion jeolójica del terreno de esta localidad puede dar una idea de los terrenos i localidades análogas donde con algun fundamento se podrá investigar la presencia de los restos de la antigua fauna anti-diluviana de nuestro continente.

«Dicho terreno es una hoya *(bassin)* de sedimento, rodeada de cerros, situada como a la mitad de distancia de la costa a la línea divisoria de los Andes, en la prolongacion del *llano intermedio*, en un lugar donde una rama trasversal de montaña se aparta de la gran cordillera i corre hácia el oeste ocasionando cierta irregularidad en la configuracion del llano.

«Los cerros que circundan la mencionada hoya son de rocas de cristalizacion, felspáticas, no estratificadas, algunas porfíricas, otras dicríticas, o mas o ménos homojéneas, que el señor Pissis considera como pertenecientes a la época *cambriana;* miéntras que el terreno de sedimento de la hoya es de formacion moderna; falta en este lugar toda serie de formacion en la escala jeolójica de la época cambriana hasta la que los jeólogos suelen llamar *cuaternaria.*

«La superficie de la hoya, la que no hace treinta años estaba todavía en su mayor parte cubierta con aguas de la laguna i en la cual se vé actualmente una hermosa vejetacion, mide trece a catorce quilómetros del éste al oeste, nueve a diez quilómetros del sur al norte; i se halla a doscientos veinticinco metros de altura sobre el nivel del mar. Es un llano horizontal, que va abajando insensiblemente hácia el sureste i las aguas de la antigua laguna, represadas de todas partes por los cerros, no tenian salida sino por dos aberturas, de las cuales, una mui ancha, se halla en la estremidad sur-este de la hoya, i la otra mas angosta, en la estremidad nor-oeste. Por aquellas comunicaban estas aguas en

cualquiera estacion del año con el inmediato valle del rio de Taguatagua, miéntras que en la otra se hallaban detenidas por una especie de represa natural, formada de rocas duras resistentes, de poca anchura i elevadas como de veinte a treinta i nueve metros sobre la parte mas aproximada al mencionado valle. En esta parte no hallaban salida estas aguas sino por un estrecho canal abierto en medio de la roca i solamente en tiempo de creces i de grandes lluvias i aguaceros corrian en mayor abundancia.

«En este mismo portezuelo, en la parte mas baja i mas angosta de la natural represa, escojió el injeniero encargado de la desecacion de la laguna el lugar apropósito para su desagüe, i para esto tuvo que abrir i ahondar un gran tajo o canal que debia poner en comunicacion el fondo de la laguna con el valle inmediato. Mas de cuatro quilómetros de largo tiene este canal de desagüe; la obra duró como diez años i en cada invierno las aguas que corrian por la parte mas avanzada del canal arrastraban i arrojaban al valle las tierras i sedimentos que provenian de la escavacion.

«En estas tierras i sedimentos arrojados por el desagüe se hallaron las primeras osamentas, muelas i defensas de los mastodontes, que llamaron la atencion de los trabajadores i vecinos del lugar. Terminada la obra quedó descubierto en las barrancas cortadas a pique de ambos lados del canal, todo el interior del terreno de sedimento, desde su superficie hasta la roca dura que constituye el fondo de la hoya.

«En dichas barrancas es donde se puede estudiar con mayor comodidad la composicion del terreno que encierra en su seno los numerosos esqueletos de los mastodontes; i debo desde luego confesar que la primera inspeccion de dicho terreno me trajo a la memoria las barrancas de los rios i de los esteros de las Pampas de Buenos Aires que muchos años ántes llamaron mi atencion en mi viaje a Chile i cuyo terreno ha descrito D'Orbigny bajo el nombre de la *formacion Pampeana* o de terreno *de arcilla pampeana.*

«Este terreno, dice D'Orbigny, consta de una sola capa de »sedimento en la cual seria difícil hallar indicio de estratificacion »bien marcada. Hai en esta capa ciertas partes mas duras, otras »mas arenosas, pero esas diversas partes, léjos de hallarse sepa»radas unas de otras por líneas horizontales, forman una masa »heterojénea en la cual no se distinguen divisiones por mantos »horizontales o inclinados en toda la prolongacion de las mencio»nadas barrancas. Observa tambien D'Orbigny que sobre este *te»rreno de arcilla*, o, como lo llama, *lodo pampeano*, no descansa »ningun otro terreno mas moderno, exceptuando unas arenas o »aluviones de formacion reciente.»

Es, pues, digno de notar que la masa de sedimento en que se halla abierto el mencionado *tajo* de desagüe de la laguna de Taguatagua consta tambien de una sola capa de mas de doce metros de grueso, compuesta de un depósito arcilloso, arenoso, no subdividido por estratos o planos de separacion horizontales. Dicho sedimento, en partes, es gris verdoso, en partes amarillento, no mui heterojéneo, parecido a aquel en que D'Orbigny i muchos otros jeólogos han descubierto inmensidad de osamentas fósiles en las provincias arjentinas. En las Pampas, como en Taguatagua, esta capa de sedimento no contiene piedras ni guijarros, o piedrecitas pequeñas que por sus formas se asemejen a piedras i guijarros de los rios o que presenten señas de haber sido rodadas i arrastradas por corrientes rápidas de las aguas; ántes por lo contrario, los escasos fragmentos de rocas diseminados en dicho sedimento son angulosos, es decir con aristas i esquinas bien marcadas, no embotadas por el roce i pertenecen a las rocas que hallamos en los cerros inmediatos al lugar.

«Nótase tambien que los mismos fragmentos se hallan con mayor abundancia en algunos lugares de la parte superior del terreno, formando como derrumbes o lo que llaman los mineros *desmontes* de rocas fracturadas. Pero la masa principal de sedimento, aquella capa de diez a doce metros de grueso i cortada por el tajo de desagüe de cuyo interior asoman los esqueletos, no tiene en ninguna parte el carácter de una masa de acarreo

traida de léjos por movimientos rápidos de los rios, i en ninguna parte se halla atravesada por bancales de guijarro o de piedras redondas, que por lo comun forman el fondo de los torrentes de la cordillera. Este depósito de materias arcillosas i arenosas ha sido formado, segun toda probabilidad, por aguas turbias, poco ajitadas, de mucha profundidad, i por una precipitacion de sedimentos terrosos, precipitacion contínua, no interrumpida por alternativas de estaciones secas i lluviosas.

«En fin, toda esta capa de sedimento no se halla cubierta en la superficie del lugar de la antigua laguna sino por un manto delgado de tierra vejetal o por un depósito lacustre, moderno, el cual, en su mayor parte, es una especie de *turba*, mezclada con mas de la mitad de su peso de materias terrosas.

«Ahora bien, no fué en este depósito lacustre *moderno*, ni en la tierra vejetal, donde se han hallado hasta ahora las osamentas de mastodonte, sino en la mencionada capa de sedimento arcilloso arenáceo, de diez a doce metros de grueso, que acabo de describir. El lugar donde he tenido la ocasion de ver i examinar el lecho mismo de esos fósiles, se halla a unos setecientos a ochocientos metros de distancia del borde de la antigua laguna, en la parte inferior del sedimento i a unos dos a tres metros de altura sobre la roca en que esta capa de sedimento descansa.

«A esta hondura tambien, si es de creer a las noticias i testimonios que he podido recojer entre los habitantes vecinos, se han sacado todas las muelas i huesos de mastodonte, ya sea durante las operaciones del desagüe ya posteriormente a ella.

«A pesar de que hasta ahora no se ha encontrado en esta localidad esqueletos completos de animales, he visto sin embargo, i he hallado en mi esploracion, costillas, vértebras i varias otras partes de osamentas pertenecientes a un mismo esqueleto, en un mismo lugar, i en posicion natural unas con respecto a las otras. Las costillas estaban tendidas casi horizontalmente, arqueadas, i tocaban con sus estremidades a las vértebras, miéntras que los mas gruesos trozos de los fémures i tibias o canillas del animal, se hallaban un poco mas abajo. Los demas huesos no aparecen

fracturados o quebrados, i las partes, aún las mas delgadas de algunas costillas, se ven enteras miéntras están envueltas en la materia arcillosa que las embute; pero, desgraciadamente, al sacarlas de este sedimento, las mas se parten i se reducen a polvo, dejando solamente astillas mas duras i mas gruesas.

«Halláuse por lo comun mejor conservadas las muelas, las grandes defensas (de las cuales las que posee el Museo Nacional tiene setenta i seis centímetros de largo) i algunas mandíbulas de mastodonte.

«Juzgando por los fósiles que se han estraido de este lugar, parece que pertenecian a dos especies distintas, de las cuales una debia ser del tamaño del elefante (*mastodon andinum*) i otra de tamaño mas reducido, aunque puede ser que la diferencia sea debida a la de edades de los individuos. Con estos restos de mastodonte no se hallaron hasta ahora en Taguatagua, sino cuernos bastante bien conservados de una gran especie de ciervo; pero no se han descubierto en el mismo lugar, en cuanto mis cortos conocimientos en este ramo me permiten juzgar, huesos de animales carnívoros.

«Síguese de todo lo que acabo de decir sobre la localidad, naturaleza del terreno, i de los demas detalles relativos al yacimiento de los esqueletos sepultados en este lugar, que estos animales no fueron traidos a dicho lugar de mui léjos, ni fueron acarreados por los grandes torrentes o avenidas de las cordilleras; ántes, por el contrario, parece indudable que dichos animales de la antigua fauna americana hayan perecido en el lugar o cerca de la localidad donde hoi dia hallamos sepultados sus restos. El hecho tambien de hallarse sus esqueletos en la parte inferior de la mencionada capa de sedimento i en el lugar situado cerca del borde de la *hoya*, parece indicar que dichos animales *hayan perecido en los primeros tiempos del cataclismo* que dió lugar a la formacion de aquel inmenso depósito i quizás en la orilla de la hoya, al pié de los cerros donde acudian para favorecerse. En fin, es evidente que este mismo sedimento no se ha formado con las aguas mui ajitadas i en las corrientes de los

rios, sino en una gran masa de aguas turbias, poco ajitadas, que por largo tiempo cubrian la tierra, sin alternativas que hubieran podido ocasionar las grandes avenidas i las sequías.

«Lo que llama sobre todo la atencion del jeólogo en este lugar, es la existencia de una *hoya de sedimento*, situada casi al pié de los Andes chilenos, de sedimento que se presenta con los mismos caracteres jeolójicos, i encierra fósiles de los mismos grandes animales paquidermos, que la hoya mas estensa del mundo, la de las pampas arjentinas, la cual, situada al otro lado de los Andes, se estiende desde el límite oriental de la cordillera hasta el Atlántico. En efecto, el mismo terreno que al otro lado de la cordillera forma llanuras de doscientas a trescientas leguas de estension i se prolonga hasta las orillas del Paraná, de Bahia-Blanca o del Rio-Negro, existe aquí formando hoyas en medio de las masas de solevamiento i de las grandes dislocaciones, a unos doscientos cincuenta metros de altura sobre el nivel del mar.[20]»

En Chile, a diferencia de Europa, falta el terreno calizo, que ha orijinado esas cuevas donde se han conservado los huesos de animales, que al mismo tiempo que los dan a conocer mezclados con restos humanos, probando su coexistencia con el hombre, acusan transformaciones jeolójicas importantes. Sabemos que en la hacienda llamada de la Cueva, no léjos de Navidad, se encuentran en la gruta que le ha dado su nombre, restos humanos, pero esa es ya formacion diversa, sin que pueda afirmarse tampoco, ni ménos comprobarse, su oríjen i auténtica antigüedad.

El estado de los estudios de este órden en el país, no permite arribar de modo alguno a conclusiones definitivas; pero poseemos dos o tres hechos que conviene relacionar aquí.

Don Francisco Vidal Gormaz encontró en las laderas del lado noroeste del volcan Calbuco, en una hendidura, i embutido en el terreno, a varios metros de profundidad, un molino primitivo,[21]

20. *Anales de la Universidad de Chile*, t. XXXI, páj. 369.
21. Dibujado en el *Anuario Hidrográfico*, t. I, páj. 332.

i en Liguay, a inmediaciones del pequeño pueblo de este nombre, situado en la provincia de Linares, se ha estraido, a tres metros de profundidad bajo el cascajo, una hacha de piedra de orí-jen volcánico i que por su tipo i trabajo coincide en un todo con las de su especie halladas en Europa i que se han referido a la época del diluvio. La figura número 17 reproduce, de tamaño natural, este interesante objeto.

Es curioso i digno de notarse que en todas las partes del mundo esplorado hasta ahora, las hachas i flechas de piedra tengan exactamente la misma forma i hayan obedecido al mismo sistema de trabajo: en la India, en el Canadá,[22] en Europa, en Africa, en las islas de la Oceanía, [23] en Chile. «El hecho es, concluye Zaborowski, que se ha constatado la existencia de estas hachas, en América, en Inglaterra, en España, en Francia, en Italia, en Arjelia, en Judea, en Siria i Ejipto, i se las encontraria en muchos otros lugares si se hicieran investigaciones. ¿La vasta diseminacion de este tipo, resulta de la estension misma de la especie, o de la raza humana primitiva que se servia de ellas? No podriamos decirlo con precision. I si se considera que aún se las encuentra en algunas partes de Australia, se siente uno mui tentado de limitarse a decir, por toda esplicacion, que en todas partes el hombre primitivo, encontrándose en una esfera de condiciones semejantes, ha abordado la lucha por la existencia con idénticos medios.» [24]

Si se considera, pues, la gran antigüedad atribuida a la humanidad en América, a lo que sabemos de la coexistencia del hombre con los grandes animales ya extinguidos en otras partes del globo, i aún a los hechos concretos que, aunque por ahora mui cortos, son ya un indicio revelador, si es cierto, como dice Lubbock, de que no poseemos todavía pruebas ciertas de la coexistencia del hombre i el mastodonte en América, i Chile, por lo

22. Theobald, *Memoirs of the geological survey of India*, vol. X, páj. 2; Duncan Gibb, *The Journal of the Anthropological Institute*, tom. I, páj. 65.
23. Jouan, *Les îles du Pacifique*, páj. 163.
24. *L'homme préhistorique*, páj. 50.

ménos, el ánimo se inclina por la afirmativa. Es de esperar que el tiempo, con investigaciones mas prolijas i numerosas, venga a decidir definitivamente este punto, que el estado actual de nuestros conocimientos apénas nos permite señalar al estudio de los observadores.

Tratando actualmente del estudio de la edad de piedra, seguiremos relacionando lo que se sabe respecto del uso de estas hachas en otras partes de América, para ocuparnos en seguida con especialidad de las de Chile, i fundar en las deducciones que de estos antecedentes i otros particulares referentes a otro órden de objetos podamos reunir, para dar a conocer, en cuanto nos sea posible, el estado de adelanto, las artes e industria de nuestros aboríjenes de aquella época lejana.

Los caribes, en los dias de la conquista española, «ignoraban absolutamente el uso de los metales, dice Girard de Rialle, pero, en cambio, sabian tallar i pulir admirablemente las piedras mas duras, de las cuales hacian hachas, cuchillos, puntas de harpon, de lanza i de flecha. Aún esculpian pequeños ídolos de formas humanas o animales.»[25] Los mejicanos usaban tambien de estas hachas, i Torquemada, a quien debemos la noticia, trae acerca de la manera cómo se fabricaban los siguientes interesantes detalles.

«Oficiales tenian i tienen de hacer navajas de una cierta piedra negra, o pedernal, que verlas sacar de la piedra es cosa de grande maravilla i digna de mucha admiracion, i de ser alabado el injenio que inventó esta arte. Hácense i sácanse de la piedra (si se puede dar bien a entender) de esta manera. Siéntase en el suelo un indio de estos oficiales i toma un pedazo de aquella piedra negra (que es así como azabache, i dura, como pedernal, i es piedra que se puede llamar preciosa, mas hermosa i reluciente que alabastro, i jaspe, tanto que de ella se hacen aros i espejos): este pedazo, que toman, es de un palmo de largo o poco mas, i de grueso como la pierna, o poco ménos, rollizo; tienen un palo del grue-

25. *Les peuples de l'Afrique et de l'Amérique*, páj. 117.

so de una lanza, i largo como tres codos, o poco mas; al principio de este palo ponen mui pegado, i bien atado, otro trozuelo, de un palmo (para que pese mas aquella parte); luego juntan ámbas los piés descalzos, i con ellos aprietan la piedra como si fuese con tenaza, o tornillo de banco de carpintero, i toman el palo con ámbas a dos manos, que tambien es llano i tajado, i pónenlo a besar con el canto de la frente de la piedra, que tambien es llana i tajada por aquella parte, i entónces aprietan hácia el pecho i con la fuerza que hacen, salta de la piedra una navaja con su punta i filos de ambas partes, como si de un navo o rábano la quisiesen formar, con un cuchillo mui agudo, o como si la formasen de hierro al fuego, i despues en la muela la aguzasen i últimamente le diesen mui delgados filos en las piedras de afilar, i sacan estos oficiales en un mui breve espacio de estas piedras, por la manera dicha, mas de veinte navajas. Salen de la misma forma, que son las que usan nuestros barberos para sangrar, salvo que tienen un lomillo por medio, i hácia las puntas salen algo combadas, con mucha graciosidad; cortan i rapan el cabello de la primera vez i con el primer tajo poco ménos que una navaja acerada, pero al segundo corte pierden los filos i luego es menester otra i otra para acabar de rapar la barba o el cabello, aunque a la verdad son baratas, i así no se siente gastarlas. Muchas veces se han afeitado muchos españoles seglares i relijiosos con ellas, en especial al principio de la poblacion de estos reinos, cuando no abundaba la tierra de los instrumentos necesarios, i oficiales que acuden hoi a ello de que viven i con que se sustentan. Pero concluyo con decir que verlas sacar es cosa digna de admiracion i no pequeño argumento de la viveza de los injenios de los hombres que tal manera de invencion hallaron.[26]»

Los mejicanos, añade el padre García, «usaban en lugar de cuchillos de unas piedras mui agudas, que para el primer filo no hacen falta las navajas, i hoi dia las usan... I de estas piedras a

26. *Monarquia indiana*, t. 2.°, páj. 489.

manera de hachuelas i otras de valor i estima que toman esa forma, como son de hijada i de riñones, yo las he visto i tenido en mis manos.[27]»

En muchos casos los trozos i guijarros de silex encontrados en la superficie del suelo servian para la fabricacion de estos instrumentos; otras veces se entregaban aquellos hombres primitivos a grandes trabajos para procurarse silex de buena calidad.[28]

La descripcion dada por Torquemada corresponde mas bien a la «raspadera,» que se halla en mucha abundancia i que se supone ha debido servir a los hombres de esa época para preparar las pieles de los animales que cazaban.[29]

En cuanto al destino que tuvieran las hachas, «a nosotros que estamos acostumbrados al uso de los metales, dice Lubbock, nos parece difícil creer que alguien se haya podido servir de tales instrumentos; sabemos, sin embargo, que muchos salvajes, aún hoi dia, no poseen mejores i que con semejantes hachas, ayudándose ordinariamente del fuego, cortan grandes árboles i los ahuecan para hacer canoas... Servian, ademas, de armas de guerra, i esto no es solo una probabilidad *a priori* sino que se prueba por el hecho de hallarse frecuentemente en los sepulcros de los jefes al lado de las dagas de bronce.[30]» En cuanto al uso bélico para que hayan podido servir los silex tallados del diluvio (como la hachita de Liguay), se nota que son armas ilusorias; «pero es perfectamente cierto que estos instrumentos impotentes contra los grandes animales, servian para cortar en los bosques armas sólidas i peligrosas. En un principio, no se empleaban sin duda en este uso sino simples fragmentos (*éclats*) de silex, mas tarde se adquirió habilidad suficiente para dar a esos fragmentos formas todavía mal caracterizadas, pero que pueden ya reconocerse como intencionales... Despues, la industria se regularizó

27. *Orijen de los Indios*, páj. 161.
28. Lubbock, *L'homme préhistorique*, páj. 72.
29. Zaborowski, páj. 114.
30. Lubbock, páj. 85.

mas, i continuándose, segun todas las probabilidades, en hacer un uso mui frecuente de algunas especies de cuchillos formados de simples trozos de silex, se comenzó a fabricar hachas elípticas, cortantes en toda su circunferencia... Estos instrumentos, cuya fabricacion demandaba mucho trabajo, son ménos numerosos que los otros, i eran quizás objetos de lujo destinados al uso de los jefes o de los principales personajes de la tribu.[31]»

«Existe otra especie de hachas de piedra, perforadas con un agujero para recibir el mango. La naturaleza misma del silex impide servirse de esta materia para fabricarlas, por lo cual son estremadamente raras. A pesar de todo, es posible taladrar un agujero en muchas especies de piedras duras, sirviéndose de un cilindro de hueso o de cuerno, i de un poco de arena i agua. Es mui dudoso, sin embargo, que esta clase de instrumentos pertenezca verdaderamente a la edad de la piedra...[32]»

Tanto estos instrumentos como las puntas de flechas «se encuentran frecuentemente en la superficie del suelo, o quedan en decubierto merced a los trabajos agrícolas. Los objetos encontrados así aislados tienen, relativamente, poco valor científico; pero cuando se les halla reunidos en cantidad considerable, i, sobre todo, cuando aparecen acompañados de otros restos, proyectan una viva luz sobre las costumbres de esos lejanos tiempos.[33]» «Pero no solamente se descubren hachas del tipo tallado en los aluviones antiguos, añade a este respecto Zaborowski, en las capas colocadas en su asiento propio, donde han caido accidentalmente, sino tambien al aire libre, en los mismos lugares donde el hombre se ha servido de ellas; i entónces aparecen todas alteradas por la accion de los ajentes atmosféricos, como las otras enterradas se presentan coloreadas por las capas de arena i cascajo donde yacian.[34]»

Otro lugar en que se han hallado instrumentos de esta especie

31. Broca, *Mémoires d'anthropologie*, t. 2.°, páj. 314.
32. Lubbock, páj. 87.
33. Id., páj. 95.
34. Lug. cit., páj. 49.

es en los «Kjökkenmödings» de los dinamarqueses o *amas cotiers* de los antropólogos franceses. Estos montones de las orillas de las costas contienen grandes cantidades de conchas mezcladas con huesos de ciertos animales, algunos otros utensilios de piedra i restos de alfarería. Dudóse al principio de si estos montículos serian artificiales; pero «el descubrimiento de groseros instrumentos de silex vino a confirmar la suposicion de que no eran ocasionados por una formacion natural; mas tarde aún, llegó a ser evidente que eran sitios de antiguas aldeas, habiendo vivido la poblacion primitiva a orillas del mar i alimentádose principalmente de conchas, pero en parte tambien del producto de la caza.[35]»

En las costas del Brasil se han descubierto, igualmente, grandes montones de conchas, mezcladas con huesos humanos i utensilios de piedra, exactamente como en Escandinavia i Dinamarca. Parece que el pueblo, autor de estos depósitos, fué numeroso i por sus artes enteramente semejante a los que vivieron en Europa, Asia, Africa i América del norte. Los portugueses hacian cal de estas conchas i jamás hablaron una palabra de los sitios i circunstancias en que se hallaban.[36]

Las puntas de flecha, de piedra, que son tambien una de las principales manifestaciones de aquella edad, han sido clasificadas por Sir W. R. Wilde en cinco distintas variedades: la triangular; las vaciadas o escavadas en la base; las que poseen un apéndice destinado a enclavarse en el palo; las que tienen forma de corazon; i por fin, las que semejan hojas de árboles. «Las verdaderas puntas de flecha tienen ordinariamente una pulgada de largo: mas grandes son javelinas, o, en fin, puntas de lanza... Existe gran similitud entre estas armas, aún entre las que proceden de las mas apartadas localidades. Cada tribu poseia quizá su forma particular de flecha, i de ahí la multitud de modelos; quizás tambien la punta diferia segun el propósito a que se la destinaba.

35. Lubbock, páj. 205.
36. Cárlos Rath, *Revista do Instituto historico e geographico brasileiro*, 1871, t. 34, páj. 287.

Así, en la América del norte, las puntas de flecha que se usan para el combate son fabricadas de tal manera que cuando se retira el asta, la punta queda en la herida; para la caza, por el contrario, la punta sale junto con el mango. En otras tribus se emplea en la caza, flechas que terminan en forma de lanza, i en la guerra puntas dentadas.[37]»

«Las vasijas de la edad de piedra son mui toscas, i no se encuentran de ordinario sino en fragmentos. Nada prueba que el torno fuese entónces conocido. El cocimiento es mui imperfecto i probablemente se verificaba en el fuego, a todo aire. La forma es frecuentemente cilíndrica...[38]» Otros piensan que el arte de la alfarería no era conocido entónces, pues, cuando mas, la cantidad considerable de carbon i de ceniza encontrada en sus estaciones, prueba solo que cocian sus alimentos. Muchos de los salvajes actuales que usan el fuego se encuentran en el mismo caso. Podrian servirse de huecos naturales o de vasijas de madera en las cuales echaban piedras calientes.[39]» Hablando de esta materia, dice Broca: «admito que ha habido un período, corto o largo, en que fué desconocido el uso del fuego, i otro período mui prolongado, en que el hombre sabia servirse del fuego, pero sin poder producirlo.[40]»

La historia natural nos revela a este respecto que cierta especie de monos cuando encuentran fogatas de los viajeros en los bosques, se acercan a calentarse, se aprovechan de lo que reconocen como útil, pero sin que, a pesar de reconocer las ventajas de la invencion, sepan producirla por su parte. Los primeros hombres han debido tener idea del fuego al ver la erupcion de los volcanes i al notar el calor producido por la fermentacion de ciertas sustancias vejetales en descomposicion. Los griegos pintando a Prometeo al escalar el cielo para robar la chispa que habia de servir a los mortales, i los romanos instituyendo las vesta-

37. Murray, *Travels in North America*, vol. I, páj. 385.
38. Lubbock, páj. 177.
39. Zaborowski, páj. 114.
40. *Mémoires*, t. II, páj. 406.

les, para que conservasen eternamente el fuego sagrado, nos dan una idea de los esfuerzos que los hombres hicieron en los comienzos de su existencia para obtener uno de los cuatro elementos que idearon los filósofos antiguos, i la importancia de no perder en seguida tan útil adquisicion. Se ha constatado que ciertos salvajes de la Oceanía, donde quiera que vayan, llevan siempre el fuego consigo, entregándose a veces a largas peregrinaciones para reponerlo cuando por acaso lo han perdido.

Despues de este lijero exámen de algunas de las particularidades de la edad de piedra, especialmente en cuanto se relaciona con la América en jeneral, que nos ha parecido indispensable, porque, como va a verse, en Chile cada uno de estos principios adquiridos hoi para la ciencia encuentran inmediata aplicacion, confirmando una vez mas la idea de que el jénero humano ha sido en todas partes el mismo, i que, comenzando en la escala que hoi se considera la mas baja del nivel social, poco a poco, merced al tiempo i a su intelijencia ha ido realizando una a una las conquistas de la civilizacion; entramos ya en los detalles.

De las hachas del diluvio, como vulgarmente se llama a las talladas, no tenemos noticia de mas ejemplar que el dibujado, de tamaño natural, bajo el número 17, i que se conserva en nuestro Museo nacional.

Al lado de este tipo primitivo i bien caracterizado, existen, ademas, en Chile, dos especies diversas de hachas: las que son completamente pulimentadas i las que tienen solo en parte esta condicion; i así como éstas establecen la transicion entre las primeras i las últimas, tambien en las pulimentadas, se nota la variedad de las que están dotadas de una horadacion en su parte superior. En cuanto a su forma, las hai várias, ya que, ademas del tipo jeneral i conocido, se notan algunas relativamente cuadrangulares, alargadas, mas o ménos redondeadas. Su estado de conservacion es relativamente bueno, i los lugares en que se han encontrado, han sido, una que otra vez, la superficie del suelo, i en la jeneralidad de los casos bajo la costa terrestre, a una profundidad variable. La mas pequeña que conocemos es la que aparece dibujada de

tamaño natural, bajo el número 8, procedente del lugar de los Cuncos en Osorno, i la mas grande, la que representa mui abreviada i solo en líneas la figura 14, que fué hallada en la isla de Mancera, bajo las raíces de un roble.

Merece notarse entre estos instrumentos chilenos el cincel de piedra que representa la figura 3. Ha sido hecho de un trozo de esquita micácea, abundante en la cordillera central, i probablemente el artista no se ha dado mas trabajo que el pulimento del filo. Estuvo verosímilmente destinada a servir de cuña para rajar troncos de árboles, habiendo sido hallada en «Los Ulmos», en la provincia de Valdivia.

Actualmente se encuentran todavía con alguna frecuencia en los cementerios indíjenas de esa provincia ejemplares de estas hachas, de tamaños variables, pero que afectan de ordinario una forma mui semejante, como la que representa la figura 20, estraida de una huaca de Collico.

Por su forma merece una mencion aparte la que señala la figura 23, procedente de la hacienda de San Juan, en aquella provincia, pues, como se ve, tiene casi los mismos lineamientos de algunos instrumentos modernos de este jénero.

I ya que hablamos de localidades, tocante a las hachas chilenas, debe advertirse que en el norte son relativamente mucho mas escasas que en el sur. Poseemos ejemplares, ademas de los señalados de Valdivia, de la Araucanía, (fig. 13), la Union, (fig. 4), Llanquihue, (fig. 6), Rio Maullin, (fig. 14), Reloncaví, (fig. 26), Chiloé, (fig. 12), i, por fin, de las islas de los Chonos, (figs. 16 i 18), i del norte, algunas de Freirina, de oríjen peruano, i mui pocas de las provincias centrales, como la que se halló en la hacienda de San Miguel, cerca de Bucalemu i que dibujamos bajo el núm. 5.

Al tipo intermedio entre las talladas i las pulimentadas pertenece la que acabamos de indicar i la número 24, encontrada tambien no léjos de la anterior, i por fin, las de los números 7, 10 i 12, todas de la isla grande de Chiloé. La relativa abundancia de esta especie de hachuelas, nos puede talvez inducir a creer

que los habitantes de Chiloé i de las islas Guaitecas vivieron en un estado mas atrasado que el de las poblaciones que se estendian hácia el norte, a lo que nos llevaria no solo este antecedente arqueolójico, sino tambien la naturaleza del país, abundante en lluvias, destituido de caza i sin mas recurso que las papas, algunos frutos silvestres i el marisco. A nuestro modo de ver, las hachuelas de que tratamos han debido en estas rejiones estar especialmente destinadas a separar el marisco de las rocas, esplicándose de esta manera el gran trabajo que los indíjenas han debido darse para producir el filo en estos instrumentos, sin mas herramientas que la misma piedra; pero se trataba de la satisfaccion de una necesidad primordial, del mantenimiento de la vida, i no era posible ahorrar sacrificio alguno para procurársela. Segun lo que refieren algunos viajeros modernos, es casi seguro que el pulimiento se verificaba refregando la piedra que habia de convertirse en hachuela, en algun peñasco fijo i adecuado para el objeto, como hasta ahora se nota en las islas de Fidji, donde, al mismo tiempo que se encuentran de estas hachuelas, se ven en algunos cerros rocas estriadas con ranuras que han servido para amolarlas.[41]

En cuanto a la variedad que aparece provista de una horadacion, se presume, en vista de las esperiencias que al efecto se han realizado, que los indíjenas han debido servirse para ese efecto, segun lo hemos indicado ántes, de un hueso o palo duro i de un poco de arena i agua, como de una especie de taladro, si bien lento, no por eso ménos eficaz.

Por lo que toca a la variedad de las pulimentadas, dibujamos la número 21, de las islas de Chiloé, cuya horadacion es bastante imperfecta; la número 22 de las islas Guaitecas, que tiene mucha semejanza con el ejemplar monstruo de la isla de Mancera, i por fin, la número 4, de la Union, digna de llamar la atencion por su hermoso pulimento, su forma elegante, i la perfeccion con que

41. Jouan, *Les îles du Pacifique*, páj. 163.

está hecha la horadacion, i que es en un todo análoga a la número 11 de la isla de Huar.

Como varios arqueólogos lo han indicado, estos ejemplares mas acabados eran en Chile de propiedad de los caciques. Se les llevaba colgados del cuello por medio de una cuerda i era una insignia de mando llamada *thoqui*, de donde viene la palabra moderna «toquí.» «En medio pusieron al soldado que trajeeron liado para el sacrificio, i uno de los capitanejos cojió una lanza en la mano, en cuyo estremo estaban tres cuchillos a modo de tridente, bien liados; i otro tenia un *toque*, que es una insignia de piedra a modo de una hacha astillera, que usan los *regues*, i está en poder siempre del mas principal cacique, a quien llaman *toque*, que es mas que cacique en su parcialidad, que, como queda dicho es lo que llaman *regue*.[42]»

Por mas detalles sobre estos particulares nos referimos a la esplicacion de las láminas, que va al fin del testo.

Con el número 58 hemos dibujado de tamaño natural una raspadera estraida por nosotros de un antiguo sepulcro indíjena de la hacienda de la Patagüilla, en la provincia de Curicó. A pesar de que sabemos que utensilios de esta naturaleza han debido ser comunes en la edad que estudiamos, actualmente son mui escasos, debido principalmente a su aparente insignificancia que los ha hecho despreciar por los descubridores, i a que, habiéndose hallado el país cuando lo invadieron los españoles en un estado de mucho mas adelanto que el que implica el utensilio de que tratamos, en esa fecha debieron ser ya tambien escasos. Las otras piezas encontradas en la misma sepultura, de que en otro lugar hablaremos, implican realmente respecto de sus poseedores un atraso inaudito para el que no haya estudiado un poco las costumbres de los pueblos primitivos.

Las flechas que podemos relacionar a la edad primera de la piedra en Chile, son por los mismos motivos ya espuestos, igualmente difíciles de procurarse hoi. Sin embargo, podemos con

42. Bascuñan, *Cautiverio feliz*, páj. 40.

fundamento señalar como de esa especie algunas procedentes de Puchoco, que se dibujan bajo los números 60–64.

Como hemos tenido ocasion de significarlo, los hombres de la edad de piedra buscaban con preferencia la orilla del mar para sus viviendas. Tenian de esa manera un elemento mas de vida con los recursos de alimentacion que el mar en su abundancia podia proporcionarles, i un clima jeneralmente mas benigno e igual. Este mismo fenómeno puede constatarse en Chile. Se han descubierto, en efecto, los depósitos de conchas, desperdicios de la cocina de aquellos pueblos, (de donde les viene su nombre de «Kjökkenmödings,») desde el Algarrobo hasta Puchoco. En la primera de estas localidades, los trabajos de la agricultura han borrado casi del todo esos interesantes restos de la primera edad de nuestros aboríjenes, i apénas si hoi dia puede constatarse en las vecindades donde se amontonaron, algunos restos de tosca alfarería. Esto demostraria, por consiguiente, que los autores de esos depósitos alcanzaban ya la época neolítica de la piedra, pues consta que solo desde esa edad data la invencion de la alfarería, como la idea de sepultar los cadáveres.[43] Bollaert refiere que en la hacienda de Catapilco, se encontró, en 1850, un antiguo cementerio indíjena que contenia muchas conchas, las que los habitantes posteriores de la localidad, como los portugueses en el Brasil, quemaban para hacer cal.[44]

En Puchoco, donde esos depósitos parecen haber sido mas antiguos, se han extraido algunos utensilios hasta de una profundidad de seis metros, siendo de todos ellos los mas interesantes las puntas de flechas que, relativamente, podemos calificar de abundantes, aunque de un trabajo poco esmerado. No creemos, sin embargo, que esta circunstancia derive de falta de capacidad de sus autores para producir una obra mas esmerada, sino mas bien del material poco a propósito con que contaban, pues la

43. Zaborowski, páj. 120. Como los hombres de la edad de piedra, los esquimales no entierran sus muertos, los que de ordinario, pasan a ser pasto de sus perros.

44. *Researches*, páj. 179.

mayoría de esos proyectiles han sido fabricados de una esquita arcillosa, que han debido encontrar en el lugar mismo.

De entre las que hemos podido examinar, se han dibujado las cinco que presentaban tipos mas caracterizados, i que, como con razon puede conjeturarse, fueron hechas obedeciendo a propósitos diversos. Así, la número 63, es esencialmente penetrante, pues la endentadura solo comienza casi en la mitad del cuerpo del proyectil. La 62 obedece a un principio análogo i se distingue especialmente de la anterior, por su forma i el número de sus dientes, existiendo solo dos por cada costado, en lugar de seis que tiene la otra. Aunque en apariencia la 64 está mas toscamente trabajada, un exámen atento, por el contrario, demuestra que está provista de dientes finísimos, aptos para aserrar. Conforme a la deduccion de los arqueólogos, debemos, pues, inferir que, tanto esta última como la número 60, estuvieron destinadas a emplearse en la caza, i que las restantes debieron servir con mas especialidad para los fines de la guerra.

A esta clase de armas debemos tambien referir la que representa el número 59, estraida de la misma sepultura de donde sacamos la raspadera. Es de una forma singular, i a no tener alguna práctica en el exámen de estos objetos, cualquiera diria que no existe en ella rastro de industria humana. Hallándose esos cementerios en la parte central del país, no es tan fácil esplicarse porque, siendo de una edad relativamente moderna, estaban los que ahí fueron enterrados en un estado de relativo atraso respecto de otras tribus que vivian mas al norte i mas al sur; pero esta dificultad se desvanecerá en parte cuando se considere el aislamiento casi absoluto en que los hombres debieron vivir en aquellos tiempos, mucho mas cuando la naturaleza topográfica del país, con sus pequeños valles separados en esa rejion, les permitia prolongar su falta de relaciones de toda especie.

Como a la fecha de la invasion española estas armas eran todavía mui usadas en el país, dejaremos para mas adelante la apreciacion de los progresos que en este órden habian hecho nues-

tros aborijenes i las mejoras que los peruanos introdujeron con sus conquistas.

Ha sido tambien estraido de esos depósitos, en las costas de Puchoco, el objeto dibujado de tamaño natural, con el núm. 94. Es una piedra arenisca que tiene dos escavaciones, que forman una cintura i que han servido sin duda alguna para amarrarla en alguna cuerda, i cuyo uso a todas luces ha sido para emplearla de plomada en las redes. De la «Punta de Teatinos», en Coquimbo, se ha sacado de una sepultura indíjena, pero de época posterior, otro objeto que ha debido tener el mismo fin, una piedra granítica ovalada, provista de un agujero en una de sus estremidades, tal como se ve, de tamaño natural, en la figura 154.

Alguna semejanza con la anterior tiene la que damos con el número 98, que fué encontrada en la mano de un indio muerto, segun dice la leyenda del Museo nacional. Es mas o ménos de la misma forma i tamaño, pero sus bordes aparecen rebajados de una manera desigual, como si hubiesen sido empleados mas o ménos frecuentemente, i en lugar de un agujero en una de sus estremidades, tiene dos, colocados hácia el centro, en dos diversos paralelos. Los agujeros no tienen sus bordes perpendiculares, sino que, angostándose, a medida que profundizan, forman un cono truncado. Estariamos dispuestos a pensar que ha servido a los alfareros para alisar sus piezas, en vista de la naturaleza desgastada de sus bordes i de su propio tamaño; pero ¿por qué tiene los agujeros? Si hubiera sido para colgar el instrumento, habria bastado con uno, i en todo caso no era lo natural para este efecto situarlos en el centro. ¿Podriamos deducir alguna luz del hecho de haberse encontrado en la mano de un indio muerto? ¿Murió su dueño estrechándolo en la mano, o le fué colocado posteriormente en ella? Por lo que sabemos de la mitolojía griega, podria pensarse que era el óbolo destinado a pagar el pasaje del barquero Caron, a lo que concurriria la asercion que a este respecto hacen Olivares i Carvallo, quienes aseguran que los indios chilenos creian que al pasar a la otra vida, en un paraje es–

trecho, se situaba una vieja para cobrar el peaje al alma de cada muerto. [45]

Los anticuarios del norte de Europa han descrito las piedras ovales que han llamado «tilhuggersteens», que afectan la forma de un huevo, mas o ménos ahuecadas sobre una o las dos superficies; pero los detalles que a ellas se refieren tienen mucho mas analojía con las piedras horadadas, tan comunes en Chile, de que se hablará mas adelante, que con el presente instrumento.

De un uso igualmente desconocido i de una forma enteramente orijinal, es el objeto de greda que representa el número 152, que fué encontrado en uno de los pozos de que se saca cascajo para la línea del ferrocarril del sur. Es sólido, i si con algun utensilio moderno puede compararse, es con una pequeña campana. El cocimiento, si alguno hai, (lo que el tiempo que ha permanecido sepultado i su actual coloracion no permiten discernir con exactitud), es sumamente imperfecto. ¿Acaso quiso fabricarse la mano de un mortero para sustancias, como la sal, por ejemplo? No sabriamos decirlo, pero lo que sí puede asegurarse, es que todo concurre a creer que su antigüedad debe ser considerable.

Poseemos tambien de Puchoco el pequeño instrumento de piedra porfídica, dibujado en su tamaño natural con el número 155. Tiene trazas evidentes de haber sido pulimentado por las cuatro caras que se le ven, i en un principio una de sus estremidades ha debido ser bastante aguzada, miéntras que la otra, aunque tambien análoga, supone que ha sido hecha para ofrecer mucha mas resistencia i solidez. ¿Era acaso una especie de buril para grabar sobre la arcilla? ¿Era algun taladro destinado a reemplazar el hueso o la madera en la perforacion de los demas instrumentos de piedra? Aunque no podriamos afirmar ni una ni otra cosa, de su estado actual se deduce, sin embargo, que ha sido bastante usado, ya que sus bordes i sus estremidades aparecen desgastadas.

45. Carvallo, *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 137.

De un empleo tambien desconocido, pero de la misma procedencia, es un instrumento de piedra bastante parecido al que dibujamos con el número 78. Es posible que haya servido como de mano de mortero; i aunque esta suposicion podria igualmente aplicarse al número 78, como a los demas de su especie que suelen encontrarse entre nosotros, las ranuras que se ven en dos de los costados de la estremidad inferior (que es aplanada, en tanto que la superior es redondeada) i que en rigor creemos que eran simples adornos, pueden inducirnos a la idea de que ha podido emplearse como insignia de mando.

La figura 100 representa de tamaño natural otro utensilio de Puchoco que parece fué mui comun entre aquellos primitivos habitantes, pues, a escepcion de las flechas, no hai ninguno que sea mas abundante. La forma jeneral es cuadrangular, con una de sus estremidades terminada en una punta mas o ménos afilada i provista de dientes en sus cuatro bordes, aunque seria mas propio decir que semeja algo como la espiga de uno de nuestros modernos barrenos de carpintería. Ha sido hecho de la piedra que llamamos «laja», que abunda, como se sabe, en toda nuestra costa. En cuanto al uso a que haya sido destinado, creemos que no ha podido ser otro que el de la fabricacion de las redes para pescar. Las pequeñas hendiduras de la punta deben haber servido para enredar el hilo i asegurar así el tejido.

Mui semejante al anterior es el objeto que dibujamos con el número 99, de tamaño natural, de piedra, i que se dice ha sido usado por los indios *changos*. Se diferencia del anterior en que su forma, en lugar de ser cuadrangular, es redondeada, afectando la semejanza de un cigarro puro, i en que está provisto de dos puntas, cada una de ellas con ranuras que avanzan hácia el centro en forma de espiral. La comparacion de la espiga del barreno es en este caso todavía mucho mas apropiada. Como su procedencia es de la costa i los dueños a quienes se atribuye, han vivido casi esclusivamente de la pesca, por su forma i particularidades se le ha atribuido un uso análago al que hemos indicado refiriéndonos al instrumento análogo sacado de Puchoco.

«Se han encontrado, dice Lubbock, en algunas aldeas lacustres, aún de la edad de la piedra, cierto número de torteras de arcilla grosera. Este descubrimiento prueba cierto adelanto en el arte de tejer...[46]» Es singular que en Chile, aunque no podemos referirnos a establecimientos semejantes, se encuentren de estos utensilios a orillas de la laguna de Llanquihue, a profundidades diversas del suelo, i donde, desde mucho tiempo, no vive un solo indio. En nuestras láminas dibujamos tres de estas torteras, todas de tamaño natural; la número 95, que es la que tiene mayor cocimiento, de forma aplanada, con una horadacion bastante estrecha; la 97, de una horadacion parecida, pero mas redondeada i provista de varios puntos grabados en sus dos superficies, que figuran dos círculos concéntricos; i por fin, la número 96, algo mas pequeña que las anteriores, de una forma esférica mas acentuada, pero cuyo agujero central es mucho mas grande.

Tenemos tambien en nuestro poder otro utensilio de estos, procedente de las vecindades de Curacaví, que con las lluvias del invierno quedó en descubierto en una hendidura de un cerro, i don Luis Montt posee uno de Punta de Teatinos, que se hace notar (lám. 158) por la figura de una especie de estrella que está grabada sobre una de sus caras. Se nos ocurre que las piedras horadadas de que mas adelante nos ocuparemos, que son de las mas pequeñas de su especie i con los bordes de la horadacion perpendiculares, han podido estar destinadas a un fin semejante; pero de ellas, así como de las cachimbas de greda i piedra, algunas de las cuales tienen un oríjen análogo al de las torteras, trataremos en el capítulo sub-siguiente.

En las sepulturas marítimas suelen tambien encontrarse huesos rotos de animales, que debemos referir a la costumbre de los hombres de esa época de buscar con ánsia la médula de los tales huesos. Entre nosotros, encontramos un testimonio histórico de época mui posterior, es cierto, en que se asevera terminantemente el hecho. En efecto, el capitan Gonzalez de Nájera

46. *L'homme préhistorique*, páj. 175.

refiere que tan pronto como los españoles abandonaban un campamento, los indios que desde los cerros inmediatos observaban sus movimientos, se dirijian inmediatamente al sitio abandonado, «porque los ceba i aún ciega de tal manera la golosina de los huesos que quedaron por el suelo, que por sacarles el alma o tuétano, se esponen a perder la vida.[47]»

Despues de relacionado lo anterior, que, por cierto, debe considerarse solo como un principio de estudio en este órden de conocimientos, tan descuidado hasta ahora entre nosotros, podemos ya concluir que, «aunque nos resta todavía mucho que saber respecto a los hombres de la edad de la piedra, los hechos ya conocidos, como ciertos toques de lápiz dados por un hábil dibujante, nos suministran los elementos de un bosquejo. Si trasportamos nuestra imajinacion al pasado, veremos sobre ciertos lugares de las costas una raza de hombres de pequeña estatura, con cejas pobladas i toscas, dotados de una cabeza redonda...[48] Como necesitaban defenderse de las inclemencias de las estaciones es mas que probable que habitasen en chozas... La falta absoluta de metal prueba que no tenian mas armas que las fabricadas con madera, piedras i huesos... Su alimento principal debió ser el marisco, pero sabian pescar los peces, i variaban a menudo su alimento con el producto de sus cacerías. No es, sin duda, falta de caridad suponer que cuando los cazadores regresaban cargados de botin, se emborrachaba todo el mundo, como lo hacen hoi dia la mayor parte de las tribus salvajes...[49]»

La vida de los fueguinos que Darwin ha pintado con colores maestros, puede aplicarse a los habitantes de todo Chile en aquella época remota: «Se alimentan principalmente de marisco, viéndose obligados a cambiar constantemente de residencia, pero para volver, despues de cierto intervalo, a los mismos parajes, lo que demuestran evidentemente los montones de conchas antiguas, que podrian avaluarse a veces en varias toneladas de

47. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 94.
48. Se sabe que este tipo es característico de la raza americana en jeneral.
49. Lubbock, lug. cit., páj. 219.

peso. Estos montones pueden distinguirse desde una distancia considerable, merced al color verde i brillante de ciertas plantas que crecen siempre sobre ellas... El wigwam del habitante de Tierra del Fuego se asemeja a un monton de paja. Se compone de algunas ramas rotas, clavadas en el suelo i cubiertas con terrones de pasto. Se necesita apénas una hora para fabricar semejante choza; por lo demas, no las habitan sino algunos dias... Se cubren con pieles de guanaco, de lobo o de nutria, o se tapan simplemente con un pedazo, apénas tan grande como un pañuelo de narices. Estas pieles se fijan por delante por medio de una cuerda, i se las pasan de un lado a otro del cuerpo, segun sea la direccion del viento que corre. Los indíjenas que divisé en una canoa estaban completamente desnudos i aún una mujer que iba con ellos. Llovia mui fuerte, i la lluvia mezclada con el agua del mar les bañaba el cuerpo... Esos infelices eran pequeños, su cara horrible estaba cubierta con una pintura blanca; su cútis, desaseada i grasosa, sus cabellos descuidados, tenian la voz discordante, hacian jestos violentos i faltos de nobleza... Pasan la noche enteramente desnudos, revueltos unos con otros como animales, acostados sobre el suelo húmedo, apénas abrigados del viento i la lluvia de ese clima inhospitalario. Cuando la marea baja, es preciso que se levanten para ir a recojer mariscos en las rocas, i que las mujeres en invierno i verano se sumerjan para buscarlos bajo el agua; o que pacientemente sentadas en las canoas, pasen los dias enteros pescando con anzuelo pequeños peces. Si llegan a matar un lobo, si descubren el tronco flotante de una ballena, entónces hai ya un festin, sazonando tan tremendo alimento con algunas yerbas sin sabor. A menudo, reina tambien el hambre, cuya inmediata consecuencia es el canibalismo acompañado del parricidio.»

CAPÍTULO VI.

LOS ARAUCANOS.

I.

Descripcion topográfica del país.—Descripcion que hacen de Chile los primeros conquistadores.—Clasificaciones que se han dado de los indios.—Diversidad de idiomas.—Exámen de la lengua araucana.—Pintura de los araucanos.—Olivares i Molina.—Los indios rubios.—Descripcion del viajero Pœppig.—Los chonos —Exámen de los cráneos.—Deducciones.

Trasladémonos un momento con la imajinacion a los dias en que los españoles pisaron por primera vez el suelo de Chile i recorramos de lijero las impresiones que ellos recibieran a la vista de la nueva tierra que se dilataba ante sus ojos por las artes de su insaciable sed de aventuras i de oro i el esfuerzo indomable de esa enerjía de antiguos conquistadores.

¿Cuál era el aspecto del país? ¿Quiénes sus habitantes? ¿Cómo vivian? Estas i otras muchas preguntas es natural que se ocurrieran a su investigacion i curiosidad, las cuales, por fortuna, es fácil hasta hoi satisfacer al traves del tiempo, merced a los datos que han consignado en sus escritos cronistas dilijentes.

La topografía del país era entónces la misma que ahora; despues del gran despoblado de Atacama, seguian los valles de Copiapó, Huasco, Coquimbo i Aconcagua, formando secciones

aisladas i mas o ménos montañosas. Su descripcion especial no nos interesa en el mismo grado que la seccion que se estiende desde la cuesta de Chacabuco al sur, en la cual, hasta entónces, sus habitantes habian logrado conservar mas puros sus caracteres de raza i sus primitivos usos i costumbres.

«Desde aquel punto, tres son las distintas fajas de terrenos que se divisan paralelas entre sí i con el meridiano del lugar. La faja del medio es un llano estenso, comprendido entre dos cordones de cerros, como un golfo entre dos continentes. El cordon de la derecha, llamado comunmente «cordillera de la costa,» consta, en jeneral, de grupos de cerros redondos, achatados, bajos, graníticos, cuyas formas indeterminables se asemejan a las olas de un mar que se aquieta despues de una tempestad. El de la izquierda es el cordon de los Andes, cuyas crestas son ásperas i esquinadas, los despeñaderos rápidos i frecuentes, las faldas rayadas con estratificaciones en cintas de diversos colores, i cuyas cimas se pierden en la elevada rejion de las nieves perpétuas. A medida que estas inmensas fajas de terrenos avanzan hácia el sur, las tres bajan a un mismo tiempo.

«El llano central se estrecha en la Angostura de Paine i se cierra completamente en Regolemo.

«Desde el Maule, donde ya el llano alcanza a ocho o diez leguas de ancho, principian a distinguirse cinco o seis distintas rejiones naturales. La primera es la de la costa del mar, que cubren estensos prados en la desembocadura de los rios; masas de arena en largas i monótonas playas, bañadas por una mar rara vez quieta, i de trecho en trecho, majestuosas peñas cubiertas de árboles, o bien, vistosas lomas i cerrillos, que se elevan en forma de anfiteatros al rededor de los pequeños golfos i ensenadas.»

Siguen despues los declives occidentales del primer órden de cerros, i las mesetas que se estienden en sus lomas mas elevadas, rejion cubierta toda de bosques i selvas. Por el contrario, el declive oriental de la cordillera de la costa está desprovista de árboles, i consta, por lo comun, de cerros bajos, cubiertos con tierras de diversos colores, abundantes en terrenos fértiles, como tam-

bien en lavaderos de oro. Viene despues el llano, que en aquella época probablemente estuvo en su totalidad cubierto de montes de espino, al ménos hasta la latitud en que este árbol prospera; i, por fin, la rejion subandina poblada de bosques.[1]

Oigamos desde luego contar al clérigo Cristóbal de Molina la relacion de lo que pudieron ver los compañeros de Diego de Almagro en llegando al valle de Copiapó. «Los naturales de este valle, dice, lo recibieron mui bien i le dieron de lo que tenian, i se reformó, porque este valle tenia mucho maíz i ovejas de la tierra mui gordas; i reformado, pasó a otro segundo valle que se llama Guasco, i asimismo halló toda refrejería, i lo mismo en el tercer valle, que es el que se llama de Quaquizago, que está poblado de cristianos ahora... Luego se partió a las provincias de Chile, que estaban cien leguas adelante, donde no hai casi poblado, i por sus jornadas llegó al pueblo principal de Chile, que se llamaba entónces Concumicagua, donde le estaba esperando toda la tierra... Por cumplir lo que él decia con el Rei i con su compañero Pizarro, envió a un capitan a descubrir desde Chile adelante, con setenta u ochenta de a caballo i veinte de a pié, i este capitan tardó en la ida i vuelta tres meses, i como no le pareció bien la tierra por no ser cuajada de oro, no se contentó de ella.[2]»...

Segun los cronistas, llamóse a Copiapó o Copayapo, con este nombre, «porque vale tanto como decir campo de las turquesas,[3]» i era en aquella época «fértil i abastecido,[4]» así como los que seguian hácia el sur hasta Santiago, los cuales eran «de mucho maíz,» segun la espresion de Oviedo.[5]

Este mismo autor que, como se sabe, mantuvo íntimas relaciones con Diego de Almagro, consigna algunos detalles de los que dió a su jefe Gomez de Alvarado, aquel capitan que desde

1. Domeyko, *Araucanía i sus habitantes*, pájs. 5 i siguientes.
2. *Conquista i poblacion del Perú*, pájs. 46, 47 i 48.
3. Rosales, *Historia*, I, páj. 213. Herrera, *Décadas*, lib. I, páj. 9.
4. Rosales, I, 359.
5. *Historia jeneral i natural de las Indias*, t. IV, páj. 268.

el Mapocho fué enviado a recorrer la tierra hácia el sur. Mas, como lo que entónces se buscaba era el oro, por no ver la tierra cuajada del precioso metal, segun la espresion de Molina, llegó contando que habia andado adelante ciento cincuenta leguas, «e que cuanto mas iba, la tierra mas pobre e fria i estéril e despoblada, e de grandes rios, ciénagas e tremedales la halló, e mas falta de bastimentos; e que halló algunos indios caribes, a manera de los juríes, vestidos de pellejos, que no comen sino raíces del campo; e que informándose de la tierra de adelante, supo e le dijeron que estaba cerca de la fin del mundo, e le dieron la misma noticia quel adelantado se tenia, ántes que lo enviase en Chile.[6]» En efecto, los habitantes de Canconcagua (nombre de Aconcagua, segun Oviedo) le informaron de la «pobreza e poquedad de la provincia de Chile, e como era mui mayor e peor la de adelante, i que los Picones, indios comarcanos, eran quince o veinte pueblos de jente mui pobre, vestida de pellejos.[7]»

Con informes tan desconsoladores tocante a la riqueza del país e instado por consideraciones de otra especie, Almagro dió la vuelta al Perú, la cual no se pudo hacer «sin gran destruccion de los naturales i tierra de Chile, porque como se determinó de volver, dió licencia a todas sus jentes que ranchasen la tierra i tomasen todo el servicio que pudiesen i indios para cargas... En este viaje i negra vuelta a la tierra del Cuzco murieron mucha cantidad de indios e indias, especialmente en el despoblado de Atacama.[8]»

Mas, Pedro de Valdivia que no llegó a Chile urjido de los mismos propósitos que trajera el adelantado Almagro, tuvo ocasion de notar que el país, si bien era cierto que no abrigaba las riquezas que el portentoso Perú, descubierto por don Francisco Pizarro, era, en cambio, una hermosa tierra, «tal que para poder vivir en ella i perpetuarse no la hai mejor en el mundo.» El fun-

6. Id., páj. 275.
7. Id., páj. 268.
8. Cristóbal de Molina, páj. 49.

dador de Santiago, que no buscaba en el territorio que habia venido a conquistar, el brillo efímero del oro, sino un lugar adecuado para un asiento sólido i estable donde radicarse, esclamaba por eso con entusiasmo al hablarle a su soberano del teatro en que comenzaba a lucir el esfuerzo de su brazo i el vigor de su injenio. «Dígolo, porque es mui llana, sanísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno no mas, que en ellos, si no es cuando hace cuarto de luna, que llueve un dia o dos, todos los demas hacen tan lindos soles que no hai para que llegarse al fuego. El verano es tan templado i corren tan deliciosos aires, que todo el dia se puede el hombre andar al sol, que no le es importuno. Es la mas abundante de pastos i sementeras, i para darse todo jénero de ganado i plantas que se puede juntar; mucha e mui linda madera para hacer casas, infinidad otra de leña para el servicio de ella, i las minas riquísimas de oro, i toda la tierra está llena dello, i donde quiera que quisieran sacarlo, allí hallarán en que sembrar i con que edificar, i agua, leña i yerba para sus ganados, que parece lo crió Dios a posta para poderlo tener todo a la mano.[9]»

I en otro lugar de este mismo documento, agrega que el país «es todo un pueblo e una sementera i una mina de oro, próspera de ganado como la del Perú, con una lana que le arrastra por el suelo; abundosa de todos los mantenimientos que se siembran los indios para su sustentacion;» concluyendo por decir que «es de mui lindo temple la tierra i se darán en ella todo jénero de plantas de España, mejor que allá.[10]»

Numerosas son las clasificaciones que se han dado para distinguir unas de otras las diversas tribus que habitaban el territorio chileno. Viniendo del norte, hallamos primero a los atacamas, cuyo centro principal parece haberse encontrado en las vecindades del actual pueblo de Chiuchiu, pero que alcanzaban hasta las costas del despoblado de su nombre. Los changos, que

9. *Cartas de don Pedro de Valdivia al emperador Cárlos V*, *Coleccion de historiadores de Chile*, t. I, páj. 12.

10. *Id.*, páj. 55.

en una época primitiva debieron ser relativamente numerosos, poblaban esclusivamente las costas que se estienden desde el grado 22 al 24 de latitud sur i conservaban indudablemente grandes afinidades con los anteriores. Tenian el mismo color de los quíchuas, aunque un poco mas oscuro, con visos negruzcos; de estatura un poco mas pequeña, especialmente las mujeres; de una fisonomía triste i sombría, de nariz raras veces aguileña, diferian tanto de los atacamas como éstos de los aimaraes o quíchuas. Otro tanto puede decirse, segun se asegura, en lo que respecta al idioma.[11]

El abate Molina dice que los pueblos que seguian hácia el mediodía se llamaban copiapinos, coquimbanos, quillotanos, mapochinos, promaucaes, cures, cauques, pencones, araucanos, cuncos, chilotes, chiquillanos, pehuenches, puelches i guilliches.[12]

Falkner, establece la clasificacion jeneral de moluches i puelches, subdividiendo a los primeros en picunches, pehuenches i guilliches.[13] Los picunches eran los que vivian desde Coquimbo hasta mas abajo de Santiago, refiriéndose, sin duda, a los que Oviedo habia designado ya ántes con el nombre de picones, que poblaban el valle de Aconcagua, i que «eran quince o veinte pueblos que cada uno tenia diez casas de jente mui pobre vestida de pellejos.[14]» Añade Ercilla:

> Los indios promaucaes, es una jente
> Que está cien millas ántes del Estado
> Brava, soberbia, próspera i valiente.[15]

En un poema histórico sobre las guerras de Chile, escrito por don Juan de Mendoza, se lee:

> Están pasado Maule otras naciones,
> Que treinta leguas van hasta Biobio,

11. D'Orbigny, *L'homme américain*, páj. 333, tom. I.
12. *Compendio de la historia civil*, páj. 9.
13. *Descripcion de Patagonia*, Angelis, t. I, páj. 34.
14. *Historia de las Indias*, t. IV, páj. 272.
15. *La Araucana*, canto I.

Son itatas, mauleses i pencones...
.....
Los coyuncheses, bravos valentones.

Pasado Biobio, a la marina
Está el estado indómito araucano
I él tiene a Catiray izquierda mano.
.....

Está luego adelante la famosa
Provincia de Cauten intitulada.
....
Pasados ya los términos cautenes
Se llaman los demas perquilabquenes.[16]

«Los antiguos habitantes de Osorno, dice el padre Ramirez, fueron los cuncos, que se estendian por toda la costa desde Valdivia a Chiloé, i eran numerosos, como lo indica su nombre de *racimo*.[17]» Despues de los chilotes, se contaban los chonos, los payos i caucahues,[18] los calenes i leyecheles, tayatafares, que vivian entre los grados 48 i 49,[19] conocidos con la denominacion de Vuta-huilliches.

Hubiéramos de ser interminables si pretendiéramos relacionar uno por uno los diversos nombres con que se han designado las diversas tribus que se estendian en toda la rejion comprendida desde Copiapó hasta el Estrecho, del lado occidental de la cordillera de los Andes; pero si estas clasificaciones indican distintas localidades jeográficas i tienen tambien su importancia, como en estos estudios lo hemos de demostrar, bajo el aspecto de los usos i costumbres i de los diversos grados de adelanto en que se hallaban esas tribus, ¿podrá decirse por eso que constituan naciones aparte o que eran oriundas de razas diversas?

En esta cuestion de razas no podemos olvidar un elemento que para la ciencia moderna reviste hoi cierta importancia, cual

16. *Poema inédito*, canto I.
17. *Cronicon sacro-imperial de Chile*, M. S., cap. IV.
18. Los Kei-uhues de Falkner i Fitzroy.
19. *Viaje* del padre José García, *Anales de la Universidad*, tom. XXXIX, páj. 373.

es el conocimiento del idioma de los pueblos, cuyo oríjen se trata de investigar; i si es verdad, como se espresa Broca, que los caracteres antropolójicos de primer órden son siempre los físicos, por cuanto son los mas estables, no puede tampoco negarse que los suministrados por la lengüística son siempre útiles i algunas veces indispensables.[20]

Pues bien, la misma variedad de opiniones que se ha hecho notar respecto de la clasificacion de las distintas tribus chilenas, existe, casi en la misma proporcion, en lo que se refiere al idioma. ¿Hablaban todos esos pueblos idiomas distintos, o se trataba simplemente de una lengua comun, alterada en los varios pueblos por las distancias jeográficas i la falta de monumentos escritos?

Dejando aparte a los atacamas i changos, cuya lengua, segun lo que sabemos, derivaba evidentemente de los quíchuas o aimaraes, i concretándonos a los araucanos i demas pueblos que se seguian hácia el sur, Josiah Priest, declara que en Chile hai cerca de veinte dialectos, puelche, chono, araucano, tehuelet, yacanac, kemenet, etc.[21] En un libro publicado recientemente en Paris se lee todavía que, en la parte meridional de la América, ademas del tehuelche de los patagones, del puelche de las pampas i del fueguino, existe en Chile el quíchua, hasta su tercio setentrional, el araucano i las lenguas independientes de la rejion de los Andes.[22]

Don Lorenzo de Hervás, por datos que le habia suministrado el padre José García, decia, «que los caucahues i chonos tenian su idioma propio, i aunque sé, agregaba, que las lenguas de estas dos naciones no son dialectos de la araucana, no puedo afirmar si son dialectos desfigurados de una lengua matriz, o si, por ventura, son dos lenguas matrices.[23]»

«Los chonos, afirma tambien Rosales, hablaban otra lengua i

20. *Mémoires d'anthropologie*, t. I, páj. 275.
21. *American antiquities*, páj. 311.
22. Hovelacque, *La linguistique*, páj. 171, Paris, 1881.
23. *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas*, t. I, páj. 125.

tenian otro modo de vivir de los de Chiloé,[24]» i otro tanto concluye respecto de los payos don Jerónimo Pietas.[25]

Esplicando Fitzroy el hecho de que cada una de esas tribus de la parte occidental de Patagonia hablen diversos idiomas, espresa que en el fondo no son radicalmente diferentes del araucano, pues «se hallan algunas palabras comunes a dos o mas tribus, i las diferencias deben aumentar a causa de que los vecinos están raras veces en paz.[26]»

Mas, por lo que toca al araucano mismo, las pequeñas diferencias que respecto de su habla se notan, Perez García las esplica de esta manera: «de este idioma chileno, que dice el padre Ovalle que es tan universal, que no hai mas que uno entre mar i cordillera, debe entenderse en la siguiente forma. Esta nacion, aunque cuando se fué estendiendo del norte al sur tomó varios nombres, siempre conservó su idioma moluche, desde Copiapó hasta el rio Tolten; pero los huilliches i pichi-huilliches, que corren desde el citado rio hasta el canal de Chiloé, aunque conservan la lengua jeneral, varian algo del dialecto, perdiendo la *d* i la *r*, i creando en lugar de ésta, la *s* para endulzar las palabras, i así, en lugar de *ruca*, que es casa, pronuncian *suca*, i así todas las demas.»

«Los vuta-huilliches, que ocupan en tres parcialidades las rejiones desde el canal de Chiloé hasta el Estrecho de Magallanes, han formado un casi nuevo idioma de la mezcla de la lengua moluche de Chile i de la tehuel de los ultra-cordilleranos, con lo cual se diferencian de los demas chilenos.[27]»

El jesuita Luis de Valdivia, que fué el primero que dió a la estampa un tratado sobre el idioma araucano, en su prólogo, no reconoce siquiera las diferencias señaladas por Perez García, pues se limita a decir que de entre «las cuatro cosas que facili-

24. *Conquista espiritual de Chile*, M. S.
25. *Informe al rei sobre las diversas razas de indios que pueblan el territorio araucano*. M. S. 1729.
26. *Voyage of the Adventure and Beagle*, t. 2.°, 132.
27. *Historia de Chile*, M. S., cap. VI.

tan mucho i dan ánimo para aprender la lengua de Chile, es la primera que en todo el reino, no hai mas de esta lengua, que corre desde la ciudad de Coquimbo i sus términos hasta las islas de Chiloé, i mas adelante por espacio casi de cuatrocientas leguas de norte a sur, etc.[28]»

Séanos permitido en este lugar i con motivo del tema que nos ocupa, trascribir aquí lo que en una obra anterior hemos dicho acerca del idioma araucano. Cuántos antiguamente se ocuparon de estudiar esta lengua están de acuerdo en que en toda la angosta faja de terreno que forma nuestro país, desde su estremidad norte hasta las islas del sur, con las escepciones parciales ántes indicadas, no se hablaba sino ella sola... El abate Molina, despues de reconocer este hecho, no puede ménos de estimar como «mui singular que no haya producido ningun dialecto particular, despues de haberse propagado por un espacio de mas de mil doscientas millas, entre tantas tribus, sin estar subordinadas las unas a las otras, i privadas de todo comercio literario. Los chilenos, agrega, situados hácia los grados veinticuatro de latitud, la hablan de la misma manera que los demas nacionales puestos cerca de los grados cuarenta i cinco. Ella no ha sufrido alteracion alguna notable entre los isleños, los montañeses i los llanistas. Solamente los boroanos i los imperiales cambian a menudo la *r* en *s*... Si esta fuese una lengua pobre, podria aplicarse la causa de su inmutabilidad a la escasez de vocablos, los cuales no siendo destinados, cuando son pocos, mas que para esprimir ideas familiares i comunes, difícilmente se cambian; pero, siendo abundante de vocablos, es admirable que no se haya dividido en muchos idiomas subalternos, como ha sucedido a las otras lenguas madres que han tenido alguna estension.»

Sobre si sea o no primitiva la lengua de Chile, Molina se declara, sin trepidar, por la afirmativa, por mas que otros, sin duda con poco estudio, parezcan poner en duda este aserto. Court de Gibelin,[29] por ejemplo, despues de espresar que solo conoce de

28. *Arte y gramática general.* Al lector. Sevilla, 1684.
29. *Monde primitif*, t. I, páj. 535. Paris, 1781.

Chile algunas palabras recojidas por Reland en su *Disertacion sobre las lenguas de América*, sostiene que ha encontrado un buen número comunes con otras lenguas, «lo que nos persuade, agrega, que si hubiéramos poseido un vocabulario completo, hubiéramos podido pronunciarnos mejor sobre el oríjen de esta lengua i del pueblo que la habla;» i como prueba de su afirmacion, establece las referencias siguientes: *Levo*, rio, tiene su relacion con *Eo*, agua; *Bebo*, seno, se pronuncia en Java, *sou-sou*, en tahitiano *eou*, i no es otra cosa que el *ze she* primitivo, que significa tambien «seno» en las lenguas orientales; *jeu*, comer, es el primitivo nasal *e je*, comer. Molina ha podido tambien establecer analojías del araucano con el latin i el griego, pero las mira, con razon, como puramente casuales. El sabio lengüista aleman Vater acepta esta última deduccion, reconociendo que esa semejanza no pasa de existir en las interjecciones, i que, por lo demas, los significados de esas palabras son diversos en ámbos idiomas. Lo mas curioso es, sin embargo, que esa desemejanza se estiende igualmente a los idiomas del resto de la América, pues fuera del quíchua (i esto parece perfectamente natural atendidas las relaciones de los pueblos incásico i chileno) mui pocas analojías se han podido reconocer. «Casa» se traduce en araucano por *ruca*, en el idioma de las tribus guaraníes, *oc;* entre los tupis, *oca;* en las lenguas de Omahua, *uca;* en el mahuino, *roya;* en el idioma lute, *cuja*, etc.[30]»

Segun las definiciones modernas, el araucano pertenece a la clase de las lenguas aglutinantes; i por su «característica arriana *r* los araucanos demuestran ser orijinarios, como los hurones, de raza noble, representando todavía, como éstos, entre los pieles rojas, la autocracia moral e intelectual.[31]»

Examinemos ahora algunas particularidades de esta lengua. Desde luego, hai muchos que reconocen a los araucanos elegan-

30. *Linguarum totius Orbis index alphabeticus, etc.*, a Joane Severino Vater, Berlin, 1815; Adelung, *Mithridates, oder allgemeine sprachenheide, etc.*, Berlin, 1812, III.

31. Carette, *Etudes sur les temps antehistoriques*, páj. 127.

cia en su lenguaje,[32] i todos, en jeneral, una simplicidad tal para su estudio que acaso no puede compararse con ningun otro idioma.» Esta lengua, dice Falkner,[33] es mucho mas copiosa i elegante de lo que pudiera esperarse de un pueblo sin civilizacion.[34]» Con todo, el número de vocablos simples que traen los diccionarios no pasa de dos mil: «tan fáciles de aprender, espresa el jesuita Diego de Torres, las lenguas que corren en el reino del Perú (incluyendo a Chile) que todos nuestros padres las han aprendido en ménos de un mes para confesar i en dos para predicar, habiendo esperimentado esta facilidad en mí mismo, oyendo las confesiones.[35]»

Su alfabeto consta de las mismas letras que el castellano, a escepcion de la *b* i la *f* que son reemplazadas por la *v*, pronunciada como en aleman, de la *x* i *z*, que no existen, i de una *e*, una *u* i una *th* que tienen sonidos especiales.

«Los nombres chilenos se declinan por una sola declinacion, dice Molina, o hablando con mas exactitud, todos ellos son indeclinables, porque con la union de varios artículos o partículas enclíticas se distinguen los casos i los números. Estos últimos son tres, como entre los griegos, esto es, singular, dual i plural... En la habla chilena, el artículo se pospone al nombre, al contrario de lo que se practica en las lenguas modernas de Europa.»

El araucano es abundante de adjetivos, asi primitivos como derivados, los cuales se pueden formar siempre de todas las partes de la oracion, obedeciendo a un principio invariable; pero, cualesquiera que sean sus terminaciones, no son susceptibles de

32. Véase el testimonio de Elías Herkmans en el capítulo *A view of the chilian language*, de la obra *America being the latest and most accurate description of the New World*, by John Ogilby. London, 1671.

33. *A description of Patagonia*, 1779, páj. 114.

34. «La lengua chilena es mui fácil, agrega Haverstadt, i aunque de bárbaros, no solo no bárbara, sino tambien mui superior a otras lenguas; pues así como los Andes a otros montes sobrepasan, así, hasta ese punto, ésta a otras lenguas, i así el que descuelle en el idioma chileno, como con un espejo, mirará i mui debajo de sí, cuanto haya de superfluo en otras, i cuanta sea su pobreza.»

35. *La nouvelle histoire du Pérou*, fol. 4 vlta. Paris, 1604.

jéneros, ni de números, a la manera de los adjetivos ingleses. De esta manera, solo se reconoce un solo jénero, aunque para distinguir los sexos, se emplea la voz *alca* para el masculino, i *domo* para el femenino.

Todos los verbos araucanos terminan siempre, en la primera persona del indicativo en la letra *n*, i tienen voz activa, pasiva e impersonal, poseen todos los modos i tiempos de los latinos i algunos mas, pero se rijen por una sola conjugacion i no adolecen jamás de irregularidad alguna.

«Las preposiciones, los adverbios, las interjecciones i las conjunciones son copiosísimas en el idioma chileno, al contrario de lo que se observa en el lenguaje de otras naciones bárbaras, las cuales escasean de tales partículas unitivas del discurso...

«La sintáxis chilena no es mui diversa de la construccion de las lenguas de Europa. Las personas que hacen, o las que padecen se pueden poner adelante o despues del verbo... El uso de los participios i de los jerundios es frecuentísimo, o por mejor decir, ocurre en casi cada período...

«El laconismo es el primario carácter de la lengua chilena. De aquí deriva la práctica casi constante de conservar el caso paciente con su verbo, el cual, así compuesto, se conjuga en todo como cuando está por sí solo... Este modo de acomodar los pronombres, que se inclina un poco al uso de los hebreos, los cuales se sirven como de ligazon, es llamado *transicion* por los gramáticos chilenos... Del mismo principio proviene la otra práctica, de la cual hemos hecho mencion otra vez, esto es, de convertir en verbos todas las partes del discurso, de manera que se puede decir que todo el hablar chileno consiste en el manejo de los verbos. Los relativos, los pronombres, las preposiciones, los adverbios, los números, i en suma, todas las demas partículas, no mènos que los nombres, están sujetos a esta metamorfosis.

«Es tambien una propiedad notable de la lengua chilena usar a menudo de las palabras abstractas en una manera mui particu-

lar: en vez de decir *pu huinca*, los españoles, se dice comunmente *huincaguen*, la españolidad, etc.[36]»

Para terminar lo referente a la lengua araucana, concluiremos con Olivares, que «es cortada al talle de su jénio arrogante; es de mas armonía que cópia, porque cada cosa tiene regularmente un solo nombre, i cada accion un solo verbo con que significarse: con todo eso, por usar de voces de muchas sílabas, sale el lenguaje sonoro i armonioso.[37]»

Otro elemento que podemos consultar en lo tocante al tema que discutimos, son las cualidades físicas de los indios que poblaban el país.

El famoso poeta i guerrero don Alonso de Ercilla dedica a la descripcion de los indios de Chile en su *Araucana*, una estrofa admirable por su verdad i concision, que dice así:

Son de jestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos i crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Récios miembros, de nervios bien fornidos,
Ajiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo i sufridores
De frios mortales, hambres i calores.[38]

Pedro de Valdivia apénas toca de paso este punto, limitándose a espresar, en sus cartas al rei, que la jente de Chile era «crecida, doméstica i amigable i blanca i de lucidos rostros, así hombres como mujeres.[39]» Herrera, por el contrario, aseguraba que los indios chilenos tenian las frentes vellosas.[40]

El padre Olivares, que escribia ya a mediados del siglo XVIII, trae en su *Historia jeneral*, una descripcion mucho mas com-

36. Molina, *Compendio de la historia civil*, pájs. 322 i siguientes. *Historia de la literatura colonial de Chile*, t. II, pájs. 371 i siguientes.
37. *Historia civil*, páj. 46.
38. *La Araucana*, canto I.
39. *Coleccion de Historiadores*, t. I, páj. 55.
40. *Década* VII, páj. 11.

pleta, pues declara que «son los indios de Chile de estatura algo menor què el comun de los españoles; pero mui robustos de pechos, mui trabajados i fuertes de brazos i piernas, los cabellos siempre lisos i largos, en especial las mujeres tienen por singular adorno la natural cabellera i la cultivan esmeradamente para que llegue al crecimiento de que es capaz; i así a algunas le crece hasta mui abajo de la cintura; el del rostro i cuerpo es moreno; pero algo diferente del de los mulatos i otros indios de la América; porque, no obstante la oscuridad, se inclina a rojo, como mostrando abundancia de sangre: la cabeza i cara tienen redonda, la frente cerrada, las narices romas, pero no tanto como los etiopes; las barbas cortas i raras, a que ayuda que cuando están ociosos acostumbran arrancárselas... La palma de la mano i los dedos de ella tienen cortos i récios; el pié pequeño i fornido; en fin, toda su constitucion del cuerpo i rostro es la mas a propósito para indicio de fortaleza i bravura.[41]»

El abate Molina, que escribia poco despues que Olivares, i que habia tenido ocasion de estudiar el asunto con mas elevado criterio, espresa que «los que habitan en las llanuras son de buena estatura, pero los que se crian en los valles de la cordillera sobrepasan en la mayor parte la estatura comun... Los aspectos de los unos i los otros son regulares, i nunca han tenido la fantasía, seguida de otros salvajes, así del nuevo como del viejo continente, de querer correjir la naturaleza poniéndose disformes los semblantes para hacerse mas bellos o formidables.»

De estas pequeñas diferencias que se notan entre los indios propiamente araucanos testifican la jeneralidad de los autores, pero ellas deben referirse, mas que a una diversidad cualquiera de raza, a los lugares que habitan, a sus costumbres i al jénero de alimentacion que usaban. Merece notarse, sin embargo, entre ellas la de haberse encontrado en el país indios blancos, segun lo aseguraba ya Valdivia al rei en los comienzos de la conquista española.

41. Páj. 39.

El historiador Góngora Marmolejo, que fué tambien de los primeros que vino a Chile i cuyas informaciones son de ordinario en un todo dignas de crédito, es terminante cuando dice que la chilena «es jente bien ajustada, por la mayor parte blanca,[42]» exactamente lo mismo que repetia despues el cronista de la Orden franciscana en América. En Gay se lee, asimismo, segun la aseveracion de cierto autor, que «los indios de Valdivia eran blancos todos, i las mujeres hermosas.[43]» Molina hacia igualmente notar el hecho, radicando los indios blancos en una tribu establecida en la provincia de Boroa, «cuyos individuos, espresaba, son blancos i rubios, sin ser mistos.» Esta variedad suele atribuirse por los escritores españoles a los descendientes de los primeros europeos llevados a aquellos lugares despues de la terrible sublevacion de los comienzos del siglo XVI; pero contra esta teoría, el mismo Molina observa con mucha razon que «así como los primeros españoles fueron igualmente dispersos entre todas las demas provincias de los araucanos vencedores, donde no se ven blancos, así parece que esta opinion es poco fundada;[44]» a lo que podria añadirse que los indios blancos existian ya desde la primera entrada de los españoles i cuando los autores que afirmaron el hecho en sus escritos hacia largo tiempo que habian dejado de existir.

Los antiguos etnólogos tomaban pié precisamente de la particularidad indicada para deducir que los chilenos descendian de los frisios,[45] i acaso con esta suposicion demostraban mas criterio, reconociendo la coexistencia de dos razas diversas en el país, que con los volúmenes de erudicion que habian gastado para llegar al mismo resultado, comparando las circunstancias insignificantes o meramente casuales, de las semejanzas que podian notar respecto de los usos i costumbres de los distintos pueblos que trataban de relacionar.

42. *Historia de Chile*, páj. 2.
43. *Documentos*, t. I, páj. 222.
44. *Historia civil*, lug. cit.
45. Véase Petrus Suffridius, i Hamconii.

Pero este distintivo que descollaba como una escepcion en el centro de la Araucanía, segun los que han limitado el aserto de los primeros cronistas a una sola tribu, aparece, por el contrario, como la regla respecto de los habitantes que se estendian al sur de Chiloé. Así, Rosales testificaba que «los chonos eran comunmente blancos i rubios,» circunstancia que atribuia a la «frialdad de la tierra i cercanía del polo.[46]» «Los poyas de mas al sur, añadia Pietas, se distinguen de los demas en la lengua, fisonomía i natural: son ademas, algo pequeños, abultados de cara i tienen los ojos mui pequeños.[47]»

Seria inútil pretender encontrar en las antiguas relaciones de los viajeros detalles mas minuciosos respecto de los caracteres esternos de los habitantes de las islas o de la costa occidental de Patagonia; pero no podemos dejar de señalar aquí un dato curioso que apunta Rosales i que para su época revela cierto espíritu de profunda investigacion. La existencia de los jigantes en Chile, decia el buen jesuita, se prueba, porque ademas de hallarse entre los indios algunos «de soberbia grandeza,» en sus sepulturas se encuentran cabezas i huesos que exceden a los otros incomparablemente.[48]»

Tales son los datos que, en cuanto toca a nuestro tema, hemos podido reunir, sacándolos de los cronistas primitivos, i estos datos que aparecen naturalmente deficientes ante las minuciosas exijencias de la moderna antropolojía, veremos ahora modo de completarlos con los que autores mas modernos apuntan respecto de los caracteres físicos de los araucanos i otros indíjenas.

«En cuanto a las formas del cuerpo, las ramas de los pueblos chilenos, dice Poeppig, se parecen en muchas circunstancias. Por lo que se refiere al esterior, nadie encontraria una diferencia entre el moluche i el pehuenche, pues no usan las varias señales que han conservado las naciones sobre el Marañon, hasta en el estado de semi cultura, como habitantes de las misiones, a fin

46. *Conquista espiritual de Chile*, M. S.
47. *Imforme al Rei sobre las diversas razas de indios*, M. S.
48. *Historia de Chile*, t. I, páj. 108.

de indicar su diferencia nacional i separacion por medio de pinturas en el cuerpo. La disimilitud de estos pueblos en comparacion con los de los trópicos dé Sud-América ya se da a conocer a primera vista. La descripcion del esterior, como se observa entre los pehuenches, puede demostrar esto. La altura del cuerpo excede la de la denominada estatura mediana, es decir, por término medio deben sentarse cinco piés i nueve a diez pulgadas. La estatura es enderezada i robusta, pero los músculos mucho ménos configurados i hermosos que los del hombre de la raza blanca. El pecho es mui arqueado, el cuello casi siempre corto, las manos i los piés mui pequeños, los brazos casi demasiado cortos i flacos. El cútis es blando, casi aterciopelado, del mismo color en ámbos sexos, moreno oscuro que raya en cobrizo, mucho mas claro que el de los indios civilizados del Amazonas, i casi blanco en comparacion con el color de los mundrucos, pueblos del Yapurá i del Ucayali. Por medio del tacto se percibe que el cútis ni es tan seco como el de los europeos ni tan untuoso como el de los africanos; se pone mucho cuidado en él por el uso de baños, que no se abandonan ni en la estacion fria, i por una gran limpieza. Las facciones son bastante despejadas, sin aquella esquivez ni desagradable recelo que se dan a conocer en la fisonomía del indio de los trópicos; sin embargo, les caracterizan cierta aspereza i determinacion orgullosa que podrian amedrentar. El cráneo es comparativamente mas pequeño que el de la raza caucásica, pero sus huesos son mas gruesos. La frente no es nunca mui alta, pero tampoco tan desfigurada por el crecimiento del pelo en ella, como en el indíjena peruano, derecha i nunca tan inclinada hácia atrás como en la chocante cabeza del cherokee. La cara es ancha, los huesos yugales i el arco de las cejas son prominentes; los ojos no están mas hundidos que los del blanco, pero, sin escepcion, tienen el color moreno que raya en negro i muestran un íris color bilioso. La nariz es mucho mas frecuentemente derecha que aguileña, i que sin ser grande, está provista de ventanillas dilatadas. La barba es ancha i baja; la parte inferior de la cara, en jeneral,

algo prominente, pero en la línea de la mandíbula inferior mui redondeada. Los dientes son chicos, con el asiento notablemente chato (*truncati et depresso plani*,) especialidad singular, que no trae su orijen ni del comer *mote* (maiz tostado, de cuya influencia dañina a los dientes se quejaban los conquistadores del Perú, i de que hicieron mencion, como prueba de sus males, en su manifiesto de la guerra, dirijida a Cárlos V, cuando a la época de la guerra civil tomaron las armas contra la soberanía i contra la ingratitud españolas,) como entre los indios de la sierra peruana, ni debe confundirse con la costumbre de afilar, o bien de romper los dientes incisivos para ponerlos puntiagudos, a la cual se conforman, por una insensata vanidad, hasta las mujeres medio blancas sobre el Amazonas. Con todo, estos dientes que presentan encima una cara horizontal, del ancho de una a dos líneas, se conservan mui bien, a lo que quizá contribuye mucho el frecuente frotamiento con ramitas de *nathi*, *solanum* amargo como hiel. Las cejas son rectilíneas i aparecen como rayas angostas i delgadas, sumamente parecidas a las de la raza mongólica. Esta circunstancia podria inducir fácilmente a un paralojismo, si se ignora que los pehuenches sacan cuidadosamente las cejas; considerando por mui indecente presentarse con mas que una raya delgada i angosta de ellas. Del mismo modo se quitan la escasa patilla. El cabello es mui negro, tan largo i lácio como el de todas las razas americanas, i no encanece sino en la vejez mas avanzada.[49]»

Por lo que toca a los indios chonos, poyas i caucahues, las noticias que sobre el particular poseemos, son mucho mas escasas. Fitzroy, que tuvo ocasion de ver i comparar a los indíjenas de las costas de Patagonia i Tierra del Fuego, dice lo siguiente, hablando de los primeros, a propósito de un encuentro que tuvo con algunos de ellos en el golfo de la Trinidad.

«Eran con mucho superiores a cualquier fueguino de los que habiamos visto, siendo de una raza mas alta, mas derecha i me-

49. *Reise in Chile, Perú, etc.*, t. I, páj. 456.

jor proporcionada; las piernas las tenian mas redondeadas, mas musculosas i mas llenas que las de todos los indios que usaban canoas en el estrecho de Magallanes o en el canal Bárbara. El ancho de la espalda, tan notable en los fueguinos, no era tan marcado en este pueblo, ni eran tampoco tan feos como aquellos. Todos estuvimos acordes en que pertenecian a una raza mas hermosa que la que habiamos visto hasta ahora en el mar.[50]»

«Es indudable, dice el capitan Simpson, de la marina chilena, que en otro tiempo estuvo habitado todo el archipiélago de los Chonos, pero en el dia la raza indíjena ha desaparecido completamente. En algunas partes existen aún sepulturas, de donde se han extraido cráneos idénticos a los de la raza poya.[51]»... «Todos los restos i vestijios de aquella raza ya casi han desaparecido a mano de los brutales hacheros, quienes tienen a mérito destruir a todos los que encuentran de esos, para ellos, abominables jentiles. Por otro lado, las grandes olas de los terremotos, que en el último siglo se dejaron sentir en el archipiélago, pasando por encima de las playas bajas que frecuentaban los chonos, han contribuido mucho a hacer desaparecer sus huellas, i tambien la vejetacion densa ha vuelto a cubrir los sitios limpiados por ellos... Sus habitaciones eran cuevas i a veces chozas circulares, cuyas estacas he visto. A menudo enterraban los muertos cerca de estas habitaciones; pero por lo comun preferian colocarlos en cuevas, tapándolos con ramas. En varias de éstas, el práctico, en tiempos pasados, encontró momias acondicionadas en atahúdes de cortezas de cipres, en forma de huevos; pero todas han sido ya removidas o destruidas.[52]»

«Apénas quedan restos de los primeros moradores o naturales de este archipiélago, añade por su parte el cirujano de la misma espedicion enviada a aquellos sitios hace diez años; tuve, sin embargo, la buena fortuna de encontrar un cráneo en una

50. *Voyage of the Adventure and Beagle*, t. II, páj. 197.
51. *Anuario hidrográfico*, t. I, páj. 18.
52. *Id., id.*, páj. 43.

cueva en Puerto Americano.[53] Los cortadores de madera, empleados en el archipiélago, vienen, por lo comun, de la parte sur de la isla grande de Chiloé. Se les supone, en jeneral, ser descendientes de los chonos. Físicamente hablando, son de pequeña estatura, no pasando la altura media de un adulto de un metro treinta i siete centímetros. La fisonomía ni es hermosa, ni indica intelijencia; la complexion morena; la cara con escasa barba i el pelo tieso i negro. La frente es pequeña i la cara larga i angosta, no pasando la distancia entre las dos arcos zigomáticos (como la encontré en un individuo que se puede tomar por un buen espécimen) de ochenta i cinco milímetros. Los ojos son oscuros i hundidos, i la nariz pequeña; la boca es grande i derecha, con los labios delgados; los dientes son jeneralmente pequeños i blancos; el pecho es ancho comparado con la estatura del individuo, pero achatado; el antebrazo es notablemente largo; el sistema muscular, fuerte i bien desarrollado»...

Con estos antecedentes podemos ocuparnos ya del exámen de los cráneos de indíjenas chilenos procedentes de distintas localidades. El número de ejemplares no pasa de dieziseis, todos pertenecientes a la coleccion del Museo nacional, únicos tambien que hemos podido tener a la vista i que reproducimos en nuestras láminas 215-230.

Las medidas, que hemos tomado en milímetros, aparecen indicadas en el encabezamiento del siguiente cuadro:

53. Véase su descripcion mas adelante.

NÚMERO.	PROCEDENCIA.	Diámetro bi-parietal.	Diámetro bi-temporal.	Diámetro desde la eminencia occipital al frontal.	Diámetro bi-mastoídeo	Diámetro bi-malar.	Diámetro del frontal al nivel de la órbita.	Diámetro occipito-mentoriano	Diámetro occipito-bregmático, desde el nacimiento de la sutura sagital a la base de la apófisis basilar.	Abertura del ángulo facial, medida desde el nacimiento del conducto auditivo al frontal-medio.	OBSERVACIONES.
215	Araucano.....	130	130	177	130	111	92	—	—	121	Moderno. Prominento en la mitad posterior de la sutura parietal.
216	Araucano.....	131	131	196	134	112	86	—	—	121	Moderno. Id.
217	Araucano.....	134	143	161	132	116	—	—	—	124	Moderno. Ofrece una depresion en la mitad posterior de la sutura parietal.
218	Traiguen.....	139	143	162	118	—	91	—	—	118	Notablemente braquicéfalo
219	Araucano.....	134	119	170	117		89	—	—	121	Antiguo. Es notable por su prolongacion hácia la parte posterior.
220	Araucano.....	—	—	156	—	113	91	—	—	128	Mui antiguo. Intermediario entre los dos anteriores.
221	Araucano.....	136	136	178	134	111	97	192	130	123	Mui viejo, con sus suturas enteramente soldadas, i de un prognatismo notable.
222	Araucano.....	134	134	168	133	122	92	184	—	123	Antiguo. Misma circunstancia del anterior.
223	Osorno.....	133	131	178	123	114	99	—	138	123	
224	Rapel.....	137	127	166	130	106	95	—	—	134	Probablemente no es de un indíjena sin mezcla.
225	Curicó.....	140	—	161	114	—	93	—	135	124	Antiguo.
226	Coquimbo.....	147	136	165	—	124	90	—	—	111	Antiguo. El braquicéfalo mas caracterizado.
227	Patagonia.....	138	138	178	132	132	95	—	133	117	Moderno.
228	Chonos.....	125	120	180	123	125	98	—	133	121	Antiguo.
229	Puerto Americano.	130	—	—	—	—	85	—	—	—	Mui antiguo.
230	Tierra del Fuego-..	130	123	178	136	130	82	—	—	115	Moderno?

Las medidas indicadas en el cuadro anterior deben considerarse simplemente como un bosquejo, hallándose, por cierto, como lo reconocemos, mui distantes de aproximarse a los métodos modernos de los especialistas en craneolojía; pero puede suplir por ellos el exámen de los dibujos que se ha procurado hacer tan exactos como se ha podido. Escluyendo el cráneo procedente de Rapel, que revela un oríjen poco auténtico, puede estimarse que, a pesar de las variedades que se notan en los que damos como de araucanos relativamente modernos, conservan siempre un tipo análogo, con escepcion quizás del número 216 que manifiesta un frontal tan estrecho que lo acerca a los que proceden de mucho mas al sur.

El tipo braquicéfalo encuentra su representante mas puro en el número 226, estraido de una sepultura antigua de Punta de Teatinos, cerca de Coquimbo i que yacia con algunos objetos cuya descripcion se verá mas adelante. Del estudio de estos objetos aparece a todas luces, (i ya el lugar en que fué hallado así lo indica,) que este cráneo ha debido ser de algun indio pescador, probablemente de la raza de los changos. Un exámen somero manifiesta, como una de las particularidades de este curioso ejemplar, una depresion considerable, que en su parte mas pronunciada alcanza a un ancho de cuatro i medio centímetros, en la sutura sagital. Paralela a la primera sutura trasversal corre igualmente otra depresion que divide la cabeza en dos hemisferios perfectamente marcados.

Es tan característico este cráneo que, a nuestro modo de ver, es representante de una raza distinta de la araucana, así como lo son tambien los dos que han sido de indios chonos, i mas especialmente el traido de Puerto Americano por el doctor Pendavis.

En estos aparecen marcados de una manera notabilísima los arcos orbitarios; el frontal es muchísimo mas estrecho i la cabeza en jeneral mas alargada.

De entre los que damos como araucanos ,hai uno en que el frontal, al nivel de la órbita, aparece tambien bastante estrecho,

pero ningunos que se hagan notar mas como distintos del tipo de aquellos que los que representan los números 221 i 222.

Somos legos en esta materia, lo repetimos, i por eso nos contentamos con señalar aquí a la investigacion de los especialistas las diferencias marcadísimas que se observan en los ejemplares que hasta ahora conocemos de nuestros aboríjenes. Pero, aún suponiendo que la diferencia de caracteres físicos que se han coleccionado, i de los hábitos i costumbres de que mas adelante trataremos, entre los araucanos i los chonos, para nada deban considerarse; aunque supongamos que la diversidad de lenguaje entre unos i otros sea mas nominal que efectiva, de lo que hasta ahora puede dudarse; todo lo anterior aparecerá desvanecido ante el solo exámen de los cráneos de uno i otro pueblo.

Ya ántes hemos indicado que todo concurre a creer que en la noche de los siglos moró en Chile una raza de hombres que dejó las huellas de su paso escritas en el granito de los Andes, i que se supone desaparecida a consecuencia de los grandes cataclismos que en una época jeolójica reciente ha debido esperimentar este continente; ya sabemos tambien que en los tiempos históricos, la raza quíchua invadió el norte del país e introdujo en él, ademas de sus leyes i civilizacion, un elemento que ha modificaco el tipo de nuestros aboríjenes; i la craneolojía, demuestra ahora que los araucanos, para establecerse en los sitios en que fueron hallados por los españoles, han debido empujar hácia el sur una raza mas débil, ménos numerosa i sin duda mucho peor dotada, que vino a encontrar refujio i residencia en las costas inhospitalarias de la Patagonia occidental i en las islas de esa rejion bañadas siempre por las lluvias i azotadas por los vendavales.

Pero, de la semejanza manifiesta que se nota en los cráneos del indio chono, payo i caucahue con el de los fueguinos, derivada especialmente de la prominencia de los arcos orbitarios, de la estrechez del frontal a ese nivel, i de la forma posterior de la cabeza, ¿no podria tambien lejítimamente inferirse que todos los pueblos que habitan esas playas son miembros diseminados de

una gran familia antigua,[54] i que, por consiguiente, el territorio actualmente chileno ha sido poblado por emigraciones venidas a la vez del norte i del sur i cuya línea de demarcacion se encontraba en los límites australes de la isla grande de Chiloé? Si como piensan algunos, los habitantes de la Tierra del Fuego son autoctonos del lugar[55] i han debido tener relaciones antropolójicas con los pueblos que dejaron sus huesos en los paraderos prehistóricos del Plata, esa raza primitiva, dando vuelta al continente sud-americano, se habria estendido a uno i otro lado de la Patagonia. El estado de nuestros adelantos científicos no permite por el momento establecer una conclusion definitiva sobre el particular, pero se vislumbra ya que no está léjos el dia en que tan trascendentales problemas encuentren satisfactoria solucion.

54. Concuerda con nuestra opinion, la emitida en la páj. 44 del *Rejistro de la Marina de la República de Chile*, 1848, donde se dice que «la variedad de las tribus de los fueguinos parece estenderse desde la parte nordeste de la Tierra del Fuego, hasta el archipiélago de los Chonos.»

55. Jouan, *Les îles du Pacifique*, páj. 135.

CAPÍTULO VII.

LOS ARAUCANOS.

II.

Divisiones jeográficas.—Behetrías.—Existencia de un gran reino en el sur de Chile.—Las Amazonas.—Isla de Lucengo.—Disensiones entre las diversas tribus.—Sujecion a los caciques.—Convocatoria para la guerra.—Juntas de guerra.—Preparativos para la campaña.—Declaracion de la guerra.—Orden de combate.—Armas.—Picas.—Macanas —Flechas.—Otras armas.—Piedras horadadas.—Canto de la victoria.—Distribucion del botin.—Muerte del prisionero.—Celebracion de la paz.—Regreso al hogar.

Si, como queda dicho, no faltan fundamentos para pensar que todos los habitantes de Chile no reconocian su oríjen en una misma raza, en cambio, puede asegurarse, que las diversas tribus en que se ha dividido a los araucanos, constituian en el fondo un solo i mismo pueblo. Las distintas designaciones con que a veces se les nombra, de ordinario tomadas del propio vocabulario indíjena, no implican sino simples designaciones jeográficas. «A los que residen en la faja de tierra que es propiamente Chile, dividen en dos parcialidades: *picunche*, o jente del norte, llaman a unos, i *huilliche* o jente del sur, a la otra. La primera se comprende desde Copiapó hasta Biobio, i la segunda entre este rio i la altura de cincuenta i dos grados.»

«Pero la célebre denominacion, añade el autor que citamos, es la que han hecho en butal-mapus (*Úúthanmapu*,[1] grande territorio, como si dijéramos canton) los que actualmente ocupan el distrito que describimos. De norte a sur lo han dividido en tres butalmapus, desde el Biobio hasta el Tolten, quedando de un rio a otro tres líneas paralelas imajinarias: a la que corre paralela con la costa, llaman *labquen-mapu*, país marítimo; a la que lo está con los Andes, *inapire-mapu*, país subandino; i al que tiene su direccion entre las dos, *lelvun-mapu*, país llano. Todavía instituyeron otro butalmapu en el territorio comprendido entre el Tolten i los 42 grados de latitud.

«Otros escritores quieren que los tres primeros butalmapus estiendan sus líneas hasta la espresada altura, i elevan a la parcialidad pehuenche a componer el cuarto. Yo viajé en muchas ocasiones por las cuatro butamalpus, he tratado mucho con aquellos indios en el gobierno que he tenido de casi todas las poblaciones de aquellas fronteras i últimamente el del estado de Arauco, cuyos nacionales son los mas fieles conservadores de sus tradiciones. Con estas proporciones hice amistad con algunos indios principales, i de ellos i de españoles chilenos, intelijentes en su idioma i en sus costumbres, a quienes examiné prolijamente en su débil política, adquirí que la verdadera division es la que hemos dado[2]»...

Segun el padre Ramirez, el primer butalmapu se componia de ocho *aillaragues*, Arauco, Tucapel, Ranquilhue, Tirúa, Cauten, Collico, Boroa i Tolten, i abrazaba mas de cien reducciones. El segundo constaba de los de Colhue, Chacaico, Quechuregue, Guanehue i otros, con cincuenta i tres reducciones. En el *lelvunmapu* tenia tambien cinco *aillaragues*, Encol, Puren, Repocura, Maquehue i la Imperial alta, con cincuenta reducciones. En el butalmapu huilliche hai los de Queuli, Mariquina, Gañihue, Quinchilca, Cudico, Dagllipulli, etc. Finalmente, el pretendido

1. Segun el padre Febres, *Arte de la lengua general, etc.*
2 Carvallo i Goyeneche, *Historia del reino de Chile*, segunda parte, páj. 134.

butalmapu de los pehuenches ,o *pire-mapu*, mucho ménos conocido que los otros, constaba de los aillaragues de Quilolco, Rucalhue, Callaquí, Lolco, i en él vivian antiguamente los chiquillanes.[3]

Estas clasificaciones, a las cuales se presta admirablemente el idioma araucano, segun dice Fitzroy, tienen pues, su importancia i encuentra su lugar adecuado en su tratado jeográfico; pero bástenos por ahora la advertencia que dejamos indicada, sin que por eso dejemos de notar en cada caso las costumbres especiales atribuidas a cada una de esas diversas tribus i que, de ordinario solo derivan de la posicion que ocupaban en el país.

«Los indios de Chile, dice Olaverría, en ningun tiempo se sabe que hayan tenido señor ni rei universal ni particular que sobre ellos tuviese poder i dominio, ni mas de sus caciques en cada parcialidad.[4]»

«No tenian leyes para políticamente gobernarse, añade Córdoba i Figueroa, ni gobierno democrático, aristocrático, ni monárquico; aunque los que eran de alguna familia o parcialidad, miraban con algun jénero de atencion, no subordinacion, al mas anciano i de mas racionalidad, que con el trascurso quedaron de caciques sus descendientes; i los mas eran despreciados i en sus continuas embriagueses los ultrajaban.»

Pedro de Valdivia, en sus cartas al rei, sienta el mismo hecho, diciendo que «con behetrías eran nombrados todos los principalejos, i cada uno de éstos los indios que tiene son a veinte i treinta.[5]» En un mandamiento acerca de los pleitos de indios, del mismo Valdivia, que se rejistra en las *Actas del Cabildo* de Santiago, se hace notar que a causa de ser Chile «tierra de behetrías, i los indios reconocer poca sujecion a los caciques, i ser por sí muchos principales por sus indios, que acaso se nombran sujetos de otros caciques al principio, i se hallan, andando el tiempo, no

3. Ramirez, *Cronicon sacro-imperial de Chile.*
4. Gay, *Documentos*, I, 22.
5. *Historiadores de Chile*, t. I, páj. 13.

serlo, cuando se tiene mas lumbre i se alcanza a saber mas parte de sus costumbres i manera de vivir i sujecion.[6]»

El padre franciscano frai Francisco Javier Ramirez, estudiando este mismo punto, llega a la conclusion de que en Arauco habia por lo ménos treinta régulos cuando vinieron a Arauco los españoles,[7] los mismos que Ercilla, sin duda, con mas fundamento, reduce solo a dieziseis.[8] Estos jefes eran conocidos con el nombre de toques, tenian mando superior a los de los caciques, distinguiéndose por la insignia de donde derivaban su nombre, o sea una hacha de piedra,[9] pues «así como los romanos, usaban llevar por delante unas hachas i unas varas, así estos tienen por insignia unas hachas, no de hueso, sino de pedernal ensartadas en un palo.[10]» Mas, a pesar de todo, principalmente en los primeros tiempos de la conquista española, no han faltado quienes hayan asentido a la creencia de que entre los antiguos chilenos hubo cierto jefe que se hacia aparecer como un verdadero rei. Lopez de Gomara, por ejemplo, cuenta que los compañeros de Valdivia «oyeron decir que habia un señor dicho Leuchengolma, el cual juntaba doscientos mil combatientes para contra otro rei, vecino suyo i enemigo, que tenia otros tantos; i que Leuchengolma poseia una isla, no léjos de su tierra, en que habia un grandísimo templo con dos mil sacerdotes, i que mas adelante habia amazonas, la reina de las cuales se llamaba Guanomilla, que suena «cielo de oro;» de donde arguyen muchos, concluye nuestro autor, ser aquella tierra mui rica; mas, pues ella está, como dicen, en cuarenta grados de altura, no tenia mucho oro. Empero, qué digo yo, pues no han visto las Amazonas, ni el oro, ni a Leuchengolma, ni la isla de Salomon que llaman por su riqueza![11]»

6. *Actas del Cabildo*, páj. 350.
7. *Cronicon sacro-imperial de Chile*, lib. I, cáp. III. M. S.
8. *Araucana*, Canto I.
9. Bascuñan, *Cautiverio feliz*, páj. 67.
10. Rosales, *Historia*, t. I, páj. 178.
11. *Historiadores de Indias*, t. 2.°, páj. 128.

La creencia en la existencia de uno o mas imperios en el sur de Chile, así como en las amazonas, i como sucedió posteriormente con los Césares, cuando aún permanecia casi inesplorada esa rejion del país, fué mui jeneral en los primeros tiempos de la conquista. Así, Zárate refiere que habia «dos grandes señores que se hacen mutuamente la guerra, que pueden poner en campaña cada uno hasta doscientos mil combatientes. Uno de ellos se llama Leuchengolma, quien posee una isla situada a dos leguas del continente, que está consagrada a sus ídolos, i en la cual hai un templo servido por dos mil sacerdotes. Los indios vasallos de este Leuchengolma, dijeron a los españoles que cincuenta leguas mas allá habia, entre dos rios, una gran provincia que solo estaba habitada por mujeres, las cuales no permitian hombres entre ellas, sino en cierto tiempo para los fines de la procreacion. Añaden que estas mujeres eran vasallos de Leuchengolma i que su reina se llama Guanoymiya, lo que en su lengua quiere decir «cielo de oro,» porque en su país se encuentra una gran cantidad de oro; que fabrican mui ricas telas. i que de la totalidad pagan tributo a Leuchengolma.[12]»

Pedro Cieza de Leon, aseveró el primero, que en el lenguaje indíjena, la isla de Santa María, se llamaba de Lucengo,[13] opinion que repitieron Juan Laet i Juan Botero, italiano, en cuya traduccion castellana del licenciado Diego de Aguirre se lee que dicha isla era habitada por jente que sabe i gusta de policía i relijion.

Mas, a pesar de los autores que hemos citado, que escribieron de oidas, léjos del teatro de los sucesos i en tiempo en que se admitian con estraordinaria facilidad las patrañas mas inverosímiles, la verdad de todo esto era mui distinta, como se supondrá fácilmente.

Desde luego i a juicio de un hombre conocedor de aquel paraje, el jesuita Diego de Rosales, la isla de que se trata jamas

12. *Histoire de la conquête du Pérou*, t. I, páj. 132.
13. *Crónica del Perú*, páj. 360. *Historiadores primitivos de las Indias*, colec. Rivadeneyra, t. 26.

se llamó de Lucengo sino de Punequen, estando poblada «en los tiempos pasados de numerosos indios bárbaros, ajenos de toda relijion i policía i dados a supersticiones, maleficios i hechicerías, en que se aventajaban a los de las provincias de sus confines.[14]» I en efecto, parece que hubo en Biobio cierto cacique llamado Leochengo;[15] pero, segun otros, es mas probable que mandase en la isla de Mancera, como lo asevera Pastene en la relacion del viaje que emprendió al sur de Chile en 1544.[16] Pedro de Valdivia en las instrucciones que para este viaje dió a Pastene, tocante a Leochengo, le advierte que era el señor de la isla de la Quiriquina.[17]

Igualmente, la suposicion de las rivalidades i guerras entre los dos señores mas poderosos de Chile, tenia su razon de ser; pues, como se verá por la relacion que sigue, tomada del cronista Góngora Marmolejo, el primer español que llegó a Chile, llamado Pedro Calvo, encontró en el valle de Aconcagua a dos caciques enemistados, «i como topó con el uno dellos, que fué al que los indios que le llevaban, le guiaron, haciéndole su amigo, maravillado en gran manera de que un tal hombre viniese a su tierra honróle mucho, a su usanza. Pedro Calvo, paresciéndole que sus hados le habian traido a parte donde fuese honrado i tenido en mucho, entendiendo que en algun principio bueno consistia su felicidad i que era camino aquél para servir a Dios, persuadió al cacique que diese fin a sus enojos con guerra, i que él le ayudaria, porque los españoles, de donde él venia eran invencibles i que ningunas naciones podian sustentarse contra ellos, dándole a entender que en el nombre de Jesucristo le daria la victoria en las manos i venganza de sus enemigos. Atraido a lo que el español le dijo, luego le encomendó todas sus cosas i mandó a sus súbditos le obedeciesen. Puesto en nombre de capitan i tan servido, procuró de hacer guerra, tomando la causa

14. *Historia*, t. I, páj. 286.
15. *Anuario Hidrográfico*, 1879, páj. 479.
16. *Id.*, páj. 478.
17. *Historiadores de Chile*, tomo II, páj. 217.

por suya. Luego corrió la tierra al contrario provocándole saliese a la defensa, i tales ardides tuvo i tan buena órden de español, que en un dia desbarató a su enemigo en batalla que con él hubo i fué luego su reputacion tanta que en mucha parte del reino se extendió la fama. Su contrario buscó favores porque quedó mui derribado i falto de jente, i habiéndolos hallado, volvió con toda la fuerza que pudo juntar a hacer guerra al español, el cual tuvo tales mañas en ella, que despues de haberle debelado en muchas escaramuzas, un dia le dió batalla i lo desbarató, matándole mucha jente, de lo cual quedó casi con nombre de señor, i ansí como a tal le obedecian los señores i principales.[18]»

Tales son, a nuestro juicio, entre otros de ménos importancia, los antecedentes que han servido de base a las invenciones de las fábulas que han acojido en sus obras algunos autores. Ellos, pues, léjos de justificar la existencia de grandes señores o de un imperio cualquiera en Chile, no demuestran sino que hasta la época de la conquista española solo hubo en el territorio uno que otro cacique sin mas preeminencia i poderío que el tener bajo su inmediata dependencia unos cuantos mocetones. «Es verdad, espresa Olivares, que tienen señalados en tiempo de paz sus toquis, mas entónces son oficio de puro nombre sin poder mandar ni enseñar cosa que toque a la guerra.[19]» Carvallo asienta a este respecto que ántes de la llegada de los españoles a Chile era desconocido entre los indios el título de cacique. «Cada familia reconocia en uno u otro individuo de ella que sobresalia a los demas, una especie de superioridad, análoga a la que reconoce nuestra plebe en los nobles i hombres ricos, a quienes estos nacionales llaman *ulmenes*. Esto lo conservan hasta hoi hereditario, i procuran que en los que la tienen recaigan los títulos de cacique i cacique-gobernador, introducidos por los conquistadores, siguiendo la costumbre del Perú... Aquella superioridad es tan débil i tan lánguida que carece de toda autoridad, i venimos

18. *Historia de Chile*, páj. 3.
19. *Historia*, páj. 57.

a deducir que no sale de la esfera de cierto respeto tributado a la riqueza. Por esto vemos que si los caciques i gobernadores son pobres, no tienen séquito, no hacen papel alguno, ni son respetados de sus subalternos, que ellos llaman *reche*, i para hacer comprender a los españoles su jenuino significado, les denominan mocetones. Si alguno de estos es mas robusto que cualquiera de los caciques i gobernadores, i tiene con él algunas palabras, le da un pateado o una paliza, i queda impune.[20]»

Aún, en lugar de vivir en paz, habia entre ellos, de acuerdo con lo que sabemos ha acontecido siempre entre los salvajes que han estado divididos en pequeñas tribus, «guerras muchas veces tan encarnizadas, que han concluido con el último de los individuos de la nacion vencida, o ha obligado a ésta a huir léjos en busca de otras tierras que poblar, lo que esplica las emigraciones sucesivas.[21]»

«Estos indios de Chile, dice Rosales, tienen entre sí unas parcialidades con otras sus guerrillas civiles, peleas en que se matan muchos unos a otros, i son éstas mui contínuas por no haber entre ellos justicias que las ataje, ni tener otro modo de hacerse justicia unos a otros, castigar i vengar sus agravios, sino con las armas.[22]»

A veces, sin embargo, despues de haber mediado entre ellos algunas muertes, solia interponerse la autoridad de los caciques, determinando los culpables i estableciendo la tasa de la paga que debia darse a la familia del ofendido, conforme a las disposiciones establecidas, de que trataremos mas adelante al hablar de la administracion de justicia.

Mas, la autoridad de los jefes revivia por entero tratándose de una guerra que interesase la suerte comun del país. Invadie-

20. *Historia*, t. 2.º, páj. 141. Perez García dice que, ademas del toqui jeneral, existian en Arauco, el *púlqui-ghúlmen*, que corre la flecha, el *ghúlmen*, señor de baston, i los simples toquis. Febres agrega que en los *llancahuines*, o borracheras, el *gen- boge*, o señor de la canela, plantaba árbol entero, en tanto que los *chapel-boge*, solo ponian una rama. *Arte de la lengua general, etc.*

21. Girard de Rialle, *Les peuples de l'Afrique et de l'Amérique*, páj. 14.

22. *Historia*, t. I, páj. 133.

ron, en efecto, este suelo los ejércitos del Inca, i esa falta de cohesion i dependencia que los hacia naturalmente débiles, desaparece como por encanto, para dar lugar al agrupamiento de todos los individuos capaces de cargar armas i presentar batalla al enemigo. Llegan, asimismo, los españoles, i en vez de tener que batirse con un puñado de individuos, se ven en el caso de resistir el empuje de millares de soldados.

¿Cómo se verificaba este fenómeno? Oigase lo que a este respecto dice Ercilla:

De consejo i acuerdo una manera
Tienen de tiempo antiguo acostumbrada
Que es hacer un convite i borrachera,
Cuando sucede cosa señalada:
I así cualquier señor que la primera
Nueva del tal suceso le es llegada
Despacha con presteza embajadores
A todos los caciques i señores

Haciéndoles saber como se ofrece
Necesidad i tiempo de juntarse,
Pues a todos les toca i pertenece
Que es bien en brevedad comunicarse.[23]

«Pero, aunque cada uno gobierna su jurisdiccion sin ninguna dependencia ni subordinacion a otro, espresa a este respecto Rosales, con todo, cuando se ofrece tratar materias de guerra,... el toquí jeneral los convoca, sacando su hacha de pedernal negro, ensangrentado, como el estandarte de guerra, i envia a los demas caciques una flecha ensangrentada i unos ñudos en un cordon de lana colorados... I estos mensajes los envia, con gran secreto, con su Leb–toqui, que es su ayudante... El cacique que los recibe convoca a su jente i delante de todos, da el mensajero el recado, i conferida la materia de guerra, envia este cacique su ayudante a otro cacique con la misma flecha, toquí (hacha) i ñudos; i de esta suerte van pasando por todos, hasta que vuel-

23. *La Araucana*, canto I.

ven estos instrumentos de guerra al toquí jeneral de donde salieron, i en volviendo a él es señal que todos aceptan, i vuelve la respuesta como todos quedan apercibiéndose i que para el dia señalado en los ñudos se juntarán...[24]»

Gonzalez de Nájera declara que estas juntas se celebraban siempre «en los mas amenos i apacibles campos, que son unos bosques que parecen hechos o criados para tal efecto, de poco circuito i de altísimos i diformes árboles; lugares a que comunmente llaman los españoles «bebederos,» por ser dedicados particularmente para beber los indios en ellos, donde como en consistorios o palacios de ayuntamientos, los caciques i capitanes en tales borracheras tienen sus consejos i determinaciones en las cosas del gobierno de la guerra...[25]»

«Juntos, pues, contiuúa el autor que acabamos de citar, de la diversidad de valles de aquel reino, los distantes i derramados soldados i capitanes, forman entre todos una espesa i confusa rueda, i en medio della dejan una desembarazada i no grande plaza, a la cual vueltos todos los rostros, es cosa para ver el gran número de sus espesas i largas picas... que hacen la misma figura circular, porque cada uno tiene su pica arbolada en las manos. I estando de tal manera con gran atencion i silencio, sale en medio de la plaza i rueda el cacique promovedor de la junta, con una saeta ensangrentada en la mano, i vuelta la punta siempre a la parte de la provincia o tierra donde han de ir a acometer el determinado hecho, i haciendo movimientos con los brazos i flechas, comienza en voz que todos lo entiendan a hacer su razonamiento, rematándolo de rato en rato con cierto tono i razon interrogante, con que obliga a que toda aquella multitud le responda a un tiempo con una breve respuesta, que es como decir, bien está. Acabada el tal cacique su plática, entra luego otro en su lugar, que hace lo mismo, i sucesivamente todos los demas caciques i capitanes por su antigüedad. I al remate

24. Tomo I, páj. 112.
25. *Desengaño i reparo de la guerra del Reino de Chile*, páj. 91.

del razonamiento de cada uno, es cosa mui de oir i notar el rumor i estruendo que toda aquella turba junta hace, puesto que sin pronunciar palabra, hace cada uno con la boca un rumor semejante al susurro que hacen las abejas, aunque mas levantado; i en el mismo tiempo, en tan confuso ruido, asido cada uno de la pica a dos manos, teniéndola arbolada i cargando el cuerpo sobre ella, hieren todos juntos con los talones el suelo, de suerte que parece que tiembla la tierra...[26]»

Estas reuniones no se verificaban sino desde la primavera en adelante, pues tan pronto como comenzaban a descolgarse las aguas,

> A tal sazon los bárbaros sosiegan
> En su galpon de paja o rudo rancho
> Do arriman la macana i el rodancho,
> I al elemento cálido se allegan:
> Los vibradores arcos de que juegan
> Ahorcan de la estaca o medio gancho
> Hasta que viene el tiempo del estío
> Con que entran en calor, esfuerzo i brío.[27]

En estas juntas que, como cuenta el poeta, eran borracheras, se trataban los asuntos de mas importancia, no siendo raro que se prolongasen tres i mas dias, entre algazaras, comilonas i pendencias. Sobre el asunto que motivaba la convocatoria se tenian largos discursos, proponiendo cada uno sus planes, hasta arribar a una resolucion definitiva. Algunas de las mas hermosas pájinas de la *Araucana*, contienen, como se recordará, las arengas de los caudillos indíjenas, incitando a sus compatriotas al combate o proponiendo a la consideracion de la muchedumbre la eleccion del toquí que habia de mandarlos. I de esta manera acontecia que de ordinario un solo caudillo venia a encontrarse de jefe supremo de la nacion en lo tocante a la direccion de la guerra. Pero, como declara Ercilla:

26. *Id*, páj. 184.
27. Pedro de Oña, *Arauco domado*, Canto IV.

Los cargos de la guerra i preeminencia
No son por flacos medios proveidos,
Ni van por calidad ni por presencia,
Ni por hacienda i ser mejor nacidos;
Mas, la virtud del brazo i la excelencia
Esta hace a los hombres preferidos,
Esta ilustra, habilita, perficiona
I quilata el valor de la persona.[28]

A diferencia de la jeneralidad de los salvajes, los araucanos, como apunta un valiente capitan de la conquista, «tienen por órden, cuando quieren pelear i saben que estraños entran en sus tierras, ponelles en el camino ramas de un árbol que los españoles llaman canelo, i en ellas, atravesadas, flechas untadas con sangre...[29]» I lo mismo que la historia antigua refiere de los heraldos romanos que a nombre del gran pueblo iban a proponer la paz ántes de declarar la guerra, así, asevera el mismo autor, nunca jamas pelearon con españoles, que han sido infinitas veces, que primero no lo hagan saber i envien a decir. Una rama de canelo servia tambien de salvo conducto para pasar en tiempos de guerra de unas provincias a otras.[30]

Una vez resuelta la espedicion, cuyo secreto se guardaba relijiosamente, comenzaban los preparativos para salir a campaña. «Para disponerse mejor, pasan ocho dias ejercitando las fuerzas con varias pruebas, haciéndose al hambre i a comer poco para el viaje. I a este ejercicio tienen puesto un nombre mui a propósito, que es, *collu llanllin*, que en su lengua i en su sentir quiere decir que se están adelgazando de cintura i haciendo hormigas; así ellos se están adelgazando de talle i ensangostándose de cintura, haciéndose a pasar muchos dias con comer poco para estar ájiles i lijeros para pelear, moderándose tanto en el comer, que no llevan mas bagaje que una talega de harina cada uno, i esa les dura toda la jornada, i a cada comida come solo un puña-

28. *La Araucana*, canto I.
29. Góngora Marmolejo, páj. 2.
30. Rosales, *Historia*, I, páj. 224.

do, midiendo con los dias que ha de durar los puñados de harina... Ejercítanse tambien en esos dias en hacer fuerzas, en levantar cosas de mucho peso, en sustentarle sobre sus hombros mucho tiempo, en luchar, correr i saltar, en escaramuzas, en jugar la lanza, en tirar flechas a un blanco, i otros ejercicios militares...[31]»

Usan tambien llevar plumas de pájaro porque creen hacerse con ellas mas lijeros; ántes de salir se cortan mui bajo el cabello, para que el enemigo no les pueda hacer presa; se privan de sus mujeres durante ese mismo tiempo, i en llegando la ocasion de la pelea se quedan desnudos de medio cuerpo arriba.[32] Se proveen de un vaso en que disolver con agua la harina que llevan en ciertas bolsitas, a lo que llaman *ulldpu*, i «en faltándoles la harina, *roquiñ* o sea su provision de viaje, se acojen a comer yerbas i raíces del campo.»

«Su marcha no es en hileras, sino atropados, con sus reconocedores por delante, i su principal cuidado es echar emboscadas i lograr algun descuido del enemigo... Cuando se encuentran los dos ejércitos enemigos, forman sus escuadrones, cada hilera de cincuenta soldados, mas o ménos, conforme la ocasion i la jente, entre pica i pica, flecheros i macaneros, hombro con hombro; i así se van sucediendo los unos a los otros con tanta algazara i vocerío que causa terror a la jente cobarde, diciendo a grandes voces: *lape, lape*, mueran, mueran. Acometen haciendo mil monerías, dando saltos, tendiéndose en el suelo, levantándose con gran lijereza, quiebrando el cuerpo i haciendo acometidas i retiradas, i tan sin temor a la muerte, como bárbaros, i con tan gran violencia que es menester mucho esfuerzo para resistir al ímpetu de sus primeros acometimientos. I lo principal que procuran es cortar al enemigo i revolverse con él para jugar de sus porras, macanas i toquis,... nombrándose a cada golpe i a cada uno que derriban con grandes voces i brincos; i sucédense las hileras

31. Rosales, tomo I, páj. 115.
32. Id., *passim*.

del escuadron unas a otras, como olas del mar...[33]» «Saben bien desplegar, añade Olivares, desfilar i doblar sus escuadrones cuando conviene; formarse en junta cuando quieren romper, i en cuadro para estorbar que los rompan; simular la fuga cuando quieren sacar al enemigo de algun lugar fuerte o embestirio desde emboscadas...[34]»

Esta táctica concuerda bastante con la descrita por Ercilla en los términos siguientes:

Cada soldado una arma solamente
Ha de aprender i en ella ejercitarse
I es aquella a que mas naturalmente
En la niñez mostrare aficionarse:
Desta sola procura diestramente
Saberse aprovechar i no empacharse:
En jugar de la pica el que es flechero,
Ni de la maza i flechas el piquero.[35]

Hacen su campo i muéstranse formados
Escuadrones distintos mui enteros
Cada hila de mas de cien soldados,
Entre una pica i otra los flecheros:
Que de léjos ofenden desmandados
Bajo la proteccion de los piqueros:
Que van hombro con hombro, como digo,
Hasta rendir a pica el enemigo.

Si el escuadron primero que acomete
Por fuerza viene a ser desbaratado
Tan presto a socorrerlo otro se mete
Que casi no da tiempo a ser notado:
Si aquel se desbarata, otro se mete;
I estando ya el primero reformado
Moverse de su término no puede
Hasta ver lo que a otro le sucede.[36]

33. Rosales, I, 119.
34. *Historia de Chile*, páj. 59. Perez García nos informa que el sistema de formar ejército en batalla, lo llaman los indios *eichen*. *Historia de Chile*, M. S.
35. De este modo se esplica el admirable manejo de las armas en manos de los indios, i su habilidad en la caza, dice Fitzroy, *Voyage of the Adventure and Beagle*, t. II, 186.
36. *La Araucana*, canto I.

Debe reconocerse, sin embargo, que este órden de combatir por escuadrones que se reemplazaban sucesivamente a medida que eran desbaratados los que les precedian, parece que debió su oríjen a la invencion de Lautaro en la célebre batalla que costó la vida al valiente i esforzado don Pedro de Valdivia, pues pintando Mariño de Lovera el primer encuentro que los indios de Arauco tuvieron con el capitan Gomez de Alvarado, dice que «no estaban hechos a entender con jente de a caballo; no cursados en escaramucear en campo raso; no diestros en evadirse i defenderse del golpe de la espada i punta de la lanza; entraban i salian como jente brutal i arrojada, abalanzándose de la misma suerte que si la hubieran con otros bárbaros como ellos.»[37]

A nadie se oculta tampoco, como en efecto sucedió, que tan pronto como los indios tuvieron que batirse con jente que usaba coraza de acero, armas de fuego i que peleaba sobre a caballo, la táctica primitiva sufrió profundas modificaciones. Al principio, los indios confundidos en pelotones eran despedazados por los infantes españoles, i una vez en desórden, la caballería los destrozaba miserablemente; pero, poco a poco, los indios se fueron acojiendo al refujio de las ciénagas i al seguro de los montes, hasta que logrando hacerse de caballerías, fueron mas tarde con sus lanzas i su infernal *chivateo* la eterna pesadilla de los tercios castellanos.

Otra de las cosas notables de aquella antigua táctica, era la construccion de fortalezas cuando para ello se ofrecia una ocasion favorable. Así, Michimalonco, para defenderse de los españoles, construyó en Aconcagua un fuerte de algarrobos i espinos mui gruesos i agudos, i Rosales, de quien tomamos esta noticia,[38] añade que despues de haber llegado los españoles al valle de Tile, los indios, viendo que no les podian resistir, segun lo sucedido a los de los valles de mas al norte, acordaron retirar sus mantenimientos i esconder todas sus preseas en los montes,

37. *Historia*, páj. 44.
38. I, 404.

i luego «hicieron fortalezas en riscos altos, peinando los barrancos i dejando un camino angosto para la entrada, donde lijereza de caballo ni otra industria aprovechase para ofenderles.[39]» El mismo autor hace notar que Valdivia encontró en el valle de Santiago una *fortaleza* donde estaba parapetado Tangolongo, i que despues de haber hecho gran destrozo en la jente menuda refujiada allí, «hizo saltar a los demas por las murallas afuera i que se desbarrancasen.[40]»

Hé aquí, miéntras tanto, cómo pinta Ercilla la manera con que hacian las fortalezas de que se trata:

Hacen fuerzas o fuertes cuando entienden
Ser el lugar i sitio en su provecho,
O si ocupar un término pretenden,
O por algun aprieto o grande estrecho:
De do mas a su salvo se defienden
I salen de rebato a caso hecho,
Recojiéndose a tiempo al sitio fuerte,
Que su forma i hechura es desta suerte:

Señalado el lugar, hecha la traza,
De poderosos árboles labrados
Cercan una cuadrada i ancha plaza,
En valientes estacas afirmados,
Que a los de afuera impide i embaraza
La entrada i combatir, porque guardados
Del muro, los de dentro fácilmente
De mucha se defiende poca jente.[41]

Para avisarse unos con otros acostumbraban en la guerra encender en lo alto de los cerros grandes fogatas, pues,

En siendo cualquier tierra salteada
O ántes descubra de la nuestra jente
A levantar en lo alto es obligada
Un conocido humo dilijente:

39. *Historia*, t. I, páj. 380,
40. Id., páj. 381.
41. *La Araucana*, canto I.

Responde la vecina de avisada
I todo a un tiempo avisa a la siguiente:
Gran trecho en poco rato el arma es cierta
I están apercibidos i en alerta.[42]

Las armas de que usaban los indíjenas de Chile, eran de dos clases, ofensivas i defensivas. A este respecto conviene notar que don Bernardo de Vargas Machuca asevera que de entre todos los naturales de América, los chilenos eran los únicos que poseian rodelas, morriones i coseletes de cuero.[43] Pedro de Valdivia cuenta ya, en efecto, que en 12 de marzo de 1550 una muchedumbre de indios que marchaban a atacarle venian «armados de pescuezos de carneros i ovejas i cueros de lobos marinos crudíos de infinitas colores, que era en estremo cosa mui vistosa, i grandes penachos, todos con celada de aquellos cueros, a manera de grandes bonetes de clérigos,... con mucha flechería i lanzas de a veinte e a veinticinco palmos, i mazas i garrotes.[44]»

Esta costumbre de presentarse resguardados con coseletes, al estilo de lo que entónces tan en voga se encontraba en las naciones europeas, que con justicia llamó la atencion de Vargas Machuca, la encontramos igualmente justificada en un pasaje de Rosales en que, refiriendo la espedicion que Rodrigo Orgoñez, uno de los tenientes de Almagro, emprendió por el sur del país, espresa que por Itata tuvieron los españoles una refriega con las huestes indíjenas en que éstas «jugaron sus lanzas i flechería con gallarda determinacion, i vióse que venian los mas armados con unos como jubones largos de cuero crudo de lobos i otros animales, i en las cabezas sus celadas de lo mismo, i otros por gala en la frente unas cabezas de leones, de tigres i otros animales, i adornados con muchas plumas de diferentes colores.[45]»

«Las armas defensivas, añade este mismo autor, las hacen de

42. *Poema*, de don Juan de Mendoza, canto I, M. S.
43. *Milicia indiana*, fol. 3, vlta. Madrid, 1599.
44. *Cartas*, páj. 45.
45. *Historia*, t. I, páj. 371. Los tigres a que se refiere el jesuita debieron ser simples gatos monteses.

pellejo, como ser adargas, petos i morriones, i les defienden como si fueran armas de acero, i algunas hai tan fuertes que son a prueba de bala de arcabuz.[46]» «Tambien tienen los indios, espresa por su parte Mariño de Lovera, algunas armas defensivas de mui récios cueros de animales, que es el uso mas comun entre ellos.[47]» Al peto designaban con el nombre de *thuculthucu*,[48] i a la adarga, con el de *thanana*.[49]

Mas, «de armas defensivas no usan todos los infantes, declara Gonzalez de Nájera, así como de las ofensivas, porque cuando mucho las traerán la quinta parte de los que se congregan en una junta. Las que traen son coseletes, capacetes i adargas, todo de cuero duro i crudío. Algunos de los coseletes son cortos como cueras, i otros mas largos i cumplidos. Por maravilla trae todas estas armas un soldado solo, porque unos traen mas i otros ménos de sus diferencias; pero de las que mas usan son las adargas... Aún se ven algunos armados, aunque raros, de coseletes de barba de ballena, que resisten las flechas, formados de tabla de anchura de una mano, cosidas unas con otras, de manera que vienen a ceñir el cuerpo i hacer forma de coraza, aunque no mui apretada.[50]»

Por lo que precede se verá, pues, que don Alonso de Ercilla no hablaba con las ficciones de la poesía cuando espresaba que los indios:

> Tienen fuertes i dobles coseletes,
> Arma comun a todos los soldados,
> I otros a la manera de sayetes
> Que son, aunque modernos, mas usados;
> Grevas, brazales, golas, capacetes
> De diversas hechuras encajados,
> Hechos de piel curtida i duro cuero
> Que no basta ofenderle fino acero.[51]

46. *Id.*, páj. 119.
47. *Historia de Chile*, páj. 41.
48. Perez García, *Historia de Chile.*
49. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*
50. *Desengaño y reparo de la guerra del Reyno de Chile*, pájs. 72 i 179.
51. *La Araucana*, canto I.

En cuanto a las armas ofensivas, «las que usa la infantería, dice Gonzalez de Nájera, solamente son macanas, picas i flechas, i cada uno se arma de las que mas apetece o se conoce mas diestro para su manejo.[52]»

El capitan Mariño de Lovera apunta a este respecto que los soldados de Michimalenco, entre otros armas, traian «macanas fuertes,[53]» uso que estaba tan jeneralizado en Chile que F. Francisco Ponce de Leon espresa que «los naturales que habitan hasta cerca del Estrecho de Magallanes es jente mísera i pobre i las armas que tienen son lanzas tostadas, macanas i flechas.[54]» Mas, «los caucahues, que habitan mas adelante de los chonos, añade don Jerónimo Pietas, tienen por armas unas varas gruesas, de madera mui fuerte i mui pesada, de seis varas de largo, aguzadas i tostadas por la punta. Estas las tiran como garrochas, i se acostumbran a tirar al blanco a troncos de árboles, con que se adiestran. Alcanza un tiro con dichas varas, del grosor de una pierna, mas de sesenta pasos.[55]» Esta descripcion coincide mui aproximadamente con la del «boomerang», que usan los indíjenas de Australia, que, como se sabe, es un simple palo, mas o ménos pesado.

Son conocidísimos los siguientes versos de Lucrecio, cuya verdad solo en estos últimos tiempos se ha podido apreciar, i parece realmente admirable que lo que se creyó pintura de la imajinacion de un poeta haya encontrado en la realidad tan absoluta confirmacion:

> Arma antiqua, manus, ungues, dentesque fuerunt,
> El lapides, et item silvarum fragmenta rami....

Horacio, mas tarde, pintando el estado de los primeros seres humanos, repetia mas o ménos lo mismo, cuando decia en una de sus *Sátiras* que los hombres en aquella edad «se batian por

52. *Desengaño, etc.*, páj. 178.
53. *Historia*, páj. 46.
54. *Descripcion del Reyno de Chile.* Madrid, 1644.
55. *Informe al Rey sobre las diversas razas de indios*, M. S.

las semillas de los árboles, con las uñas, con los puños, i mas tarde con palos.» Plinio cuenta, asimismo, que los ejipcios solo habian tenido el palo en un principio para defenderse de los africanos.

La macana, de que venimos tratando, era, con todo, un arma mui poco superior a la que se acaba de describir. Pietas apunta que tenia «diez palmos de largo, en el hasta del grosor de la muñeca de la mano; en la manga, es un palmo de largo, i en la punta hai diferencia, porque unas son llanas, otras acanaladas, otras sembradas de puntas del grosor de un dedo.» Pedro de Oña, en las aclaraciones a su poema, le da de alto dos brazas i media; «remata hácia arriba haciendo un codillo mas ancho que lo demas del hasta, en forma de cayado: juéganla a dos manos.» «La macana, añade Rosales, es un palo largo, retorcido a la punta, el cual juegan a dos manos, i en dando a uno un golpe, como son tan forzudos los indios, si dan en la cabeza le aturden, i con el garabato le derriban. I en cualquiera parte que den, hacen gran de impresion, i con la retorcida de la macana derriban al herido. [56]» El minucioso jesuita nos refiere tambien, que la otra especie de macana, sembrada de puntas, era una arma temible, porque hacia muchas heridas a la vez. Los indíjenas la llamaban *lonco-quilquil*. [57]

Apesar de esto, sin embargo, el capitan Gonzalez de Nájera, que describe mejor que ninguno esa arma, asegura que eran raros los indios que la cargaban, i dice que «era un hasta de madera densa i pesada, de largueza de quince palmos, poco mas o ménos, i tan gruesa como la muñeca, con una vuelta al cabo, de hasta palmo i medio, que va ensanchando hasta el remate cuanto un palmo, i gruesa como dos dedos, modo de tabla, en cuya vuelta forma un codillo, que es la parte con que de canto hace el golpe i hiere, i así se valen de ella los indios en las trabadas peleas, i particularmente donde se defiende mucho algun enemigo,

56. *Historia*, t. I, páj. 119.
57. Perez García, *Historia de Chile*.

porque en tales tiempos llega el macanero, i con un golpe que le alcanza concluye con él i lo echa a una parte, por armado que esté; porque siendo esta arma, como es, de dos manos, levantada en alto i dejada caer con poca fuerza que sea, ayudado su peso, como queda atrás la vuelta que dije, i va el codillo adelante, corta el aire i asienta tan pesado golpe donde alcanza, que no haí celada que no abolle, ni hombre que no aturda i derribe; i aún es tan poderosa esta arma, que se ha visto algunas veces hacer arrodillar a un caballo, i aún tenderlo en el suelo de un solo golpe; i para mayor declaracion, su forma es la que se ve en la figura 153. [58]»

Los compañeros de Michimalonco, segun Mariño de Lovera, traian tambien cuando vinieron a atacar a Valdivia «porras de armas de metal, con púas de estraño artificio; [59]» pero es evidente que este instrumento de guerra habia sido importado en Chile por los peruanos, i de él hablaremos por eso mas adelante.

Se sabe que las picas eran «mui derechas i bien sacadas, aunque de madera no tan fuerte, densa i correosa como las nuestras de fresno, por lo cual son mas livianas i largas, pues son tan cumplidas que casi todas llegan a treinta palmos i algunas pasan de treinta i tres. [60]»

«Antes que viniesen los españoles, los indios hacian sus instrumentos de palo, porque de una madera mui dura, que llaman «luma» (*Myrtus luma*), hacen hierros de lanzas i otros instrumentos fortísimos, i sin ésta tienen otras maderas mui duras como el «guayacan» (*Porlieria hygrometrica*), el «espino» (*Acacia cavenia*), i el «boldo» (*Boldoa fragans*), que son maderas que suplen en muchos casos la falta del hierro. [61]»

Pero la madera empleada siempre por los indios para sus lanzas (que ellos llaman *huayqui* era el coligüe (*Chusquea coleu*), que encontraban en suma abundancia en las rejiones del sur i por

58. *Ob. cit.*, páj. 178.
59. *Historia*, páj. 46.
60. Rosales, I, 177.
61. Id., I, 119.

su naturaleza sumamente apropiada para el objeto. De ordinario, bastaba con tostar la punta para darle resistencia, pero otras veces, la infantería (*namuntulinco*), «sobre todo en lo s principios disponian en ella pedazos de pedernales (*cùthalcura*) i piedras metálicas. [62]» I para este fin han debido servir indudablemente los guijarros que representan las figuras 70 i 151 de las láminas, sacado el primero de una huaca de Freirina, i el segundo de Punta de Teatinos, en Coquimbo.

«Los arcos que usan son mucho mas cortos i reforzados que los que traen los indios de las provincias de Cuyo, Tucuman, Paraguay, el Brasil i otras partes, porque no llegan a cinco palmos, cuyas cuerdas son de niervos, que aunque duros i fuertes, son sujetas, cuando se mojan, a aflojarse, i perder por ello la fuerza de los tiros.

«Las flechas son de dos palmos i medio, de unas cañas que llaman *trabas* o *colcos*, [63] de que abundan sus montes, lustrosas como las nuestras, i fortísimas por ser macizas. Píntanlas de varios colores que les dan, de lacre; las puntas son de diferentes materias i figuras, porque las mas comunes son unos husillos de hueso, de hasta un jeme de largo, lisos i agudos como punzones, i algunos con arponados dientes difíciles de sacar de las heridas. Otras traen de las mismas cañas, cuyos arpones o lengüetas dejan de industria delicados i frájiles, porque, rompiéndose, se quedan en las heridas, a causa de ser venenosas; i finalmente, todas las puntas engastadas de manera en sus hastas, que con facilidad se desprenden i quedan donde entran, como los casquillos de acero que usan los turcos en sus saetas. De estas flechas traen bien proveidos sus cargajes, aunque unos indios que llaman «puelches», que habitan en las faldas de la cordillera, las traen hincadas en el tocado que usan a modo de turbante, hechos de madejas de lana de varios colores. [64]»

62. Gomez de Vidaurre, *Historia de Chile*, M. S.

63. Así dice el orijinal, pero probablemente debe ser *coleos*, de los cuales hai en el sur varias especies que han podido servir para el uso indicado.

64. Gonzalez de Nájera, pájs. 177-178.

«Es cosa mui de notar, continúa este mismo autor, que con ser los indios jente tan viciosa i haragana, i no tener ejercicio ni ocupacion que sea de algun primor, lo tienen maravilloso en saber labrar sus armas... En el perficionarlas tienen grande flema, raspándolas con conchas marinas que les sirven de cepillos, trayendo dentro de la hasta una sortija que muestra lo supérfluo que le han de quitar. Hacen sus arcos de maravillosa forma, i en sus flechas mui vistosas labores, i précianse tanto del arreo de sus armas que profesan, que no solamente no dan paso sin ellas, pero aún bailando en sus borracheras, de noche i de dia, no dejan jamas la lanza de la mano. Tráenlas de contínuo tan bien tratadas, limpias i resplandecientes, que hacen en ello no solo ventaja pero hasta vergüenza a muchos de nuestros españoles.[65]»

Para hacer que la flecha fuese mas voladora, acostumbraban adornarla en su parte posterior con plumas de varios colores, segun lo confirma Fernando Alvarez de Toledo en los dos versos que siguien, en que un indio

> Tres pintadas llevó i agudas flechas
> Por las plumas asidas las tres juntas...[66]

I Pedro de Oña cuando espresa que cierto cacique traia

> Carcax de piel de tigre variado
> Que las plumosas flechas encerraba,...
> I el arco mas que grana colorado
> Que la morosa cuerda sujetaba.[67]

Los indios de Chiloé acostumbraban igualmente las flechas, segun un verso de Ercilla en que dice que, de entre ellos, quien cargaba el «arco i carcax,[68]» uso que parece se estendió hasta los fueguinos, pues hoi matan pájaros con ellas, sin errar jamas el blanco.[69]

65. *Ob. cit.*, páj. 180.
66. *Puren indómito*, Canto IV.
67. *Arauco domado*, canto XVII.
68. *Araucana*, Canto XXXVI.
69. *Voyage of the Adventure and Beagle*, t. II, páj. 184.

«Los araucanos llaman a sus flechas *púlqui*, i segun el testimonio del capitan Gonzalez, no usan en lo comun de yerba en ellas, salvo los puelches...; pero son poco nocivas por lo que toca a la yerba.» Este uso de envenenar las flechas parece que era mas comun en el norte de Chile i acaso importado por los peruanos. Así, Rosales refiere que cuando Pedro de Valdivia llegó al valle de Huasco, «envió a su maestre de campo a que por la falda de la sierra diese vuelta al valle i procurase cojer lengua, el cual se dió tan buena maña, que, entre otros indios de cuenta que cojió, fué uno el mayor señor del valle, llamado Caluba, de buena presencia i que por sus venerables i nevadas canas parecia un cisne; sus vasallos, viendo a su cacique preso, bajaron de las sierras i trabaron por libertarle una gran batalla con los nuestros, dándoles mucho en que entender la flechería envenenada que traian.[70]»

Bien sea que los araucanos aprendiesen este uso de los soldados de los Incas, o que ellos lo hubiesen ya descubierto, el hecho es, segun apunta el mismo Rosales, que las enherbolaban con un veneno que estraian del jugo lechoso de la raíz del «coliguay» (*Coliguaya odorifera*). «I así, en hiriendo a alguno con esas flechas envenenadas de dicho árbol (que de suyo es mortífero e hincha al herido i en breve le quita la vida) los españoles le echan en la herida un grano de soliman crudo i queda sano.[71]»

Ya en un capítulo anterior hemos descrito las puntas de flecha estraidas de los depósitos de Puchoco i que hemos referido a una época mui anterior a la de que actualmente nos ocupamos. Como en todo órden de industria, debemos consignar aquí los adelantos realizados por nuestros aboríjenes, i completados mas tarde por los invasores peruanos.

Procedente de Angol, existe en el Museo Nacional, la punta de flecha dibujada con el número 60, de tamaño natural. Es de

70. *Historia*, t. I, páj. 378.
71. *Id.*, páj. 118.

obsidiana i sus bordes han sido prolijamente preparados. De una forma i material análogos, i admirable por la hermosura del trabajo es la que representa el número 55, que D. Claudio Gay habia dibujado ya en su *Atlas*, pero sin indicar su procedencia. A este mismo tipo, aunque mucho mas toscas, pertenecen las números 48, 53, 66, 71, 72 i 148, estraidas de sepulturas de Freirina e Illapel.

Las que dibujamos con los números 46, 49, 50 i 56, son bastante finas i han estado indudablemente destinadas a usarse en la caza. Proceden de Freirina i Llanquihue, siendo éstas de esquita i las otras de cuarzo. Por su forma se ve que han debido retirarse de la herida, quedando de este modo aptas para servir inmediatamente despues de haberse usado.

Las dentadas que representan los números 47, 51, 52, 147 i 149, han sido preparadas, por el contrario, para servir en la guerra, debiendo desengancharse del hasta para quedarse en la herida. En suma, los mismos usos a que responden las distintas formas que de antemano hemos señalado, pueden notarse en estas armas, ya procedan de oríjen araucano o incásico. Es curioso, sin embargo, i digno de notarse, que así como en el norte de Chile, donde debiéramos suponer mucho mas adelanto en el arte de tallar las flechas, se encuentran algunas bastante toscas i casi rudimentarias, como las de los números 65, 69, 71 i muchas otras que por esta causa no hemos dibujado; a la inversa, en el sur, se encuentran algunas de un pulimento admirable.

Pero, cualquiera que sea su procedencia i lo esmerado del trabajo, debemos concluir con Leguay que «el exámen de las piezas de este jénero, demuestra, en efecto, un tallado regular, constante i producido por pequeños golpes, habiéndose de antemano elejido, estudiado i arreglado el lugar en que debia existir cada trozito. No se emplea, pues, en estos utensilios grandes golpes, sino que, colocados sobre un apoyo, a fin de obtener los resultados que se buscaban, ha sido preciso practicar el tallado por contra-golpe, i usar dos instrumentos diversos, una pun-

ta o cincel i una maza o martillo de madera, a fin de no destruir la pieza, lo que debia acontecer algunas veces.[72]»

Ademas de la piedra, los indios de Chile usaban tambien de la madera para sus puntas de flecha i algunas veces del hueso, nos dice Gonzalez de Nájera; i por mas que con tales medios nos puedan parecer poco graves los efectos que producian estas armas, Mariño de Lovero asegura por haberlo visto, que los indios de los primeros tiempos de la conquista traian «arcos grandísimos de flechas tan largas i subtiles i de tanta fortaleza que pasan el arzon de una silla jineta, pasando la flecha de claro mas adelante.[73]»

De hueso fabricaban tambien los naturales cierta especie de cuchillos, i así se lee en Rosales que cuando la espedicion en que vino a Chile don Alonso de Ercilla pasó por primera vez el Biobio, se encontró a un indio «que traia muchos cuchillos de hueso... i traia unos colgados a la garganta i otros a la cintura, i preguntado para qué los traia, dijo: que para cortar las manos a los españoles i darlas a comer guisadas a sus soldados, como si fueran de carnero.»

Esta clase de armas parece que estaba mas jeneralizada en el sur del país, pues del viaje de Ladrillero aparece que cerca de la actual isla Wellington habia indios que andaban «con fisgas de palo como de dos brazas i unos puñales de huesos de ballena de dos filos.» En Chiloé, desde el golfo de San Martin hasta el cabo del Ochavario, los indíjenas estaban armados con lanzas, macanas, con puñales de hueso i con piedras.[74]

Algunos indios usaban como armas de los toques i hachas de piedra de que ya hemos tratado. Las enhastaban en un palo, «i cortaban con ellas como con una hacha de hierro»... De estos instrumentos de pedernal aguzado, se aprovechaban tambien para cortar lo que ahora con las hachas de hierro, i a falta de cu-

72. Zaborowski, *L'homme préhistorique*, páj. 75.
73. *Historia de Chile*, páj. 46.
74. *Anuario Hidrográfico*, 1879, páj. 518.

chillos, les servian las conchas de el mar para cortar cualquier cosa.[75]»

Otros se valen «de unas bolas de piedra, atadas con nervios, que tirándolas traban un hombre que no se puede menear, i destas se aprovechan mucho los puelches para la caza de los animales i con ellas los atan de piés i manos, i luego llegan i los cojen en el lazo.[76]» Esta arma de guerra tan usada en Patagonia ha esperimentado algunas modificaciones con el tiempo, pero probablemente en su principio fué simplemente una piedra con una cintura en el centro para recibir la cuerda con que se lanzaba, tal como la que dibujamos con el número 93. Esta arma, llamada *laque*, no debe confundirse con la honda que los araucanos decian *huythuhue*.[77]

«Sin esto llevan a la guerra pedreros que van de vanguardia, i unos que llevan algunos garrotillos arrojadizos.[78]»...

Para resumir lo que hasta aquí llevamos espresado tocante a las armas de nuestros aboríjenes, podemos concluir con Ercilla:

Las armas de ellos mas ejercitadas
Son picas, alabardas i lanzones,
Con otras puntas largas enhastadas
De la faicion i forma de punzones;
Hachas, martillos, mazas barreadas,
Dardos, sarjentas, flechas i bastones,
Lazos de fuertes mimbres i bejucos
Tiros arrojadizos, i trabucos.[79]

Hénos aquí que llegamos ya en la enunciacion de las armas que ejercitaban los antiguos indios de Chile, a una materia tan interesante como difícil i que hasta cierto punto ha permanecido hasta hoi envuelta en gran oscuridad. ¿Qué piedras son, en efecto, esas que dicen empleaban como armas los primitivos pobladores de Chile?

75. Rosales, lug. cit.
76. Id., id.
77. Perez García, *Historia de Chile.*
78. Rosales, lug. cit.
79. *La Araucana*, canto I. Don Juan de Mendoza, hablando de las armas de

Ya acabamos de ver que de la relacion del viaje de Ladrillero aparece constatado que los indios del sur usaban las piedras en sus combates, i Rosales asevera terminantemente que en la batalla que se libró cerca de Santiago, al principio de su fundacion, «repetian los indios su flechería con tanta continuacion que casi cubrian el sol, i los otros con las *piedras* i lanzas no cesaban de combatir, ayudándoles los que traian macanas, toquis i coleos tostados.[80]» Este mismo autor refiere igualmente que, tratando los espedicionarios que iban con Francisco de Ulloa de cojer tierra en una punta que llaman de San Andres, que está en cuarenta i siete grados, fueron recibidos por los indios «con un torbellino tan impetuoso de *piedras*, que, mui a su pesar, se retiraron bien aporreados i mal heridos,[81]» todo lo cual confirma lo que hasta aquí hemos colacionado respecto a la existencia de los soldados armados con piedras.

Miéntras tanto, i como si las palabras qne siguen estuviesen espresamente destinadas a contradecir las anteriores aseveraciones, el mismísimo Pedro de Valdivia declara «que los indios de Chile no pelean con piedras.[82]»

Desde luego, creemos que deben descartarse de nuestras investigaciones las piedras cuyo uso era indispensable para el manejo de la honda, porque los autores están de acuerdo en que esta arma era de uso corriente entre los indios, habiendo, segun el dicho de algunos, verdaderos escuadrones especialmente destinados a este fin; i mal se podia usar de la honda sin adaptarle el consiguiente proyectil. No hacemos cuestion, por lo tanto, de las piedras que no hubiesen sido preparadas, sino que debemos

los indios chilenos, repetia, en su *Poema inédito*, casi al pié de la letra los dos últimos versos de esta estrofa:

> Los lazos de la mimbre, los bejucos
> Tiros arrojadizos, i trabucos.
>
> Canto I.

Los trabucos a que se referian nuestros dos poetas era un aparato para lanzar piedras.

80. I. páj. 412.
81. *Cartas*, páj. 33.
82. *Cartas*, páj. 45.

contraernos a la averiguacion del destino que hayan tenido esa multitud de piedras horadadas que es fácil coleccionar en Chile, principalmente en la rejion central. La de mas al sur que conozcamos es una de Concepcion que posee el Museo Nacional, pero existen algunas del Perú, de Chiuchiu, la Paz, etc. Schliemann ha hallado gran cantidad de estas piedras en escavaciones practicadas en Hissarlick;[83] se conocen algunas procedentes de los restos de habitaciones lacustres; las usan los africanos del sur; los habitantes de las islas de Fiji tienen un juego que consiste en arrojarse mútuamente esas piedras por medio de bambús elásticos, etc.

Son ellas por lo jeneral aplanadas, aunque de forma circular, sin que falten tampoco casos en que se encuentran algunas casi completamente esféricas. Su tamaño varia mucho, siendo frecuentes las que miden dieziocho centímetros de ancho (fig. 41), i otras, por el contrario, que no esceden el tamaño de la tortera de un huso (fig. 39). El agujero que las atraviesa por el medio, ordinariamente afecta la forma de dos conos que converjen por su vértice hácia el centro, aunque en unas pocas, la horadacion es perfectamente pareja (figs. 30 i 40). La clase de material de que han sido fabricadas es variable: en las mas predomina el granito, pero se encuentran tambien muchas de pórfido, areniscas, de lava, etc.

La jeneralidad está de acuerdo en suponer que estas piedras han sido redondeadas i pulidas con otras piedras, i agujereadas por medio de un taladro de hueso o madera dura, con un poco de agua i arena.

En cuanto a la manera como se las encuentra en Chile, casi la totalidad de las que se rejistran en nuestra coleccion, han sido halladas en las quebradas, algunas en el cauce de los rios, otras como perdidas en el campo, algunas enterradas, otras en las sepulturas i no pocas guardadas en los troncos añosos de viejísimos árboles, especialmente boldos.

83 *Troy and its remains*, pl. XL.

Las suposiciones que se han ideado para esplicar el objeto i oríjen de este curioso artefacto son numerosas, aunque, en verdad, ninguna se presenta como completamente satisfactoria. Hai algunos que han indicado que deben haberse usado como arma arrojadiza, circunstancia que parece deducirse de la forma que ha adquirido la horadacion, ensanchándose en los bordes, merced al frotamiento con el hilo que ha servido para lanzarlas. «Una manera de lanzar la honda es por medio de una cuerda introducida en una piedra agujereada, i jirada hasta lanzar el proyectil, cuando haya adquirido el máximum de su movimiento centrífugo,[84]» dice un autor moderno. Acaso esto mismo puede deducirse de un pasaje de Rosales, del cual aparece que en un combate sostenido por Alonso García Ramon contra los araucanos en 1587, los españoles recibieron una lluvia de dardos, flechas, piedras i porras arrojadizas.[85] Los señores Rivero i Tschudi hacen constar, igualmente, que entre los peruanos existia la *huicopa* o porra pequeña arrojadiza.[86] Pero esta hipótesis se desvanece ante la consideracion de que tan enorme trabajo, como el de agujerear una piedra con los medios que sabemos, ha podido evitarse con el uso de la honda simple, i que esto adquiere todavía mas fuerza cuando se observa que en muchísimos casos, i especialmente con el enemigo al frente, esta arma arrojadiza seria perdida para su dueño.

Hai otros que indican que ha debido usarse en la estremidad de una hasta como porra, o macana, segun la espresion indíjena; mas, examinada por un momento la forma especial de la horadacion, no parece difícil venir en cuenta de que, si así hubiese sido, no se habria adoptado al efecto un sistema enteramente contrario al objeto que el artífice se propusiera.

«Algunos anticuarios suponen, dice Lubbock, que estas piedras se sujetaban con dos dedos, i que se servian de ellas a guisa de martillo. Sin embargo, si se observan en alguna cantidad,

84. E. H. Knight, *A study of the savage weapons, etc.*
85. *Historia*, t. II, páj. 246.
86. *Antigüedades peruanas*, páj. 212.

puede notarse que la profundidad de la cavidad varia mucho, algunas veces aún la piedra está enteramente taladrada, lo que viene en apoyo de la hipótesis, de que estos instrumentos servian para hundir las redes, o de pequeñas cabezas de martillo. Por lo demas, es mui dudoso que pertenezcan a la edad de la piedra.[87]» Dicen otros que han podido servir de torteras, sobre lo cual se añade que «el uso civil de tales objetos era probablemente mucho mas frecuente que el de la guerra.[88]»

Mas, en asunto de tan difícil solucion, parécenos conveniente oir la ilustrada opinion de un hombre notable por su ciencia i sus conocimientos especiales de esta seccion del continente americano. Darwin, dice en efecto lo siguiente: «En setiembre de 1834, visitando los alrededores de Taguatagua, encontré algunas antiguas ruinas indíjenas, i me mostraron una de las piedras horadadas que menciona Molina[89] se hallan en número considerable en muchos lugares...[90] Se ha supuesto jeneralmente que se usaban como cabezas de clavas, por mas que su forma no aparezca en manera alguna adaptable a este intento. Burchell[91] declara que en algunas de las tribus del Africa del sur cavan surcos por medio de un palo aguzado, cuya fuerza i peso se aumentan por una piedra redonda agujereada, sólidamente asegurada.[92] Parece probable que los indios de Chile usaron anteriormente en la agricultura algun rudo instrumento de naturaleza semejante.[93] Despues de haber escuchado lo que dice este grande hombre, ¿no parece que hubiese adivinado lo que don Francisco Nuñez de Pineda consigna en su *Cautiverio feliz*? Cuenta, en efecto, este

87. *L'homme préhistorique*, páj. 93.
88. *Anual report of the board of regents of the Smithsonian Institution*, páj. 232.
89. Tomo I, páj. 82.
90. El *Catálogo histórico* del Santa Lucia, señala como uno de éstos el pequeño valle de Abarca, cerca del puerto de San Antonio.
91. *Travels*, t. 2.°, páj. 45.
92. Un dibujo de este instrumento se ve en la fig. 7, tabla IX, de las *Actas de la Sociedad berlinesa de etnolojía, etc.*, correspondiente al mes de noviembre de 1881.
93. *Narrative of the surveying voyage of H. M. S. Adventure and Beagle*, t. 3.°, páj. 325.

autor que los araucanos usaban en la agricultura «unos instrumentos manuales, que llaman *hueullos*, a modo de tenedores de tres puntas,[94] de una madera pesada i fuerte, i en el cabo arriba le ponen una piedra agujereada a propósito para que tenga mas peso, i con este van levantando la tierra para arriba, hincando fuertemente aquellas puntas en el suelo, i cargando a una parte las manos i el cuerpo, arrancan pedazos de tierra mui grandes, con raíces i yerbas...[95]»

Al presente, los indios ignoran completamente el uso de estas piedras, i cuando mas suele empleárselas hoi en los campos para atarlas en la estremidad de un lazo i tirarlas sobre los árboles que se cortan, para traerlos al suelo.

En vista de la asercion tan terminante de Bascuñan i de lo que los viajeros nos cuentan del uso de estos utensilios en el sur de Africa, no puede en manera alguna dudarse de que han estado destinados a emplearse principalmente en la agricultura; pero, no puede tampoco ménos de reconocerse que aquellas en que la horadacion es estrecha, o las mui pequeñas, que no son ménos abundantes, no han podido recibir la misma aplicacion. Basta comparar, en efecto, lijeramente, las muestras que damos en las láminas para comprender que su uso ha debido ser múltiple. No pertenecen a una categoría semejante ni han podido servir para el mismo fin las representadas en los números 28, 29, i 30 con las de los números 36, 38, 39 i 40, i las restantes que aparecen con su horadacion incompleta. Conservándose la forma mas o ménos análoga, las proporciones varian de tal modo que por su naturaleza están indicando que han estado destinadas a recibir tambien aplicaciones diversas; i si hasta hoi, en la industria moderna, se ve que el mismo instrumento sirve para muchos fines distintos, ¿con cuánta mas razon no debemos suponer que esto ha podido acontecer en una época tan remota, en que los hombres estaban dotados de medios que hoi nos parecen tan insignificantes con relacion a sus necesidades? ¿Qué de estraño

94. Páj. 278.
95. Páj. 192.

tiene, pues, que el mismo instrumento que en un caso dado servia de martillo, se utilizase en seguida en la pesca para hundir las redes; que en la guerra se le aplicase como arma ofensiva, bien fuera sostenido en la estremidad de un palo o bien atado con una cuerda en forma de honda, i en la agricultura como utensilio de labor; i que las mas pequeñas sirviesen en casos dados como husos para torcer el hilo? De aquí proviene, a nuestro juicio, que cualquiera solucion esclusiva que se proponga para esplicar el empleo de estas piedras, ha de parecer insuficiente; miéntras que, por el contrario, parece natural que, pudiendo un mismo instrumento satisfacer diversas necesidades, ántes de inventar otros i de fabricarlos para cada una de ellas, cosa siempre difícil para los hombres de esa edad, se le haya empleado para todas a la vez, siempre que la ocasion se ofrecia.

Bajo los números 34 i 35 damos dos de estas piedras cuya horadacion es incompleta; en la primera el artista no ha alcanzado aún ni a pulir los bordes del instrumento, miéntras que en la segunda todo parece está ya concluido, significando acaso que el empleo de esta última era mas limitado, probablemente un simple martillo de los de la clase que se han estraido de algunas aldeas lacustres.

Descritas ya las armas de que se valian los indios, hemos de proseguir ahora con lo demas referente a la guerra.

«En derribando en la guerra, dice Rosales, los indios a alguno de los enemigos, se abalanzan luego a él, i mas si es capitan o persona de importancia, i con gran presteza le cortan la cabeza i luego la levantan en una pica, i se atropan los que se hallan mas cerca a cantar victoria con ella. I causa tan gran desmayo al enemigo el oir a los contrarios cantar victoria i el ver la cabeza de alguno de los suyos enarbolada, que todos paran i cesan de pelear, teniéndolo por mal agüero, i por señal de que todos han de morir si porfian en pelear, i así solo tratan de huir i de ponerse en salvo. I aunque sean ellos muchos, i el monton de los que se paran a cantar victoria con la cabeza, pocos, no se atreven a acometerlos, por mas encarnizados que estén. I los victoriosos,

en cualquiera parte que estén peleando, en oyendo cantar victoria a los de su ejército, siguen la victoria con grande esfuerzo i confianza de que ya es suya, i al mismo paso se desaniman los contrarios.

«El romance que en estas ocasiones cantan es tristísimo, i mucho mas el tono, que solo el oirle causa melancolía i desmayo a los contrarios. I en él les dicen: «como ya el leon hizo presa en sus carnes, i el alcon o neblí cojió aquel pajarillo, que se animen los leones a despedazar su presa, i los neblíes vuelen con lijereza tras los pajarillos i despedacen sus carnes;» i con estas metáforas hacen ostentacion de la valentía de su ejército, que es de leones, i de alcones i neblíes jenerosos i el del contrario de pajarillos cobardes. I con esto hacen temblar la tierra, sacudiendo todos a un tiempo con los piés el suelo, i entretejiendo las lanzas i haciendo ruido con ellas, dan voces al enemigo motejándole de cobarde i diciéndole que venga por la cabeza de su soldado o de su capitan, que si todos son tan valientes como aquél, no deben de ser soldados, ni valientes, sino mujeres i cobardes. I diciendo esto les vuelven a acometer i seguir el alcance, porque despues de oir cantar victoria siempre se ponen en huida, o porque les han muerto la cabeza, o por el desmayo que les causó la que vieron enarbolada, i por el aliento que causó a los contrarios el buen suceso.

«La cabeza con que cantan victoria la llevan a su tierra i la cuelgan como estandarte o bandera que han quitado al enemigo i la ponen en parte pública, despues de haberla enviado de unas provincias a otras para hacer ostentacion de su victoria i que sepan que tienen aquel capitan ménos por enemigo, i se animen a volver otra vez a la guerra...

«A la retirada, cada uno se va por su camino, como lobo por su senda, sin guardar forma de escuadron, ni hacer cuerpo de ejército, así los vencedores como los vencidos, sin obedecer ya mas a sus capitanes[96]...

96. Rosales, lug. cit, páj. 121.

«En el repartimiento i distribucion de los despojos en la guerra, de armas o cautivos, no hai mas lei ni órden que la buena maña que uno se da a cojer i a aprovecharse de la presa, porque entre ellos el que pilla, pilla, i el que llega primero a cojer una cosa o la señala, se la lleva, sin obligacion de quintar ni dar cosa alguna al toqui jeneral, ni al capitan.[97]

«Las ceremonias que hacen para matar a un cautivo son notables, porque en juntándose toda la tierra en la plaza de armas, que es el «Lepan», lugar dedicado para estos actos públicos, traen al cautivo que han de quitar la vida atadas las manos i con una soga al cuello, de donde le van tirando, i al que así llevan le llaman «guegueche», que quiere decir en su lengua, hombre que han de matar como carnero, porque le matan del mismo modo que matan los carneros de la tierra, i suple en las fiestas grandes por un carnero... Hacen una calle larga de toda la jente i por ella le llevan como a la vergüenza, i todos le dicen muchos baldones, particularmente las viejas; i que se harte de ver el sol, que ya no le ha de ver mas, que llegó el dia en que ha de pagar los males que ha hecho; i si es alguno que ha sido valiente i les ha hecho mucho daño en la guerra, llegan a él las viejas i le dicen: ¿qué es de mi hijo o de mi marido que me mataron en tal tiempo? Vuélvemelo, i si no, ahora he de comer de tus carnes, etc. I en llegando al medio se ponen todos en rueda i hacen temblar la tierra dando muchas voces i diciendo: «muera, muera.»

«Cuando el que quieren matar es algun indio noble o algun soldado valiente; le dan lugar para que hable, i son tan animosos que, aunque ven que los quieren matar, hacen sin turbacion ninguna un elegante razonamiento, con grande arrogancia... I suele ser el razonamiento tan eficaz i tales las esperanzas que se prometen de él, que le perdonan i entónces matan un perro negro, i con él hacen las ceremonias que habian de hacer con el indio.

«Pero si no es persona de quien esperan alguna grande suerte, o están mui encarnizados contra él por haberles hecho muchos

97. Id., páj. 134.

daños i temerse otros mayores si le dan la vida, dicen todos en voz alta: *lape, lape,* muera, muera. I entónces le hacen incar de rodillas, i le dan un manojo de palitos i que con uno haga un hoyo en la tierra, i que en él vaya enterrando cada uno de aquellos palitos en nombre de los indios valientes i afamados caciques de su tierra. I hecho el hoyo nombra en voz alta a alguno de su tierra i echa un palito en el hoyo, i así va nombrando a los demas hasta que no le queda mas de el último, i entónces se nombra a sí mismo i dice: «yo soi éste i aquí me entierro, pues ha llegado mi dia;» i miéntras está echando tierra en el hoyo, le da uno por detras con una porra en la cerviz, i luego cae sin sentido en el suelo. I le abre uno por el pecho i le saca el corazon palpitando, i otro le corta la cabeza, otro la una pierna, i otro la otra para hacer flautas de sus canillas; i otro, tirando del cuerpo, le arrastra i le echa fuera de la rueda, hácia la parte de el enemigo, a que se lo coman los perros i las aves.

«El que le sacó el corazon, le clava con un cuchillo, i, pasado de parte a parte, se lo da al toqui jeneral i va pasando de mano en mano por todos los caciques haciendo ademan de que se lo quieren comer a bocados, [98] i dando la vuelta, vuelve a las manos del que se le sacó, i con la sangre del corazon untan los toquis i las flechas, diciéndoles que se harten de sangre. Los que le cortaron las canillas i los brazos los descarnan en un momento, i en estando el hueso limpio, le agujerean i hacen una flauta en que tocan alarma, i sacudiendo con los piés la tierra la hacen temblar, blandiendo juntamente las lanzas i entretejiéndolas unas con otras, causando pavor con el ruido i la vocería. El que cortó la cabeza la

98 Gonzalez de Nájera cuenta estas escenas de una manera algo diversa. «El primero que le llega a cortar miembro, dice, pedazo de carne, o dalle cuchillada por donde se le antoja, es el que le cautivó; porque él solo tiene entre todos esta preeminencia, sucediendo los demas, i señalándose en sus crueldades hasta que descarnan i cortan en pedazos al paciente mártir, con cuchillos i cortadoras conchas marinas, participando todos de la fiesta, hombres, mujeres i muchachos. *Asan i comen lo que van cortando,* yendo primero quien con la mano, quien con el brazo i otros miembros, pasándoselos por delante de los ojos, i dándoles con ellos al mísero paciente » Ob. cit., páj. 111. Véase tambien a Olivares, *Historia de Chile,* páj. 47.

echa a rodar por el suelo hácia la tierra de el enemigo, i abre una calle la jente, por donde la lleva rodando, i toman tabaco en humo, i por la misma calle le van echando a bocanadas, retando al enemigo i diciendo que con los que allá están han de hacer lo mismo. I si la cabeza se queda el rostro hácia el enemigo, lo tienen por buena señal i dicen que han de alcanzar victoria; pero si se queda vuelta hácia ellos, lo tienen por mal agüero, i temen que les ha de ir mal en la primera ocasion.

«Hecho esto, levanta en una pica el corazon el que le cortó i al mismo tiempo el que cortó la cabeza la clava en una estaca, i al fin de la calle donde estaba arrojada la levanta en alto, vuelto el rostro hácia el enemigo. I tocando las flautas hechas de las canillas i de los brazos del muerto, comienzan a cantar victoria, i en el romance con metáforas en verso en que dan a entender su valentía, i como el que les pretendió hacer guerra pagó su atrevimiento. Miéntras están cantando andan al rededor de la rueda de la jente algunos indios desnudos hasta la cintura, con las lanzas arrastrando, dando carreras con grande furia, i diciendo a voces i con grande arrogancia: *yape pullimen*, haced temblar la tierra, valerosos soldados...; i diciendo esto, el que tiene el corazon enarbolado en la pica i como estandarte de victoria, le baja i le despedaza en menudos pedazos, i los va repartiendo entre los caciques para que le coman el corazon a aquel que tan inhumanamente despedazaron. Con esto beben i hacen gran fiesta, dejando el cuerpo sin que le dé ninguna sepultura, i la cabeza la desuellan..., i el casco le cuecen i le quitan la carne i los sesos i luego beben en él los caciques mas principales.[99]»

Para celebrar la paz «júntanse los caciques i toquis jenerales de las provincias, vienen con ramos de canelo en las manos, i traen atada con una soga de la oreja una oveja de la tierra i tantas cuantas son las provincias, i en llegando delante de los otros a los cuales dan la paz, matan las ovejas de la tierra, dándole a

99 Rosales, t. I, páj. 123 i sigts. Llámase *ralilonco* la cabeza del enemigo, en que beben. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*

cada una con una porra un golpe en la cabeza i otro en los lomos, con que cae al suelo i no se mueve mas. Luego le sacan el corazon vivo i palpitando, i con su sangre untan las hojas de el canelo, i le dan el corazon o la oveja al cacique con quien hacen las paces, el cual lo reparte en pedazitos, de modo que de el corazon i de la oveja, quepa algun pedazo a cada uno... Luego vienen los razonamientos que hacen los caciques mas principales, hablando primero uno de parte de todos, los que dan la paz con un ramo de canelo en la mano, i respondiendo con el mismo, otro cacique de la otra banda, en que suele gastar cada uno mas de una hora, hablando con grande elocuencia i abundancia de palabras, i en acabando dan todos una voz a una diciendo que confirman lo tratado. Tras esto se siguen los brindis i la chicha, que nunca tratan cosa a secas», concluye el buen jesuita.»[100]

Hé aquí ahora como cuenta don Francisco Bascuñan la vuelta a sus hogares de un indio que habia ido a la guerra: «Sus mujeres, parientes i parientas tenian para su recibimiento muchos cántaros i botijas de chicha, i con esta prevencion se juntaron otro dia de su llegada todos sus deudos i parientes, así suyos como los de su mujer, i otros amigos comarcanos, que los unos i los otros harian número de mas de ciento, i otras tantas i mas mujeres, sin la chusma de muchachos i chinas. Comieron i bebieron con grande regocijo i consolaron al guerrero, que ya se hallaba con mejoría de su lastimada i herida pierna; i para mayor fausto del festejo, ántes de resonar los tamboriles i dar principio al baile acostumbrado, le dieron, con trompetas i clarines, al sermon i parlamento que acostumbran en ocasiones tales; dieron la mano a un retórico, en su lenguaje discreto, de buena proporcion, i jentil hombre, compositor de tonos i romances, por cuya causa era aplaudido del mayor concurso; éste parló mas de media hora con bizarra enerjía i buen desgarro, aunque con palabras tan obscuras i encrespadas, que fueron mui pocas las que pude dar a la memoria; que tambien entre bárbaros hai predicado-

100. Id., *id.*, páj. 146.

res cultos, que se precian de no ser entendidos ni entenderse

«Despues de haber dado fin a su oracion el galante i presumido predicador, se levantó un anciano, a poder de años i esperiencias docto, i en breves razones claras i de peso mucho mas que el otro, habló teniendo a todos atentos i pendientes los sentidos de sus labios, por haberles predicado al alma i a lo que su natural inclinacion los lleva... Con esto, principiaron los tamboriles con otros instrumentos de alegría, a dar bastantes muestras de contento, pues ocuparon i saltaron toda la noche en comer i beber, cantar i bailar, con grande regocijo.[101]»

101. *Cautiverio feliz*, páj. 442 i siguientes.

CAPÍTULO VIII.

LOS ARAUCANOS.

III.

Poblacion que habia en Chile a la época de la llegada de los españoles.—Pueblos.—Caminos.—Casas.—Trajes.—Desfiguracion del cráneo i del rostro.—Adornos.—Joyas.—Afeites.—Ajuar de las casas.—Camas.—Insectos nocivos.—Parásitos.—Alumbrado.—Sistema para procurarse el fuego.—Modo de comer.—Alimento.—Caza de montería.—Animales anfibios.—Volatería.—Animales domésticos.—El perro.—El *chilihueque*.—Mariscos.—Pesca.—Anzuelos.—Embarcaciones —Balsas, canoas, piraguas.—Alimentacion vejetal.—Sal.—Miel.—Diversos productos.—Fertilidad del país.—Agricultura.—Uso del tabaco.—Bebidas.—Utensilios.—Comercio.

Por lo que respecta a la poblacion que habia en Chile a la época de la llegada de los españoles, se encuentran en los antiguos cronistas datos suficientes para alcanzar en este órden cierta precision en las cifras. Valdivia aseguraba al rei que la tierra era en jeneral mas poblada que la Nueva España, i en otra parte de sus cartas dice, con aparente exajeracion, que era tanta la jente que «habia mas que yerba.[1]» Poco mas adelante, vuelve a insistir en esta misma idea, declarando que «la tierra es poderosa de jente, i belicosa, i que la poblacion della era hácia la costa;»

1. *Historiadores*, t. I, pájs. 45 i 47.

i posteriormente escribiéndole al rei con fecha 25 de junio de 1551, le declaraba: «lo que puedo decir con verdad de la bondad desta tierra es que cuantos vasallos de V. M. están en ella i han visto la Nueva España, dicen ser mucha mas cantidad de jente que la de allá, i si las casas no se ponen unas sobre otras, no pueden caber en ella mas de las que tiene...»

Sin embargo, de la misma relacion de Valdivia se deja ver con toda claridad, que la poblacion del país estaba mui desigualmente repartida, pues al paso que desde Copayapo hasta el valle de Canconcagua, a diez leguas de Santiago, no habia, segun él, mas de tres mil indios[2] o mil quinientos hombres de guerra, como se espresa Gonzalez de Oviedo,[3] en los combates que tuvo que sostener en los alrededores de Santiago, «era tanta la jente de armas enhastadas e mazas, que no podian los cristianos hacer a sus caballos arrostrar a los indios.» En 12 de marzo del año 1550 dice tambien que se avistaron mas de cuarenta mil indios, «quedando atras, que no se pudieron mostrar, mas de otros tantos.» Habiendo marchado al sur desde Santiago, por los comienzos de febrero, refiere que caminó treinta leguas, «que era la tierra que nos servia, i habiamos corrido; pasadas diez leguas adelante topamos mucha poblacion e a las diez i seis, jente de guerra que nos salian a defender los caminos e pelear;» i cuando llegó por primera vez al Biobio en 1550 topó ahí con veinte mil indios, i continuando hácia el mar, en el paraje de Arauco, «con tanta poblacion que era grima,» espresion que repite en las instrucciones suyas que llevó a España Alonso de Aguilera.[4] Don Pedro Mariño de Lovera, testigo tambien de los sucesos de este tiempo, indica que, estando descansando la hueste de Valdivia en el asiento de Andalien, «con la voz que salió por la tierra de que venian cristianos, iban concurriendo tantos indios que pasaban

2. Id., páj. 13. *Proceso de Pedro de Valdivia*, páj. 208.

3. *Historia de las Indias*, t. IV, páj. 268. Bollaert, cree, a pesar de todo, que la rejion del norte debió en un tiempo ser bastante poblada, por el considerable número de huacas que en ella se encuentran. *Antiquarian, ethnological and other researches*, páj. 175.

4. *Proceso de Pedro de Valdivia*, páj. 236.

de cien mil los que se congregaron para esto, formando sus escuadrones con el mejor órden que supieron.[5]»

Mas, a juicio de la jeneralidad de los autores que han consignado los datos de aquella remota época, ningun paraje que estuviese mas poblado que el valle de Mapuche, pues la significacion indíjena de su nombre queria decir «tierra de jente.» Segun afirma don Pedro de Córdoba i Figueroa, de los fragmentos históricos de aquel tiempo consta que en dicho valle habia ochenta mil indios[6] cálculo de que participa en un todo el jesuita Diego de Rosales.[7]

Este mismo historiador, refiriéndose a la poblacion probable del distrito de la Imperial, asevera que los indios fueron «muchos i de buenos naturales, nobles de condicion i no tan guerreros como los demas, i el ser su tierra mas descubierta, no tan poblada de montañas, como la de la cordillera, los ha hecho mas domésticos, por tener las poblaciones mas juntas... La multitud de indios en aquellos principios de la conquista fué grande i tanta que no cabian en la tierra, aunque algunos dicen que habian trescientos mil indios, i otros ménos. [8] »

Frente a esta parte del continente, en la isla de la Mocha, habia gran número de familias ántes de la llegada de los españoles, siendo, por consiguiente, falsa la aseveracion de Drake i Teodoro de Bry que aseguraron que los indios se habian acojido a la isla, huyendo de la tiranía de los conquistadores; pero a mediados del siglo XVII apénas si podian contarse en ella doscientos indios de lanza. [9]

Desde Valdivia hasta Castro, segun un antiguo documento, habia hasta ciento cincuenta mil indios que vivian «despoblados. [10]»

5. *Historia de Chile*, páj. 67.
6. *Historia de Chile*, páj. 33.
7. *Historia*, I, pájs. 384 i 386.
8. *Id*, páj. 456.
9. Rosales, I, 288 i 289. El padre Ovalle dice que la poblacion de la isla en 1629 alcanzaba a tres mil almas (*Histórica relacion*, páj. 396), número que estaba reducido cuando se trasportó, en 1684, la poblacion al continente, segun datos auténticos, a quinientos noventa i nueve individuos.
10. Perez García, cit. por Gay, *Documentos*, I, páj. 222.

Por fin, en Chiloé cuando fué visitado por primera vez por Ruiz de Gamboa en 1566, se encontraron por matrícula, cincuenta mil indios.[11] Refiriéndose al mismo archipiélago decia Ercilla en su poema que habia hallado «islas en grande número pobladas.[12]»

Sumando todas estas cifras i apreciándolas prudencialmente en su conjunto, creemos que el total de la poblacion indíjena de Chile a la época de la venida de los españoles no debió exceder de medio millon de habitantes. Es verdad que a estarnos simplemente al número de indios que se presentaban al combate i a las manifiestas exajeraciones de los conquistadores, la cifra que fijamos parecerá exígua; pero es necesario no olvidar que por la constitucion especial del antiguo pueblo chileno, tan diferente a este respecto de la organizacion de las naciones modernas, la jente de pelea puede asegurarse que la formaban la totalidad de los hombres en estado de cargar las armas. Todos los araucanos de entónces, como los de hoi, eran soldados. En los ranchos no quedaban sino las mujeres i los niños mui pequeños, lo que los españoles llamaban la chusma i que en sus correrías arriaban como carneros.

Esta poblacion, como lo hemos indicado ya, vivia agrupada en los valles irrigados por los rios que descienden de la cordillera, donde encontraban facilidad para sus siembras i los mas fértiles terrenos; pero, como lo declaraba Pedro de Valdivia, era notable el exceso de jente que se notaba del lado de la costa en comparacion con el de la cordillera, i hasta hoi «la mayor parte de la poblacion india se halla establecida, tanto al pié de las montañas en el llano intermedio, como en la orilla de las montañas de la costa; de las secciones trasversales, las que forman la hoya de los rios Tolten e Imperial, son las que han ofrecido mas ventajas i por eso son tambien las mas pobladas.[13]» Esta desproporcion era todavía mas notable al comparar la rejion que se estendia

11. Id., *id.*, páj. 294; II, páj. 145.
12. *La Araucana*, canto XXXVI.
13. Domeyko, *Araucanía i sus habitantes*, páj. 5.

desde Copiapó a Aconcagua, casi del todo deshabitada, con la que corria de esta parte a los lomajes de Arauco. Por fin, parece necesario advertir que el país, segun lo aseverado por escritores de ordinario bien informados, estuvo mucho mas poblado en una época anterior a las invasiones que tuvo que esperimentar. Rosales, en efecto, espresa que hubo en lo antiguo multitud de indios, que entre otras causas fueron diezmados por las guerras civiles i por «las hambres en que se comian unos a otros. [14]» «Antes que los españoles viniesen a este reino, añade el mismo autor, acabó mucha jente una grande peste, i al ejército del Inga cuando andaba conquistando esta tierra le dió otra peste que le consumió muchos soldados. [15]»

Pero del hecho acerca del cual pueden presentarse datos mas precisos i exactos, es sobre los pueblos que los españoles hallaron fundados en el territorio. «El cultivo de la tierra implica, decia con razon el abate Molina, la radicacion de la familia, i la familia la asociacion de otras: de aquí los pueblos. Habia entre los aborijenes chilenos algunas poblaciones que ellos llamaban *caras* en contraposicion al *lov*, que era mas reducido. Eran chozas que estaban situadas solamente a la vista unas de otras. [16]» Hubo, con todo, una causa que dificultó sobremanera la fundacion e incremento de las poblaciones, pues en virtud de sus creencias i supersticiones vivian persuadidos los indios de que la muerte no provenia de causas naturales, sino de venenos i maleficios que se daban unos a otros, i por eso, dice Gonzalez de Nájera, «rehusan congregarse en pueblos. [17]»

Ya Gonzalez de Oviedo declaraba, sin embargo, que el adelantado Diego de Almagro reconoció algunos que tenian de diez a quince casas, siendo el mas considerable de todos ellos por su situacion e importancia el de Canconcagua. [18] En las actas del Ca-

14. I, 184.
15. I, 190.
16. *Historia civil*, lib. I, cap. IV.
17. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 99.
18. *Historia natural y moral de las Indias*, t. IV, páj. 273.

bildo de Santiago se encuentran tambien preciosas indicaciones a este respecto. Así, en 27 de junio de 1547 la corporacion adjudicó a Joan Cabrera «un sitio i asiento de tierra hácia Curacoma, en un valle que se llama Bonbancagua, a donde solia estar un pueblo de indios cuanaqueros.[19]» En igual fecha, Diego Oro obtuvo tambien ciertas tierras «en las que solian ser del cacique Apochame, a donde solia estar un pueblo del dicho cacique.[20]»

Son mui dignas de observacion las espresiones que en estos dos casos emplea el Cabildo de la capital, «en el lugar en que solia estar el pueblo, en las tierras que solian ser», porque, como veremos poco mas adelante, no ha faltado quien sostenga, sin duda con razon, que parte de los primitivos indios de Chile fueron cazadores. Las palabras del Cabildo, en efecto, parecen indicar claramente, que las agrupaciones de las casas de los indíjenas eran transitorias i accidentales, así como lo eran su posesion i disfrute, tal como lo que hoi se ve respecto de los indios de las Pampas o de la Patagonia, cuyas tolderías no se alzan en un sitio sino por el tiempo que dura la caza en los contornos inmediatos. Es sabido, igualmente, que los indios pescadores de las costas occidentales de la rejion austral de Chile, construyen en unas cuantas horas las chozas que les han de servir de abrigo, miéntras no se agota el marisco en los parajes en que fijan su residencia, segun diremos mas adelante. I a esto mismo parece que concurre el calificativo de «cuanaqueros» o cazadores de guanacos con que se designa a los que residian de cuando en cuando en los sitios de Curacoma.

Pero, sigamos adelante en nuestra enumeracion, valiéndonos siempre de las declaraciones de los cabildantes santiaguinos.

Cerca de la confluencia de los rios Cachipual i Tintilica habia un pueblo llamado Cailloa, que fué de Quinillanga, mas tarde asignado a Rodrigo de Quiroga.[21] Este mismo Quiroga data en

19. ¿Cazadores de guanacos?
20. *Actas del Cabildo*, páj. 127.
21. *Actas*, páj. 319.

15 de enero de 1552 el nombramiento de escribano de Salvador Alvarez, en el pueblo de Yauyau.[22]

En la merced de tierras hecha a Pedro de Miranda, tambien por Quiroga, se dice que la legua i media de que consta el título, es «en sus pueblos, junto al rio de Cachipual, desde un cerro que se llama Vilolmo, prosiguiendo el dicho rio de Cachipual hácia la sierra de las nieves.[23]»

En jeneral, puede decirse que a escepcion de Arauco, de donde los datos son mas escasos, de lo restante del país es fácil enumerar los diversos pueblos que existian antiguamente, entendiendo por pueblos, como ya se ha advertido, las agrupaciones de diez o quince casas o ranchos, habitados de ordinario por la jente que obedecia a un solo cacique. Así, en la actual provincia de Coquimbo se notaban los de Huana, patrimonio i título posteriormente de un marqués, Paitanasa, Huamalata i Tambo; Samo, en el Huasco; Toquihue, Purutun i Chuapa o Chalinga en Quillota i Cuzcuz; Catemu, Llapeu, Curimon, Panquehue i Llayllay en Aconcagua; Pomaire, Cudahuita, Terao, Copequen, Curamapu, Putupur, Lampa, Macul, Llopeu, Chiñihue i Talagante en Santiago; Nancagua, Pilcun, Manquehue, Apaltas, Rapel,[24] Taguatagua i Vichuquen en Colchagua; Huenchullamí en Talca; Lora i Libun en Maule; Cobquecura, Ranquilcahue, Meypu, Puaun, Puralihue, Pirumahuida, Pumahuil, Maitenco, Colmuico, Nochehue, Pahuil, Huelhuine, Luanco i Chanco en Cauquenes; Quillenhue en Chillan; Noguen, Mela, Colmucahue, Nogueche, Guechupureo, Ichato, Chaquillama, Puñual, Parima i Quilacoya[25] en Concepcion. Segun el historiador Alonso de Góngora Marmolejo, a la desembocadura del rio Ainilebu, un poco mas al sur de Valdivia habia en su tiempo un gran pueblo de indios lla-

22. *Id*, páj. 320.
23. *Id.*, id. 343.
24. Se hace mencion especial de este pueblo en la declaracion de don Gabriel de Castilla, prestada en una informacion levantada de órden de Oñez de Loyola. *Historiadores de Chile*, t. II, páj. 303. Existe hasta hoi cerca del puerto de Navidad.
25. Este pueblo estaba cerca de Penco, segun el testimonio de Mariño de Lovera, *Historia de Chile*, páj. 67.

mado Ainil.[26] Guilquico, Dalcapulli, Collipulli, Guechuquethu, Chauquis, Noctuco, Lacuí, Chonchi, Payos, Lelbun, Ragco, Huilad, Achao, Pumbillay, Enao, Pulluqui, Cuquiguil, Vilupulli, Cuihuitan, Chelin, Mellilhue, Antuy i Terao en Chiloé;[27] i con especialidad, Nercon, Llaullau, Puteumun, Tei, Jutui, Huillinco, Cucau, Aoni, Queilen, Paitad, Compus, Chadmo, Rilan, Curahue, Quethalco, Quilquico, Dalcahue, Calen, Tenaun i Quicaví, en la isla grande; Achau, Quinchau, Curaco, Huigar, Palqui i Matau en la isla de Quinchau; Puquelon, Alachilu, Ichoac i Dativ en la de Lemui; Chelin, Quegui, Apiau, Chaulinec, Alau, Caguach, Quenac, Meulin, Linlin, Lligñua, Vuta-chauquis, Añihue, Chegniau, cada uno en la isla de su respectivo nombre; Carelmapu i Maullin en el continente; Caucahue, Calbuco, Menmen, Caicayen, Llaicha, Maichil, Chope, Poluqui, Quenu, Tabon, Abtau, Chiduapi i Huar, en las islas.[28]

Mas, así como en los tiempos anteriores a la invasion, el hambre i la peste disminuyeron notablemente el número de habitantes que poblaban el territorio, del mismo modo la conquista española acarreó el esterminio de la mayor parte de los que fueron sometidos al yugo del invasor. Aparte de los muchísimos testimonios que podríamos citar a este respecto, seguimos con preferencia el de Rosales por hacer mas directamente a nuestro caso, el cual dice así: «en las tierras de paz que há mucho que se conquistaron, como Santiago, habia algunos indios reducidos a pueblos, i esos poco a poco se han ido acabando.[29]» De los pueblos formados por los incas en nuestro territorio daremos razon mas adelante.

Para comunicarse por tierra de un punto a otro, principalmente en Arauco, tenian los indios tres caminos, que llamaban *rupus*,

26. *Historiadores*, t. II, páj. 224.

27. Algunos de estos nombres han sido tomados de una *Nómina de los pueblos i encomiendas de indios*, de 1788, que existe en la Biblioteca Nacional, formada por don Agustin de Salomon; pero en casi su totalidad los debemos a un rejistro escrupuloso de muchos de los espedientes que se encuentran en el Archivo del Ministerio de lo Interior.

28. Gonzalez Agueros, *Descripcion historial de Chiloé*, páj. 150.

29. *Historia*, t. I, páj. 151.

«uno arrimado a la costa, otro confinante a la cordillera, i el otro, el jiron de en medio de estas dos parcialidades;[30]» pero, en rigor estos caminos no habian demandado trabajo alguno, i eran mas bien simples sendas, en muchas partes solo conocidas de los habitantes de las rejiones por donde pasaban.

Ya que hemos dado a conocer cuales eran las poblaciones indíjenas i el estado en que se hallaban, se ofrece naturalmente a nuestra investigacion el exámen de las casas, consideradas una por una. Ante todo, no exajeremos, i en lugar de la espresion *casa*, que podria desde luego hacernos inducir en falsas apreciaciones, empleemos otra mas propia, ya que las habitaciones de los indios apénas si merecian el título de *ranchos*.

Las casas de los indíjenas de Chile, dice Oviedo, eran «hechas a manera de chozas o cabañas de viñadores, no obstante que la tierra es dispuesta para labranzas i se coje maíz en ella en abundancia.[31]» «Aman en demasía los hijos e mujeres, decia don Pedro de Valdivia al emperador, i las casas, las cuales tienen mui bien hechas i fuertes con grandes tablazones, i muchas mui grandes, i de a dos, cuatro, i ocho puertas; tiénenlas llenas de todo jénero de comidas i lana...[32]» Los compañeros de Ladrillero hallaron en la isla de Chiloé casas grandes de cuatro i seis puertas, que, segun el decir de Ercilla, eran de «paredes humildes i techumbres,» pero mas al sur la habitacion de los indios era en las cuevas, «do traen sus hijos i mujeres.[33]» Esta relacion concuerda en un todo con la que trascribe Burney, el compilador de los viajes de los holandeses en el Pacífico, pues dice que los marinos de Oliverio von Noort encontraron en el Estrecho como cuarenta naturales, «que al verse atacados corrieron a refujiarse en una caverna, junto a un cerro, en donde, segun parece, habian dejado ántes a sus mujeres e hijos.[34]»...

30. Nuñez de Pineda, *Cautiverio feliz*, pájs. 41 i 360.
31. *Historia de las Indias*, t. IV, páj. 268.
32. *Cartas*, páj. 55.
33. *La Araucana*, canto XXXIV; *Anuario hidrográfico*, pájs. 516 i 518.
34. Errázuriz, *Seis años de la historia de Chile*, t. I, páj. 241.

Pero, de todos los que han consignado en sus obras algunos detalles sobre el particular, ninguno que los dé tan completos como Rosales, a quien tantas veces hemos dado ya en nuesttas citas el puesto de honor. Refiere, en efecto, el estudioso i observador jesuita que «los ranchos de los indios, llamados en su lengua *tabu*, son cubiertos con paja, de que tienen variedad, porque unos las cubren con junquillos, otros con carrizo, i otros con cortadera (*carex chilensis*), segun sea la clase que se encuentra en la localidad.[35] La armazon es de unas varas largas, clavadas en el suelo, ya en redondo, ya en cuadro, las cuales, juntas arriba, i entretejiendo varillas delgadas a los lados i cubriéndola con paja, haciendo escalerillas de una paja sobre otra, queda hecha la casa; siendo costumbre asentada que ésta se ha de hacer en tres tiempos i tres veces, i cada vez ha de hacer el dueño una fiesta en que han de beber, comer i bailar tres o cuatro dias. La una fiesta ha de ser al clavar las varas en el suelo, la otra al envarillar al rededor, i la última al cubrirla de paja.[36]»

Tan interesantes como estos son tambien los detalles que consigna nuestro autor respecto de la fabricacion de las viviendas de los indios chonos, que poblaban el archipiélago de este nombre. «Las casas de estos indios, dice, son mas fáciles de hacer i mas humildes, porque las hacen de unas cortezas de árboles grandes que sirven de un lado de pared i...[37] de cubierta. «Las chozas de estos indios ni aún nombre de tal merecen, añade Gonzalez de Agüeros, pues solo se reducen a unos palos clavados en tierra

35. La relacion de Rosales concuerda en todo con la de Pedro de Oña. Para techar la casa, espresa el poeta angolino,

> Quien el desierto albergue trastornando
> Cargado vuelve i crespo de totora;
> Quien con la verde juncia rumorando,
> Quien con la seca paja cortadora,
> Quien por allá cubierto de carrizo...
>
> *Arauco domado*, canto VI.

36. *Historia*, I, páj. 149.

37. Hai un vacío en el orijinal. En la *Conquista espiritual de Chile* el padre repite lo mismo: «Casa no la tienen los chonos, sino que de cortezas de árboles hacen en cualquiera isla un mal reparo.» La casa es «una ramadita,» espresa el misionero José García, *Anales de la Universidad*, t. 39, páj. 369.

i cubiertos con cortezas de árboles i algunas pieles de lobo marino, i únicamente tienen para ellos la conveniencia de que fácilmente las trasladan a otros sitios; i como no hacen mansion determinada, sino que continuamente andan de isla en isla en solicitud de su manutencion, cargan en sus pequeñas piraguas, las cortezas, pieles i palos, i donde llegan levantan luego su choza.[38]»

«Los indios de guerra cuando van marchando, hacen en la campaña, en un instante, unas casitas en que se defienden del agua en el invierno i del sol en el verano, porque hai en casi todas partes unas hojas que llaman de *pangue*, i cada una es un quitasol, i con cuatro varillas arqueadas i cuatro hojas de éstas, está hecha la casa.[39]»

El abate Molina, disertando sobre las habitaciones de los indios, se inclina a creer que empleasen en ellas cierta especie de ladrillos conocidos con el nombre de *tica*, aunque observa juiciosamente que esta industria debió nacer despues de la conquista peruana, porque en la tierra de los Incas se conocian con el mismo nombre.[40] Al presente este material es completamente desconocido en la fábrica de las habitaciones de los indios, pero hasta hoi conservan ellas cierta orijinalidad, derivada de su forma i de los elementos empleados en su construccion.

Los indios pescadores de la costa del desierto de Atacama, conocidos jeneralmente con el nombre de «changos,» para la fábrica de sus habitaciones ocurren a otro sistema. «Como no llueve nunca en los lugares que habitan, nos dice D'Orbigny, tres o cuatro estacas clavadas en el suelo, sobre las cuales colocan pieles de lobos marinos i algas, forman sus casas.[41]» «Observé, añade por su parte un esplorador moderno, que sus chozas eran formadas con huesos de ballena, cubiertos con pieles de lobos.[42]»

38. *Descripcion historial de Chiloé*, páj. 186.
39. Rosales, *id.*, 151. Estas ramadas las designaban los araucanos, segun el padre Luis de Valdivia con el nombre de *acuñrue*. *Arte y gramática general, etc.*
40. *Historia civil*, lug. cit.
41. *L'homme américain*, t. II, páj. 334.
42. Bollaert, *Researches*, páj. 171.

Pero en lo que los autores no son tan precisos i minuciosos, ni andan de ordinario tan acordes como bien informados, es en el vestido que llevaban los naturales. Verdad es que el cronista Herrera los supone andando desnudos; mas, son tantas las aserciones contrarias i tantos los detalles que se dan, que no puede en manera alguna aceptarse el dicho del célebre cronista de Indias.

Desde luego, Gomara los hace aparecer vestidos con cueros de lobos.[43] Zárate, espresa que se vestian mas o ménos como los del Perú.[44]

El cronista Góngora Marmolejo, en su apreciable libro sobre la historia de los primeros tiempos de la conquista, da los detatalles siguientes acerca del traje que usaban los indios: «andan vestidos, dice, con unas camisetas sin mangas, i algunos traen zaragüelas; traen el cabello cortado por debajo de la oreja i por cima de los ojos.[45]»

Pero el que sobrepasa con mucho a los demas en los detalles que ha reunido a este respecto es el jesuita Diego de Rosales. «Los trajes de los indios de Chile, espresa este autor, son varios conforme las tierras, porque unos se visten de lana, otros de pellejos, otros de pluma, otros de cortezas de árboles i otros andan desnudos i con un barniz de barro i una pampanilla para cubrir la delantera.[46] I este fué el traje de todos estos indios antiguamente, hasta que vinieron los españoles a su tierra i les repartieron ovejas, de cuya lana se visten.[47] Que ántes de una paja que llaman *ñocha*, (*Bromelia Landbecki*, Ph.) i otra cortadera hacian un modo de lienzo que les cubria la decencia, atado

43. *Historia de las Indias*, páj. 128, t. 2.° de Barcia.
44. *Histoire de la conquête du Pérou*, trad. de Paris, 1706, t. I, páj. 132.
45. *Historia de Chile*, páj. 2.
46. Esta pampanilla tenia ordinariamente una cola de zorro, i el todo se ponia por delante o por detras, segun fuese el viento que soplaba. Visto este traje por la espalda, parecia realmente que su dueño era un rabudo, de donde nació la fábula de los hombres con cola, que el padre Ovalle tragó a pié juntillas, i que a Rosales pretendió pasarle, no sin cierto éxito, un teniente llamado Manuel Mendez, quien le aseguró que en una pelea que tuvieron los puelches con los indios amigos habia quedado muerto un indio con cola. *Historia*, t. I, páj. 277.
47. Se olvida nuestro autor de la conquista peruana.

a la cintura con una soga de la misma paja. I este traje usan hasta hoi infinidad de indios que habitan hácia el Estrecho de Magallanes, que de la cintura arriba andan desnudos...» «Se visten de cortezas de árboles en algunas islas, dice Alonso de Ovalle, citando al padre Gregorio de Leon, i otros con barro amasado con ciertas raicillas.[48]»

«Los puelches no traen encima mas que una piel de huanaco ceñida a la cintura, i los muchachos i las niñas unas plumas o unos cordeles de lana atados a la cintura, i las doncellas, en casándose, se quitan este plumero que traen a la cintura i se visten un pellejo que se echan encima de los hombros i se le atan por la cintura. En muchas partes de las pampas, para defenderse del sol i de los mosquitos, que como andan desnudos, los atenacean, se embarran todo el cuerpo con barro, mezclado con unas yerbas, para que tenga consistencia, con que se defienden algo de los mosquitos i del sol...; lo mismo en el Estrecho. Estos son los trajes de los indios que habitan en los dos estremos de Chile.[49]»

Hablando especialmente de Chiloé, cierto autor espresa que el vestido de los indios de esa rejion consistia en una especie de muceta de lana sumamente fina i peluda, debajo de la cual llevaban camisetas. Cubrian la cabeza con capuchas de lo mismo, i gastaban calzones, a causa de ser la tierra mui fria.[50] Don Alonso de Ercilla, que segun él mismo cuidó de estamparlo en la corteza de un árbol, llegó allí primero que nadie, describiendo a los naturales de la isla, le llamó la atencion

La buena traza i talle de la jente
Blanca, dispuesta en proporcion fornida,
De manto i floja túnica vestida.

La cabeza cubierta i adornada
Con un capelo en punta rematado,
Pendiente atrás la punta i derribada
A las ceñidas sienes ajustado:

48. *Histórica relacion*, páj. 98.
49. Rosales, *Historia*, t. I, páj. 159.
50. *Gay*, Documentos, t. I, páj. 222.

De fina lana de vellon rizada
I el rizo de colores variado
Que lozano i vistoso parecia,
Señal de ser el clima i tierra fria.[51]

El escribano Miguel de Gozcueta, que habia marchado al sur en una espedicion marítima, en los comienzos de la conquista, afirma que los habitantes que poblaban la costa desde el golfo San Martin al cabo del Ochavario, usaban en sus trajes la lana de ciertos perros pequeños i mui lanudos que criaban.[52]

En la cabeza solian tambien ponerse un bonete hecho de cuero de zorra o de pájaro, «que acomodan como copas de sombrero, dejándoles cabeza o pico, rabo i patas, en su figura natural.[53]» Estos bonetes habian llamado ya la atencion de Pedro de Valdivia, pues, segun se recordará, le decia al rei que los indios traian unos sombreros a manera de «bonetes grandes de clérigos.» «Parecen panes de azúcar, agrega Nuñez de Pineda, por ser largos de copa i cortos de falda.[54]» «Llaman «mañagua»,[55] agrega este mismo autor, un hocico de zorra desollado, abierta la boca, manifestando los dientes i colmillos, i las orejas mui tiesas i levantadas hácia arriba.[56]» Algunas veces acostumbraban igualmente llevar «como apretador o guirnalda» en la cabeza el pellejo de la del prisionero que habian muerto.[57]

Segun cuenta Cortes Ojeda, que hizo un viaje a las rejiones australes de Chile por los años de 1557, los indios que habitaban las orillas del moderno canal Fallos se vestian con cueros de lobos marinos.[58] El padre misionero José García, que en la is-

51. *La Araucana*, canto XXXVI.
52. *Anuario hidrográfico*, 1879, páj. 518.
53. Pedro Usauro Martinez, *La verdad en campaña*, núm. 62, M. S.
54. *Cautiverio feliz*, páj. 201.
55. *Mañahue*, escribe Perez García, *Historia de Chile*, cap. XI, M. S.
56. Ob. cit., páj. 203.
57. Rosales, t. I, páj. 126.
58. *Anuario Hidrográfico*, 1879, páj. 484. «Vestian con pieles de animales marítimos,» refiere Pietas en su *Informe sobre las diversas razas de Indios*. Los indios decian *elcanmun* por el acto de vestirse con plumas. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*; i hasta mucho despues de la conquista debió ser tan jeneral i estimada esta clase de adorno que Nájera cuenta que los araucanos obtuvieron de

la Camelan de este mismo canal, tuvo oportunidad de observar de cerca a alguno de los naturales, dice que al punto que éstos lo divisaron, salieron de la ramadita donde estaban, un hombre con su mujer i un hijito, i una soltera, «pintado el hombre el rostro i con su plumaje en la cabeza, que eran dos alas de pájaros; el vestido así del hombre como de las dos mujeres se reducia a una sola manta de pellejitos de huillin o gato marino, que les cubre las espaldas i poco mas abajo de la cintura, pero no por delante; mas, ni en el hombre ni en las mujeres, eché de ver aquel natural pudor que causa la desnudez, ni ellos estrañaban cosa en que nosotros los viésemos desnudos; el adorno, así de hombres como mujeres, es una sarta de caracoles mui menudos puesta al rededor de la cabeza (*chunam, elcha*), i las mujeres añaden al cuello unas sartas de bromas de palo que parecen huesos.» «Sus vestidos en tiempo de invierno, espresa este mismo autor en otra parte, se reducian a una manta mui pequeña, hecha de plumas de pájaros, que con las lluvias se les podria, i solo les tapaba las espaldas; en tiempo de verano, se alegraban de poder dejar esta manta, yendo desnudos.[59]» Otro tanto sucedia con los que vivian cerca de la isla Wellington, los cuales andaban con los mismos pellejos hasta poco mas abajo de la cintura, «con sus vergüenzas de fuera i sus cuerpos i caras salbigados de tierra colorada, con algunos reveses de negro i de blanco, i unas guirnaldas de plumas de pato sobre sus cabezas.[60]»

Estos adornos de plumas o penachos, «con varios i finísimos colores adornados,[61]» no eran solo peculiares a los indios de las rejiones de mas al sur, pues segun Mariño de Lovera, en la batalla

los españoles gallinas i gallos blancos, «solo para aprovecharse de sus plumas, que por ser blancas, las dan tintas de varias colores de toda fineza con raíces que para ello tienen, las cuales plumas les sirven para las libreas de sus borracheras.» *Desengaño, etc.*, páj. 94.

59. *Diario del viaje i navegacion*, pájs. 365 i 369 de los *Anales de la Universidad*, t. XXXIX. El traje descrito por García es el mismo que usan hasta hoi los habitantes de la costa occidental de Patagonia i Tierra del Fuego, segun puede verse en el dibujo que da Fitzroy.

60. *Id.*, id., 505.

61. Ercilla, *La Araucana*, canto I.

que dió Michimalonco a los compañeros de Pedro de Valdivia, los escuadrones de indios «venian lucidos a maravilla por la mucha plumería que traian en sus cabezas, de diversos colores.»[62] Esta principal «divisa i gala del plumaje era lo que los indios llamaban *perguin*.[63]» «Para asentar las plumas o penachos, de que ellos son mui amigos, i no los traen en la guerra, porque entónces usan celadas,» tenian el *llauto*, que «es un trocho o rodete redondo, ancho de dos dedos que les ciñe la cabeza, i los cuales adornan con muchas piedras i dijes.[64]»

De acuerdo con lo que ántes hemos visto declarar a Molina, parece incuestionable que, a escepcion de los jefes peruanos que se ensanchaban las orejas, por lo cual se les llamaba «los orejones,» entre los indios de Chile no se acostumbró jamás la deformacion del rostro i mucho ménos la del cráneo. Es sabido que de esta práctica singular no son raras las muestras que aún pueden estraerse de los cementerios indíjenas del Perú; pero en Chile, ni por la tradicion ni por los restos de antiguos sepulcros, puede en manera alguna afirmarse que haya existido esta curiosa costumbre.

Pero la práctica comun a los indios del Perú i Chile fué la de arrancarse los pelos de la cara con unas tenacitas, de plata en el Perú, hechas de conchas entre los araucanos, que llamaban *útiv*, i las cuales traen siempre consigo pendientes del cuello.[65] «A ratos perdidos las sacan, i en buena conversacion están arrancando los pelos.[66]» Con el tiempo, los araucanos usaron el mismo material que los del Perú, segun lo testifica ya Olivares,[67] i segun puede comprobarse de los ejemplares que han solido estraerse de las sepulturas. En nuestro atlas, bajo los números 124 i 125, damos de tamaño natural, dos hojas de estas tenacillas, de plata fundida,

62. *Historia de Chile*, páj. 46.
63. Perez García, *Historia*, lug. cit.
64. Ercilla, *La Araucana*. Tabla.
65. Rosales, I. 167 .
66. Ovalle, *Histórica relacion*, páj. 90; Gonzalez de Nájera, *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*, páj. 83, nota.
67. *Historia de Chile*, páj. 39.

que fueron sacadas de una huaca de los alrededores de Osorno. Como se nota, ambas están retorcidas en su estremidad superior, formando un pequeño agujero destinado a recibir el hilo con que se las amarraba al cuello. La número 124 es un poco mas elegante que la otra, estando adornada con dos dientes a cada lado. Debe notarse, sin embargo, que entre estos instrumentos i los que los peruanos usaban, habia una notable diferencia: segun puede verse en la figura 4 de la plancha XXXIV de la obra de los señores Rivero i Tschudi, las tenacillas peruanas tenian sus dos brazos reunidos, miéntras que los araucanos no supieron fabricar sino las dos hojas separadas.

Esta costumbre de arrancarse los pelos de la cara, que hacia parecer a los indios mucho mas desbarbados de lo que realmente eran, no estaba fundada solo en la ociosidad, como han pensado algunos autores, sino en sus ideas de estética i hasta de decencia, considerando que faltaban a ella los que traian sus cejas mui pobladas. En este órden, el tipo de la hermosura araucana es que la ceja aparezca apénas diseñada por una línea; i lo mismo parece que ocurre con frecuencia entre otros muchos salvajes, pues de la Oceanía se sabe que los naturales de las islas del Almirantazgo se raspan las cejas con pedazos de obsidiana, que les suministran las montañas volcánicas del país. [68]

Por lo que hemos visto, consta igualmente que los aboríjenes del sur de Chile, para libertarse de los incómodos ataques de los mosquitos, se veian obligados a embadurnarse el cuerpo con barro. Pero, en las rejiones de mas al norte, es incuestionable que usaban de la pintura para teñirse por lo ménos la cara. Así, Mariño de Lovera refiere que en cierto encuentro que los españoles tuvieron con los indios en los primeros tiempos de la conquista, venian «mui lucidos con las pinturas de sus rostros, que estaban matizados con la variedad de colores.» «Se adornan, añade Carvallo, tanto los hombres como las mujeres, con pinturas encarnadas de figura triangular, que se ponen en las mejillas

68. Girard de Rialle, *Les peuples de l'Afrique, etc.*, páj. 157.

i barba, tirando por todo el rostro tres líneas negras, desde los párpados i labio superior,» costumbre que se estendia tambien a Chiloé, segun lo que resulta de un libro de apuntes del historiador Perez García.[69] En las sepultúras suelen encontrarse terrones amasados con esta pintura lacre, que los indios llamaban *colu* i que los conquistadores peruanos, segun se verá en su lugar, enseñaron despues a guardar en pomos adecuados al objeto. Los pehuenches hacen sus pinturas «revueltas con sangre de animales, lo que los pone fétidos.[70]» Los changos se tiñen la cara con ocre.[71]

Entendemos, sin embargo, que esta pintura del rostro era simplemente superficial, no habiéndose entregado jamas nuestros indios a la práctica del «tatuaje,» ni a otras operaciones como la de romperse o teñirse los dientes, que son tan comunes aún hoi dia entre ciertos pueblos salvajes. «No se pintan los rostros i cuerpos en la forma que los del Brasil i otras partes, dice a este respecto Gonzalez de Nájera, ni se horadan los labios o bezos, como los del Paraguay i Charrúas, i otros muchos que traen huesos i piedras labradas en ellos, a que llaman los nuestros barbotes, ni ménos usan, salvo las mujeres, de zarcillos, brazaletes, ni gargantillas, ni de otro adorno alguno femenil de que usan los indios en otras muchas partes.[72]»

De estos adornos mujeriles, la joya principal eran las «llancas,[73]» «que son unas piedras toscas, verdes, que agujerean por medio i las ensartan, i que entre ellos valen mas que los diamantes.[74]» «Son éstas, añade Gonzales de Nájera, unas piedras brutas, sin algun labor, pulideza, o forma, feas, bruscas i caverno-

69. Citado por Gay, *Documentos*, t. I, páj. 222. Carvallo, *Historiadores*, t. X, páj. 133.

70. Usauro Martinez, *La verdad de campaña*, M. S.

71. Philippi, *Viaje al desierto de Atacama*, páj. 36. El afeite de la cara lo designan los araucanos con el nombre de *ipu*. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*

72. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 96.

73. Los mineros conocen actualmente con este nombre un silicato de óxido de cobre.

74. Rosales, t. I, páj. 159.

sas, i aunque tiran a verdes, no son trasparentes como las esmeraldas, con las cuales, hechas sartas, usan a adornarse los caciques, puestas en los sombreros los que los tienen, o en los apretadores de sus cabelleras, en que ponen toda su gala.»

«Otras sartas usan de ménos estima, aunque de prolija obra, que les sirven de ceñidores, largas de a dos i mas varas, i de dos dedos de ancho, compuestas de muchísimos granos ensartados en hileras, que juntan unas con otras a modo de aljófar, o abalorio blanco, las cuales cuentecillas son hechas de conchas marinas. Estas dos maneras de joyas son las piedras preciosas i el oro de los indios, i entre ellos tiene el primer lugar la primera, como entre nosotros el diamante.[75]» Las cuentas de que son hechas las «chaquiras», que las hallan por las marinas, dice Ercilla, cuanto mas menudas son mas preciadas: labran i adornan en ellas sus «llautos», i las mujeres sus «hinchas», que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente, a manera de bicos.[76]» Pedro de Oña añade:

> Adórnanse de huinchas i de llautos,
> Con piedras que deslumbran quien las mira,
> I con azules vueltas de chaquira.[77]

«Traia la muchacha que me invitó a bailar, refiere Nuñez de Pineda, muchas liancas i chaquiras, de diferentes colores, mui bien adornadas, que en tales festejos, las tienen por gran gala las que entran a bailar con las demas mozas.[78]»

«Para el trenzado, usan unas cintas que hacen de caracolitos del mar, blancos, mui pequeños, que parecen cuentas de abalorios, i llaman en su lengua «cucham»; i en las orejas, muchos zarcillos i patenas cuadradas de metal de vacinica, o de plata i cobre, i suelen traer tantos que les rompen las orejas.[79]» Usan

75. Nájera, *ob. cit.*, páj. 97.
76. *La Araucana*, tabla.
77. *Arauco domado*, canto II. Cuando las chaquiras eran grandes las llamaban *curari*, i a una cinta que labraban con ellas, *cúcham* Febres, *Arte de la lengua general, etc.*
78. *Cautiverio feliz*, páj. 203.
79. Rosales, t. I, páj. 159.

algunas mujeres zarcillos de plata, añade a este respecto Gonzalez de Nájera, hechas de cálices i patenas que hubieron en el saco de las ciudades que destruyeron; porque minas de tal metal no sé que se hayan descubierto hasta ahora en aquella tierra, aunque hai noticias dellas, i comunmente tambien traen zarcillos de laton, habido en el mismo saco, hechos a modo de ruedecillas de reloj, dentados, grandes i pequeños, i de otras formas.[80]»

Entre los araucanos se ven hasta hoi los aretes cuadrangulares de tamaño i peso estraordinarios; mas, ¿son ellos de invencion de los naturales, o por el contrario, los han adquirido de los españoles? A nuestro modo de ver, esta duda envuelve una doble solucion, segun sea el punto de vista bajo el cual se le considere. Si no se toma en cuenta mas que la forma i dimensiones, nos parece que ambas son evidentemente de invencion araucana, orijinales del pueblo; mas, el material, la plata misma (casi el único metal empleado para estos trabajos) es de estraccion española. Tendríamos, pues, así que en las provincias del norte, (segun se verá despues) ántes de la conquista española, i por lo ménos desde la invasion peruana, la forma i el material fueron propios de los aboríjenes; i que hácia el sur, utilizando un material de estraccion ajena, le dieron una forma propia. En la figura 130 puede verse una muestra de estos pendientes cuadrados a que sin duda alguna se refiere Rosales i que hasta la fecha se encuentran en gran boga entre las tribus araucanas. Pesa cincuenta gramos, i la parte plana inferior tiene un ancho de catorce centímetros, i segun dice don P. U. Martinez, en Arauco se les conoce con el nombre de «uples,» *chapul*, o *upul*, segun Febres.[81]

«El ajuar de sus casas i el menaje es poquísimo i pobre, contentos con tener que comer i vestir moderadamente.[82]» «El mobiliario de los indios changos, dice D'Orbigny, consiste en algunas conchas, algunos vasos, utensilios de pesca i pequeños

80. Ob. i lug. cit., páj. 98.
81. *La verdad en campaña*, M. S.
82. Rosales, I, páj. 160.

arpones, injeniosamente preparados.[83]» Los araucanos hacen tambien unas esteras o tapetes, en los cuales invitan a sentarse a los forasteros, i que ellos mismos aprovechan para colocarse al rededor del fuego.[84]

Para dormir, hacen la cama sobre un monton de totora,[85] o sobre algun pellejo, cuando no en el duro suelo;[86] no se desnudan, durmiendo todos revueltos, costumbre comun a todos los indios, incluyendo a los changos i con mas razon a los chonos i caucahues. En los tiempos de Bascuñan usaban pieles cosidas en lugar de sábanas, (*ñonques*) mantas blancas i una frazada,[87] sirviendo de almohada un tronco de madera.[88] Por lo demas, decia Nájera, «se duerme sin recelo de cosa que ofenda, ni se sabe qué cosa sean chinches ni pulgas, que den pesadumbre de noche i de dia, particularidades no poco de estimar bien consideradas... Solo se sabe que hai en aquel reino un animalito nocivo, i éste no es comun en todo él, porque solo se halla en una particular i no grande provincia, que llaman de Mareguano, que es una mui pequeña araña de color rojo, de forma i grandeza de una garrapata, la cual al hombre que pica en cualquiera parte, le priva por algunos dias de juicio, a unos por mas tiempo que a otros,... i esto es cosa mui sabida en aquella tierra.[89]»

Los parásitos mas comunes en los indios son los piojos, «que el mas limpio indio o india se come los propios i ajenos cuando se espulgan unos a otros, como las monas,» práctica comun entre los pueblos salvajes.[90] Decian *puthar* al piojo del cuerpo, i *chin* al de la cabeza.

83. *L'homme américain*, t. 2.°, páj. 334.
84. Bascuñan, *Cautiverio feliz*, páj. 472.
85. *Gutantun*, arrancar yerba i hacer la cama en ella. Febres, *Arte de la lengua, etc.*
86. Rosales, lug. cit. Existe en araucano la voz *cahuitu*, catre, pero es de evidente oríjen español, como *cahuellu*, caballo.
87. Pájs. 51 i 98.
88. Carvallo, *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 137.
89. *Desengaño*, páj. 71. Esta araña es el *Latrodectus formidabilis* (dibujada por Gay, lám. 4, fig. 10 del *Atlas*) de los naturalistas. Es bastante comun en los lugares secos de las provincias centrales, i se oculta debajo de las piedras.
90. Véase Girard de Rialle, *Les peuples de l'Afrique et de l'Amérique*, páj. 170. Gonzalez de Nájera, *Desengaño de la guerra, etc.*, páj. 470.

Para alumbrarse se valian los indíjenas de las varias especies del coligües o rugul, que se crian en los montes; «meten en el recoldo uno o dos de estos «coleos,» i luego se encienden i arden como una vela, i en acabándose remudan otros.[91]» A esta especie de vela llamaban *cùde*.

«Para sacar fuego, su piedra i eslabon son dos palitos i apénas hai indio que no los traiga colgando en la cintura, particularmente los que van a la guerra o hacen camino.[92] I a estos palitos llaman *repu*; el uno de ellos es algo puntiagudo, i nombran *huentu-repu*, i el otro agujereado por medio, *domo-repu*, de manera que el uno encaja en el otro, como el gorron en el dado, i el uno es hembra i el otro macho; i al sacar fuego dicen *reputun*.[93] Asientan el un palito en el suelo i tiénenle fijo con los piés, i con el macho sacan fuego del otro palito, afirmando con las dos manos i refregándole entre ellas con fuerza i maña. Porque ludiendo el quicio sobre el dado, hacen entre los dos un aserrin menudito, que con la colusion de los palitos se enciende brevísimamente, i echando aquel aserrin encendido en unas pajas o en otra materia seca, a dos soplos tienen sacado fuego, sin yesca, eslabon, pedernal ni pajuela. I así aunque no hayan guardado fuego en sus casas, de parte de noche, no han menester irle a buscar a otras casas, que en el *repu* dicen que le tienen guardado i luego le sacan con facilidad; que este es el fuego que dicen que trajo la zorra en la cola i le dejó en las piedras i en los palos...[94] «Una vez que sacan fuego de esta manera, añade Gonzalez de Nájera, se sirven como de yesca del tronco seco del *chagual*, del cual, encendida una punta, conserva el fuego i dura mas de dos jornadas.[95]»

91. Rosales, lug. cit.

92. «Traia la india a las espaldas, refiere Gonzalez de Nájera, un envoltorio dentro de una red de que se sirven como de mochila, i habiéndola puesto en el suelo me abajé a ver lo que traia dentro.... Hallé unos ovillos de hilado i alguna lana para hilar, i envueltos en ella unos palos con que los indios acostumbran a encender fuego.» *Desengaño*, páj. 189.

93. Perez García, *Historia de Chile*, M. S. Febres, *Arte de la lengua, etc.*

94. Rosales, ob. cit., páj. 160.

95. *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*, páj. 59.

Los peruanos se proporcionaban tambien el fuego «con dos palillos rollizos, delgados como el dedo i largos de media vara, barrenando uno con otro... Los indios se sirven dellos en lugar de eslabon i pedernal, i de camino los llevan para sacar fuego en las dormidas que han de hacer en despoblado,... i los pastores se valen dellos para lo mismo.[96]» Este sistema parece haber sido comun tanto en América como en otras rejiones, pues, segun espresa Lubbock, «algunas tribus indíjenas de Estados Unidos se procuran el fuego dando vueltas a un palo en un agujero. Los Dacotahs se servian de un torniquete, consistiendo el instrumento en un arco, cuya cuerda abraza un trozo de madera vertical. Dando al arco un impulso de adelante hácia atras, i recíprocamente, se comunica al palo que está perpendicular un rápido movimiento de rotacion. Los iroqueses habian perfeccionado el instrumento, valiéndose de uno que se asemeja mucho al que usan en Europa i en Ceilan para abrir agujeros en la greda i en el metal.[97]» La universalidad de esta práctica se esplica perfectamente, porque, como hasta hoi suele observarse en las montañas de la Araucanía, en los dias de grau viento, el roce continuado de unas ramas con otras produce a veces el incendio de grandes estensiones de bosque.

Para comer, los araucanos se sientan, de ordinario, en unos pellejos que llaman *añuhue*, a la orilla del fuego, «i cuando no lo hai, o se hallan fuera del rancho, a la resolana se ponen en corro, i si son muchos se acomodan tras de la primera hilera otros no de tan alta esfera, i así se van siguiendo.[98]» «Los platos i vasos se ponen en el suelo. La mayor cortesía que se le hace a un huésped es ponerle un pellejo de carnero en el suelo en que se siente i una botija delante que se beba. Pero como no la puede beber toda i la cortesía es que brinde a los de casa, brinda con el primer jarro el señor de la casa, no solo por cortesía sino que lo ha de beber por fuerza, para que se vea como no le da veneno en

96. Garcilaso, *Comentarios reales*, t. I, páj. 198.
97. *L'homme préhistorique*, páj. 478.
98. *Cautiverio feliz*, páj. 472.

aquella botija de chicha i que él bebe primero para asegurarle que no hai allí mal ninguno. I con eso bebe el huésped i pide licencia al dueño de casa, para brindar a sus mujeres i hijos, i él la da con mucho gusto. El plato que se pone al huésped, aunque esté con mucha hambre, no le ha de tocar, ni comer bocado hasta que el dueño de casa, de allí a un rato le diga que coma, i lo demas fuera poca urbanidad el comer sin decírselo. I es esto tan asentado que la mujer le asienta el plato al marido delante, i en ninguna manera come bocado hasta que de allí a un rato le dice la mujer que coma, i jamás come el marido con la mujer, porque las mujeres sirven a la mesa, i aunque no sirvan, los hombres comen juntos i las mujeres aparte, i los hijos en pié, o fuera de la casa... I es de notar, añade Gonzalez de Nájera, que siendo en estremo sucios i groseros en su comer, por la mayor parte se muestran delicados en el tomar con la mano la vianda, porque lo hacen con solo dos dedos, cerrando con los demas el puño.[99]»

Puede asegurarse que los medios de alimentacion de los aboríjenes eran bastante variados. En efecto, segun el testimonio de Pedro de Valdivia, los primeros españoles encontraron en Chile indios cazadores. Armados como estaban de la flecha, que sabian fabricar adecuadas para el caso, segun se ha visto tratándose de sus armas, de la honda i en algunas rejiones del «laqui», o boleadoras, tan usadas hasta hoi por los indios de las pampas, encontraban en las cordilleras numerosas tropas de guanacos, que en los inviernos en que nevaba mucho descendian a los llanos a buscar yerbas;[100] venados o huemules, (*Cervus chilensis*) de que hai infinitos en las mismas llanadas,[101] el «pudú» (*Cervus pudu*); la viscacha (*Lagotis criniger*); la chinchilla (*Chinchilla laniger*). «Hai tambien unos ratones como gazapillos, mas grandes que las mayores ratas... Estos comen en Chile las mujeres de todas ca-

99. Rosales, *Historia de Chile*, t. I, páj. 152; *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 470.
100. Nájera, páj. 68.
101. Id., id.

lidades, i aún las damas criollas, estimándolos por regalada comida, de manera que entiendo que dejarán de buena gana, una perdiz por un raton; i aún son deleitosa caza para las mismas damas, porque tienen sus madrigueras en los campos llanos, i echándoles agua dentro, los hacen salir a donde los toman a mano.[102]» Los animalejos a que el capitan español se refiere son sin duda alguna los «cururus» (*Poephagomys*), de que hai en el país dos especies, con mas tres de los «tunduques» (*Ctenomis*), que se estienden por las cordilleras desde el desierto de Atacama a la Tierra del Fuego; el «cuy» i el «degu»,[103] cuyos restos en las sepulturas indíjenas son mas o ménos frecuentes. «Los cuyes, dice Rosales, entre los indios del Perú tenian cierta estimacion sagrada, porque los sacrificaban a los dioses falsos, i así los veneraban como cosa divina; pero con los de Chile no han granjeado crédito ninguno de relijion, sino solamente para la gula.[104]»

Los naturales perseguian tambien al leon en Chile (*Felis concolor*), que al encaramarse a los árboles era flechado i muerto.[105] Los indios de la costa, incluyendo a los changos, que para el caso sabian imitar perfectamente sus gritos, hasta los chonos i caucahues, mataban con palos los lobos marinos.

El padre García describe como sigue una de estas cacerías: «el 28 de octubre (1766) entre cuatro i cinco de la tarde dimos vista a unos peñascos llenos de lobos marinos; luego los caucahúes con un inesplicable gusto enderezaron la proa para la lobería, i desarbolando la piragua con mucho silencio, i con suave remar se fueron acercando i pasaron a cerca de una cuadra de distancia. Algunos caucahues desnudos se proveyeron de lazo i un palo macizo de ocho a nueve palmos de largo, que aseguraron al cuello para que no les embarazase el poder nadar; poco a poco se descolgaron al mar, i nadando se dirijieron hácia los lobos; aunque éstos los veian no se espantaban, teniéndolos por animales

102. *Id*, páj. 70.
103. Alonso de Ovalle, *Histórica relacion*, páj. 87.
104. *Historia de Chile*, t. I, páj. 325.
105. Nájera, páj. 70.

de la misma especie; al llegar a la orilla se repartieron, i saliendo cada uno por su parte, enarbolaron el palo i acometieron a los lobos; así lograron matar once i algunos tan grandes como terneros. Hecha esta funcion se acercó la piragua i se recojió la caza con los lazos; luego proseguimos nuestro viaje, i a pocas cuadras alojamos en la isla grande de Fugulac, de buen fondo i puerto, que mira al sur. Una vez anclados, sacaron los lobos a tierra, i descuartizándolos, hicieron su comida.[106]»

Estos mismos indios tenian por regalo comer carne de las ballenas muertas que salian a la playa, aunque estuviesen podridas.[107] «Algunos tripulantes del «Tamer,» dice Byron, vieron paseándose por la costa cierto número de estos indios ocupados en cortar una ballena muerta i casi podrida, la cual infestaba todos aquellos contornos. Probablemente preparaban aquel pescado hediondo para su infeliz sustento, pues hacian de él grandes tajadas, i le llevaban a espalda a otra cuadrilla que estaba a alguna distancia puesta al rededor del fuego.[108]» «Padecian estos indios muchos trabajos, pues su comida se reducia a marisco crudo, pájaros,[109] i huevos de los mismos pájaros; i cuando lograban cojer algun lobo, era un gran banquete, i aunque lo hallasen muerto i podrido, no lo desechaban i muchas veces lo comian crudo, cojiendo con los dientes una punta de carne, i con la mano la otra parte del pedazo, i con una concha de marisco cortaban junto a los dientes el pedazo o bocado que habian de engullir.[110]»

«Están en tan miserable constitucion aquellos indios, añade otro misionero, que para solicitar diariamente su manutencion, no tienen otro arbitrio que andar continuamente sobre el agua: i así ni por los rigores del invierno pueden omitir esta dilijencia penosa para buscar la pesca i los mariscos para mantenerse.

106. *Viaje*, Anales de la Universidad, t. XXXIX, lug. cit.
107. Rosales, *Conquista espiritual de Chile*, M. S.
108. *Viaje*, trad. de don Casimiro de Ortega, Madrid, 1769, páj. 91.
109. En la boca del canal Fallos, este misionero dice que halló unos cuatro indios, cuya despensa se reducia a dos o tres montoncillos de pájaros «lilis» (*Graculus Gaimardi*,) algunos ya podridos, por estar fuera del ranchito espuestos al sol i el agua.»
110. *Viaje* del padre García, lug. cit., páj. 365.

«A este cuotidiano ejercicio salen embarcados en unas piraguas de tres tablas (que solo al verlas intimidan al hombre mas esforzado) hombres i mujeres; pero éstas son las que sufren el mayor trabajo, pues ellas son las que, como buzos, se echan a lo profundo del mar, sin que las sirva de obstáculo hallarse preñadas, ni el estar acabadas de salir de su parto; i los indios se ocupan en buscar i conducir leña para sus chozas... Es tanta la miseria a que están reducidos aquellos jentiles, que por bebida, en muchas ocasiones, usàn el aceite de los lobos marinos, por falta que esperimentan de agua dulce; i de esto les viene el pálido color que siempre tienen, i el fétido olor que todos ellos traen consigo; siendo tambien causa para esto el que acostumbran comer la carne de los lobos, pues derretida ésta i sacado el aceite, guardan los chicharrones para su alimento.[111]»

«En jeneral, dice Nájera, los indios no hacen distincion de animales cómestibles a los inmundos i asquerosos, que todo no lo coman sin asco ni recelo, sin perdonar sabandija, lo cual, entiendo, es causa de que crian muchos dellos feísimos lamparones.[112]»

En cuanto a la caza de volatería, «los indios cazaban las perdices de muchas maneras, i muchas con perrillos pequeños i lijeros, puestos los cazadores en paradas, donde las abocan al segundo vuelo.[113]» Tambien flechaban los loros, que algunas veces andaban en bandadas tan grandes «que se puede decir quitan el sol.[114]» Debian atrapar las tórtolas de alguna manera especial, pues en su idioma existe el verbo *qudetun* que significa cazar esa ave.[115] Ademas de sus armas, empleaban varias especies de trampas i lazos, que llamaban *huachis;* sorprendian los pájaros

111. Gonzalez de Agüeros, *Descripcion historial de Chiloé*, páj. 186.
112. Páj. 94. En otra parte de su libro, cuenta este mismo autor, que los indios de la Serena, despues de la conquista española, se daban a la caza de lagartijas, para estraerles de la barriga el oro que tragaban, con lo cual les bastaba a veces para pagar el tributo a los encomenderos. *Desengaño*, páj. 77.
113. Nájera, ob. cit., páj. 74.
114. Id., id.
115. Febres, *Arte de la lengua general.*

nuevos en los nidos o se apoderaban de los huevos; otras veces, valiéndose de la liga que les proporcionaba el *cùnthal* (quintral) los pillaban vivos.[116] No hai ningun cronista que se haya acordado de apuntar si los aborijenes habian domesticado alguna ave, pero lo mas probable es que se contentasen con las que la naturaleza les deparaba silvestres en tanta abundancia.

De lo que no puede dudarse es que poseian domésticos el perro i el *chilihueque*. Por mas que respecto del primero don Claudio Gay haya aseverado que no existia en Chile ántes de la conquista de los españoles,[117] el idioma (perro se dice *thegua* en araucano) i los cronistas dan testimonio de lo contrario. En el viaje de Ladrillero a las costas del sur de Chile en 1557, se dice ya que los indios que habitaban cerca del cabo del Ochavario criaban «unos perros lanudos»; acabamos de ver que Gonzalez de Nájera afirma que los araucanos cazaban perdices con «unos perros pequeños», los cuales debian pertenecer a la misma especie que Fitzroy encontró en la Tierra del Fuego i entre los chonos i que describe de la manera siguiente: «es pequeño, activo, delgado; su pelo es ordinariamente tosco i color de tierra; las orejas eréctiles, anchas i puntiagudas; nariz afilada como la del zorro; la cola caida i mas bien espesa. Son sumamente vijilantes i fieles. Su sagacidad se muestra de muchos modos, i especialmente en la propia alimentacion, pues arrancan el marisco de las rocas en las bajas mareas i les rompen la concha para apoderarse de la comida. Estos perros ladran con furia a los estraños.[118]» Byron añade que los chonos pescaban con ellos.[119] «He oido decir, continúa Nájera, que de estos perros se crian en unas islas en un archipiélago vecino, pequeños, blanquísimos i mui lanudos, que se sustentan del marisco, de los cuales cojen los indios cada año grandes manadas o rebaños, que encierran en corrales solo para trasquilarlos, porque se visten de sus lanas, i luego les dan

116. Id., *id.*
117. *Zoología*, t. I, páj. 54.
118. *Voyage of the Adventure and Beagle*, t. 2.°, páj. 201.
119. *Viage*, lug. cit.

libertad.[120]» Los araucanos animaban los perros con las voces *to, to, to*.[121]

El *chilihueque* servia a los chilenos como alimento, como bestia de carga i para el aprovechamiento de la lana. «En los primeros tiempos de la conquista, cuando los caballos i mulas eran todavía escasos i de un precio elevado, servia este animal para el trasporte de pequeñas cargas, para conducir el agua para los menesteres domésticos, i hasta para uncirlo a una especie de arado llamado *queiñelvolque*, utilizándolo así en la labranza de las tierras; pero en razon de su pequeña talla i de su debilidad, no pudieron sostener por largo tiempo la concurrencia con los introducidos por los españoles. A principios ya del siglo XVII habian casi desaparecido, a pesar de que, consagrados desde largo tiempo por las preocupaciones nacionales, habian servido como símbolo en las ceremonias relijiosas i políticas de los araucanos.[122]»

«Aprovéchanse, ademas, los indios de sus lanas para vestirse i de sus huesos para puntas de sus flechas, de que las hacen como punzones de a jeme, i otras arponadas. Comen no ménos de la leche de las ovejas que de la sangre de los carneros, especialmente en tiempo de hambre, porque de cierto a cierto tiempo, los sangran de la cabeza, sin detrimento, de que sacan no ménos cantidad de sangre cada vez que de leche a una oveja. No matan los indios estos carneros, aunque la carne es mui buena, por los aprovechamientos que sacan dellos.[123]»

Estos chilihueques, o carneros de la tierra, como los han llamado los cronistas de la colonia, eran relativamente escasos en lo antiguo. Un viajero de los primeros tiempos de la conquista declara que en Ancud los indios tenian cuatro, seis i hasta ocho, i que los caciques solian poseer hasta veinte,[124] i Valdivia asegura que cerca de Biobio, en la primera entrada que hizo con sus

120. *Desengaño, etc.*, páj. 67.
121. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*
122. Gay, *Agricultura*, t. I, páj. 5.
123. Gonzalez de Nájera, páj. 68.
124. *Viaje de Ladrillero. Anuario hidrográfico*, lug. cit.

soldados, recojieron hasta «mil ovejas; [125]» pero estos son los testimonios mas favorables que pudieran recojerse a cerca de su abundancia, pues la jeneralidad está de acuerdo en que el número de tales animales era mui reducido. Bascuñan afirma a este respecto que solo los poseian «los hombres de cuenta i poderosos,[126]» i Gonzalez de Nájera que habia pocos «porque no los tienen en manadas.[127]»

En lo que las opiniones no andan tan uniformes es en la averiguacion de si estos chilihueques eran simplemente el huanaco domesticado, o en si, por el contrario, eran las llamas de los peruanos. Por lo que a nosotros toca no divisamos motivo para esta duda.

Desde luego los que han descrito el chilihueque lo pintan adornado de colores negros, colores que, como se sabe, son enteramente ajenos al huanaco de nuestras cordilleras, que ha sido siempre familiar a los indios chilenos. La abundancia de este último cuadrúpedo se aviene tambien mui mal con la escasez manifiesta del chilihueque, que, acaso por eso, como por su raro color, habia sido elejido por los indios para ofrenda de sus divinidades i para el festejo de ciertos acontecimientos solemnes.

En la lengua araucana, por otra parte, existen las dos palabras *chilihueque* i *luan*, huanaco, cosa que por cierto no se esplicaria, si estuviesen destinadas a representar una misma entidad.

Finalmente, por las pinturas o láminas del chilihueque que no pocos viajeros que abordaron en Chile en los tiempos coloniales nos han dejado en sus obras, se viene en cuenta de que se ha querido representar en ellos a la llama i no al huanaco,[128] lo que

125. *Cartas*, páj. 13.
126. *Cautiverio feliz*, páj. 125.
127. *Desengaño, etc.*, páj. 68.
128. Molina, Stevenson, I, páj. 115. Los viajeros holandeses fueron los que dieron de ordinario estas pinturas. Véase el viaje de Spilbergen en la páj. 33 del *Miroir Oost & West Indical*, Amsterdam, 1621. Parece que tambien llevaron alguna vez estos animales a Europa segun se desprende de un aviso impreso en el mismo Amsterdam en 1780 con una figura en que se representaba el *chilihueque* con las formas mas estrañas. Véase Muller, *Catalogue of books*, páj. 113.

afirmaban el jesuita Febres[129] en 1765, i el historiador Perez García hace ya cerca un siglo.[130]

Mas, lo que no puede asegurarse con igual certidumbre es si la llama domesticada, o *chilihueque*, fué introducida en Chile por los peruanos, o sí por el contrario, los mismos aboríjenes, despues de cazarla en la cordillera, supieron aclimatarla i educarla para el rebaño. Cuando Ercilla visitó por primera vez a Chiloé refiere que dos caciques le trajeron

> Una lanuda oveja i dos vicuñas
> Cazadas en las sierras a puras uñas:[131]

lo que acaso no pasa de ser una pura licencia poética. Por lo ménos, es sabido que las vicuñas no alcanzan jamas a rejiones tan australes. En todo caso, bien sea que se admita una u otra suposicion, lo que parece incuestionable es que la llama ha debido domesticarse primero en el norte de Chile para ir avanzando mas tarde hácia la parte del sur.

«La carne de las ovejas i otros animales que matan, espresa Rosales, la comen comunmente cruda, i en matando las reses, que suele ser de un garrotazo, las dejan enfriar dentro la sangre, sin abrirlas ni desangrarlas, i de allí a mucho tiempo como las van abriendo, van comiendo el sebo crudo i las tripas i panzas, sin lavarlas, porque son tan poco melindrosos o tan bestias que con solo sacudir el perejil se contentan, sirviéndoles de salsa lo que se queda pegado i la hambre. Alguna parte comen cocida, pero tan superficial i tan groseramente, que no hacen sino poner una olla grande al fuego i allí llegan muchas mujeres a cocer la carne, que llevan hecha soguillas i atadas en una soguilla, i cada una mete en la olla la carne i la tiene un breve rato i tira de la soguilla. I suelen estar diez o doce, cada una asida de su soguilla, i en sacando unas sus soguillas, entran otras, i así en breve

129. *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*, paj. 448.
130. *Historia de Chile*, M. S., cap. VII.
131. *La Araucana*, canto XXXVI.

acaban todas con su desaguisado, que sale tan duro como si no se hubiera guisado.

«Este sancochado parten las mujeres en pedazos de buen tamaño i se los llevan a sus maridos en una batea. El marido se levanta en pié i va llamando por sus nombres a sus parientes i amigos i a los que tiene obligacion de dar de aquella carne, por sus correspondencias, i conforme va respondiendo cada uno, desde su asiento, sin levantarse, les va tirando desde donde está a cada uno un pedazo de carne, i le recibe en las dos manos, peloteando la carne de una parte a otra; i así comen la carne sin mas aderezo ni mas policía. I para estas ocasiones apénas hai un indio que no traiga una bolsita con un pedacito de sal i un ají o pimiento, i para tomar gusto, chupa la sal i el ají, i luego lo vuelve a guardar para otras ocasiones. I a esto llaman *cumentun*, que significa salsa que cada uno trae consigo...

«En otras ocasiones guisan las mujeres la carne con alguna mas curiosidad, echando en el guisado papas i otros adherentes, i a este potaje llaman *locro*, i le sirven en sus platos de palo con sus cucharas de lo mismo. I es costumbre mui establecida que las mujeres no han de comer con cuchara, sino solamente los hombres: lo uno, porque no se les igualen, i lo otro, porque están mui persuadidos, a que el que come con los dedos se chupa los tuétanos, i se consume, quita las fuerzas i envejece, i por esta causa no ha de comer el hombre con los dedos, i que las mujeres importa poco que coman con ellos, porque aunque se chupen los tuétanos por los dedos, i se debiliten i enflaquezcan, importa poco, porque no han de ser soldados, i aunque se envejezcan, no hace al caso, que importa poco, i hai muchas, i hacen ménos falta que los hombres...

«...En estando en algun convite o fiesta, si a un indio le ponen un plato, le ha de volver limpio i sin cosa ninguna pegada a él, so pena de incurrir en una grande descortesía i poca urbanidad, i así en comiendo lo que le parece del plato, se le da a su mujer para que le limpie i le vuelva. I el modo de limpiarle es rayéndole con los dedos, i chupándolos, i luego con toda la mano,

volviéndolo a chupar... Lo mismo hacen con los jarros de chicha con que se brindan, que los limpian con los dedos i los vuelven a los que brindaron con ellos. I en volver los platos i los jarros a la misma mano de donde salieron, hai grande puntualidad, i es un punto de cortesía tan forzoso que aunque se haya ido a otra parte el que hizo el bríndis, ha de irle a buscar donde quiera que esté i entregarle en su mano el jarro.

«Es el sainete de las fiestas el comer alguna carne cruda, i el que hace la fiesta hace traer, cuando todos están bebiendo, una batea llena de pedacitos de carne cruda, revueltos con sal i ají, i va pasando, i cada uno toma un pedacito, como de letuario, i otro le va dando un vasito de chicha mui picante, i sábeles mejor la carne cruda, porque dicen que la asada o cocida ha perdido la sustancia. I cuando han estado una noche sin dormir, cantando i bailando, i se hallan desvanecidos, hacen un guisado que dicen que les quita el desvanecimiento i les conforta para proseguir con el canto, i el baile i el beber. A este guisado llaman *vailelan*,[132] que cuando sale por la mañana los alegra a todos i reciben con grande aplauso, porque les repara la cabeza i les afila las ganas, aunque siempre están de buen corte i jamas se embotan, por mas botas que empinen. Este guisado es una gran batea de marisco, con una cuchara i un ají encima, i aunque sean mil indios, ha de pasar a todos la batea, i cada uno toma solo una cucharada de aquel letuario i chupa el pimiento sin morderle, porque es de cortesía que aquel mismo pimiento ha de servir para los dias siguientes i para otras fiestas, porque, acabada aquella, le clavan en un palito i le guardan por memoria i para el mismo efecto. I con este guisado quedan confortados, quitado el desvanecimiento i acicalada la sed para seguir bebiendo.[133]»

Los indios de la costa i mui especialmente los de Chiloé i mas al sur vivian, sobre todo, de marisco, choros, herizos, tacas, etc.

El esplorador Cortes Ojeda decia en 1557 que los habitantes

132. *Vaytucan*, «guisado hervido,» dice Febres en su *Arte*.
133. *Historia de Chile*, t. I, pájs. 153 i 154.

de los alrededores del canal Fallos parecia que toda su comida la reducian «al marisco asado i lo demas que pescaban,[134] i hablando de Chiloé cuenta otro tanto, añadiendo solamente que los indios pescaban[135] con anzuelos hechos de palo o redes de hilo, hechas de corteza de unos árboles que llaman *quantu*, de que tambien hacen mantas.» «El sustento ordinario de esta jente, es el marisco, que a los que viven en las playas del mar, les pone el cielo una mesa abundante, dos veces al dia,... i si no fuera por esta gran providencia, perecerian de hambre.[136]» «Los chonos andan divididos i de isla en isla, buscando marisco que comer, añade este mismo autor, i en acabándose en una, pasan a otra... Los mariscos los comen crudos, i asimismo la carne de lobo, i cuando quieren hacer algun regalo i cocer algun pescado, lo cuecen en unos como baldes que hacen de cortezas de árboles, cosido el suelo con soguilla. I como esta olla es de madera i no se puede poner al fuego, i es mas fácil de quemarse que si fuera de madera (porque es de corteza de árbol mui delgada), les ha dado traza la naturaleza i la necesidad, que es industriosa, para cocer en ella lo que quieren, i es meter algunas piedras en el fuego, i en estando bien encendidas irlas echando en el agua del pescado, hasta que hierve i se cuece.[137]» «De estas cortezas, añade el jesuita en otra de sus obras, hacen tinajas para guardar la comida, por no hallar en las islas del mar barro para hacer ollas.[138]»

Para pescar, los naturales tenian anzuelos hechos de una espina i de una cuerda que fabricaban de la «ñochia» (*Bromelia Landbecki*, Ph.), i del *chagual*[139] (*Puya coarctata*); pero los habia

134. *Anuario hidrográfico*, 1879, páj. 484.

135. Lozano sostiene que los indios de mas al sur «no tenian instrumento ni algun artificio para pescar peces grandes.» *Historia de la conquista del Paraguay* t. 2 °, páj. 559. Por lo demas reproduce todas las noticias corrientes que se refieren a los chonos.

136. Rosales, *Conquista espiritual de Chile.*

137. *Conquista espiritual.*

138. *Historia de Chile*, t. I, páj. 151. Cortés Ojeda asegura, igualmente, que jamas vió entre esos indios vasija alguna de barro. *Anuario hidrográfico*, 1879, páj. 485.

139. Gonzalez de Nájera, *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 59.

tambien de varias especies, pues a unos llamaban *gru* i a otros *culi*, i *pillmi*, en los cuales usaban de ordinario como ceba un pequeño cangrejo llamado *nape*.

El Museo Nacional posee un anzuelo cuya punta es de hueso i el cuerpo de piedra, encontrado en Paine i que reproducimos de tamaño natural en nuestra figura 120. En la estremidad de la piedra se ha taladrado un pequeño agujero para recibir el hilo, i la espina de hueso está asegurada al resto del instrumento por medio de otro hilo. Creemos que este aparato ha sido hecho en tiempos mui posteriores a la invasion española, pero al mismo tiempo que no puede dudarse que sea debido a la inventiva indíjena. Los peruanos introdujeron en Chile el uso del metal para la fábrica de estos utensilios. El número 123 representa un anzuelo de cobre encontrado en Copiapó, modelo i material que se jeneralizó bastante en el país, pues Gonzalez de Nájera asevera en una nota de su obra i en términos jenerales «que los indios pescaban con anzuelos de cobre sin lengüeta.[140]»

Era, sobre todo, curioso verlos pescar los cangrejos, pues metiendo la mano en las cuevas, e iban repitiendo, *mayepu*, *mayepu*, «como si con esto hubieran de sacar doce cada vez.» De la «ñochia» fabricaban tambien redes (*cúñal*) para el mismo fin, de las cuales, segun asevera Molina, tenian tres o cuatro especies.[141]

El «chagual» les suministraba las boyas (*puuya*) i para sumerjirlas acomodaban piedras de distintos sistemas: de éstas unas eran redondeadas, con una horadacion central (fig. 43); ya simplemente provistas de una pequeña escavacion en los lados, (fig. 93) ya de un pequeño agujero en una de sus estremidades (fig. 154). «Oí decir a un antiguo español, cuenta a este respecto Gonzalez de Nájera, que echaban los indios pedazos de oro en sus redes de pescar, i que habia hallado una camarada suya, en una de sus barracas, unas cuerdas para el mismo efecto de pes-

140. *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*, páj. 73.

141. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*; *Historia civil*, páj. 24, ed. de 1795.

car, con los anzuelos de cobre, i por plomadas pedazos de oro.[142]»

Entendemos que los indios habian descubierto en este órden el empleo de las nasas,[143] que armaban en las corrientes de los arroyos, i, sin duda alguna, sabian tambien valerse del zumo del canelo (*Drimys chilensis*) para envenenar las pequeñas lagunas i apoderarse de ese modo del pescado, lo que tambien hacen, valiéndose de otras plantas, los indíjenas de Tahiti i Nueva Caledonia.[144] «Una vez adormecido el peje con el veneno, dice Febres, le daban un garrochazo con una garrocha u otra punta, i esta operacion se denominaba *rincún*.[145]»

Para pescar se valian nuestros aboríjenes de varias clases de embarcaciones. Pedro Cieza de Leon, que escribia a mediados del siglo XVI, refiere ya que los «changos» de las costas de Atacama usaban salir al mar para sus pesquerías «con haces de avena i en cueros de lobo, inflados.[146]» «Siendo la pesca su único medio de existencia, espresa D'Orbigny, todo su arte se dirije a este punto. Sus barcas son dos cueros de lobos, soplados i unidos entre sí. Los frotan con aceite de lobo i los llenan por medio de un tubo. De rodillas sobre la delantera, reman a un lado i a otro.[147]» «Pueden imitar el ladrido o ahullido del lobo marino, añade Bollaert, por cuyo medio consiguen aproximarse a él i ultimarlo fácilmente.[148]»

«Los dos odres de cuero terminan en cada estremidad, dice el doctor Philippi, describiendo estas embarcaciones, en una punta algo relevada. Tienen como diez piés de largo, i son un poco mas anchos en la parte posterior. Son unidos por encima por medio de un techo de palitos, en el cual los pescadores se sientan. Esta clase de botes, por su lijereza i elasticidad son mui

142. *Desengaño, etc.*, páj. 77.
143. En araucano existe el vocablo *llolle*, «nasa para pescar.» Luis de Valdivia, *Arte y gramática general.*
144. Jouan, *Les îles du Pacifique*, pájs. 111 i 172.
145. *Arte de la lengua general*, etc.
146. *Crónica del Perú*, Rivadeneira, t. 26, páj. 425.
147. *L'homme américain*, t. 2.°, páj. 335.
148. *Researches*, páj. 171.

aptos para la costa peñascosa del Desierto, donde botes de madera no pueden atracar sin esponerse a romperse.[149]» «Los grandes i chicos ejercen el oficio de la pesca con habilidad i destreza no vista.[150]» «Pescan atunes con estas balsas con admirable destreza, añade Rosales, porque apénas descubre el cuerpo, cuando le atraviesan con un arpon de hueso, i luego le dan soga, i atando el estremo a la balsa, hasta que está desangrado i debilitado de fuerzas, queda sobre aguada, i entónces recojen la soga i le sacan fuera.[151]» Sin embargo, el pescado que buscaban con mas empeño i era mucho mas abundante, era el congrio, el cual secaban para provisiones o para comerciarlo con los indios del interior.

De una sepultura de la Punta de Teatinos, en Coquimbo, se ha estraido el utensilio dibujado en la figura 105, en el tercio del tamaño natural. Es de hueso de ballena, ya petrificado, i sin duda alguna, ha sido la pala de algun remo. Tendria probablemente mango de madera, i dividido así, debe haber demandado poco trabajo la fabricacion del utensilio completo. La parte plana, mucho mas difícil de labrar, puede decirse estaba de ese modo preparada, sin mas que adelgazar uno de sus estremos, miéntras que el mango han podido procurárselo rompiendo una rama de cualquier árbol de madera resistente.

La principal i mas usual embarcacion de los indios de la parte central eran las balsas, que llamaban *thagi*. «Se componen de diferentes especies de paja, como es enea, totora, (decian *thome* a la mas ancha, *Maleochaete viparia*, i a otra *vatu*,[152] *Dichromena atropurpurea)* juncos, cortadera (*Carex chilensis*,) i carrizo (*Phragmites communis*.) De cualquiera de estas cosas hallan en las lagunas, en los lugares húmedos i las orillas de los rios, i de ellas hacen unos haces gruesos i puntiagudos que, juntándo-

149. *Viaje al desierto de Atacama*, páj. 36.
150. *Oficio* de don Rafael Anreu i Guerrero al gobernador de Chile, pub. por Amunátegui en *La cuestion de límites entre Chile i Bolivia*, páj. 96.
151. *Historia*, I, 173.
152. Febres, *Arte de la lengua, etc.*; i Perez García, *Historia de Chile*, M. S.

los, forman popa i proa; i para atarlos i juntarlos se valen de unas sogas naturales que llaman «voqui» (*Lardizabala biternata,*) largas i delgadas, flexibles i de mucha fortaleza i duracion en el agua. Hállanse colgadas en los árboles, que como yedras trepan por ellos, de que tambien hacen gruesas maromas, torciendo unas sogas con otras. Con estas balsas pasan fácilmente los rios, hacen su faccion de guerra, i si se retiran por otra parte, i como en todas hai de esta paja, vuelven a hacer otras con facilidad. I son tan prestos i dilijentes estos indios en pasar los rios, que si acontece seguirlos el enemigo, i no tienen lugar de hacer balsas de paja, las hacen de las lanzas, i atando muchas hastas juntas, sirviéndoles de remo para estas i las demas balsas, una pala con que gobierna uno puesto en la popa...

«Las balsas que hacen de magüey (chagual, *Puya coarctata*) son las mas lijeras i mas durables;... i así de muchos magüeyes hacen una balsa lijerísima que camina sobre la espuma del agua » «Los troncos de estas plantas son por estremo livianos, añade Gonzalez de Nájera, de los cuales, juntos i entretejidos hacen barcos los indios, en que los he visto ir desde Arauco por mar cinco leguas a la isla de Santa María.[153]» «Para pasar a las islas, añade Perez García, tenian tambien cierta especie de canoa que llamaban *huampu.*[154]»

«Los indios de las islas de la Mocha i Santa María, con estas lijeras embarcaciones atraviesan el mar i van i vienen a tierra firme con sus casas i bastimentos,... sin hacer caso de las ondas del mar; aunque a la de la Mocha, por ser procelosa, les ha costado muchas vidas el despreciar sus ondas i no aguardar a tiempo mar sereno... Vienen cantando al son de los remos ciertas canciones en que piden al mar les deje pasar a comerciar prósperamente.

«Otro modo usan de balsas de cipres (*Liboredrus chilensis*) i laurel (*Laurelia aromatica*), que son maderas livianas. La otra embarcacion mui usada en este reino es de canoas: derriban un

153. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 59.
154. *Historia de Chile*, M. S.

árbol grueso i alto, desbastan el tronco o plan que ha de servir de quilla; cavan el corazon hasta dejar el plan de cuatro dedos de grueso, i los costados poco mas de dos, i acomodan el hueco para buque, la estremidad mas delgada para proa i la mas gruesa para popa, donde se asienta el que gobierna con una pala que llaman canalete, i cuando es grande, sirven otros dos de remeros a los lados, i reman en pié sin estribar en el bordo de la canoa, con que la traen tan lijera que apénas toca el agua; pero, como son redondas, son celosas i suelen trastornarse. Son moderadas i la mayor que he visto fué en Tolten, capaz de treinta personas.

«No son en Chile los árboles tan gruesos como en el Brasil i Nueva Granada, ni tienen los indios instrumentos con que labrar los palos que no alcanzan, sino un toqui o una azuelilla del tamaño de un formon, que la encavan como martillo, i con su flema van cavando un árbol grueso, gastando mucha chicha en tres tiempos: uno, al cortar el árbol; otro al desbastarle; i otro al concavarle, i otro gusto i fiesta al echarlo al agua. I los indios de ántes como los de las provincias cercanas al estrecho de Magallanes, hacen las canoas con gran trabajo, i cavan un árbol mui grueso con fuego, i con unas conchas del mar le van rayendo, aplicando el fuego moderadamente al rededor del árbol, atendiendo a que no gaste sino aquella parte necesaria para derribarle, i con lentas llamas le trozan, sucediendo las conchas; que ni tienen mas hachas ni azuelas para descortezarle, pulirle i darle la perfeccion. I con el mismo trabajo i faltas de erramientas abren el buque, quemando a pausas el corazon del árbol i raspando con las conchas lo que labra el fuego; i aunque tarde i espaciosamente, vienen a sacar su embarcacion tan bien labrada como si tuvieran los instrumentos necesarios. Con estas, aunque débiles canoas, se arrojan al mar a pescar, como lo hacen los de la Imperial en la pesca de la corbina, que es mui copiosa, i tambien a dar asalto a sus enemigos.[155]» Segun el testimonio de Bascuñan, estas embarcaciones eran las que de ordinario acostumbraban los

155. Rosales, I, pájs. 173 i 174.

indíjenas para el paso de los rios,[156] aunque Perez García asegura que para el mismo efecto, en los rios angostos, usaban cierta especie de puentes llamados *cuy-cuy*.[157]

«Las embarcaciones de los indios chonos, añade el padre García, se hacian a fuerza de fuego i de conchas; tenian de largo dos brazadas, en cuya fábrica, aunque tan pequeña, empleaban un año i a veces año i medio. La vela para navegar con viento era un cuero de lobo.[158]» Este viajero refiere, sin embargo, que encontró tambien algunas de estas embarcaciones, i entre otras una que parecia recien hecha, que tenia «cuatro brazadas de largo, unas cinco tercias por lo mas ancho, i una por lo mas estrecho, i poco mas de tres palmos de alto.[159]»

En el viaje de Cortés Ojeda, que hemos citado ya varias veces, se refiere tambien que los indíjenas que se encontraron en el moderno canal Fallos, usaban canoas de corteza de árbol, cosidas con junquillos de barba de ballena, i a las cuales fortalecian con barrotes delgados del grosor de un dedo, «aforrándolas de paja o espartillo entre los barrotes e la corteza, como un pájaro su nido.[160]» Rosales, que tampoco olvida en sus descripciones esta especie de embarcaciones, dice que eran cosidas con nervios de ballena, una corteza sobre otra, «i enmalladas a modo de conchas. Dánles forma como de un barquillo, i bien levantados de proa i popa, se arrojan sobre las hinchadas hondas i espumosos mares como sobre un colchon de blanda lana, pasando golfos de mar i brazos, de isla en isla, como en brazos.»

«Pero la embarcacion mas usada en la provincia de Chiloé, continúa el minucioso cronista, es la «piragua» (*dalca*), que desde la California hasta el Estrecho de Magallanes no se conocen otros indios ni españoles que las usen.

«Las fabricaban de solas tres tablas, cosidas, i cortan los tablo-

156. *Cautiverio feliz*, páj. 87.
157. *Historia de Chile*, M. S.
158. *Viaje*, pub. en los *Anales de la Universidad*, t. XXXIX, páj. 365.
159. *Id.*, páj. 372.
160. *Anuario hidrográfico*, 1879, páj. 485.

nes del largo que quieren la piragua, i con fuego, entre unas estaquillas, las van encorvando lo necesario para que hagan buque, popa i proa, i el uno que sirve de plan levanta la punta de delante i de detras mas que los otros para que sirva de proa i popa, i lo demas de quilla; las otras dos tablas arqueadas con fuego sirven de costados: con que forman un barco largo i angosto, juntando unas tablas con otras i cosiéndolas con la corteza de unas cañas bravas, que llaman *culeu*, machacadas, de que hacen unas soguillas torcidas, que no se pudren en el agua. I para coser las tablas abren con fuego unos agujeros en correspondencia, i despues de cosidas las calafatean con las hojas de un árbol llamado *fiaca* o *mepoa*,[161] que son mui viscosas, i le sobreponen cortezas de *maqui*, i de esta suerte hacen piraguas capaces para doscientos quintales de carga. Llevan uno en la popa que la gobierna con una pala o canalete, i ocho o diez remeros, i uno que va siempre dando a la bomba o achicando con una batea... porque siempre hacen agua.

«Cuando hai viento favorable tienden una vela, i a vela i remo vuela sobre la espuma, sin que la ofendan las hinchadas olas de aquellas tempestuosas mares, por mas que se levanten hasta las nubes, que como es tan lijera i los pilotos tienen cuidado de enderezar la proa a chocar con las olas, están tan léjos de sumirla con su hinchazon i de ofenderla con la braveza, que ántes la levantan como en brazos, i bajándola en ellos la ponen en los brazos de la ola siguiente, i así de mano en mano o de cima en cima va nadando sobre los mas crespos i erizados mares...»

Ercilla nos dice que cuando avistó el archipiélago de Chiloé, ántes que ningun español hubiera divisado sus aguas, se veian

Cruzando por el uno i otro lado
Góndolas i piraguas presurosas...

Llegó una como góndola lijera
De doce largos remos impelida,
Que zabordando récio en la ribera

161. Hoi «tiaca» (*caldcluvia paniculata*).

La chusma diestra i jente apercebida
Saltaron luego en tierra sin recato
Con muestra de amistad i llano trato.[162]

«De estas piraguas usan tambien los indios pehuenches que habitan junto a la famosa laguna de Nahuelhuapi i otras que confinan con Chiloé. Mas, los de la Villarrica navegan la laguna de «Epulabquen» (que significa dos mares) en balsas i canoas.[163]»

Pero, despues de estas digresiones, es necesario no olvidar que estamos tratando de los medios de alimentacion de que disponian nuestros aboríjenes. Habiendo enunciado ya los que se referian a sustancias animales, nos ocuparemos ahora de las vejetales, i que eran, con mucho, las mas importantes.

«Las plantas i frutos en que se afianzaba la mantencion de los indios, dice Córdoba i Figueroa, ántes del ingreso de los españoles al reino, eran las papas... Los frejoles, el maíz, la quínua, la teca, el ají i el madi, de que se saca aceite no desagradable: estas eran de cultivo i de produccion natural. Los lagües, *(Herbertia coerulea)* comida gustosa, a los cuales la naturaleza les previno varias cubiertas, los gadíes, los huanques, (*Dioscorea*) los coltos i el liuto, (*Alstroemeria ligta*) que es deleitoso i delicado, los changedes i leures, i otras especies de ménos cuenta. Es imponderable la abundancia de frutilla perla que producen los campos desde los treinta i seis grados para el polo.[164]»

«Nace en aquella tierra, espresa Gonzalez de Nájera, la yerba que da raíces, que llaman los nuestros papas i los indios «puñe» (*Solanum tuberosum*), comun sustento de todos los indios.[165]» «En Chiloé todo el mantenimiento de los naturales se reduce a unas raíces de la tierra, que llaman papas, añade Rosales, i destas se siembra en gran cantidad para cojer lo necesario, i sirven de pan.[166]» Carvallo apunta el hecho de que los indíjenas tenian has-

162. *La Araucana*, canto XXXVI.
163. Rosales, *Historia de Chile*, t. I, páj. 172 i sigts.
164. *Historia de Chile*, páj. 20; Pedro de Valdivia, *Cartas*, páj. 55.
165. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 58.
166. *Conquista espiritual de Chile*, M. S. No deben entenderse al pié de la letra las espresiones del jesuita. Lo que ha querido decir sin duda, era que las

ta treinta especies de estas papas...[167] «Con eso se pasan lo mas del año, sin comer carne, porque los carneros los guardan para las fiestas, para cumplir con los parientes, i de ordinario tienen tan poco ganado que no sufre tanto gasto. El ordinario comer las papas los araucanos es con un caldillo que hacen en agua i greda amarilla que llaman *rag*, de donde tomó el nombre la tierra de Arauco, porque *rag* significa la greda i *co* el agua. Aunque uno se esté muriendo i desganado de comer las papas, no le matarán un cordero por cuanto hai, por guardarlos para sus fiestas, i solo con chicha i sin cosa de sustancia ni de regalo ha de pasar el enfermo...[168]» Bascuñan apunta a este respecto que preparan tambien las papas cocidas «con sus pepitorias de zapallo i ají i algunas tortillas gruesas, que hacen a modo de pan.[169]»

Confeccionaban igualmente, bollos de porotos i ají, mezclado con madi, cuyos bollos eran el ordinario pan de aquella jente.[170] Cuando este pan se hacia de maíz llevaba el nombre de «humintas.[171]» Para dar gusto a sus guisados acostumbraban mezclarlos con varias clases de «achupallas» (*Greigia ephacelata*, *Bromelia bicolor*, *etc.*) i otras yerbas del campo.[172] «I para avivar mas el apetito, las cosas que mas apetecen, aman i estiman para sus sainetes, son sal, tabaco tomado en humo i pimientos que llamamos de las Indias, que los comen enteros.[173]»

papas constituian el alimento principal de los habitantes de aquellas rejiones, pues sabemos por Ercilla (i en este caso no hai testimonio mas autorizado) que tenian,

> Los árboles i plantas cultivadas
> Las frutas, las semillas i legumbres.
> .....
> Cargadas de maiz, fruta i pescado
> Arribaban piraguas presurosas,

añade poco despues.

167. *Historia de Chile*, t. 2.°, páj. 137. Parece que para muchas de ellas tenian designaciones especiales, pues a las silvestres llamaban *alhue-poñu*, a las amarillas, *chaucha*, etc.

168. Rosales, *Historia de Chile*, t. I, páj. 152.

169. *Cautiverio feliz*, páj. 175.

170. *Id.*, pájs. 224 i 247.

171. *Id.*, páj. 288.

172. *Id*, páj. 110.

173. Gonzalez de Nájera, páj. 91.

Para procurarse la sal, (*chadi*) los indios se valian de ciertas yerbas quemadas, «que viene a quedar así en pedazos cavernosos, como escoria de hierro, poco ménos negros. Sala mas que la nuestra, aunque tiñe algo las viandas, la cual, fuera de ser para sazonarlas mui bien, es tambien medicinal a los indios, porque deshecha en agua, i bebida, es notable remedio para heridas penetrantes.[174]» Este uso de la sal nos recuerda el que hacen del agua salada los habitantes de Nueva Caledonia, que de tiempo en tiempo bajan a las costas a beber el agua del mar como medicamento.[175] Mas, los araucanos «habian encontrado tambien la manera de hacer salinas (*chadipeun*) sobre la ribera de la mar, i estraer la sal fósil de varias montañas abundantes de tales veneros. De ahí es que distinguen estas dos especies de sales, llamando la primera *chiadi*, i a la otra, *lilcochiadi*, esto es, sal de la agua de piedra.[176]»

Para endulzar sus comidas tenian la miel (*musqui-dulliñ*) de una abeja silvestre (*Bombus chilensis*), «i así no falta, aunque no de la bondad de la nuestra, la cual se halla por los campos de esta manera. Dan los indios fuego a la yerba, i por lo que el fuego deja quemado i desembarazado, van mirando con atencion, i donde ven salir de la tierra por algun agujerillo alguna abeja, escarban allí algun tanto, i luego dan con el enterrado panal, que el mayor será como dos puños, no de tan buena vista respecto de los de nuestras colmenas, en fin, como cosa enterrada, compuesto de ciertos vasos o bolsillos de forma de bellotas, que están llenos de miel, de los cuales panales esprimidos la destilan, i aunque no tiene el color mui perfecto, es bien dulce.[177] Es mas

174. Nájera, páj. 57.
175. Jouan, *Les îles du Pacifique*, páj. 167.
176. Molina, *Historia civil*, páj. 23.
177. «Los enjambres de los abejones, dice Gay, se componen solo de unos cincuenta individuos. Hai solo una hembra, la cual resiste a los inviernos, que pasa ya en los huecos de los árboles, o aún a veces en la tierra, i en un estado completamente letárjico. A veces encuentra un agujero adecuado en el cual solo tiene que pulir las paredes, pero frecuentemente ella lo construye, practicando una angosta i larga galería de entrada. En este agujero, tapizado casi siempre con musgo, fabrica su nido, que consiste en diferentes bolas de polen amasado con miel... La cera que producen los abejones está preparada de la mis-

líquida que la nuestra, i los vasos que la encierran que no me parecieron a propósito para hacer dellos cera, i así no se saca, aunque se aprovechan de la miel. Las abejas son dos tantos mayores de las de España, i de color entre naranjado i negro, i por ser pocas, son pequeños los enjambres que crian. Hállase por muchas partes desta miel de la manera que he dicho, i no en cavernas de peñas o huecos de árboles... A mí me ha acaecido armar la tienda de campaña en las tierras de guerra, i advirtiendo los indios de servicio que de la tierra que ocupaba la misma tienda salian abejas, sacaban en mi presencia los dichos panales dentro de la tienda, i esto sucede muchas veces.

«Una yerba hai en aquella tierra, de en medio de la cual nace un tallo o ramo, de altura de un codo, cuyo remate está lleno de flores de un color verde semejante al cardenillo (color exquisito para flores) de forma de campanillas, las cuales, vuelto lo abierto arriba, están en su sazon llenas de miel, harto semejante a la de los panales, i no es tan poca la cantidad que tienen della; i que en cierta ladera me sucedió, como de paso, destilar de algunos destos tallos en un plato buena parte de miel.[178]»

Con los ingredientes de la sal, la miel i el ají, que llamaban *thapi*, preparaban diferentes especies de guisos. Algunas veces comian el ají *(capsicum)* solo con sal *(thapilu)*. El maiz «que ántes era el nervio principal de su sustento[179]» tostado se decia

ma manera que la de las abejas,... pero el calor no puede derretirla ni casi ablandarla, lo cual la hace poco útil para nuestros menesteres, a pesar de lo que dice Molina, que en la isla de Chiloé no se emplea otra cera que la de la *abeja melifera*; que no puede ser otra sino nuestro *Bombus chilensis*.... La miel que producen es mui poca, i hasta ahora no se ha creido oportuno ponerlos en colmenas, lo que acaso seria mui difícil i aún imposible, segun las opiniones de las pocas personas que lo han ensayado... El insecto es mui comun en la mayor parte de la República, i hace en un hueco de la tierra, algo mas ancho que alto, un nido de forma casi redonda, desigual, i de consistencia de la cera, compuesto de celdillas irregulares, mas o ménos grandes: en el lado esterior de dichas celdillas, se ven unos vasos llenos de miel i provisiones de cera reunida en masa redonda»... *Zoolojía*, t. VI, páj. 165.

178. Gonzalez de Nájera, páj. 65. La planta a que se refiere en este pasaje el minucioso capitan español es la especie de *chagual* conocida en botánica con el nombre de *Puya coarctata*.

179. Id., páj. 313. Los palitos con que revuelven el maiz en la callana, que, como es sabido, contiene cierta cantidad de arena para el efecto de la tostadura, se llaman *rungues*, i suelen todavía encontrarse en las sepulturas.

amca; i en otra forma *coven*; la mazamorra de maiz, *chedcan;* el pan de maiz, *mùldu;* cocido *muti*, el cual preparaban con lejía *(chiltuvquen);* la harina tostada *musvque;* el mote cocido con maiz, *pidcu*. Por lo demas, distinguian varias especies de maíz que designaban con el nombre jeneral de *hua;* el negro se decia *cayumpehua; quelu*, el colorado; *pijina*, el pintado; *collhuentu*, el blanco i negro; *gùllil*, el llalli. De la borra que quedaba en los tiestos al fabricar la chicha de esta semilla, hacian «unas bolas como huevos grandes, que era comida favorita de los muchachos,» i cierta especie de pan, *curantham*.

A los frejoles llamaban en términos jenéricos con el vocablo *dugull;* a los tiernos, *capi*, i a los secos, *cului*. Disponian, ademas, de las calabazas, *qupau*, i *huada*, que les prestaban servicios valiosos por su cáscara tan a propósito para tiestos;[180] de los *gùllin*, piñones, alimento casi esclusivo de los pehuenches; del zapallo, *penca;* del *llaullau*, fruto que da el coihue; del *magu*, cierta especie de centeno; de una clase de murta que llamaban *ghuñe;* del *múllco*, o yerba mora; de una cebadilla conocida con el nombre de *hueguen;* del *múgu*, o cochayuyo; de ciertos chupones que designaban con la misma palabra *múgu;* del *queule*, (*Adenostemon nitidus*); del boldo (*Boldoa fragaus*); del peumo (*Cryptocarga peumus*); del maqui (*Aristotelia maqui*); de una fruta parecida al ají (*copin*); de cierta especie de ajos que conocian con el nombre de *ulcu;* de un hongo llamado *púque;* de ciertas raíces, *gadu*, i las yerbas *negum* i *nevu*, *nuyu* i *olu;* del coguil, *coghúll*; la fruta del quilo (*Múhlembergia sagittifolia*) i del molle(*Litrea molle*), «de que se hace la mejor chicha.[181]» A la frutilla silvestre llamaban *llahueñ*, i a la cultivada *quellghen* (*Fragaria chilensis.*) «Una fruta, dice a este respecto Gonzalez de Nájera, tienen los indios de consideracion, por estremo vistosa, sabrosa i olorosa i sana, aunque algo flemosa, a la cual

180. Mr. Stevenson asegura haber encontrado semillas i cáscaras de esta fruta en algunos antiguos sepulcros indíjenas, *Travels in South America*, t. I, páj. 46.

181. Oña, *Arauco domado*, tabla.

se hace agravio con el disminutivo nombre que le dan, llamándola frutilla, por ser como es de tanta excelencia, que puede mui bien competir en bondad con la mas regalada fruta de España, cuya forma es de hechura de corazon; en grandeza son las mas viciosas, i de jardines como huevos pequeños comunes, i las mas desmedradas, campestres, como nueces de todos tamaños; el color tienen unas blanco, i otras rosado, i otras, el uno i el otro. De comer son ternísimas, que se disuelven o deshacen en la boca, i a la dijestion fáciles. No tiene esta frutilla corteza o cáscara que quitar, su superficie es unas puntas relevadas a semejanza de madroños, pero no de su aspereza, porque son ternísimos i suaves; i, finalmente, digo que no tienen hueso ni pepita, ni cosa que desechar, i así se come esta fruta entera, que cada una es un proporcionado bocado. Los indios hacen della vino, i curándola al sol, pasas, que son de buen comer. Nace esta fruta de una humilde yerbezuela, que se planta para muchos años, a cuyas posesiones llaman los nuestros, frutillares.[182]»

«Otra yerba crian en jardines i pienso que es llevada a aquel reino del Perú, a que llaman *mani* (*Arachis hypogaea*), que por su estrañeza es notable, porque siendo de altura de un codo, la fruta que habia de dar en las ramas, la da debajo de tierra, no en raíces, sino que nace dellas en unas vainas o cáscaras delgadas i frájiles, que encierran a cuatro i a seis granos, a semejanza de arvejas, cuyo sabor i color tira a avellanas. Cómense tostadas en arena i se confitan, que de cualquier manera son de buen comer.

«Otra yerba hai algo mas humilde i ménos copiosa de ramas, llamada *madi* (conocida hoi con el nombre de melosa i en la ciencia con el de *madia sativa* o *mellosa*), de cuya semilla se hace maravilloso aceite, que en color i bondad no le hace ventaja el de olivos, i tostada la simiente i molida es de agradable gusto.» «Hacen de ella, dice Pedro de Oña, unas bolas envueltas en harina, que son de gran regalo i contento para los indios.[183]»

182. *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*, paj. 55.
183. *Arauco domado*, tabla.

«Otra yerba hai poco mas alta, a que llaman *quínua* (*Chenopodium quinoa*), cuya semilla, asimismo tostada, se hace blanquísima i mui semejante a grajea o anís confitado, que tambien es comida mui apacible.[184]»

«En las vegas, partes bajas, húmedas i pantanosas, se cria una yerba llamada *pangue* (*Gunnera chilensis*), de diformes hojas, mayores que adargas, aunque no de su forma, porque tienen mas del redondo en algunas puntas. Los mástiles o pencas de las hojas son casi de vara i aguanosas, o de zumo como el del cardo, aunque de gusto agrio i áspero. Suelen comerla los caminantes en tiempos calurosos para mitigar la sed por ser refrescativas. Son tan viciosas, tiesas i grandes estas hojas que, llevadas por su mástil o tronco, sirve en verano una dellas de suficiente guarda sol, i llevándola cubierta, escusa fieltro cuando llueve; i con ella hacen los indios (como ya queda dicho) reparos o chozas, donde hacen noche cuando caminan en tiempos lluviosos...[185]»

Las descripciones de este antiguo cronista son tan injeniosas, tan exactas i tan pintorescas, que no resistimos al deseo de dar a conocer la que hace del cactus o quisco de nuestro lenguaje vulgar.

«No sé si ponga en el número de los árboles o de las yerbas, dice el injénuo capitan, una monstruosa planta, que ni se agosta ni perece en los inviernos, como el pangue i demas yerbas referidas, a causa de que se sustenta en todo tiempo fresquísima, ni ménos tiene forma de árbol ni de yerba... Es de la forma de un pepino en su hechura i remate de punta, color esterior i interior, humedad, frajilidad i frescura, vetas, berrugas i puntas, i que, puesto derecho en la tierra, imajinásenos creciese tanto que viniese a ser su estatura de once a doce codos, i su grueso comunmente de cuatro i cinco palmos de circunferencia... Nacen de todas las berrugas destas plantas, ciertas púas delgadas i largas de a jeme, i en su dureza bien desconformes a la ternura de

184. Nájera, pájs. 57 i 58.
185. Id., páj. 59.

donde nacen, porque son algo semejantes a las espinas de herizo. De la mitad del remate de cada planta, sale en la primavera una sola flor, desacompañada de hojas, en estremo blanca, semejante a la de la azucena, aunque mayor cosa, no ménos esquisita i particular que todo lo demas, de la cual flor se cria una fruta sabrosa a modo de tuna (el «guillave»), una especie de higos de aquellas tierras.

«Estos grandes o verdes mástiles crian por la parte o lado que están guardados del viento sur, unas yerbezuelas de menudas i labradas hojas, de su propio vicio, frescura i humedad, que echan su fruta mas adoptiva que lejítima respecto de su planta, semejante a cerezas desmedradas, blancas, coloradas, i de ámbos colores, de buen lustre i parecer, con sus huecesillos, no de mal gusto ni nociva, que presentada a muchas damas, la comen por golosina.[186] Las partes donde comunmente nacen estos pimpollos, pues no sé como llamarlos, son tierras pedregosas, en laderas o faldas de cerros, i siendo todos ellos humedad i acuanosos en todas sus partes, como el pepino, lo mas que tienen de maravilloso es, que se ven nacer algunos en el medio de las peñas, donde no se halla tierra que les pueda sustentar, del mucho humor que en sí conservan i piden; i asimismo salen por otras estrechas aberturas de las mismas peñas con la misma fertilidad. Despuntando un mástil destos, o cortado un trozo, i hecha en la cortadura una poza, se llena luego de mui clara agua de buen gusto i sana de beber, i en cerros altos donde hai cabras domésticas convertidas en monteses por carecer de agua, quebran ellas mismas con los cuernos estos frájiles mástiles i se sustentan de la interior agua que en sí conservan. Llámase esta planta segun los indios *quiscaruro* (*Cereus quisco*), i no dudo sino que si se inquiriese se descubririan en ella tan maravillosas virtudes, cuanto naturaleza se estremó en hacerla notable i esquisita, como he mostrado.[187]»

No es ménos interesante ni entusiasta la pintura que el jesuita

186. Nájera se refiere, como se deja comprender, al quintral (jénero *Loranthus;* la especie del quisco es la *aphyllus*) del cual los indios hacian liga.

187. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 60.

Olivares, hace de la palma de Chile, en araucano *lliclla* (*Micrococos chilensis*): «es mui alta, derecha i robusta, su tronco limpio hasta mucha altura, que se corona de muchas ramas, colocadas en tal proporcion que van formando círculos mayores, menores i mínimos hasta la cumbre... Se dice tener la palma esta rara propiedad, que nunca da fruto estando sola, mas que en naciendo otra en su cercanía, luego da fruto la que está crecida, i a su tiempo la segunda... Los frutos, que se llaman cocos, se dan unidos a un racimo, que suele tener mas de mil de ellos, i el racimo bien defendido dentro de dos grandes cortezas, de figura de conchas, unidas en forma de peces testáceos, las cuales se van separando al paso que los cocos van creciendo: éstos son poco ménos que nueces, pero mui redondos; i asimismo cada coco tiene tambien dos cortecitas, la interior de poca, la esterior de mucha consistencia; la médula que está adentro no es sólida sino hueca,... i de mui buen sabor, en especial cuando fresca, que entónces tiene su hoquedad llena de una leche mui suave.[188]»

«El granadillo de Chile (¿acaso la *Faesonia primatistipula*?) da una flor que representa perfectamente todos los instrumentos de la pasion de Cristo, i su fruta que es del tamaño de un huevo de paloma, quitándole la corteza es mui suave... El árbol de la murtilla (*Ugni Molinae*) es pequeño, contado entre los matorrales; su fruta poco menor que la uva, su color rojo, la figura como de una granada, el gusto i la fragancia mucha.

«El cauchau es fruta de la luma (*Myrtus luma*,) semejante en la figura i fruto a la murtilla, con la diferencia de ser negra.[189]»

«En ciertas localidades del sur del país, dice Gay, se cosechaba tambien un cereal que les servia para hacer un pan sin levadura, llamado *covque*.[190] En mis escursiones por estas lejanas rejiones he tenido ocasion de ver algunas raras sementeras de este cereal, empleado únicamente en el dia para el uso de los animales i llamado mango,» (*Bromus mango*.)

188. *Historia de Chile*, páj. 37.
189. *Id.*, id.
190. Segun el padre Luis de Valdivia, en la lengua indíjena se conoce, ademas, el vocablo *convquen*, amasar. *Arte y gramática general.*

Tambien cultivaban la planta llamada oca, o sea la *Oxalis tuberosa* de Molina, i algunas otras a que este autor se refiere en su *Historia natural*, i especialmente el «gueguen» i la «tuca,» que, segun probabilidades fundadas, eran dos especies de cebada, hoi desconocidas.

Del hecho de encontrarse las diversas especies de plantas alimenticias a que acabamos de referirnos, subdivididas en muchas variedades, todas señaladas con nombres claros i distintos en la lengua araucana, deduce nuestro abate Molina que parece innegable que la agricultura habia realizado en Chile progresos bastantes notables. Añade en comprobacion de este aserto, como ya lo hemos visto, que conocian el uso de abonar[191] las tierras, operacion que llamaban *venaltu*. «Por los vestijios de acequias (*Yayma*) para los regadíos, añade Carvallo,[192] se conoce que en otro tiempo abonaban la tierra dándole agua, pero esta innovacion debe referirse a la época peruana i debia emplearse poco en el sur por la abundancia de lluvias, el sistema especial de cultivo, i la naturaleza i fertilidad del suelo.

Acerca de este punto, dice Herrera que en Copiapó se daban cañas de maíz «tan altas como lanzas, i las mayores mazorcas son como de media vara i las menores de una cuarta.[193]» Es verdad que en aquella época, segun el mismo autor, aquella rejion estaba bañada «por un rio pequeño que baja de la sierra i corre veinte leguas por el valle i entra por lo mas en una bahía que sirve de puerto, a donde los navios pueden surjir.» Bollaert por eso no sin razon opina que la rejion del norte, en aquella época, debió estar mas cultivada, «por tener agua i lluvias en mas abundancia.[194]»

Los chilenos sembraban las papas en setiembre i el maíz en octubre. Ya en diciembre se cojia la teca,[195] i en mayo se hacia

191. Molina, dice estercolar; pero nos parece mas verosímil lo que a este propósito afirma M. Gay, *Agricultura*, lug. cit.
192. *Historia de Chile*, páj. 160.
193. *Décadas*, VII, lib. I, páj. 9. Madrid, 1730, folio.
194. *Researches*, páj. 175.
195. Herrera, páj. 10.

la cosecha del maíz, operacion que los indios llamaban *gulorcùyen*.[196] Segun el mismo Herrera, en Copiapó el maíz rendia en la proporcion de trescientos por uno, pero no se recojia mas de la cantidad que habian menester para el consumo de la temporada, «lo demas se dejaba en las cañas, i porque no tornasen a brotar torcian el peson a la mazorca i se queda allí»... Pero en Chiloé donde llovia muchísimo mas, se guardaban las papas «en unos cercados de caña de un estadio de alto i de seis o siete piés de hueco.[197]» «En Arauco, segun Bascuñan, tenian los indios sus graneros, *cogiruca*, en las cuevas de los cerros, en altos i levantados catres, en que ponian las legumbres de porotos i maíces al tiempo de la cosecha.[198]» Febres nos informa que tambien guardaban el maíz dispuesto en atados, que se colocaban sobre unas varas, lo que llamaban *utún*, i que para las papas hacian dentro de la casa un cerquito de coligües donde las guardaban, departamento que denominaban *huilli*.[199] En todo caso, sin embargo, la despensa «quedaba a discrecion de toda la jente de la familia i aún de las aves; por lo cual se deja entender que su agricultura no les da a los indios alimento para la mayor parte del año, i que el que en todo él mantiene a su familia sin especial necesidad ha de reputarse por de esmerada economía.[200]»

Pedro de Valdivia declara, con todo, que en Chile se hacian al año dos sementeras, «que por abril i mayo se cojen los maíces, i allí se siembra el trigo; i por diciembre se coje i torna a sembrar el maíz.[201]» Este hombre célebre, resumiendo sus impresiones a cerca de la dedicacion de los araucanos a la agricultura, le aseguraba a su soberano que eran «grandísimos labradores.[202]»

Sus sementeras no pasaban, sin embargo, de cuatro a seis almudes de maíz i lo demas en proporcion, i en la jeneralidad de los

196. Febres, *Arte de la lengua del Reyno de Chile.*
197. *Anuario hidrográfico*, 1879, páj. 516.
198. *Cautiverio feliz*, páj. 63.
199. *Arte y gramática de la lengua chilena.*
200. *Historia de Chile*, páj. 62.
201. *Cartas*, páj. 9, t. I, *Colec. de Hist. de Chile.*
202. Id., páj. 95.

casos no estaban defendidas por cerca alguna.[203] «Siembran en tan corta cantidad de sus simientes, añade Carvallo, que no basta a cubrir su indijencia, i aún en este pequeño trabajo de agricultura tienen los varones tan poca parte, que mas particularmente es de las mujeres; porque aquellos nada mas hacen que preparar la tierra, que lo demas corre a cuenta de éstas.[204]» Llamaban *cogi* a las semillas que habian de sembrar i *lloncoto* con especialidad a las de las papas.

Buscaban siempre para sus siembras los lugares mas o ménos húmedos o las situaban en la falda de las colinas, siendo todos sus terrenos de rulo, i si usaban de las aguas de los rios para regar sus mieses,[205] las acequias, que llamaron *cathu-puulli*, deben referirse a una época posterior.

Las herramientas de que disponian era cierta especie de azuelita llamada *maychehue*, que debia ser mui semejante al *hualato* usado en Chiloé, dispuesto como nuestros azadones i hecho de luma, «chinchin» (*Azara microphylla*) o «meli».[206] Con este instrumento rompen la tierra, i «despues con otros dos palos sueltos puntiagudos i que empujan con el estómago o vientre, la remueven algo mas, con un trabajo estremadamente récio i prolongado.[207]» Otras veces se servian de un simple palo, que llamaban *pithon*, i como ya lo hemos visto al tratar de las piedras horadadas, del *hueullo*, que hasta hoi usan los boschimanos del Africa austral. Poseian tambien una especie de pala, llamada *llicu*. En el idioma araucano se conoce la voz *huacatuvoe*, segador de maíz, i *catun*, podar, pero acaso son posteriores a la invasion peruana, que les dió a conocer la *ichuna*, hoz, ya que, como nos refiere un cronista, ántes se limitaban a separar la mazorca del maíz de la mata.

Carvallo nos dice que el trabajo de la tierra se reducia a levantar los céspedes, a cuyo efecto «toma un indio, dos de los pa-

203. Olivares, lug. cit.
204. *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 160.
205. Perez García, *Historia de Chile*, M. S.
206. Gonzalez de Agüeros, *Descripcion de Chiloé*, páj. 127.
207. Moraleda, *Viaje*, M. S.

los que hemos indicado, de diez piés de largo i medio de circunferencia, que por uno de sus estremos tiene buena empuñadura, cuyo remate es redondo, i mui aguda la otra estremidad; i al soslayo clava dos puntas en el suelo, distantes entre sí un pié, se les da un pequeño empuje con el vientre inferior, que a este fin lo cubre con una piel de carnero doblada, i retirándose un poco para atrás, repite del mismo modo otro golpe con toda la fuerza posible, i luego se presenta otro con un espeque, lo pone debajo de los dos palos, i con él los voltea a un lado, i sale un tepe de dos o tres piés de largo i uno i medio de ancho, con dos o tres pulgadas de grueso. Sigue así todo el largo de la campiña que se ha de sembrar, i concluido, repite la misma operacion para que los segundos tepes caigan sobre los primeros i formen un bancal o camellon (*dillu*), i labrada de este modo la tierra (*aud*), ponen en ella la simiente.[208]»

Los chonos carecian de toda especie de siembras.[209]

«Sin duda ántes de la llegada de los peruanos a Chile, concluye don Claudio Gay, la agricultura era allí practicada por pueblos sedentarios que eran, con todo pastores[210] i agricultores. Como fundamento de toda civilizacion primitiva introduciéndose en todas las poblaciones, se habia esparcido hasta en los parajes mas retirados, constituyendo las sociedades que existian ya en Chile ántes de la llegada de los españoles. Valdivia i su almirante Pastene la encontraron establecida en las naciones independientes de los Promaucaes i de la Araucanía, i aún mas al sud, en el archipiélago de Chiloé.

«Las tierras estaban ocupadas por familias dispersadas en el fondo de los valles, i viviendo como lo hacen aún los araucanos, alejadas las unas de las otras. Estas tierras estaban repartidas con gran desigualdad, i es de creer, segun las mismas cartas de Valdivia, que las de los jefes eran trabajadas por individuos, si no a título de esclavos, a lo ménos como jentes de gabela i en núme-

208. *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 160.
209. Pietas, *Informe al Rey*, M. S.
210. Ya hemos visto lo que puede afirmarse a este respecto.

ro de ochenta a ciento por cada jefe. Las propiedades así convertidas en inmuebles habian cambiado la manera de vivir de esas poblaciones i habian desarrollado entre ellas un bienestar que la movilidad de la vida puramente pastoral[211] no podia permitirles. Fué este un verdadero estado de transicion de la vida nómade a la vida agrícola, que dió a la raza chilena un cierto barniz de civilizacion, mui léjos de encontrarse entre los indios de las Pampas.

«Sus medios de cultivo eran simples en estremo i casi en todo semejantes a los que se usaban en el Perú. Hacian uso de una especie de azada, o a veces de un simple baston puntiagudo de madera, como queda dicho... La falta del hierro, de que los agricultores de Atacama en 1610 no tenian aún conocimiento, los obligaba a valerse de este espediente, que todavía vemos practicar en Chiloé con algunas lijeras modificaciones, que provienen de que, siendo la tierra mas húmeda i compacta, ha menester mas fuerza de parte del labrador. Para conseguir ararla, el chilote clava su baston, apoyando el otro estremo en su pecho, miéntras que los habitantes del norte se servian esclusivamente de sus piés, pues a causa de la sequedad del país la tierra podia con facilidad desmenuzarse.

«Esta falta de lluvias en el norte de Chile desarrolló entre sus habitantes una gran intelijencia en el trabajo de riegos, i en este punto fueron admirablemente secundados por los peruanos,[212] quienes elevaron este arte a un alto grado de perfeccion. Gracias a estos excelentes guias, habian podido multiplicar los canales en un gran número de valles, i aún hacer llegar las aguas a grandes alturas, lo que manifiesta el cuidado estremo que ponian en aprovecharse de algunos terrenos llanos, hasta entónces secos i estériles. Las colinas fueron mucho ménos utilizadas. El cultivo en anfiteatro conocido en el Perú bajo el nombre de *andenes*, no fué puesto en uso probablemente a causa de la falta de bra-

211. El autor debió decir de meros cazadores.

212. ¿No serian estos los únicos introductores del sistema de regadío por medio de canales?

zos i de la escasa poblacion que poseian las provincias del norte; pero, a pesar de esto, algunas de las colinas fueron cultivadas segun un método que se sigue todavía en el norte para los frejoles i en Chiloé para las papas. Este método consiste en clavar en la tierra un baston puntiagudo, como lo hacen todavía los chinos, i hechar en el agujero así practicado algunos frejoles, que se cubren de tierra, i nunca con abono a la manera peruana, i dejar en seguida reposar muchos años esta tierra, a causa del estado de agotamiento en que se encuentra. Todos estos cultivos, así como las cosechas, se hacian en comun i casi de la misma manera que hemos visto practicado entre los indios de la Araucanía i aún entre algunos propietarios chilenos de la provincia de Concepcion.[213]»

Los indios sabian reducir los granos a harina,[214] de la cual tenian dos especies, la tostada que llamaban *murque* i la cruda *rugo*.[215] Para esta operacion se servian de unas piedras de moler, mui semejantes a las que hasta hoi se usan en nuestras casas de campo, i que no es raro encontrar en los sepulcros. A la solera llamaban *cudi*, i a la voladora, *numcudi*.[216] En la figura 109 reproducimos una de estas «manos» de moler, estraida de una huaca de la provincia de Curicó. Estimamos inoficioso relacionar aquí el sistema del manejo de estos molinos primitivos porque todo el mundo lo conoce entre nosotros.[217]

Habian inventado tambien dos especies de cedazos, uno llamado *chiñihue*, i otro *cayhue* para separar el salvado (*amchi*) de la harina flor, *achiul*. Conocian el empleo de la levadura i fabricaban varias clases de tortas, (de que ya se ha hablado) en hornos escavados en la tierra,[218] i en los cuales, segun asevera Carvallo, solian tambien cocer las viandas.[219]

213. *Agricultura*, t. I, páj. 2 i sigts.
214. Pietas asegura que los poyas hacian harina de una raíz de árbol, i que cargaban el agua en cueros de huanacos. *Informe al Rey sobre las diversas razas de indios*, M. S.
215. Molina, *Historia civil*, cáp. IV, lib. I.
216. Febres i Perez García, *Historia de Chile*, M. S.
217. Véase Stevenson, *Travels*, t. I, páj. 369.
218. Alonso de Ovalle *Histórica relacion*, páj 89.
219. *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 137.

Con harina hacian una mazamorra llamada *cupullca* i el *ulldpu* que preparaban cuando iban de camino en un cestillo «tan tejido que nunca el agua echada en él, se vierte ni rezuma.[220]» El poeta chileno Pedro de Oña, trae en su poema de *Arauco domado* la siguiente estrofa:

Sacáronle piñones, avellanas,
Frutilla seca, madi enharinado,
Maíz por las pastoras confitado
Al fuego con arena en las callanas,
I en copas de madera no medianas
Le dan licor de molle regalado,
Mudai, *perper* i el ulpo su bebida
Que sirve juntamente de comida.[221]

En Chile los indios se aprovechaban de las hojas de la *nicotiana rustica* para fumar. El humo del tabaco desempeñaba un papel mui importante en las prácticas de los machis o curanderos indíjenas, así como en las ceremonias que seguian a la muerte del prisionero. Usaban cachimbas de greda i de piedra i probablemente tambien de madera, segun lo que hasta hoi se observa en Arauco. El número 152 de nuestras láminas representa una cachimba de greda, de tamaño natural, encontrada en las orillas de la laguna de Llanquihue. El cuerpo del utensilio está adornado con incisiones en forma de grabados angulares, i su cocimiento es sumamente imperfecto. Tambien es de greda la dibujada con el número 88, procedente de Copiapó, i las restantes de la misma plancha, de varias procedencias, segun se rejistra en la respectiva esplicacion. Sobre todas ellas llama la atencion la número 86, de pórfido, de una forma escepcional i que está provista de un pequeño agujero para colgar el utensilio. La número 87 no ha alcanzado a concluirla el artista, i tiene de particular la construccion de la boquilla, que es en forma de espiral. Don Luis Montt posee una de estas cachimbas de piedra, en-

220. Pedro de Oña, *Arauco domado*, tabla.
221. Canto XIII. El molle de que hacian chicha es la planta llamada en historia natural *Litrea molle*.

contrada en la hacienda de Cauquenes, que es la mas elegante de cuantas conozcamos de procedencia chilena, pues tiene el mango adornado con una figura de animal.

Los aboríjenes fumaban especialmente con el propósito de embriagarse.

Con el mismo fin hacian bebidas de cuantas frutas i semillas poseian, dice Nájera sin exajeracion alguna.[222] De la murtilla fabrican «una chicha vigorosa, que tarda en fermentar algunos dias i dura sin acedarse algunos meses;» del *cauchau*, fruto de la luma hacen una que «luego embriaga, pero que no embaraza la cabeza sino por una hora;[223]» la hacian del *güingan*, del maqui i del molle, del cual, segun algunos, se produce la mejor;[224] de la murta; de la *quínua*,[225] de los piñones, la cual «embriaga poderosamente.[226]» Pero de todas las semillas empleadas para este intento ninguna tan adecuada como el maíz, que al efecto se tostaba i molia. Llamábase *muday* cuando era fuerte i *perper* cuando suave.[227] A juicio de Nuñez de Pineda «la de frutilla pasa es la mejor que se bebe i el jénero que mas dura sin acedarse, i no es comun como las demas por no haber en todas partes de este licor.[228]»

Rosales dice que para la fabricacion de estas bebidas, «muelen los indios el grano i échanle levadura i cuécenlo, i en tomando punto está hecha. Suelen hacer una chicha que llaman *mechol*, de sola levadura, que es fortísima i emborracha, i esa suelen hacer en algunas fiestas particulares, que llaman *mechol prun*, que significa baile con chicha *melol*... I en esa, como en las demas, ponen en la botija un hisopo de pajas de maíz en un palo para menear en la botija el asiento i que se vaya repartiendo en todos los vasos que sacan. I en los jarros o *malues*, que son unos canjilones de madera, en que beben, ponen un tenedor de madera

222. *Desengaño*, páj. 91.
223. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 38.
224. Oña, *Arauco domado*, tabla.
225. Pietas, *Informe al Rey*.
226. Olivares, lug. cit.
227. Oña, lug. cit.
228. *Cautiverio feliz*.

para revolver por si hai una pajita, i para que la espesura se reparta....

«Cuando han de hacer mucha chicha para una gran fiesta, se juntan de noche las mujeres, i puestas en rueda con sus piedras de moler están toda la noche cantando a una un cantar mui gracioso en que van haciendo los tonos al compas del movimiento del moler. Las viejas i los niños que no tienen fuerzas para moler trabajan en hacer levadura, que la hacen de la harina que van moliendo, mascándola i echándola en unos cántaros, i hai viejas que en la levadura echan una muela. Esta levadura i la harina molida la echan en unas pailas mui grandes que están al fuego con agua, i esa es la chicha en tomando punto, la cual, si se guarda muchos dias, se aceda i está fortísima como un vinagre fuerte i picante. I esa les suele saber mejor, que dicen que es como vino añejo, la cual, a los que no están hechos, les hace torcer el rostro i hacer jestos, i ellos la hacen buena cara i dan una castañetada con la lengua saboreándose.[229]»

«Los indíjenas para beber usaban las conchas del mar, lo mismo que hacian los peruanos.[230] Es comun encontrar de esta especie de cucharas de choros *(Mytilus)* en las sepulturas antiguas; pero tenian tambien otra especie de cuchara llamada *huythu*, i la *pacúcha*, que era «un cucharon a modo de canal en que beben chicha, echándola otro;» platos de madera de distintas clases, como ser los que designaban con los nombres de *ihue*, *chonco* o *thonco*, *chom*, *rali*, *malhue* o *malgues*, *challa*, *chigahue;* ollas grandes para hacer la chicha, con sus tapones, «a modo de tinajas, que hacen poco mas de una arroba, con las bocas angos-

229. *Historia de Chile*, I, páj. 155.

230. Arriaga, *Extirpacion de la idolatría en el Pirú*, páj. 14. En Chiloé, Ercilla nos refiere a este respecto lo siguiente:

> Pero ninguno tan escaso vino
> Que no trajese en don alguna cosa:
> Quien el vaso capaz de nácar fino,...
> ..... quien la bocina,
> Quien la pintada concha peregrina.
>
> *La Araucana*, canto XXXVI.

tas i cuellos largos,[231]» *qulilhue*, *chilhue*, *coro*, *meñcue* o *mengues*, *gudihue*, i otras mas pequeñas, que decian, *purunco*, *codvu*, *llupug*, *chuyco;* las callanas para tostar, *chom-challa*, *leupe;* platos de greda, *llican*. Hacian tambien del «cadillo» (*Acaena argentea*), de la «quelineja» (*Luzuriaga radicans*) i de otras yerbas varias especies de cestillos, como el *llepun*, que era a modo de fuente, *cúlco*, uno pequeño, i *gañihue*, uno grande, el *chayhue* que les servia para colar la chicha, i el *gañue*. Estos dos últimos eran tambien a propósito para medir, especialmente sal, siendo éste de capacidad de medio almud i el otro del doble. Poseian otras medidas cóncavas que llamaban *thoquihue* i otras de peso que nombran *vanen*. Perez García, que consigna este último dato, añade que conocian tambien cierta especie de balanzas. «Mas, en las medidas de sólidos i líquidos, declara Carvallo, no tienen exactitud, porque en aquellos se entienden por *huampar*, *cau* o *metahue*, i *meñcue* o *chuyco*, que equivalen a nuestras cuartillas, cuarterolas i arrobas; i en las últimas, por *chayhue* i *llepue*, que equivalen a uno i dos celemines, i los hacen de mayor o menor porte.[232]»

Usaban, asimismo, el *yole*, canasto tejido de bejucos, i la *chigua*, «que es a modo de fardel armado sobre aros de cañas verdes i trabado de tomizos de paja.[233]» Calificando Gonzalez de Nájera estos utensilios, dice en jeneral, que los vasos para beber «los labraban con toda perfeccion,[234]» i así debia de ser cuando segun lo que hemos visto referir a Oña, los vasos en que bebian el ulpo, hechos de mimbre, estaban tan bien trabados que no dejaban pasar una gota de agua. Otro utensilio que llevaban en sus viajes junto con el anterior era una red como mochila, donde llevaban los palitos para hacer fuego, lana para hilar, etc.[235]

Al tratar de las mejoras introducidas en el país por los perua-

231. Bascuñan, *Cautiverio feliz*, páj. 71.
232. *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 163.
233. Oña, *Arauco domado*, notas. Los indios, en jeneral, amarraban con voquis. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 374.
234. *Desengaño*, etc., páj. 97.
235. Véase Nájera, páj. 189.

nos, daremos mas detalles i muestras de los trabajos de alfarería de los indios chilenos, así como sobre sus progresos en materia de tejidos; pero por mui adelantados que los supongamos en estas diversas manifestaciones de la industria, el comercio, sin embargo, debió ser en estremo limitado entre las diversas secciones i tribus del país. Sin medios de locomocion i sin mas productos que los indispensables para la subsistencia i abrigo de cada cual; dedicados todos a la agricultura, a la caza o pesquerías, i por naturaleza indolentes i desidiosos, este importante elemento de civilizacion puede decirse que faltaba en absoluto. «El comercio que tienen entre sí los indios, decia Carvallo, no merece considerarse, pues se reduce a uno que otro cambio, siendo mas corriente entre ellos socorrerse mútuamente de lo que les falta, i así no hai entre ellos mendigos ni andrajosos.[236]» «Si los productos de las tierras, por su incuria apénas les bastan para su sustento, añade Olivares, ¿cuánto mas léjos estarán de utilizarse en los aprovechamientos de permutar o vender unas especies por otras?[237]» Solo las hijas eran para sus padres un artículo de comercio, que se aceptaba con pacto de retroventa,... i acaso las conchas de choros que, llevadas desde la costa, iban a servir de cucharas i cuchillos a los indios del interior.[238] De lo que no puede dudarse, porque el autor que acabamos de citar lo afirma terminantemente, es que los indios de la Mocha venian al continente en unas balsas de paja, con mucha jente, a sus tratos i contratos.[239] Ya hemos indicado ántes que los changos cambiaban los productos de sus pescas i especialmente el congrio seco por las lanas, coca i maíz de los ganaderos i agricultores de Chiuchiu i del interior del desierto de Atacama.

236. *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 160.
237. *Historia de Chile*, páj. 62.
238. Rosales, t. I, páj. 93. «Algunos arqueólogos, dice Lubbock, (*L'homme préhistorique*, páj. 174) han deducido de hechos semejantes que ya durante la edad de la piedra ha debido existir cierto comercio.»
239. *Conquista espiritual de Chile; Historia de Chile*, t. I, páj. 173.

CAPITULO IX.

LOS ARAUCANOS.

IV.

Canibalismo.—Sacrificios humanos.—La piedra de Curacaví.—Las piedras con cuatro cavidades.—Las *apachetas*.—El *pruloncion*.—Ideas de la Divinidad.—Agüeros i supersticiones.—Existencia futura.—Inmortalidad del alma.—La muerte.—Hechiceros.—Machis.—Juntas.—Medicina i enfermedades.—El arte de sangrar.—Conocimientos de historia natural.—Ceremonias que se seguian a la muerte.—Acompañamiento.—Provisiones para el viaje de la otra vida.—Sepulturas.—Disposiciones españolas acerca de las huacas.—Objetos que se encuentran en ellas.—Los niños jemelos.—Momias.

Por lo que dejamos espuesto se vé que en materia de alimentacion, esceptuando quizás a los pehuenches, que, al decir de don Jerónimo Pietas,[1] cuando faltaban los piñones «padecian hambres», i a los infelices pobladores de las islas que se estienden al sur de Chiloé hasta el estrecho de Magallanes i Tierra del Fuego i que aún hasta hoi apénas si se sustentan de otra cosa que de marisco, muchas veces, segun es fama, sin haberlo acercado siquiera al fuego, no podria concluirse que los primitivos habitantes de Chile sufriesen escaseces. Los condimentos animales eran, sin duda, en corto número e insuficientes; pero, en cambio, los numerosos i excelentes vejetales de que disponian i cultivaban

1. *Informe al Rey sobre las diversas razas de indios*, M. S.

en una tierra relativamente pródiga, los ponian a cubierto de la miseria i acaso les permitian tambien gozar de una dichosa abundancia.

Mas, como si no bastasen nuestros testimonios escritos, hallamos en los antiguos cementerios indíjenas la prueba mas palpable e incontrovertible de cómo en el sistema chileno dominaba casi en absoluto la alimentacion vejetal sobre la animal. Basta, en efecto, examinar cualquier cráneo para ver (fig. 214) desde luego que la conservacion jeneral de la dentadura es perfecta, i que, al paso que los incisivos se encuentran casi intactos, los molares, por el contrario, se presentan desgastados hasta su base. Verdad es que hasta hoi podrian notarse, en parte al ménos, los caracteres anteriores, pero ellos estarian limitados a los cráneos de las mujeres ancianas a quienes la costumbre de mascar el maíz para la fabricacion de la chicha ha reducido a ese estado, i en todo caso, no harian sino confirmar los resultados del sistema a que nos hemos referido.

I ya que se trata de alimentos conviene tener presente que no ha faltado historiador quien asevere que los indios de Chile han comido tambien en algun tiempo carne humana. Así, Juan de Herrera asegura en su *Relacion de las cosas de Chile* que los chilenos en su época comian carne humana en algunas partes.[2] I Rosales, precisando los lugares en que esto acontecia i esplicando sus motivos, refiere que en las inmediaciones de la laguna de Gueñauca (Valdivia) vivian los indios serranos de Purailla, quienes se iban a hurtadillas a los llanos de Osorno, atravesando la laguna en piraguas que llevaban consigo, i en los banquetes que hacian a su regreso, i en sus borracheras, se comian a los indios cautivos, aunque fuesen niños i mujeres: «que es ferocidad estraña i poco usada de los chilenos, que lo mas que comen es el corazon para hacer demostracion de su odio i enemistad, pero éstos todo el captivo entero, sin dejar cosa dél, se le comian.[3]» Gonzalez de Nájera es mas terminante, pues sostiene que «son pocos los que

2. *Historiadores de Chile*, t. II, páj. 251.
3. *Historia*, I, 256.

destos bárbaros dejan de comer carne humana, de tal suerte que en años estériles el indio forastero que acierta por algun caso a pasar por ajena tierra, se puede contar por venturoso, si escapa de que encuentren con él indios della, porque luego lo matan i se lo comen...[4]»

Por lo que se ve, pues, no puede en tésis jeneral sostenerse que los araucanos o en jeneral los indios de Chile hayan sido jamás caníbales. Lo que siempre se ha reconocido por los cronistas es que en sus borracheras i fiestas que de ordinario precedian a sus espediciones bélicas, mataban algun prisionero que de antiguo conservaban, i que cuando aún palpitaba el cadáver le estraian el corazon para chupar su sangre, untar con ella sus flechas i repartirlo a pedacitos entre los circunstantes, como signo de un odio comun i de iguales propósitos. Esto mismo lo reconoce Rosales, i por eso, con razon, se estraña de encontrar en un apartado lugar una ferocidad inusitada a que solo podian dar fomento antiquísimas rivalidades i guerras inveteradas. Los casos en que, apurándoles el hambre, debian ocurrir a este arbitrio estremo, i que hasta hoi se practica entre los fueguinos, sacrificando para el caso a las viejas, no deben contarse tampoco como regla.

Desechado, pues, en principio el canibalismo para los primitivos habitantes de Chile ¿podrá decirse otro tanto de los sacrificios humanos? Es lo que vamos a ver.

En un libro que contiene algunos datos sobre los antiguos americanos, tan raro como poco conocido, la *Historia eclesiástica de nuestros tiempos* del dominicano Frai Alonso Fernandez, impreso en Toledo el año 1611, se afirma terminantemente que los indios chilenos sacrificaban hombres a sus divinidades,[5] opinion que ha sido repetida posteriormente por el cronista de la órden franciscana en América, Córdova i Salinas,[6] i que Herrera

4. *Desengaño i reparo de la guerra de Chile*, páj. 94. Los araucanos tienen la voz *iloche* para designar al individuo «que come hombres.» Febres, *Arte de la lengua general*, etc.

5. Páj. 169.

6. *Crónica*, lib. VI, páj. 629.

parece tambien que diera a entender cuando asevera que en Chile se celebraban multitud de sacrificios.[7]

Garcilaso de la Vega negó este hecho respecto de sus antepasados, pero siendo muchos i mui respetables los autores que lo afirman, concluyen con mucha razon Rivero i Tschudi que debe tenerse por nula la afirmacion del antiguo descendiente de los Incas.[8]

He aquí ahora como un autor de nuestros tiempos cree poder demostrar con pruebas materiales el hecho que Garcilaso negara con tanta insistencia.

«Se encuentra a tres leguas al Sud de Abancay, dice M. Ernest Desjardins, en la ruta de Lima al Cuzco, en un bosque, cerca de un lugar llamado Concacha, una de esas piedras curiosas que atestiguan evidentemente un culto sanguinario. Mide seis metros diez i nueve centímetros de largo por un metro treinta i ocho centímetros de ancho. Dos gradas que parecen haber servido de asientos, han sido ahondadas en cada uno de los costados laterales. Al lado de estas gradas hai tallada una pequeña escalera que conduce a la cúspide, formada de una superficie mas o ménos plana. Esta escalerilla no parte de la base de la piedra, sino, mas o ménos, como desde la tercera parte de su altura, lo que hace pensar que estaria enterrada hasta el nivel de la primera grada. Se ha escavado en la cúspide varios asientos, dos hácia el lado norte i uno hácia el éste. El lado del sud presenta regueras ahondadas en la piedra, perfectamente marcadas. Se dirijen por una pendiente, al principio mui poco sensible, i en seguida mui rápida, a dos cavidades, que tienen la apariencia de depósitos i a la vez de salida para el sobrante. Todavía puede

7. Déc. V, páj. 95, ed. cit.

8. Véase a Gomara, *Hist. de las Indias*, lib. IV; Cieza de Leon, *Crónica* cap. XIX; Acosta, lib. V, cap. XVIII; Zamora, *Costumbres de todas las gentes*, lib. III, páj. 298; Levinio Apollonio, *De Peruviae inventione*, lib. I, páj 37; Balboa, *Historia del Perú*, cap. VIII; Benzoni, *Istoria dil Nuovo Mundo*, lib. III, cap. XX; Montesinos, *Memorias antiguas*, passin, i Betanzos, cit. por García, *Orijen de los Indios;* Herrera, Déc. V, lib. IV, cap. IV, i por fin a Prescott, lib. I, cap. III, i a Ondegardo, *Relacion segunda*, M. S., i Sarmiento, M. S., ámbos citados por el autor norte americano. Rivero i Tschudi, *Antigüedades peruanas*, páj. 194.

verse sobre la superficie horizontal de la cumbre ocho pequeñas concavidades escavadas en línea i sin ninguna comunicacion entre sí. Estas concavidades i las regueras que se encuentran sobre un plano inferior i que conducen a los depósitos de los resíduos, constituyen un aparato completo para que pudiese correr la sangre de las víctimas. La sangre debia ser recojida en vasos colocados al pié de los recipientes del sobrante.

«La poca regularidad de esta disposicion obedecia probablemente a un sistema calculado conforme a los dictados de la ciencia augural. La direccion que tomaba la sangre en estos diferentes surcos debia ser interpretada por los sacerdotes, que de ahí sacaban sin duda sus pronósticos.

«No se puede afirmar con la sola impresion que deja este monumento que sirviese para sacrificios humanos; pero no se puede negar, sin embargo, que no haya sido regado con la sangre de las mismas víctimas, cualesquiera que ellas hayan sido. Ahora, si comparamos con esta descripcion i el dibujo de la piedra de que tratamos, las relaciones de los cronistas españoles, no podemos en manera alguna dudar que esta piedra no haya servido para sacrificios humanos ántes del último siclo de la dominacion de los Incas.[9]»

El mismo M. Desjardins refiere que en la mitad del camino entre Guamanga i Andahuailas, se encuentra una roca inclinada en la direccion de la pendiente del cerro donde se halla, i que en ella hai una escavacion de donde nace un surco o reguero de tres milímetros de ancho por otros tanto de profundidad, que se bifurca a la distancia de veinte i cinco centímetros, formando cada uno de los regueros, a partir de la bifurcacion, diferentes zigzags. Esta piedra, concluye nuestro autor, que parece haber servido para los sacrificios humanos, no presenta ningun adorno i es probable que haya pertenecido a las mas antiguas edades relijiosas del Perú.[10]

La piedra en que sacrificaban hombres los mejicanos, dice

9. *Le Pérou avant la conquête espagnole*, Paris, 1858, pájs. 132 i sigts.
10. *Id.*, páj. 135.

Torquemada, era de una braza de largo, media vara de ancho i una tercia de alto, añadiendo algunos que era «a manera de pirámide.[11]»

Por lo que se refiere a Chile, como ya en mas de una ocasion se ha advertido, cualquiera que sea el punto que se examine de su antigua historia, es indudable que debe distinguirse la época i territorio en que se ejerció la dominacion peruana, de aquellos tiempos i lugares que se conservaron mas o ménos libres de toda influencia estraña.

Así, por lo que toca a la averiguacion de si hubo en lo antiguo sacrificios humanos entre los chilenos, debemos decir que las presunciones afirmativas que se presentan, deducidas de hechos materiales, deben referirse a la influencia peruana. Es constante, como se ha visto, que en el imperio de los Incas se celebraba el sacrificio de hombres, i como consecuencia natural, que debió estenderse a las naciones que les estuvieron sometidas. I las pruebas a que ha ocurrido M. Desjardins creemos que pueden tambien establecerse entre nosotros.

En efecto, no léjos del pueblo de Curacaví se encontraba una piedra que, como se verá por la representacion que damos de ella en la figura 2, coincide en su forma jeneral i en sus detalles casi en un todo con la que existe cerca del Cuzco. La nuestra es mas pequeña i como tal carece de los asientos o peldaños escavados en la otra, porque por sus cortas dimensiones no los necesitaba; pero, por lo demas, los surcos que comunican las diferentes secciones, las concavidades destinadas a servir de depósito, etc., etc., todo revela que este monumento no ha podido deber su oríjen sino a un antecedente análogo que aquel que señala Desjardins. Nuestra figura la representa de un octavo del tamaño natural. Afecta una forma algo redondeada, cuyos cantos tienen muestras manifiestas de haber sido labrados con grandes golpes, arrancando del cuerpo de la piedra trozos mas o ménos grandes e irregulares. La superficie superior está dividida

11. *Monarquía indiana*, t. II, páj. 116.

en dos distintos planos superpuestos, de los cuales el de mas abajo está provisto de tres cavidades, i el de mas arriba de seis, colocadas en dos diversas líneas paralelas i con un descenso irregular pero constante desde la parte superior a la inferior. La cavidad primera de la izquierda apénas está diseñada i tiene a su vez una inclinacion hácia el lado de afuera, comunicándose con las dos restantes del mismo plano por pequeñas canales, la última de las cuales se ensancha notablemente en la cavidad de la derecha estrema para dar paso a los líquidos que debian recibir los depósitos del segundo plano. Estos depósitos están aislados entre sí, pero con la corriente que desciende de arriba se llenan uno por uno, o a la vez, segun sea la fuerza i abundancia del líquido que desciende de la parte alta. Las cavidades del primer plano superior comunican entre sí tambien por medio de canales adecuadas. Derramando agua sobre la cavidad mediana de la estremidad superior, se nota que, siendo en poca cantidad, baja inmediatamente a las cavidades dispuestas mas abajo, sin tocar a las de los lados; pero tan pronto como la cantidad de agua derramada aumenta, se comunica a la cavidad de la derecha, de donde pasa, descendiendo por el canal principal de ese mismo lado, a los recipientes del segundo plano. La manera de llenarse los respectivos receptáculos es enteramente arbitraria i depende, en todo caso, de la fuerza i cantidad del líquido derramado, lo que demuestra que el artífice, si buscaba este fin en la construccion de esta piedra, lo obtuvo completamente. Lo incierto i variable debia ser el primer carácter que resultaba del sacrificio de una víctima en este altar.

Debe advertirse que como comprobante de las funciones a que estaba destinada esta curiosa piedra es del caso recordar que el pueblo que mas inmediato a ella se encuentra i que tiene una denominacion indíjena, significa en araucano la piedra del *cahuin*, (*Cura-cahuiñ*) esto es, la piedra de la algazara, del desórden, o el convite para funerales, segun Carvallo,[12] lo que demues-

12. *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 158.

tra que en sus alrededores o cerca de ella tenian lugar fiestas i reuniones de importancia.

Es verdad que por el exámen i colocacion de los depósitos i surcos piensan algunos que esta piedra ha podido servir para la fabricacion de la chicha; pero esta opinion parecerá poco fundada si se tiene presente que la crónica, tanto antigua como moderna, no recuerda en sus minuciosos anales el empleo de un aparato semejante, i es sabido que en los pueblos poco cultos, esos aparatos domésticos son siempre copiados unos de otros, lo cual daria a entender que esas piedras debieron ser comunes en Chile, cosa que es de todo punto inexacta. Ademas, ni la escasa capacidad de los recipientes, ni su colocacion son adecuados para aquella fabricacion. Por el contrario, consta que los araucanos han usado siempre para la confeccion de sus bebidas las vasijas de greda, o troncos de árboles ahuecados, como los que hoi acostumbran.

Se encuentran tambien en Chile algunas piedras semejantes a la que M. Desjardins describe como existente en el camino de Andahuailas. Puede aún decirse que son abudantes en las provincias centrales, i hácia la rejion de la costa.

Estas piedras se hallan invariablemente en la falda de los cerros poco elevados i siguiendo siempre la inclinacion de la pendiente. Todas ellas tienen cuatro agujeros de diferente profundidad, escavados sin seguir un plan aparente, mas, salvo una que otra rara escepcion, no pueden distinguirse en la superficie surcos que comuniquen entre sí estas diferentes cavidades. En la hacienda de la Patagüilla, en las inmediaciones del lugar en que fué hallada la piedra de los sacrificios (que está ahora en Santiago en nuestro poder) se notan algunas variantes del modelo jeneral a que nos hemos referido. Hai una de ellas que consta de una sola cavidad: forma que reviste asimismo otra que yace en la vecindad de Nancagua, en la provincia de Colchagua.

En una quebrada de la Patagüilla puede verse tambien una piedra cuadrangular con escavaciones sucesivas, i no léjos de Curicó, en el fundo de Peteroa, hai una que tiene concavidades

en dos de los lados de la superficie superior i que por su gran tamaño es mui digna de atencion.

Contrayéndonos ahora al tipo jeneral de estas piedras, que es tambien el que se asemeja mas al que ha dado Desjardins, bien sea que se examine alguna de la Patagüilla, una que existe en Viluco, casi al pié del cerrito de Collipeumo, en cuya cumbre permanecen, como veremos despues, los restos de una antigua fortaleza peruana, o bien que consideremos otra mas pequeña que figura en nuestra coleccion, debemos, en principio reconocer que no han estado destinadas a sacrificios de ninguna naturaleza. Basta para ello examinar su sistema jeneral, sin relacion alguna con las combinaciones materiales que en todas partes han servido siempre para dictar los agüeros, i hasta su misma colocacion en la falda de los cerros, donde no habria podido mantenerse un gran concurso de jente, como ha sido siempre de uso en las ceremonias sagradas de todos los pueblos antiguos i modernos.

¿Cuál ha sido entónces el fin a que han estado destinadas? En los resultados a que solo se llega por conjeturas es naturalmente imposible emitir como cierta una opinion, i esto no lo pretendemos; pero no es difícil aventurar una hipótesis que el ánimo pueda acojer sin esfuerzo i la razon esplicarse medianamente. Ahora bien: los lugares en que las piedras de que tratamos se encuentran, siempre a orillas o no léjos de las corrientes de agua, dan a entender con claridad que en sus contornos estuvieron edificadas las habitaciones de los antiguos chilenos, costumbre que hemos hecho ya notar i que tiene una esplicacion evidente, como deciamos. Hemos indicado igualmente que la posicion de las piedras es siempre en la direccion de la pendiente del cerro, i por fin, que los agujeros que se observan en su superficie asumen diferentes profundidades.

Este conjunto de particularidades pudiera hacernos creer que el uso que tuvieron dichas piedras entre los antiguos chilenos debió ser el de un juego. Probablemente consistia en acertar a introducir alguna pequeña piedra o tejo dentro de cada una de las cavidades, i contarse los tantos al jugador segun fuese aquella

en que lograse colocar su tejo. No debe parecer estraña esta hipótesis si todavía se observa que, segun los testimonios de los cronistas, han sido siempre abundantes entre los araucanos los juegos de destreza i especialmente aquellos que podian tener alguna relacion con los ejercicios de la guerra.

Mas, si parece posible avanzar una hipótesis respecto del uso a que estas piedras estuvieran destinadas, en los historiadores de las cosas del Perú podemos encontrar datos positivos que resuelven la dificultad.

Desjardins apunta lo siguiente respecto del oríjen del respeto i veneracion que por las piedras tenian los peruanos. «Viracocha, octavo inca, dice, declaró a su pueblo que en sus conquistas no solo habian vencido al enemigo los soldados, sino especialmente los hombres con barba que el Sol habia hecho nacer de las piedras del valle durante el combate... Añadió que estas piedras serian fáciles de reconocer i que convenia honrarlas con un culto especial. De ahí es de donde viene, al ménos en parte, el respeto de los peruanos por las piedras. Esta suerte de idolatría, a la cual se halla mezclada, como se vé, una especie de recuerdo patriótico, sobrevivió a la conquista i aún a la conversion de los indios al cristianismo. Hasta el presente no se han estinguido del todo sus huellas. Los indios, cuando suben alguna eminencia, conservan todavía la práctica de proveerse de alguna piedra, que depositan en seguida en lo alto de la pendiente.» «Creo que las piedras que se depositaban en la cima de las montañas se llamaban *apachetas*.[13]» «Cosa mui usada antiguamente, i ahora (1621) no lo es ménos, dice Arriaga, que los indios cuando suben algunas cuestas, o se cansan en el camino, llegando a alguna piedra grande, que tienen ya señalada para este efecto, escupir sobre ella (i por eso llaman a esta piedra *Tocanca*) coca o maíz mascado; otras veces dejan allí las ujutas o calzado viejo, o la huaraca, o unas soguillas o manojillos de paja, o ponen otras piedras pequeñas encima, i con esto dicen que se les quita el cansancio. A es-

13. Garcilaso, *Comentarios*, I, c. IV.

tos montoncillos de piedra suelen llamar, corrompiendo el vocablo, *apachitas*, i dicen algunos que los adoran, i no son sino las piedras que han ido amontonando con esta supersticion, ofreciéndoles a quien les quita el cansancio i les ayuda a llevar la carga, que eso es *apachita*»... Bollaert añade todavía con mas precision, con motivo de estas piedras con cavidades que vió en uno de los desfiladeros de los Andes, que «los indios, ántes de entrar en el paso, depositan sobre ellas algunas pocas cuentas de vidrio, un poco de comida, o alguna otra oferta propiciatoria al jénio que preside en el lugar o dispone de las tempestades.[14]»

Pero, si todos estos antecedentes obran manifiestamente en apoyo de la importacion peruana, dudas graves se presentan tan pronto como se trata de averiguar la época en que este culto de las piedras i con mas especialidad el de los sacrificios humanos tenia lugar en el Perú. En efecto, ya hemos visto que el autorizado M. Desjardins emitia la idea de que estos hechos han debido verificarse en los oríjenes de la civilizacion de los Incas, i en verdad que, como lo recuerdan la jeneralidad de los arqueólogos, los trabajos en piedra que se encuentran en el territorio peruano, no pueden referirse sino a aquellos remotos tiempos.

Siendo este, pues, un principio tan universalmente adoptado, ¿cómo referir a la influencia peruana los monumentos de piedra que se conservan en nuestro suelo cuando sabemos que las conquistas de los Incas apénas si se iniciaron en Chile a mediados del siglo XV?...

Para penetrarse todavía mas de esta dificultad conviene recordar que en el territorio de Chile se encuentran inscripciones jeroglíficas en rocas de la cordillera,[15] i que ademas de las piedras horadadas tan abundantes en nuestro suelo, no es difícil señalar

14. *Extirpacion de la idolatría del Pirú*, páj. 37; *Antiquarian researches, etc.*, páj. 182.

15. En la pájina 46 hemos descrito la piedra con jeroglíficos que existe en la cordillera de Cauquenes i que dibujamos con el número 232 de nuestras láminas. Es indudable que nuestros antepasados tenian noticias de otros monumentos semejantes, acaso todavía mas interesantes, pues el abate Molina refiere en la pájina 27 de su *Historia civil* que en Chile «se ven algunas efijies de hombres esculpidas en ciertas piedras», cuya ubicacion al presente ignoramos.

otras muestras de trabajo del mismo material, como lo veremos dentro de poco al hablar de la industria indíjena.

Pero, casualmente esta última circunstancia es quizá la que viene a complicar la dificultad. En efecto, a no tratarse sino de los monumentos de cierta importancia, o mejor dicho, de aquellos que han podido conservarse fácilmente merced al solo trascurso del tiempo, como ser las piedras situadas en las pendientes de los cerros i otras análogas, podria con probabilidades admitirse como principio jeneral que los trabajos en granito son anteriores a la conquista peruana, i en parte anteriores aún a la raza cuyos descendientes conocemos. Tal es al ménos, como lo hemos hecho notar, la opinion predominante de los anticuarios respecto de las rocas que tienen inscripciones jeroglíficas. Pero ¿cómo admitir que los cetros de piedra, que los vasos de mármol i algunos otros objetos semejantes i de un oríjen incuestionablemente indíjena, hayan podido venir desde tan antiguo? Se esplica que las grandes rocas, que naturalmente han debido conservarse en el mismo lugar, tengan una procedencia remota, pero es difícil concebir que objetos pequeños i delicados se trasmitan al traves de largas jeneraciones en pueblos incultos, sin sufrir ni siquiera deterioros. Esto indica, por lo tanto, que deben su existencia a la misma jeneracion que ha sabido conservarlos i estimarlos.

Con tales antecedentes es necesario reconocer que el trabajo de las piedras ha sido entre nosotros comun tanto a las primeras razas que lo poblaron i a las cuales deben atribuirse las inscripciones jeroglíficas, como a las que dominaban en el país al tiempo de la conquista castellana. La invasion de los Incas ejerció poca influencia a este respecto, pues si en los sepulcros de oríjen manifiestamente peruano se encuentran en las provincias del norte algunos objetos de piedra, tambien se hallan en abundancia las hachas de este mismo material en Valdivia i Chiloé.

Descartando ahora esta cuestion de principios i tratando de pronunciarse sobre la época de los sacrificios humanos en este país, que es lo que ha motivado esta digresion, nos apartamos

completamente de la asercion del dominicano Fernandez que da como cierta su vijencia al tiempo de la venida de los españoles, i pensamos, por el contrario, que si hai indicios vehementes de que hayan existido alguna vez, esto no ha debido suceder sino en una época mui primitiva. Los minuciosos cronistas de la colonia, sin esceptuar al mismo Rosales, guardan profundo silencio sobre el particular, lo que sin duda alguna no hubiese sucedido si en sus investigaciones hubiesen llegado siquiera a sospechar tan curioso antecedente, porque, como todos sabemos, relijiosos hasta el fanatismo, por la época, por su nacionalidad i en muchos por su profesion, no era posible que hubiesen olvidado consignar en sus escritos una práctica abominable que el cristianismo hubiese venido a desterrar de las bárbaras costumbres de los naturales.

Ademas, es constante que el rito de los sacrificios humanos no ha llegado a existir, por regla jeneral, sino en aquellos pueblos ardientes admiradores de la pompa del culto esterno, fanatizados por los sacerdotes, i que, en todo caso, han alcanzado alguna vez a constituir grandes masas de hombres gobernados por reyes investidos de un poder absoluto. Esto es lo que se ve en la India asiática, i esto era lo que sucedia en Méjico cuando llegaron los españoles. Pero en Chile no hubo jamas, al ménos desde mucho ántes de la invasion peruana, una verdadera nacion, ni monarca, ni poderes públicos, ni ninguna de aquellas circunstancias que en otras partes han coincidido con la institucion de los sacrificios humanos. «Esta práctica, dice Lubbock, revela en efecto, un profundo sentimiento relijioso, pervertido por una falsa idea del carácter de la divinidad.[16]»

Si hubieramos, pues, de admitir la existencia de los sacrificios humanos en alguna época de la vida de nuestro país, ella no ha podido tener lugar sino cuando dominaba su suelo aquella raza primitiva que ha dejado huellas de su paso en lo alto de las cordilleras, i que, segun la creencia de los autores, debió ser mu-

16. *L'homme préhistorique*, páj. 363.

chísimo mas adelantada que la que sometieron en parte los Incas, i contra cuyo indomable valor fueron a estrellarse mas tarde los bravos soldados castellanos, pero que por su relativo atraso i sus condiciones de existencia no podia celebrar el sacrificio de sus hijos.

Lo que probablemente ha ocasionado el aserto un tanto lijero de algunos escritores acerca de los sacrificios humanos, es la práctica corriente entre los araucanos de antaño, conocida con el nombre de *Pruloncion*, segun el padre Ramirez. Este cronista nos dice que los padres de familia, segun sus admapus o usanzas eran dueños absolutos de la vida de sus hijos i de sus mujeres i en sus borracheras los mutilaban i daban la muerte sin piedad ni misericordia, i con los prisioneros de guerra, aunque fuesen sus deudos o parientes, usaban crueldades inauditas...

«A estos sacrificios injustos i bárbaros llamaban el Pruloncion o canto de la victoria i baile de la cabeza... i lo ejecutaban de esta manera.[17]»...Pero apesar de que ya hemos descrito en jeneral esta ceremonia, oigamos referir, como ejemplo, uno de esos casos al verídico Nuñez de Pineda, que por ser escritor de época mas antigua i testigo presencial, nos parecerá mas digno de fé.

«Grande fué el susto i pesar que recibí, cuando ví venir una procesion tumultuosa de demonios en demanda de nuestro alojamiento, con sus armas en las manos, i a un mozo pobre soldado, de los que llevaban cautivos, en medio de ellos, liadas para atras las manos, tirándole un indio de una soga que llevaba al cuello.

«Llegaron de esta manera al ranchuelo que habitábamos i aunque mi amo excusó salir dél, conociendo la intencion con que venian, habiendo hecho alto todos juntos, en un pradecillo que sobre una loma rasa era lo mas enjuto, fueron enviados dos de los mas principales a llamarle, que conmigo estaba dentro de la choza, mostrando tanto pesar como el disgusto que a mí me acompañaba. I como en las juntas de parlamentos no se puede

17. *Cronicon*, lib. I, cap. III.

excusar ninguno, que son a modo de consejo de guerra, le fué forzoso acudir al llamamiento i llevarme a su lado...

«Seguimos a los dos caciques mensajeros i llegamos al lugar adonde nos aguardaban los demas ministros i soldados; i luego se fueron poniendo en órden segun el uso i costumbres de sus tierras; i esta era mas ancha que la cabecera, adonde asistian los caciques principales i capitanes de valor. En medio pusieron al soldado que trajeron liado para el sacrificio, i uno de los capitanejos cojió una lanza en la mano, en cuyo extremo estaban tres cuchillos, a modo de tridente, bien liados; i otro tenia un *toque*, que es una insignia de piedra a modo de una hacha astillera, que usan los regues, i está en poder siempre del mas principal cacique, a quien llaman *toque*, que es mas que cacique en su parcialidad, que, como queda dicho, es lo que llaman *regue*. I esta insignia a modo de hacha, sirve en los parlamentos de matar españoles, teniéndola, como he significado, el que de derecho le toca; i es el primero que toma la mano en hablar i proponer lo que le parece conveniente. I si este tal gobernador o toque es mui viejo, o poco retórico, suele sostituir sus veces i dar la mano a quien le parece entendido, capaz i discreto; que adonde quiera tiene su lugar el buen discurso, i entre estos bárbaros se apropia el orador insigne el nombre de encantador suave, cuyo título dieron a los predicadores las antiguas letras, como lo notó San Jerónimo sobre el lugar del profeta Isaías, que en algo se asemejan estos naturales a los pasados siglos. Cojió en la mano el toque, o en su lugar, una porra de madera, que usaban entónces, sembrada de muchos clavos de herrar, el valiente Putapichun, como mas estimado cacique, por soldado de buena disposicion i traza en la guerra, i en el lenguaje veloz i discreto. I haciendo la salva a todos los compañeros, habiéndose puesto en pié en medio de la plazoleta o calle referida, se acercó adonde [a] aquel pobrecito soldado le tenian asentado en el suelo, i desatándole las manos, le mandaron cojer un palillo, i [que] dél fuese quebrando tantos cuantos capitanes valientes i de nombre se hallaban en nuestro ejército. I como el desdichado mozo era no-

vel en la guerra, no tenia noticia de los que en aquel tiempo tenian opinion i nombre entre los enemigos, i le mandaron los fuese nombrando. Dijo que no conocia a los valientes; a que replicó Putapichun diciéndole:—¿Pues no conoceis a Alvaro Maltincampo?—Si conozco i tengo muchas noticias de él, respondió el desdichado.—Pues cortad un palito, i tenedlo en una mano: ¿al *apo* no conoceis? el toque le volvió a preguntar (que quiere decir gobernador).—Mui bien le conozco, dijo.—Cortad otro palito.—Al Maltincampo i sarjento mayor tambien los conozco, repitió el soldado.—Pues id cortando palitos. De esta suerte fué nombrando hasta diez o doce de los mas nombrados i conocidos, i le mandó cortar otros tantos palitos; los cuales le hizo tener en una mano, i le dijo: tened en la memoria a todos los que habemos nombrado i haced un hoyo para enterrar esos valientes; que habiéndole dicho de la suerte que lo habia de hacer lo puso luego en ejecucion.

«Acabada esta ceremonia, fueron tres capitanejos a sacar cada uno un cuchillo de los que estaban liados en la lanza que al principio dije, que significaba los *utammapus*, que son parcialidades de que se compone toda la tierra que habitan desde la costa hasta la cordillera. Sacaron los cuchillos por su órden i con el mismo los fueron entregando al que tenia el *toque*, que le puso en la mano izquierda i recibió los cuchillos con la derecha. Con esto se fueron a sus lugares i asientos, i quedó solo Putapichun, que fué el que recibió los cuchillos i el que estaba con el *toque* en medio de la calle, en pié, i dió principio a su parlamento con grande arrogancia i enerjía: lo que acostumbraban hablando con cada uno de los circunstantes, dando principio por los mas antiguos i por los que tienen adquirida por sí mayor estimacion i aplauso, diciendo en alta voz: ¿no es verdad esto, fulano? a que responde el nombrado el *veillicha* que se usa entre ellos, que es como decir: es verdad, o es así, o teneis razon. I si alguno mas retórico o presumido quiere con otras razones dilatar su respuesta i apoyar las del orador, lo hace con elegancia. De esta suerte fué hablando

con todos i concluyó su plática con decir a Maulican, mi amo, lo que se sigue...

«Acabadas de decir estas razones, los tres cuchillos que tenia en la mano, los clavó en triángulo a la redonda del hoyo que habia hecho aquel desdichado soldado, que asentado junto a él estaba, con los palillos en la mano que le habian hecho cortar ántes; allegóse luego al sitio i lugar donde mi amo asistia en medio de dos amigos suyos, de aquellos que llegaron juntamente con nosotros, i lo sacó al lugar adonde él estaba razonando; i al salir del suyo i de adonde los demas asistian, me dejó encargado a los dos sus amigos i compañeros, i dejándome en medio de ellos, salió al palenque i ocupó el puesto de Putapichun, mas por la obligacion i empeño en que le pusieron, que por la voluntad que tenia de ejecutar cosa que no deseaba. Salieron otros dos ministros de ceremonias, que es imposible poderlas significar, ni decir de la suerte que ellos las hacen. El maestro era Putapichun, con el toque en la mano, que habiendo puesto a los sacrificadores en medio, le entregó a mi amo una porra de madera pesada, sembrada toda de clavos de herrar, las cabezas para afuera, i el cuchillo que habia puesto hincado en medio de los dos, que representaba la parcialidad de Maulican, mi amo, i de los suyos; i los otros dos cuchillos, mandó a los acólitos o ministros, los cojiesen en las manos, cada uno el que le tocaba, siendo el uno de la parcialidad de la cordillera i el otro de la costa. Con ellos i sus lanzas arboladas se pusieron a los lados del sacrificante, el cual se fué acercando al lugar adonde aquel pobre mancebo estaba o lo tenian asentado, despidiendo sus ojos mas lágrimas que las que en los mios sin poder detenerse se manifestaban.

«Con que, cada vez que volvia el rostro a mirarme, me atravesaba el alma, i correspondiéndonos con unos suspiros i sollozos desmedidos, sin podernos ir a la mano, muchos de los ministros circunstantes daban muestra de hallarse condolidos. Porque hai algunos entre ellos que se duelen i lastiman de los miserables que en tales casos i ocasiones tienen mala fortuna, como lo manifestaba Maulican, mi amo, en el sacrificio que le

obligaron a hacer (como despues lo significó a sus amigos.) Allegóse al desdichado mancebo i díjole: ¿cuántos palillos tienes en la mano? Contólos, i respondió que doce; hízole sacar uno, preguntándole, que quien era el primer valiente de los suyos. Estuvo un rato suspenso, sin acertar a hablar palabra, ya con la turbacion de la muerte que aguardaba, o ya porque no se acordaba de los nombres que le dijeron; a cuya suspension el maestro de ceremonias que con su toque asistia al ejecutor del sacrificio, habló de donde estaba i le dijo: acaba ya de hablar, soldadillo. El miserable turbado, pareciéndole que seguia el órden como se debia, respondió diciendo: este es el gobernador. Replicóle el Putapichun: no es sino Alvaro, que aquí solamente los valientes conocidos se nombran primero: echadlo en ese hoyo. Con que dejó caer el palillo como se lo ordenaron. Sacad otro, le dijo mi amo; i habiéndolo hecho así, le preguntó quién era el segundo. Respondió que el *apo*, el gobernador. Echadlo en el hoyo i sacad otro, le dijo; con que fué por sus turnos sacando desde el maestro de campo jeneral i sarjento mayor hasta el capitan de amigos llamado Diego Monje, que ellos tenian por valiente i gran corsario de sus tierras; i acabado de echar los doce palillos en el hoyo le mandaron fuese echando la tierra sobre ellos, i los fué cubriendo con la que habia sacado del hoyo; i estando en esto ocupado, le dió en el celebro un tan gran golpe, que le echó los sesos fuera con la macana o porra claveteada, que sirvió de la insignia que llaman toque. Al instante los acólitos que estaban con los cuchillos en las manos, le abrieron el pecho i le sacaron el corazon palpitando, i se lo entregaron a mi amo, que despues de haberle chupado la sangre, le trajeron una quita de tabaco, i cojiendo humo en la boca, lo fué echando a una i otras partes, como incensando al demonio a quien habian ofrecido aquel sacrificio. Pasó el corazon de mano en mano, i fueron haciendo con él la propia ceremonia que mi amo; i en el entretanto andaban cuatro o seis de ellos con sus lanzas corriendo a la redonda del pobre difunto; dando gritos i voces a su usanza, i haciendo con los piés los demas temblar la tierra. Acabado este bárbaro i

mal rito, volvió el corazon a manos de mi amo, i haciendo de él unos pequeños pedazos, entre todos se los fueron comiendo con gran presteza.[18]»

Pero, llámese a esta práctica sacrificio o nó, es evidente que no revestia carácter alguno de homenaje a la Divinidad, que es la base de todo sacrificio.

Esto nos conduce a examinar el sistema relijioso de los antiguos chilenos. Por lo que toca a la época anterior a la invasion peruana, Herrera dice con verdad que aunque en Chile habia multitud de supersticiones, «no tenian que ver con los del Cuzco.[19]»

«Los indios de Chile, agrega frai Alonso Fernandez, adoraban el sol, la luna, i otros algunos idolillos.[20]» «En lo espiritual no reconocen los chilenos relijion alguna, espresa un cronista, aunque varios adoraban el sol.[21]» A este respecto hace notar el historiador don José Perez García, que es de estrañar que los naturales profesen tanto respeto a la Anchimallhuen «que es decir mujer del sol, i dicen que es una señora jóven tan bella i ataviada como benigna,» cuando no tienen ninguno por el sol.[22] El jesuita Olivares, tratando de aprovechar esta contradiccion, deduce de ahí que la tal señora no podia ser otra que la Vírjen.[23] Pero la verdad de todo esto es, como concluye con razon el viajero Frezier que «jamás se ha encontrado entre los antiguos chilenos ni templos, ni vestijios de ídolos que hayan adorado.[24]» «Es digno de reparo, espresa sobre el particular Larsen, que ni los indios cobrizos de la América del norte, ni los Patagones, ni otros, están inficionados con mitolojías complicadas, pues nunca han vivido ociosos i sedentarios para ponerse a filosofar. En jeneral,

18. Nuñez de Piñeda i Bascuñan, *Cautiverio feliz*, páis. 39, 40 i sigtes.
19. *Dec.* V, páj. 95.
20. *Historia eclesiástica*, páj. 169, Toledo, 1611.
21. Quiroga, *Compendio histórico de los mas principales sucesos de la conquista y guerra del Reyno de Chile*, páj. 100 del tomo XI de los *Historiadores de Chile*.
22. *Historia de Chile*, lib. I, cap. X.
23. *Historia de Chile*, lib. I, cap. XV.
24. *Voyage*, t. I, páj. 100, ed. Amsterdam, 1717, 8.°

las mitolojías son hijas del clima...[25]» Nótese, sin embargo, que por el momento, como acabamos de espresarlo, hablamos de la época anterior a la invasion peruana, pues por lo que se refiere a los templos i a los ídolos, mui luego tendremos ocasion de ocuparnos de ellos. Ercilla decia ya:

Jente es sin Dios, ni lei, aunque respeta
A aquel que fué del cielo derribado,
Que como a poderoso i gran profeta
Es siempre en sus cantares celebrado.[26]

Rosales, que es uno de los historiadores que mejor ha conocido a nuestros naturales, los califica de «los mas bárbaros de las Indias, porque ni conocen al verdadero Dios, ni tienen otros dioses falsos, ni ídolos que adorar, i así no saben de relijion, culto ni adoracion, ni tienen sacrificios, ni ofrendas, ni invocaciones. Solo invocan al *Pillan*, i ni saben si es el demonio, ni quien es...[27]» «El númen a quien su barbaridad rendia lijero culto, añade don Pedro de Córdoba i Figueroa, porque no habia ningun exceso en su relijiosidad, llamaban *Pillan* i decian que habitaba en la cordillera o volcanes, haciendo el trono de su deidad los horrores del fuego i humo, i decian que los truenos, rayos i relámpagos eran efecto de su poder, o indicios de su indignacion; i cuando esto sucede, le invocan a voces, mas con placer que con temor. Solicitaban tenerle propicio en los casos árduos, principalmente en la guerra al tiempo de acometer a los enemigos. Vibrando la lanza le llaman a voces, ceremonia que acostumbran no solo para implorar favor, sí tambien para espulsar el pavor, i que les dé espíritu de audacia i vigor, lo que no omiten aún en sus juegos de chueca.[28]»

Mas, prescindiendo de la *Anchimalhuen*, que, segun este mismo autor, «les noticiaba de lo adverso para precaverlo i de lo próspero para celebrarlo», por lo cual era reputada como la dei-

25. *America ante-colombiana*, páj. 154.
26. *La Araucana*, canto I.
27. *Historia*, t. I, páj. 164.
28. *Historia de Chile*, páj. 26.

dad tutelar, los indios reconocen al *Meulen*, «que significa torbellino o remolino de viento», al *Epunamun*, junta de guerra, i a los *Huecubus*, que eran como los ministros i delegados del Pillan,[29] encargados de intervenir especialmente en las enfermedades i trabajos; [30] pero estas eran divinidades desconocidas en la antigua teogonía araucana.[31]

Pero, así como nuestros naturales carecian de toda nocion de la Divinidad, en cambio, vivian abrumados de supersticiones. Una de las mas curiosas es la que se refiere al moscardon, «al cual tienen por alguna alma de la otra vida, i tan asentado eso, que, si estando uno enfermo, entran moscardones en su rancho, luego le lloran por muerto i dicen que son las almas de sus parientes que vienen por él, i cuando acuden a las borracheras, porque hai carne muerta, dicen que son los parientes que vienen tambien a holgarse i a beber[32]». «I así, en ellas, el primer jarro de chicha que han de beber suelen derramar parte de él o todo para que beban sus caciques i parientes difuntos. I en sus casas, cuando almuerzan i beben el primer jarro de chicha, meten primero el dedo i asperjan (como cuando echamos agua bendita, dice el jesuita que cuenta el hecho) a sus difuntos, diciendo *pu am*, que es como brindando a las almas[33]».

«Creen fácilmente en sus sueños, i los cuentan como cosa verdadera, i así se guardan, si han tenido alguna pesadilla; i si algun sueño alegre, lo creen, i esperan que les ha de suceder así porque lo soñaron. Si sueñan que se les cae algun diente, es que se ha de morir alguno de sus parientes[34]».

«Tienen agüeros i abusiones en los pájaros, i particularmente al que llaman «mero» *(Dasycephala livida)* le tienen por agorero. I si se sienta a cantar en alguna casa, dicen que va a anunciar la muerte a alguno de ella o de la vecindad; i si hai algun

29. Ovalle, *Histórica relacion*, páj. 327.
30. Febres, *Arte y gramática, etc.*
31. Ramirez, *Cronicon sacro-imperial de Chile*, lib. I, cap. II.
32. Rosales, *Conquista espiritual de Chile.*
33. Id., *Historia de Chile*, t. I, páj. 162.
34. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 53.

enfermo le desahucian i le previenen lo necesario para el entierro, i tienen por infalible su muerte.

«En latiéndoles los párpados de los ojos, o los brazos, lo tienen por mal agüero. I si le late el brazo izquierdo a un indio, cuando va a la guerra o a otra cualquiera parte, se vuelve, porque lo tiene por anuncio de mala señal.

«Los mismos agüeros tienen con las zorrillas que andan por el campo, i con algunas aves voraces i carniceras que vuelan por el aire, pues si marchando los siguen éstas, dicen que van a comer de sus carnes, i que si las zorras pasan cuando van a la guerra, al lado izquierdo es mala señal, i buena cuando pasan por el otro lado.

«En estando una mujer con dolores de parto, la echan fuera de casa, que vaya a parir junto al rio, porque dicen que todos los males de la mujer preñada se les pegan a los de la casa i a las alhajas[35]».

«Si suena la lumbre, es señal de venir huéspedes; si se acerca a sus casas algun remolino, es que han de asaltarlos los enemigos; si les zumban los oidos, es que les están murmurando; si se les cae el bocado al llevarlo a la boca, es que se acuerda de ellos quien los quiere; si palpitan las entrañas de algun animal que matan, entónces se sobresaltan i se sobrecojen de un pueril vergonzoso temor.[36]»

«Si se infestan las mieses de gusanos, lo atribuyen al «Huecubu», i acuden a la supersticion. Forman una enramada de grande estension, i en ella ponen el circo, colocando un ramo de boyghe, i sobre él un anciano. Al pié del ramo queman mucho tabaco, i por espacio de veinticuatro horas seguidas bailan al rededor hombres i mujeres, alternándose las parejas. Concluido el tiempo, conducen un gusano en una piel, i colocado debajo del boyghe, le dan veneno. Al punto que muere el insecto, se postran los danzantes, aparentando cierta especie de éxtasis, i se acerca la jente

35. Rosales, *Id.*, páj. 164.
36. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 52.

moza a manosear, i usan torpemente de las mujeres, que se dejan estar como estatuas, sin movimiento alguno. Pasado un largo rato, comienza la comida i bebida, hasta embriagarse[37]...»

Al Huecubu, no solo atribuyen el que sus mieses se apesten por el gusano, sino tambien todas las cosas que les suceden adversas o dañosas: «el faltar el pez en algun lago o rio, que ántes lo criaba, es que se lo comió el huecubu; el temblar la tierra es que se sacudió debajo de ella; el enfermar o morir ganados u hombres es que se les metió en el cuerpo etc.[38]» Para que llueva o escampe, revuelven en un tiesto muchas piedrecillas con una yerba que llaman *pùlpùl*, operacion que se conoce con el nombre de *guenguen*.[39]

«Es particular superticion i mui circunstanciada la que tienen en tiempo de temblores grandes: luego que ha pasado la mayor violencia del movimiento, se aperan, hombres i mujeres, de cosas de comer i de platos grandes en la cabeza, i cargando con sus hijuelos i su pobre ajuar se encaminan al monte mas cercano, de los que llaman *Ten-ten*, que son los que tienen tres puntas que van en declinacion hasta lo mas bajo de la llanura, i solo puestos en su cima, se dan por seguros. Dan la razon de este hecho diciendo, que en semejantes terremotos, como sale el mar algunas cuadras fuera, así es de temer que inunde toda la tierra segun tienen por tradicion que sucedió en tiempos de mucha antigüedad.[40] Que este *Ten-ten* tiene la buena cualidad de sobrenadar las aguas, i que puestos sobre él con sus alimentos, se mantendrán el tiempo que durare la inundacion.[41]»

«Los indios que acuden a medicinarse al valle de Pumanta, donde hai cuatro ojos de agua, calientes todos en diversos grados, desde el mui remiso hasta el mui intenso,... creen que el sanar es por beneficio del señor de aquella agua, i para granjearlo, le echan algunos donecillos en el mismo ojo por donde brota,...

37. *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 138.
38. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 51.
39. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*
40. Recuérdese lo dicho en el capítulo de las *Tradiciones*.
41. Olivares, ob. cit., páj. 53

creyendo firmemente que lo que no se sume, no lo recibe, i que el no recibirlo es señal manifiesta de su desagrado, i de que no quiere acordar la gracia de la sanidad.[42]»

Cuenta tambien el padre García que los indios caucahues se tiñen la cara con carbon al entrar en las lagunas heladas, para saludar a la nieve, porque el que así no lo hace, se muere.[43]

No eran ménos orijinales ni absurdas sus ideas respecto a la vida futura. Creian, en efecto, que los caciques se convertian en moscardones i se quedaban en los sepulcros, de donde salian a ver a sus parientes; que los indios de guerra, que habian sido valerosos, se subian a las nubes i se trasformaban en truenos i relámpagos. «I así dicen que cuando truena i relampaguea pelean con sus enemigos i se disparan los unos a los otros rayos de fuego... En habiendo truenos en las nubes salen de sus casas i arrojan chicha a su *Pillan*, que entienden que son sus indios que están peleando, i los hablan i animan, diciéndoles que hagan como buen Pillan, i que no se deje vencer del enemigo... I cuando ven que las nubes van hácia sus tierras, dan saltos de placer i palmadas de contento, diciendo que su Pillan lleva de vencido al del contrario; i si ven que las nubes van en sentido opuesto, se entristecen i dicen que los suyos van de vencida, i los reprenden de cobardes i los animan a la pelea. Por esta causa, i por la dificultad de llevar a sus tierras los cuerpos de los soldados que mueren en la guerra, los queman i solo llevan sus cenizas, porque dicen que por medio de el fuego i de el humo, suben con mas velocidad a las nubes, i van convertidas ya en *Pillan*.

«El tercer jénero de jente, que es la comun de hombres i mujeres, dicen que en muriendo van sus almas a la otra banda de el mar a comer papas negras... Hai allí unos campos tristes, frios i destemplados, que aunque siembran en ellos, no dan sino unas papas negras, i que con ellas solas se sustentan, i lo pasan con trabajo; aunque tambien tienen sus fiestas i borracheras las almas

42. Olivares, *id.*, id.
43. *Viaje*, t. XXXIX de los *Anales de la Universidad*, páj. 358.

de los difuntos, como acá los vivos, solo que la chicha que es la bebida de sus fiestas, es negra como de muertos.[44]»

Parece que no todos los indios se formaban tan triste idea de la morada futura, pues Nájera espresa, que hai tambien allí, segun piensan algunos, «buenas comidas i bebidas,[45]» a que añade el jesuita Juan de Albis en carta que le escribió al historiador Alonso de Ovalle, que «tienen allí sus lugares de recreacion i gustos, i que se ocupan en bailar i cantar, i que tienen mucha abundancia de comidas i bebidas, i que con esto se dan a grandes i espléndidos banquetes; i que gozan de muchas mujeres, pero que no hacen hijos, i que esto es allí lícito, i que las mujeres que tienen acá, tambien las han de tener allá, etc.[46]»

Respecto al lugar en que se encuentre la morada futura, Bascuñan nos dice que algunos la colocan tras de las cordilleras nevadas.[47] «No piensan, dice Olivares, que haya lugar separado en que se paguen con el premio o castigo las buenas obras o malas, sino que van a la isla de la Mocha a pasar otra vida sin fin ni trabajo.[48]» Pero Rosales añade sobre este particular, que eran precisamente los isleños de la Mocha los que venian a contar a los de tierra firme «que junto a su isla grande, hai una mui pequeña i inhabitable, i que por ella pasan las almas de los muertos a la otra banda de el mar a comer papas negras, i allí es el embarcadero para el mar negro. I en entrando la noche, se ven horribles visiones i formidables apariencias, i entre ellas se oyen grandes ahullidos i voces lastimosas de los que se embarcan, despidiéndose de ellos, i que por las voces conocen los que son i las personas que se han muerto en el continente; i tienen grande pena por saber que se les han muerto sus parientes i amigos. I para persuadir mejor estos embustes, en saltando en tierra se informan de qué personas han muerto, hombres, mujeres i niños, i con aquella noticia, en las juntas platican estas cosas: ¿no murió

44. Rosales, t. I, páj. 163.
45. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 102.
46. *Histórica relacion*, páj. 327.
47. *Cautiverio feliz*, páj. 109.
48. *Historia de Chile*, páj. 52.

fulano?; que allá oimos sus voces i lamentos con que se despedia de nosotros i deste mundo. ¿I fulano no falleció ya? I así iban refiriendo los muertos, i como era así, que habian muerto, creian tambien que era así, que en aquella isla se embarcaban para la otra banda del mar, donde estaban las almas. I estimaban mucho a los que les daban noticias de ellas, i por esta vía de falsa revelacion, se hacian estimados i tenian gran introduccion, porque cada uno queria saber del estado del alma de su hijo, de su hermano o pariente, i se iba a informar de ellos: con lo cual los regalaban en todas partes, i si se detenian algun año, que no los dejaban los temporales embarcar, los sustentaban todo el año i les hacian grande lugar en las fiestas.[49]»

Por lo demas, ya estuviese aquel lugar tras de la cordillera nevada o de la otra banda del mar, no se podia llegar allí sino despues de atravesar un pasaje estrecho, donde habia una vieja, «a quien habia que pagar alguna cosa como recaudadora de la aduana; i dicen que es una perversa vieja, porque si no la satisfacen en moneda o en especie, se hace pago con uno de los ojos del pasajero.[50]» Creian tambien que las viejas, convertidas en ballenas, eran las encargadas de trasportar al sitio de la existencia futura las almas de los muertos, i por eso les decian por burla *thempilcahue*.[51]

«Piensan algunos arqueólogos, dice Lubbock, que los cuidados prestados a los funerales i la costumbre de colocar cerca del cadáver diversos objetos, prueban que los pueblos de la edad de la piedra creian en la inmortalidad del alma, en una existencia material despues de la muerte. Parece probado, agrega el doctor Wilson, por el depósito constante cerca del cadáver, no solamente de armas, de utensilios, de alhajas, sino tambien de vasijas, que contenian sin duda alimentos, que creian en una existencia futura; pero esto demuestra, al mismo tiempo, que las ideas que se forma-

49. *Conquista espiritual de Chile.*
50. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 52; Carvallo, *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 137.
51. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*

ban sobre el particular, eran mui groseras i enteramente materialistas.[52]»

Estas consideraciones son perfectamente aplicables a las creencias de los araucanos. A pesar de que dicen *tipai ni pùlli*, «salió del cuerpo el espíritu,[53]» cuando muere alguno, i de que ademas creen en la inmortalidad del alma, están persuadidos de que la existencia futura es puramente material, i por eso cuando los misioneros pretendian que los indios se enterrasen en sagrado, sin chicha, ni provisiones para la otra vida, se negaban tenazmente, diciendo que era porque querian que allá se muriesen de hambre.[54] Pero esto lo veremos mas detalladamente cuando tratemos de los funerales.

Por lo demas, «si bien confiesan la inmortalidad del alma, espresa Gonzalez de Nájera, tienen entendido que no moriria ninguno, si no le matasen con heridas o yerbas, i por eso se persuaden que todos los que mueren (aunque sea de enfermedades), es por haberles dado enemigos suyos ponzoña.[55]»

«Jamas juzgan estos naturales, añade Bascuñan, que salen de esta vida para la otra por ser natural la muerte, sino es por hechicerías i por bocados que se dan los unos a los otros con veneno, a cuya causa acostumbran consultar a los curanderos *machis*, hechiceros i encantadores.[56]»

A pesar de que ordinariamente se asimila a hechiceros i machis, unos i otros no tenian, sin embargo, idénticas funciones. El mismo Bascuñan nos dice que preguntándole una vez a un indio, de dónde nacia la costumbre de que el marido se separase de su mujer tan pronto como recibia la convocatoria para salir a campaña, le notició «que en los tiempos pasados se usaban en todas las parcialidades unos *huecubuyes*, que llamaban *renis*, como entre los cristianos los sacerdotes. Estos andaban vestidos de unas man-

52. *L'homme préhistorique*, páj. 127.
53. Bascuñan, *Cautiverio feliz*, páj. 109; Perez García, *Historia de Chile*, cap. XI.
54. Rosales, *Conquista espiritual de Chile.*
55. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 102.
56. *Cautiverio feliz*, páj. 157.

tas largas, con los cabellos largos, i los que no los tenian los traian postizos de cochayuyo o de otros jéneros, para diferenciarse de los demas indios naturales: estos acostumbraban a estar separados del concurso de las jentes i por tiempo no ser comunicados, i en diversas montañas divididos, a donde tenian unas cuevas lóbregas en que consultaban al Pillan (que es el demonio) a quien conocen por Dios los hechiceros i endemoniados machis, que son médicos. Estos por tiempos señalados estaban sin comunicar mujeres ni cohabitar con ellas; sacaron de esta costumbre i alcanzaron con la esperiencia que se hallaba con mas vigor i fuerza el que se abstenia de llegar ni tratar con ellas, i de aquí se orijinó, habiendo de salir a la guerra, el que es soldado, esta costumbre i lei por consejo i parecer de los sacerdotes.[57]» «Tenian los de Puren, una ceremonia antigua, añade Rosales, en que se visten de *boquibuyes*, (que son sus sacerdotes) i están recojidos en una montaña separada, haciéndose hermitaños i hablando con el demonio;[58]» «i miéntras están en su encerramiento no puede ninguno mover guerra, i de su consejo i determinacion pende el conservar la paz i el abrir la guerra;[59]» «i a ellos van otros muchos indios con presentes, para que les profetizen cosas que desean saber, i ellos les traen engañados con mil embustes i falsas respuestas, como engañosos oráculos.[60]»

Estos huecubuyes o sacerdotes araucanos que seguian de tiempo en tiempo vida solitaria en las grutas de las montañas, fueron sin duda los que inspiraron a Ercilla la creacion del májico Fiton. Ya desde aquella misma época asumieron gran importancia ante los ojos de los crédulos castellanos, que no se dudaban un momento de que tuviesen trato familiar con el demonio, haciéndolo aparecer por medio de ciertas invocaciones i consultándolo en sus casos difíciles. Conocidos mas especialmente bajo el nombre de hechiceros, motivaron una porcion de disposiciones de parte

57. *Cautiverio feliz*, páj. 361.
58. *Conquista espiritual de Chile*, M. S.
59. Rosales, *Historia de Chile*, t. I, páj. 178.
60. Nájera, *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 99.

de las autoridades españolas, siendo por este medio como pueden establecerse a su respecto algunos curiosos particulares.

El conocido padre Calancha, cronista de la órden agustina en América, atribuye el oríjen de estos hechiceros a una lei de los Incas que disponia que «todos trabajasen i comiesen del sudor de sus manos, i que los impedidos, contrechos o inhábiles para labranzas o guerras aprendiesen a herbolarios para curar enfermos, o aprendiesen a hechiceros para ministros de sus ídolos. Era oficio de flojos, agrega, i así creció en número la multitud de hechiceros.[61]»

Parece un hecho constante que aún despues de los primeros años de la conquista española, los hechiceros indíjenas ocasionaban con sus embustes una multitud de asesinatos entre los mismos naturales, pues ya en 2 de enero de 1552 vemos que en sesion del Cabildo de Santiago, el procurador de ciudad pidió «que cada seis meses del año vaya un juez de comision para visitar la tierra sobre los hechiceros que llaman *hambicamayos*, dándole comision para castigallos con todo rigor de derecho, pues es público i notorio los muchos indios e indias que por los pueblos de los indios se hallan muertos mediante esto.[62]»

En una representacion que la ciudad de Santiago hizo a Pedro de Valdivia en el mes de noviembre del mismo año 1552, entre otras cosas, dice:

«Otrosí pido a vuesa señoría que porque los naturales se matan unos a otros i se van consumiendo con *ambi* i otros hechizos que les dan, i en estos las justicias tienen algun descuido en no se castigar: vuesa señoria mande que cada dos meses del año, dos vecinos se vayan de Maipo hasta Maule a visitar la tierra i otros dos vayan hasta Choapa;[63] i vuesa señoría les dé poder como capitanes para que con sumaria informacion tengan especial cuidado de castigar estos hechiceros i *hambicamayos*,

61. *Crónica*, páj. 377.
62. *Actas del Cabildo*, páj. 287.
63. Segun los datos que suministra un libro de apuntes consultado por Perez García, en Valdivia los indios al tiempo de la conquista usaban tambien de bocados i hechizos.

porque demas del daño que reciben los naturales se desirve Dios en los hechizos que hacen invocando al Demonio...[64]»

Es sabido que de la vida del ilustre Alonso de Góngora Marmolejo, historiador i guerrero de la conquista, el último dato de que se tenga noticia es que estuvo desempeñando una de estas comisiones para perseguir hechiceros.

Un autor que escribia al principio del siglo pasado, don Jerónimo Pietas, refiere de la manera siguiente la forma en que los hechiceros celebraban sus consultas. «Ríjense los indios, dice, en todo lo que dudan por los hechiceros i adivinos. En su idioma llaman al adivino *dungube*.[65] Este ciertamente hace que a sus preguntas le responda el demonio, i de suerte que le oigan todos en la forma siguiente. Llega uno a quien le han hurtado algo o se le ha perdido o huidósele la mujer, al *dungube*, i pagándole, le esplica lo que va a saber. El *dungube* deja su casa sola, i desde afuera con varios conjuros, hablando con su misma casa le hace las preguntas, i desde dentro de ella, con voz alta aunque melíflua, responden de dentro, diciendo fijamente donde está lo que le preguntan.[66]»

Cuenta a este respecto Pedro de Oña que los hechiceros sacaban sus pronósticos volviendo la espalda a la muchedumbre, i que

> En medio de la rueda acompasada
> Despues que el suelo a soplos alisaron
> Aquellas manos pérfidas hincaron
> Una ramilla luenga deshojada,
> De cuya estrema punta doblegada
> Por un sutil estambre, le colgaron
> Un vedijon de lana de la tierra,
> Que es donde su Pillan se les encierra...
>
> ...Colgado, pues, el copo de la vara
> Con un zurron bajo i escabroso
> Como de negro tábano enfadoso
> Cuando revuela en torno de la cara:

64. *Actas del Cabildo*, páj. 312.
65. O *dugulve*, llaman al *lligua* o adivino, dice Febres, porque hace hablar al demonio, *Arte y gramática de la lengua de Chile.*
66. *Informe al Rey, etc.*

Apresta la infelice jente avara
Su pérfido conjuro tenebroso
Haciendo que tomase en él la mano
Quien de la facultad era decano.

Agrega en otra parte del poema:

En hondos i secretos soterraños
Tienen capaces cuevas fabricadas,
Sobre maderos fuertes afirmadas
Para que esten así nestóreos años:
Las cuales, en lugar de ricos paños,
Estan de abajo arriba entapizadas
Con todo el suelo en ámbito de esteras
I de cabezas hórridas de fieras.

«Miéntras andan los soldados en la guerra, están los hechiceros consultando al demonio, sobre el suceso de los suyos, incensando con tabaco a las tierras del enemigo, i haciendo sus invocaciones. I en una batea de agua les muestra el demonio lo que pasa, donde están i lo que les ha sucedido, bueno o malo. I ántes que llegue la nueva del buen o mal suceso, lo anuncian a todos i es mui ordinario saberse lo que sucede en partes mui distantes por medio de estos hechiceros.[67]»

De una informacion levantada en 1693, bajo el gobierno de don Tomas Marin de Poveda, por el capitan de caballería don Antonio de Soto Pedreros, comisario jeneral de naciones de indios, con ocasion de haber sabido que algunos caciques habian celebrado ciertas reuniones, aparecen datos mui curiosos sobre la manera como tenian lugar los conciliábulos de los hechiceros.

A una cueva, llamada de Pircun, habian concurrido indios de distintas i apartadas localidades. La cueva tenia dos puertas, que se cubrian con el pasto llamado coiron (una gramínea), distantes una de otra cosa de doce varas, i para abrirlas se ocurria a la ceremonia siguiente: dos de los hechiceros cojian una quita de tabaco, i haciendo oracion al diablo, «Anchimalghen», le ofrecian

67. Rosales, *Historia*, t. I, páj. 135.

aquel humo; miéntras tanto, otros refregaban ciertas yerbas, i con el zumo asperjaban las puertas, «con lo cual se levantó un remolino, causado de una culebra, que está dentro de la cueva en la puerta, i el remolino desgobernó las matas de coiron, de modo que pudiesen hacerse a un lado, entrando los *mancanes*, que son como los ministros o sacerdotes de aquel sacrificio, que son cinco». Dentro de la cueva estaban dos culebras, una en cada puerta, llamadas *inguaivilu*, sin otras muchas que habia dentro, i hai tambien *quispes*, que son lagartos con los pescuezos blancos. La cueva es redonda, mediana, de poco mas de la estatura de un hombre. Los congregantes entraron a puesta de sol i salieron al amanecer, cerrando la cueva con las mismas ceremonias. Uno de los caciques, mató de un flechazo a un hijo suyo, «en arte del diablo», i una vieja cantó un romance diabólico. Se trató allí de la muerte de algunos caciques, lo que efectivamente aconteció poco despues, a cuyo intento pusieron a un indio en cueros i le hicieron varias unciones. Uno de los asistentes le frotó el pecho i le sobó con una piedra viva, que llaman *torniunpu*, con ojos i piés, habiendo declarado uno de los testigos que le habia visto pestañear los ojos a la piedra; otro le untó i sobó la cabeza con una piedra colorada, que dicen *yudcura*, i una india, las espaldas con otra piedra, *piguin chaincura*; ésta le puso, en seguida, un canelo en la palma de la mano, i sobándoselo se lo entró, i para que saliese por la punta del dedo, con el aliento se lo hizo brotar, «i que el dedo creció mas que los otros, i que le pusieron el dedo en un jarro encantado, con algunos betunes, i dicho jarro tenia doce agujeritos pequeñitos; i que con estas dilijencias se transformó en pájaro, a modo de cóndor, i le dijeron que fuese a matar al hijo de Nahuelpí...; i habiendo llegado a la puerta del rancho, a las cuatro veces que le amenazó con el canelo untado en el jarro, salió una chispa que fué derecho a dar al indio, que estaba calentándose en medio del rancho, i luego que la dió, cayó de espaldas, i supo despues que habia muerto a la mañana siguiente...»

286

Preguntado otro indio de qué instrumentos i supersticiones se

valian en estas juntas, dijo que de unos canutos i varillas de canelo; i que los venenos con que matan se componen de yerbas i de los escrementos de los *ibunches* i otras sabandijas que hai dentro de las cuevas, i que del todo se hace un compuesto con que untan las varillas. Un novicio, agrega, que para iniciarle en el arte de los hechiceros, le graduaron dándole a beber orines de perro i que tragase un corazon de jente, i que le pusieron, ademas, una máscara de un pellejo sacado de una cara humana, habiendo entrado de este modo a la referida cueva.

El poeta Pedro de Oña, sostiene, con este motivo, que entre los indios

> Hai otros herbolarios que es su ciencia
> Preparar el veneno destilado
> De yerbas de mortífera potencia
> Con que en comun es uso dar bocado:
> Es tan mortal i presta su violencia
> Que al triste que una vez ántes se ha dado
> No podrá preservar despues Hipócrates,
> Que al fin muere rabiando como Sócrates.[68]

«Lo mas que los araucanos enseñan a sus hijos, agrega sobre el particular un cronista, es a ser hechiceros... I para esto tienen sus maestros i su modo de colejios donde los hechiceros los tienen recojidos i sin ver el sol en sus cuevas i lugares ocultos, donde hablan con el diablo i les enseñan a hacer cosas aparentes que admiran a los que las ven, porque en el arte májica ponen todo su cuidado... El hechicero que les enseña les gradúa a lo último, i en público les da a beber sus brevajes, con que entra el demonio en ellos. I luego les da sus propios ojos i su lengua, sacándose aparentemente los ojos i cortándose la lengua, i sacándoles a ellos los ojos i cortándoles las lenguas. Hace que todos ellos juzguen que ha trocado con ellos ojos i lengua, para que con sus ojos vean al demonio, i con su lengua le hablen, i metiéndoles una estaca aguda por el vientre, se la saca por el espi-

68. *Arauco domado*, canto I.

nazo, sin que manifieste dolor ni quede señal. I así con estas i otras apariencias quedan graduados de hechiceros...[69]»

Mucho de parecido con la de los hechiceros tenia, como se ha indicado, la profesion de los machis o curanderos indíjenas, que hasta ahora se conservan con aplauso entre los araucanos.

Los llamados *machis* andan sin calzones i en su lugar llevan *punus*,[70] que «es una mantichuela que traen por delante de la cintura para abajo, al modo de las indias i unas camisetas largas encima; usan el cabello largo, siendo que todos los demas andan trenzados;—se ponen tambien sus gargantillas, anillos i otras alhajas mujeriles, siendo mui estimados i respetados de hombres i mujeres, porque hacen con éstas oficio de hombres, i con aquellos, de mujeres.[71]»

Para curar al enfermo se manda buscar al *machi*, se le da de comer i se espera la hora de la oracion; se preparan ramos de canelo, un carnero, cántaros i ollas i se juntan los indios vecinos i los parientes i parientas del enfermo.

«Entramos ya de noche, cuenta como testigo de vista Bascuñan, al sacrificio del carnero que ofrecian al demonio; tenian en medio muchas luces, i en un rincon del rancho al enfermo entre clara i oscura aquella parte, rodeado de muchas indias con sus tamborilejos pequeños, cantando una lastimosa i triste tonada con las voces mui delicadas; los indios no cantaban porque sus voces gruesas debian ser contrarias al encanto. Estaba cerca de la cabecera del enfermo un carnero, liado de piés i manos, i entre unas ramas frondosas de laureles tenian puesto un ramo de canelo de buen porte, del cual pendia un tamboril mediano, i sobre un banco grande a modo de mesa, una quita de tabaco encendida, de la cual a ratos sacaba el humo della i esparcia por entre las ramas i por adonde el doliente i la música asistia. A todo esto las indias cantaban lastimosamente.

69. Rosales, *Historia*, t. I, páj. 168.
70. *Cautiverio feliz*, páj. 107.
71. Perez García, *Historia de Chile*. En el pecado nefando solo queda infamado, añade Bascuñan, «el que se sujeta al oficio de mujer, i a estos llaman «huyes.» *Cautiverio feliz*, páj. 107.

«Los indios i el cacique estaban en medio de la casa asentados en rueda, cabizbajos, pensativos i tristes, sin hablar ninguno una palabra. Al cabo de haber incensado las ramas por tres veces, i al carnero otras tantas, que le tenia arrimado al banco que le debia de servir como altar de su sacrificio, se encaminó para donde estaba el enfermo i le hizo descubrir el pecho i estómago, habiendo callado las cantoras, i con la mano llegó a tentarle i zahumarle con el humo de la quita, que traia en la boca de ordinario; con esto le tapó con una mantichuela el estómago i se volvió donde estaba el carnero, i mandó que volviesen a cantar otra diferente tonada, mas triste i confusa, i allegando al carnero sacó un cuchillo i le abrió por medio, i sacó el corazon vivo, i palpitando le clavó en medio del canelo en una ramita que para el propósito habia poco ántes ahusado, i luego cojió la quita i empezó a zahumar el corazon que aún vivo se mostraba, i a ratos le chupaba con la boca la sangre que despedia. Despues de esto, zahumó toda la casa con el tabaco, que de la boca echaba el humo; llegóse luego al doliente, i con el propio cuchillo que habia abierto al carnero, le abrió el pecho, que patentemente se parecian los hígados i tripas i los chupaba con la boca; i todos juzgaban que con aquella accion echaba afuera el mal i le arrancaba del estómago; i todas las indias cantando tristemente, i las hijas i mujeres del paciente llorando a la redonda i suspirando. Volvió a hacer que cerraba las heridas, i cubrióle el pecho nuevamente, i de allí volvió donde el corazon del carnero estaba atravesado, haciendo enfrente dél nuevas ceremonias i entre ellas fué descolgar el tamboril[72] que pendiente estaba del canelo, i ir a cantar con las indias, él parado dando algunos paseos, i las mujeres asentadas como de ántes. Habiendo dado tres o cuatro vueltas de esta suerte, vimos de repente levantarse de entre las ramas una neblina oscura a modo de humareda, que las cubrió de suerte que nos las quitó de la vista por un rato, i al

72. Tenian dos clases de estos instrumentos para usar en las curaciones, uno que llamaban *ralículthun*, hecho de un plato de palo, i otro *thúnthúnca*, que no sabemos como se fabricaba. Luis de Valdivia, *Arte de la lengua general*, i Febres, *Gramática*, etc.

instante cayó el encantador en el suelo como muerto, dando saltos el cuerpo para arriba, como si fuese una pelota, i el tamboril a su lado de la mesma suerte, saltando a imitacion del dueño, que me causó grande horror i encojimiento, obligándome a encomendar a Dios, que hasta entónces habia estado con notable cuidado a todas sus acciones, i luego que ví aquel horrible espectáculo, tendido en aquel suelo, i el tamboril saltando solo, juntamente con el dueño, se me angustió el alma i se me herizaron los cabellos i tuve por mui cierto que el demonio se habia apoderado de su cuerpo. Callaron las cantoras, i cesaron los tamboriles, i sosegóse el endemoniado, pero de manera el rostro que parecia el mesmo Lucifer, con los ojos en blanco i vueltos al colodrillo, con una figura horrenda i espantosa. Estando de esta suerte le preguntaron que si sanaria el enfermo; a que respondió que sí, aunque seria tarde, porque la enfermedad era grave i el bocado se habia apoderado de aquel cuerpo de manera que faltaba mui poco para que la ponzoña llegase al corazon i le quitase la vida. Volvieron a preguntarle que en qué ocasion se lo dieron, quién i cómo, i dijo que en una borrachera, un enemigo suyo con quien habia tenido algunas diferencias, i no quiso nombrar la persona aunque se lo preguntaron, i esto fué con una voz tan delicada que parecia salir de alguna flauta.

«Con esto volvieron a cantar las mujeres sus tonadas tristes i dentro de un buen rato fué volviendo en sí el hechicero, i se levantó cojiendo el tamboril de su lado i lo volvió a colgar adonde estaba de ántes i fué a la mesa adonde estaba la quita de tabaco encendida, i cojió humo con la boca i incensó o ahumó las ramas (por mejor decir) i el palo adonde el corazon del carnero habia estado clavado, que no supimos que se hizo, porque no se le vimos sacar ni pareció mas, que infaliblemente lo debió de esconder el curandero, o llevarlo el demonio, como ellos dan a entender que se lo come; despues de esto se acostó entre las ramas del canelo a dormir i descansar, i de aquella suerte lo dejaron.[73]»

290

73. *Cautiverio feliz*, páj. 159 i sigts.

«Hai otros curanderos, añade este mismo autor, que hacen algunas curaciones finjidas, chupando al enfermo el estomago, i escupiendo sangre de la boca, dando a entender que se la sacan de adentro del pecho, i para esto dicen que suelen zajarse la lengua, o picarse las encías, para hacer estas demostraciones; i estos verdaderamente no tienen pacto con el espíritu malo, como los otros que llaman *huyes*, que son nefandos, como queda dicho, i éstos son los que causan mayor pavor i espanto.[74]»

«Suele tambien llevar escondido algun gusano lombriz o cola de lagartija, i hace que la saca de las entrañas, i que ya le ha sacado el bocado i la enfermedad... Si esta es en los ojos, finje aparentemente que se los saca i se los limpia, mostrando algun palito o gusanillo que le sacó dellos, o alguna flecha invisible que le ha tirado un *huecubu*... I como la enfermedad es mui diferente i natural, si muere della por no haberle aplicado medicina ninguna (como es lo ordinario) se escusa el médico con decir que él ya le sacó el bocado o la flecha, que si despues le tiraron otra o no le avisaron, que era fuerza que habia de morir.[75]»

Cuando el machi culpa a alguien como causante de la muerte, i comunmente es al mas desvalido i a veces a personas mui inmediatas al difunto, luego lo condenan a las llamas, «i la ejecucion del bárbaro suplicio es de esta suerte: clavan tres palos en el suelo, como en puntas de triángulo; al uno de ellos, que es mas grueso, atan el paciente por las espaldas, i a los otros dos por los piés, las manos se las ligan atrás; i en esta postura le hacen fuego entre los muslos, que se los quema, i el vientre, pecho i rostro, i luego comienzan las preguntas para que confiese el delito i declare los cómplices. El miserable, viendo que el negar es de ningun provecho, se culpa a sí mismo i a cuantos quieran nombrarle, que suelen acabar al reo confeso con el cuchillo, i pasan a ejecutar su furor a fuego i sangre con los que pueden haber a las

74. *Cautiverio feliz*, páj. 164.
75. Rosales, *Historia*, t. I, páj. 169.

manos de los que resultan reos de aquella confesion.[76]» Cuando echan la culpa a alguno que tiene parientes, éstos tratan de vengarse, «de que suelen resultar grandes discordias.[77]»

Durante la enfermedad se hace una junta para hablar al enfermo de su salud o sobre quien le ha hecho el daño, (*ambi*) ceremonia que llaman *thavinam*, i el enfermo, a su vez, reune a los parientes cuando se siente malo, para despedirse de ellos, que es la especie de testamento a que designan con el nombre de *chalitun*.[78]

Pero aparte de todas las patrañas empíricas que los araucanos empleaban en sus enfermedades, habian realizado notables adelantos en el conocimiento de las cualidades medicinales de las plantas del país. El *quinchamalí* (Jen. *Quinchamalium*), «que tomó este nombre de un cacique grande herbolario,[79]» que lo empleaban mucho en las heridas; la pichoa (*Euphorbia postulacoides*), i el pircun (*anisomeria drastica*), i el lanco (*Bromus catharticus*), con los cuales se purgaban; el huilmo (del jénero *Lysiomchun*) i diferentes especies de lirios (*Chloracea*) para las piedras de la vejiga; la chépica (*Garpabum vaginatum*) para las postemas; la tupa (jénero *tupa*) para el «chavalongo;» el mayu (*Eduardsia chilensis*) para los constipados; la chilca (*Baubaris*) para las desconcertaduras; el alhuelahuen (*Sphacele campanulata*) para la gota i el sarampion; el ají (*Capsicum longum*) contra la pichoa; la calchacura (es un líquen, probablemente *Parmelia*) i el lun (*Scallonia illinita*) para las llagas; el clenclen (*Polygala*) para el vientre; el coiron (*gramíneas*) para las hinchazones; el huévil (*Solanum tomatillo*) para la fiebre; la melosa (*madia sativa*) para la gota; el colliguay (*colliguaya odorifera*) que les servia de veneno para las flechas; el ulgo, contra venenos; el chamico (*Datura*) como narcótico; el culen (*P. glaudulosa*); el palqui (*Cestrum parqui*), la cachanlagua (*Erythraea chi-*

76. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 46.
77. Rosales, I, páj. 169.
78. Febres, *Gramática, etc.*
79. Rosales, I, páj. 231; Gonzalez de Nájera, páj. 57.

lensis) el pinco-pinco (*Ephedra andina*) mui conocidos como remedios caseros, i muchas otras plantas que seria largo enumerar.[80] «Las yerbas medicinales que poseian los naturales, dice Perez García, llamaron tanto la atencion de los franceses que llegaron a Penco en el navío «Príncipe de Condé,» que, dándole noticia a su soberano, éste se dirijió a la corte de Madrid, pidiendo se le enviaran semillas, de las cuales se le remitieron de ciento veinte clases.[81]»

«Sin embargo de que atribuyen sus enfermedades a hechicerías, con todo, se medicinan los indios con unturas, lavativas,[82] cataplasmas, bebidas de cocimiento de yerbas, en que tienen grandes conocimientos. No tienen nocion alguna del pulso para conocer las enfermedades, i por los síntomas conocen las fiebres pútridas, i las cortan oportunamente.[83]» Habian descubierto el uso de las gárgaras[84] i el de los baños termales[85] i su aplicacion a las enfermedades de la piel, i aún no carecian de ciertas nociones de cirujía. «Lavaban las heridas con agua del tiempo i las curaban con romaza (*Jen. Runex*), llanten (*Plantago major*) i otras plantas.[86]» Para sangrarse usaban de «una delgada punta de pedernal, injerida en la estremidad de una varilla, de suerte que sale la punta a un lado, i el contrario estremo de la varilla toman en la mano del desnudo brazo de que se han de sangrar, de manera medida, que venga a ajustarse la punta del pedernal sobre la vena

80. Véase especialmente los capítulos VIII, IX i X, del tomo I de la *Historia de Chile* de Rosales.—Es mui probable que los peruanos enseñasen en Chile las virtudes de algunas de sus plantas, pues «aún hoi se encuentran con frecuencia indios *camatas*, viajeros que atraviesan casi toda la América meridional, visitando las repúblicas del Perú, Bolivia, Chile i Buenos Aires, con su pequeña coleccion de simples, i presentando en las puertas de las habitaciones preservativos i remedios, que a veces producen un efecto saludable.» Rivero, *Coleccion de memorias científicas*, t. II, páj. 66.

81. *Historia de Chile.*

82. Llamaban *hueuchu* a la vejiga que les servia para el caso Febres, *Gramática.*

83. Carvallo, *Historiadores*, t. X, páj. 164.

84. Tenian, en efecto, la voz *culcam-pelin*, hacer gárgaras. Febres, *Gramática, etc.*

85. Gonzalez de Nájera, *Desengaño, etc.*, páj. 101; Ovalle, *Histórica relacion.*

86. Carvallo, lug. cit.

que ha de romper, i asegurada de tal manera, dan con la otra mano un papirote sobre el pedernal, con que abre la vena i destila el hilo de la sangre sin dificultad, ni mas cuenta de onzas, de esperar cada uno a cuanto le parece que basta para la indisposicion que siente, habiendo advertido, ante todas cosas, en atarse con cinta el brazo...[87]» A esta lanceta llamaban *gicuhue*, siendo mui probable que el pedernal que servia de instrumento sea mui semejante al que dibujamos en la figura 57, encontrado en una sepultura indíjena antigua, en Curicó. Es práctica corriente entre los pehuenches sangrarse los brazos cuando tienen pena.[88]

A pesar de lo que mas adelante se dice tocante a los partos de las indias, debemos consignar aquí que en araucano existe la voz *coniclovque*, partera, que acaso demuestra que en ciertos casos difíciles tambien se utilizaban sus servicios.[89]

Entre los cronistas encontramos testimonios repetidos del hecho de que los araucanos, ademas del sarampion *(charam)*, perlecía *(yaudim)*, sarna, etc., estaban infestados con la gonorrea *(pecuyen)* i la sífilis;[90] pero en vista de sus testimonios, no podriamos decir si los españoles encontraron esta última enfermedad en el país, o si la importaron junto con la viruela i el aguardiente, las dos plagas que mas destrozos han causado en la poblacion indíjena. Lo que sí puede aseverarse es que llegaron a emplear en su curacion varias plantas i los baños termales. Habian llegado aún a descubrir que algunas de las enfermedades de la

87. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 53.
88. Pietas, *Informe al Rei, etc.*
89. Luis de Valdivia, *Arte de la lengua, etc.*
90. Martinez, *La verdad en campaña*, núm. 69; Olivares, *Historia de Chile*, páj. 53; Rosales, etc. «En la llegada de nuestros españoles, dice Nájera, a aquellas partes occidentales, hicieron esperiencia los indios i españoles de dos nuevas contajiosas enfermedades, la una de las cuales fué la de las viruelas, que pegaron los nuestros a los indios, cosa que jamas habian conocido; i la otra fué el mal de las bubas, cuyo oríjen tuvo en los indios del comer carne humana, al cual mal llamamos impropiamente mal frances, pues no viene de Francia sino de las Occidentales Indias esta enfermedad, la cual cobraron los nuestros de los indios, como en contra cambio de las viruelas que les dejaron.» *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 356. Merece notarse, sin embargo, que contra su costumbre, el autor que citamos no habla en nombre propio sobre este particular, sino que se refiere al libro del médico verones Montano, *De morbo gallico*, i a la *Historia de Italia* de Guicciardino.

piel les eran producidas por parásitos (*cuthu*, arador de la sarna), i en jeneral conocian tanto la historia natural del país, especialmente la zoolojía i botánica, que casi no hai entre nosotros una sola ave ni un solo mamífero que no encuentre nombre en el idioma de los indios.[91]

Como se supondrá, a pesar de los remedios caseros de los machis, (inclusa la intervencion del demonio), de todos estos trajines i de tanto aparato, el enfermo las mas de las veces pasaba a mejor vida. Hé aquí ahora lo que segun el mismo autor que hemos citado hace poco, se hacia para enterrar el difunto.

Noticiada la muerte a los habitantes de la *regüe* o parcialidad, traia cada uno su cántaro de chicha; «entraron adentro, dice Bascuñan, refiriéndose al mismo caso de que se ha tratado, adonde nos hallaron con las acostumbradas ceremonias, llorando sobre el difunto; levantóse el cacique a recibirlos, i acercándose al cadáver cuatro de los mas ancianos i nobles, fueron cada uno de por sí echándole encima una camiseta i manta nueva, i las mujeres de estos poniendo arrimadas al cuerpo frio, las tinajas i cántaros de chicha que trajeron a cuestas, i como mas tiernas i cerimoniáticas (*sic*) las viejas dieron principio a dar tan fuertes voces i alaridos rasgándose las vestiduras i pelándose los cabellos, que obligaron a que los demas las acompañáramos; con que, chicos i grandes, con los gritos, sollozos i suspiros que daban, hacian tan gran ruido, que parecia mas cerimonia acostumbrada, que natural dolor por el difunto, i es así verdad, que en lo de adelante se conoció hacerse mas aquellos estremos por el fausto i honor de las exequias, que por el pesar que les causaba la muerte de los suyos...[92]»

«Las mujeres vestian en seguida el cuerpo del difunto (*alhue*)

91. Molina rejistra algunas de estas voces, (*Hist. nat.*, páj. 508), pero las gramáticas araucanas son mucho mas completas a este respecto. Tenian tambien en este orden de conocimientos sus fábulas, como la del pimuychen, «culebra que dicen vuela, cuando silva, i que el que la ve se muere». Febres, *Arte de la lengua, etc.* De aquí provienen sin duda las historietas de nuestro pueblo sobre el *piuchen* i el *colo-colo*. Creen tambien que un zapo grande, que llaman *arunco*, es el que conserva las aguas donde habita. *Id.*

92. *Cautiverio feliz*, páj. 187.

con ropas nuevas, camisetas, mantas i calzones de diferentes colores i una bolsa mui curiosa (que la ponian sobre todo lo demas), pendiente de una faja ancha, bien llena i cocida por la boca, donde le ponian sus collares i llancas, especialmente con los hombres principales. Despues de vestido colocaban el cadáver sobre unas andas, enramadas con hojas de laurel i de canelo.[93]

«Salimos en procesion mas de cincuenta indios, que se habian juntado de los comarcanos, i a mas de otras cien almas de indios chinuelos i muchachos, que llevaban de diestro mas de diez caballos cargados de chicha, que iban puestos en órden marchando por delante; salimos con el cuerpo por la puerta del rancho, i así como pusimos los piés fuera de los umbrales con las andas, se levantó un ruido de voces tan estraño que por lo nunca acostumbrado en mis oidos, me causó de repente algun pavor i espanto; porque las dolientes mujeres, la madre, hermana i muchachos lloraban sin medida i lastimados, rasgándose las cabezas i cabellos, i los demas por cerimonia se aventajaban a éstos con suspiros, sollozos i jemidos, i todos juntos despidiendo unos ayes lastimosos, acompañados con las lágrimas, gritos i voces de los niños, que penetraban los montes de tal suerte que respondian tiernos a sus llantos. Parados estuvimos i suspensos miéntras se sosegaban los clamores, que verdaderamente eran mas encaminados al honor i fausto del entierro, que a demostrar la pena que llevaban.

«Llegaron los rejentes del entierro i mandaron que prosiguiésemos nuestro viaje, habiendo caminado ya la vanguardia i entonado un cántico triste i lastimoso, cuyo estribillo era repetir llorando: ai! ai! ai! mi querido hijo! mi querido hermano! i mi querido amigo!; i en llegando a este punto se hacia alto otro rato a modo de posas entre nosotros, i se formaba otro grande llanto como el primero. Con esta suspension de seguida llegaron otros caciques a mudarnos i cargaron las andas hasta el pié del cerro o cuesta adonde se habia de enterrar, que habia de la casa a él poco mas

93. Estas andas, segun Febres, se designan con el nombre de *pilluay*. *Arte de la lengua general, etc.*

de una cuadra, que lo mas trabajoso era subir la cuesta; prosiguieron con el mesmo órden, cantando, como he dicho, lastimosos cantos, i cuando llegaron al pié de la loma volvieron a hacer lo propio que en la primera posa, i para subir arriba llegaron otros principales mocetones i forzudos, i cojiendo las andas las subieron sin faltar del órden con que se dió principio a la procesion. Llegamos todos a la cumbre, donde algunos comenzaron a hacer el hoyo con tridentes, palas i azadones..., i tras de estos entran las palas que ellos llaman *hueullos*, i con éstas van echando a una parte i otra la tierra, para volverla a echar sobre la cara del difunto; i con los azadones ahondan todo lo que es menester, si bien no hacen mas de ajustar unos tablones que sirven de atahud. Estos llevaron hechos al propósito, tres de estos para el plan i asiento del cuerpo, que tendrian mas de vara i media de ancho, que al propósito es el cajon espacioso i ancho por lo que le ponen dentro: ajustaron los tablones en la tierra i pusieron al difunto dentro de esta caja i yo llegué a quitarle la cruz que le habia puesto... En el ínterin que hicieron el hoyo para ajustar las tablas, habian descargado la chicha, que llevaban mas de veinte o treinta botijas, i las tenian puestas en órden, unas por una parte i otras por otra, en hilera, i tras de ellas estaban los caciques asentados, i las mujeres de la propia suerte tras de los varones, repartiendo algunas de ellas que andaban en pié en medio de la calle que hacian las botijas, jarros de chicha a todos los asentados; i a los que habian trabajado en la sepultura les llevaron una botija ántes que acabaran con su obra, que la despacharon en un instante, ayudados de otros muchos chinuelos i chinas. Avisaron al cacique como estaba ya el cuerpo en el sepulcro, i levantándose con los demas, llevó en la mano un cántaro pequeño lleno de chicha, i los otros caciques de la propia suerte, i arrimándose al cajon del difunto llegó la madre a echarse sobre él i a pelarse los cabellos i echárselos encima; i esto con unas voces mui descompasadas, mezcladas con suspiros i llantos, a cuya imitacion se levantó un ruido lastimoso de sollozos,

alaridos i lágrimas, que como las de la madre eran verdaderas, obligaron a muchos a imitarla.

«Sosegáronse un rato los clamores i todos los caciques brindaron al muerto muchacho, i cada uno le puso su jarro pequeño a la cabecera, i su padre el cantarillo que llevaba, la madre su olla de papas, otro cántaro de chicha i un asador de carne de oveja de la tierra, que se me olvidó de decir que la llevaron, en medio de la procesion, i la mataron ántes de enterrar al difunto, sobre el hoyo que habian hecho para el efecto; sus hermanos i parientes le fueron ofreciendo i llevando, los unos platillos de bollos de maíz, otros le ponian tortillas, otros mote, pescado i ají, i otras cosas a este modo; finalmente, llenaron el cajon de todo lo referido i despues trajeron otras tres tablas o tablones ajustados para poner encima i taparle, que despues de haberlo hecho, el primero que hechó tierra sobre el sepulcro fué su padre, con cuya accion se levantó otro alarido como los pasados, i entre todos los dolientes i convidados cubrieron el hoyo en un momento, i sobre él formaron un cerro en buena proporcion levantado, que se divisaba desde la casa mui a gusto i de algunas leguas se señoreaba mejor.[94]»

Segun lo que apuntan otros escritores, cuando no habia suficiente chicha preparada para el entierro, o cuando la reunion de los parientes i amigos no podia verificarse tan pronto, se guardaba el cadáver entre dos palos huecos i se le colgaba sobre el humo del fuego de la misma cocina;[95] «por eso todos procuran llevar fuego, i para eso se dan botones de fuego en los brazos, que llaman *copen*, persuadidos a que con eso tendrán fuego con que calentarse en la otra vida, i que si así no le llevan no le hallarán.[96]»

A los curiosos detalles, señalados por Bascuñan, agrega Rosales que para que el difunto tuviese lumbre en la otra vida le

94. Bascuñan, pájs. 191 i siguientes.

95. Usauro Martinez, *La verdad en campaña*, número 59. En la actualidad, estas ceremonias fúnebres han cambiado mucho.

96. La operacion de señalar con fuego los brazos, se denomina *púcon*, segun Febres; i acaso de esta circunstancia deriva el nombre de los indios picones de que hablaba ya Oviedo.

hacian fuego sobre la sepultura por un año entero. Por lo demas espresa «que estando persuadidos los indios a que las almas son corpóreas i a que en la otra vida comen i necesitan de abrigo, les ponen a los difuntos en las sepulturas los mejores vestidos que tenian en vida, las joyas i las armas para que peleen; fuego para que con él allá se alumbren i hagan sus candeladas, i comida para que coman. I así les llenan los sepulcros de cántaros de chicha, de asadores de carne, de aves, maíz, harina de cebada, o lo que cada uno segun su piedad i compasion que tiene al difunto le parece.»

La provision que los indios echan en los entierros, dice Perez García, se llama *echol*, añadiendo al varon sus armas, i a la mujer el huso, lanas, ollas,[97] i demas instrumentos de las labores femeniles, añade Olivares.[98] Entre éstos debemos contar mui especialmente la piedra de moler, que, segun parece, se quebraba en señal de duelo, pues en todas las huacas hemos encontrado siempre roto este utensilio.

«Es cada entierro una borrachera, continúa Rosales, que dura tres o cuatro dias, cantando las exéquias del difunto; para cuyo entierro hacen los poetas sus romances particulares i se los pagan los parientes con chicha. I despues le hacen al cabo de año, que es otra borrachera en que se juntan, como para el entierro, todos los parientes, i traen muchas ovejas, carneros i chicha i sobre la sepultura los matan i derraman la sangre para que tenga el muerto que comer. I luego dan vueltas al derredor, llevando en las manos jarros de chicha, i como van pasando van haciendo un razonamiento al difunto, diciéndole la falta que hace i contándole lo que por acá ha pasado desde que murió, i luego le echan la chicha diciéndole: que no dejará de tener sed, que beba. I renovando la comida que tenia en la sepultura, le ponen otra fresca i nuevos cántaros de chicha; con que le dejan para siempre.

«Pero los caciques i indios nobles, para que su memoria quede para siempre, se hacen enterrar en los cerros mas altos i en

97. *Historia de Chile*, cap. XI, t. I.
98. *Historia de Chile*, páj. 52.

los lugares donde se juntan a jugar a la chueca o en los *regues*, que son los lugares donde se juntan a tratar las cosas de importancia, que son como los lugares de el cabildo, i como allí se hacen las borracheras i las fiestas principales, la parentela va ántes de beber, a derramar en su sepultura cada uno un jarro de chicha, brindándole para que beba i se halle en la fiesta.[99]»

Nuñez de Pineda i Bascuñan, que tan a fondo conocia las costumbres indíjenas, consigna tambien el hecho, que asienta Rosales, de que los caciques de cierta importancia eran enterrados en las alturas inmediatas a la casa que habitaron, i declara que esto se hacia porque los que quedaban deseaban tenerlo a la vista como recuerdo imperecedero de la memoria de aquellos sus antepasados. A una circunstancia análoga debemos atribuir el hecho de encontrar al presente muchas de estas antiguas sepulturas a la orilla de los esteros i otros pequeños caudales de agua.

Pero bien fuera que se elijese como sepultura la pendiente de alguna montaña o las orillas de un arroyuelo en el plan, el hecho constante, característico i jenuino de los aboríjenes de Chile como de los del Perú es que sus sepulcros (*eltun*, *puùllil*, cementerio) se levantan siempre de la superficie del suelo en una forma mas o ménos redondeada, figurando pequeñas eminencias, que muchas veces alcanzan la importancia de verdaderos montículos. Sin ir mas léjos, de las *Actas del Cabildo* de Santiago consta que en los comienzos de la conquista en las inmediaciones de la ciudad habia un cerrito llamado de la Huaca, que la ilustre corporacion hizo a dar a Francisco de Leon.[100] El tamaño i elevacion de estas eminencias es pues lo que viene a constituir, aún esteriormente, la importancia del personaje cuyos restos encierran, i como consecuencia precisa, la riqueza de los objetos que dentro de ellas pueden encontrarse.

Segun la relacion de Bascuñan, se habrá visto la manera como eran formados estos cerritos artificiales; pero, a nuestro juicio, del testimonio de nuestro antiguo cronista i soldado, deben des-

99. *Historia*, I, páj. 164.
100. *Actas*, páj. 579.

cartarse algunos detalles que, sin duda, en un principio no conocieron los primitivos indios. Así, por ejemplo, el cajon en que dice que se encerraba el difunto es a todas luces de invencion posterior a la conquista, como lo es el abrir en la tierra un hoyo para guardar el féretro. Segun lo que hoi puede verse escavando esos antiguos sepulcros, el cadáver se depositaba lisa i llanamente sobre la superficie del suelo i era cubierto en seguida, junto con los demas adminículos que le ponian al lado, con piedras i tierra hasta formar un monton mas o ménos considerable. Un viajero español mui distinguido que visitó la América del Sur en el último tercio del siglo pasado, emite tambien una opinion enteramente análoga, pues declara que «los indios luego que depositaban el cadáver en el sitio donde habia de quedar, *sin enterrarlo*, lo rodeaban de muchas piedras, i con ellas i adobes le formaban un nicho, sobre el cual i a los lados, concurriendo para ello todos los dependientes del difunto, ponian tanta tierra que quedaba dispuesto un cerro artificial, que es a lo que llamaban *guaca*.[101]»

En esta cita se hace referencia a los nichos fabricados de piedra i adobe, pero es porque se aplica con preferencia a los indios peruanos que usaron esta práctica; mas, en Chile, como deciamos, en la porcion de territorio que no estuvo sometida al dominio incarial, se limitaban a cubrir el cadáver con piedras i tierra.

Las sepulturas indíjenas, ancuviñas o huacas se encuentran hasta el presente diseminadas en toda la estension del país desde el puerto de Blanco Encalada hasta las márjenes del rio Valdivia; pero segun es la localidad en que se hallan así es tambien la importancia que asumen para el moderno anticuario. En la rejion del norte, por ejemplo, en Copiapó, Vallenar, Illapel i hasta el mismo Aconcagua, los objetos que contienen traicionan manifiestamente un pronunciado carácter peruano: los utensilios de oro i plata, los cántaros i vasos de greda de un gran pulimento

101. Jorje Juan, *Relacion histórica del viage a la América meridional*, t. 2.°, páj. 617.

i de finísimas pinturas, las llancas, etc., etc., son allí abundantes i casi esclusivas, i su estado de conservacion así como el de los cadáveres, merced a la falta de lluvias i a la naturaleza del terreno, es casi perfecto; si se desciende al sur, por el contrario, se ve que la alfarería es inferior, que los objetos de metal no existen, pero que en cambio predominan los de piedra; los cadáveres, a escepcion del cráneo en algunos casos, están casi del todo reducidos a polvo; en una palabra, se palpa manifiestamente que los habitantes de esta rejion eran mucho mas pobres i atrasados que los del norte.

Los españoles de la conquista, que, como se sabe, se manifestaron insaciables buscadores de oro, no tardaron en descubrir que los sepulcros indíjenas contenian por lo jeneral joyas i otros objetos del precioso metal, i desde aquella misma época comenzaron las escavaciones. Todo lo que se hallaba se vendia por su peso o se fundia, sin que se pensase en manera alguna en conservar, siquiera como curiosidad, ya que no como de alto interes para la ciencia, ninguna de aquellas muestras del arte indíjena en América.[102] Aún se escribieron tratados en latin sobre los tesoros que se hallaban en las sepulturas de los indios, o relaciones especiales de algun entierro determinado, como nos lo refiere Antonio de Leon Pinelo; pero por desgracia esos curiosos manuscritos parecen hoi definitivamente perdidos.[103] El hecho es que estos hallazgos debieron asumir cierta importancia desde los primeros tiempos de la conquista porque los reyes de España se apresuraron desde mui temprano a reglamentar el modo de las escavaciones i a fijar los derechos que en el hallazgo debian corresponder a la corona. Un antiguo oidor de la Real Audiencia de Chile asienta, en efecto, que el rei tenia opcion a la mitad de los tesoros que se descubriesen en las huacas, sin que fuera lícito cavarlas sino con licencia del gobierno o de los correjidores de los partidos, debiendo asistir al acto sobrestantes que velasen

102. Debe, sin embargo, notarse como escepcion que en la reparticion del botin de Atahualpa i de los tesoros del templo del Cuzco, se remitieron al monarca español algunos de estos objetos, de gran valor.

103. *Epitome de la biblioteca oriental i occidental*, t, II, col. 642, *Id.*, 776.

por los reales derechos. El camino quedaba con esto abierto, i no seria el fiscalismo español el que se detuviese en la imposicion de gabelas de toda especie a propósito de tales descubrimientos, i así vemos que se declaró que todo lo que se hallase en templos jentiles, a pesar de los reclamos de los eclesiásticos que pretendian corresponderle a sus iglesias, i en jeneral, todas las cosas que estuviesen dedicadas al servicio de los ídolos, debian pertenecer por entero al real fisco. Por fin, la codiciosa mano de la corte española, con avaricia increible, llegó a declarar que la mitad del oro, perlas o moneda que se hallase en *cadáveres* de indios u otra jente debia aplicarse en América al tesoro del rei.[104]

Estas disposiciones dictadas en jeneral para la América sufrieron una modificacion teórica, respecto de Chile, pues, en virtud de las representaciones de Jerónimo de Alderete, el príncipe don Felipe, rejente del reino, dispuso por cédula dada en Valladolid el 21 de febrero de 1554, «entre otras cosas tocante al pago de derechos que debia hacerse al erario, que si se hubiere oro de sepulturas, habeis de cobrar el cuarto.[105]»

Respecto de los primeros tiempos del descubrimiento, aparece que los compañeros de Almagro escavaron en el norte algunas sepulturas, pues se sabe que el clérigo Cristóbal de Molina que vino con ellos escribió una carta al rei en 1539 dándole cuenta del hecho i anunciándole el resultado de los trabajos; pero este importante manuscrito que tan alto interes habria asumido para nosotros, ha corrido la misma suerte que la de tantos otros de su especie.[106]

Despues de todo, es de felicitarse de las disposiciones españolas que acabamos de recorrer referentes a las escavaciones de las huacas, porque acaso ellas sirvieron en parte siquiera para impedir la desaparicion de todas, o al ménos para dejar en pié las que se estimaron de poca importancia. En cambio, parece que no

104. Escalona Agüero, *Gazophilazium regium peruvicum*, ed. de 1675, páj. 126, cap. II, parte II del lib. II.
105. Barros Arana, *Proceso de Pedro de Valdivia*, páj. 338.
106. Véase la introduccion a la *Conquista y poblacion del Perú*.

hace muchos años se destruian con el único fin de estraer los cántaros que contenian i guardar en ellos la chicha del domingo o el agua del estero inmediato...[107] Al presente, las labores del campo, las avenidas, i mas que todo, el tiempo, han hecho desaparecer la casi totalidad de las que quedaban en las provincias centrales, de modo que puede decirse que lo poco que nos resta en este órden se encuentra en el norte, donde la sequedad i el despoblado han sido los únicos guardianes de tan interesantes objetos.

El sistema de sepultacion establecido entre los primitivos indios continuó aún despues de la conquista española, i de aquí nace la dificultad de distinguir en muchísimos casos la edad aproximada siquiera de aquellos monumentos. Aún en lugares que desde un principio estuvieron sometidos a los conquistadores, como ser las inmediaciones de Santiago, se encuentran hoi en las sepulturas trozos i hasta hachas de fierro, que no pudiendo considerarse de produccion indíjena, es forzoso referirlos a la importacion europea. Sin embargo, en Colchagua nos ha sucedido varias veces, i entre otras en un caso mui interesante que luego citaremos, poder determinar casi con precision matemática la edad de algunas sepulturas. Sobre la eminencia que encerraba los restos de los antiguos pobladores se alzaban espinos seculares, los cuales, derribados, revelaban en sus anillos concéntricos que contaban cerca de tres siglos de existencia. Aquella huaca habia sido pues levantada presisamente en la época en que los españoles acababan de invadir el país i sus restos iban a revelarnos sin lugar a confusion ni duda el estado primitivo de sus dueños en aquel remoto tiempo.

Pero hasta hoi mismo los araucanos conservan de una manera aproximada el antiguo sistema de sus abolengos. Sepúltanse en las eminencias, el difunto es acompañado de sus prendas mas valiosas, las ceremonias del entierro subsisten; pero sin poderse resistir a la imitacion cristiana colocan hoi sobre la tumba de ca-

107. En la hacienda de Chacabuco hemos contado mas de setenta sepulturas de indíjenas escavadas con ese único fin.

da uno una especie de retrato del muerto, labrado toscamente en el tronco de algun roble, i que desde léjos semejan las cruces de un cementerio católico.

Prévia esta advertencia, que revela la dificultad de distinguir en este órden lo que sea esencialmente orijinal del pueblo cuya antigua vida historiamos, de lo que haya podido en época posterior aprender de lo que veia a su alrededor, i que como ya se ha dicho, se hace sentir todavía con mas fuerza en el estudio de las costumbres, de sus particulares íntimos i especialmente de su industria; armados de la pala i la barreta i mas que todo de un buen deseo, penetremos en el interior de aquellos antiguos sepulcros.

Cavando en la parte mas alta de la eminencia o cerrito que constituye la huaca, se encuentran luego restos humanos a la hondura de media vara i muchas veces a una profundidad menor. Los cadáveres se presentan, ya en una sola capa, ya en várias, segun la importancia o años de existencia que contaba la huaca, pero en todas ellas hemos podido notar como un hecho constante que los cadáveres colocados en situacion horizontal se presentan cruzándose por las piernas a la altura de la pantorrilla. D'Orbigny, confirmando nuestro aserto, refiere que en una escavacion que practicó en la costa del norte de Chile, los cadáveres estaban cubiertos con una capa de tierra de tres a cuatro metros de espesor, arreglados por sexo i por edad, i tendidos a lo largo, «costumbre que no hemos hallado en ninguna de las otras naciociones americanas, añade el sabio viajero, que replegaban ordinariamente el cuerpo para colocarlo en la posicion natural del hombre ántes de su nacimiento.[108]» En la jeneralidad de los casos, algunas piedras rodean el cadáver o lo cubren en parte, i no es raro tampoco encontrar juntos con él trozos de tierra cocida. En situacion semejante se hallan los cántaros o vasijas que se han colocado al difunto, habiéndonos una vez acontecido el caso de que la boca de uno de ellos yacía precisamente tocando las man-

108. *L'homme américain*, páj. 335, t. I.

díbulas, como si hubiese sido colocado allí con el fin de que el muerto bebiese en su tránsito a la otra vida.

Por acaso, se recojen tambien algunas semillas. El viajero Stevenson ha encontrado las del calabazo, i en otra parte de su libro, hablando de Chile dice: «En verdad he abierto muchas sepulturas, *huacas* entre los indios, i descubierto en ellas maíz, que sin duda alguna fué enterrado ántes de la conquista o descubrimiento de este país.[109]» Nosotros conservamos tambien en nuestra coleccion de objetos indíjenas de los antiguos chilenos, los restos de algunas; pero a consecuencia del largo trascurso de tiempo que han permanecido sepultadas, no es posible ya determinar su especie.

Junto con estas semillas hemos descubierto una vez en una huaca de la provincia de Curicó, dentro de la vasija figurada bajo el número 208 restos de roedores, probablemente del *degu* o del *cururo*, en un estado de conservacion bastante regular, i lo que es mucho mas raro, tambien dentro del cántaro, el cráneo de un feto. Lo que hai en esto de mui curioso es que la boca del cántaro es mas estrecha que el diámetro de la cabeza que contenia, lo que está demostrando a todas luces que ha sido colocada dentro de él al tiempo de su fabricacion, o fraccionada en varias porciones para que pudiera ser introducida, hipótesis que nos parece mas probable atendido a que, si bien esos restos estaban medio destruidos, no acusaban por su estado que hubiesen resistido la calcinacion consiguiente a la fábrica de la vasija.

En la hacienda de la Compañía se ha encontrado tambien, dentro de una olla que contenia algunas chaquiras, los huesos de un niño.

Esta práctica de guardar los restos de criaturas humanas en vasijas de arcilla, en apariencia tan misteriosa, parece adquirida de los indios peruanos, pues, como lo aseveran Rivero i Tschudi, «los niños jemelos, si morian en edad tierna, los conservaban en

109. *Historical and descriptive narrative, etc.*, t. I, páj. 44. Conviene señalar aquí a Dumoustier, como otro de los escavadores de sepulturas entre nosotros. Véase la páj. 57 del *Voyage au pôle sud, Anthropologie.*

ollas, i los reverenciaban como a entes sagrados, pretendiendo que uno de ellos era hijo del rayo..., i del mismo modo conservaban a los niños que nacian de piés, cuando fallecian en edad tierna.[110]» Arriaga, de quien tomaron estos datos los autores que venimos de citar, agrega que los cuerpos de esos niños se designaban con el nombre de *chuchos* o *cuti*, i se guardaban dentro de las casas, como cosa sagrada, lo mismo que los cuerpos *chacpas*, que son los que nacen de piés, «con lo cual tienen grandes abusiones.[111]»

«Cuando nacen dos de un parto, continúa el jesuita, los indios hermanos lo tienen por cosa sacrílega i abominable, i aunque dicen que el uno es hijo del rayo, hacen grande penitencia como si hubiesen hecho un gran pecado. Lo ordinario es ayunar muchos dias, así el padre como la madre, no comiendo sal, ni ají, ni juntándose en este tiempo, que en algunas partes suele ser por seis meses; en otras, así el padre como la madre se echan de un lado cada uno de por sí, i están cinco dias sin menearse de aquel lado, el un pié encojido, i debajo de la corva ponen un pallar o haba, hasta que con el sudor comienza a brotar, i otros cinco dias se vuelven del otro lado de la misma manera, i este tiempo ayunan del modo dicho. Acabada esta penitencia los parientes cazan un venado, i desollándole, hacen uno como palio del pellejo, i debajo dél pasean a los penitentes, con unas soguillas al cuello, las cuales traen despues por muchos dias.

«La penitencia que hizo una india fué estar diez dias de rodillas i con las manos tambien en el suelo, como quien está en cuatro piés, sin mudar postura en todo este tiempo para cosa ninguna, i estaba tan flaca i desfigurada desta penitencia, que hallándola en ella no se atrevió el cura a castigarla.[112]»

«Casi todos los pueblos poco avanzados en civilizacion, dice Lubbock, tienen gran aversion por los jemelos. En la isla de Bali,[113] cerca de Java, los indíjenas tienen la singular idea de que

110. *Antigüedades peruanas*, páj. 170.
111. *Extirpacion de la idolatría del Pirú*, páj. 17.
112. *Id.*, páj. 32.
113. Moor, *Notices of the Indian Archipelago*, páj. 96.

cuando una mujer pare jemelos, es un mal presajio; desde que el hecho se sabe, la mujer, su marido i sus hijos están obligados a vivir durante un mes, en las orillas del mar, o entre los sepulcros, para purificarse; despues de lo cual vuelven a la aldea i deben ofrecer un sacrificio. Así, consideran como desgracia una prueba de fecundidad en la mujer, i la pobre madre i los hijos recien nacidos se ven espuestos a todo aire a las inclemencias de la estacion, precisamente en el momento en que necesitarian mas cuidados.» Esta idea está distante de ser peculiar a esa isla.

«Entre los kasias del Indostan[114] «cuando nacen jemelos, matan ordinariamente uno; consideran como una desgracia i una degradacion tener jemelos, porque es asimilarse, piensan, a los animales. En el Japon,[115] entre los Ainos, cuando nacen jemelos, se destruye siempre uno de los dos niños. En Arebo, en Guinea, Smith i Bosman[116] nos dicen que cuando una mujer pare jemelos, matan a los niños i a la mujer. «En la provincia de Nguru, dependiente del imperio de Unyannyembé, la lei ordena matar los jemelos i arrojarles al agua tan pronto como nacen, de temor a la sequedad, las inundaciones i el hambre. Si alguien intentase ocultar el nacimiento de los jemelos, la familia entera seria asesinada.[117]

«Los indíjenas de la América matan tambien uno de los dos niños, con la idea de que uno robusto vale mas que dos débiles.[118]»

«No es esa, sin embargo, la causa, segun creo, de las preocupaciones contra los jemelos: es mas bien la idea curiosa de que un hombre no puede tener mas de un hijo, de tal suerte que el nacimiento de los jemelos implica una infidelidad de la mujer. Así, en el antiguo poema del Caballero del Cisne, se lee, (el rei i la reina se encuentran apoyados sobre el alfeizar de una ventana): «el rei miró hácia abajo i vió a una pobre mujer sentada

114. Steel, *Transactions, Ethnological Society*, vol. VII, páj. 308.
115. Beckmore, *Proc. Bost. Soc. of Nat. Hist.*, 1867.
116. *Voyage to Guinea*, páj. 233.
117. Speke, *Discovery of the source of the Nile*, páj. 551.
118. Lafitau, vol. I, páj. 592.

a la puerta, con dos niños en las faldas, los dos nacidos a un mismo tiempo; i el rei volvió el rostro, derramando algunas lágrimas. En seguida dijo a la reina: ves, allá abajo, esa pobre que está agobiada con sus dos jemelos, i eso me causa pena, i yo quisiera socorrerla. La reina respondió: nó, i eso no está bien, porque se requiere un hombre para un niño, i dos mujeres para dos; o de otra manera es cosa singular, porque yo pienso que cada hijo tiene un solo padre; ¿cuántos entónces ha habido?[119]»

Mas, cualquiera que sea la esplicacion que se adopte como mas plausible, acerca de estos niños, i ya sea que supongamos que los chilenos adoptaron de los peruanos la práctica de conservarlos en la forma que hemos visto, o que, como entre tantos otros pueblos, les fué tambien peculiar, el hecho comprobado es que estaba establecida entre nosotros.

Nos ocuparemos ahora de las momias.

Los súbditos de los Incas, agrega Arriaga, «una de las mayores veneraciones que tienen es la de sus *malquis*, que en los llanos llaman *muncos*, que son los huesos o cuerpos enteros de sus projenitores jentiles, que ellos dicen que son hijos de las huacas, los cuales tienen en los campos, en lugares mui apartados, en los *machays*, que son sus sepulturas antiguas.[120]»

«Fué grande la vijilancia que tenian los peruanos, añade a este respecto otro autor antiguo, acerca de guardar i conservar a sus difuntos. I la principal razon de esto es, que como, principalmente los Ingas i sus *amautas* (que así se llamaban sus sabios) tuvieron por opinion que habian de volver las ánimas a sus cuerpos en cierto tiempo i resucitar; añidieron que esto no ternia efecto ninguno sino es que los cuerpos estuviesen guardados incorruptos, sin que les faltase nada, a lo ménos hueso, ya que la carne se consumiese, por lo cual pusieron excesivo cuidado en enterrar a sus difuntos embalsamados o embetunados con cierta confeccion que, a falta de bálsamo, conserva mucho la carne, para que se conserve... Muerto el rei o señor, le quitaban los

119. *Les origines de la civilisation*, páj. 28 i sigts.
120. *Extirpacion de la idolatria del Perú*, páj. 14.

intestinos, i embalsamaban todo el cuerpo con bálsamo traido de Tolú, i con otras confecciones, de manera que duraba un cuerpo, así embalsamado, mas de cuatrocientos i quinientos años.»

«Solo despues que sucedieron ciertas guerras civiles, i algunas inundaciones de agua, dieron en cerrar los sepulcros, echando tierra encima, i haciendo túmulos i terraplenes, como cerros, sobre ellos.[121]»

Fundado quizás en antecedentes de esta especie, don Francisco Barreda, en 1828, describió el procedimiento de que se servian los embalsamadores peruanos;[122] pero los señores Rivero i Tschudi han refutado dicha opinion con argumentos que no admiten réplica.[123] «Segun nuestro parecer, la descripcion del señor Barreda, dicen, es un mero juego de fantasía. Hemos examinado centenares de estos cadáveres, así en la rejiones calientes de la costa, como en la sierra fríjida, pero nunca conseguimos hallar un preservativo. Es verdad que hallamos en casi todos los cráneos una masa rojiza o negruzca, ya sutilmente molida como polvo, ya en pedazos de diferentes tamaños; pero el análisis químico i microscópico, que hizo de esta sustancia nuestro amigo don Julio Vogel, célebre químico patolójico, actualmente catedrático de clínica interna en la Universidad de Giessen, ha mostrado que tanto el polvo como los pedazos están compuestos de grasa cerebral i glóbulos de sangre secos, i que no es posible descubrir el menor vestijio de una sustancia vejetal, prueba irrefragable de que no han sido estraidos los sesos, como pretende Barreda. Podemos, pues, asegurar por esperiencia propia, que todas las momias contienen el cerebro i los intestinos, i que en ninguna se percibe incision alguna en el peritoneo.»

«Segun el señor Barreda, los intestinos se sacaban por una pequeña cortadura hecha del ano al pubis.

121. *Relacion de costumbres antiguas de los naturales del Perú*, en la páj. 153 de *Tres relaciones de antigüedades peruanas*.
122. *Memorial de ciencias naturales*, t. II, páj. 106.
123. *Antigüedades peruanas*, páj. 206.

«Entre las numerosas pruebas que militan contra una momificacion artificial, citaremos pocas pero convincentes. En el año de 1841 hallamos en un sepulcro de jentiles la momia de una mujer preñada, conservada perfectamente, de la cual sacamos el feto que todavía está en nuestro poder, i que, segun el dictámen de uno de los mas célebres profesores de partear, M. d'Outrepont, tenia siete meses de edad fetal. Esta interesante momia se halla figurada en la lámina VI del atlas.

«Pocos años ántes, hallóse en Huichay, a dos leguas de Tarma, la momia de una mujer que habia muerto de dolores de parto, pues solo la rejion superior de la cabeza de la criatura habia salido a la luz.

«En la momia de un niño de diez a doce años, que halló el doctor don J. D. Tschudi en una huaca de la costa, i que regaló a la academia imperial de Petersburgo, están las costillas del lado izquierdo desatadas del esternon; i la cavidad del pecho i en parte la cavidad del empeine abiertas, pudiéndose ver perfectamente el corazon envuelto en el pericardio, los pulmones avellanados, el diafragma, el cólon transverso i parte de los intestinos delgados.

«Estos i otros hechos son concluyentes, i muestran la nulidad de la hipótesis del señor Barreda i de otros, relativa a un proceder de embalsamar artificial i trabajoso.»

«Pero si indudablemente las momias de la jente vulgar peruana son naturales ¿sucede lo mismo con las de sus incas i princesas reales? Los historiadores pretenden que estos personajes encumbrados han sido embalsamados despues de su muerte, i pretenden aún que el arte de preparar los cadáveres habia alcanzado una perfeccion «que parece haber superado aún en mucho al procedimiento de los ejipcios,» pues no se conocen momias de ninguna nacion en que las partes carnosas permaneciesen llenas, el cútis suave i blando, i las facciones de la cara inalteradas, como, segun los autores, ha sucedido con las momias de los Incas.

«Los citados autores de las *Antigüedades peruanas* observan

mui juiciosamente: «confesamos con injenuidad, que las noticias de los autores (Garcilaso de la Vega i el padre Acosta) sobre este asunto nos parecen inexactas, a lo ménos exajeradas; i cualquiera que conozca las mutaciones inevitables que sufren las partes blandas del cuerpo humano, a pesar de todos los medios preservativos, tan luego que cesa la vitalidad, participará de nuestra opinion.

«Ello es cierto que los cadáveres de los reyes eran incomparablemente mejor conservados que los demas, a consecuencia de cierto proceder; i la asercion que este era secreto de la familia real, está fundada en el hecho de que no se han hallado otras momias artificiales que las de los reyes i reinas. Nada sabemos de qué modo efectuaban su proceder los maestros del arte de embalsamar, ni cuales sustancias usaban para evitar la putrefaccion i dar cierta flexibilidad al cútis. Para llegar a saberlo seria necesario someter una de estas momias al análisis químico.» Véase páj. 204 de la obra citada.

«¿Existe todavía una sola de estas momias? Garcilaso de la Vega que ha visto cinco, las describe del modo siguiente:[125] «En el aposento hallé cinco cuerpos de los Reyes Incas, tres de varon i dos de mujer. El uno de ellos decian los indios que era el Inca Viracocha, i mostraba bien su larga edad, tenia la cabeza blanca como la nieve. El segundo decian que era el gran Tupac Inca Yupanqui, que fué viznieto de Viracocha Inca. El tercero era Huayna-Capac, hijo de Tupac Inca Yupanqui, i tataranieto del Inca Viracocha. Los dos últimos no mostraban haber vivido tanto, que aunque tenian canas, eran ménos que las de Viracocha. La otra era la Coya Mama Oello, madre de Huayna-Capac; i es verosímil que los indios los tuviesen juntos despues de muertos marido i mujer, como vivieron en vida. Los cuerpos estaban tan enteros que no les faltaban cabello, cejas, ni pestañas. Estaban con sus vestiduras como andaban en vida: los mantos en la cabeza, sin mas ornamento ni insignia de las reales. Es-

125. *Comentarios reales que tratan del orígen de los Incas, etc.*, lib. V, cap. XXIX.

taban sentados como suelen sentarse los indios i las indias, tenian las manos cruzadas sobre el pecho, la derecha sobre la izquierda, los ojos bajos, como que miraban al suelo.»

«Pero segun otros, Gonzalo Pizarro desenterró el cuerpo del Inca Viracocha en Haquijahuana i mandó quemarlo; i el cuerpo de Huayna-Capac fué trasladado de Patallacta a Totocacha,[126] donde se fundó la parroquia de San Blas. Luego estos dos Incas no estuvieron en el Cuzco, i Garcilaso de la Vega no pudo verlos allí. De la momia de Huayna-Capac dicen que estaba en tan buen estado, que parecia vivo, tenia hechos los ojos de una telilla de oro, tan bien puestos que parecian naturales, i todo el cuerpo aderezado con cierto betun. Aparecia en la cabeza una cicatriz de una pedrada, que le dieron en la guerra, i veíase su cabellera mui canosa i entera. Habia muerto como ochenta años ántes. El licenciado Polo Ondegardo, siendo virei don Andres Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Cañete, trajo esta momia con varias otras de Incas de Cuzco a Lima. Finalmente, fueron enterrados los restos mortales de estos poderosos i sabios monarcas en un corral del hospital de San Andres en Lima.

«La costumbre de embalsamar los cuerpos de los reyes es mui jeneral. Aún en la actualidad se emplea este procedimiento con los monarcas de Europa; i se suelen estraer las vísceras i conservarlas por separado en un vaso a propósito. Lo mismo se hacia con los Incas. Sus vísceras, depuestas en vasos de oro, eran conservadas en el magnífico templo de Tambo, a cuatro leguas del Cuzco, i el cuerpo, sentado sobre una especie de trono en la posicion descrita arriba por Garcilaso, era colocado delante de la figura del sol en el templo de la capital durante algun tiempo.

«Una costumbre análoga se observaba entre los Zipas de Bogotá, segun refiere don Joaquin Acosta. Cuando morian estos monarcas, los xeques les sacaban las entrañas, i llenaban las cavidades con resina derretida; i a esto talvez se habrá reducido igualmente el arte de embalsamar las momias de los Incas. Des-

126. ¿Será el suburbio *Tococachi* (ventana de sal) de Cuzco, donde se fundó una iglesia de San Blas?

pues se introducia el cadáver en un grueso tronco de palma hueco, forrado con una plancha de oro por dentro i por fuera; i los xeques lo llevaban secretamente a sepultar en un subterráneo, que tenian hecho desde el mismo dia en que el soberano comenzaba a reinar, en parajes lejanos i ocultos.»

Concluye, pues, de lo anterior el señor Philippi, i con razon, «que se han secado las carnes i aún las vísceras, solo en virtud del aire seco, i de otras circunstancias que suelen impedir la putrefaccion i destruccion de las partes blandas del cadáver.[127]»

El Museo Nacional de Santiago posee dos momias chilenas, una de Puchoco i la otra de las islas Guaitecas, en las cuales puede comprobarse plenamente la asercion de que el estado en que se encuentran es debido puramente a ajentes naturales, sin preparacion artificial de ninguna especie. Merece, con todo, notarse que los cuerpos están arreglados en la posicion que el hombre conserva ántes de su nacimiento, lo que demuestra manifiestamente que esas momias no han tenido la disposicion en que se les ve por un mero efecto del acaso, porque la muerte los haya sorprendido en ese estado, sino que se ha obedecido con eso a ideas establecidas sobre el particular, ideas que, por lo demas, fueron comunes a la mayor parte de las naciones sud-americanas.

Este sistema de sepultacion parece que era el que predominaba en la rejion del sur de Chile, pues, ademas de aquella momia procedente de las Guaitecas, Byron refiere que en la primera espedicion al mar del Sur, en la península de Tres Montes, que está en 46° 20', en el medio de una gruta habia un arco formado por palos entrelazados i sostenido en su centro por estacas de cerca de cuatro piés de altura, i bajo este arco una plataforma. Cinco o seis cadáveres, totalmente desnudos i sin la menor apariencia de putrefaccion, yacian sobre el arco, miéntras una segunda serie de cadáveres descansaba sobre aquella plataforma. Se conocia que los muertos estaban allí desde largo tiempo atras, pues habian llegado a secarse completamente; pero el almirante no pudo pronunciarse sobre si esto era debido al aire o a que hubiesen sido

127. *Algo sobre las momias peruanas*, *Revista Chilena*, tomo I, páj. 135.

embalsamados, así como no pudo tampoco averiguar si la gruta era obra de la natnraleza o del hombre.[128]

Ya hemos dicho que por sus condiciones especiales de vida, pasando sus dias en el mar o a la orilla de las playas, para proporcionarse el alimento, sin siembras, etc., contínuamente espuestos a las inclemencias de un perpétuo invierno, los habitantes de esas rejiones se diferenciaban notablemente de los del continente. Estos mismos, trasplantados a aquellos sitios, debian forzosamente cambiar mui pronto de hábitos, bajo pena de perecer de hambre o de frio. No tiene, pues, nada de estraño que sin dejar de formar parte de la misma raza de los indios de tierra firme o de mas al norte, en lugar de levantar para sus muertos sepulturas como las que hemos descrito, buscasen para ellos el abrigo de las grutas. ¿Acaso esto mismo no demuestra que pertenecian, como lo hemos ya insinuado, a la raza de hombres semejante a los fueguinos que debió estenderse desde el sur hácia el norte i alcanzar hasta Puchoco, cuyos serian entónces los restos que hemos descrito al hablar de la edad de piedra?

128. *Premier vogaye de M. Byron a la mer du Sud*, Paris, an. VIII, páj. 64.

CAPÍTULO X.

LOS ARAUCANOS.

V.

Matrimonios.—La mujer araucana.—Las mujeres son heredadas por el hijo.—Las hijas fuente de riqueza para sus padres.—Nobleza araucana.—Parentesco.—Celebracion del matrimonio.—Fiestas con que se festeja el enlace.—Adulterio.--Libertad de las solteras.—Partos.—Designacion del nombre.—Educacion del niño.—En familia.—Saludos.—Conversaciones.—Juramentos.--Hospitalidad.—Diversiones i fiestas.—Bailes.--Canto.—Instrumentos de música.—Poesía.—Ejercicio de la palabra.—Juegos.—Ocio i embriaguez.—Los delitos segun el código penal indíjena.—Homicidio.—Adulterio.—Hurtos.—Malocas.—Juicios civiles —Derecho de propiedad.—Conocimientos científicos.—Nociones astronómicas.—Division del dia.—Años, meses i semanas.—Medidas de lonjitud.—Caracteres morales del araucano.--Inducciones.

Al ocuparnos de la organizacion de la familia entre los araucanos, cúmplenos comenzar por esponer aquí lo relativo al matrimonio. La base esencial del contrato era la compra que el novio hacia de la novia al padre, o, en defecto de éste, a los parientes. No habia mas límites en el número de las mujeres con que un indio podia casarse, que el de su propio caudal. La condicion de la mujer, era por lo restante, la de la esclava: ademas de ser un instrumento de placer, era la base de la riqueza de su poseedor, como que ella corria con los menesteres domésticos, hacia de comer, tejia, labraba la tierra, etc., etc.

A este respecto, son mui grandes i a todas luces merecidos los elojios que los cronistas tributan a la mujer araucana: «Son las mujeres de Chile tan fuertes i varoniles, dice Rosales, que tal vez cuando importa i hai falta de hombres, toman las armas i convocan i capitanean a los indios para la guerra. Ejercítanse, como los hombres, en el juego de la chueca... Están hechas al trabajo i a moler, cargar a cuestas el agua, la chicha, la leña, las cosechas, sin descansar un punto... Cuando salen fuera de casa, son modestas i naturalmente vergonzosas i nunca las verán descomponerse[1]...»

No es ménos lisonjera la pintura que los autores nos dan de su aspecto físico. «Aunque en jeneral, espresa Gonzalez de Nájera, tienen las mujeres el color mas castaño que moreno, tiénenlo muchas verdinegro i quebrado, i unas mas claros que otras, segun los temples de las tierras donde nacen i se crian, con algunos otros colores agraciados, tanto que las que dellas sirven a los nuestros, son causa de hacer a muchas españolas mal casadas. Son comunmente de mediana estatura, i, en jeneral, tienen grandes i negros ojos, cejas bien señaladas, pestañas largas i cabello mui cumplido, tanto que a muchas arrastra, el cual traen bien trenzado todo lo dicho mui negro.[2]»

El matrimonio venia a ser así un negocio lucrativo i un agradable consorcio. Los caciques, que eran los hombres mas pudientes, solian de esta manera casarse hasta con veinte majeres.[3]

> A dos, a cuatro, a seis, a diez admiten
> Casados en las leyes de natura:
> De mujer cada noche se remuda,
> I en diez, con diez el hombre viene a prueba.[4]

Así se espresaba don Juan de Mendoza respecto a la poligamia de los araucanos; pero escritores posteriores aseveran que la cohabitacion tenia lugar por semanas, tocándole a cada mujer

1. *Historia de Chile*, t. I, páj. 160.
2. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 98.
3. Rosales, *Historia*, t. I, páj. 141.
4. *Poema inédito*, Canto I.

durante su turno el cuidado de dar de comer al marido. Sin embargo, permanecia siempre sobre las otras i en el rango de preferida, la primera. Cada una de las mujeres, por su parte, hacia fuego separadamente en el rancho, i segun parece, con este sistema vivian, en jeneral, mui bien avenidas.

La pluralidad de mujeres no debió tener lugar, con todo, sino en los tiempos inmediatos a la invasion española, cuando los habitantes del país habian logrado ya realizar adelantos considerables en la agricultura. Cuando sus medios de alimentacion eran escasos, cuando aún ignoraban las artes, que solo el trascurso del tiempo debió enseñarles, su estado, semejante al de muchos pueblos salvajes de hoi en dia, no les pudo permitir atender a la subsistencia de mas de una sola mujer. Alimentar a los hijos debió ser entónces carga mui pesada, ya que la propia subsistencia era a veces en estremo difícil. Aún el contrato mismo no pudo existir, i la conservacion de la especie se verificó probablemente por uniones fortuitas.

El hecho posterior i plenamente constatado era, en efecto, que el contrato se rompia de la misma manera que habia sido constituido, pues, en enfadándose la mujer, se volvia a casa de sus padres, estando solo obligada a la devolucion del precio que se habia dado por ella. Podia tambien casarse con otro, viéndose entónces el segundo marido en la necesidad de devolver al primero lo que este habia dado por la mujer. Lo mismo podia hacer el marido: cansado de una mujer, «o en sintiendo en ella flaqueza alguna, o que le ha hecho adulterio, no la mata, por no perder la hacienda que le costó, sino que se la vuelve a sus padres, o a otro para recibir su precio.[5]» Existe tambien causa de divorcio «si el hombre se ausenta mas de dos años del lado de la mujer, al cabo de los cuales, si regresa i la halla casada con otro, le ha de pagar por la ofensa que la hizo en su abandono las propias pagas que por ella dió a su padre, perdiendo, ademas, el derecho que tenia a ella.[6]»

5. Rosales, lug. cit.
6. *Breve idea del carácter, temperamento, usos i costumbres de los naturales*, M. S.

De este principio de considerar a las mujeres como una propiedad, viene que, en muriendo el marido, pasan por herencia al hijo mayor, «i él las tiene por mujeres, i reservando a la madre, todas las demas le sirven para el tálamo i en los oficios domésticos.[7] I si alguna no quiere hacer vida con él, ha de ser rescatándose i volviendo lo que le costó a su padre.» Lo jeneral, dice a este respecto Gonzalez de Nájera, es «comprarse los unos a los otros las mujeres por cosas de sus bebidas i comidas, vestidos, ovejas de las naturales del reino, o cosa semejante.[8]»

«Si el que muere no tiene hijos, hereda las mujeres el hermano o el pariente mas cercano, i cuando hace testamento, se junta toda la parentela, i de palabra hace las mandas, i a cada uno deja alguna cosa, repartiendo las mujeres, los ganados, las armas, i así de las demas alhajas.»

Del principio de considerar a la mujer como una propiedad cualquiera, se deduce, igualmente, que «el que tiene mas hijas es mas rico i se tiene por mas dichoso, porque, como le pagan las hijas, con ellas adquiere mas hacienda i se ennoblece mas, porque emparienta por medio de las hijas con mas. I es entre ellos gran nobleza el tener grande parentela i el entrar con grande acompañamiento de parientes en una borrachera i fiesta pública.» «Presumen entre ellos de linajes o descendencias, agrega sobre este particular un cronista, i de apellidos, porque hai casas que se nombran del sol, otras de leones, raposas, ranas i cosas semejantes, de que hai parentelas que se ayudan i favorecen en sus disensiones i bandos; i es tanto lo que se precian destos apellidos, que solo les falta usar de escudos de sus armas.[9]»

Han sido siempre dignos de notarse los usos establecidos por los salvajes en materia de parentesco. Los misioneros refirieron el de los araucanos a las dos líneas de consaguinidad i afinidad, estableciendo solo diferencias respecto de la rama paterna o materna, pues, así por ejemplo, los sobrinos hijos de hermano va-

7. Córdoba i Figueroa, *Historia de Chile*, páj. 27.
8. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 96.
9. Gonzalez de Nájera, lug. cit.

ron, no se designan lo mismo que los mismos descendientes por parte de la hermana mujer. El parentesco alcanza, ascendiendo, hasta los bisabuelos, i respectivamente, descendiendo, hasta los biznietos. En la afinidad acontece una cosa semejante, habiéndose reconocido relaciones aún entre los casados con dos hermanas.

Ademas de la afinidad i consanguinidad, fundadas en el órden natural de la sangre o la familia, los araucanos reconocen el jénero de parentesco, que designan con la voz *cuga*, a que se referia Gonzalez de Nájera. De estos sobrenombres o apellidos habia hasta veinte, llamándose entre sí los que los llevan *quñe lacu*, i son, como se dijo, nombres del sol, leon, zapo, zorra, etc., *antu*, *amuchi*, *cagten*, *calquin*, *cura*, *diucaco*, *antuco*, *geliu*, *gru*, *gageñ*, *huercuhue*, *yani*, *yene*, *luan*, *mugur*, *pagi*, *vilu*, *etc.*[10]

El contrato matrimonial, segun Carvallo, se celebra del modo siguiente: «de acuerdo con el padre, i en defecto de éste con el hermano de la novia, el futuro marido, acompañado de dos o tres de sus parientes o amigos, la lleva a un bosque, involuntariamente, i usa de ella tres dias, i siempre lo elijen inmediato a su casa, para que les sirvan la comida. De allí la traslada a otra habitacion, i en seguida se va a la puerta de la casa del suegro, quien luego saluda al yerno; se le sirve el almuerzo, comida o merienda, segun la hora, i despues de una dilatada conversacion, se retira sin hablar del matrimonio. Vuelve al siguiente dia con los que le acompañaron a tomar la novia, i se hace el ajuste de la cantidad de pagas, (a que dan el nombre de *culinque*) que ha de dar por ella. Convenidos, las apronta si tiene, i si no, las juntan sus parientes i amigos, i pasan a entregarlas. Dicen que lo referido fué costumbre de los ascendientes;[11]» i en ello tienen, sin duda, mucha razon, porque es sabido que en muchísimos pueblos salvajes el contrato de matrimonio se celebra en una forma enteramente análoga.

Despues de realizada esta ceremonia, exijida por sus *adma-*

10. Luis de Valdivia, *Arte y gramática de la lengua general, etc.*, páj. 70.
11. *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 141.

pus, o prácticas antiguas, se suceden las fiestas para celebrar el enlace. Para el efecto, convoca el novio a todos sus parientes, quienes le llevan toda especie de regalos, i mui especialmente las ovejas de la tierra, que tan estimadas son entre ellos. «Los padres de la novia convidan tambien a todos sus parientes i amigos, para que les ayuden en aquella fiesta i se hallen en ella. I a todos los obligan a que lleven cantidad de tinajones i botijas de chicha, que es el vino i regocijo de todas las fiestas. Para el dia señalado preparan en el lugar de la borrachera unos tablados i bancos en que bailan, al rededor de sus casas, i divisiones para alojarse i guardar la chicha i los carneros, i tres dias ántes hacen el ensaye de la fiesta, i cantan los romances i los tonos, tomándolos de memoria i ensayando la música con mucha chicha, que es como otra borrachera pequeña, porque el cacique que hace la fiesta paga entónces a los poetas los romances que han hecho...

«Llegado el dia de la borrachera, concurren de todas partes a la fiesta, hombres i mujeres, viejos i niños, i hasta los cojos i los enfermos se animan i van, aunque sea arrastrando. El cacique o novio que hace la fiesta entra primero, acompañado de todos sus parientes, que llevan de diestro sus carneros i ovejas de la tierra, todos vestidos de gala i con el adorno de sus llancas i piedras preciosas de su estimacion. Tras ellos entran los parientes de sus mujeres, con sus familias i grande acompañamiento i aparato de carneros, aves, pescados i otras cosas para la fiesta. I puestos en órden reciben la parentela de la novia, que viene tambien con mucho adorno i grande repostería de botijas i tinajas de chicha. Salúdanse los unos a los otros con grandes muestras de amor i ofrécense los dones. El marido da a los padres i parientes de la novia todos los carneros i ovejas de la tierra que él i sus parientes han traido, i muchas mantas i camisetas, que todo se cuenta por dote i por paga de la mujer, i de ello se tiene siempre mucha cuenta i razon, para que se entienda como pagó la mujer cumplidamente, i que no se la puedan quitar en ningun tiempo, ni darle en cara de que fué un pobreton, que no tuvo con qué pagar la mujer a sus padres i a sus parientes; que todos participan aquel dia

de la hacienda, que son las ovejas i carneros, i a cada uno le mata las que le han de tocar i se las deja allí tendidas a sus piés, i a la novia i a su madre las cubren de mantas i camisetas, que es la paga i el dote que se da a la madre de la novia por la crianza de la hija...

«Recebidos todos estos dones con muchas cortesías i agradecimientos, i enterado el dote a los padres i parientes, correspondiendo luego ellos, por via de agradecimiento, con la chicha, que no es jénero que entra en cuenta de paga, sino que se da por via de correspondencia para alegría de la fiesta. I a todos los que han traido dones, les dan a seis, a ocho i a diez botijas de chicha a cada uno. I acabados estos cumplimientos se sientan a beber i comer, i andan los brindis, i en cargando bien la romana, se levantan a bailar i cantar al son de sus tambores, flautas i otros instrumentos. I así se están de dia i de noche hasta que se acaba la chicha, que si hai para cuatro o seis dias que beber, no se apartan hasta ver el fondo de las tinajas.[12]»

«En estas fiestas i casamientos, concluye Rosales, se conciertan otros muchos, porque como bailan hombres con mujeres, i las doncellas tienen suelta para cuanto quieren, se conciertan fácilmente i se casan, a veces con gusto de sus padres i a veces sin él. Pero tiene esta diferencia el casamiento que se hace sin gusto de los padres de la novia i sin saberlo ellos: que si es con persona igual i con marido que tiene hacienda para pagarla, lo dan por bien hecho; mas, cuando es con indio pobre i que no ha de tener para pagar el dote conforme a la calidad de la novia i la muchedumbre de los parientes, se la procuran quitar i estorban el casamiento, aunque le deba a la hija la flor de la virjinidad, que, mirando al interes que tendrán en casarla con otro mas rico, le dejan eso de barato. I si ella da en que no se quiere casar con otro, o él la esconde de modo que no puedan dar con ella, se muestran mui sentidos los padres, i con buscar hacienda que darles para el dote, los aplaca, i la primera dilijencia es, para ganarles la vo-

12. Rosales, *Historia*, tom. I, páj. 142; Carvallo, *Historiadores de Chile*, tom. X, páj. 159.

luntad, el ir con una oveja de la tierra a la casa de los padres de la novia i matarla allí i dejársela muerta, dándoles a entender que no le falta hacienda con que pagar el dote, pues mata aquella oveja de la tierra, que es de tanta estima, para ganarles la voluntad. La cual oveja es fuerza recebirla i uso asentado el desenojarse i llamar luego a sus parientes i repartirla entre ellos, diciéndoles que tengan a bien el casamiento de su hija con aquel indio, que aunque él no se la dió, ellos se concertaron, i no es tan pobre que no dejará de acudir a sus obligaciones i de enterar el dote acostumbrado, i buena señal es el haber comenzado a pagar la mujer con aquella oveja de la tierra... I así, que les ha llamado para darles parte del casamiento i de la paga, i repartiéndola entre todos, vienen en que se haga el casamiento, i llaman a los novios, i con chicha se hacen las amistades i los conciertos i se traza el dia de la boda, i la fiesta que ha de haber en ella[13]...»

A pesar de que la forma i circunstancias con que se celebraban estas reuniones pudieran inducirnos a creer que en muchísimos casos no precedia en ellas la mútua afeccion, el hecho es que el adulterio venia mui pocas veces a enturbiar la felicidad doméstica del araucano. «Es rarísima la india, dice Rosales, que hace adulterio al marido, así por el rigor con que las castigan, como por estar entre ellas mui asentada la lealtad a los maridos.[14]» Cuando el caso llegaba, el marido, sin embargo, no usaba de los medios de castigo a que la lei o costumbre lo autorizaban, pues siendo mas que todo avaros de su hacienda, la mujer volvia entónces a la calidad de mercadería... averiada, de la cual era conveniente deshacerse; i por eso la devolvia a sus padres o se la vendia a otro para recobrar lo que le habia costado. «I en materia de adulterios, añade el autor que venimos citando, aunque se pican los celosos, les pica mas el interes, i no matan a la mujer ni al adúltero, por no perder la hacienda, sino que le obligan a que pague el adulterio, i en habiéndole satisfecho, quedan amigos i comen i beben juntos.[15]»

13. *Historia*, lug. cit.
14. *Historia*, t. I, páj. 160.
15. *Id.*, id., páj. 142.

Miéntras la mujer araucana permanecia soltera, gozaba de una independencia absoluta. Bascuñan nos refiere que en ciertas fiestas acostumbraban brindar las mozas para que les correspondiesen los que no estaban casados, o cuando querian hacer alguna lisonja a los caciques, «i de estas suertes suelen casarse en estas fiestas i bailes, que ellos llaman *gñapitun*.[16]» Los aprietos en que por este motivo pusieron durante su cautividad al valiente capitan español i el empeño con que siempre resistió las numerosas tentaciones que se le ofrecieron, constituyen algunos de los episodios mas divertidos de su interesante libro.

Para hacerse querer las mujeres fabricaban un filtro de las hojas de una mata llamada *púlpúl*.[17] Perez García nos informa, igualmente, que en Arauco habia prostitutas, que eran conocidas, con el nombre de *muge-voe*.[18] Ya hemos visto, ademas, el oficio que sabian desempeñar ciertos *machis*... «Les dan los indios a sus hijas, añade Olivares, ensanche para que usen i abusen de su libertad, i así las mas de ellas son mujeres ántes de ser esposas; pero como la diformidad de cualquier delito es mui visible aún a la ceguedad de los bárbaros, se avergüenzan ellas de contar que dejaron de ser vírjenes, ántes de ser dadas en matrimonio, i de que se haga del todo manifiesta su flaqueza; i por eso, cuando se sienten embarazadas, lo procuran ocultar estrechándose el vientre con apretadas vueltas de las fajas que todas usan. I cuando llega el caso de dar a luz lo que concibieron, lo ejecutan solas en un monte, con ánimo mayor que de mujeres, i matan inhumanamente el fruto de sus entrañas, o si no les basta la crueldad para tanto, lo esponen a puertas ajenas i a la caridad de los estraños I a estos hijos de padres no conocidos llaman en su lengua *bucheñes*.[19]»

No era, a pesar de todo, mui diversa la manera en que se verificaban los partos de las casadas. Martinez dice que cuando se

16. *Cautiverio feliz*, páj. 289.
17. Febres, *Arte de la lengua general*, etc.
18. *Historia de Chile*, M. S.
19. *Historia de Chile*, páj. 61.

sienten próximas a parir, buscan una estaca i un hilo de lana, se van a inmediaciones de un arroyuelo, clavan la estaca, i se afianzan del hilo i largan la criatura.[20] Este mismo autor nos informa que los abortos eran mui escasos entre las indias, pues son las mujeres, dice Rosales, tan fuertes i tan sin melindres ni antojos, que nunca malparen por antojadizas, sino por trabajadoras i por cargar cosas pesadas.[21]»

Este mismo autor trae sobre esta materia los interesantes detalles que siguen: «En estando una mujer con dolores de parto, la echan fuera de casa que vaya a parir junto al rio, porque dicen que todos los males de la mujer preñada se les pegan a los de la casa i a las alhajas. I todos los dias se ponen a la puerta de su casa para ver salir el sol, i arrojan una piedra para que la criatura salga tan aprisa como el rayo de el sol i caiga tan veloz como la piedra. Pero no se ha de parar en el umbral de la casa, que es mal agüero, porque se le atravesará la criatura. En pariendo, se meten en el rio i se lavan mui bien i bañan la criatura,» i algunas veces en el mar, segun el testimonio de Gonzalez de Nájera.[22] «I se van a sus casas, pero hállanlas solas, i por ocho dias está sin que nadie la vea, porque no se les pegue el mal del parto, i cuando mucho tienen otra india que la acude. A los ocho dias se vuelve a bañar al rio, i cuando viene a su casa, no halla cosa alguna del ajuar antiguo, porque todo dicen que está inficionado con el mal del parto, sino todo nuevo. I entónces la reciben los de su casa, con toda la parentela, con mucha chicha i comida, i se hace la fiesta al nacimiento de la criatura, poniéndole el nombre.

«I cuando la madre entra con el hijo, le nombran por el nombre que le han puesto, diciéndole, «seas bien venido, Fulano;» i todos le brindan al niño con la chicha, nombrándole por el nombre que le han puesto del linaje, leones, águilas... Si es hija, le ponen tambien su nombre i cuando sirven los platos a la co-

20. *La verdad en campaña*, M. S.
21. *Historia*, t. I, páj. 165.
22. *Desengaño, etc.*, páj. 99.

mida i los jarros de la bebida, le dicen por gracia al convidado: «este guisado tan bueno te ha hecho Fulana,» nombrando la niña recien nacida; «i esta chicha tan sabrosa te ha hecho ella para regalarte.» Con que se celebran los guisados i se alaba la chicha, encareciendo la gracia de la niña; i de esta suerte festejan su nacimiento. En creciendo las niñas, siendo mujeres, no nombrarán su nombre por cuanto hai, porque si le nombran se persuaden a que se han de caer muertas. I la misma abusion tienen las suegras con los yernos, que no los han de nombrar ni llamar por sus nombres, porque dicen que en nombrándoles se les caen las muelas. I aunque las viejas que ya no las tienen, los podrian nombrar, sin ese peligro, con todo eso, son observantes de su abuso i nunca los quieren llamar por sus nombres propios.[23]»

Al recien nacido se le preparaba una cuna, hecha de tal manera que se la podia llevar a cuestas, «por doquiera que las mujeres van[24], i a esta la llamaban *cupulhue*,[25]» en contraposicion a la que introdujeron despues los peruanos con el nombre de *chigua*. En la primera, los muchachos están «en unas tablas, envueltos con paños, liados con unas fajas, i toda la noche dejan así al niño, arrimada la tabla a la pared, i en llorando i dándole el pecho, lo vuelve la madre a arrimar, i así pasa la noche i el dia.[26]» Eran muchos los niños que fallecian por el descuido de sus madres borrachas.[27] Puede decirse que desde que nacian los enseñaban a nadar, con lo que, «desde mui pequeños, usan andar como patos en el agua.[28]» Por costumbre inalterable, todo el mundo, en Arauco, en levantándose, se baña en la corriente próxima a su vivienda, «aunque esté granizando.[29]» Prestan tambien cuidados hijénicos a la cabeza, lavando el cabello con la corteza del quillai,[30] o con cierta greda llamada *rag*,[31] i peinándolo con

23. *Historia*, t. I, páj. 165.
24. Pedro de Oña, *Arauco domado*, nota 3.
25. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*
26. Rosales, t. I, páj. 167.
27. Usauro Martinez, *La verdad en campaña*, núm. 70.
28. Nájera, *Desengaño, etc.*, páj. 99.
29. Rosales, t. I, páj. 160.
30. Molina, *Historia civil*, páj. 23.
31. Rosales, t. I, páj. 160; Luis de Valdivia, *Arte y gramática de la lengua*.

cierto instrumento de madera conocido con el nombre de *runca*,[32] o con un manojo de ramas como las de una pequeña escoba.

«No les consienten los padres a los muchachos que coman sal, para que se crien sanos i lijeros, porque dicen que la sal los hace pesados i molles; ni tampoco les consienten comer carne ni pescado, por ser comidas pesadas, sino harina, para que se crien lijeros. I para este efecto, como para que vayan con presteza a los mandados, les sajan las piernas i los piés, i los mismos indios cuando han de ir a la guerra se sajan las piernas i las rodillas con lancetas de pedernal, porque dicen que la sangre los hace pesados i que la sal que han comido se les baja a las rodillas i a las piernas.[33]»

«Los niños i mocetoncillos pasan los dias, o tendidos brutalmente al rayo del sol, o retozando entre sí, o bañándose en los rios, o siguiendo a sus padres en juntas en que se dedica el tiempo a Baco i Vénus, en las cuales se complacen los padres de que se jueguen ménos honestamente con las muchachas, i cuando esto hacen en edad ménos crecida, los tienen por avisados i entendidos; asimismo, se agradan de que desde niños comiencen a dar muestras de valientes bebedores; con sus padres o madres no usan algun término de cortesía, ni les hablan en tercera persona, sino en segunda, i pronunciando el nombre raso sin algun adjetivo comedido o respetuoso... Cuando pequeños sirven poco i de mala voluntad, por temor del castigo; pero, cuando grandes, sacuden del todo el yugo de la sujecion i atropellan todos los fueros de la patria potestad.[34]»

Entre los peruanos existia la práctica de probar el esfuerzo de los muchachos haciéndoles subir a carrera por los cerros. «Sinchiruca Inca, refiere un autor, en la visita que hizo de la jente, hubo muchísimos mozos de diezisiete a dieziocho años para meter en el número de los varones i soldados, i los acordaron para dar calzones blancos; i así hizo una traza, que corriesen a un ce-

32. Molina, *Id.*, páj. 22.
33. Rosales, t. I, páj. 118.
34. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 61.

rro mas alto i léjos, i en la punta del dicho cerro de Guanacauri les habia mandado poner varias aves, halcones, tominejos i buitres, i a mas, vicuñas, zorrillas, culebras i zapos. Estos pájaros i las otras cosas ya declaradas las habia mandado poner para que aquellos mozos i mancebos alcanzaran i trajeran, solo para conocer la calidad e lijereza i cobardía, etc., para darles, de las lijerezas, galardones..., i a los cobardes, calzones negros.[35]»

Ercilla refiere a este respecto, que los araucanos

> En lo que usan los niños en teniendo
> Habilidad i fuerza provechosa,
> Es que un trecho seguido han de ir corriendo
> Por una áspera cuesta pedregosa,
> I al puesto i fin del curso revolviendo
> Le dan al vencedor alguna cosa[36]

Como las cualidades mas sobresalientes en el indio eran las que se relacionaban con la guerra, los padres sacrificaban sin piedad a los hijos que nacian contrahechos, i por eso tambien, como agrega el poeta,

> I desde la niñez al ejercicio
> Los apremian por fuerza, o los incitan,
> I en el bélico estruendo i duro oficio,
> Entrando en mas edad, los ejercitan:
> Si alguno de flaqueza da un indicio
> Del uso militar le inhabilitan,
> I el que sale en las armas señalado
> Conforme a su valor le dan el grado.

«Los niños, agrega Rosales, se ejercitan en luchar, saltar, correr i hacer fuerzas, i lo principal en jugar la lanza i disparar flechas, i sus juegos son para ese ejercicio... No tienen otro desde que nacen, añade Bascuñan, i el del arco i la flecha, en que son aún los mas pequeños, bien esperimentados i diestros, porque se inclinan todos a estas naturales armas, que son memorables en los pasados siglos, pues era la mas comun i continuada entre los

35. *Tres relaciones de antigüedades del Perú*, páj. 249.
36. *La Araucana*, canto I,

jentiles i entre los del pueblo de Dios.[37] «I lo mas que enseñan los indios a sus hijos es a ser hechiceros i médicos, que curan por arte del diablo, i hablar en público i a aprender el arte de la retórica para hacer parlamentos i exhortaciones en la guerra i en la paz. I para esto tienen sus maestros i su modo de colejios, donde los hechiceros los tienen recojidos, i sin ver el sol, en sus cuevas i lugares ocultos, donde hablan con el diablo i les enseñan a hacer cosas aparentes, que admiran a los que las ven, porque en el arte májico ponen todo su cuidado, i su grandeza i estimacion está en hacer cosas que admiren a los demas, i en eso se muestra el que es mas sabio i ha salido mas aprovechado de los estudios. El hechicero que los enseña los gradua a lo último, i en público les da a beber sus brevajes, con que entra el demonio en ellos. I luego les da sus propios ojos i su lengua, sacándose aparentemente los ojos i cortándose la lengua i sacándoles a ellos los ojos i cortándoles las lenguas.Hace que todos juzguen que ha trocado con ellos ojos i lengua, para que con sus ojos vean al demonio i con su lengua le hablen, i metiéndoles una estaca aguda por el vientre, se la sacan por el espinazo sin que manifiesten dolor ni quede señal. I así con estas i otras apariencias, quedan graduados de hechiceros i ordenados de sacerdotes del demonio.[38]»

Los cronistas no nos dicen como estaban compuestas las familias araucanas, pero podemos deducir sobre el particular un antecedente de las que en el siglo XVII se trasportaron de la isla de la Mocha al continente. Habia en la isla quinientos noventa i nueve individuos, repartidos en ciento dieziocho familias, de las cuales, la mas numerosa era la de uno de los caciques, de edad de cincuenta años, que tenia cuatro mujeres, dos de treinta, i dos de cincuenta, cuatro hijos hombres, el mayor de veintidos años, casado, i con un hijo; una niña de siete, otra de pecho, i una hermana del cacique. De las familias restantes, habia veintitres que solo constaban de dos personas; dieziocho, de tres; catorce, de

37. *Cautiverio feliz*, páj. 61.
38. *Historia*, t. I, pájs. 118 i 168.

cuatro; quince, de cinco; diez, de seis; once, de siete; nueve, de ocho; cuatro, de nueve; dos, de diez; una, de trece, i otra, de quince.

A nadie que llega a casa de un araucano, es lícito entrar sin licencia del amo, i «suele no raras veces que éste salga afuera a recibir al huésped, con cortesía ciertamente ingrata, porque, comenzando por la salutacion, pasa de unas en otras a largas arengas, i el pobre huésped ha de aguantar sin mostrar desabrimiento, aunque lo ase el sol o traspase el agua, hasta que al dueño de la casa se le ofrezca decirle que se acomode, i ordinariamente se le ofrece tarde.

«Cuando se encuentran no usan otra salutacion que *mari mari*, i los que son incultos estiran la mano abierta para la cara i ojos del con quien hablan, como si quisieran sacárselos.[39]»

«Siempre que uno visita a otro (i esto es contínuo por su ociosidad) no traban conversacion como otra jente, con la alternativa de breves cláusulas, sino de razonamientos prolijos. En tanto que el uno está declamando su sermon, está el otro rindiéndole quietísima atencion de sentidos i potencias, porque fuera mui mal caso i de mucha ofensa no hacerlo así; i para dar muestra de que escucha dilijentemente, el que oye ha de hacer una de dos cosas: o repetir la última voz de cada período en que hace pausa el predicador, o decirle, *vellechi*, *veinocanas*, *mupiqueimi*, que quiere decir, así es, bien decis, decis verdad. Luego coje el otro la mano para corresponder a una declamacion con otra, i de este modo gastan comunmente algunas horas, andando, miéntras esto, mui listas las mujeres con los vasos de bebida para dar jugo i fecundidad al orador.[40]»

Los araucanos para protestar que dicen la vedad, particularmente en sus porfías, juran «por mi vida i corazon, por mi padre i mi madre,[41]» i «por la vista de mis ojos.[42]»

39. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 44.
40. *Id.*, páj. 41.
41. Rosales, *Historia*, t. I, páj. 146.
42. Ovalle, *Histórica relacion.*

Al huésped que llega, traen cántaros de chicha i suelen matar a su recibimiento alguna oveja de la tierra, «que es accion ostentosa i de grande honor entre ellos.» «El que recibe la chicha la reparte a los presentes de mayor estimacion, para que vaya brindando a los circunstantes,» reservando alguna porcion para sí. Luego que lo convidan a entrar, le ponen esteras en el suelo para que se siente.[43]

Ademas de las fiestas consiguientes a la celebracion de los matrimonios, (que llamaban *illu-can*), i de los entierros (*eltun*), los araucanos acostumbraban varias clases de convites i reuniones: para sembrar, hacian una conocida con el nombre de *quiñelob*; para cercar, *malal;* para trillar, *ñuin;* para hacer casa, *rucatun;* i en jeneral, todas estas reuniones se designaban con la palabra *gollin*, que es emborracharse.[44]

«Los caciques i personas principales, espresa Rosales a este respecto, ponen su vanidad i grandeza en que las fiestas de su casa duren muchos dias, principalmente la última que hacen al cubrirla: que para ese dia le traen todos sus parientes en sangre, i los que están casados con sus hijas, hermanas i parientas, gran cantidad de carneros, ovejas de la tierra, aves i caza. I estando la jente pronta cerca de la casa, entra toda esta parentela bailando al rededor de toda la jente, i como van dando vuelta, van matando las ovejas i dejándolas tendidas allí en el suelo. I luego se suben en unos bancos o tabladillos altos, que llaman *meliu*, i allí prosiguen bailando i cantando; i al cabo de un rato, habla uno i le dice al que hace la casa: que allí le han traido aquella poquedad, que la reciba, i en ella sus buenos deseos, que con eso tendrá algo con que pagar a los que trabajan en cubrirle su casa. I el agradecido les dice que se sienten, que allí tiene un poco de chicha con que servirlos. I las mujeres del que hace la fiesta i la casa, ponen las mesas i sirven en ellas, i asimismo todos sus parientes destas mujeres, que para que acudan con satisfaccion a

43. Bascuñan, *Cautiverio feliz*, pájs. 85 i 126.
44. Perez García, *Historia de Chile*, cap. IX; Carvallo, *Historiadores*, t. X, páj. 158.

los huéspedes i por hacer lisonja a su cuñado sirven todos i no se sientan hasta que se acaba toda la comida i la chicha, que dura dos o tres dias. I acabada i que ya se ha cubierto la casa, despide aquellos parientes que le trajeron la carne i la chicha. I hace otra fiesta que dura otros tantos dias a los parientes de sus mujeres que han estado sirviendo, i les da de comer i beber mui despacio para que descansen del trabajo.

«En todo esto los parientes no trabajan en cubrir el rancho, sino otros que no les tocan, i que tocan la paga de los carneros i la chicha. I a estos los alquila i cuida de regalarlos uno de los parientes, el cual les reparte el trabajo de cubrir, en cuatro cuadrillas, señalando a cada una un pedazo de cubierta, i a estas cuadrillas llaman *culla*, las cuales van a porfía, i la *culla* que acaba primero canta victoria contra las demas, i en una escalera levantan en hombros un muchacho tiznado i vestido a lo gracioso, i bailando i cantando le llevan todos dando vueltas a la casa i dando vaya a las demas cuadrillas, que picadas se dan tanta priesa que no se les ven las manos. I el muchaco o matachin que va sobre la escalera les va picando a todos i diciendo gracias i haciendo monerías, que sirven a todos de entretenimiento. I acabadas las vueltas, sueltan de repente de la escalera al matachin, i él, conociendo el lance, da un salto con tiempo, i todo es fiesta i risa, con que se acaba el entremés. I luego entra la comedia o la comida que se da a los *cullas* que trabajaron en la casa para los cuales son todos los carneros i chicha que trajeron los que al principio entraron bailando, i estos hacen otra fiesta que dura otros tres o cuatro dias. I a veces acontece que las cuadrillas, con la gana de ir a beber, se dejan un pedazo de casa por cubrir, i para acabar la casa es menester otra fiesta, que no puede el dueño acabarla por no caer en nota.[45]»

«Todos sus regocijos i fiestas públicas, continúa Rosales, se enderezan a comer, beber i bailar, juntándose las parentelas, i trayendo todos con que hacer la costa, unos la comida i otros la bebida. I los toquís jenerales o los caciques mas principales sue-

45. *Historia de Chile*, t. I, páj. 150.

len convocar la tierra para estas fiestas, i en unas tienen, demas de los bailes, sus entremeses, en que sacan figuras diferentes, i en otras truecan los trajes hombres i mujeres. A otras fiestas convocan, que llaman *guicha-boqui*, en que ponen un árbol en medio del cerco i de él pendientes cuatro maromas adornadas con lana de diferentes colores, de que están asidos para bailar todos los parientes de el que hace la fiesta, que como es el señor de la tierra hace reseña de toda la jente noble que hai en ella. I la reseña es que solos ellos bailen asidos a la soga de la mano, sin que toque a ella otra persona que no sea de la nobleza. I sobre el árbol, que siempre es el canelo para todas las fiestas, se pone el hijo del cacique o toquí jeneral que hace la fiesta, desnudo de medio cuerpo arriba, i mui adornado de llancas i piedras, el cual cuenta toda la jente noble i les hace grande razonamiento, desde lo alto, refiriendo las personas principales que han muerto de su linaje en aquellos años pasados i dando el parabien a los parientes de que estén vivos, para ornamento de su patria i estirpe.

«La grandeza de la fiesta que llaman *guichaboque*, se lee en el padre Ovalle, consiste en plantar en medio un árbol i pendientes de él unas maromas de lana de diferentes colores. I las personas principales i de casas señaladas en nobleza, bailan asidos de las maromas... Los caciques al comenzar estas fiestas, exhortan a la jente moza i liviana que no les agrien la fiesta i se la echen a perder, inquietando las mujeres, hurtando, peleando, emborrachándose i vengando pasiones; i que el teatro de sus representaciones i bailes no se convierta en teatro de gladiadores.[46]»

«Hacen tambien los hechiceros sus fiestas públicas, a que concurre toda la tierra, así por bailar, beber i cantar, como por ver cosas prodijiosas i maravillas que hacen por arte májico i con ayuda de el demonio, que en estas fiestas le atraen con sus invocaciones i se les aparece sobre el ramo de canelo en figura de un pajarito. I luego salen de sí todos los hechiceros, porque en-

46. *Histórica relacion.*

tra el demonio en ellos, i dan saltos i carreras, moviéndose de unas partes en otras, sin poner los piés en el suelo, bailando sobre el fuego los piés descalzos, tragándose tizones ardiendo, i arrojando en el fuego los vestidos, sin recibir en sí ni en los vestidos lesion ninguna. I de esta suerte hacen otras maravillas aparentes, sacándole a uno los ojos, cortándole a otros las narices, quitándole a este las llancas que trae colgadas al pecho, al otro las orejas, i así de otras burlas i juegos que hacen aparentemente i por arte del diablo, con que tienen abobada la jente i suspensa con tales pruebas...

«La fiesta mas solemne es la que hacen los *boquibuyes*, que son los sacerdotes del demonio, para dejar su encerramiento i dejar el hábito, que para ella no solo convidan a los parientes que les traigan chicha i carne, sino a los amigos de mui léjos que no tienen obligacion a estas cargas les obligan a que les traigan ovejas de la tierra, que son las mas estimadas, i aunque en otras borracheras no las suelen matar, sino una o otra por el aprecio que de ellas hacen, pero en esta borrachera matan todas las que traen los *cullas*, que así llaman a estos amigos. I hai grande fiesta i baile, que dura diez o doce dias. I al *culla* que le trajo la oveja de la tierra se lleva despues en agradecimiento una grande repostería de chicha i el corazon de la oveja cocido en un plato, i brindándole con la chicha le da el corazon, i como reliquia i comida de grande precio le reparte en pedacitos mui pequeños entre todos los parientes... La parte de carne de la oveja de la tierra que a cada uno le cabe, la guarda i la lleva a su casa, i haciéndola soguitas, la seca al humo i la guarda como una cosa de grande aprecio para regalar algun huésped de importancia i para ocasiones de mucho empeño i obligacion...[47]»

La junta que los indios hacian para bailar se denominaba *gercurehue*, siendo mui usado en lo antiguo un baile que llamaban *cunquen*.[48]

El *cunquen*, dice Carvallo que se reducia a que las parejas die-

47. Rosales, I, páis. 144 i 145.
48. Febres, *Arte de la lengua jeneral, etc.*

sen pequeños saltos al son de las flautas i tamboriles. En el *ñuin*, diez o doce parejas se toman de las manos, i formando círculos dan vueltas al rededor de un canelo, cantando al son de los tamboriles, «i tanto el tono de la cancion, como el baile, añade el autor a que acabamos de referirnos, es en todo igual al que los austriacos bailan en Madrid las noches de San Juan i San Pedro, i le llaman danza prima.[49]» Segun Bascuñan, el músico que tocaba el tamboril se ponia en medio de la rueda, «sirviendo de maestro de capilla, a quien seguian los circunstantes en los altibajos de su voz i tonada.[50]» Los mismos caciques ayudaban tambien algunas veces a cantar i daban sus vueltas en el baile con las mozas i galanes.[51]

Es curioso sobre todo oir a Gonzalez de Nájera referir los detalles de algunos de estos bailes. «Júntanse, pues, dice el prolijo capitan, en un ameno i verde campo, cerrado de arboledas, con gran provision de cántaros de sus bebidas, de que llevan cargadas sus mujeres, i en el medio del llano plantan un pimpollo o árbol nuevo de limpio i derecho tronco, i en la cima mui acopado de hoja, (el cual árbol llaman de canela, aunque no es de los verdaderos que la crian). En lo alto a la redonda de sus ramas, ponen las cabezas de los enemigos muertos, cada una en su rama, de manera que se ven los rostros desde fuera, las cuales tienen adornadas de flores i guirnaldas, i aún les ponen sus mismos zarcillos algunas indias. A la redonda del árbol tienen puesto en círculo bancos de tablones, que son los puestos de los caciques i capitanes, i no digo asiento porque están siempre en pié con la perseverancia que diré. De las ramas donde están las cabezas bajan unas cuerdas de lana de diferentes colores, que cada una viene a tener en la mano un cacique de los que están a la redonda del árbol, puestos de pié sobre los bancos, como dije. La demas jente anda a la redonda de los bancos por un espacio del campo, mujeres i hombres todos en hileras, con figuras i disfraces tan va-

49. *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 158.
50. *Cautiverio feliz*, páj. 200.
51. *Id.*, páj. 125. Concuerda con estos datos la relacion de Perez García, *Historia de Chile*, cap. IX.

rios, ridículos i disparatados que no se pueden bien referir...: unos andan cubiertos de pieles de fieras con las cabezas boqui-abiertas,[52] que caen encima de las suyas mostrando sus grandes dientes; i otros por la misma manera con pieles de cabrones de deformes cuernos; otros traen puestas capas de cuero, semejantes en su hechura a las de coro, cubiertas por de fuera, unas de plumas amarillas, otras de coloradas, i otras verdes... Posteriormente, en lugar de plumas, ponian a otras capas semejantes, espesas hojas de breviarios i misales, i otras cartas i otras cédulas de gobernadores del reino, segun las he visto, cosido todo de manera que hacen con los tales papeles una gran volatería... Puestos, finalmente, de la manera que he dicho, al estruendo de sus confusos i bárbaros instrumentos de tamboriles i cornetas hechas de canillas de piernas de sus enemigos, que hacen un son mas desconcertado i triste que alegre, bailan todos moviéndose a unos mismos tiempos, encojiendo i levantando los cuerpos al mismo son que tocan, sin descomponer los brazos ni levantar los piés del suelo mas de los calcaños; i al mismo son van tambien tirando los caciques las cuerdas de lana desde sus bancos, do están de pié, de manera que al compás del jeneral movimiento i modo de su comun baile, hacen tambien menear o bailar las ramas con las cabezas que están en ellas. I lo que es de notar entre todas estas barbaridades es, que estando todos en la órden que he dicho, no hai indio, por mui turbado que esté del vino, que jamás deje la lanza de la mano, i así su piquería hace muestra i forma de un circular escuadron. Entre toda esta jente, que anda como fuera de sí, ocupada en aquel su tan agradable baile, anda gran número de mozas i muchachos con varios vasos llenos de sus vinos, dando de beber por todas las hileras a los que bailan...

«Cantan todos al son que dije, levantando i bajando a un tiempo el tono o voces, así como los cuerpos en el baile, cuyo tono (por ser de tanta jente junta se oye de mui léjos) no sé si se le llame canto o lloro, segun la tristeza que infunde a quien le oye. I es

52. Las *mañaguas* de que ántes hemos hablado.

cosa digna de consideracion, que por recibir estos indios tanto gusto i entretenimiento destos bailes i cantos se les suelen pasar dias i noches enteras sin tomar algun reposo. Vánse refrescando a menudo con las bebidas que dije, hasta que el cansancio i demasiada embriaguez los va derribando por aquellos suelos.[53]»

Solia organizarse tambien en los *cahuines* una especie de baile deshonesto, llamado *hueyelpurun.*[54] Bascuñan lo pinta en los términos siguientes: «Llevaron a Ancanamon todos los principales caciques al centro del concurso, donde chicos i grandes, hombres i mujeres, estaban bailando en rueda, i cojiéndole en medio, le recibieron con el romance que el dia antecedente cantaron en su alabanza; despues de esto, salieron diez o doce mocetones desnudos i en carnes, tiznados con carbon i barro hasta los rostros... En medio del palenque estaba hincado o clavado un árbol de canelo mui crecido, i porque no blandease o se hiciese pedazos al tiempo que mas necesario fuese, por ser madera vidriosa i delicada, le tenian liado a otros dos árboles gruesos i fornidos, de adonde pendian unas maromas gruesas, que sus estremos llegaban a fijarse en otros postes firmes i robustos que de estribos servian a los bancos del baile i al palenque. Estos danzantes ridículos traian ceñidas a las cinturas unas tripas bien llenas de lana, i mas de tres o cuatro varas, a modo de cola, colgando, tendidas por el suelo; entraban i salian por una i otra parte, bailando al son de los tamboriles, dando coladas a las indias, chinas i muchachos, que se andaban tras ellos haciéndoles burlas i riyéndose de su desnudez i desvergüenza. Despues de haber andado de la suerte referida por entre todo el concurso de hombres i mujeres, subieron por las maromas que a modo de jarcias estaban puestas, por las cuales subian a lo alto i volvian a bajar, i otras veces se paraban sobre los estribos de los andamios, de los cuales pendian las puntas de las maromas, i se ataban en las partes vergonzozas un hilo de lana, de adonde los tiraban las mujeres i muchachos, bailando los unos i los otros al son de sus

53. *Desengaño de la guerra de Chile*, pájs. 108 i siguientes.
54. *Cautiverio feliz*, páj. 102.

instrumentos. I esta es la fiesta mas solemne que entre estos bárbaros se acostumbra.[55]» Carvallo añade que a los mocetones que salian desnudos acompañaban otras tantas mozas igualmente lascivas i deshonestas, tambien enteramente desnudas, que tomando cada una uno de los ramales, bailaban al son de los tamboriles; «i como al mismo tiempo todos beben, enardecidos con la chicha, usan torpemente de las mujeres propias i ajenas, a presencia del perverso i obsceno concurso, i dura esta lasciva bacanal hasta que apuran toda la bebida que preparan.[56]»

El poeta angolino Pedro de Oña describe en las estrofas que van en seguida otras especies de bailes araucanos:

De trecho en trecho en coros se congregan
El hombre i la mujer interpolados
I todos por los dedos enlazados
Cabezas, piés, ni bocas no sosiegan:
Ya corren, ya se apartan, ya se allegan
Atras, hácia adelante i por los lados
Con un compas flemático i terrible
Confuso i ronco son desapacible.

Suelen bailar tambien de otra manera,
I es, que las manos libres i los brazos
Sacuden unos huecos calabazos
Do tiene de sus guijas la ribera:
I al gusto de esta música grosera
Están los mas haciéndose pedazos
Sin recibir por ello mas tormento
Que si este fuera el ófico instrumento.

Otras mujeres solas, en cuadrilla
Acuden con sus hijuelos dando vueltas
Todas en bacanal furor envueltas,
Desnudo el medio pecho i la rodilla.[57]

Hablando con mas especialidad del canto, refiere el padre

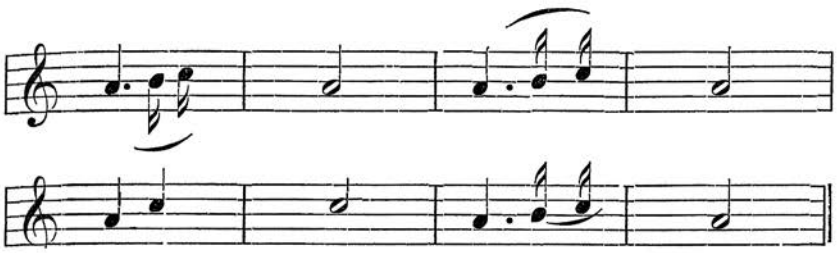
55. *Cautiverio feliz*, páj. 135.
56. *Historiadores de Chile*, t. X, páj. 158.
57. *Arauco domado*, canto II.

Ovalle que «todos a una levantan la voz a un tono a manera de canto llano, sin ninguna diferencia de bajos, tiples i contraltos, i en acabando la copla, tocan luego sus flautas i algunas trompetas;... i luego vuelven a repetir la copla i a tocar sus flautas, i suenan éstas tanto, i cantan gritando tan alto, i son tantos los que se juntan a estos bailes i fiestas que se hacen sentir a gran distancia.[58]» Parece que de ordinario, sin embargo, habia alguno mas ejercitado que los demas que iniciaba el canto, siendo despues seguido por el concurso, conforme a lo que vimos hace poco que apuntaba Bascuñan.[59]

Don Felipe Gomez de Vidaurre declara que los araucanos «tienen muchas canciones afectuosas i que con el tono de las voces esprimen bien el dolor o la alegría i los otros afectos del ánimo;[60]» a que añade don Jerónimo Pietas que «suelen cantar una cancion que llaman *Put-ru*, ya con llanto, ya con furia;[61]» siendo de advertir que cuando el tema es lúgubre se prescinde de todo instrumento, «porque dicen que el ánimo divertido con la armonía, no puede concebir el dolor i afecto compasivo que se pretende con los cantos meláncolicos.[62]» «No son aficionados añade Gonzalez de Nájera, a la música: cantan todos jeneralmente a un mismo tono, mas triste que alegre i no se aficionan a instrumentos de placer, sino a bélicos, funestos i lastimeros que resuenan con doloroso i triste clamor.[63]»

Mas, contra las aseveraciones anteriores, Frezier declara que el canto de los araucanos es tan poco modulado que puede espresarse en solo las tres notas siguientes:

58. *Histórica relacion*, 91.
59. En otra parte de su libro añade este autor: «Cojió un tamboril templado uno de los músicos mas diestros, i dando principio al canto, siguieron otros muchos la tonada, i dentro de breve tiempo, al son del instrumento i de las voces, dando saltos, bailaban a su usanza las indias i muchachas que allí estaban.» Ob. cit., páj. 50.
60. *Historia de Chile*, M. S., lib. VI.
61. *Informe al Rey, etc.*
62. Gomez de Vidaurre, ob. cit.
63. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 470.



«La letra que cantan, añade, carece de ritmo i de cadencia; ni tienen otro tema que aquel que se les ocurre en el momento, ya contando la historia de sus antepasados, ya hablando de sus familias;[64]» idea en que concuerda el señor Domeyko, cuando dice que el canto de nuestros indios «es destemplado i monótono.[65]» I realmente es singular que siendo el araucano un idioma tan armonioso sea tan pobre la música del pueblo que lo habla.

Los instrumentos de música de que disponian los araucanos eran el *culthun*, especie de tamborcillo que se tocaba con unos palitos llamados *macahue*;[66] la corneta o caracol, *cullcull*; la trompeta, *tutuca*; i la flauta, *pivillca*,[67] que segun parece era de varias especies, segun los diversos nombres con que se le distingue en el idioma, *pincullu*, *pitucavoe*, o *pitucahue*, «tablilla de muchos agujeros con que chiflan en sus bebidas, a modo de silvado de capador.[68]» «Al presente, dice el señor Domeyko, el único instrumento que conocen es un cañuto que hacen de una planta silvestre, i del cual sacan un sonido lúgubre de poca modulacion i armonía.[69]»

La lámina 79 representa de siete octavos del tamaño natural una especie de flauta que se acerca bastante a la descripcion del *pitucahue*. Es de piedra i está provista de tres conductos ahuecados i paralelos, de un diametro casi igual, pero de largo distinto, emitiendo tambien, una vez que se hace penetrar el aire

64. *Relation du voyage de la mer du Sud*, t. I, páj. 113, Amsterdam, 1717.
65. *Araucanía i sus habitantes*, páj. 64.
66. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*
67. Perez García, *Historia de Chile.*
68. Febres, ob. cit.
69. *Araucanía i sus habitantes*, páj. 64.

en ellos, sonidos semejantes aunque de diversa modulacion. En un lado está provisto de un agujero destinado sin duda a recibir una cuerda para colgar el instrumento. Este interesante objeto, procedente de la Serena, es en un todo análogo al que ya ántes de ahora habia dado a conocer don Claudio Gay i que aparece dibujado, con detalles completos, en el *Atlas* de su obra, a la cual remitimos al lector.

El número 82 representa de tamaño natural un pito de dos cavidades, que estaba dotado tambien de dos agujeros para ser colgado, i de líneas trasversales en dos de sus superficies esternas i que han servido probablemente para forrarlo con lana u otro material. Procede de Valdivia, pero el señor Montt posee otro enteramente análogo encontrado en la provincia de Santiago.

Igualmente de procedencia de Valdivia es el pito dibujado en el número 80. Tiene dos agujeros para el efecto de colgarlo, i una sola cavidad central que penetra, aunque en direccion algo trasversal, hasta la base del instrumento.

El número 81 es un pito de piedra talcosa, sacado de una sepultura de Vichuquen, en el cual llama la atencion el tamaño estraordinario de la cavidad central, que, a causa de eso, emite un sonido bastante ronco.

El material empleado en los instrumentos descritos es siempre la piedra, i el pulimento, así como la naturaleza misma del trabajo, pueden acaso inducirnos con razon en la creencia de que todos ellos reconocen un oríjen incásico. Es verdad que no se armoniza bien con esta opinion la procedencia de algunos que, como hemos dicho, es respecto de dos de ellos, la provincia de Valdivia; pero, como veremos al tratar de los resultados de las conquistas de los Incas entre nosotros, se encuentran no solo utensilios de piedra en las provincias del sur sino tambien de metal, material que a todas luces no podemos atribuir a los descubrimientos indíjenas sino a la importacion estranjera.

El señor Gay ha dibujado igualmente en su *Atlas* el curioso objeto de piedra, procedente de Popeta, que figuramos de tamaño natural i de frente en la figura 83 i de perfil en la 84. Segun puede

verse, tiene una forma ovalada, con seis endentaduras en cada uno de sus costados. En su diámetro mas ancho está atravesado por un conducto, que, hácia el centro, comunica con dos pequeños agujeros escavados, uno frente al otro, hácia los bordes de una pequeña circunferencia prominente, labrada en la mitad del cuerpo del instrumento. Paralelos a estos agujeros, se ven del lado afuera del mismo círculo, otros dos por cada lado, que penetran hasta el lado opuesto, en tanto que los dos restantes, dispuestos en diagonal, aparecen simplemente indicados sobre cada una de las caras.

En ningun cronista chileno ni en ninguno de los historiadores que han escrito de las cosas del Perú, ni tampoco en las obras que tratan de la industria de otros pueblos salvajes, hemos podido encontrar nada que pudiera servirnos de indicacion para esplicar la aplicacion que haya podido tener. Si aceptamos que procede de los vasallos de los Incas, debemos reconocer que si hubiese sido un utensilio comun en el Perú, Rivero i Tschudi, o cualquier otro autor de antigüedades de ese país no habrian dejado de hablar de él; pero ni de esta fuente, lo repetimos, ni del lugar i condiciones en que fué hallado, que desconocemos por completo, puede inferirse de modo alguno el uso a que estuviera destinado. No puede tampoco invocarse el espediente a que de ordinario suele ocurrirse para esplicar dificultades de este jénero, diciendo que pudo ser un simple juguete, porque no se habria sin duda empleado en él la gran suma de trabajo que debió demandar, dados los instrumentos sumamente imperfectos con que se contaba en aquella época para producir obras de esta naturaleza. Es indudable, por lo tanto, que acusa alguna aplicacion de cierta importancia i que ella debió ser tan especial respecto de las exijencias de aquella remota civilizacion, que nuestros artefactos de hoi no nos suministran idea alguna que pueda esplicar por analojía el uso que se hiciera del instrumento.

El anillo prominente que se nota, especialmente cuando se le ve de perfil, puede indicar que estaba destinado a colocarse en la estremidad de un palo, al cual podria asegurarse por medio de

cuerdas que pasasen por los agujeros que se ven del lado afuera del anillo; pero, así dispuesto, ¿a qué conducian los dos agujeritos que comunican el centro del anillo con la horadacion central? Las endentaduras que se ven en los bordes pueden quizás dar a entender que han podido servir para alisar hilos de corteza de árboles o para adelgazar tendones de animales, en cuyo caso el agujero central habria estado destinado para los mas gruesos i resistentes. Suponiendo que el instrumento en jeneral hubiese sido una especie de aparato para hilar, esas endentaduras o ranuras servirian para envolver el hilo; la horadacion central vertical para recibir el huso, i los pequeños agujeros para que por ellos pasase el hilo que habia de torcerse; mas, es necesario confesar que ninguna de estas hipótesis se armoniza medianamente con todos los detalles del instrumento.

En cuanto a los versos de los araucanos, «la poesía, dice Olivares, si no tiene entre ellos, aquellos conceptos altos, alusiones eruditas i locuciones figuradas que se ven en obras poéticas de las naciones sábias, por lo ménos es dulce i numerosa, no habiendo cosa que reprender en la cadencia i numerosidad de sus metros.[70]» Los indios hacian que desde chicos aprendiesen de memoria sus hijos, «ciertos versos que les tienen compuestos de todas las ofensas que han recibido de sus enemigos, haciéndoles que los canten para que en todo tiempo les provoquen a la venganza.[71]» Segun se desprende de algunos pasajes de los cronistas, entre los araucanos habia poetas de oficio que recibian de los caciques por los romances que componian para sus fiestas, por cada uno, diez botijas de chicha i un carnero.[72] «Llamaban *genpin*, dice Febres, a los compositores de sus cantares, como si fueran los dueños del decir.[73]»

Pero mucho mas celebrados que los poetas eran los oradores. Los indios adiestraban desde niños a sus hijos en el ejercicio de

70. *Historia de Chile*, páj. 42.
71. Gonzalez de Nájera, *Desengaño de la guerra*, etc., páj. 120.
72. Rosales, *Historia*, t. I, páj. 142.
73. *Arte de la lengua general, etc.*

la palabra, «porque saben la mucha cuenta que se hace entre ellos de quien habla bien, i que lo contrario es exaccion que se opone para que alguno no suceda en algun baston, aunque le venga por sangre. Estos razonamientos, continúa Olivares, cuyas son las palabras precedentes, pronuncian en los congresos particulares en tono moderado; mas, en las juntas grandes para asentar paces o persuadirlas, que llaman en su idioma *huinca coyan*, o para publicar guerra, que llaman *auca coyan*, dicen sus oraciones con tal vigor que parece que hablan con truenos i que sus operaciones son borrascas deshechas... I como el orador movido se halla a mano las fórmulas mas vivas i eficaces de imprimir su afecto en los otros, es indecible cuan bien usan estos indios bárbaros de aquellas figuras de sentencias que encienden en los ánimos de los oyentes los afectos de la ira, indignacion i furor que arden en el ánimo del orador, i a veces, los de lástima, compasion i misericordia, usando de vivísimas prosopopeyas, hipótesis, reticencias irónicas, i de aquellas interrogaciones retóricas, que sirven, no para preguntar, sino para reprender i argüir...[74]»

Un juego en que tambien los ejercitan desde niños[75] es el del *palin*, llamado *chueca* por los chilenos, pina en Valladolid i gurria en Madrid,[76] que es el mas célebre entre ellos. «Es un ejercicio en que dos bandas opuestas procuran llevar una bola de madera (*palí*)[77] a sus rayas, con un instrumento de caña bastante sólido, encorvada i gruesa en la punta, largo como de cinco palmos (*uño*). La área, para que elijen un plan mui limpio e igual, la señalan con ramas verdes, dándole de largo como trescientas varas i de ancho como la cuarta parte; los indios, como en número de treinta,[78] para que no estorbe la multitud i lidiar con desembarazo, se ponen en dos cuadrillas contrarias, en frente una de otra, correspondiéndole a cada uno su opositor

74. *Historia de Chile*, páj. 41.
75. Rosales, *Historia*, I, 118, 169.
76. Carvallo, *Historiadores*, t. X, páj. 158.
77. Perez García, *Historia*, I, cap. IX.
78. Ovalle asegura que suelen juntarse hasta cincuenta por banda, *Histórica relacion*, páj. 58.

señalado: la bola se pone en medio de un hoyo, i dos contrarios la sacan con sus chuecas, esforzándose cada uno a hurtársela al otro; cuando salió la bola la siguen dilijentísimos, unos para llevársela i otros a detenerla, i aquí es de ver como ya lidian dos, ya muchos, ya todos haciendo pruebas de destreza i pulso en el manejo de la chueca, de fortaleza en la lucha i de velocidad en la carrera, el que da un golpe famoso u atina con la bola en el aire para aumentarle el impulso que lleva, o darle otro contrario..., i se nombra en alto grito con estas o semejantes voces: *inche cai longo thegua, inche cai paqui namun, inche cai anca tigue*, que quiere decir «yo soi la cabeza de perro, yo soi pierna de leon, yo soi el cuerpo de roble.» Este juego mirado de léjos, da la mas viva especie de una ardiente batalla, porque, en efecto, es su mas propia imitacion, no faltando aún los golpes i la sangre, i en tales ensayos se aperciben de fuerza, ajilidad e industria para las veras, etc.[79]»

El juego dura de ordinario una tarde pero a veces se prolonga por varios dias consecutivos. Se elije para él un juez, que llaman *ranmevoe*, encargado de decidir la contienda i de conservar en depósito el tanto que se apuesta, «pues nunca juegan al crédito por la desconfianza que tienen unos de otros.» Para andar mas lijero, los indios se presentan al palenque con «solo una pampanilla o un paño que cubre la indecencia, i aunque no tan desnudas suelen jugar las mujeres a este juego, a que concurren todos por verlas jugar i correr.» Segun agrega el mismo Rosales, para ganar, los indios se entregaban a una porcion de supersticiones, i despues de concluido el juego, a una gran borrachera, en que solian concertarse los asuntos relativos a la guerra.[80]

Esta entretencion indíjena llegó a hacerse sumamente popular en los campos, pernoctando la jente para verla en lugares apartados i despoblados, por lo cual el obispo Alday, en 1763, repitió las prohibiciones de una sínodo anterior, bajo pena de escomu-

79. Olivares, ob. cit., páj. 43.
80. Rosales, ob. cit., I, páj. 170.

nion mayor, siempre que se verificase en dia de fiesta i léjos del sitio de la parroquia.[81]

«Otro juego tienen los muchachos que llaman *pillma*, i es tambien para ejercitarse en la lijereza i habilitarse para la guerra.» «Lo juegan desnudos, solo con calzones, tirando la pillma o pelota de paja por debajo del muslo,[82]» «i cada uno porque no le den, tuerce con lijereza el cuerpo, o salta, o se tiende en el suelo, i luego se vuelve a levantar con lijereza.[83]» Bascuñan refiere con motivo de esta diversion lo que sigue: «agregáronse a nosotros algunos mas muchachos de buen gusto i humor alegre, que estaban ejercitándose en el juego de la pelota a su usanza, que es de grande entretenimiento i deleitable a la vista; porque es una contienda que tienen unos con otros con dos pelotas, una de la banda de los unos i otra de los otros, i ellos desnudos en cueros, solo con unos *punus*, que son unas mantichuelas que les cubren las delanteras, tirándose las pelotas al cuerpo, enseñándose a librar de ellas, porque al que tocan con ella tanta veces como tienen señalado, que son como tantos o rayas, pierde lo que se juega o pone. I están algunos tan diestros en huir el cuerpo al golpe que les tiran, que es rara la vez que topan con ella, estando los unos de los otros tan cerca que no distan cuatro pasos; pero es verdad que no la pueden tirar sin hacer primero de la mano pala, suspendiendo la pelota en el aire.[84]»

«El *quechuncague* o *quechucan* se juega con una planchita de piedra de la figura triangular que llaman los jeómetras isóselas: en los dos lados mas largos del triángulo están pintados unos puntos que son por todo cinco, tres a un lado i dos a otro, i por eso se llama este juego *quechu* que en el idoma indio significa dicho número: en una de las dos superficies hai un punto, en la otra nada, i así arrojando este triángulo regularmente cae algun

81. *Synodo diocesana del Obispado de Santiago de Chile*, tit. XII, const. VIII.
82. Febres, *Arte de la lengua general, etc.* Olivares espresa que la pelota era de una madera esponjosa como el corcho (*Historia de Chile*, páj. 43) i Bascuñan que era hueca, llena de viento.
83. Rosales, lug. cit.
84. *Cautiverio feliz*, páj. 61.

punto grande o pequeño. Segun el punto que cae van mudando los tantos al modo de la oca, i al mudarlos contando los puntos si cae el tanto del uno donde tenia el tanto del otro, se lo come, i de este modo se van haciendo uno a otro su guerrilla al modo del aljedrez, i el que consumió ántes sus tantos es el que pierde.[85]»

«Otro juego tienen que llaman *uyes*, que es como los dados a quien mas puntos echa.[86]» «Una manta tienden en el suelo: entran al juego cuantos quieren, la suerte es el número par, i el azar el número impar, habiendo, como en los dados, en la suerte i azar, sus diversos grados de pérdida i ganancia: el que tira llama la suerte, como que fuera persona, de varias deprecaciones afectuosas, diciéndole, *llamuen, llamuen, llamuen, cupa, cupa, cupa*, i quiere decir «hermanita, hermanita, hermanita, ven acá, ven acá, ven acá:» i así la invocan con otros nombres cariñosos. Despues de echada la suerte suelen nombrarla con voces burlescas, i dicen, *cupai, papa chegual*, quiere decir, «llegó mi abuelita la perra vieja.» El que una vez echó suerte prosigue tirando hasta que eche azar, que entónces entrega los *lligues* (que son doce medias habas, la mitad negras, i la otra mitad blancas)[87] al que está a mano derecha. Lo que ponen de apuesta llaman *van*, i nunca arriesgan mucho animosamente a un tiro, sino que son rateros en su modo de jugar, i para ganar cualquiera cosa se pasan algunas horas.[88]»

Usaban, ademas, los araucanos el juego del milano, que llamaban *cututugn*;[89] el de las escondidas, *maumillan*;[90] el de la gallina ciega, *peucutun*; el *guruncuran*, «salta tú i dámela tú»; el *choquepen*, «juego de dar valla i darla;» el *rullican*, i el *lleghcan*,

85. Olivares, lug. cit. Parece que ademas de la planchita de que se trata, se empleaba tambien en este juego una especie de arco llamado *chúgudhue*, por donde dejaban caer las habas. Febres, *Arte de la lengua general*. Véase el dibujo que sobre el particular ha dado el padre Ovalle en su *Histórica relacion*.
86. Rosales, lug. cit.
87. Carvallo, ob. i lug. cits., páj. 158.
88. Olivares, lug. cit.
89. Febres i Gomez de Vidaurre, *Historia*, M. S.
90. Perez García, *Historia de Chile*, M. S.; Febres, ob. cit.

que se jugaban con porotos; el *pura*, o juego del ocho; el *delcahue*, con ciertos atados de palitos; el *piginam*, i el *pigcoytu*, mas usado por los niños.[91] Segun algunos autores, los indíjenas conocian tambien el ajedrez, (con el nombre de *comican*); pero este aserto nos parece infundado.[92]

Mas, a pesar de todo, puede asegurarse que nuestros indíjenas se dividian los dias entre el ócio i la embriaguez. Con tal que ardiese el fuego dentro del rancho i se hubiese provisto a la subsistencia del momento, nada seria capaz de despertar al indio de su habitual apatía, nada, a escepcion de la chicha «que es la alegría de todos sus convites i fiestas i su usual bebida, habiendo indios que jamás beben agua sino chicha en sus casas, i si falta es un gran pleito con las mujeres, en que suele haber palos;[93]» i como las borracheras duraban dias i noches, «hasta caer todos sin sentido, en tales tiempos, ni reservan madre, ni hija, ni hermana, pues sin distincion usan de cuantos incestos apetecen[94]...» Solo los infelices pobladores del sur de Chiloé estaban exentos del vicio de la embriaguez, pero era porque sus miserables medios de existencia no alcanzaban a proporcionarles el lujo de una bebida adecuda. En las tales fiestas se orijinaban las pendencias i muchas veces el homicidio; «i sobre los muertos, los adulterios, sobre los hechizos i las muertes pasadas toman las lanzas i se acometen tan furiosos como desatentados, i allí se matan unos a otros, i en acabándose el furor de la bebida, no se acuerdan mas de lo que pasó.[95]»

«Cuando pelean dos solos en las borracheras, o en los juegos es cosa graciosa el verlos, porque si el uno comienza a dar al otro de puñadas, se está quedo sin resistirle ni repararlas, ni cubrir el rostro, ántes le está diciendo: dame, dame mas. I en cansándose el otro de darle, le dice: «¿tienes mas que darme? míralo

91. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*
92. Molina, *Compendio de la Historia civil*, páj. 124; Gomez de Vidaurre, *Historia de Chile.*
93. Rosales, t. I, páj. 155.
94. Gonzalez de Nájera, *Desengaño de la guerra, etc.*, páj. 445.
95. Rosales, I, páj. 133.

bien, dame mas.» I si dice que no tiene mas que darle, se escupe las manos el que ha recibido i se las refriega mui bien, i luego le da de puñetes hasta que se harta i le llena las medidas, sin que el otro se defienda, ni le huya el rostro, ni se queje por mas que le de.[96]»

Cuando de estas pendencias se orijina una muerte, los caciques determinan quien tuvo la culpa, i tasan las pagas que se han de dar para satisfacer a los parientes del difunto. Cada sarta de llancas es una paga, (*cùdehue*) i diez pagas satisfacen una muerte. «I si el matador no las tiene se las han de dar forzosamente sus parientes para salir de aquel empeño, por ser causa de toda la parentela i uso entre ellos que lo que no puede uno pagar se lo ayuden a pagar los parientes.[97]» Si el reo no quiere pagar, no hai poder que le obligue a ello, pero entónces los ofendidos se hacen justicia por sí mismos en la primera ocasion. El rudimentario derecho concedido a los caciques para la administracion de la justicia, solia, sin embargo, estenderse a enviar requisitorias al de la parcialidad donde tuvo lugar el suceso, pidiendo la satisfaccion de los agravios o el entero de las pagas decretadas, i no siendo acatados llega entónces el momento de tomar las armas.

La pena en todo caso se ejecuta sin citar al reo ni oir sus descargos, sino que condenándole en virtud de alguna delacion, o por alguna mala fama, una vez que les parece constar el delito, junta el ofendido su parcialidad i con ella van a casa del malhechor; i si éste es pobre, suelen ajusticiarlo, ya sea echándole un lazo al cuello, ya dándole un porrazo en la cabeza,[98] o de cualquiera otra manera. Si el culpable resultaba ser mujer se le condenaba a la esclavitud.[99]

El padre tenia derecho de vida i muerte sobre el hijo, i cuando éste, a su vez, solia matar al padre no se le castigaba porque decian que derramaba su propia sangre, i si el marido mata a su mujer

96. Rosales, I, 134.
97. Id., id.
98. Gomez de Vidaurre, *Historia de Chile*, M. S.
99. Carvallo, *Historiadores*, t. X, páj. 141.

queda tambien impune porque puede disponer a su arbitrio de lo que compró.[100] Como consecuencia de este principio, el adulterio se castigaba al antojo del marido, pero, como hemos dicho, a pesar de que eran por estremo celosos,[101] preferian siempre o recibir pago del ofensor o deshacerse de la mujer vendiéndola a algun interesado.

Otro delito que se castigaba en Arauco era el hurto, pero poco se roban, dice Nájera, unos a otros lo que tienen, «porque ausentándose de sus pajizas casas, quedan mui seguras con solo tapar la puerta con un ramo.[102]» Para el efecto de la restitucion, se reunian los parientes como en los casos de homicidio, i quitaban entónces al hechor tres o cuatro veces tanto del valor de lo hurtado, teniendo por mas duro, en fuerza de su avaricia, la pena ejecutada en los haberes que en las personas. «A los que no tienen tanto número de jente que les dé esperanza de quedar superiores en las rehurtas, arrebatan sin temor; i si el que padeció el daño intenta restituirse por fuerza (que otro modo no hai) esto sirve al agresor para pretesto de proseguir en los latrocinios, que en su lengua llaman *malocas*. Estas, aún en caso que en tiempo de hacerlas unos salen otros a resistir, no se hacen con muertes ni efusion de sangre, sino que el partido que se ve inferior, cede al otro la presa, reservando entre tanto para mejor ocasion la venganza...[103]»

En los pleitos civiles se seguia un procedimiento enteramente semejante, dando en todo caso lugar a la indemnizacion de perjuicios i a las costas personales causadas en la ejecucion.[104] Conviene notar a este respecto que el derecho de propiedad privada estaba entre ellos bien deslindado: el pehuenche era propietario esclusivo del pinar de que en un principio se habia adueñado,[105] i el indio llanista del campo que cultivaba.[106]

100. Olivares, *Historia de Chile*, pájs. 45 i 59.
101. Gonzalez de Nájera, páj. 100.
102. Id., id.
103. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 60.
104. Carvallo, lug. cit.
105. Pietas, *Informe al Rey, etc.*
106. Molina, *Compendio de la historia civil*, páj. 20.

Por lo demas, sus conocimientos científicos eran, como se supondrá, bastante limitados. En astronomía, llamaban, en jeneral, *gau*, a las estrellas, distinguiendo los tres Navíos, con el nombre de *culapal*, a la cruz del sur, con el de *melipal;* decian *huechupal*, por Orion; i *rupu-epeun* por la via láctea; *hunelvoe* por el lucero de la mañana; pero pocas mas distinguen, espresa el jesuita Febres.Tenian la voz *pirapilin* para indicar que se habia subido la helada;[107] i, como dice Oña,

> Ignorando las causas naturales
> De eclipses sobre todo mas se admiran:
> Dellos conciben bienes, dellos males,
> Juzgando advenedizos casos varios
> Con mas temeridad que judiciarios.[108]

Parece que sabian tambien distinguir los cometas.[109]

Tienen nombres para designar los cuatro vientos principales, pues al norte dicen *picun*; al sur, *huilli*; al oeste, *gullche*, i al éste *puel*, cuya traduccion significa enfadoso.

El dia lo cuentan de sol a sol, i así al dia como al sol llaman *antú*, i a la noche *pun*. No dividen el dia i la noche por horas, pero tienen «un cómputo especial para el primero; por ejemplo, *malen* significa de ocho a diez del dia, i *vuta-malen*, de diez a doce, i así sucesivamente.[110]» «Sírveles de reloj, añade sobre el particular Gonzalez de Nájera, el arco o cóncavo del cielo, por la parte que camina el sol de levante a poniente, porque preguntándoles a que hora sucedió tal cosa, etc., para decir al amanecer, señalan con el dedo a donde sale el sol; i si es mas tarde, señalan mas alto, como quien dice cuando el sol estaba allí, hasta poner el dedo derecho para decir a mediodía; i si dicen de alguna hora de la tarde, señalan de la misma manera los lugares por donde suele ir descendiendo el sol hasta el ocaso donde se pone; i de tal manera, casi sin hacer error notable, se entiende la hora

107. Bascuñan, *Cautiverio feliz*, páj. 102.
108. *Arauco domado*, canto II.
109. Carvallo, *Historiadores*, t. X, páj. 164.
110. Perez García, *Historia de Chile.*

que quieren decir.[111]» Otro modo de suplir la division del tiempo es el que apunta el padre Febres, pues careciendo de nombres propios de tiempo i horas, se valen de un rodeo diciendo: ¿cuánto hace, verbigracia, que murió tu padre?[112] Las horas de la noche las numeran por las estrellas.[113]

«El año de los araucanos (*thipantu*) comienza i acaba en fin de diciembre: cuando en este solsticio llega el sol a cierto monte, que tienen demarcado, i parte a hacer su revolucion, les causa grande admiracion el que no pase de allí, atribuyéndolo a terror. Por esta regla pasan a dividirlo en dos mitades, i las cuentan por San Juan, i en cuatro estaciones, que las espresan con nombres propios. Siguen haciendo su division por meses i semanas, aquellos por lunacion entera, i éstas por las fases de la luna (*cùyen*).[114]»

«En los negocios civiles cuentan indiferentemente, ya por dias, ya por noches o por auroras; de manera que lo mismo quiere decir faltan tres noches, o tres auroras, que tres dias.[115]»

«Las medidas lineales son *ralu*, el palmo; *duche*, el jeme; *namun*, el pié; *thecan*, el paso; *neven*, el codo, i *tupu*, la legua, que equivale a cinco de las nuestras.[116] Otras medidas mayores no tienen determinada dimension i las sujetan a cálculos prudentes, jornadas, medias jornadas, etc.[117]»

Ya que hemos dado a conocer al araucano, el territorio que habita, sus pueblos, sus casas, sus artes en la guerra i en la paz, su agricultura, su industria, su vida de familia, etc., como conclusion es necesario consagrar dos palabras a la pintura de su carácter. Los cronistas españoles han pecado de injustos a este respecto: los que por su profesion lidiaron con ellos en los encuentros innumerables de la guerra de Arauco, salvo el valor que todos a una voz les atribuyen, pocos son los que les han reconocido cualidades hermosas; los que por su oficio estuvieron destinados

111. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 101.
112. *Arte de la lengua general.*
113. Carvallo, *Historiadores*, t. X, páj. 164.
114. Id., *id.*, 163.
115. Molina, *Compendio de la historia civil*, páj. 96.
116. Febres, ob. cit.
117. Carvallo i Molina, obs. cits.

a predicarles i convertirlos a la fe católica, vista la inutilidad de sus esfuerzos, los declararon infestados con todas las artes del demonio. I a pesar de todo, los poetas que se dedicaron a celebrar los triunfos españoles i los principales caudillos en la conquista del país, por un curioso miraje, hicieron recaer sobre los indíjenas todo el encanto de los versos de sus epopeyas. Domina, pues, en este órden una contradiccion, por lo demas, perfectamente esplicable.

«Son los indios, decia Nájera, naturalmente melancólicos i taciturnos, por lo cual hablan poquísimo...; ríense mui de raro i cuando lo hacen es las mas veces de falso. Tiénese a maravilla que haya alguno preguntador de las muchas cosas que ignoran... Parece que nunca entra en ellos contento[118]»... A lo que don Francisco Nuñez de Pineda añade que, fuera del valor, la viveza en el entendimiento, la agudeza en el pensar i fácilmente comprender lo que oyen i lo que ven hacer, se muestran agradecidos a los beneficios i agazajos que reciben;[119] «sin que haya en el mundo nacion que tanto estime i ame el suelo donde nace que esta de Chile.[120]»

¡Cuántos de estos rasgos no podrian aún reconocerse en nuestro pueblo! Desde ese amor patrio, que tanto distingue al chileno; desde sus preocupaciones hasta ciertas voces del lenguaje; desde sus guisos hasta sus ranchos; desde sus vicios hasta sus nobles cualidades; desde su fisonomía hasta su traje: todo lo encontramos todavía visible en el modo de ser de nuestro roto. En poco tiempo mas desaparecerá de nuestro mapa Arauco independiente, pero la nacion lejendaria que durante siglos se ha mantenido indómita contra la superioridad de la raza europea, subsistirá siempre por su influencia, sus recuerdos i su herencia en el suelo de sus antepasados.

118. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 470.
119. *Cautiverio feliz*, páj. 123.
120. *Id.*, páj. 76.

CAPITULO XI.

LA CONQUISTA INCÁSICA.

Precauciones tomadas por los Incas en la conquista.—Llegan hasta el valle de Chili.—Prosecusion de la guerra.—Vacíos que se notan en la relacion de Garcilaso.—¿Quién fué el primer Inca que emprendió la conquista de Chile?—Opiniones de varios autores.—Id. del padre Oliva.—Recuerdos de los indios chilenos acerca de la conquista peruana.—D. Pedro de Peralta Barnuevo i su *Lima fundada*.—Perez García i Córdova i Figueroa.—Relacion de Rosales.—Id. del capitan Olaverría.—Dificultades que ofrecen los historiadores del Perú.—Camino que siguieron los Incas.—Hasta donde llegaron en Chile.—Por qué abandonaron el país.—Duracion de la dominacion peruana.

«El principal intento i blason de los Incas, dice Garcilaso, era reducir nuevas jentes a su imperio i a sus costumbres i leyes, i como entónces se hallasen ya poderosos, no podian estar ociosos sin hacer nuevas conquistas, que les era forzoso, así para ocupar los vasallos en aumento de su corona como para ganar sus rentas...

...«Pues como el rei Inca Yupanqui se viese amado i obedecido i tan poderoso de jente i hacienda acordó emprender una gran empresa, que fué la conquista del reino de Chili. Para lo cual, habiéndolo consultado con los de su consejo, mandó prevenir las cosas necesarias. I dejando en su corte los ministros acostumbrados para el gobierno i administracion de justicia, fué hasta Atacama, que hácia Chile es la última provincia que habia poblada i sujeta a su imperio, para dar calor de mas cerca a la conquista, porque de allí adelante hai un gran despoblado...

«Desde Atacama envió el Inca corredores i espías que fuesen

por aquel despoblado i descubriesen paso para Chili i notasen las dificultades del camino para llevarlas prevenidas. Los descubridores fueron incas, porque las cosas de tanta importancia no las fiaban aquellos reyes, sino a los de su linaje, a los cuales dieron indios de los de Atacama i de los de Tucma,... para que los guiasen i dos a dos leguas fuesen i viniesen con los avisos de lo que descubriesen, porque era así menester para que les proveyesen de lo necesario. Con esta prevencion fueron los descubridores, i en su camino pasaron grandes trabajos i dificultades por aquellos desiertos, dejando señales por donde pasaban para no perder el camino cuando volviesen. I tambien porque los que los siguiesen, supiesen por donde iban. Así fueron yendo i viniendo como hormigas, trayendo relacion de lo descubierto i llevando bastimento, que era lo que mas habian menester. Con esta dilijencia i trabajo horadaron ochenta leguas de despoblado, que hai desde Atacama a Copayapu, que es una provincia pequeña, aunque bien poblada, rodeada de largos i anchos desiertos; porque para pasar adelante hasta Cuquimpu, hai otras ochenta leguas de despoblado.

«Habiendo llegado los descubridores a Copayapu i alcanzado la noticia que pudieron haber de la provincia por vista de ojos, volvieron con toda dilijencia a dar cuenta al Inca de lo que habian visto. Conforme a la relacion mandó el Inca apercibir diez mil hombres de guerra, los cuales envió por la órden acostumbrada, con un jeneral llamado Sinchiruca i dos maeses de campo de su linaje, que no saben los indios decir como se llamaban. Mandó que les llevasen mucho bastimento en los carneros de carga, los cuales tambien sirviesen de bastimento, en lugar de carneaje; porque es mui buena carne de comer.

«Luego que Inca Yupanqui hubo despachado los diez mil hombres de guerra mandó apercibir otros tantos, i por la misma órden los envió en pos de los primeros para que a los amigos fuesen de socorro i a los enemigos de terror i asombro. Los primeros habiendo llegado cerca de Copayapu enviaron mensajeros, segun la antigua costumbre de los Incas, diciendo se rindiesen i

sujetasen al hijo del sol, que iba a darles nueva relijion, nuevas leyes i costumbres, en que viviesen como hombres i no como brutos. Donde no, que se apercibiesen a las armas, porque por fuerza, o de grado, habian de obedecer al Inca, señor de las cuatro partes del mundo. Los de Copayapu se alteraron con el mensaje, i tomaron las armas i se pusieron a resistir la entrada de su tierra: donde hubo algunos recuentros de escaramuzas i peleas lijeras, porque los unos i los otros andaban rentando las fuerzas i el ánimo ajeno. I los Incas, en cumplimiento de lo que su rei les habia mandado, no querian romper la guerra a fuego i a sangre sino contemporizar con los enemigos a que se rindiesen por bien. Los cuales estaban perplejos en defenderse: por una parte los atemorizaba la deidad del hijo del sol, pareciéndoles que habian de caer en alguna gran maldicion suya si no recibian por señor a su hijo. Por otra parte los animaba el deseo de mantener su libertad antigua i el amor de sus dioses, que no quisieran novedades sino vivir como sus pasados...

...«En estas confusiones los halló el segundo ejército que iba en socorro del primero, con cuya vista se rindieron los de Copayapu, paresciéndoles que no podrian resistir a tanta jente, i así capitularon con los Incas lo mejor que supieron, las cosas que habian de rescebir i dejar en su idolatría. De todo lo cual dieron aviso al Inca, el cual holgó mucho de tener camino abierto i tan buen principio hecho en la conquista de Chile: que por ser un reino tan grande i tan apartado de su imperio, temia el Inca el poderlo sujetar. I así estimó en mucho que la provincia Copayapu quedase por suya por vía de paz i concierto i no de guerra i sangre. I siguiendo su buena fortuna, habiéndose informado de la disposicion de aquel reino, mandó apercibir luego otros diez mil hombres de guerra, i proveídos de todo lo necesario, los envió en socorro de los ejércitos pasados, mandándoles que pasasen adelante en la conquista i con toda dilijencia pidiesen lo que hubiesen menester. Los Incas, con el nuevo socorro i mandato de su rei, pasaron adelante otras ochenta leguas, i despues de haber vencido muchos trabajos en aquel largo camino, llegaron

a otro valle o provincia que llaman Cuquimpu, la cual sujetaron. I no sabemos decir si tuvieron batallas o recuentros, porque los indios del Perú, por haber sido la conquista en reino estraño i tan léjos de los suyos, no saben en particular los trances que pasaron, mas de que sujetaron los Incas aquel valle de Cuquimpu. De allí pasaron adelante conquistando todas las naciones que hai hasta el valle de Chili, del cual toma nombre todo el reino llamado Chili. En todo el tiempo que duró aquella conquista, que, segun dicen, fueron mas de seis años, el Inca siempre tuvo particular cuidado de socorrer los suyos con jente, armas i bastimento, vestido i calzado, que no les faltase cosa alguna, porque bien entendia cuanto importaba a su honra i majestad que los suyos no volviesen un pié atras. Por lo cual vino a tener en Chile mas de cincuenta mil hombres de guerra, tan bien bastecidos de todo lo necesario, como si estuvieran en la ciudad del Cuzco.

«Los Incas, habiendo reducido a su imperio el valle de Chile, dieron aviso al Inca de lo que habian hecho, i cada dia se lo daban de lo que iban haciendo por horas; i habiendo puesto órden i asiento en lo que hasta allí habian conquistado pasaron adelante hácia el sur, que siempre llevaron aquel viaje i llegaron conquistando los valles i naciones que hai hasta el rio de Maulli, que son casi cincuenta leguas del valle Chili. No se sabe qué batallas o recuentros tuviesen, ántes se tiene que se hubiesen reducido por vía de paz i de amistad por ser este el primer intento de los Incas en sus conquistas: atraer a los indios por bien i no por mal. No se contentaron los Incas con haber alargado su imperio mas doscientas i sesenta leguas de camino que hai desde Atacama hasta el rio Maulli, entre poblado i despoblado: porque desde Atacama a Copayapu ponen ochenta leguas, i de Copayapu a Cuquimpu dan otras ochenta; de Cuquimpu a Chili cincuenta i cinco; i de Chili al rio Maulli casi cincuenta, sino que con la misma ambicion i codicia de ganar nuevos estados, quisieron pasar adelante: para lo cual con la buena órden i maña acostumbrada dieron asiento en el gobierno de lo hasta allí ganado, i dejaron la guarnicion necesaria, previniendo siempre cualquiera des-

gracia que en la guerra les pudiera acaecer. Con esta determinacion pasaron los Incas el rio Maulli con veinte mil hombres de guerra, i guardando su antigua costumbre enviaron a requerir a los de la provincia Purumauca, que los españoles llaman promaucaes, recibiesen al Inca por señor, o se apercibiesen a las armas. Los Purumaucas, que ya tenian noticia de los Incas i estaban apercibidos i aliados con otros sus comarcanos, como son los Chitalli, Pincu, Cauqui, i entre todos determinados de morir ántes que perder su libertad antigua, respondieron que los vencedores serian señores de los vencidos, i que mui pronto verian los Incas de que manera les obedecian los Purumaucas.

«Tres o cuatro dias despues de la respuesta asomaron los Purumaucas con otros vecinos suyos aliados, en número de dieziocho o veinte mil hombres de guerra, i aquel dia no entendieron sino en hacer su alojamiento a vista de los Incas, los cuales volvieron a enviar nuevos requirimientos de paz i amistad, con grandes protestaciones que hicieron, llamando al sol i a la luna, de que no iban a quitarles sus tierras i haciendas sino a darles manera de vivir de hombres i a que reconociesen al sol por su Dios i a su hijo el Inca por su rei i señor. Los Purumaucas respondieron diciendo que venian resueltos de no gastar el tiempo en palabras i razonamientos vanos, sino en pelear hasta vencer o morir. Por tanto, que los Incas se apercibiesen a la batalla para el dia venidero i que no les enviasen mas recaudos, que no los querian oir.

«Al dia siguiente salieron ambos ejércitos de sus alojamientos, i arremetiendo unos con otros pelearon con grande ánimo i valor i mayor obstinacion, porque duró la batalla todo el dia, sin reconocerse ventaja, en que hubo muchos muertos i heridos: a la noche se retiraron a sus puestos. El segundo i tercero dia pelearon con la misma crueldad i pertinacia, los unos por la libertad i los otros por la honra. Al fin de la tercera batalla vieron que de una parte i otra faltaban mas que los medios, que eran muertos, i los vivos estaban heridos casi todos. El cuarto dia, aunque los unos i los otros se pusieron en sus escuadrones, no salieron de sus

alojamientos, donde se estuvieron fortalecidos esperando defenderse del contrario, si le acometiere. Así estuvieron todo aquel dia i otros dos siguientes. Al fin de ellos se retiraron a sus distritos, temiendo cada una de las partes no hubiese enviado el enemigo por socorro a los suyos, avisándoles de lo que pasaba, para que se lo diesen con brevedad. A los Purumaucas i a sus aliados les pareció que habian hecho demasiado en resistir las armas de los Incas, que tan poderosos e invencibles se habian mostrado hasta entónces: i con esta presuncion se volvieron a sus tierras cantando victoria i publicando haberla alcanzado enteramente.

«A los Incas les pareció que era mas conforme a la órden de sus reyes los pasados, i del presente, dar lugar al bestial furor de los enemigos, que destruirlos para sujetarlos, pidiendo socorro, que pudieran los suyos dárselo en breve tiempo. I así, habiéndolo consultado entre los capitanes, aunque hubo pareceres contrarios que dijeron se siguiese la guerra hasta sujetar los enemigos; al fin se resolvieron a volverse a lo que tenian por ganado i señalar el rio Maulli por término de su imperio, i no pasar adelante en su conquista hasta tener nueva órden de su rei Inca Yupanqui, al cual dieron aviso de todo lo sucedido. El Inca les envió a mandar que no conquistasen mas nuevas tierras.[1]»

Tal es la relacion mas completa i autorizada que se conozca de la invasion i conquistas de los Incas en Chile, i que por haber servido de base a la gran mayoría de las que posteriormente se han escrito, hemos querido trascribir a la letra.

Mas, ¿acaso puede ella mirarse en todas sus partes como la espresion exacta de la verdad en la serie de acontecimientos múltiples que consigna? ¿Acaso no adolece de vacíos? ¿Acaso, por fin, es la única?... De ninguna manera. Hai, por el contrario, escritores que se han encontrado en situacion de recibir informaciones mas directas i precisas sobre aquellos hechos remotos i escasamente perceptibles entre las tinieblas del pasado. Podemos

1. *Comentarios reales*, I, páj. 88.

aún invocar en apoyo de las variaciones que deban efectuarse en el relato mas o ménos incierto de que nos ocupamos, los dictados de una apreciacion crítica de los sucesos, i todavía puede asegurarse que no faltan tampoco verdaderos monumentos materiales que vengan a prestarnos su apoyo en la hilacion de nuestras deducciones.

Despues de establecer estos antecedentes, aconsejados por el prestijio i la consagracion que tantas citas i copias serviles han prestado a la narracion del descendiente de los antiguos soberanos del Perú, entramos ya al cotejo i conclusiones que dejamos indicadas.

Examinemos desde luego lo que se ha dicho respecto de quien fuera el primer Inca que enviara sus lejiones a Chile.

Los escritores que se han ocupado de la historia antigua del Perú andan mas o ménos discordes en la sucesion de los soberanos de la época incarial, pues Garcilaso, Balboa, Montesinos, Oliva, etc., establecen cada uno en ella diversos nombres i fechas.

Tomando por punto de partida a Yupanqui, vemos, sin embargo, que tanto Garcilaso como Balboa estan acordes en que el sucesor de Yupanqui era Tupac–Inca Yupanqui, o como dice Balboa, Topa–Inca Pachacuti.

El primero de estos autores, asegura, como se habrá visto, que Yupanqui fué el primer monarca que intentó la conquista del país que lindaba en el norte por el desierto de Atacama, de acuerdo en esto con la relacion de Fernando de Santillan[2]; Balboa rechaza esta opinion i supone que despues de haber abdicado, su hijo Topa Inga fué el que deseó estender los límites de su imperio.[3]

El cronista Herrera retarda todavía en un reinado la fecha de la primera invasion, atribuyendo a Huayna–Capac el honor de haber conquistado a Chile.[4]

2. *Relacion del orígen, descendencia, política i gobierno de los Incas*, páj. 65.
3. *Histoire du Pérou*, Paris, 1840, 8.°, traduc. Ternaux Compans, páj. 108.
4. *Dec.*, V, lib. III, cap. XVI, páj. 78.

El padre Rosales va aún mas léjos cuando declara que el Inca Huáscar fué el que envió las primeras tropas a Chile.[5]

He aquí ahora como un antiguo cronista de las cosas del Perú cuenta en esta parte la historia de los sucesos de la dominacion de los Incas en Chile.

«Sinchi Roca, llamado tambien Sinchi Yupanqui, se encontraba en la provincia de los Calchaquis cuando tuvo por primera vez noticia del reino de Chile, que se decia habitado por una poblacion belicosa i mui rica en plata i oro. Tomó entónces la ruta del Cuzco con la intencion de reunir un poderoso ejército i emprender la conquista de Chile. Pero la muerte le sobrevino en Paria...

«Viracocha despues de someter los huanucos, conchucos, yauyos, tarmas, etc., reunió fuerzas considerables para ir a la conquista de Chile. Siguiendo su camino, visitó el célebre lago de Titicaca para ofrecer sacrificios, hizo levantar construcciones suntuosas en Copacabana, i en otros lugares. Entró en seguida en la provincia de los Chichas i reforzó su ejército con guerreros de esta nacion i de la de los copiapoes, de los apotomas, de los yaguitas i de los calchaquis, naciones mui belicosas. Atravesó en seguida el desierto de Atacama, donde el frio i el hambre hicieron perecer mucha jente, penetrando al fin en Chile, que sometió hasta el valle de Arauco, donde pasó el invierno despues de haber hecho construir algunos fuertes[6]...

«Pachacuti, hijo i sucesor del anterior, se dice que permaneció poco tiempo en el Cuzco despues de la muerte de su padre i que continuando la conquista de Chile lo redujo enteramente a la obediencia... Este mismo Inca fué el que hizo el camino admirable que conduce del Cuzco a Chile.

«Huayna Capac resolvió visitar su imperio i practicar, en se-

5. *Historia*, I, 338.

6. Charles Wienner en su *Essai sur les institutions politiques, réligieuses, économiques et sociales de l'empire des Incas*, Paris, 1874, 4.°, páj. 60, se refiere, en esta parte, en un todo al autor que venimos citando. Dos pájinas mas adelante, sin embargo, atribuye a Yupanqui una «conquista gloriosa» en Chile.

guida, una espedicion a Chile, porque no estaba satisfecho de la obediencia a medias que le prestaba este país[7].»

Vemos así que el padre Oliva, tan acreditado por algunos escritores modernos, atribuye a Yupanqui la primera idea de la conquista, dejando a su hijo Viracocha la tarea de haber invadido primeramente a Chile. Este relato concuerda, en consecuencia, mas o ménos con el de Balboa, pues ambos, disintiendo en el nombre de los soberanos, están unánimes en que Yupanqui tuvo la primera iniciativa, i que un hijo suyo empezó la campaña.

Pero por mas respeto que nos merezca el aserto de estos historiadores de las antigüedades peruanas, la inmensa mayoría de los que se han ocupado de esta materia testifican unánimemente que Yupanqui fué el primero que acometiera la conquista de Chile.

Yupanqui comenzó su reinado en el Cuzco el año 1471 de nuestra era.[8]

«Habia indios en Chile, dice Cristóbal de Molina, que se acordaban a la fecha del arribo de Almagro de un señor Inga que se llamaba Yupa-Inga-Yupangüe. Conquistó por su persona, segun dicen los indios, la mayor parte de estos reinos i fué mui valeroso i hizo e acrecentó los caminos reales de la sierra i llanos, quinientas leguas de aquella parte del Cuzco; éste conquistó el Collao, que se reveló muchas veces, i desde el Cuzco hasta la provincia de Chile, que son quinientas leguas, i toda su habitacion fué desde el Cuzco hasta el Estrecho de Magallanes[9]!...»

El renombrado doctor don Pedro de Peralta Barnuevo, en su poema de *Lima fundada*, celebra en los versos siguientes las hazañas de Yupanqui:

El Yupanqui, que al ver desvanecida
De los Mojos la empresa, de ardor lleno,
La que el Oriente vió, gloria perdida
Al Austro desquitó contra el chileno:

7. Oliva, pájs. 43, 53, 54 i 57.
8. Balboa, *lug. cit.*
9. *Conquista i poblacion del Perú*, páj. 33.

Desierta, inmensa vastidad vencida
Que solo combatió con el terreno,
Hizo ver un valor que formidable
Rindió con lo increible lo indomable.[10]

Don José Perez García declara igualmente que despues que los Copayapus capitularon con Sinchiruca, Yupanqui al saber de su jeneral esta noticia, se retiró a su corte a recibir los parabienes de su nueva conquista.[11]

Don Pedro de Córdoba i Figueroa participa de la misma opinion que venimos haciendo notar. «Disuadieron a Yupanqui, dice, algunos de sus capitanes de la empresa de conquistar a Chile, representándole la notable distancia en la antemural del despoblado i la cordillera, la retardacion de socorros i el valor de sus naturales. Dióles las gracias por la injenuidad con que le decian su dictámen, no obstante que lo desaprobó[12]...»

Hé aquí ahora la relacion de Rosales sobre los sucesos de la conquista, autor de ordinario mui bien informado en la historia de nuestras antigüedades, pero que en esta parte ha incurrido, como lo deciamos, en el grave error de atribuir a las tropas de Huáscar la invasion a Chile.

«Con inmensos trabajos pasaron la cordillera nevada las tropas que el rei Inca Guascar envió a conquistar las tierras de Chile, codicioso de sus riquezas de plata i oro. Llegaron a los valles de Copiapó i el Guasco, primeros de Chile, cuyos naturales, viendo el gran poder de Guascar Inga, no procuraron hacerle resistencia, hasta probar primero el uso de sus costumbres, ni los capitanes de hacerles daño; ántes, asegurándole, se fueron entrando hasta llegar al valle i rio de Quillota, donde alojando el jeneral que los rejia, que era de la casa real de los Ingas, procuró sujetar a los chilenos a la obediencia de su rei i a la adoracion del sol, i los obligó a sacar oro para tributar a Guascar, i aunque a los principios hicieron algun rendimiento finjido, juntando sus

10. Estrofa XXII, Canto II, *Lima*, 1732.
11. *Historia de Chile*, lib. II, cap. 2.
12. *Historia*, páj. 30.

fuerzas dieron tras los peruanos i en una reñida batalla los pusieron en huida, matando a muchos i sacudiendo el yugo que nunca han sufrido sobre sus cervices. Volvieron a dar cuenta a Guascar de lo sucedido, i él, impaciente i corrido de que hubiese jente que a su gran poder hiciese resistencia, envió cien mil hombres a cargo de un primo suyo, al castigo de los chilenos que no le querian obedecer.

«Partió el Inga, primo de Huáscar, para Chile con este nuevo ejército por las provincias de Tupiza, Tucuman i Diaguitas, que caen de la parte de los montes altos de la cordillera nevada de los Andes a la banda del norte, i aunque por este camino era fuerza rodear mas de trescientas leguas, le pareció de mas comodidad por ser estas provincias bastecidas i pobladas para poder sustentar tan numeroso ejército, con el cual, llegado que hubo al valle de Quillota, acordándose de lo que el rei Inga su primo le habia encargado, hizo a su bárbara usanza cruel castigo en la persona del cacique principal de aquella tierra i en muchos de sus vasallos, diciendo con amenaza a los demas caciques que si no se sujetaban a la corona real de Huáscar i a la adoracion del sol, haria con todos ellos otro tanto. Pero ellos, armando los arcos i levantando las macanas, respondieron mas con obras que con palabras que si él les habia muerto un cacique, cada uno de ellos era tan poderoso i mas que el muerto, i que a él i a todos sus capitanes los habian de dejar tendidos en aquellas campañas para pasto de las aves i comida de los animales. I cerrando con ellos, les presentaron una furiosa batalla, pero fueron vencidos los chilenos, aunque a costa de mucha sangre de los contrarios, i puestos en sujecion. Rindiéronse por entónces los valles de Aconcagua, Quillota i Mapocho, i obligáronse a dar tributo de oro todos los años al rei Inga Huáscar, que se le llevaban con gran acompañamiento en andas hasta el Cuzco, donde tenia su corte.

«Pasaron adelante a la Angostura i Maule, como se ve por las memorias que todavía duran de los fuertes que hicieron, i en los promacaes fueron rotos i desbaratados de los indios de Chile, i

enviando por mas jente al Perú volvieron a proseguir la conquista hasta llegar a Itata, donde hai otros dos fuertes, i en Culacoya, prosiguiendo con su conquista en tierras del gran señor Quinchitipai, cinco leguas de la ciudad de la Concepcion, tuvieron otra fortaleza i allí hai siete piedras a manera de pirámides labradas que fueron puestas por los indios del Perú para hacer la ceremonia llamada *Colpa Inga*, que se hacia para la salud del rei Inga cada un año. Era este rito a semejanza del que hacian los cartajineses, que, como refiere el padre Juan de Mariana, grave historiador, para obligar a sus dioses les sacrificaban todos los años algunos presentes escojidos; i así escojian los Ingas dos niños de edad de seis años cada uno, varon i mujer, i los vestian en traje de Inga i los embriagaban i ligaban juntos, i así ligados i vivos los enterraban, diciendo que el pecado que su rei i señor hubiese hecho lo pagaban aquellos inocentes en aquel sacrificio.

«Opiniones hai que pasaron los indios del Perú conquistando hasta la Imperial i que volvieron por Tucapel i la costa sujetándolo todo a su dominio. Pero los de la Imperial, ofendidos de los que los habian dejado pasar tan adelante, volvieron las armas contra los de su nacion i hubo entre unos i otros grandes guerras, a que se siguieron hambres tan crueles que se sustentaban de carne humana, i las guerras eran ya para comerse unos a otros. I viendo los peruanos que la tierra era estrecha para tanta jente como tenian en su ejército, i que a cada paso peleaban con los de la tierra de arriba de Maule i promacaes, se retiraron a Coquimbo i Copiapó, donde con ayuda de los Juríes, hicieron grandes castigos en los que allí intentaron levantarse contra ellos i echarlos de toda la tierra de Chile. I sabiendo el jeneral Inga los trabajos en que estaba su primo Huáscar, fué a socorrerle i dejó gobernadores en las provincias sujetas al rei Inga de Chile.[13]»

Pero a nuestro juicio, uno de los escritores que mas crédito merece en este órden, porque tuvo cuidado segun lo declara, de

13. *Historia*, t. I, páj. 338 i sigts.

hacer investigaciones personales entre los mismos indios del sur del Maule, fué el capitan don Miguel de Olaverría.

La relacion de este benémerito conquistador es como sigue:

«Algunos años ántes que entrasen los españoles en el Perú, el Inga señor de aquel reino, indio belicoso i de grandes pensamientos, teniendo noticia de la bondad, riqueza i fertilidad de Chile, envió un ejército poderoso de gran cantidad de indios para conquistar aquella tierra. Hicieron su entrada por la gobernacion de Tucuman i acometieron a pasar la cordillera nevada por el mismo camino que usan los españoles desde Mendoza i San Juan a la ciudad de Santiago, segun hoi se vé i yo lo he visto por las ruinas que parecen de los grandes edificios de paredones que hacian en los alojamientos de cada dia a su usanza, demostraciones de su poder i bárbara pujanza, conteniendo los dichos edificios aún en lo mas áspero de la dicha gran cordillera;... i la causa por que los capitanes del Inga llevaron rodeo tan grande i acometieron la cordillera por donde refiero, fué por no atreverse a entrar por el camino despoblado de Atacama... por el grande ejército que llevaban, en que debian ir doscientos mil indios.

«Entrada esta jente en Chile, despues de haberles dado muchas batallas i hecho i recibido grande estrago, conquistaron i subjetaron todos los indios que habia desde la Serena hasta el gran rio de Biobio, como hoi se ve, e haber llegado hasta el dicho rio por los fuertes que hicieron en el cerro del Rio Claro, donde pusieron i tuvieron frontera a los indios del Estado, con quienes tuvieron muchas batallas. Al fin estos indios belicosos, aunque no eran tan diestros como ahora, ayudados de su muchedumbre que entónces tenian, hicieron retirar i desamparar todo lo que habian ganado a los indios del Perú i llegaron a su alcance hasta el rio de Maule, donde, segun la noticia que dan los indios de mucha edad, que algunos vivian tres años i medio ha, de quienes yo fuí informado, i en los llanos que están cerca del dicho rio, tuvieron los unos i los otros una sangrienta batalla en que mataron a la mayor de los del Perú, i los que quedaron, así

por huir su furia, como por haber tenido noticia que en este tiempo habian entrado españoles en el Perú, i prendido a su rei, es cierto que traspusieron i pasaron la gran cordillera por el rio de Butagan, que está cerca del dicho rio de Maule.[14]»

Estas relaciones bastan por sí solas para manifestar que es altamente difícil precisar los nombres de los soberanos a quienes deban atribuirse los hechos concretos de la conquista: interesa aún notar que del contexto de la jeneralidad de esos escritos pudiera deducirse que todos los sucesos que se indican hubiesen tenido lugar bajo el reinado de un solo monarca. Pero el caso es que, despues de Yupanqui, segun la opinion mas probable, el cetro del imperio peruano pasó a manos de Pachacuti, despues de éste a Huayna-Capac, para dividirse, por fin, el poder entre Huáscar i Atahualpa. Son raros los que han vinculado la realizacion de determinados acontecimientos durante el gobierno de cada uno de los Incas, i hasta en esta parte, para no citar mas de un caso, suele haber contradicciones de tantas trascendencia, que, los que, como nosotros, tratan ahora de reconstruir aquel vetusto edificio, se ven en la necesidad de desecharlo todo. Así, al paso que Balboa asevera que Huayna-Capac nada hizo en Chile, Herrera el celebrado autor de las *Décadas*, no trepida en afirmar que aquel monarca peruano vino a Chile «con grandes nieves i trabajos, i se detuvo mas de un año sujetando aquellas jentes...[15]»

Interesa, sin embargo, dejar establecido que, segun todas probabilidades, los Incas llegaron a Chile por dos caminos, el del despoblado i el de la cordillera, que atravesaron para salir directamente al valle de Aconcagua. Aquel fué indudablemente el que trajeron los primeros invasores, i el segundo el que siguiera Huayna-Capac, segun el sentir de la mayoría de los cronistas.[16]

Para salir de una vez de este oscuro dédalo de dificultades i

14. *Informe* de D. Miguel de Olaverría, pub. por Gay, tom. II, *Documentos*, páj. 23 i sigts.
15. *Décadas*, V, cap. 16, lib. III, páj. 78.
16. Véase Perez García, lib. II, cap. 2.

contradicciones, ofrécense a nuestro estudio dos puntos de investigacion que ya se han insinuado, pero que conviene precisar. En efecto: ¿hasta qué parte de nuestro territorio llegaron los soldados peruanos? ¿Por qué causa i por donde se retiraron?

Segun Balboa, los Incas alcanzaron hasta Chili i ahí establecieron «los límites mas meridionales de su imperio.[17]»

El abate Molina cree que no pasaron mas allá del Rapel,[18] o Cachapoal, segun el licenciado Fernando de Santillan, quien asevera que desde este rio se volvieron los capitanes de Topa Inga Yupanqui «por haber llegado a una provincia que dicen de los Pormacaes...[19]»

Jorje Juan se pronuncia por la opinion de que alcanzaron hasta el Maule,[20] siendo precedido en ella por Jerónimo de Quiroga,[21] i Pedro de Valdivia, quien en la primera de sus cartas dice al rei que los caciques del sur de aquel rio no sabian servir, «porque el Inca no conquistó mas de hasta aquí.[22]» Pedro Cieza de Leon añade que «Tupac Inca atravesó muchas tierras i provincias i grandes despoblados de nieve, hasta que llegó a lo que llamamos Chile i señoreó i conquistó todas aquellas tierras, en las cuales dicen que llegaron al rio Maule.[23]»

Perez García piensa que el ejército peruano que vino a Chile pasó en seguimiento de sus conquistas el dicho rio, en cuya orilla austral le salieron a atajar el paso los cauquenes, perquilauquenes i costeños i lo derrotaron completamente.

Segun el padre Rosales, que apoya su testimonio en ciertos monumentos que aún en su tiempo se observaban en las cercanías de Concepcion, no trepida en creer que ese punto debió ser el término de la conquista; sin olvidarse de apuntar que

17. Páj. 108.
18. *Historia civil*, páj. 11.
19. *Relacion*, páj. 15.
20. *Relacion histórica del viage a la América meridional*, tom. III, páj. 336, Madrid, 1748.
21. *Compendio histórico de los principales sucesos de la conquista, etc., Historiadores*, t. XI, páj. 100.
22. Páj. 13.
23. *Segunda parte de la Crónica del Perú*, Madrid, 1880, páj. 230.

corrian tambien en su época pareceres que hacian avanzar los peruanos hasta las márjenes del Imperial.

Pero, a nuestro juicio, el dictámen que merece mas crédito porque arrasta consigo mas probabilidades de una buena informacion, es el que señala don Miguel de Olaverría, segun el cual, se recordará, las huestes del Inca lograron ir solamente hasta el Maule, haciendo concordar de esta manera los recuerdos de los indíjenas que tuvo ocasion de examinar con lo que apunta la tradicion consignada por Garcilaso.

El hecho es, con todo, que debe distinguirse el movimiento de avance de los ejércitos de los Incas, con la verdadera consolidacion de la conquista.

Si se acepta esta distincion, será fácil convencerse que si pudieron alcanzar hasta el Maule, su dominacion asentada i consentida nunca llegó hasta ese límite.

Puede todavía aseverarse, como se verá en el próximo capítulo, que la verdadera incorporacion del país a los usos i costumbres, a las leyes, idioma, etc., de los invasores no se estendió nunca mas allá de los lindes de la actual provincia de Santiago, conforme a lo espresado por Mariño de Lovera, quien declara que el Inca «tenia gobernadores con jente de presidio *hasta el valle de Maipo*.[24]»

Ahora, por lo que toca a la retirada de las huestes del Inca, es un hecho constante i bien comprobado que cuando llegaron a Chile los españoles que acompañaban a Diego de Almagro, ya se habian alejado totalmente del país. I hé aquí nuevamente como Olaverría nos parece mas próximo a la verdad al declarar que la derrota de ese ejército, junto con las noticias que le llegaron del arribo de los aventureros de la España a las costas del Perú, motivaron su inmediato regreso. Creemos del caso advertir tambien aquí que, segun lo que apunta Balboa, en la lucha fratricida que ocasionó el predominio de Atahualpa en el imperio peruano, éste habia sacado de Chile cierto cuerpo de tropas que, en union con

24. *Historia de Chile*, páj. 45.

los del Collao, Chucuito, Condesuyo, etc., se hizo notar en el encuentro de Chumvivilcas.[25] El Inca don Juan de Santa-Cruz Pachacuti confirma este dato, que Rosales tambien indica, aunque de una manera vaga.[26]

En conclusion, resulta, por lo tanto, que, aceptando el cómputo dado por los antiguos escritores del Perú, segun el cual Yupanqui tuvo el poder en 1471, la dominacion peruana, incluyendo la conquista, duró en Chile setenta años justos, pues, en rigor, ella no vino a cesar sino con la invasion española, traida por Pedro de Valdivia i sus compañeros. Parece, pues, que Perez García i Córdova i Figueroa exajeran al decir que el dominio Incarial en Chile alcanzó a mas de un siglo de existencia.[27] En cuanto a los sacrificios que demandara a los soberanos del Perú, Rosales nos dice que desde que ellos comenzaron su tarea de invasion, murieron en la demanda ochenta mil indios, ya a consecuencia de las guerras, ya en los pasos de la cordillera, ya, en fin, «por estrañar la tierra i hallar que es mas fria que en el Perú, de donde habian salido.[28]»

Por lo que se refiere a los efectos de todo órden que produjeron en Chile las conquistas de los Incas, cúmplenos ocuparnos de ellos en el capítulo que sigue.

25. Páj. 293.
26. *Relacion de antigüedades deste reyno del Perú*, páj. 316.
27. Córdoba i Figueroa sostiene que los peruanos entraron en Chile por primera vez en 1425, i que la derrota del ejército de los Incas por los indios del sur del Maule, tuvo lugar ciento diez años despues. *Historia*, páj. 31.
28. *Historia*, I, páj. 372.

CAPÍTULO XII.

LA EDAD DEL BRONCE.

Sistema de conquista seguido por los Incas.—Recomendaciones que hacen a sus capitanes respecto de Chile.—Topa-Inga levanta el censo de la poblacion.—Obsequios a los funcionarios.—Frecuentes relaciones que hubo en lo antiguo entre Chile i el Perú.—Tributo que los indios de Chile pagaban a los Incas.—Ceremonias con que era llevado al Cuzco.—Respeto al soberano.—Gobernadores peruanos.—Los orejones.—Fortificaciones.—Testimonios deducidos de los cronistas.—Antecedentes para apreciar la estension de país sometido.—Naturaleza de las fortificaciones.—Otras consideraciones jenerales.—Descripcion del fuerte de Collipeumo.—Caminos.—Servicios anexos a las vias de comunicacion.—Canales.—Trabajo en comun.—Alfarería.—Vasos de piedra.—Otros utensilios del mismo material.—Afeites.—Joyas.—Idolos.—La gruta de Chacabuco.—Fundacion de pueblos.—Influeucia sobre el idioma.—Empleo de la escritura.—Los quipus.—El arte de contar.—Trajes.—Lo que ha sobrevivido a la conquista peruana.

El sistema de conquista de los Incas fué escepcional por su manera de llevarse a efecto, como lo fué en resultados para las naciones vencidas. Ya sabemos que los emisarios del soberano se presentaban en el país que trataban de invadir, prometiéndoles en cambio de una voluntaria sumision todas las ventajas de que gozaban los mismos vasallos del Inca. I en verdad que aquellos ofrecimientos no fueron jamás vanas palabras de artero embuste sino que en la práctica significaron siempre adelanto, progreso i felicidad para el pueblo sometido.

Chile no fué, pues, una escepcion a este respecto, sino simplemente nuevo campo en que los soberanos del Perú pudieron ejercitar su intelijente sistema de conquista, como vamos a verlo.

En efecto, segun el testimonio de Garcilaso, «el Inca Yupanqui mandó a sus gobernadores que atendiesen con mucho cuidado el cultivo i beneficio de las tierras que habian ganado, procurando siempre el regalo i provecho de los vasallos, para que, viendo los comarcanos que mejorados estaban en todo con el señorío de los Incas, se redujesen tambien ellos a su imperio, como lo habian hecho otras naciones, i que cuando no lo hiciesen, perdian ellos mas que los Incas.[1]»

Mas, ya desde ántes, a estarnos a lo que nos cuenta Balboa, Topa-Inca levantó el censo de las poblaciones que le obedecian desde Quito hasta Chile, tomando nota de la edad, sexo, nombre i profesion, fijando en seguida los límites del territorio de cada cacique con designacion de los indios que respectivamente debian obedecerles.[2]

Huayna Capac, refiere otro historiador, envió visitadores a Chile que llevasen «mucha ropa de vestir de la del Inca, con otras muchas preseas de su persona para los gobernadores, capitanes i ministros réjios de aquellos reinos i para los curacas naturales dellos, para que en nombre del Inca les hiciesen merced de aquellas dádivas que tan estimadas eran entre aquellos indios.[3]» Este mismo soberano despachó mas tarde mensajeros a Chile con órden de que se ofreciesen sacrificios i se llorase la muerte de Topa-Inga-Yupanqui i de su madre Mama-Oello.[4]

Hai un cronista que da detalles que confirman manifiestamente la probable opinion de que entre Chile i el Perú hubo en aquellos remotos tiempos relaciones frecuentes, que el soberano de ambos territorios se empeñaba en fomentar.

Por lo ménos, no puede dudarse de que los habitantes de esta parte del continente sud-americano, desde mui antiguo habian tenido noticias unos de otros. Viracocha, ántes de emprender la conquista de este país, tuvo informaciones de la jente que lo poblaba, i posteriormente, Almagro, Gomez de Alvarado i Pedro de

1. *Comentarios*, tom II, páj. 88.
2. Páj. 114.
3. Garcilaso, I, 309.
4. Balboa, páj. 139.

Valdivia las tuvieron tambien acerca de las tribus que se estendian al sur del valle del Mapocho.

«Cuando Huiracocha (no hacemos caudal del nombre) subió al trono, dice Montesinos, vinieron de Chile a visitarlo dos sobrinos suyos: uno, hijo de su hermana, i otro de su prima hermana. Su padre las habia casado con dos de los principales caciques de Laharguayac, en la época en que el Perú fué invadido por naciones estranjeras, en el reinado de Sinchi-Roca. Este rei los habia hecho prisioneros en una batalla i los habia conducido al Cuzco. Como Laharguayac estaba completamente pacificado, i como le hubiesen dado aquellos diversas pruebas de sumision, casó a uno con su hermana i al otro con su prima, i los envió a Chile en calidad de gobernadores. Trataron bien a sus esposas, i tuvo cada uno un hijo. Cuando supieron la suerte de Laharguayac, sus padres los enviaron a felicitar a su tio Huiracocha. Cuando éste supo que habian llegado, i que conducian numeroso séquito, envió inmediatamente órdenes al Collao para que se les tratase como a él mismo. Fueron conducidos al Cuzco con aparato real i en una litera de oro. El Inca hizo magníficos regalos a todos los que los acompañaban, i envió a recibirlos a todos sus consejeros, a dos jornadas de la capital. Emplearon seis dias en completar estas dos últimas jornadas porque avanzaban mui lentamente. A su llegada a palacio, Huiracocha los recibió con muchas señales de ternura i les hizo revestirse el traje de los Incas. Despues que se hubo observado los ayunos i las ceremonias de costumbre, les hizo taladrarse las orejas, i les dió en seguida fiestas suntuosas. Su tia, hermana i mujer de Huiracocha, les colmaba tambien de caricias por complacer a su esposo. Estos jóvenes, encantados de la acojida, invitaron a su vez a su tio a que viniese a visitarlos al reino de Chile; lo instaron mucho a este efecto, asegurándole que todo el país ardia en deseos de gozar de la felicidad de su presencia. Prometiólo así para el siguiente año, i se regresaron a Chile mui contentos i acompañados de varios orejones de sangre real, que desearon seguirlos. El Inca les dió tambien seis de sus consejeros para instruirlos en el arte de gobernar, i algunos co-

yas con sus esclavos. Llevaron tambien una numerosa vajilla de oro i muchos pendientes para las orejas, segun la moda del Cuzco.

«Cuando llegaron a Chile con este brillante cortejo encontraron al país en un gran desórden. En el interior muchos caciques se habian sublevado, i desde allí inquietaban a sus vasallos; trataban de levantarlos contra sus jefes, dando una mala interpretacion a su viaje al Perú, i habian atraido a su partido cierto número de personas, lo que es siempre fácil a los que ofrecen presentes. Los sobrinos del Inca ensayaron primeramente de someterlos por bien, pero viendo que nada lograban, i animados del mismo valor que su tio, reunieron un poderoso ejército i enviaron embajadores para persuadirles que depusiesen las armas i se sometiesen. Pero éstos, persistiendo en su revuelta, asesinaron a los enviados; los sobrinos del Inca marcharon entónces contra ellos, i en ménos de un año conquistaron todo el país, matando una parte de los sublevados i haciendo prisionero el resto: anunciaron su victoria al Inca, que la celebró con espléndidos regocijos, decidiéndose a partir a Chile a la cabeza de un brillante ejército.

«Huiracocha despues de haber acopiado los víveres necesarios emprendió el camino.

«Llegó el Inca a Chile i sus sobrinos le salieron al encuentro con innumerable acompañamiento: los principales caciques le besaron la mano i se reconocieron como vasallos suyos. El Inca los trataba bondadosamente, pero estaba vijilante, porque los sabia mi mudables, acabó de ganarlos por la dulzura; i permaneció dos años en Chile, al cual pacificó enteramente. Dejó a sus sobrinos en pleno ejercicio de su autoridad, i ántes de partir les dió el siguiente consejo: «Procuren para evitar revueltas tener empleados cerca de Uds. a los caciques principales; si uno de ellos demuestra querer levantarse, háganlo morir para atemorizar a los otros.

«El Inca de vuelta al Cuzco llevó consigo los hijos de los caciques para que aprendiesen la lengua jeneral que su padre habia establecido en todos sus estados, a fin de tenerlos mas fácilmen-

te sujetos. Llevó consigo dos mil chilenos escojidos para ir a la conquista de los chachapoyas de la montaña.»[5]

Pero si los Incas se manifestaban benévolos con sus nuevos vasallos no por eso dejaban de exijirles que contribuyesen a la corona real con el tributo de los vencidos. Balboa declara, en efecto, que ya en los tiempos de Topa-Inca se cobraba la contribucion, que en los últimos dias de la dominacion peruana ascendia, segun opinion jeneral, a doscientos mil pesos en oro. Lopez de Gomara dice que Juan de Saavedra, uno de los soldados de Almagro, topó en los Charcas a ciertos chileses que llevaban al Cuzco, no sabiendo lo que pasaba, su tributo en tejuelos de oro fino, que pesaban ciento i cincuenta mil pesos.[6] Góngora Marmolejo i Mariño de Lovera afirman que el encuentro de los enviados chilenos, que llevaban de emisario principal a un indio llamado Huayllullo, tuvo lugar en Tupiza.[7] Garcilaso sostiene que no hubo tal encuentro, sino que en llegando Almagro a Copayapu, Paulu Inca, que lo acompañaba, hizo que los chilenos entregasen el oro acopiado para el tesoro real, el cual ascendió a doscientos mil ducados.[8]

Pero esta opinion, por la calidad del que la emite, interesado en acreditar los ascendientes de su raza, nos infunde poco crédito, prefiriendo estarnos a lo que espresa Rosales, que, como siempre, se manifiesta bien informado, a saber, que el tributo anual que rendian al Inga, emperador del Perú los chilenos, «en distrito de ciento i cincuenta leguas que conquistaron al principio sus capitanes, fué de catorce quintales de oro, ascendrado de mas de veinte i dos quilates i medio, en tejos de a cincuenta pesos, señalados con la marca de un pecho mujeril. El último tesoro que embargó i repartió entre sus soldados Diego de Almagro era de mil i doscientas libras de oro i entre ellas llevaban

5. Pájs. 178, 183.
6. *Historiadores de Indias*, tom II, páj. 128.
7. *Historia de Chile*, páj. 3; Mariño, páj. 21.
8. *Comentarios*, t. II, páj. 88. Olivares sigue la version de Garcilaso, pero hace ascender el monto del tributo a trescientos mil ducados. *Historia de Chile*, páj. 100. Segun lo que afirma Mariño de Lovera, doscientos mil pesos de oro equivalian a trescientos mil ducados, *Historia*, páj. 21.

dos granos, que el uno pesaba setecientos pesos i el otro mas de quinientos. Trajinaban los indios del Perú este tesoro por tierra con mucha majestad i pompa en baúles de cañas bravas curiosamente tejidos, sobre las tapas estaban labradas de la misma caña las armas del rei Inga, que eran un sol en manos de dos rapantes tigres pendientes de los rayos, i una borla roja de finísima lana, insignia de los reyes, que la traian en la frente, de lana de vicuña, i a los otros señores se les consentia traer borla colgada hácia la oreja... Cada cofre iba en andas, en hombros de cuatro indios, i asistian otros para irse remudando. Precedian cuatrocientos flecheros, asegurando los caminos i previniendo los alojamientos. Por cualquiera pueblo que pasaban los recibian con singular aplauso i regocijo, celebrando el poder i soberanía de su rei.[9]»

Don Pedro Mariño de Lovera, animoso capitan de la conquista i que vivió mas cerca de estos sucesos que el mismo Rosales, confirma en su relacion, hecha en estilo pintoresco, el gran ceremonial de que era objeto el tributo que llevaban al Cuzco los indios chilenos. Los tejos de oro que lo componian, dice iban en andas «ricamente artificiadas con guarniciones de oro de martillo, llevadas en hombros de indios principales, a los cuales hacian solemne recibimiento en todas las provincias por donde pasaban, en honor de su rei.[10]»

Sea cariño respetuoso al soberano o temor a su poder, lo cierto del caso es que en Chile, como en el resto del imperio, el Inca era tenido en gran veneracion, la cual no solo se estendia a su real persona sino tambien a cualquiera de los objetos de su pertenencia. Como si no bastasen los anteriores testimonios acerca de la manera como era conducido el tributo que le estaba destinado, tenemos tambien un caso sucedido entre nosotros que demuestra hasta donde se llevaban entre los vasallos del Inca, por lejanos que fuesen, esa veneracion. El primer español que vino a Chile se llamaba Juan Sebico, quien, por cierto delito que cometió, fué condenado a perder las orejas. Viéndose así afrentado, trató

9. *Historia*, tom I, páj. 209.
10. *Historia de Chile*, páj. 21.

de irse al paraje mas remoto que hubiese en América. Quiso huir al efecto a Chile, i hallándose preso Atahualpa, consiguió de su benignidad que le diese los medios de hacer tan larga travesía. El Inca, por toda recomendacion, dióle su borla real, distintivo del soberano, i con solo mostrarla, Juan Sebico hizo su viaje en andas, tratado con consideraciones reales, logrando, por último, que en Aconcagua le diesen casa en que vivir, tierras que sembrar i mujeres que le sirviesen.

Los gobernadores que los Incas tenian en Chile eran dos, uno en Cuquimpu i otro en Mapuche, en el valle de Colina[11] i su dominacion efectiva no se estendia mas allá del rio Maipo.[12] Los naturales los designaban con el nombre de «orejones,» «por traer una manera de zarcillos, que son como unas roldanas o carrilejos de madera, hechos de unas tabletas tan delgadas como un lienzo, i recojidas en un rollete, como trancaderas, hasta quedar del tamaño de un real de a ocho, i algo mayor en redondez, i un pulgar de grueso. La cual tableta traen dentro de la misma oreja, toda metida en ella.[13]»

«El principal adorno de los esquimales, dice Lubbock, son los *labrets*, pedazos de piedra o de hueso pulido, que llevan en el labio inferior i en las mejillas. El agujero se practica en la primera infancia i se va ensanchando poco a poco por medio de una serie de cuñas.[14]» El dibujo de uno de estos adornos que se rejistra en la obra del célebre antropólogo ingles, es casi idéntico al de las figuras 75, 76 i 77 de nuestras láminas, copiadas de tamaño natural. Estos tres objetos son de piedra i proceden de Freirina, pero en la coleccion del Museo Nacional existen dos de San Felipe i uno de la hacienda de la Compañía. El número 76, que es un jaspe de un hermoso color verde, visto de lado, da una idea jeneral del instrumento. La parte posterior, que en todos es re-

11. Rosales, I, 370; Mariño de Lovera, *Historia*, páj. 21.

12. Mariño de Lovera, *Historia de Chile*, páj. 21. Cuando Juan Sebico llegó al valle de Copiapó, dice Rosales, supo que el gobernador Inga residia en el de Coquimbo. *Historia*, t. I, páj. 359.

13. *Id.*, páj. 46.

14. *L'homme préhistorique*, páj. 464. Véase tambien, *Voyage de Vancouver*, t. 3.°, páj. 280.

donda, aparece ahuecada en el número 77, con siete ranuras trasversales; en el número 75, la parte delantera, en forma de arco, i que en las demas es lisa, está adornada con tres pequeñas horadaciones equidistantes i meramente superficiales.

Ahora bien: a pesar de la asercion de Mariño de Lovera que sostiene, como acabamos de verlo, que los zarcillos de los orejones eran hechos de madera, por lo que sabemos de otros pueblos i por la forma i dimensiones de estos objetos ¿no podriamos lejítimamente pensar que han servido tambien de pendientes a los gobernadores de los Incas? Su forma no desdice de modo alguno de semejante aplicacion, i su tamaño no es, ni con mucho, tan abultado como el de los que se acostumbran hasta hoi en otras naciones salvajes. El señor Garrido, a quien pertenecen los tres de estos aparatos que dibujamos, se manifiesta inclinado a pensar que han podido colocarse en la cuerda del arco de la flecha para que la mano, al disparar el proyectil, encontrase un punto de apoyo, pero por las semejanzas que hemos hecho notar creemos que deben mas bien referirse a los *labrets* de los anticuarios europeos.

Para asegurar el territorio que se les habia sometido o que habian conquistado a viva fuerza, levantaron los Incas numerosas fortalezas, de cuya existencia han tenido cuidado de informarnos algunos antiguos cronistas, por lo que en la jeneralidad de los casos ellos mismos pudieron observar.

Garcilaso declara, en jeneral, que los capitanes peruanos «fortalecieron las fronteras de sus dominios[15]», i Balboa espresa que en Coquimbo, Topa Inca, construyó un fuerte.[16]

El abate Molina testifica que en su tiempo, a fines del siglo pasado, no léjos del rio Cachipual, «se ven hasta ahora, sobre una colina cortada perpendicularmente, los resíduos de una fortaleza de estructura peruana, que sin duda cubria por aquella parte las fronteras del imperio contra los ataques de los indómitos promaucaes.[17]»

15. *Comentarios*, t. II, páj. 8.
16. Páj. 108.
17. *Historia civil*, páj. 11.

Carvallo depone en un sentido análogo respecto del hecho aseverado por Molina, i agrega que construcciones semejantes tuvieron tambien los soberanos del Perú en Marga-marga, Talagante i Aconcagua.[18] El señor Vicuña Mackenna nos informa, igualmente, que en el cerro de Manco, no léjos de Quintero, los habitantes de los alrededores afirman que en la cumbre hai un malal o fortaleza de indios,[19] i Bollaert asevera que cerca de los lavaderos de Yáquil, existen algunas ruinas indíjenas, lo mismo que en el cerro llamado de los Incas, cerca de Tagua-tagua.[20]

Perez García asegura, refiriéndose en jeneral a las conquistas de Huayna Capac, que este soberano hizo construir varios fuertes en el territorio de Chile,[21] cuyas guarniciones, segun el testimonio de Garcilaso, se mantuvieron hasta la llegada misma de Almagro, pues segun ese autor, Paullu, para ausiliar la espedicion del caudillo español a Chile, sacó la jente que pudo de los presidios que en aquel reino habia.[22]

Segun el padre Rosales, que habia viajado durante largos años por el territerio chileno, a mediados del siglo XVII, estas fortalezas levantadadas por los peruanos no solo se limitaban a la parte norte del país sino que llegaban hasta mui al sur. Así, dice este jesuita que existian huellas de dos de estas fortificaciones en Itata, en el cerro de Rio Claro, en Maule i la Angostura.

Estos precedentes sentados por el jesuita madrileño i que ya anteriormente hemos tenido oportunidad de notar, parece que no se armonizaran con la opinion que hemos emitido acerca de la estension del país que fué dominado por las armas incariales. Si levantaron obras de esta naturaleza ¿no es lícito creer que su señorío estuvo radicado en aquellas rejiones? Contra este argumento especioso, tenemos, desde luego, el testimonio de escritores dignos de fé i de los que vivieron mas próximos a la época de los sucesos, como Mariño de Lovera, por ejemplo, el cual,

18. *Historia*, t. I, páj. 8.
19. *La edad del oro*, páj. 408.
20. *Researches, etc.*, páj. 178.
21. *Historia*, t. I, lib. II, cap. 2. El dato de Perez García ha sido sin duda tomada de Herrera, *Déc.* V, cap. XVI, lib. III.
22. *Comentarios*, t. II, paj. 89.

segun acabamos de ver, espresamente declara que el señorío incarial no se estendia de hecho mas allá del rio Maipo.

Pero, para no dejarse seducir por las indicaciones de Rosales, conviene tambien examinar un poco la naturaleza de las fortificaciones de que se trata.

No existe en ninguno de los cronistas antiguos detalle alguno o antecedentes de cualquier jénero, que pudieran servirnos de base para apreciar la naturaleza de esas construcciones, hechas al parecer para defensa del territorio. Mas, es constante que los indios peruanos no usaron en sus trabajos la piedra labrada. Sus mas famosos templos fueron construidos con adobes cortados por un sistema semejante al que aún hoi se acostumbra entre nosotros; i los demas monumentos fabricados de piedra, es unánime la opinion que los supone de una época anterior al imperio de los Incas. Por esto, no tiene, pues, nada de estraño que esas construcciones tantas veces indicadas por los cronistas, no hayan llegado hasta nosotros. De esta manera podrá tambien el lector esplicarse con facilidad cómo pudo ser perfectamente posible que el ejército de los Incas, maniobrando a una enorme distancia de su centro de operaciones i avanzando en territorio enemigo, defendido por indios valerosos, se viese precisado por la naturaleza de los sucesos i por sistema, a erijir fortificaciones que asegurasen su marcha.

En los mismos cronistas, es fácil encontrar referencias a fuertes levantados por los naturales del país, sin que por esto vaya a creerse por un momento que se trataba de obras de cierto costo i duracion, pues, segun se recordará, no pasaban de ser zanjas i empalizadas destinadas a protejer por el momento a las huestes araucanas.

I a este respecto conviene observar en jeneral que muchos de los términos empleados para apreciar la antigua civilizacion de los Incas entre nosotros, como templos, canales, pueblos, etc., están mui distantes de responder a las ideas que al presente tenemos sobre aquellas materias.

382

Pero, en lo que no cabe duda, es que esas fortalezas estuvie-

ron siempre a orillas de los rios. Prescindiendo de la importancia que una colocacion semejante podria dar a tales obras, conviene notar que en Chile, en lo antiguo, como al presente, tratándose de indíjenas, han edificado sus viviendas, han labrado sus tierras, i hasta se han enterrado, en cualquier punto donde han podido utilizar una corriente de agua.

Si se observa la razon de una disposicion semejante, creemos que no debe mirarse en manera alguna como inspirada por un sentimiento de admiracion por la hermosura de la naturaleza, como no ha faltado escritor que así lo haya estampado; sino que, por el contrario, han tenido esos indíjenas en su abono razones de positiva e inmediata importancia.

Desde luego, siendo agricultores han necesitado del agua para sus siembras i para sus menesteres domésticos; mucho mas en Chile, sobre todo en las rejiones del norte, donde o no llueve sino mui de tarde en tarde, o no puede contarse con regularidad con los períodos de lluvias.

Prévia esta advertencia, recordaremos que Rosales nos dice que hubo tambien una de estas fortalezas a que nos referimos, en la Angostura, la cual, segun la tradicion que hemos oido personalmente, quiere que el monumento en cuestion haya sido levantado en la confluencia de los esteros de Paine i la Angostura, en la estremidad del cerrito de Collipeumo, que forma el ángulo donde se verifica la juncion de las aguas.

Deseosos de averiguar lo que en definitiva hubiese sobre el particular, i confiados en el doble testimonio de Rosales i de una tradicion tan socorrida, pusímonos un dia en camino con la esperanza de encontrar algunos restos de aquel antiguo monumento del señorío de los Incas. Llegados ya al lugar en que creiamos pudo haber estado colocada aquella famosa fortaleza i despues de prolijas indagaciones, nos íbamos persuadiendo a que si Rosales i la tradicion habian dicho verdad, el tiempo se habia encargado de ocultar para siempre a nuestro anhelo los decantados restos. Mas, despues de muchas idas i venidas por aquellos contornos, quiso nuestra buena suerte presentarnos en lo

alto del cerrito no pocas piedras de esas que arrastran los rios, i este fué ya un indicio revelador de los restos que buscábamos. En efecto, no hacia mucho habiamos leido en el interesante libro de M. Desjardins el siguiente pasaje: «Cuando los indios iban a la guerra llevaban consigo algunas de esas piedras sagradas llamadas *pururaucas*, o mas bien dicho *ppururaucca*, piedras que los sitiados lanzaban de lo alto de las murallas sobre los sitiadores. Se escojia, en jeneral, *las piedras* rodadas por *los torrentes*, como mas manejables que las otras, a consecuencia de su forma redondeada. *Todas las fortalezas estaban de antemano abundantemente provistas de estos proyectiles.*[23]

No pudiendo, pues, hallarse naturalmente en aquellas alturas las piedras que veiamos, parecia evidente que habian sido trasportadas a aquel lugar por la mano del hombre. A poco pudimos ya notar que, junto con las abundantes piedras de ese jénero que se presentaban, ya diseminadas o en pequeños montones, habia trechos que estaban empedrados. No podia, pues, ya haber lugar a duda alguna que esos guijarros habian sido trasportados allí. Pero ¿quiénes pudieron darse aquel trabajo? Verosímilmente no debia atribuirse a una obra moderna, porque sus restos i mas que todo su objeto, se nos habrian presentado con toda claridad; i si en rigor aquel empedrado no debia su existencia a un capricho de un hombre rico i estravagante de los que suelen presentarse en estos tiempos, ménos podiamos referirla al espíritu práctico i esencialmente estrecho de nuestros abuelos los españoles.

Nos hallábamos en el curso de estas reflecciones, interesados, como se supondrá, en dar la razon a Rosales, que por sus indicaciones nos habia puesto en el camino de aquel descubrimiento, cuando prosiguiendo nuestra rebusca topamos con los restos de una pared o mas propiamente de una pirca. ¿Era acaso la division de un antiguo deslinde? Mui pronto pudimos convencernos de que no. Léjos de llevar, en efecto, en su direccion una línea mas o ménos recta i acentuada, no hacia sino doblarse siguiendo los contornos del cerrito, i como si todavía este indicio no fuera bas-

23. *Le Pérou, etc.*, páj. 66.

tante, treinta pasos mas abajo, volvia nuevamente a notarse otra línea de circunvalacion. La primera a su vez distaba de la cúspide, otros cincuenta pasos. No ignorabamos tampoco que la voz *malal* con que en lengua indíjena se designa esta clase de obras de defensa, significa hacer corrales.

Estas paredes varian en su anchura de un metro veinte a un metro ochenta centímetros, i han sido formadas de piedras de las que existen en el cerro, mezcladas i unidas entre sí por simple barro. No tiene, pues, nada de estraño que con un larguísimo trascurso de tiempo hayan ido desmoronándose poco a poco, hasta verse reducidas, como están hoi, casi hasta el nivel del suelo.

Siguiendo la direccion de estas pircas, casi enteramente concéntricas, pero cuya continuidad aparece ya rota por los años, puede deducirse, mediante una observacion atenta, que no han tenido sino una sola puerta de entrada, colocada del lado oriente, como lo exijia la naturaleza especial de la localidad. En efecto, el cordon de cerros de la Angostura, que desde el punto en que lo corta el estero de su nombre i la línea del ferrocarril, corre lijeramente inclinado hácia el norte, casi en direccion recta de oriente a poniente, va a morir en el morro de Collipeumo. Esta pequeña eminencia que se encuentra, segun nuestras observaciones barométricas, a mil quinientos piés de altura sobre el nivel del mar i solo a ciento veinticinco del trazo del ferrocarril, está unido a la cadena principal por una angostura o depresion de fácil subida, i resguardada del lado del poniente por una falda bastante escarpada, que se hace completamente inaccesible por el sur, i ademas, por ambos lados, por los esteros de Paine i la Angostura, que allí tienen su juncion, segun se ha dicho. En rigor, puede decirse que la parte vulnerable de aquel recinto, como fortificacion, no podia hallarse en otro lugar que en la rejion del oriente, que es la que lo une al resto de la cadena, i ahí fué donde con excelente prevision acumularon, al parecer, los injenieros peruanos, sus medios de defensa i su puerta de entrada. En ese sitio se notan al presente escavaciones de cierta importancia, de-

bidas probablemente a que los españoles supusieron que podrian encontrarse allí algunas riquezas.

Por lo demas, considerado como punto de observacion, es inmejorable, pues desde su cumbre se domina completamente el valle de Santiago hasta sus últimos lindes por el norte i por el éste, viéndose únicamente limitado hácia el sur i el poniente por los cerros de Aculeo.

Aparece, por tanto, evidente que esta famosa fortificacion estuvo desde su oríjen destinada a asegurar el dominio del valle central de Mapuche, siendo de advertir que, al decir de Rosales, sucedia otro tanto con la igualmente celebrada del cerro del Rio Claro, por lo que toca a las rejiones que siguen hácia el sur. La sujecion de los naturales, dentro del imperio de los Incas, obedecia así a un sistema no ménos regular que el que los españoles establecieron mas tarde para el sostenimiento de las comarcas de Arauco.

Una de las mejoras de mas importancia introducida en Chile por los Incas fué el sistema de caminos inaugurado por ellos. Estos caminos, como se sabe, estaban destinados simplemente para el tránsito de hombres, o cuando mas para el de llamas, animal que servia a los peruanos de bestia de carga i a la vez de alimento. Los cronistas del antiguo imperio de los Incas no tienen palabras bastantes con que ponderar la magnificencia de esas espléndidas calzadas que, partiendo del Cuzco, se avanzaban por el norte hasta el Ecuador i alcanzaban por el sur hasta los primeros valles de Chile, atravesando el despoblado.

Para penetrar al valle de Aconcagua, viniendo del Perú, no hubo al principio sino un solo camino, que fué el que Yupanqui mandó labrar al traves del desierto de Atacama hasta Copiapó i que hasta hoi conserva su denominacion de «camino del Inca.» «Comienza cerca de aquella ciudad, avanza en línea casi recta hácia el norte, por el lado del oriente, hasta llegar al pié del cerro de Tres Puntas; pasa al rededor de este cerro, que tiene siete mil piés de altura, i recobra en seguida su direccion primitiva... Se han encontrado con frecuencia en él restos de artefactos perua-

nos.[24]» Las maravillas que nos cuentan de las calzadas peruanas, preciso es convenir que en ésta no han existido, quizá por la naturaleza del terreno, que no necesitaba ser aplanado ni seguir su demarcacion por entre barrancos i laderas. La senda iba siempre en línea recta, sin desviarse hácia las aguadas o los pastos i no abarcaba mas de unos cuatro piés de ancho, señalada por las piedras que se habian recojido para ponerlas a uno i otro lado.[25]

El otro camino se estendia por el oriente de la cordillera, desde la provincia de los Charcas hasta frente a Mendoza i aún, segun quieren algunos, hasta mucho mas al sur. A juicio de Montesinos, debe considerarse a Huiracocha como autor de la obra, quien deseando apartarse de la comun senda que habian seguido sus predecesores en sus escursiones a Chile, envió delante de sí injenieros i obreros que aplanasen las montañas i construyesen calzadas de piedra donde fuese necesario. «Se colocaron tambien de tres en tres leguas jentes cuyo oficio era preparar todo lo que pudiera ser útil a los viajeros i reparar el camino. Estos trabajos, continua Montesinos, están hoi enteramente destruidos, pues apénas si quedan vestijios.[26]»

Segun opinion de otros, sin embargo, debe atribuirse a Huayna Capac el honor de haber dado principio a la obra.

Este camino de la sierra, como se le ha llamado en contraposicion al del desierto, doblaba su curso frente al valle de Chile, i subiendo por las crestas de los Andes hasta encontrar la quebrada en que corre el rio de Aconcagua, venia a terminar en el centro de nuestro territorio.

«Cortas memorias, dice Rosales, han permanecido en Chile destas calzadas de los Incas; mas, en el camino que va del valle de Aconcagua se ven muchas casas i paredes de trincheras o fuertes de piedra tosca, donde se alojaban los corredores i capitanes del Inca que venian en socorro del ejército que militaba contra los indios chilenos, los cuales no dieron lugar para tan

24. Ewbank, *The U. S. naval astronomical expedition*, t. 2.°, lug. cit.
25. Véase Philippi, *Viaje al desierto de Atacama*, páj. 76.
26. Páj. 182.

largo sosiego, ni se rindieron de manera que sirviesen en estas fábricas. Demas de que la cordillera es aquí tan áspera, doblada i fria, que les habia de costar mui caro andar en ella en tiempo de invierno. I las casas que en ella hai son muchas, i no por un camino seguido sino por varios cerros i cordilleras, con que presumen muchos que las hicieron para labrar las minas que en ellas hai, porque en algunas partes se ven señales de hornillos, lavaderos i pilas de piedras en que molian metales.[27]»

Dando testimonio de estos mismos vestijios dice otro jesuita, que «en la córdillera i en los valles por donde se camina se ven varias casas, de las cuales no se puede conjeturar otra cosa sino que las hayan hecho los indios del Perú por órden de sus monarcas o de sus jeneralísimos, para dar a los jefes o subalternos de las tropas que pasaban a Chile defensa contra las nieves o abrigo contra los aires delgados i frios que se dejan sentir en tanta elevacion por las noches, aún en los meses mas calientes. Están dichas casas comunmente en distancias proporcionadas a las marchas de un ejército, aunque no en todas se observa esta regularidad porque a las veces se encuentran algunas a la legua i aún poco ménos de las otras, i se puede creer del formidable poder de aquellos príncipes, que lo tenian aún sus criados para fabricar edificios con el fin de pasar una noche en alivio i ostentacion.

«Son los edificios con paredes i techo de piedra no labrada ni unida con mezcla, sino acomodada por la artificiosa prolijidad de buscar las caras para la parte esterior i los ajustes para la interior, segun ofrecia su misma configuracion; i así han durado estos edificios algunos centenares de años en tierra de tantos terremotos, i sin haber quien cuide de reparar las ruinas, que es cosa mui para admirar. Suele haber en cada paraje muchas juntas, i siempre descuella alguna de ellas en la altura i excede en la capacidad a las demas, como destinada al parecer para honroso i cómodo hospedaje de los jefes i de sus numerosas familias. Las

27. *Historia*, tom. I, páj. 199.

mas de ellas están del todo arruinadas; en algunas se mantiene en pié alguna gran parte del muro, i en mui raras alguna pequeña porcion de la techumbre. Rústicas máquinas que por ser en parajes tan yermos exitan la curiosidad a su inspeccion i detienen gustosamente al caminante, aliviando el tédio de la fatiga i riesgo con darle materia para que filosofe a su modo sobre la causa eficiente i final de unos monumentos a los cuales hace mas que el sitio i la forma venerables la antigüedad.[28]»

«Estas ruinas, dice un moderno escritor, que mas parecen de pequeños corrales, que de chozas o habitaciones humanas, existen todavía de trecho en trecho en el camino de Uspallata, i los arrieros denominan esos parajes *tambos* i *tambillos*, lo mismo que los indios peruanos.[29]»

El célebre Cárlos Darwin, que viajó tambien por estas rejiones nos ha dejado algunos datos interesantes con apreciaciones no ménos juiciosas acerca de las construcciones que se observan en lo alto de las cordilleras.

«Cerca del puente del Inca se encuentran, dice, algunas ruinas de antiguos edificios indíjenas. Esto sucede tambien en varias otras partes; pero las mas perfectas que yo ví fueron las ruinas de Tambillos. Se encontraban allí agrupados pequeños departamentos cuadrados, aunque en distintos grupos. Algunos de los umbrales aún permanecian, i eran formados por un trozo de piedra atravesada, pero solo a la altura de tres piés. Ulloa en sus *Noticias americanas* hace notar lo bajo de las puertas en las antiguas habitaciones de los Incas. Estas casas, cuando intactas, deben haber podido contener un número considerable de personas. La tradicion apunta que se usaron como lugares de descanso para los Incas, cuando cruzaron estas montañas. Se han descubierto restos de habitaciones indíjenas en muchas partes de la cordillera, donde no parece probable que hubiesen sido construidas como simples lugares de reposo; sino donde la tierra es tan estraña a toda clase de cultivo, como cerca de los Tambillos o puentes del

28. Olivares, *Historia de Chile*, páj. 18.
29. Nota a Rosales, páj. 199.

Inca. En el paso del Portillo ví un grupo de estas ruinas. En la quebrada de Jahuel, cerca de Aconcagua, donde no hai senda, oí hablar de numerosos restos situados en una gran elevacion, donde a la vez hace mucho frio i es en estremo incultivable. Al principio pensé que estas casas eran sitios de refujio construidos por los indios cuando la primera llegada de los españoles; pero despues me he sentido mas bien inclinado a pensar en la posibilidad de un pequeño cambio de clima.»

«En el norte de Chile, en la cordillera de Copiapó, se encuentran en muchos lugares antiguas casas indíjenas; i cavando entre las ruinas no es raro descubrir restos de artículos de lana, objetos de metales preciosos i mazorcas de maíz. Poseo por este medio una punta de flecha de ágata precisamente de la misma forma de las que al presente se usan en la Tierra del Fuego. No ignoro que los indios peruanos—(Mr. Pentclant aún considera que la inclinacion por los sitios elevados es característica de esta raza—(*Geograph. Journ.*) frecuentemente habitan las rejiones mas frias i elevadas; pero en estos casos, se me aseguró por hombres que han gastado su vida viajando en los Andes, que se encontraban muchísimas casas en sitios tan elevados que alcanzaban al límite de las nieves eternas i en parte donde no existen pasos i donde la tierra no produce absolutamente nada, i lo que es mas estraordinario, donde no hai agua. Sin embargo, la opinion de los naturales es que, segun la apariencia de las construcciones, debieron haber sido lugares de residencia. En el despoblado, cerca de Copiapó, en un sitio llamado Punta Gorda, vi los restos de siete u ocho pequeños cuartos cuadrados, de una forma semejante a los de Tambillos, pero construidos principalmente de barro (que los actuales habitantes no pueden imitar como durabilidad) en lugar de piedra. Estaban situados en los lugares mas conspicuos i desabrigados, en la estremidad de un valle ancho i plano. No habia agua sino a tres o cuatro leguas de distancia, i esto en mui corta cantidad i mala, el suelo era enteramente estéril, i en vano busqué siquiera un líquen que adhiriese a las rocas. Al presente, con

la ventaja de las bestias de carga, una mina, a ménos que fuese mui rica, escasamente podria ser esplotada con provecho. ¡I los indios lo elejian como lugar de residencia en lo antiguo! Si en la época presente cayesen dos o tres aguarceros en el año, en lugar de uno en el espacio de tres o cuatro, como sucede actualmente, se formaria probablemente un pequeño hilo de agua en este estenso valle, i en seguida por la irrigacion (cuyo método entendian tan bien los indios) podria el suelo rendir fácilmente alimento para unas pocas familias.[30]»

De una relacion del capitan Olaverría, citada anteriormente, aparece, sin embargo, que los restos del ejército peruano que quedaban en Chile despues de su gran derrota al sur del Maule, emprendieron su retirada a la tierra nativa al traves de la cordillera, pero siguiendo el cajon del rio Putagan. Debemos, por tanto, deducir de aquí que aquella senda era ya entónces practicable i conocida de los indios i que acaso junto con la via principal de Aconcagua, habia muchas otras paralelas que, ascendiendo por el curso de los rios, iban a entroncarse a la gran ruta que corria del otro lado de los Andes.

¡Sabe Dios si acaso ese misterioso cuanto ignorado camino por el cual es fama pasaban la cordillera en el sur de Chile las carretas que venian de Buenos Aires, no tuvo tambien oríjen en noticias trasmitidas desde aquella remota época!

Mas, dejando aparte hipótesis mas o ménos probables, conviene por un momento recordar los variados servicios que los Incas tenian implantados en la larga estension de sus vias de comunicacion; pero como no nos es posible entrar en detalles que han sido ya descritos con maestría, bastará con que digamos que habia allí empleados para el servicio de los correos o mensajeros del soberano; jentes encargadas de reparar la senda, como lo hemos ya apuntado; casas i almacenes destinados a guardar los víveres i ropa i armas i cuanto era menester para el servicio del ejército, etc., etc.

30. Páj. 409.

«La hidrotecnia de los antiguos peruanos, dicen Rivero i Tschudi, merece nuestra atencion tanto como la arquitectura. Fabricaban acequias descubiertas, llamadas *rarecac*, i acueductos subterráneos de asombrosa estension, venciendo todas las dificultades que les oponia la naturaleza, con sumo arte, con el objeto de fertilizar los campos áridos.[31]»

Disertando sobre esta misma materia, un viajero de estos últimos años, declara que, «el sistema de regadío de los antiguos peruanos es mui digno de atencion. Aún en las partes donde llueve seis meses en el año, construian inmensos canales de regadío. No solo economizaban los mas pequeños retazos de tierra, edificando sus habitaciones i ciudades en lugares inadecuados para el cultivo, i enterraban sus muertos donde no podian menoscabar el terreno cultivable, sino que terraplenaban las faldas de los cerros hasta la altura de cientos i miles de piés i conducian las aguas de las fuentes de las montañas i torrentes hasta que se perdian abajo en los valles. Estas acequias, como se las llama hoi, fueron a menudo de un tamaño i estension considerables, alargándose en algunos casos hasta centenares de millas...[32]»

Estas manifestaciones del desarrollo a que habia alcanzado el arte incarial aplicado a la agricultura, se encuentran tambien representadas en Chile, aunque naturalmente no con las proporciones i magnitud a que segun se afirma alcanzó a llegar en las rejiones centrales del imperio. Estos adelantos, como lo dice don Claudio Gay, tuvieron su oríjen «en el vivo amor que los peruanos tenian a la agricultura, que era inmediatamente introducido en los pueblos que sus conquistas, eminentemente civilizadoras, reunian a esta gran monarquía. Asi es que desde que el norte de Chile fué dominado por el Inca Yupanqui, se estableció en este territorio una cultura de cuyo progreso dan testimonio las nu-

31. *Antigüedades peruanas*, páj. 253.
32. E. George Squier, *Perú, Incidents of travel and exploration in the land of the Incas*, London, 1877, 8.°.

merosas ruinas de *canales de riego* que se encuentran en muchas partes de la localidad.[33]»

Pasando ahora a casos concretos que justifiquen la tésis que los escritores que citamos establecen, tenemos que, en cuanto a acueductos subterráneos, parece que debió tener oríjen peruano uno que se descubrió precisamente en el local que al presente ocupan las casas de los Baños de Colina. El agua era conducida por la quebrada en tubos de greda, como de un decímetro de diámetro, i sin duda alguna, estaban destinados a aprovechar las escasas aguas del verano para conducirlas, mediante su alto nivel, a algun punto del valle.

En cuanto a acequias descubiertas nuestros datos son mas abundantes i seguros.

En la sesion que celebró el Cabildo de Santiago en 28 de noviembre de 1552, presentóse Pero Gomez, vecino de la ciudad, con un mandamiento del Gobernador en que se ordenaba se diese a los indios del dicho vecino unas tierras que aseguraba eran suyas i que le habian sido arrebatadas. Los cabildantes declararon en el acto que lo obedecian, pero que en cuanto a llevarlo a debido cumplimiento, eso era otra cosa, pues comisionaron a un alcalde i dos rejidores para que fuesen a ver las tierras e informasen a la corporacion, la cual al mismo tiempo dispuso que Pero Gomez «probase i averiguase como *esta acequia* i tierras que pide de la madera *cómo era* i la gozaban los *mitimaes que eran del Inga*, i que cuando el señor Gobernador entró en esta tierra no la poseia Talagante, cacique.[34]»...

Sobre esta misma acequia encontramos tambien en las actas del Cabildo de 14 de abril de 1553, una nueva resolucion, por la cual se mandaron ver las tierras «que están junto a la dicha acequia, que solian ser de los mitimaes del Inga; que se entiende donde se puedan sustentar i estar allí poblados el principal Huelenhuala i sus indios.[35]»

33. *Historia de Chile. Agricultura*, t. I, páj. 2.
34. *Actas del Cabildo*, páj. 317.
35. Id., páj. 347.

De la misma fuente consta tambien que existia en aquella época la acequia que se llamaba de Charamahuida, que salia del rio Maipo, i otra intitulada de Inca Gorongo, principal señor de Apochame.[36]

Pero el dato mas preciso sobre esta materia i con mucho el mas importante de todos es el que consigna el minucioso Rosales, quien refiere que un gobernador del Inca, llamado Vitacura, hizo abrir a fuerza de brazos una acequia en el lugar que hoi se llama del Salto, en las cercanías de Santiago, para regar las sementeras del valle que se estiende desde el pié de los cerros de donde nace el agua. Esta acequia, conocida hasta hoi por el nombre del que la hizo abrir i cuyas huellas pueden aún claramente percibirse, se hizo famosa sobre todas por la trájica historia que envolvió su construccion, «pues despues de haber sudado en hacerla mucho tiempo, porque no se acabó para el dia que habia determinado que corriese el agua, hizo que corriese por ella sangre de cinco mil indios.[37]»

El abate Molina, hablando en jeneral sobre el arte de los primitivos indios, dice: «Se ven tambien en varias partes del reino canales conducidos con intelijencia, de los cuales aquellos naturales se servian para regar sus campos». I con relacion al canal de Vitacura, segun es fácil deducirlo, espresa que entre todos merece especial atencion por su subsistencia i direccion, «el que costea por el espacio de muchas millas las ásperas faldas de los montes vecinos a la capital, i que baña la tierra situada al setentrion de la misma.»

Dados estos antecedentes i la práctica i saber de los peruanos establecidos en el norte de Chile, es mui probable, como se expresan M. Gay i Córdoba i Figueroa[38] que ellos contribuyesen en mucho a fomentar los progresos de la agricultura. «Hai, ademas, razones para creer, continúa el mismo autor,

36. *Actas*, pájs. 124 i 126.
37. *Historia de Chile*, tom. I, páj. 406. Vitacura estaba aún en Mapuche cuando llegó Pedro de Valdivia. Mariño de Lovera, páj. 45.
38. *Historia de Chile*, páj. 32.

que ellos introdujeron el ají, la quínua, la especie de frejol llamado pallar, objetos que con el maíz, el madi i las papas representaban los únicos productos agrícolas del país.»

Cualquiera que conozca medianamente la antigua historia del Perú habrá podido notar que la tendencia, así del gobierno como del pueblo, era realizar en comun las faenas que se ofrecian, constituyendo sociedades de ocasion destinadas a realizar en conjunto la obra de cada uno i disfrazando el trabajo bajo la apariencia de una fiesta. «Aquí tambien, en Chile, declara M. Gay, se cantaban himnos de alegría en medio de los trabajos, i si al presente no tiene ya el viajero oportunidad de escucharlos, como en el Perú, a no ser en algunos parajes retirados de la provincia de Chiloé,[39] donde se les llama *Pur-ru*, puede aún presenciar ciertos regocijos que, con el nombre de *mingacos*, se ven en algunos lugares, siendo, sobre todo, en el sur donde se han conservado con mas o ménos pureza estos mingacos. Allí, mediante algunos platos i algunos cántaros de vino,[40] todo propietario reune suficientes trabajadores para ayudarle en sus cosechas, teniéndose por dichosos al concurrir gratuitamente a trabajos en que el goce i la alegría tienen tan gran parte.[41]»

En cuanto a la industria, es manifiesto que en la alfarería, sobre todo, los peruanos mejoraron de una manera estraordinaria el arte que al tiempo de la conquista que realizaron existia en Chile. Es natural preguntarse, estudiando la parte interna de algunos de los objetos de barro que actualmente poseemos estraidos de los sepulcros, si han sido fabricados al torno. I miéntras mas al norte de nuestro país se encuentran dichos objetos, tanto mas marcada es la semejanza que puede encontrarse con aquellos tenidos por jenuinamente peruanos. Hácia el norte, el pulimento es mas fino, la forma mas elegante, las imitaciones humanas en los objetos comienzan a aparecer, i la pintura asume esos colores hermosos que ni el tiempo ni su larga permanencia bajo de tie-

39. Nótese, sin embargo, que los peruanos jamas llegaron hasta Chiloé.
40. El autor no debia olvidar la música i el baile.
41. *Agricultura*, t. I, páj. 2.

rra han conseguido hacer totalmente desaparecer. En los objetos sacados de los sepulcros que existen desde Maipo al sur, por el contrario, las pinturas casi no existen, la forma humana desaparece del todo, i en lugar del trabajo bien concluido i hasta elegante, solo se encuentran vasijas de una arcilla tosca i de formas poco simétricas. En nuestro álbum puede, por decirse así, seguirse casi paso a paso este progreso del arte desde el sur hácia el norte. Sin embargo, en Valdivia es de notarse que existia una cierta superioridad sobre los trabajos semejantes de las provincias intermedias, constituyendo de este modo un centro aparte.

El cocimiento se hacia en hoyos escavados en las paredes de las quebradas,[42] i así preparadas las piezas, se barnizaban despues con tierras minerales de distintos colores, que llamaban en jeneral *colu*. Hablando al rei de estos utensilios, sin distincion de localidades, Pedro de Valdivia aseguraba que los indios de Chile «tenian muchas i mui pulidas vasijas de barro.[43]»

En el *Atlas* hemos dado primero colocacion a las tazas i platillos, siguiendo, en cuanto ha sido posible, la separacion correspondiente a las localidades. La taza número 161, de propiedad de don Demetrio Lastarria, es de una greda bastante fina, de paredes mui delgadas i de forma elegante. Ha sido estraida de una escavacion practicada cerca del puerto de Blanco Encalada, i tiene veinticuatro centímetros de diámetro en su abertura, i once de alto. Los dibujos con que están adornadas las paredes esteriores aparecen divididas en dos secciones diversas i alternadas: una en figura de triángulo, formada por pequeños biscochos de dibujo idéntico, que van paulatinamente decreciendo hácia la base; i otra, mas o ménos cuadrangular, de dibujos varios, pintados de tres colores.

La figura número 162 representa un platillo relativamente chato, sacado de una huaca de Vallenar, i provisto de dos peque-

42. Molina, *Historia natural*, lib. I, cap. IV. Los araucanos llaman al alfarero *hueyduñ*, i tienen la voz *covillca*, cocer losa.

43. *Cartas*, páj. 65.

ñas asas. La cara interna está pintada de blanco, i dividida por mitad, en la direccion de las asas, por una lista de dibujos.

A esta misma clase pertenece la número 165, de Freirina, que representa, al parecer, una especie de ave acuática, con cabeza i cola. En la superficie interna se han formado cuatro secciones, dos de las cuales están adornadas con pequ eños dibujos de flamencos, (*Phaenicopterus.*)

Procede de Copiapó el utensilio de esta especie figurado en el número 164. En su cara interna, i en direcciones alternadas se ven dos dibujos bastante elegantes, i en su parte esterna, tambien alternadas, dos pinturas en forma de escalerillas, encerradas dentro de un trapecio i separadas por una línea trasversal.

Las figuras 166–170 nos muestran cinco de estos objetos, todos procedentes de Tongoi, que llaman la atencion por la variedad de los dibujos de la parte esterna, i especialmente los dos últimos por representar de relieve un pájaro i un pescado.

Los números 171 i 172 figuran dos de estos pequeños platillos, hallados en Conchalí, en las vecindades de Santiago. El primero está adornado con dibujos en su cara esterior, i el segundo en la mitad de su parte esterna.

La taza marcada con el número 173, procede de Valdivia, i como se ve, se acerca mucho a las que hoi se usan como fuentes en nuestros campos. La tosquedad de la obra se estiende igualmente a las dos tazitas que le siguen en numeracion, i de las cuales la primera, provista de dos pequeños apéndices, es de Copiapó, i la restante de las cinco, de Valdivia.

Del exámen i comparacion de los utensilios de esta especie podemos, pues, deducir, que si bien en el norte de Chile, hasta Santiago, en el país sometido propiamente a los Incas, la industria de la alfarería era notable, tambien, probablemente la jente ménos acomodada, usaba aún objetos bastante toscos. Del sur no conocemos platos adornados con pinturas, aunque sí algunos cántaros.

De estos, uno de los únicos que hayamos visto representando alguna figura humana es el que damos de tamaño natural con el

número 175. Ha sido sacado de una sepultura de Petorca i pertenece al señor Lastarria. Sobre la cabeza tiene una especie de bonete, que constituye la boca del cántaro, desprendiéndose hácia el frente dos amarras o trenzas, que rematan en unas cabezas de reptil. El peinado está constituido por una serie de estas trenzas provistas de las mismas figuras. Las prominencias o jorobas que se notan hácia la parte superior del utensilio son probablemente adornos de mera fantasía.

Al lado de la lámina prece dente damos otra figura, procedente de Iquique, que hemos colocado ahí como comparacion i porque al fin i al cabo, hoi por hoi, debemos considerarla como chilena. En la posicion en que se ve, representa un hombre o mujer sentado sobre sus rodillas, sosteniendo en la cabeza una gran redondela, de cuya base se desprende una túnica, que el individuo sostiene por sus estremidades con ambas manos. En la cintura tiene una faja bien adornada; i la abertura del cántaro está colocada en un tubo, tras de la redondela puesta sobre la cabeza.

La figura 177, que es casi en un todo idéntica con la 181, procedente la primera de Vallenar i la segunda de Freirina, ambas de tamaño natural, tienen dos golletes: uno de ellos representa una cabeza de ave con su cuello, i el otro sirve de abertura, estando los dos reunidos por una asa.

Se ha querido tambien figurar al parecer una ave de ribera, algo como un pato, en la número 178, encontrada en la hacienda del Principal, cerca de Santiago, de cuyas vecindades tiene tambien oríjen la número 183, dibujada en el tercio de su tamaño, de la cual el señor Ewbank que la descubrió hace ya algunos años, dice «ser perfectamente alisada, suave al tacto, i que pertenece a la clase de objetos que podriamos llamar de fantasía, útiles para los menesteres diarios como para la ornamentacion.»

Debemos colocar entre los cántaros provistos de asas i adornados con figuras humanas o animales a los que presentamos dibujados con los números 186, 67 i 68. El primero ha sido sacado de Tongoy, i como en los dos restantes, uno de los golletes sustenta la figura, miéntras el otro sirve de abertura. El señor don

Wenceslao Diaz posee tambien de Tongoy, uno de estos cántaros, pero, en vez de tener la abertura en la forma dicha, se le ve en sentido opuesto, esto es, sobre la cabeza del ave que representa.

Los números 67 i 68, de mitad del tamaño natural, procedentes de las vecindades de San Felipe i en poder de don Luis Montt, pertenecen a la clase de los utensilios de greda que en el Perú se conocen con el nombre de «silvadores,» porque al vaciar el líquido que contienen en el interior, emiten un sonido que en muchos casos imita bastante bien el canto o ahullido del pájaro o animal representado.

Tiene tambien dos golletes, unidos por una asa, el número 187, sacado de una huaca en la Angostura, que llama la atencion tanto por la especialidad de sus dibujos como por lo anguloso de sus formas.

Los pequeños cántaros dibujados con los números 179, 180, 182 i 185 proceden del norte de Chile, siendo de todos ellos el mas notable, no por sus dibujos ni pulimento, el 182, sino por esa misma forma angulosa i a la vez elegante que ya hemos hecho notar en el cántaro de la Angostura i que lo asemeja bastante a un utensilio moderno.

Pero sin duda mas hermosa que todos los anteriores por sus grandes dimensiones, por su forma i sus dibujos es la vasija representada en el número 66, en la cuarta parte de su tamaño, que procede de Cheyepin (Illapel) i pertenece al señor Montt, quien cree que debió estar destinada para guardar algunas provisiones domésticas.[44]

No desdice de la anterior la que damos en el número 110, que por sus dimensiones i su cuello estrecho debió ser una de las vasijas que los indios designaban con el nombre de *malgues* i que servian para conservar la chicha. De las dos restantes que se ven en esa lámina la mas curiosa es la del número 208, sacada por nosotros de una antigua sepultura de la provincia de Curicó, en cuyo interior habia, ademas de varias semillas, los restos de un niño.

44. Véase la *Revista arqueolójica de Santiago*, páj. 5.

Las vasijas de los números 184, 191, 197, proceden de Valdivia i manifiestan de una manera concluyente que en esa parte del país, los alfareros indíjenas habian sobrepasado en mucho en su arte a los de otras partes del territorio; pues, segun puede constatarse de los dibujos que damos de otras vasijas de esta procedencia, en los números 178–190, la alfarería era meramente rudimentaria, correspondiendo propiamente a la clase usada durante la edad de piedra.

Por mas detalles acerca de cada uno de estos objetos remitimos al lector curioso a la esplicacion de las láminas inserta al fin del testo.

Pero, como dice con mucha verdad el abate Molina que ha estudiado con especial atencion lo que se refiere a la industria primitiva de Chile, «no solamente se servian los indíjenas de la tierra para hacer aquellas labores, sino que empleaban tambien los leños duros i el mármol, de cuyas materias se encuentran algunos vasos pulidos con perfeccion». Ya Pedro de Valdivia habia repetido esto mismo al rei en una de sus cartas; mas, estimamos que hoi es imposible comprobar estos asertos en lo referente a los utensilios de madera de oríjen verdaderamente antiguo, al ménos en la rejion central del país, por sus especiales condiciones climatéricas.

Respecto a los de piedra se ofrece una dificultad semejante a la que tendremos ocasion de indicar cuando hablemos de los ídolos de la misma naturaleza, porque es singular que las vasijas de este material sean relativamente abundantes en las provincias centrales, i probablemente tan escasas en las del norte que no poseemos noticia de ninguna hallada en esas rejiones. A juicio nuestro, esta anomalía obedece a una consideracion que estimamos tambien perfectamente aplicable a los ídolos, i que encuentra aquí su natural colocacion.

Es sabido que, así como en las provincias que se estienden al norte de Santiago i que constituyen, por decirlo así, una zona aparte del resto del país, las venas metalíferas de plata i cobre son infinitamente mas abundantes que en el sur, i que, por tanto,

al paso que en esas partes es relativamente fácil procurarse materiales de esta especie, en el sur, por el contrario, las dificultades son infinitamente mayores, especialmente si se atiende a los medios de esplotacion con que contaban los industriales peruanos. Nada, pues, tiene de estraño, i por la inversa aparece mui verosímil i esplicable, que así como en el norte habia facilidades para emplear el material metalífero, en el sur han debido ocurrir, cuando no se queria emplear la arcilla, a la piedra. I como se conocian los instrumentos de bronce, estos mismos servian para la elaboracion de los artefactos de piedra, i por consiguiente para los vasos i otros útiles semejantes.

El vaso número 101 de nuestro álbum ha sido encontrado cerca de Casablanca, hallándose representado en la mitad del tamaño natural. Es de una piedra arenisca, blanda, parecida a la que llamamos cancahua, i es de propiedad de don Luis Montt. Tiene dos apéndices laterales que han sido hechos con el fin de agarrarlo de esas partes, i está asentado sobre tres piés.

El número 102, tambien de la mitad de su tamaño natural i de propiedad del mismo señor, procede de la hacienda del Batro, cerca de Valparaiso, i su estado de conservacion así como su trabajo artístico, son mui superiores al del anterior. Está hecho de piedra talcosa, i tiene en los apéndices de los lados dos agujeros destinados a recibir alguna cuerda para ser colgado, i por uno de sus costados una cara humana de relieve, con ojos, narices i boca, pero sin orejas. En lugar de tres piés, solo tiene un asiento de un solo cuerpo, i su forma ovalada es mucho mas regular que la semi-esférica del anterior.

La figura 111 tiene mucha semejanza con la 101. Es tambien de piedra talcosa jaspeada, pero sus líneas no son tan correctas como las de esta última. Es igualmente de la mitad del tamaño natural, de la coleccion del Museo Nacional i de procedencia desconocida.

La vasija que representa el número 106, dibujada en la tercera parte de su tamaño, i de un material enteramente análogo al de la 102, aunque carece de una regularidad completa, merece

llamar la atencion por su forma ovoide i las cuatro alas que adornan sus costados. Igualmente se guarda en la coleccion del Museo Nacional, i ha sido hallada no sabemos donde.

La del número 110, tiene veintisiete centímetros de altura, dos apéndices laterales en la misma direccion del cuerpo del utensilio, i cada uno con un agujero; es de jaspe i ha sido hallado en el lugar de Panamá, en la provincia de Curicó. Merece notarse en él la forma especial de la base en que descansa i mas que todo la horadacion oval del pié.

Hemos tenido ocasion de examinar algunos otros tiestos de esta especie, pero pocos que se encuentren en igual estado de conservacion. Indudablemente han debido pertenecer a la jente mas acomodada de aquellos antiguos habitantes, constituyendo verdaderos objetos de lujo en el pequeño ajuar de la casa. Sin embargo, no es tan fácil atinar para el fin preciso a que hayan estado destinados. Los señores Rivero i Tschudi que han dibujado tambien cinco de estas vasijas, algunas de ellas procedentes del Cuzco, se limitan a decir que son «tazas;» pero si los números 101 i 111, por ejemplo, semejan especies de ollas que parecen indicar se les deseaba colocar sobre brasas, su poca capacidad aleja esta suposicion, i la naturaleza blanda de la piedra tampoco nos puede hacer creer que hayan servido de morteros para el ají u otras sustancias semejantes. Los números 102 i 110 corresponden mucho mas aproximadamente por su forma a nuestros modernos floreros, pero no participamos de la idea de que aquella jente primitiva hubiese llevado su refinamiento hasta elevarse a conservar en sus pobres habitaciones manojos de las flores silvestres para respirar su perfume. Acaso con mas fundamento i verosimilitud puede sostenerse que eran copas destinadas a servir en ellas la chicha a personajes de distincion en graves i solemnes ocasiones. En todo caso, puede afirmarse que han permanecido sin uso alguno en poder de sus dueños orijinarios, por el estado de conservacion admirable en que casi todas ellas se encuentran.

Otro objeto de piedra de aquella edad que se ha podido obtener, de Vichuquen, i que dibujamos de tamaño natural bajo el

número 104, es una hermosa mano de mortero, que figura en su parte superior una cabeza de gato. No necesitamos decir que en Chile existen dos especies salvajes (*Felis pajeros* i *Felis guiña*) de este animal que ha podido servir de modelo al artista. Ha sido tambien sin duda un objeto de lujo, pues ademas del esmerado trabajo que ha requerido, su estado de conservacion demuestra que no ha tenido ningun uso.

La figura 103, representada en el tercio del tamaño natural, fué encontrada en Quintero i es de la piedra llamada vulgarmente del Tabon. El mango de que está provista demuestra claramente que estaba destinada a llevarse en la mano, i tambien colgada, por el agujero que en su estremidad posee. La parte superior, que es casi completamente redonda, tiene en uno de sus lados una entrada, que en su parte esterior figura al parecer un pico de loro, i en el centro una pequeña protuberancia tambien redonda, destinada, a nuestro juicio, a representar el ojo del ave. De este ojo parten hácia los bordes varias líneas lijeramente escavadas que sirven de adorno al conjunto. Conocemos tambien otros dos objetos semejantes hallados en la provincia de Colchagua, de piedra porfídica, mucho mas dura que la de la figura descrita i sumamente bien pulida i alisada; pero en mui mal estado de conservacion. Probablemente ha sido una insignia de mando destinada a usarse en la guerra.

Don Claudio Gay habia dibujado ya en su obra el objeto que reproducimos bajo el número 74, hecho de mármol del Tabon, i cuya procedencia es evidentemente peruana. Como se ve, es una especie de estrella de siete picos, lisa por su parte superior, i ahuecada en la inferior, lo que demuestra sin duda que era una especie de mango o terminacion de un baston. Pero si es fácil deducir de su forma el uso jeneral a que estuvo destinada no se esplica de una manera enteramente satisfactoria el porqué de los pequeños agujeros que se notan en cada una de sus estremidades, debiendo advertirse mientras que hai seis superficiales, existe uno, como se ve en el dibujo, que taladrando un brazo, penetra hasta la cavidad central. ¿Tuvo esto por objeto hacer pasar por

el pequeño agujero algun clavo de cobre para asegurar el mango al baston? No se ocurre otra cosa, pero tampoco puede negarse que el grueso del claro ha debido ser insuficiente para lograr cumplidamente este fin, mucho mas si se atiende a que no estaba tampoco apoyado por un refuerzo análogo del lado opuesto.

El número 108, tamaño natural, sacado de una hueca de Freirina, representa un pomo de jaspe, sumamente interesante, pues en sus dos cavidades, separadas una de otra por un tabique delgado de la misma piedra, se ven todavía restos de la tierra con que las mujeres debieron teñirse la cara.

Creemos que para el mismo fin ha servido el utensilio figurado con el número 107, que es de alabastro i ha sido hallado en el norte; i probablemente tambien la especie de limon, que representa de la mitad de tamaño natural la figura 112, que se encontró en el cauce del estero Guirivilo de la provincia de Curicó. Los peruanos llamaban *llimpi* a la pintura del rostro i empleaban en ella el cinabrio, para cuyo único fin esplotaban la célebre mina de Huancavelica.[45]

Esta manera de conservar los afeites implica, pues, un progreso respecto del sistema araucano, limitado de ordinario, segun hemos visto, a guardar en panes o terrones el *colù* o pintura ocreosa, o a emplear el zumo de las hojas de ciertas plantas indíjenas. I ya que de adornos mujeriles se trata, debemos decir algo respecto de las alhajas que los peruanos introdujeron en el traje o en la persona.

«Usaban las indias, dice Arriaga, medias lunas de plata, que llaman *chacrahuica*, i otras que llaman *huamas*, i otras como diademas o patenas redondas que llaman *tincurpa*; unas de cobre, otras de plata, i no pocas de oro;... i las *huacras*, que son unos como collares.[46]» Estas últimas responden evidentemente a la joya araucana conocida con el nombre de *llancas*, de que ya hemos hablado. El señor Garrido estrajo de una sepultura de Freirina una de estas *huacras*, formada por pequeñas piedras de

45. Rivero, *Memorias científicas*, tom. II, páj. 86.
46 *Extirpacion de la idolatría*, páj. 44.

malaquita, de diversos tamaños, todas agujereadas en el centro, pero a las cuales faltaba la cuerda que las habia reunido, probablemente por haberse destruido con el trascurso del tiempo que habia estado enterrada. A pesar de esta coincidencia, no creemos que los peruanos introdujesen en Chile la moda de estos collares, pues es sabido que en todos los pueblos salvajes existen alhajas semejantes, formadas ya de conchas, ya de dientes de animales i otros objetos. Pero acaso no puede decirse otro tanto del *topu* o *tupo*, especie de alfiler grande i de formas variadas con que las indias hasta hoi se prenden la parte superior del vestido a la altura del pecho.

El viajero Bollaert que habia recojido algunos datos sobre antigüedades durante su permanencia en el norte de Chile, apunta el hecho de que Mr. Abott, en unas sepulturas, anchas i pequeñas, que se levantaban sobre el suelo en forma de montículos, hasta una altura como de doce piés, abiertas en Copiapó, en 1843, se encontraron, ademas de algunas vasijas de greda, puntas de flechas, maíz, piedras de moler i alfileres de cobre.[47]

Procedente de Copiapó es tambien la alhaja de esta especie que dibujamos bajo el número 131, de tamaño natural, i que corresponde por su forma a la denominacion de *chacrahuica* de que habla el jesuita Arriaga, pues, como se verá, tiene en su parte superior la forma de media luna, con el apéndice de un largo alfiler redondeado, destinado evidentemente a servir de prendedor. La media luna es una lámina mui delgada, con un pequeño agujerito en su parte central. Es de oro fundido i pertenece a la familia Prieto.

Enteramente análogo al anterior por su forma i material es el que representa de tamaño natural la figura 121, que el señor Garrido estrajo de una huaca de Freirina. ¿Fué de uso de algun niño! ¿Estuvo destinado a sostener alguna pequeña cinta del peinado, como el *tharilonco* de los araucanos? ¿Fué simplemente un juguete? No sabriamos decirlo, pero parece evidente que no

47. *Researches, etc.* páj. 175.

ha podido prestar los mismos servicios que el que en su comparacion podriamos llamar jigante, de que acaba de tratarse.

En una sepultura antigua de indios, cerca de la ciudad de Osorno, se ha encontrado igualmente un alfiler semejante, pero por hallarse junto con un trozito de fierro manifiesta que ha sido allí enterrado con posterioridad a la conquista española. Este alfiler, que lleva el número 132, es de plata, tiene uno de sus estremos aplanados, i en él un agujero. Se conserva en el Museo Nacional i puede servirnos para manifestar hasta que punto se jeneralizaron en aquella época las artes peruanas en Chile.

Los araucanos usan hasta el presente como joya de valor los tupos peruanos, que acaso en su oríjen entre nosotros solo fueron de espinas de árboles o de pescados, pero afectan formas orijinales i distintas de las que acostumbraron al parecer sus importadores. Hai de dos clases de estos tupos, unos de la forma i proporciones que se ven en el número 129, i otros, mas o ménos de las mismas dimensiones, pero que, en vez de tener su parte superior aplanada, la llevan en forma de una esfera hueca. Una i otra especie son de plata, i como podrá observarse, la cabeza o parte superior, tiene dibujada de relieve por medio de golpes dados en el anverso, una serie de puntos, figurando el de mas adentro una especie de cruz, hecha de la misma manera. El alfiler está unido a la redondela por medio de dos remaches o puntas que nacen del mismo alfiler. El que dibujamos tiene treinta i nueve centímetros de largo i pesa ciento ochenta gramos.

De los aretes usados hasta hoi por los araucanos ya hemos dicho lo suficiente, pero cúmplenos ahora coleccionar lo que en este órden nos ha quedado de los peruanos. De estas joyas se conocen algunas estraidas de Freirina, de plata fina, fundida, de un trabajo esmerado i de formas elegantes, que se encuentran mui léjos de asumir las proporciones disonantes i las formas pesadas a que alude el padre Rosales al referirse a estos objetos, como puede verse en el ejemplar que dibujamos con el número 119. Quizás a este órden de objetos debe tambien referirse el

número 116, de la misma procedencia del anterior, que representa dos láminas de oro mui delgadas, que tienen en relieve, juntándolas, una cara humana, con nariz, ojos, boca, i en la estremidad inferior una serie de puntos, todo formado por abolladuras hechas por el lado del reverso. En la parte superior, sobre las dos líneas de relieve que indican los contornos de la cabeza, cada una de las láminas tiene un pequeño agujero, destinado a recibir el hilo de donde pendia esta joya. Puede igualmente ser mui bien que haya servido para colocarlo en el traje, pues, como es constante, los peruanos usaban adornos en los brazos i otras partes del cuerpo.

Uno de los objetos mas interesantes que se haya conservado de la época de la dominacion incásica entre nosotros, es el vaso que dibujamos bajo el número 128. «Fué encontrado en mayo de 1833, en un solar de la calle del Comercio, en la ciudad de Copiapó, a cinco cuadras al oriente de la plaza, por un peon de D. Adrian Mandiola que cortaba adobes, i a la profundidad de cinco varas. Esta curiosísima reliquia de la era indíjena acredita la gran riqueza que tanto deslumbró a Almagro en Copiapó, i que desapareció súbitamente a la vista de sus rapaces compañeros a medida que avanzaban hácia los valles meridionales Segun una informacion que envió al gobierno oficialmente el intendente Melgarejo, se dice que esta reliquia debió pertenecer a los indios *orresques*, nombre que no hemos encontrado en ninguna crónica ni documento antiguo.[48] El despechado cacique a quien pertenecia esta joya ¿la escondió de los conquistadores, o fué algun gran señor, que voluntariamente se enterró con ella segun la usanza jentílica? Probablemente aconteció lo último, porque cerca del vaso se encontraron los restos pulverizados de un cadáver.

«Este curiosísimo resto de la industria i riqueza aboríjenes de Chile, pesa ciento sesenta i siete gramos... El señor Mandiola lo

48. ¿No habrá querido decirse *orejones*?

regaló al jeneral Prieto, cuando era presidente de la República, i hoi es propiedad de su familia.[49]»

«Aunque desgraciadamente está mui magullado i tiene varios pequeños agujeros, seria bastante fácil, como nos dijo un joyero, restituirle en gran parte su forma,» i es lo que se ha hecho en el dibujo que damos. «Como lo muestra la figura, su forma es la de un cilindro que se ensancha paulatinamente hasta la boca, i muestra en su parte inferior dos listoncitos algo elevados, i otros dos no ménos prominentes en la parte superior. Ademas, tiene tres caras humanas situadas a igual distancia, i cuyas cejas corresponden al segundo de los listones superiores. Se ven los ojos, la nariz, la boca abierta con dientes, pero ningun vestijio de orejas, ni tampoco el perfil de la cabeza. Todo esto es representado por listoncitos salientes, huecos en el interior, siendo evidente que todo el trabajo ha sido hecho a martillo.

«Los señores Rivero i Tschudi figuran en su lámina 111 una copa de oro, que se asegura haber sido hallada en las huacas del Cuzco i que se conserva en el Museo Nacional de Lima. Es casi de la misma forma que la del señor Prieto, pero mas angosta i de un trabajo mas rico, pues representa relieves en forma de caras i plumas. En el medio se notan tres figuras, la una agarrando un baston adornado con una cara i una montera en el puño; a los piés hai unas fajas, i en la parte del asiento tiene labores entre dos líneas; pesa solo la mitad de la nuestra.[50]»

Poseemos algunos testimonios que demuestran que esta clase de objetos no fueron aún escasos en la época de que nos ocupamos: así el botánico ingles Mr. Bridges, obsequió a Bollaert, en 1854, seis ejemplares de huacos estraidos de Copiapó, que actualmente existen en el Museo Británico, siendo uno de ellos una copa pintada.[51]

En 1828, refiere tambien Bollaert, don David Ross, cónsul inglés en Coquimbo, deshaciendo los cimientos de una muralla,

49. *Catálogo de la Esposicion del Coloniaje*, páj. 93.
50. Philippi, *Algo sobre las momias peruanas*, lug. cit.
51. *Antiquarian researches*, páj. 174.

hizo un descubrimiento análogo; pero mas curioso que todos ellos era un objeto de oro, delgado como papel, que se descubrió en Copiapó, en 1832, en el interior de una sepultura indíjena, pues tenia la forma de un pequeño coco, abierto en su parte superior, que cuando se soplaba en él daba un sonido penetrante, i apretándolo con los dedos se encojia, pero recobraba su estado primitivo cuando cesaba la presion.[52]

A estarnos a lo que refieren antiguos cronistas, parece que si bien es cierto que de Chile se sacaba bastante oro para enviar al soberano del Cuzco, los objetos de la naturaleza indicada no eran fabricados entre nosotros sino que procedian directamente de la corte; así al ménos lo afirma Hernando de Santillan cuando declara que a los caciques que daban la paz al Inca, «a éstos les hacia mercedes i daba *vasos de oro* i ropa del Cuzco.[53]»

Tanto los ídolos (de que luego trataremos) como las figuras de oro, plata i cobre que se encuentran en las huacas, indican, pues, de una manera evidente que en aquella remota época se conocia ya en Chile el arte de trabajar los metales. Ademas de estos monumentos, cuya autenticidad no puede disputarse, poseemos testimonios históricos que nos llevan a la misma conclusion. En efecto, segun refiere Gonzalez de Oviedo, Diego de Almagro despachó desde Aconcagua a reconocer «la tierra adentro» al capitan Gomez de Alvarado, «el cual envió mineros e hizo dar catos e hallaron las minas e quebradas e nascimientos dellas tan bien labradas como si los españoles entendieran en ellas.[54]» En las ordenanzas de minas trabajadas para Chile, de órden real, por don Francisco García Huidobro encontramos tambien un párrafo que demuestra que ántes del descubrimiento del país por los españoles los indíjenas conocian el arte de trabajar las minas. «Respecto de que muchos indios de encomiendas o que sirven de vaqueros o otros oficios del campo, dice aquel documento, siendo sabedores de minas mui ricas que descubrieron *o heredaron de*

52. *Researches*, páj. 175.
53. *Relacion del orígen, etc.*, páj. 16.
54. *Historia moral y natural de las Indias*, t. IV, páj. 273.

sus mayores, no las manifiestan por temor de sus vecinos, se ordena i manda, etc.[55]»

Garcilaso que nos ha conservado algunos datos sobre esta interesante materia, declara sobre el particular, que los indios «fundian a poder de soplos, con unos cañutos de cobre, largos de media braza, mas o ménos, como era la fundicion, grande o chica. Los cañutos cerraban por el un cabo, i dejábanles un agujero pequeño por do el aire saliese mas recojido i mas récio. Jnntábanse ocho, diez i doce, como eran menester para la fundicion, i andaban al rededor del fuego soplando con los cañutos. Tambien supieron hacer tenazas para sacar el metal del fuego: sacábanlo con unas varas de palo o de cobre i echábanlo a un montoncillo de tierra humedecida, que tenian cabe sí, para templar el fuego del metal; allí lo traian i revolcaban de un cabo a otro, hasta que estaba para tomarlo en las manos. Con todas estas inhabilidades hacian obras maravillosas, principalmente en vaciar unas cosas por otras, dejándolas huecas, sin otras admirables, etc.[56]»...

En otra parte dice este mismo autor que despues de hecha la mezcla de cierto mineral de plata i plomo, «lo fundian en unos hornillos portátiles a manera de anafes de barro. No fundian con fuelles, ni a soplos con los cañutos de cobre,... sino que dieron de fundirlo al viento natural... Se iban de noche a los cerros i collados i se ponian en las laderas altas o bajas, conforme al viento que corria, poco o mucho, para templarlo con el sitio mas o ménos abrigado. Era cosa hermosa ver en aquellos tiempos, ocho, diez, doce, quince mil hornillos arder por aquellos cerros i alturas. En ellos hacian sus primeras fundiciones, despues en sus casas hacian las segundas i terceras con los cañutos de cobre.[57]»

Rivero i Tschudi añaden a este respecto: «el arte de los plateros habia llegado a una gran perfeccion... Sabian fundir el metal, vaciarlo en moldes, soldarlo, embutirlo i batirlo. Usaban

55. *Nuevas ordenanzas de minas para el Reyno de Chile, Lima*, 1757, 4.° Ordenanza V.
56. *Comentarios reales*, t. I, páj. 70.
57. *Id.*, id., páj. 300.

para la fundicion hornillos pequeños... Los moldes estaban hechos de cierto barro mezclado con yeso, como lo ha demostrado el análisis de un molde de ídolo de un pueblo de jentiles en la sierra, que trajimos a Europa. Vaciados los metales, los cincelan con tanta perfeccion, que no se distingue en ellos la menor desigualdad resultante del molde...Mas admiracion causa aún la destreza con que hacian las obras batidas. No conocemos el procedimiento que usaban en este artefacto, pero probablemente era mui parecido al de nuestros plateros. Hai dos clases de obras: una consiste en figuras de hombres i de animales, batidas con láminas delgadas de oro i plata, i despues soldadas entre sí en su forma natural; la otra, consiste en vasijas abiertas, en cuyos lados hai figuras algo toscas, batidas con la mayor sutileza, en términos que no se conoce golpe de martillo. Las soldaduras se distinguen por su solidez, rompiéndose primero el todo ántes que despedazarse aquella, i por la exactitud de las partes soldadas. Algunos autores han pretendido (erróneamente), que en muchos de los ídolos huecos no hai soldadura; pero se descubren los puntos de reunion que están casi completamente borrados por un bruñido muí perfecto.[58]»

Del testimonio de Hernando de Santillan, así como de muchas otras fuentes que podriamos citar, consta que los peruanos descubrieron en Chile «muchos asientos de minas i sacaron mucha cantidad de oro dellas[59]», i del exámen que vamos a hacer de otras piezas dibujadas en nuestro álbum veremos igualmente que trabajaban la plata i el cobre i que sabian producir aleaciones excelentes para dar a sus instrumentos la dureza i resistencia necesarias. «Los indios del Perú, decia frai Gregorio García, usaban siempre del cobre, así para sus armas como para instrumentos de cortar i labrar.» «Los primitivos chilenos, añade Molina, estraian el oro, la plata, el cobre, el estaño i el plomo de las entrañas de la tierra, i despues de haberlos purificado se servian de estos metales para varias labores útiles i curiosas; pero en particular del

58. *Antigüedades*, páj. 216.
59. *Relacion del orígen, descendencia, política y gobierno de los Incas*, páj. 15.

cobre campanil, o sea mineralizado, con el cual, por ser mas duro, hacian hachuelas i hachas i otros instrumentos cortantes, aunque en mui poca cantidad, porque se encuentran raramente en los sepulcros.[60]»

La figura 133 representa una especie de porra de seis brazos, con un agujero en el centro, destinado a recibir un mango, que ha debido servir de arma contundente, como la macana de nuestros araucanos; ni puede caber duda alguna de que el capitan don Pedro Mariño de Lovera se refiera a un instrumento de esta especie, segun lo hemos ya indicado, cuando decia que algunos soldados del séquito de Michimalonco traian «porras de armas de metal, con puas de estraño artificio.[61]» Ha sido hallada en Copiapó i es de una aleacion de cobre i probablemente de estaño. Está dibujada de tamaño natural, pertenece a la coleccion del Museo Nacional, i es la única arma de metal que conozcamos de aquella época entre nosotros.

Por su forma i construccion i probablemente por la aplicacion que debia tener, estamos en el caso de dar cuenta en este lugar de una piedra que está igualmente provista de seis protuberancias, que en un principio fueron sin duda mucho mas largas, atendido al dilatado uso que manifiesta haber tenido, i que fué encontrada en una huaca de Freirina junto con otros utensilios indíjenas de que hablaremos mas adelante. Comparando, en efecto, la figura 73 con la 133, no puede ménos de reconocerse a primera vista, podemos decir, la identidad que reina entre una i otra: mas o ménos el mismo tamaño, la misma disposicion de los brazos, un agujero central de análogas dimensiones, pero que en este caso en vez de tener sus paredes perpendiculares semeja un cono invertido, relacionándose de esta manera con las piedras horadadas de que ántes se ha tratado.

Si no puede caber duda de que la muestra de esta especie vaciada en bronce ha sido usada como porra, parece que de aquí, como lo indicábamos, pudiera deducirse un argumento a favor

60. *Historia natural*, lib. I, cap. IV.
61. *Historia de Chile*, páj. 46.

del empleo análogo que esta piedra número 73 debió tener; pero acaso de la forma de su horadacion puede igualmente deducirse que en vez de mango, ha recibido una cuerda para que, haciéndola jirar con ella, dar mas fuerza al golpe por medio de un brazo mucho mas largo. Pensamos, pues, que los peruanos usaron de esta arma aplicándola de dos maneras diversas, ya fija en una hasta de palo, ya retenida en un cordel, pero sin lanzarla; como si dijéramos una honda que no perdia jamas el proyectil.

Los señores Rivero i Tschudi, que dibujan bajo el número tres de la lámina XXXIV de su obra una piedra como ésta, pero en la cual la horadacion no pasa de un lado a otro, lo que la aproxima a nuestra figura 74, dicen a su respecto: «instrumento de piedra con una abertura en el centro, que se engancha en un baston. En la actualidad usan los indios de la Sierra este instrumento para romper las glebas en los campos arados. No se sabe de positivo si tenia el mismo destino en tiempos pasados, o si servia de arma de guerra.[62]» La aplicacion que los indios serranos dan a esta piedra al presente creemos que conviene mas a las piedras horadadas de que ántes hemos hablado; pero, como se ve, los arqueólogos peruanos no resuelven en manera alguna la dificultad.

La figura 126 es una hacha de cobre, «encontrada en una áspera quebrada de la provincia de Atacama, no léjos de donde el camino llamado de los Incas se dirije hácia el cerro de Tres Puntas, en latitud de 26° 42'. Se cree sea peruana, agrega el señor Ewbank, de quien copiamos esta descripcion, por cuanto los primitivos chilenos no sabian trabajar los metales.

«El metal del hacha no ha sido ligado artificialmente sino fundido. Pesa tres i media libras i ha sido mui usada, segun se desprende de su solo aspecto i de las pequeñas hendiduras de la superficie i de la estremidad donde ha debido llevar el mango. Fué probablemente empleada mas bien como azuela que como hacha, como en jeneral creemos que lo fueron en jeneral tales instrumen-

62. *Antigüedades*, páj. 322.

tos, pues parece que tuvo el mango colocado perpendicular al filo i no paralelamente. La endentadura de los costados débese quizá al lijero movimiento de la estremidad del mango al topar con el filo, en tanto que las cavidades producidas en los lados, se deben a la cuerda que los ligaba. Las puntas formadas en los costados, debajo del palo de la T, hácia la parte superior, constituyen el carácter mas interesante de esta hacha, porque nos dan cuenta de una dificultad que en un principio ha debido suscitarse en los instrumentos de esta especie.

«Esas puntas fueron trabajadas para precaver, lo que realmente se consiguió, que el mango descendiese del punto en que propiamente debia estar. El filo se le mantenia por medio del martillo. Donde el grueso del instrumento comienza a decrecer, se ven de ambos costados señales de un martillo tosco i redondeado, que fué probablemente de piedra. El efecto de esta operacion aparece de manifiesto por cuanto el metal ha debido estenderse hácia ambos lados, i cuando el ancho del filo hubo crecido notablemente respecto de lo que en un principio debió de ser. Despues de diseñar el filo por medio del martillo, se le pulia, repasándolo en piedras bien lisas. Un borde estrecho en ambos lados del filo señala claramente cómo de esa manera ha desaparecido el trabajo orijinario del martillo. Hasta cierto punto, el filo de estos antiguos instrumentos llegaba a ser mas saliente que el resto de la pieza por la dilatacion constante del golpe del martillo. La superficie está casi tan negra como la tinta, pero parece haber sufrido mui poco o nada por el moho.

«Como los peruanos poseian desde mucho ántes de la conquista mazas i hachas de bronce, a las cuales se adaptaban mangos como los de nuestros actuales martillos, debe inferirse que el instrumento de que tratamos pertenece a un período mas remoto de la historia; i que, tal como estaba, se le conservaba de jeneracion en jeneracion en las tribus distantes de la capital, ántes de que se hubiese introducido entre ellas otras mejores, es no solo probable sino seguro; i de este modo la edad de estos instrumentos no puede determinarse por la de la huaca de donde

han sido estraidos. Sin duda alguna, esta hacha fué valiosa en la época en que se fabricó, i las familias que sucesivamente la poseyeron no han debido tener jamás los medios o la oportunidad de obtener una mejor. Debe tenerse presente que la duracion de un instrumento semejante es casi eterna pues cinco mil años deben producir sobre él poca impresion. Caso de no perderse, nada hai que pueda impedir que figure en un museo despues de un lapso de cincuenta siglos, i esto sin cambio alguno sensible respecto de su estado actual.

«Las hendiduras hechas para retener las ligaduras en su lugar propio demuestran que no ha pertenecido a la clase primitiva de hachas metálicas, desde que éstas no poseian tan útil agregado. Los particulares indicados son, ademas, interesantes bajo otro punto de vista, pues nos dan a conocer una mejora que ha mediado entre el primitivo modo de enhastar i el último, para asegurar el mango al instrumento, por insercion.

«Como los antiguos peruanos descubrieron el estaño i lo emplearon con cierta frecuencia para endurecer el cobre, esta hacha data probablemente de ese período anterior a aquel en que se fabricaron las primeras de bronce. Es difícil suponer que ese pueblo hubiese continuado haciendo uso del cobre puro cuando tenia estaño en abundancia para hacerlo mas utilizable.

«La piedra i el cobre son manifestaciones de las artes en el primero i segundo ciclos del progreso humano, i las mejores que podamos obtener, por cuanto suministran ideas mas precisas de la primitiva condicion de nuestra especie que volúmenes enteros de especulaciones impresas. En el ánimo del pueblo se asocia erroneamente el hacha de piedra con la derribacion de los árboles, pero seguramente jamás se cortaba un árbol con una de estas hachas. La cosa es evidentemente imposible cuando se considera el material de la herramienta, su espesor i su filo embotado. Cuando no se utilizaba como instrumento de guerra, el empleo capital del hacha de piedra era como cuña para rajar madera i como estregadera para ahondar i quitar las partes carbonizadas de los árboles. Cuando se deseaba derribar un árbol

o ahuecarlo para que sirviese de canoa, el fuego era el que servia de ajente principal. Todo lo que se refiere a la corta de maderas ántes de que se descubriesen los instrumentos de metal estaba reducido al grabado o al alisamiento por medio de cuchillos de obsidiana, pedernales i conchas, etc.[63]»

La hachita figurada en el número 135 lo está de tamaño natural, i tiene un cuarto de pulgada de espesor en la parte mas gruesa, tres cuartos de pulgada de ancho en un estremo, i una i tres octavas en el otro. «Es de cobre puro, ha sido fundida, i el filo producido por medio del martillo. Aunque clasificada de cincel, con motivo de su forma, no ha sido jamás usada como tal, pues no se ven señales de golpes en su parte superior. Sirvió seguramente como navaja, i este uso tuvieron todos o casi todos los instrumentos de piedra i de metal de una naturaleza semejante.[64]»

Esta hachita, así como los cinceles de que luego hablaremos, fueron encontrados en la aldea de San José, por unos trabajadores que construian un canal. Se hallaron tambien enterrados junto con ellos restos humanos, que se reducian a polvo con el contacto del aire.

Por nuestra parte no participamos en un todo de la opinion del señor Ewbank que supone que la hacha número 126 ha debido usarse con mango, pues de su sola inspeccion talvez puede deducirse que estaba mas bien destinada a usarse sin él. La parte superior del referido instrumento reune todas las condiciones apetecibles para que pueda asegurarse con la mano, i este sistema es tambien el mas natural si se atiende a las mismas consideraciones que el referido autor hace valer i que son indudablemente exactas respecto de muchos otros útiles de piedra o de metal.

Pero si este punto puede ofrecer alguna controversia, creemos que no puede en manera alguna dudarse de que este último uso ha sido el único que ha podido convenirle a la que dibujamos de

63. *The U. S. naval astronomical expedition*, t. II, páj. 116.
64. *Id.*, id.

tamaño natural bajo el número 137, de propiedad de nuestro Museo i que ya ántes don Claudio Gay habia copiado en el *Atlas* de su *Historia de Chile*. Entendemos que es de cobre puro, i, segun se asegura, fué hallada tambien en Copiapó. Merece notarse en ella que es sumamente delgada (lo que corrobora el empleo que le atribuimos) así como el ojo que tiene en su parte superior, destinado sin duda para llevarla colgada, ya que solo así podia en aquellos tiempos mantenerse seguro un instrumento de tanto valor para su época.

El cincel dibujado bajo el número 136, «es de un color amarillo pronunciado, duro, suena bien i pesa una onza i cuarto. La proporcion de estaño probablemente alcanza a un seis por ciento. La superficie aparece corroida, i los estremos cortantes son dentados.

«El metal del otro instrumento mas grande de esta misma especie, no parece tan duro; pesa dos onzas i es un poco mas oscuro, i quizás su proporcion de estaño no pasa de un cinco por ciento.

«Tomados por el medio, aún ahora, los dos utensilios precedentes no serian malos reemplazantes del acero para cortar cuero, paños, pieles i otros materiales delgados que se estendieran sobre una mesa, i aún para atacar maderas blandas, ya en la direccion de la fibra o en sentido trasversal. En la coleccion de manuscritos mejicanos de Boturini se ven trabajadores grabando madera con instrumentos de esta clase. Siendo achatados, presentan dos estremidades cortantes de un ancho diverso, en tanto que por el espesor uniforme dado al cuerpo del instrumento, bastaba un corto dispendio de trabajo para sacarle filo cuando se rompiese o se gastase. Otra ventaja capital que nosotros, poseyendo ahora el fierro i el acero i grandes facilidades para trabajarlos podemos escasamente apreciar en estos instrumentos, es que no se inutilizaban sino cuando se gastaban en absoluto: miéntras subsistiese una sola pulgada, todavía estaban en aptitud de adoptárseles un mango. Es mui probable que la forma i proporciones de estos instrumentos se diese a todas las herramientas duras i he-

chas para cortar; en tanto que a las que eran maleables, se las fabricaba mas gruesas en el cuerpo i adelgazadas en los estremos por medio del martillo.[65]»

Bollaert refiere igualmente que, en 1828, se encontró en Andacollo, en unas huacas, un cincel de bronce de quince pulgadas de largo.[66] I segun hemos oido a la señora Primitiva Hurtado de Prieto, existió tambien en su poder una hachuela de metal estraida de Copiapó, que se estravió en la Esposicion del Coloniaje.

A pesar de la relativa escasez de esta clase de instrumentos entre nosotros, pues solo tenemos noticia de los señalados aquí, se sabe que en otras partes del Perú fueron sumamente abundantes. «Lo esperimenté esto una vez, dice frai Gregorio García, que mandé en un pueblo juntar de este cobre para una campana, i me trajeron muchísimas hachuelas de que ellos usaban para cortar cosa récia, i otras hachas, armas e instrumentos bélicos de mil maneras. Yo examiné la labor que con ellas hacian en las piedras, i hallé que no usaban mas instrumentos que aquellas hachuelas, i cuando mucho de unas piedras mui sólidas, etc.[67]»

Probablemente entre los objetos que vió el fraile dominicano se encontraria algun instrumento semejante al que copiamos bajo el número 134, hallado tambien en San José de Maipo i cuyo modelo parece haber sido mui comun en el sur del Perú, pues hasta hoi se estraen con frecuencia de las sepulturas indíjenas de Arica. «Esta navaja, dice el señor Ewbank, es sobre todo interesante por su semejanza con las que hoi usan los talabarteros i guanteros i con las que tuvieron los ejipcios en la época de los faraones. Ha sido fundida. Donde el mango se une a la hoja, hai cierta demostracion de que ha sido soldado o pegado, pero que parece mas bien debida a la juncion de los dos trozos del molde. El mango es cilíndrico, de tres octavos de pulgada de espesor i hecho imitando una pata de pájaro puesta al revés. A pesar de que parece haber sido poco usada, la ornamentacion ha desapa-

65. Ewbank, ob. i lug. cits.
66. *Antiquarian, ethnological and other researches, etc.*, páj. 177.
67. *Orígen de los Indios*, páj. 161.

recido casi por completo.» Las láminas cinco i seis de la plancha XXXIV de la obra de Rivero i Tschudi representan dos de estos instrumentos, «cuyo uso ignoramos», dicen los espresados autores.

Junto con las piezas que antes se han descrito como procedentes de San José, se encontró una pequeña piedra de afilar, «que probablemente se llevaba colgada del agujero que tiene en una de sus estremidades. Aparece con algunas depresiones, efecto del uso a que estuvo destinada, siendo tan semejante a las que hoi tenemos i hallándose en un estado de conservacion tal, que se la tomaria por de propiedad de algun carpintero moderno.»

Apreciando en jeneral la materia de que han sido hechos los objetos de metal que hemos enumerado, espresa el mismo autor que venimos citando, «que son de diferentes grados de dureza i sin duda alguna resultado de composiciones artificiales. Tienen, con mucho, el filo mas resistente de cuantos de esta naturaleza hayamos visto hasta ahora, mostrando claramente que la aleacion del estaño con el cobre como medio de endurecer el conjunto, era conocida en el antiguo Chile, en el Perú, Méjico i Centro-América.» Concluye el señor Ewbank que «estos instrumentos sirven para darse cuenta de muchos hechos relativos a la civilizacion remota de la América que hasta aquí han sido considerados como embarazos sin salida; pero que no bastan todavía para esplicar ciertos trabajos en piedra del Cuzco, Uxmal i Palenque.»

No podemos tratar de la influencia que las conquistas de los Incas ejercieron en Chile, sin hablar con alguna detencion de las ideas relijiosas que trajeron a nuestro suelo los invasores i que, conforme a su sistema, se esmeraron en implantar entre los pobladores de Chile. Esto se hace tanto mas necesario cuanto que aún nos quedan formas visibles de ese antiguo sistema relijioso. «En la época de la conquista española, dice don B. Mitre, el culto helíaco era una fórmula en el Alto i Bajo Perú i sus moradores indíjenas tenian tantos dioses locales i penates como

habia pueblos i familias en el imperio incásico. Los concilios de Lima de 1567 i 1583 declaran en sus capítulos:—«Comun es a casi todos los indios adorar huacas, ídolos, quebradas i piedras grandes, cerros, cumbres de montes, fuentes, i, finalmente, cualquiera cosa que parezca notable i diferenciada de las demas.»—I segun los antiguos quichuistas que estudiaron la lengua en toda su pureza, la palabra *huaca*, o mas bien, *waca* significaria lo mismo ídolo que templo, sepulcro, lugar sagrado, figuras de hombres, animales, montañas, etc., tan confusa es su nocion de divinidad, producto del naturalismo mas rudimentario, i tan poco preciso es su vocabulario para espresar ideas que casi todos los pueblos salvajes tienen palabras para distinguir.[68]»

«Así como los romanos, dice a este respecto un distinguido viajero inglés, tuvieron sus penates i lares, dioses de sus moradas, los griegos sus deidades de los bosques, de las fuentes, etc.; así tambien los antiguos peruanos tuvieron sus huacas o sepulturas milagrosas de sus héroes, i sus conopas o dioses penates. Estos eran innumerables i los diversos distritos, valles, aillus o familias tuvieron su deidad propia i peculiar. Muchos se encuentran todavía de greda, piedra, plata i algunas veces de oro...

«La creencia en los penates continuó por mucho tiempo despues de la conquista española, i aún no está del todo desterrada de la imajinacion de los indios que todavía reverencian sus conopas en las hondanadas mas recónditas de los Andes. Existe una muestra curiosa del hecho en una carta pastoral escrita por el arzobispo don Pedro de Villagomez, en 1649, que contiene una serie de cuestiones, que denotan las varias clases de supersticiones dominantes en el Perú en ese tiempo.

«Entre ellas notamos las siguientes:

«¿Cuál es el nombre de la huaca principal que ustedes reverencian en este lugar?

«¿A qué huaca invocan para pedir proteccion para sus cosechas?

«¿A qué huaca se dirijen cuando salen al trabajo?...

«¿Que fuentes o lagos adoran?

68. *Las ruinas de Tiahuanaco*, páj. 43, Buenos Aires, 1879.

«¿Qué fiestas celebran, en qué estaciones i con qué ceremonias? Etc.[69]»

El concilio de 1582, de que hace mencion el primero de los autores que acaban de citarse, mandó, con referencia a las huacas, que los curas las derribasen juntamente con los ídolos; que los indios manifestasen las huacas e ídolos públicos i particulares, debiendo disiparse totalmente; averiguarse si eran objetos de adoracion, o si se les ofrecian sacrificios o se les hacian ritos i supersticiones: la adoracion de los caminos o apachitas; si amoldaban las cabezas de los muchachos de ciertas formas que los indios llaman *caytu-uma* o *palta-uma*; la manera de torcer o hacer trenzas los cabellos i de tresquilarlos en ciertas partes, con otras diferencias como de criznejas que usan para sus supersticiones; si sepultaban vestidos, comidas i bebidas i procuraban enterrarse en las tumbas de sus antepasados; si horadaban las orejas i traian en ellas colgadas algunas rodajuelas; si tenian de sus antepasados la práctica de hacer borracheras i taquíes i ofrecer sacrificios en honra del diablo al tiempo de el sembrar i el cojer, i en otras conyunturas i tiempos cuando comienzan algun negocio que tienen por importante; las supersticiones i ceremonias, que tienen innumerables los indios, mayormente para tomar agüeros de negocios que comienzan, i en hacer mil ceremonias en los entierros de sus difuntos; los hechiceros, confesores i adivinos i los demas ministros del demonio que tienen de oficio; vicio de embriaguez; curacas de que dependen los demas; concluyendo por escomulgar, segun precepto de sínodo i de Clemente III, a los turbadores de sepulturas.[70]

Como se vé, los padres del concilio se hallaban bastante instruidos en el culto de los antiguos súbditos de los Incas, pero el formulario que hemos apuntado no puede parecer decisivo si no tenemos a la vista las respuestas dadas a cada una de sus preguntas por aquellos a quienes era dirijido, i es lo que vamos a manifestar.

69. Clements R. Markham, *Cuzco: A journey to the ancient capital of Peru* páj. 130, London, 1856.

70. *Concilio segundo de Lima*, 1582, parte segunda, disposicion 97 i sigtes.

El jesuita Pablo José de Arriaga que acompañó a los doctores Hernando de Avendaño i Francisco de Avila, ambos comisionados para visitar provincias del Perú con el objeto de descubrir las idolatrías de los indios, es el que nos va a contar los ritos relijiosos de los naturales. I a fe que el padre debió de conocerlos a fondo, pues en año i medio que duró la visita se confesaron cinco mil seiscientas noventa i cuatro personas, habiéndose logrado descubrir seiscientos setenta i nueve ministros de idolatría, quitándose a los indios seiscientas tres huacas principales, tres mil cuatrocientas dieziocho *conopas*, cuarenta i cinco *mamazaras*, i otras tantas *compas*, ciento ochenta i nueve *huancas*, seiscientos diezisiete *malquis*, que se quemaron, i trescientas cincuenta i siete *cunas*, etc.

«Adoran al sol, dice Arriaga, con nombre de *Punchao*, que significa el dia, i tambien debajo de su propio nombre *Inti*; i tambien a la luna, que es *Quilla*,[71] i a algunas estrellas, especialmente a Oncay, (que son las siete cabrillas); adoran a *Libiac*, que es el rayo, es mui ordinario en la sierra: i así muchos toman el nombre i apellido de Libiac o Hillapa, que es lo mismo.

Es digno de notarse la coincidencia que, tanto respecto de estas cosas reverenciadas por los peruanos, como respecto del oríjen de ciertos apellidos, se observa en los indios chilenos, segun ya lo hemos visto, i que acaso tiende a manifestar que estos las aprendieron de aquellos.

En una relacion de un antiguo oidor de Chile, mui dado al estudio de los oríjenes del pueblo de los Incas, se sostiene que la adoracion de los antiguos peruanos, fué en un principio al sol i a la luna, pero que despues tomaron la de las huacas;... «i lo principal era al sol, al cual tenian que era hombre, i así particularmente le adoraban los hombres; i a la luna tenian por mujer, i la adoraban particularmente las mujeres.[72]»

71. Así, en el templo principal del Cuzco habia una lámina que representaba a la luna, al lado de la figura del sol. El dibujo de ambas lo da el Inca Pachacuti en la páj. 257 de su *Relacion*.

72. Fernando de Santillan, *Relacion del ortjen, descendencia, politica y gobierno de los Incas*, páj. 30.

Esta adoracion, continua Arriaga, «no es de todos los dias sino el tiempo señalado para hacelles fiestas, i cuando se ven en alguna necesidad o enfermedad, o han de hacer algun camino, levantan las manos i se tiran las cejas i las soplan hácia arriba, hablando con el sol i con Libiac, llamándole su hacedor i su criador, i pidiendo que les ayude.

«A Mamacocha, que es la mar, invocan de la misma manera todos los que bajan de la sierra a los llanos, en viéndola, i le piden en particular que no les deje enfermar i que vuelvan pronto con salud i plata,... i esto hacen todos sin faltar ninguno, aún muchachos mui pequeños.

«A Mamapacha, que es la tierra, tambien reverencian, especialmente las mujeres al tiempo que han de sembrar, i hablan con ella diciendo que les dé buena cosecha, i derraman para esto chicha i maíz molido, o por su mano o por medio de los hechiceros.

«A los puquios, que son los manantiales i fuentes, hemos hallado que adoran de la misma manera, especialmente donde tienen falta de agua, pidiéndoles que no se sequen.

«A los rios, cuando han de pasalles, tomando un poco de agua con la mano i bebiéndola, les piden, hablando con ellos, que les dejen pasar i no les lleven, i esta ceremonia llaman *mayuchulla*, i lo mismo hacen los pescadores cuando entran a pescar.

«A cerros altos i montes i algunas piedras mui grandes tambien adoran i mochan, i les llaman con nombres particulares, i tienen sobre ellos mil fábulas de conversiones i metamorfósis i que fueron ántes hombres que se convirtieron en aquellas piedras.

«Las sierras nevadas, que llaman *Razu*, o por síncopa, *rao* o *ritu*, que todo quiere decir nieve, i tambien a las casas de los *huaris*, que son los primeros pobladores de aquella tierra, que ellos dicen fueron jigantes,... i de la tierra de los huesos llevan para sus enfermedades i para malos fines de amores, etc. Invocan a Huari, que dicen es el dios de las fuerzas, cuando han de hacer sus chacras o casas para que se las preste.

«A las Pacarinas, que es de donde ellos dicen que descienden, reverencian tambien...

«Todas las cosas sobredichas son huacas, que adoran como a Dios...

«Otras huacas hai móviles que son las ordinarias... De ordinario son de piedra, i las mas veces son figuras de mujer, i otras tienen diversas figuras de hombres o mujeres, i a algunas destas huacas dicen que son hijos i mujeres de otras huacas; otras tienen figuras de animales. Todas tienen sus particulares nombres con que las invocan, i no hai muchacho que en sabiendo hablar no sepa el nombre de la huaca de su *aillo*; porque toda parcialidad o *aillo* tiene su huaca principal, i otras ménos principales algunas veces, i de ellas suelen tomar el nombre muchos de aquel *aillo*. Algunas de éstas las tienen como a guardas i abogados de sus pueblos, que sobre el nombre propio llaman *Marca aparac* o *Marcac harac*.

«Estas huacas tienen todas sus particulares sacerdotes, que ofrecen los sacrificios, i aunque saben todos hácia donde están, pocos las ven, porque ellos se suelen quedar atrás i solo el sacerdote es el que habla... I no solo reverencian las huacas, pero aún los lugares donde dicen que descansaron o estuvieron las huacas, que llaman *zamama*, i a otros lugares de donde ellos las invocan, que llaman *cayan*, tambien los reverencian...

«Las conopas, que en el Cuzco llaman *chaucas*, son propiamente sus dioses lares i penates, i así las llaman tambien *Huacicamayoc*, el mayordomo o dueño de casa. Estas son de diversas materias i figuras, aunque de ordinario son algunas piedras particulares i pequeñas que tengan algo de notable en la color o en la figura...

«...Lo ordinario es que las conopas se hereden siempre de padres a hijos, i es cosa cierta i averiguada que entre los hermanos el mayor tiene siempre la conopa de sus padres... Estas conopas es cosa cierta que las tenian todos en tiempo de su jentilidad ántes de la venida de los españoles...

424

«Por conopas suelen tener algunas piedras bezares que los in–

dios llaman *quicu*. En los llanos tenian muchos por conopas unas piedras pequeñas de cristal, al modo de puntas i esquinadas, que llaman *lacas*. Hai tambien canopas mas particulares, unas para el maíz, que llaman *Zarapconopa*, otras para las papas, *Papapconopa*, otras para el aumento del ganado que llaman *Caullama*, que algunas veces son de figuras de carneros.

«A todas las conopas, de cualquiera manera que sean, se les da la misma adoracion que a las huacas, solo que la de éstas es pública i comun de toda la provincia, de todo el pueblo o de todo el aillo, segun es la huaca, i la de las conopas es secreta i particular de los de cada casa. Este culto i veneracion, o se la dan ellos mismos por sus personas, ofreciéndoles ciertas cosas, o llaman para ello el hechicero.....

«Esta veneracion no es de todos los dias ni ordinaria, sino al modo de las huacas, a ciertos tiempos del año i cuando están enfermos, o han de hacer algun camino, o dan principio a las sementeras.[73]»

Segun refiere el mismo Arriaga, i su testimonio aparece en esto corroborado por el de muchos otros autores, los sacerdotes españoles se entregaron con furor a la destruccion de todos esos objetos indíjenas en que suponian vinculado algun rito o supersticion. «Destos ídolos, dice el jesuita, se hizo un auto público en la plaza desta ciudad de Lima, convocando para él todos los indios al deredor. Hiciéronse dos tablados, con pasadizos del uno al otro. El uno de terrapleno i en él mucha leña donde iban pasando los ídolos i todos sus ornamentos, i se arrojaban en la leña. Donde tambien estaba amarrado un indio llamado Hernando Paucar, grande maestro de idolatría i que hablaba con el demonio, natural de San Pedro de Mama, a quien en todos sus contornos tenian los indios en mucha veneracion. I despues de haber predicado a este acto el doctor Francisco de Avila, en la lengua jeneral de los indios, estando el señor Virrei asomado a su ventana, de donde se veia i oia todo, se publicó la sentencia, i azo-

73. *Extirpacion de la idolatría del Pirú*, Lima, 1621, páj. 10 i siguientes.

taron al dicho indio, i se pegó fuego a la leña donde estaban los ídolos.[74] »

Para que se tenga idea de la cantidad de los ídolos que los españoles destruyeron en el Perú, recordaremos tambien en este lugar que en 1619, en nota dirijida al rei por don Francisco de Borja le decia que en los cuatro años que llevaba de su gobierno habia quitado a los indios diez mil cuatrocientos veintidos![75]

A pesar de este espíritu destructor inspirado por el celo relijioso de aquellos tiempos atrasados, i a pesar todavía de que el culto peruano, por la fuerza misma de las cosas, tuvo entre nosotros pocos sectarios, no son en Chile tan escasos como pudiera creerse las figuras e ídolos de que venimos hablando. Segun es fácil colejir, abundan mas en el norte que en las provincias centrales i faltan totalmente en el sur. En Copiapó, Vallenar i Coquimbo se han encontrado de oro, plata i cobre, pero en el resto del país solo de piedra. ¿A qué debe atribuirse la razon de esta diferencia?

Previamente debemos preguntarnos ¿todos los ídolos son acaso de procedencia peruana? Por la mayor duracion i asentamiento de la conquista incarial en el norte del país se esplica perfectamente que sean allí estas figuras mucho mas comunes; siendo mas los que se enterraban i estando mas jeneralizado el culto a aquellas divinidades, es natural que el número de ejemplares que se obtengan sea tambien mayor. Ademas, la relativa aridez i falta de cultivo de aquellos terrenos i su menor poblacion en la actualidad han permitido tambien que se conserven mejor i por mas largo tiempo aquellas reliquias de otra edad. Las lluvias mas frecuentes en las provincias centrales i una agricultura mas desarrollada, implican, por el contrario, un desaparecimiento mas rápido, ya que en uno i otro caso debemos poner a la cuenta de la destruccion jeneral la desidia e ignorancia de nuestros mayores, tan ajenos a este jénero de estudios.

74. *Extirpacion*, etc., páj. 3.
75. Marcos Jimenez de la Espada, páj. XXXVI de su *Introduccion.*

Pero, sea como quiera, el hecho es que, salvo los objetos de cobre, los de plata i oro han debido conservarse igualmente bien en Copiapó como en Santiago. ¿Cómo es, pues, que los de esta clase faltan totalmente al sur de Coquimbo? ¿Son, por ventura, los ídolos de piedra manifestaciones del sistema relijioso de un pueblo distinto del peruano o del chileno que encontraron en el país los capitanes del Inca?

Por lo que en capítulos anteriores hemos indicado, no puede dudarse de que existió en Chile una raza o pueblo que dejó aquí, como en el resto de América, huellas de su paso, inscribiendo en las rocas de los Andes relaciones que hasta ahora los eruditos no pueden descifrar. Que ese pueblo sabia esculpir en la piedra figuras de hombres i animales aparece de la simple inspeccion de cualquiera de los monumentos que se le atribuyen, constituyendo de esa manera una sociedad mucho mas adelantada en las artes que la peruana i mejicana, de la época del descubrimiento. No seria, pues, la consideracion de falta de medios o intelijencia la que pudiera inclinarnos a considerar como ajenos a ella los ídolos de que tratamos.

Pero, contra esta hipótesis mas o ménos fundada, tenemos, como ya se ha visto, datos positivos de que los peruanos labraban en piedra algunos de sus conopas o huacos. A menos, por tanto, de prueba en contrario, debemos referir a ellos los ídolos de piedra de que hemos hecho mencion. El hecho indudablemente curioso de que falten en el norte del país i se hallen solo en la rejion central, se esplica en parte, a nuestro modo de ver, por las mismas consideraciones que ántes hemos apuntado. Los objetos de oro o plata de oríjen peruano encontrados con anterioridad a la época presente en Santiago i otras provincias del sur, han sido fundidos quizá, miéntras que la falta de valor material de los de piedra les ha permitido llegar hasta nosotros. Ademas, éstos últimos son de dimensiones mucho mayores que los otros i por eso tambien hoi dia se hace mucho mas fácil su hallazgo, i mas que todo esto, segun indican los autores antiguos que de estas materias se han ocupado, parece que los ídolos de piedra

representaban las diversas provincias, debiendo por esta circunstancia ser mucho mas escasos que las conopas o dioses lares de familias o individuos.

Segun lo que antiguos cronistas nos refieren, los ídolos de piedra han sido fabricados con otras piedras i en algunos casos con instrumentos de metal. Por lo restante, todos los que conocemos aparecen rotos en su parte inferior, sin que podamos, por este motivo, aventurar opinion alguna respecto del significado mas o ménos preciso que pudiera atribuirseles. Baste con que reconozcamos que las consideraciones aplicables en este órden a los de metal, convienen, en gran parte, a los de piedra: son lisa i llanamente conopas o huacas, bien sea de una parcialidad, bien de una familia.

La figura número 1 representa uno de estos ídolos de piedra encontrado en Malloa, i, como puede notarse, ademas de la cabeza, solo conserva del resto del cuerpo parte del pecho, sin indicacion alguna de brazos. En la rejion posterior de la cabeza tiene una pequeña protuberacion, ya naturalmente desgastada, cuyo uso probablemente ha sido para amarrar en ella algun hilo i colgarlo.

El que representa el número 231 es de un tipo enteramente diverso i en su construccion jeneral no deja de tener alguna semejanza con el que se encontró cavando los cimientos de una iglesia en Valparaiso, que se atribuye a los habitantes de cierta isla de la Oceanía, i que actualmente existe en el Museo histórico del Santa Lucía.

El ídolo de Malloa tiene una cabeza triangular, que no corresponde a ningun tipo, miéntras que la del otro, por el contrario, es bastante redonda. Los ojos del primero aparecen figurados por dos pequeñas prominencias, i la boca por una simple hendidura, al paso que en el segundo quedan de relieve los labios i los párpados, acusando un trabajo mas perfecto i una forma mas humana, como diriamos. El número 1 está de tamaño natural en la lámina i el otro en la escala de la mitad.

428

Tenemos noticia de otro ídolo de la naturaleza i dimensiones

de los anteriores, encontrado en la hacienda de Colchagua, que ha servido de muñeco, durante muchos años, a los niños de una familia del campo.

El que representa el número 143,—hallado en una huaca cerca de Vichuquen, junto con varios objetos de alfarería—fué obsequiado al cura del lugar, don Pedro Córdova, por cierto cacique de aquellos contornos. Actualmente forma parte de la coleccion del Museo Nacional. Es de piedra talcosa, i segun se ve en el dibujo, que es de tamaño natural, como los restantes de la misma lámina, representa un hombre sentado, con las manos colocadas sobre las rodillas, mas o ménos en la actitud en que se acostumbraba sepultar lo que hoi llamamos momias. El diseño de las facciones es bastante regular i parece que el artista hubiera querido representar a alguno que está riéndose. El cabello está recojido hácia la frente, i descendiendo hácia los costados en pequeñas trenzas, cubre las orejas. La desproporcion de la cabeza es singular, i mui digno de observarse, como esplicacion de su oríjen, que los brazos parecen estar cubiertos con alguna tela figurando mangas. Esta circunstancia, las facciones, la naturaleza del trabajo i su estado de conservacion, indican claramente que pertenece a una edad mui moderna.

Mucho mas interesante que el anterior es el que representa la figura 146. Estraido de una sepultura indíjena de Freirina, podemos notar respecto de él las circunstancias siguientes: está hecho de la concha de un marisco, i por lo abultado de las orejas sin duda se ha querido imitar a alguno de los indios principales llamados orejones. La cabeza la tiene cubierta con un bonete, que acaso no es tal sino simplemente el peinado dispuesto en esa forma, pues el mal estado de conservacion en que se le ha encontrado i que ha hecho necesario restaurarlo, no permite deducir con claridad esta circunstancia, ni tampoco el sexo. Faltan totalmente los brazos, pero se ha diseñado el abdómen i los piés.

Las figuras 144 i 145 reproducen, respectivamente, de frente i de lado, otro pequeño ídolo de greda encontrado en la hacienda de Cauquenes, que por la colocacion de sus brazos se deduce que

sostuviera con ellos el objeto que lleva sobre la cabeza, canasto u olla. Es de medio cuerpo i segun es fácil deducir estaba destinado a ser colocado parado o a colgarse del apéndice que se le nota en la espalda. Es bastante tosco i no puede negarse que tiene cierta analojía con los de esta misma naturaleza que se describen como peculiares a Méjico. «La creencia en los espíritus, dice J. G. Müller, comun a los pueblos del norte, se muestra, sobre todo, por el dios tutelar que los mejicanos señalaban a cada hombre... Son pequeñas figuras humanas de tierra cocida, que por eso se llaman tambien «los pequeños», *tepitoton*. Como entre los griegos, estas pequeñas figuras fabricadas por los alfareros, no servian para el culto de los templos sino para el doméstico i la inhumacion de los particulares. El rei tenia seis de ellos, los notables cuatro, i el vulgo, dos. Los tales *tepitoton* se hallan aún en el dia en la capital, en Cholula, Tlascala, i hasta en el rio Panuco, en la tierra de los fotonacos. Se les ponia o colgaba en las sepulturas o casas, i calles, para cuyo fin tenian dos agujeros. Tambien los hombres los llevaban del mismo modo consigo, i esta circunstancia prueba precisamente su naturaleza de fetiches.[76]»

Esto demuestra, pues, que a los materiales indicados para la fabricacion de los penates, debemos añadir la greda cocida, que acaso los cronistas no señalaron por ser mucho ménos jeneral para estos usos.

Tambien es de greda una pequeña cabeza encontrada en una huaca de la Punta de Teatinos, (Coquimbo) que está dibujada bajo el número 160. Es resto de una figura mas completa; pero segun se deja ver por lo que tenemos, debió ser informe, pues le falta toda indicacion de cuello, ni podriamos asegurar que fuese una conopa i no algun trozo de un objeto de alfarería. Algunos piensan, segun hemos oido, que esta figurita ha sido amoldada, por el relieve de las facciones de la cara, pero estimamos que esta opinion tiene algo de infundado.

430

76. *Geschichte des amerikanischen Urreligionem*, páj. 571.

Ya hemos visto que los peruanos reverenciaban como cosa sagrada cualquier objeto que les llamaba la atencion, incluyendo aún las piedras. De este material está hecho el objeto representado bajo el número 157 i por esta consideracion tratamos de él aquí. El utensilio no lo creemos completo, pues parece roto en su parte inferior. Segun sea el lado por donde se le observe, así es tambien la idea que uno puede formarse de lo que significa, i por eso no tiene nada de estraño que se le haya interpretado ya como un niño envuelto, ya como un coleóptero.[77] Esto último nos parece lo mas exacto. En el estado en que se halla, colocado en otra posicion, la parte superior revelaria las alitas, i la inferior, el abdómen del insecto. Fué tambien hallado en las sepulturas de la Punta de Teatinos.

El ídolo de plata número 138 «fué encontrado en las cordilleras de Elqui por el señor cura de Paihueco, en un sitio en que se creia hallar un gran entierro de los indios. Es una pieza mui notable por cuanto demuestra el grado de adelanto alcanzado por los indíjenas en las artes. El peinado de esta figurita es el mismo que usan todavía las indias de nuestros campos. Parece representar una vírjen del sol, o la diosa de la honestidad por el aparato que cubre la parte inferior de su cuerpo.[78]»

«El aparato mencionado, dice el doctor Philippi, era una lámina de plata delgada como papel, cuyos lados estaban reunidos por detras por medio de un pedazo de alambre, tambien de plata, bastante grueso. No puedo participar de la idea que la figurita representa la diosa de la honestidad, ni sé que los antiguos peruanos hayan adorado la tal diosa; i creo mas bien que el dueño del ídolo se haya escandalizado de ver el sexo demasiado bien espresado, i haya cubierto del modo indicado la parte inferior del cuerpo. Si el escultor hubiera querido representar la tal diosa, habria seguramente dado desde luego vestido a su figurita.

«Nuestro ídolo se parece exactamente a otro figurado en la lámina XLIV de las *Antigüedades peruanas* de don Mariano

77. Véase *Revista arqueolójica de Santiago*, páj. 6.
78. *Catálogo razonado de la Esposicion del Coloniaje*, páj. 96.

Eduardo de Rivero i don Juan Diego de Tschudi, señaladamente al del lado izquierdo. Tiene el mismo tamaño, las mismas proporciones, etc.; de modo que uno diria a primera vista que ambas figuritas han salido del mismo molde; solo que el ídolo de las *Antigüedades peruanas* es en la mitad superior de oro i en la inferior de plata. La esplicacion de la lámina dice: «ídolo de plata i oro representando una mujer hueca i desnuda, con una especie de gorra en la cabeza, i con lazos que le caen sobre los hombros.» La otra figura de la misma lámina es un poco mas esbelta i tiene los piés un poco mas apartados; por lo demas, sus proporciones, la posicion de los brazos, el adorno de la cabeza, en una palabra, todo es idéntico, pero el material es diverso. En efecto, ahí se dice: «ídolo de una mezcla de plata i estaño macizo con fajas embutidas de oro, plata i cobre puros, que parecen hacer una sola masa; llevando un gorro puntiagudo en la cabeza... Esta figura i la primera pertenecen al señor coronel Gamarra. Se encontraron en el Cuzco.»

«La especie de gorra» de la primera figura i el «gorro puntiagudo» de la segunda, como lo prueban claramente las figuras perfectamente idénticas en el adorno de la cabeza, representan seguramente, no una gorra, sino el peinado del pelo.

«Un ídolo de plata que tiene exactamente las mismas proporciones, la misma actitud, el mismo peinado, la misma nariz, está figurado en la memoria de M. Tomas Ewbank,[79] pero esta figurita tiene solo dos pulgadas i media de alto i pesa solo la cuarta parte de un peso, siendo hecha de una hoja mui delgada de plata.

«Otra figurita, casi igual a la de la lámina XLIV, que muestra fajas embutidas de oro, plata i cobre, se halla representada en la misma pájina de la memoria citada. La única diferencia que encuentro es que la figura de Ewbank tiene las piernas un poco mas apartadas, las fajas de las piernas dispuestas de un modo distinto, i los ojos i tetas de oro.

«Nuestro ídolo pesa ochenta gramos, i como obra artística no vale gran cosa. La cabeza es desproporcionada, falta el occipucio,

79. *The U. S. naval astronomical expedition*, vol. II, páj. 141.

no hai el menor indicio de orejas (que faltan igualmente en los ídolos figurados por Rivero, Tschudi i Ewbank,) la boca se halla en el medio del espacio que media entre la nariz i la barba; los brazos puestos en el pecho se tocan por las manos, que se parecen mas bien a manos de gato que a humanas; las tetas están mui apartadas, el vientre es mas prominente que el trasero; las piernas son cilíndricas, con una pequeña salida que representa las rodillas; los piés son simplemente láminas soldadas a estos cilindros i cortados en línea recta por delante, con cuatro incisiones que representan los cinco dedos, etc., Mas, la figurita prueba que la destreza del platero habia llegado ya a mucha perfeccion. Está trabajada de una lámina de hoja de lata de plata, en la cual las partes prominentes han sido obtenidas por el batido. En su parte inferior, la lámina habia sido dividida en dos partes, i cada una de estas partes, arrollada en cilindro, habia dado una pierna. La soldadura de estos dos cilindros se conoce en la parte interior de las piernas, i la soldadura de la parte superior en el dorso. Limando esta parte habria probablemente desaparecido todo vestijio de soldadura.» «Son tan perfectas estas soldaduras, que, segun lo asegura Rivero, ántes de despegarse se rompe el todo.[80]» «El peinado, que los señores Rivero i Tschudi han tomado por una gorra, es otra pieza, bien soldada, cuyo grueso se conoce en el estremo inferior. Es mui interesante que este peinado se haya conservado en la vecindad de Elqui desde el tiempo de los Incas, miéntras esta moda parece haber desaparecido en el Perú, pues de otro modo los autores de las *Antigüedades peruanas* no habrian tomado este peinado por una gorra...

«Pero ¿qué representa nuestro ídolo? En vano he buscado alguna ilustracion en la obra de los señores Rivero i Tschudi. La esplicacion de la lámina se limita a lo que he copiado ántes. En el capítulo sétimo, donde se habla prolijamente de las deidades de los antiguos peruanos, no encuentro nada que se parezca a nuestro ídolo, ni entre las divinidades elementales, terrestres,

80. *Coleccion de memorias científicas*, t. II, páj. 61.

históricas, ni entre las de familia e individuales, ni entre las conopas o canopas. Se sabe que adoraban la luna (*quilla,*) que pasaba, como en Atenas i Roma, por la deidad protectora de las mujeres en el trabajo del parto, pero no dicen nuestros autores cómo la representaban los peruanos.

«Las *huacas* o dioses de pueblos o provincias eran figuras de piedra o madera, i al parecer de gran tamaño. La circunstancia de conocerse ya cinco ídolos casi idénticos, los dos del Cuzco, dos figurados por Ewbank i el nuestro, no permiten suponer que este último haya sido la deidad de una provincia o de un partido. La misma circunstancia no permite tampoco creer que haya sido un dios doméstico, un *conopa*, *canopa* o *chanca*. Me inclino a creer, pues, que representaba una diosa venerada jeneralmente, talvez la Luna o Venus (*chasqui*, el mas hermoso de todos los planetas.)

«Con referencia a lo que dice el *Catálogo de la Esposicion del Coloniaje*, no he visto en ninguno de los autores que he consultado, que los antiguos peruanos hayan representado las vírjenes del sol, ni venerado una diosa de la honestidad.[81]»

Para completar este concienzudo i minucioso estudio de nuestro sabio amigo i maestro, podemos agregar algunas consideraciones deducidas del exámen de otros ídolos semejantes encontrados tambien en Chile, i de algunos apuntamientos sacados de los cronistas.

«Al modo que los peruanos fundian los metales, dice don Antonio de Ulloa, hacian con ellos ciertas figurillas, unas eran macizas, i otras vaciadas, sumamente delgadas i pequeñas, como para traerlas colgadas; i no solo las disponian de metal, sino de plata, de oro i de barro cocido. Su representacion era de los indios que llaman *opas*, que son monstruosos e insensatos, no reconociéndose que hiciesen de otros ménos diformes. Esta especie de defectuosos abunda mucho entre ellos en uno i otro sexo, i parece que a la circunstancia de la diformidad, es consecuente la demen-

81. Philippi, *Algo sobre las momias peruanas*, *Revista chilena*, t. I, páj. 140 i sigts.

cia, porque no se reconoce lo uno sin lo otro. Sus figuras son horrorosas en cara, cabeza i cuello, teniendo éste poblado de eminencias i paperas cuasi tan abultadas como la cabeza. Los indios les atribuyen varias particularidades i principalmente la de ser *adivinos*, consultándoles en sus urjencias: los miran con veneracion i como que tienen algo mas de particular que los otros hombres, por cuya razon formaban sus figuras en modelos a modo de dijes, que es lo que se tiene por ídolos, bien que no se sabe que les diesen algun culto o adoracion, ni que en la antigüedad los reputasen por cosa divina. En los que viven en su libertad no se reconoce tampoco semejante idolatría, porque si tal fuese procurarian conservarlos i mantenerlos con alguna veneracion; de lo que puede concluirse, que los que estuvieron civilizados contrajeron este uso de las leyes que les impusieron los Incas, o los primeros hombres que pasaron de otras partes a sojuzgarlos.[82]»

Don Mariano E. de Rivero espresa que la idea de que estas figuras representaban a los indios llamados *opas*, feos i estúpidos, a quienes se consultaba como oráculos, le parece inexacta, inclinándose mas bien a pensar que «eran imájenes de los semidioses que se adoraban i ofrecian en las grandes fiestas al principal que era el sol.[83]»

Las láminas 139 i 140 reproducen dos ídolos de plata maciza, fundida, a los cuales son aplicables respecto de su trabajo artístico i proporciones, las indicaciones señaladas ántes por el señor Philippi. Es el mismo peinado, la misma nariz abultada, la misma exajeracion de los órganos sexuales, la misma colocacion de las manos; son todos ellos evidentemente de la misma escuela. El número 139 pesa cincuenta i tres gramos i el otro solo diezisiete, habiendo sido ámbos estraidos por don Rafael V. Garrido de una *huaca* de Freirina. Merece notarse respecto del cabello de estos tres ídolos, que ha sido peinado con una partidura en el centro, lo que no se observa en otro análogo, pero de oro, figurado bajo el número 141. Rivero ha dibujado en sus *Memorias científicas*,

82. *Noticias americanas*, páj. 317.
83. *Memorias científicas*, t. I, páj. 176.

dos ídolos sacados de una sepultura de Junin, exactamente iguales a los nuestros.[84] La opinion emitida por el señor Philippi respecto de que con estos ídolos de plata se ha querido representar el culto jeneral de la luna, que, como ya ántes hemos visto, fué reverenciada por los antiguos peruanos, nos parece mui natural, mas aún si se tienen presentes estas tres circunstancias: Primera: el material de que han sido fabricados, la plata, de color blanquecino, i el mas idóneo de los metales que esplotaban los aboríjenes para simbolizar la luz de la luna; segunda: el gran desarrollo de los órganos femeninos; i finalmente, que, como lo vamos a ver, solo las mujeres adultas se peinaban de la manera indicada, pues las muchachas que no estaban aún en estado de casarse, disponian sus cabellos de una manera diversa. En efecto, un descendiente de los Incas, don Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui, que escribió un tratado sobre las antigüedades del Perú, afirma que Sinchi Ruca, que gobernó el país ántes de la conquista de Chile, «mandó que las hijas i mozas de dieziseis años se peinasen sus cabellos, echando sus *binchas*: esto se llamaba *quicuchicui*.[85]»

Figuras de esta naturaleza se han encontrado tambien en el Ecuador, siendo, pues, evidente, que el culto o adoracion de estos ídolos era jeneral desde aquellas rejiones hasta el norte de Chile, o lo que es lo mismo, en todo el imperio de los Incas. La interpretacion que venimos sosteniendo puede, ademas, corroborarse en parte con lo que actualmente sucede hasta hoi en Bolivia, donde, segun lo afirman los señores don Gustavo Gabler i don Alberto Herrman, que como injenieros de minas han tenido ocasion de tratar largamente a los indios de los cerros de aquel país, estas figuras simbolizan la *Mamapacha*, que, como lo habiamos ya notado por Arriaga, significa la tierra, por lo cual las guardan i reverencian las mujeres para que les dé buena cosecha.[86]

84. Tomo I, páj. 174.
85. *Relacion de antigüedades deste reyno del Pirú*, Madrid, 1879, páj. 250.
86. Philippi, *Descripcion de los ídolos peruanos del Museo Nacional de Santiago*, páj. 15.

De una naturaleza análoga a las anteriores es una figurita de mujer, un poco mas chica que la dibujada bajo el número 139, que existe en poder de don Luis Montt. Tiene de particular que en lugar de ser de plata es de cobre fundido, que ha sido encontrada en Cheyepin (Illapel) i, por consiguiente, mas al sur que las anteriores, i por fin, que la indicacion de las orejas que falta en las que hasta ahora hemos examinado (con escepcion del número 146 de que ya se habló) existe en este caso. Procedente del mismo lugar es una cucharita de un material idéntico al anterior i en un todo análoga a los demas utensilios de esta especie que al presente se encuentran en varios lugares de la costa del Perú, especialmente en Arica i Huarmey, i de las cuales ha dibujado una el señor Ewbank.[87]

En los muchos ídolos de cobre que durante nuestra permanencia en el Perú tuvimos ocasion de examinar, siempre nos habia llamado la atencion el que todos ellos, acaso sin escepcion alguna, eran del sexo femenino, i como parece evidente que los peruanos consideraban metal de mas valor al oro que el cobre, i en la inmensa mayoría de los casos los ídolos de oro siempre son masculinos; de este contraste, nos hemos dicho, ¿acaso no puede deducirse que se representaban en cobre las divinidades de las mujeres, o femeninas, i en oro las masculinas, o de los hombres, por la naturaleza superior que siempre los pueblos no civilizados han atribuido al hombre sobre la mujer? Esta es una conclusion a que siempre se llega cuando se estudian las costumbres de los salvajes: el hombre es en todas partes el señor, i la mujer dondequiera la esclava, cuando no la bestia de carga.

Sea como fuere, lo cierto es que Luna, Venus o Mamapacha, estos ídolos estaban afectos al culto especial de las mujeres. Veamos ahora, el significado que puede atribuirse a las figuras dibujadas bajo los números 141 i 142, pero, ante todo, describámoslos lijeramente.

Cada uno de ellos pesa ocho gramos, i el procedimiento seguido

87. *The U. S. naval astronomical expedition*, vol. II, páj. 125.

para su fabricacion es enteramente análogo al que ántes se ha indicado respecto del de Elqui. La mujer del número 141 no tiene sí el cabello con partidura, i el hombre del 142, en lugar de peinado, tiene un gorro dividido en varias franjas trasversales, terminadas por una coronacion un poco mas ancha que la última superior, que ha sido soldada del resto del cuerpo, así como los pendientes i los órganos viriles. Como trabajo artístico, es superior a los anteriores, pues no carece de cierta espresion irónica, aunque siempre se hace notable la desproporcion de la cabeza i su enorme nariz. Está, ademas, completamente desprovisto de toda indicacion de cabello, i los aretes están pegados a la cabeza i no pendientes de las orejas, las cuales tambien faltan. Rivero ha dibujado un ídolo procedente de las islas de la laguna de Titicaca en un todo semejante al nuestro, con escepcion del tamaño, que alcanza a diez pulgadas, siendo su peso de ocho onzas. Tambien el adorno que tiene en la cabeza es un poco diverso, pues «consiste en un cilindro compuesto de pedacitos de una piedra blanquizca jaspeada, de cinco líneas de largo i tres de ancho, i todo él amarrado con un alambre de plata que da varias vueltas.[88]»

Ya hemos visto que Arriaga en la enunciacion detallada que nos da de las huacas móviles se limita a decir que todas ellas tenian «sus particulares nombres,» pero sin que se haya cuidado de indicarlos. A primera vista parece que en el hombre dibujado bajo el número 142, por los distintivos especiales del gorro i los pendientes que lleva, se hubiese querido significar un curaca o algun indio principal de los que se llamaban orejones, que se tratase en una palabra de una simple estatua en pequeño, de la particular veneracion de una familia determinada, quizá de un antepasado; pero, en cambio, salta a la vista, que el falo que la adorna es el distintivo mas característico de la pieza, de donde, a juicio nuestro, puede concluirse que con él se ha querido significar al dios de la jeneracion, a quien debian dirijirse los hombres

88. *Coleccion de memorias, etc.*, t. II, páj. 62.

en ciertas i determinadas circunstancias. En Lima tuvimos oportunidad de ver varios idolitos semejantes, i siempre oimos entre los aficionados sostener la opinion enunciada como la mas verosímil; que en cuanto al gorro i los pendientes, adornos de los nobles, es natural que se presentase con ellos a un ser superior a los demas mortales, desde que en su jerarquía social i plástica nada mas elevado conocian.

Ya sabemos que habia conopas tambien en figura de animales; pero, respecto de las que se encuentran en las sepulturas, los señores Rivero i Tschudi se espresan en los términos siguientes: «De los animales feroces i dañinos que no podian llevar vivos para los sacrificios, como tapires, leones, tigres, serpientes, lagartos, hacian figuras de oro o plata que a la deidad presentaban; e igual proceder observaban con las llamas los que acudian de comarcas lejanas a la fiesta...[89]»

Se sabe que ántes de proceder al entierro de un cacique o personaje de importancia se aguardaba muchas veces meses enteros, esperando acopiar suficiente chicha i otros preparativos para la fiesta, i así se esplica que los invitados o parientes que vivian a larga distancia pudiesen acudir oportunamente llevando los regalos que atestiguasen su aprecio por el difunto.

No tenemos noticia de que de las huacas de Chile se hayan estraido otras figuras que las que apuntamos a continuacion, lo que acaso se esplica por no encontrarse propiamente en el país animales feroces o reptiles venenosos, o por ser acaso mas verosímil la creencia de que estas figuras eran verdaderas «conopas.»

A este jénero pertenecen las que damos de tamaño natural bajo los números 113, 114, 115 i 117, todas estraidas igualmente de una huaca de Freirina por el señor Garrido. La figura 113 es de oro fundido i laminado en hoja en estremo delgada, con las patas i piernas soldadas, que representa al parecer una llama. La número 115 es de plata soldada, fundida, i su representacion se acerca mas bien a un huanaco, así como la número 114, que es

89. *Antigüedades peruanas*, páj. 196.

de una especie de concha i que por ser mui pequeña pudiera creerse era tenida como hija de alguna de las otras, conforme a la creencia consignada por Arriaga. La número 117 es de cobre, ya en mui mal estado, i se aproxima mas a la figura de la alpaca.[90]

Ademas de estos restos de la implantacion del culto relijioso de los Incas en Chile, parece indudable que los hijos del sol erijieron a sus divinidades en nuestro suelo, uno o mas templos, que, aunque hoi nos parezca estraño, no estaban edificados en los pueblos, sino en sitios mas o ménos aislados. El historiador Perez García niega terminantemente el hecho[91]; pero, desde luego, consta, por la inversa, por el testimonio del jesuita José de Acosta que «en cada provincia del Perú habia una principal huaca o casa de adoracion,[92]» i con referencia especial a Chile, el historiador Mariño de Lovera cuenta que cuando Pedro de Valdivia llegó a Copiapó, en signo de posesion hizo plantar una cruz sobre una huaca, «lugar que los españoles miraban como adoratorio del demonio.[93]»

Mas terminante que lo que anteriormente se ha espuesto es lo que refiere Diego de Rosales. Cuenta este autor que, yendo a Colina el capitan Rodrigo Orgoñez (que vino a Chile con Almagro), llegando al lugar en que residian los caciques i el gobernador del Inca, se aposentaron los soldados en una gran casa de paja, «que era templo i adoracion de los indios peruanos, donde hallaron nuevos ídolos, de manera que luego les pegaron fuego, i viniéndoles los indios a decir que no se alojasen allí, que se caeria el cielo i se enojarian los dioses, hicieron burla de ellos i derribaron los altares, i siendo ya de noche fué tanto el viento i agua que sobrevino que se hubieron de salir de allí, i al punto que salieron dió toda la casa en tierra.[94]»

90. Rivero ha dibujado en la páj. 174 del t. I de las *Memorias*, una de estas llamas de plata, idéntica a la nuestra, que dice ha sido estraida de Junin.
91. *Historia de Chile*, lib. I, cap. X.
92. Tom. II, páj. 28, ed. Madrid, 1792, 8.°
93. *Historia de Chile*, páj. 39.
94. *Historia de Chile*, I, páj. 370.

Hé aquí, pues, aseverado de la manera mas terminante el hecho que negara posteriormente Perez García. Sin embargo, creemos que de esta relacion de Rosales, tan interesante por los detalles que consigna, deben descartarse aquellos conceptos nacidos evidentemente de su espíritu místico i de la manera comun de espresarse. Desde luego, es inadmisible ese color romántico que intenta dar a sus palabras, haciendo intervenir indirectamente a la Divinidad en la destruccion del templo, i en cuanto a los altares que supone derribados por los intolerantes castellanos, no cabe disputa en que los tales altares no existieron jamás, puesto que los peruanos no los conocieron. I, por fin, nos inclinamos a pensar que cuando nuestro autor habla de nuevos ídolos encontrados en aquel lugar, no hai de por medio sino un error de imprenta, que ha consistido en emplear *nuevos* por *muchos*; porque, en verdad, Rosales, ni inmediato a este pasaje ni en otro lugar de su libro, describe ídolo alguno de la teogonía incarial.

A pesar de estas cortas rectificaciones, como se comprende, el hecho subsiste en toda su fuerza, i hecho del cual parece aún dar testimonio despues de larguísimo trascurso de tiempo la denominacion que ha quedado a los cerros que deslindan aquel valle de las rejiones de la costa, pues, en el lenguaje de nuestro pueblo se llaman la cuesta de Pachacama, o como nosotros diriamos, de Pachacamac. Concordando estos dos antecedentes irrefutables, ¿seria aventurado suponer que aquella casa de adoracion estaba destinada al culto del célebre Pachacamac, la divinidad que acusa una concepcion mas intelijente en el sistema relijioso de los Incas, i los restos de cuya ciudad i templo se conservan todavía perfectamente visibles en el valle de Lurin, cerca de Lima?

Deseosos de indagar si por acaso quedasen reliquias o siquiera memorias de tan celebrada construccion, emprendimos, no hace mucho tiempo, una corta escursion a los lugares en que suponiamos pudiéramos hallar los tan historiados restos, queriendo nuestra buena suerte que al cabo de afanes, diésemos en la hacienda de Chacabuco con huellas, sino de lo que buscábamos

precisamente, al ménos con otras que afectan alguna semejanza. En efecto, no léjos de las casas, hácia el noroeste, enfrentando el morro llamado del Diablo, se encuentra una pequeña quebrada, de suave declive i laderas bajas en su comienzo, pero que, a poco, se empina angostándose notablemente, estrechada entre dos paredes de granito, nido hoi de bubos i lechuzas. En esta parte estrecha, sobre un escalon a cuyo pié se desliza una pequeña corriente de agua, la ladera afecta una escavacion natural en forma de bóveda redondeada, en cuyas paredes es fácil distinguir a primera vista dibujos mas o ménos regulares hechos al parecer en imitacion de friso i pintados con blanco, negro i lacre. Las figuras 197, 198 i 201 son una copia exacta de estos dibujos, aunque en mucho menor escala, i han sido trabajados, segun es fácil convencerse, con la misma pintura que ha servido para teñir los objetos de alfarería que se sacan de los sepulcros indíjenas.

¿Para qué ha servido esta gruta? ¿Ha sido una casa de habitacion? ¿Ha sido un cementerio? ¿Ha sido mas bien un lugar de cita para la práctica de ciertos ritos o ceremonias bélicas o relijiosas? Desde luego, debe fijarse la atencion en que el lugar retirado i mas o ménos oculto en que se encuentra es un indicio fuerte de que se ha querido aprovechar para ciertos usos que no han podido ser los ordinarios de la vida; i las pinturas que la adornan, enteramente estrañas a lo que se acostumbraba bajo el techo pajizo de las chozas indíjenas, estarian tambien demostrando que los que han querido vivir ocultos no han podido entretenerse en semejante fábrica.

En otra parte hemos dicho ya que solian elejirse las grutas para depositar los cadáveres, pero esta práctica parece que estuvo reducida a las rejiones del estremo sur del país i que, por lo tanto, no debemos dar cabida a semejante hipótesis en nuestro caso.

Ahora, en cuanto a si ha podido servir de cita a ciertos conspiradores o de lugar en que se hayan celebrado las juntas acostumbradas por los indios antes de realizar sus levantamientos, parece todavía ménos probable, porque, como se sabe, estas reu-

niones se celebraban siempre al aire libre, entre fiestas i borracheras, i así este local habria sido completamente inadecuado para el objeto. No se olvide, ademas, que los dibujos que contiene están demostrando claramente que han debido ser hechos con cierta preparacion i holgura en sus autores, i que las sublevaciones de indios en esta rejion fueron tan contadas i pudieron, como consta, efectuarse con toda libertad, para que tuvieran necesidad de retirarse a un lugar tan estrecho e incómodo.

En el exámen que hacemos del objeto a que la bóveda de que se trata haya podido servir, conviene tener presente el hecho de que en aquellos remotos tiempos los llamados hechiceros eran sumamente abundantes, al ménos segun lo imajinaban los españoles, i que, como se supondrá, se les perseguia de muerte. ¿Tendria, pues, algo de estraño que para entregarse a sus prácticas vedadas hubiesen elejido tan apartado lugar, aprovechando aquella escavacion natural para hacer de ella un templo o lugar de sacrificio o como quiera llamársele? Nosotros creemos que esto ha sido lo mas probable, i que viene en apoyo de esta opinion el nombre familiar con que el pueblo bautizara el pequeño morro que enfrenta la quebrada. Hechicería en aquella época valia tanto como decir artes del demonio.

Mas, dejando aparte esta digresion pensamos que no puede trepidarse en afirmar que la conquista peruana significó para el país, en materia relijiosa, la imposicion de una nueva doctrina, o mejor dicho, de una relijion, porque, segun se ha indicado, los aboríjenes nunca tuvieron propiamente alguna. I este era precisamente uno de los fines primordiales que los Incas se proponian con el adelanto de sus armas en las rejiones limítrofes de su imperio, i por lo ménos, los ídolos que nos quedan, estraidos de los sepulcros, están demostrando claramente esta verdad.

Uno de los caracteres primordiales de toda civilizacion es el agrupamiento mas o ménos numeroso de individuos en un solo lugar, constituyendo pueblos o ciudades. En la civilizacion peruana todos sabemos que era especialmente notable la ciudad del Cuzco, capital del imperio de los Incas. En Chile por cierto que

no hubo jamás nada parecido, no diremos a aquella famosa poblacion, sino a ninguna de las otras que se recuerden del Perú o del primitivo Méjico. Pero los antiguos cronistas consignan como debidos a los peruanos algunos pueblos mas o ménos del estilo e importancia de los que hallaron los conquistadores castellanos en el resto del país i que a todas luces parecian jenuinamente indíjenas. Así, por ejemplo, los cabildantes de Santiago, con fecha 27 de febrero de 1552, dieron al cacique Martin, de Juan Jufré, tierras «en un *pueblo* de la parte del rio Maipo, que se dice el asiento Maipo, que era de los mitimaes del Inca, i que está despoblado.[95]» El historiador Perez García estima como probable que el pueblo que los españoles hallaron en Marga-marga, i que llamaron los Tambillos del Inca,[96] así como el que hubo en Talagante, conocido por el nombre de «Los Mitimaes» (es decir, trasplantados) debieron su oríjen al Inca Huayna Capac, el mismo soberano a quien cree debieron su nombre los Tambillos, el puente i la laguna del Inca, en el camino real de Aconcagua.[97] Como se sabe, los Incas tuvieron siempre por costumbre en las conquistas, trasladar al nuevo territorio que acababan de someter cierto número de habitantes, que en nuestro caso se radicaron especialmente en Talagante; pero, a pesar de todo, aparece con claridad que esa colonia arrastró allí una vida aislada i precaria, cuyos jérmenes i hasta cuya existencia desaparecieron totalmente con la llegada de los españoles.

Ni se detuvo aquí la influencia que los Incas ejercieron sobre el territorio chileno. Ha sido, con pocas escepciones, achaque comun de toda conquista, que, junto con las armas, el pueblo invasor ha impuesto al vencido, sus usos i costumbres, su relijion i hasta su lenguaje. Nuestro país no escapó tampoco a esta lei jeneral, aunque como dice Rosales, «de los indios de Chile solo hablaron la lengua del Perú los que hubo al norte del Mapocho hasta Coquimbo, lo que es señal, añade mui juiciosamente el je-

95. *Actas del Cabildo*, páj. 319.
96. Véanse las *Actas del Cabildo*, páj. 122.
97. *Historia de Chile*, lib. II, cap. 2.

suita, de que esos pueblos se le sujetaron i no otros ningunos.[98]» Merced al tiempo relativamente corto que duró la influencia peruana i al contínuo azar en que vivieron las huestes invasoras ocupándose de ordinario en el progreso de sus armas, i hasta al insignificante número de individuos que sufrieron esa influencia, por la escasa poblacion de las provincias del norte en aquella época, el idioma nativo de los habitantes apénas si esperimentó pequeñas variaciones, o como seria mas propio decir (porque es lo único que podemos constatar al presente,) apénas si tomó del quíchua dieziocho o veinte palabras, que no seria difícil enumerar:[99] pirca, cambo, puquio, huasca, lampa, chimpa, chasque, chape, aillo, ají, curaca, chicha, choclo, llama, mochar, (adorar) mingaco, mita, puna, papa, topo, ujuta, zancu,[100] huincha, huahua, llapa, palla, huaina.

Pero, junto con esta cuestion de lenguaje, se presenta a nuestra investigacion otra no ménos interesante i que ha dado mucho que trepidar a los que por incidencia se han ocupado de ella, a saber, si entre los indios de Chile se ha conocido alguna vez el uso de la escritura en cualquiera de sus formas.

El cronista Montesinos, apoyándose en que los araucanos dieron a Ercilla ciertas hojas para que le sirviesen de papel, se cree autorizado para deducir que en Chile era ya conocido en aquella remota época el uso de la escritura,[101] deduccion que nos parece del todo incongruente i antojadiza. Mas, de lo que no puede dudarse es del uso que siempre han hecho de los *quipus*, esto es, del sistema que los peruanos tenian en práctica al tiempo de la conquista española, o por lo ménos, de uno semejante fundado en la misma base, aunque quizá ménos perfecto.

Conviene recordar a este respecto lo que aseveran Rivero i Tschudi en sus *Antigüedades peruanas*. «Los antiguos peruanos, dicen, tenian dos suertes de escritura, una, i seguramente la mas

98. *Historia de Chile*, I, páj. 112.
99. Molina, *Historia civil*, cap. I.
100. Esta palabra, que nosotros decimos *zanco*, la emplea don Juan de Santa-Cruz Pachacuti, páj. 252.
101. Véase la páj. 33 de su libro.

antigua, consistia en una especie de jeroglíficos, i la otra en nudos, hechos con hilos de diversos colores. Los jeroglíficos eran mui distintos de los mejicanos, i grabados en piedra o en metal. En el Perú del sud no se ha descubierto todavía vestijio alguno de jeroglíficos pintados en papel...» «Todavía se encuentran hoi dia en las *punas*, añade Rivero, los *quippucamayos*, que llevan cuenta cabal i exacta del número de ovejas que están a cargo de los pastores, así como de las nacidas o perdidas que se notan en las majadas.[102]»

«Este sistema de los quipus, o de mnemotecnia, añade Lubbock, se conoce en la China i en el Africa.[103] Así, los caracteres chinos primitivos, ántes del comienzo de la monarquía, consistian en pequeñas guitas con nudos corredizos, cada una con su significado propio, que se empleaban principalmente en los negocios... Los pueblos de Ardrah,[104] en el Africa occidental, no sabian, segun se dice, ni leer ni escribir i empleaban pequeñas cuerdas con nudos, cada uno de los cuales tenia su significado.[105]»

Hablando sobre esto mismo el abate Brasseur de Bourg-bourg declara «que la mayor parte de los autores está de acuerdo en reconocer que, ademas de los *quipos* o nudos de diversos colores, de los cuales se servian para contar el tiempo i las cosas, «los pueblos del Perú poseian varias clases de escrituras, unas calculiformes, como estaban en uso en Quito, otras figurativas i monosilábicas; otras, en fin, fonéticas, como las nuestras, si se cree a Montesinos i aún quizá al mismo Herrera. El papel fabricado de hojas de banana, del cual aún se servian en Chile para escribir, en la época de la conquista, habria existido *dieziocho* siglos por lo ménos ántes de nuestra era, lo mismo que las *quilcas*, cueros de animales preparados, o especie de pergaminos, sobre los cuales se escribian entónces los anales de la creacion.[106]»

102. *Coleccion de memorias científicas*, t. II, páj. 84.
103. Astley, *Collection of voyages*, t. IV, páj. 194.
104. Id., *id.*, t. III, páj. 71.
105. Ob. cit., páj. 42.
106. *Popohl Vuh*, páj. CCXXX.

Ya vemos que la suposicion de Montesinos ha encontrado sostenedores de la importancia del que acabamos de citar; pero, dejando a un lado hipótesis mas o ménos aventuradas, hagamos notar por el momento cómo es verdad que ese sistema de escritura conocida con la designacion de *quipus*, se encuentra testificada como existente entre los antiguos chilenos por numerosos cronistas de la colonia, i aún de época mucho mas moderna, para investigar, en seguida, que es lo que por el momento nos interesa, si fueron importados al país por los peruanos, o si, por el contrario, existian ya entre nosotros al tiempo de la invasion incarial.

El historiador Alonso de Ovalle nos dice que los indios en Chile llevan cuenta de sus ganados, «con distincion de los que han muerto de enfermedad o de otros cualesquiera accidentes, de los que se han dado o consumido en el sustento de la casa i de los pastores,» por medio de los *quipus*, i que con ellos «dan tambien razon de lo sucedido en tal i tal ocasion i tiempo, i de lo que hicieron, hablaron i pensaron.[107]»

El padre Rosales hablando de la convocacion que el toquí jeneral solia hacer a los caciques invitándolos a levantarse contra los españoles, declara que, junto con una flecha ensangrentada, les enviaba «unos nudos en un cordon de lana colorada, en gran secreto, con su *Leb-toqui*, que es un ayudante.» Los nudos, agrega el jesuita, se designan en el idioma de la tierra con el nombre de *cumpron*, o *pron*, como dicen Pietas i Molina. «El mensajero encargado de convocar para las juntas de guerra, añade Gonzalez de Nájera, lleva una cuerda a que llaman *yipo*, de tantos nudos cuantos dias han de tardar los indios en venir a juntarse en el puesto que se les declara; para lo cual van deshaciendo cada dia un nudo, contando los que faltan para conforme ellos medir el tiempo de sus jornadas i ajustar el en que han de llegar al lugar señalado.[108]»

Esto por lo que respecta a un tiempo mas o ménos remoto.

Oigase ahora lo que dice con relacion a una época mucho mas

107. *Histórica relacion*, páj. 92.
108. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 183.

moderna el viajero Stevenson en su apreciable libro sobre Sud-América. «Molina, Ulloa i otros escritores nada dicen acerca del hecho curioso de poseer los araucanos el arte de los *quipus*, o sea, el sistema que los peruanos tenian de escribir con nudos en hilos de diversos colores, en reemplazo de nuestra escritura o de los jeroglíficos, i que hasta el presente poseen este arte lo demuestra el hecho siguiente. En 1792 tuvo lugar cerca de Valdivia cierta sublevacion, i cuando se trató de juzgar a varios de los complicados, Marican, uno de ellos, declaró «que la señal »enviada por Lepitran fué un pedazo de palo, como de una cuarta »de largo i notablemente grueso, i que habiendo sido ahuecado, »contenia en su interior un dedo de español; que estaba envuelto »en hilo en toda su estension i teniendo en uno de sus estremos »una faja, listada con colorado, azul i negro; que en la negra, »Lepitran habia puesto cuatro nudos para significar que era des»pues del cuarto dia de la última luna cuando el emisario habia »salido de Panguipulli; que en la blanca se veian diez nudos pa»ra indicar que diez dias despues de esta fecha tendria lugar el »levantamiento; que en la colorada debia añadirse por la perso»na que la recibiera un nudo si asentia a la sublevacion, pero »que si rehusaba, debia hacer un nudo atando juntas la azul i »lacre; de tal manera que, siguiendo la ruta que tenia indicada, »Lepitran estaria en situacion de averiguar al regreso del *chas»que* o heraldo, cuantos de sus amigos se le unirian, i que si al»guno disentia, sabria quien era él por el lugar que ocupase el »nudo que uniria los dos hilos.» De esta manera, concluye nuestro autor, «es mui probable que los toquis de Araucanía conserven sus recuerdos por medios de los *quipus*, en lugar de confiarlos a la tradicion oral.[109]»

Apreciando lord Kingsborough ciertos *quipus* que obraban en su poder, declara, no sabemos fundado en qué razones, que los estimaba «mas bien como chilenos que peruanos, i como mo-

109. *Historical and descriptive narrative of twenty years residence in South America*, London, 1829, 8.°, t. I, páj. 44.

dernos mas que antiguos.[110]» I por fin, refiriéndose Rivero a un pequeño libro inglés, cuyo título no cita, espresa que en él se contiene «la descripcion de algunos quipus descubiertos por Rosemberg Vestus en la familia de un cacique de Chile de la tribu de los Guancus, que se asegura ser descendiente de los Incas que huyeron del Perú a la llegada de los españoles.[111]»

En vista de tan numerosos i autorizados testimonios, debemos, pues, concluir que los quipus fueron conocidos en Chile desde época mui antigua, sin que en verdad dejemos de reconocer que el arte de emplearlos no alcanzó entre nosotros el grado de adelanto a que llegó en las provincias centrales del imperio de los Incas. Mas, como hemos ántes insinuado, ¿coincidió su invencion en Chile con la aplicacion que de ellos se hacia en el Perú, o, por el contrario, no fué su uso sino uno de los adelantos que los soldados de Huaina Capac implantaron en los valles de Coquimbo i Copiapó? Los historiadores cuyo testimonio hemos recordado no se pronuncian sobre este particular, pero desde luego llama la atencion que este sistema de los quipus se ha practicado aún en aquellas rejiones a que nunca llegó el dominio incarial, i que en idioma araucano, como lo asegura el padre Rosales i otros autores, los nudos que servian para las diversas combinaciones tienen una denomiacion especial: antecedentes que, unidos a la circunstancia de que hasta el presente encuentren cierta aplicacion, i lo fácil i natural del invento, peculiar tambien a otros pueblos, concurren a demostrar que su aplicacion entre los araucanos coexistió con el uso que de ellos se hacia en el Perú.

Lo que sin duda alguna enseñaron los peruanos a los aboríjenes fué el arte de contar. Segun es notorio, algunos pueblos salvajes poseen nociones tan escasas sobre este particular, que en cuanto recorren uno por uno los dedos de las manos i de los piés, sus ideas se embrollan i no saben atinar con un número superior al de sus propios dedos. El estado de los conocimientos de los primitivos habitantes de nuestro país, en este órden, no debió ser

110. *Mexican antiquities*, t. VI, páj. 271, nota.
111. *Memorias científicas*, t. II, páj. 78.

mui superior al grado que indicamos, pues las voces con que desde la conquista española espresan ciento i mil, *pataca* i *huaranca* i demas combinaciones superiores, son jenuinamente quichuas.[112]

Otro tanto puede decirse en lo que respecta al traje. Ya al hablar de la edad de piedra i de los araucanos hemos indicado que tanto el arte de tejer como el sistema de los vestidos, eran netamente rudimentarios. Para hilar tuvieron despues el huso, provisto de las torteras *(chinquid)*, cuyos modelos hemos dado a conocer, i los habia de tres clases, *pirùll*, *culiu* i *muñam;* de la lana del huanaco i del chilihueque hacian unos ovillos de hilado,[113] *(peul);* se proporcionaban agujas de las espinas del chagual[114], o de «otra pajita» que llamaban *gùton*[115], i posteriormente las hicieron de huesos; tiñeron sus telas «con colores perfectísimos» (sacados especialmente del quintral), del *relvun*, *cocoll* i *cùrcùll*[116], i así hacen los vestidos de varias tintas: el negro, para el cual no tienen raíces, lo dan mui bueno, cociendo lo que han de teñir en cieno negro repodrido[117]», que denominaban *rovù*. El amarillo lo daban con la *puelcura*. Los telares eran «de pocos palos i artificio,[118]» i de ellos, dice Molina, se conocen dos especies, el *gurehue*, «no mui diferente del que empleaban los españoles, pues en lugar de peine usaban una costilla de ballena o un palo adecuado, plano, para oprimir la trama *(thonon)*. El otro es casi vertical, llamado *úthalhue* o *huythalhue*. Tienen en su lengua vocablos propios para indicar todas las partes que componen los susodichos telares i las demas cosas conducentes a la labor de las lanas. Tenian agujas, como se colije del verbo *maduven*, así como bordado, segun el significado del verbo *dùmican*.[119]»

Andaban descalzos, pero para pasar las nieves habian inventado unos zapatos «que hacen de coleos, anchos como chapin, con

112. D'Orbigny, *L'homme américain*, t. I, páj. 394; Carvallo, *Historiadores*.
113. Gonzalez de Nájera, *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 189.
114. Id., *id*, páj. 59.
115. Febres, *Arte de la lengua general, etc.*
116. Febres, ob. cit.
117. Gonzalez de Nájera, ob. cit., páj. 98.
118. Id., *id.*, id.
119. *Compendio de la historia civil*, páj. 21.

que andan sin hundirse en la nieve cuando quieren.[120]» Los peruanos introdujeron la ojota, *uchuta*, «que era a modo de las alpargatas de España, que el novio daba a la novia al tiempo de casarse, de lana, si era doncella, i si no, de esparto.[121]» En el araucano existe tambien la voz *quelle*, calzado de indio, que no sabemos si era distinto de los anteriores;[122] i los zancos, que todos conocemos, i que distinguian con el vocablo *thenthicahue*.[123]

En materia de trajes, los usaron de varias clases: el poncho, *pontho*; la camiseta o poncho de solo dos listas, *ulcu;* la camiseta ceñida, *llochov*, i otra variedad llamada *macuñ; rùthu*, la manta gruesa; *ecull*, la listada; el *chamal*, con que se cubren todo el cuerpo; *huentecun*, la que ponian sobre las demas; la *iclla* i el *choñe* o mantas que usaban con especialidad las mujeres. Ribeteaban sus trajes con una cinta o cordoncito llamado *huachiñ;* hacian fajas o ceñidores de dos clases, *nuruhue* i *chumpi;* fabricaban cierta especie de calzones conocidos con la designacion de *charahuilla;* para la cabeza hacian cintas, *tarilonco*, *huyncha* i *malcantu*. Confeccionaban bolsas, *yapagh*, i otras dispuestas en forma de red para llevar provisiones durante sus viajes, que llamaban *huilal*.[124]

Pero, como espresa D'Orbigny muchas de estas voces, como tambien el *topu* o prendedor con que se sujetaba la manta o *iclla*, son quíchuas.[125] «Me sorprendí mucho, dice Fitzroy, cuando noté la precisa semejanza del vestido usado por las mujeres araucanas con el de los aboríjenes del Perú, segun lo describe i dibuja Frezier en su viaje.[126]»

> Sin pliegues, sin alforza, sin costura
> Es el bárbaro traje i tan mal hecho
> Que no señala talle ni cintura
> Forma, garbo, faccion, espalda o pecho:

120. Rosales, *Historia*, t. I, páj. 198.
121. Ercilla, *La Araucana*, notas.
122. Luis de Valdivia, *Arte i gramática, etc.*
123. Febres, ob. cit.
124. Obras de Febres i Valdivia, *passim.*
125. *L'homme américain*, t. I, páj. 394.
126. *Voyage of the Adverture and Beagle*, t. II, páj. 463.

I demas que es mala su hechura
Aspero, deshonesto, corto, estrecho,
Tanto que se descubren las costillas
I llega cuando mucho a las rodillas.[127]

A pesar de la asercion del poeta, el vestido de las indias chilenas, declara Gonzalez de Nájera, «es honesto para bárbaras, pues usan de faldas largas, mostrando solo los piés descalzos i los brazos desnudos.[128] «Andan vestidos los araucanos, añade Rosales, de lana, teñida de vistosos colores, con un traje moderado i sencillo, contentándose con solo cubrir el cuerpo. La ropilla es una camiseta cuadrada abierta por medio, cuanto cabe la cabeza, que entrándola por ella, cae sobre los hombros; los calzones, abiertos, de la misma tela, sin mas camisa que duplicar la camiseta, sin mas aderezo ni adherente... El cabello les cubre la cabeza, i le traen atado con úna cuerda de lana, la cual se quitan por cortesía, como nosotros el sombrero... El vestido de las mujeres es al modo del de los hombres i solo se diferencia en los calzones i en el cabello largo. Traen, como los hombres, una camiseta sobre los hombros, i de medio cuerpo hasta las rodillas una manta ceñida a la cintura, i de las rodillas abajo, como los hombres, desnudas i descubiertas, i los brazos del mismo modo. I aunque mas frio haga no traen mas abrigo, i dentro de casa se quitan la camiseta que traen encima i se quedan con solo la manta. Para las fiestas, se ponen algunas una *lliclla*, que pende por las espaldas, i por los dos estremos la prenden en el pecho con un punzon, sin mas galas ni usos nuevos, ni ser costosas a los maridos aún en esto poco que visten, que ellas mismas lo hacen i tejen, i si no, no se lo ponen, que el marido no se obliga a darlas de vestir: ántes ellas están obligadas a vestir al marido.[129]»

No debe olvidarse que la division del peinado en dos trenzas, a que llamamos *chapes*, es tambien una invencion peruana.

Con esto hemos pasado ya lijeramente en revista la influencia

127. Alvarez de Toledo, *Puren indómito*, C. XIX.
128. *Desengaño de la guerra de Chile*, páj. 98.
129. *Historia*, t. I, pájs. 158–159.

que la conquista peruana ejerció en Chile, influencia, por lo jeneral, benéfica, i debida, sobre todo, al grado superior de adelanto que habian alcanzado los pueblos del Inca. Pero, sin tiempo para consolidarse i sin un campo vasto en que poderse ejercitar, i distraida, ademas, a cada paso por las necesidades contínuas de la guerra i los dilatados desiertos al través de los cuales debia hacerse sentir, bastó el primer empuje de los soldados castellanos para que los cimientos del edificio que comenzaba a levantarse fueran dispersados en un momento, arrastrados por la corriente que en tan cortos dias disolvió el dilatado imperio de Atahualpa. De aquel tiempo de señorío de una nacion estraña en Chile, inmediatamente anterior a la época española, no quedan sino una que otra palabra en el idioma del pueblo cuya conquista se intentó, usos i costumbres alterados con el tiempo, piedras ligadas con deleznable barro en las alturas de algunos cerros, i uno que otro utensilio de arcilla i de metal confundidos con los cadáveres de sus dueños en las honduras de las fosas sepulcrales. De aquellas huestes que orgullosas hollaron en un tiempo nuestro suelo, apénas si al concienzudo trabajo del historiador le es dado descifrar un recuerdo al traves del dilatado trascurso de los años, i de las maravillas de aquella decantada civilizacion apénas si el arqueólogo puede desentrañar, arrancando a la podredumbre, unos cuantos objetos que conserven su figura orijinal. Tras de este período remoto i casi sin historia i monumentos, se levanta admirable, vigorosa i tristemente cruenta la conquista española.

FIN.

ESPLICACION DE LAS LÁMINAS

1. Idolo hallado en *Malloa*, cerca de Rengo, hecho de pórfido i dibujado de tamaño natural. Roto en su parte inferior.
2. Piedra granítica, de lo Ovalle, inmediaciones de *Curacaví*. Un octavo del tamaño natural. Véase su descripcion en la pájina 220.
3. Cincel de piedra hallado en «*Los Ulmos*», provincia de Valdivia. Esquita micácea, abundante en la cordillera central.
4. Tamaño natural, *La Union*. Pórfido.
5. Hacienda de San Miguel, departamento de *Melipilla* Tamaño natural. Oríjen volcánico. El lado que se ve es el mas alisado, pero el instrumento tiene rotas las dos estremidades del filo.
6. *Llanquihue*, lugar del Frutillar. Tamaño natural. Granito. En la estremidad de la punta le falta un pedazo, i el filo mismo aparece ya bastante desgastado.
7. Tamaño natural. Interior de *Chiloé*. Pórfido.
8. Tamaño natural. *Los Cuncos*, Valdivia. Pórfido.
9. Tamaño natural. *Rio Maullin*. Pórfido. Cincel orijinariamente bien pulido, con cuatro cantos, pero ya roto por el uso. Ha sido probablemente golpeado en un estremo con algun martillo de piedra.
10. Tamaño natural. Pórfido. Interior de la isla grande de *Chiloé*.
11. Tamaño natural. *Isla de Huar*. Piedra talcosa.
12. Tamaño natural. Interior de la isla grande de *Chiloé*. Pórfido.
13. Dos tercios del tamaño natural. Pulida en su mitad inferior. Hallada en el interior de la *Araucanía*. Granito.
14. Hacha de piedra, agujereada, de treinta i dos centímetros de largo, nueve i medio de ancho, i uno i medio de grueso, de un color pálido cenicienteo, tirando al verde, con pequeñas jaspeaduras negras. Fué hallada en la isla de *Mancera*, debajo de las raíces de un roble, junto con otra del mismo tamaño i dos chicas. Es el ejemplar mas grande que conozcamos de estos instrumentos. Cuarta parte del tamaño natural.
15. Dos tercios del tamaño natural. *Rio Maullin*. Oríjen volcánico.
16. *Islas de los Chonos*. Tres cuartos del tamaño.
17. Hacha tallada, encontrada en *Liguay*, Linares, en una capa de cascajo, a tres metros de profundidad. Tamaño natural. Es el ejemplar mas interesante de todos los que poseemos hasta ahora, por la gran antigüedad que indudablemente tiene.
18. *Islas de los Chonos*. Tres cuartos del tamaño. Pulimentada solo en el filo.

20. Collico, inmediaciones de *Valdivia*. Dos tercios del tamaño natural. Granítica.
21. Dos quintos del tamaño natural. Horadacion igual de ambos lados. Pórfido. *Chiloé*.
22. Dos quintos del tamaño natural. Horadacion en forma de cono truncado, con sus paredes interiores admirablemente regulares. Pórfido cuarzífero. *Guaitecas*.
23. Hallada en la hacienda de San Juan de *Valdivia*. Ejemplar bastante interesante por su forma, que acaso sea una copia de las hachas modernas de acero. Parece que ha sido esclusivamente destinada a usarse con la mano. Mitad del tamaño natural.
24. Pulida solo en el filo, o sea tallada. Encontrada en la hacienda de Santo Domingo, en *Bucalemu*. Piedra aislada de oríjen volcánico. Mitad del tamaño natural.
25. Sumamente tableada i de un carácter análogo a las números 14 i 15. Parece evidente que en estos instrumentos no hai mas pulimento que el de los cantos, i el trabajo del filo. Roca esquitosa, comun en la costa de Chile. Cuatro décimos del tamaño natural.
26. Pulimentada en su mitad inferior. Granito. Boca de *Reloncaví*. Tercera parte del tamaño natural.
28. Ha tenido en un principio una forma esférica bastante regular, con las líneas de horadacion perpendiculares. Superficie esterior bien alisada. De *Angol*. Once centímetros de ancho i otros tantos de alto, i cinco en el borde esterior de la horadacion. Granito. Está mal presentada en el dibujo.
29. Horadacion un poco mas ancha en su parte superior, con forma de cono, i relativamente mui delgada. La parte inferior de la piedra es casi plana, i su forma jeneral algo achatada, a escepcion de la parte superior que se empina como para dar mas resistencia i proteccion al agujero. Pulimento acabado. Hallada en la ciudad de *Concepcion* al abrir los cimientos de una casa. Tiene diez i seis centímetros de ancho i tres el borde de la horadacion. Porfídica. Tambien ha sido mal presentada.
30. Horadacion igualmente recta. El conjunto jeneral carece de regularidad i pulimento. Es bien plana por abajo, disminuyendo de volúmen hácia la parte superior. Dimensiones: trece centímetros de ancho, diez i medio de alto i veintiseis milímetros en la horadacion. Encontrada en *Talca*. Porfídica.
31. Hacienda de la «Patagua», *Curicó*. Plana en las superficies superior e inferior, redondeada en la circunferencia. Ancho, quince centímetros; alto, ocho; horadacion, borde esterno, cuarenta i cinco milímetros. Cachivarita.
32. Mitad del tamaño natural. Granítica. *Linares*.
33. Arenisca. Horadacion de forma usual i mui desgastada. Una de las mas grandes de su especie, alcanzando a un ancho de dieziocho centímetros. *Colchagua*.
34. *Colchagua*. Mitad del tamaño. Feldspato. El comienzo de la horadacion por el lado opuesto es mas ancho.
35 Sienita. Mitad del tamaño. *Colchagua*.
36. Siete octavos del tamaño natural. Horadacion curiosa que esplica el modo con que probablemente se hacia este trabajo, pues en el comienzo abarca una gran superficie para conseguir el objeto deseado. Es notable tambien por su pequeño tamaño. Forma aplanada e irregular en el conjunto. Porfídica. *Colchagua*.
37. Forma ordinaria. Pórfido color gris, mui hermoso. Siete octavos del tamaño. *Colchagua*.

38. Pórfido. *Colchagua.* Tamaño natural, aunque de forma poco comun.
39. *Curacaví.* Tamaño natural. Pórfido. Se presenta en la manera que se ve para mostrar la horadacion que ha conservado perfectamente las huellas del instrumento con que ha sido hecha.
40. Tamaño natural. Acaso ha servido de tortera para el huso. Horadacion perpendicular. *Curicó.* Piedra talcosa.
41. Mitad del tamaño. Granito. *Colchagua.* Notablemente aplanada, pues, miéntras su diámetro alcanza a ciento ochenta milímetros, solo tiene de alto cuarenta i cinco.
42. Granito. *Colchagua.* Forma oblonga, con horadacion bastante ancha i pulida. Mitad del tamaño.
43. *Curicó.* Cuarzo. Aparece escepcionalmente desgastada en uno de sus lados: uno de ellos llega a cuatro centímetros, i otro no pasa de quince milímetros. Mitad del tamaño.
44. Esta piedra fué encontrada dentro del estero de «Las Toscas,» en la provincia de *Curicó,* cerca de un cementerio indíjena, que la corriente habia destruido en uno de sus lados, lo que puede indicar cierta antigüedad. A su permanencia en el agua debe sin duda el color verde que afecta, siendo mui digna de atencion su forma de hacha. Es sensible que esté quebrada en uno de sus estremos. Mitad del tamaño natural.
45. *Curicó.* Del tipo jeneral de las piedras achatadas. Granítica.
46. Provincias del Norte.
47. Precioso ejemplar concluido hasta en sus menores detalles.
48. Cristal de roca, toscamente preparado i encontrado junto con el anterior en una huaca de Freirina. Parecen, por consiguiente, de oríjen incásico.
49. Sur de Chile, i destinada probablemente a un uso semejante al de la número 46.
50. Forma alargada, de un color trasparente, admirablemente dentada.
51. Flecha de trabajo mui fino, hallada en la Compañía, cerca de la *Serena;* i de jaspe de un hermoso color rojo.
52. Esquita. Hallada en la orilla norte de la laguna de *Llanquihue.*
53. Obsidiana.
54. Merece notarse la manera de enhastarse. Piedra de pedernal, cuarzo.
55. Obsidiana. Lindísimo ejemplar notable por sus pequeñas dimensiones, que habia dibujado ya Gay, pero cuya procedencia ignoramos.
56. Hallada en Chanco, subdelegacion de San Juan de la costa, provincia de *Valdivia.* Esquita.
57. Instrumento de bordes cortantes que acaso ha servido de lanceta, segun la descripcion que da el padre Ovalle. Por su forma i tamaño es enteramente análogo al cuchillo que hoi usan los armeros para recortar cartuchos de carton. El filo de los cuatro lados está fundado en un principio de evidente economía de trabajo. Ha debido afianzarse en la estremidad de un palo. Estraido de una sepultura de «La Patagüilla,» Curicó.
58. Instrumento tosco, semejante al *racloir* de los arqueólogos franceses, cuyo uso probablemente ha sido para desgastar o ablandar la carnaza de las pieles. Tamaño natural.
59. Punta tosca de flecha. Hallada, como la anterior, en las huacas de la *Patagüilla.* Tamaño natural.
60. Obsidiana, con sus bordes mui bien preparados. *Angol.*
61. Esquita arcillosa.
62. Cuarzo.
63. Esquita arcillosa.
64. Id. Esta i las tres puntas anteriores proceden de los cementerios de Puchoco, los *amas côtiers* de los franceses i los kjökkenmöddings de los dinamarqueses. Como se ve, las cuatro afectan formas diversas que respon-

dian quizás a usos tambien diversos. Así, la número 63 es esencialmente penetrante, pues la endentadura solo comienza casi en la mitad del cuerpo del proyectil. La 62 obedece a un principio análogo, i se distingue especialmente de la anterior por la forma i el número de los dientes, existiendo solo dos por cada costado, en lugar de seis que tiene la otra. Aunque en apariencia la 64 está mas toscamente trabajada, un exámen atento demuestra, por el contrario, que está provista de dientes finísimos, aptos para acerrar.

65. *Freirina.* Oríjen peruano.
66. Colocada impropiamente bajo este número. Procedente de Cheyepin, departamento de *Illapel.* Cuarta parte del tamaño natural.
67. Mitad del tamaño natural.
68. Id. A estas dos vasijas procedentes de «La Florida,» en *San Felipe*, es aplicable la observacion hecha respecto de la número 66. Mitad del tamaño natural.
69. *Freirina.*
70. Por su tamaño parece que debe considerarse como punta de lanza.
71. De *Freirina* como la anterior.
72. Id.
73. Piedra agujereada de siete ganchos, ya bastante usada, habiendo sido probablemente en un principio enteramente regular. Una de sus estremidades se ha roto i alisado en seguida con el uso. Tamaño natural. *Freirina.*
74. Mango de un baston, talvez insignia de mando de algun curaca. Cada una de las siete puntas tiene un comienzo de horadacion, a escepcion de una que está enteramente taladrada. Este objeto, hecho de mármol del Tabon, que habia sido dibujado ya por Gay, se halla en el Museo nacional sin procedencia conocida.

75. } Piezas análogas halladas en una sepultura de *Freirina.* Todas son de un
76. } pulimento completo, i dúdase si habrán sido *labrets*, como los que hoi
77. } usan los esquimales, para colocarlas en las orejas de los indios principales llamados *orejones*; o si habrán estado aseguradas en la cuerda del arco de la flecha para servir de agarradero i disparar el proyectil sin peligro de lastimarse los dedos. La figura jeneral del objeto la indica el número 76, que es un jaspe de hermoso color verde. La 75, vista por delante, presenta tres agujeritos, que no perforan la lámina en que se hallan, i de los cuales el del centro es un poco mayor que los demas, siendo la distancia a que están colocados unos respecto de otros, la misma. La 77, vista, por el contrario, por detrás, tiene una escavacion en la base i siete ranuras concéntricas en el borde posterior de las paredes. Tamaño natural.

78. De estas piedras hai algunas mas grandes i mas acabadas, i aunque por su forma nos hacen recordar nuestra mano de almiréz, es mui posible que hayan sido una insignia de mando. Diorita. Tamaño natural.
79. Este instrumento, especie de flauta, provisto como todos los de su especie de un agujero para que pudiera llevarse colgado, es de roca porfídica i ha sido hallado en la *Serena.* Está dibujado de siete octavos del tamaño natural, pero don Claudio Gay habia dado ya ántes a conocer otro semejante mucho mas grande.
80. Simple pito, provisto de dos agujeros en vez de uno, i cuya horadacion comienza en el centro de la cara superior para venir a terminar en uno de los lados, probablemente a despecho del artista. Hallado en «Los Ulmos,» *Valdivia.* Tres cuartos del tamaño natural.
81. Acaso ha sido este pito un instrumento de guerra. Hallado en una escavacion hecha a orillas de la laguna de *Vichuquen.* Piedra talcosa. Tres cuartos del tamaño natural.

82. Encontrado en *Valdivia*. Aparecen ya rotos los agujeros que tuvo para ser colgado, así como tambien las cavidades principales. Las rayas que tiene en el cuerpo sirvieron quizás para asegurar la envoltura de lana en que debió ir forrado. Talcosa-micácea. Tamaño natural.
83. Copiado de Gay. *Popeta*. Ignoramos a punto fijo la aplicacion que haya tenido. Véase la pájina 302.
84. El mismo objeto visto de perfil.
85. Cachimba de piedra, tamaño natural. Sur de Chile. Tamaño natural
86. Cachimba (?) de piedra, dibujada en Gay, sin procedencia conocida. Id.
87. Piedra. *Llanquihue*. Id.
88. Greda. *Copiapó*. Id.
89. Piedra. *La Union*. Id.
90. Greda.
91. *Freirina*. De piedra talcosa.
92. Bola de piedra para el juego de la chueca. Tamaño natural. San Juan, *Valdivia*.
93. Piedra con una cintura donde se amarraba una cuerda, i que de esa manera servia como las modernas *boleadoras* de los Patagones. Granito.
94. Piedra arenisca, estraida de *Puchoco*, que ha servido como plomada para las redes.

95.
96. } Torteras de greda, halladas a orillas de la laguna de *Llanquihue*.
97.

98. Piedra encontrada en la mano de un indio muerto, i cuyo uso se ignora.
99. Piedra de los indios changos, que se ha empleado probablemente en el tejido de las redes. Porfídica.
100. Piedra estraida de *Puchoco*, que acaso ha tenido igual objeto.
101. Olla de piedra, mitad del tamaño natural. Arenisca. Departamento de *Melipilla*.
102. Taza o copa de piedra, hallada en la hacienda del Batro, cerca de *Valparaiso*. Mitad del tamaño.
103. *Quintero*. Probablemente una insignia de mando que representa una cabeza de loro. Tercera parte de su tamaño. Falta en el dibujo una horadacion que tiene el orijinal en el mango. Mármol del Tabon.
104. Mano de moler, que representa en la parte superior la cabeza de un gato montés. Tamano natural. *Vichuquen*. Pórfido anfibólico.
105. Pala de hueso de ballena, petrificado. Tercera parte de su tamaño. Punta de Teatinos, *Coquimbo*.
106. Mármol del Tabon. Cuarta parte del tamaño.
107. Alabastro. Pomo para guardar pintura de afeite. Tamaño natural.
108. Cajita de jaspe, que contiene aún el *colu* o pintura para teñirse la cara. Tamaño natural. *Freirina*.
109. Mano de moler, estraida de una huaca de la Patagüilla, *Curicó*. Mitad del tamaño.
110. Vaso o copa de piedra, hallada en Panamá, *Curicó*. Tiene veintisiete centímetros de alto. Jaspe.
111. Olla de piedra blanda, talcosa, mitad del tamaño.
112. Pomo de piedra hallado dentro del estero Guirivilo. Poco mas de la mitad del tamaño.
113. Conopa o llama de oro laminado i soldado. Tamaño natural. *Freirina*.
114. Huanaquito hecha de una concha. Id. *Id*.
115. Huanaco de plata maciza, fundida. Id. *Id*.
116. Dos láminas de oro, delgadas como papel, que representan una cara humana. Los relieves están hechos por medio de abolladuras. En la parte

superior, existen dos pequeños agujeros, destinados probablemente para colgar el objeto de las orejas, en forma de pendiente. *Freirina.*

117. Alpaca de cobre ya bastante oxidado. Tamaño natural. *Freirina.*
118. Pequeño platillo de plata, de tamaño natural. *Osorno.*
119. Arete de plata, de tamaño natural. *Freirina.*
120. Anzuelo hallado en *Paine*, Santiago. Tamaño natural. Es de piedra, i la punta, de hueso, que está unida al cuerpo del instrumento por un hilo.
121 Pequeño alfiler de oro, de tamaño natural, hallado en *Freirina.*
122. Plancha de cobre, mui delgada, estraida de una sepultura de *Navidad.* Tamaño natural.
123. Anzuelo de cobre, de tamaño natural, hallado en *Copiapó.*
124. } Hojas de plata, probablemente de las tenacillas con que los indios acos-
125. } tumbran arrancarse los pelos de la cara. *Osorno.*
126. Hacha de cobre, encontrada en el desierto de *Atacama.*
127. Instrumento de cobre, tamaño natural, hallado en *Copiapó.*
128. Vaso de oro, tamaño natural, provisto de tres caras humanas. *Copiapó.*
129. *Tupo* o prendedor de plata, con que los araucanos se prenden la parte superior del traje. Cuarta parte del tamano natural.
130. Arete araucano, de plata. Un tercio del tamaño natural.
131. Alfiler de oro, tamaño natural. *Copiapó.*
132. Alfiler de plata, tamaño natural. *Osorno.*
133. Porra de bronce, tamaño natural. *Copiapó.*
134. Instrumento de bronce, sacado de una sepultura de San José de Maipo, *Santiago.*
135. Hachita o cincel del mismo material i procedencia.
136. } Cinceles de bronce de idéntica procedencia.
137. }
138. Idolo, hueco, de plata, tamaño natural. *Paihueco.*
139. } Idolos de plata sólida, de tamaño natural. *Freirina.*
140. }
141. Idolo de oro, hueco, tamaño natural. *Freirina.*
142. Idolo de oro, hueco. Es el único del sexo masculino que conozcamos. *Freirina.*
143. Idolo de piedra, de *Vichuquen*. Es quizás moderno.
144. } Idolos de greda encontrados en la hacienda de *Cauquenes.*
145. }
146. Idolo hecho de la concha de un marisco. Está ya mui maltratado. *Freirina.*
147. }
148. } Puntas de flecha de cuarzo, estraidas de una sepultura de Punta de Tea-
149. } tinos. *Coquimbo.*
150. }
151. }
152. Cachimba de greda, tamaño natural. *Llanquihue.*
153. Dibujo de una macana o porra indíjena.
154. Piedra sacada de Punta de Teatinos, que probablemente ha servido de plomada para las redes.
155. Instrumento de piedra, de tamaño natural, de *Puchoco.*
157. Figura de piedra mui dura, que talvez representa un coleóptero. *Coquimbo.*
158. Piedra talcosa, de color café, jaspeado con verde oscuro. En el centro se ve dibujada una especie de estrella, i está provista de seis incisiones en la circunferencia. Ha sido quizás la tortera de un huso.
159. «Pieza de madera ya petrificada. La cara que representa el dibujo es cóncava, i en su centro tiene un cuadro en relieve, en cuyo promedio hai un agujero; la cara opuesta, que es convexa, presenta una escavacion lonji-

tudinal. Nos parece una lanzadera.» *Revista arqueolójica de Santiago*, pájina 6.

160. «Cabeza de un idolillo de greda cocida, de color rojo. En la parte superior tiene un pequeño agujero que servia probablemente para llevarlo colgado.» *Rev. arq.*

161. Taza de loza mui fina, sacada de una sepultura del puerto de *Blanco Encalada*. Tiene veinticuatro centímetros de diámetro en la boca, i once de alto. Propiedad de don Demetrio Lastarria.

162. De *Vallenar*. Diezisiete centímetros de abertura por cuatro de alto. Coleccion del Museo Nacional.

163. Taza tambien de propiedad del señor Lastarria. La parte interior está dividida en cuatro secciones por medio de otras tantas series de rayas paralelas i en espiral. Dos de esas secciones están adornadas con tres figuras de llamas dispuestas en triángulo, que hacen frente a otras dos secciones con una sola llama cada una. Esta disposicion se reproduce exactamente en la parte esterna. La lámina representa el objeto en los tres quintos de su tamaño natural.

164. Tazita sacada en la ciudad de *Copiapó*. La parte interior tiene alternados i equidistantes los pequeños dibujos que se ven en la lámina en la mitad de su tamaño natural. La parte esterior está dividida en dos secciones con dibujos iguales al que se ven, dejando entre uno i otro un espacio de cincuenta milímetros. Coleccion del Museo Nacional.

165. Tasita de tamaño natural que representa un pato con su cabeza i cola. La parte interior, incluyendo la base, está cortada por cuatro líneas blancas en fondo negro. Las cuatro secciones en que de ese modo queda dividida, están adornadas alternadamente con una figura de flamenco i una cruz de Malta, dispuestas en el centro. Los otros dibujos parece que representasen pisadas de aves en la arena. Estraida de una sepultura de *Freirina*. En poder del señor don Rafael V. Garrido.

166. Hermosísima taza, procedente de *Tongoy*, i actualmente en la coleccion del Museo Nacional. Tiene de ancho en la boca veintisiete centímetros i nueve de alto. El asiento de la cara interna es del color rojo de la arcilla de que ha sido hecha, circundada por una lista amarilla, i el resto está pintado de blanco. Estos tres colores figuran tambien en la parte esterna, estando admirablemente diseñadas las rayas que se notan en los dibujos. El asiento, por su parte esterior, tiene dos círculos concéntricos de un color rojo mas o ménos pronunciado.

167. *Tongoy*. Mitad del tamaño natural. El asiento en su parte esterna inferior es del color rojo de la arcilla de que está fabricada, i en la parte superior es blanca, con rayas lacres, amarillas i negras. La cara interna está toda teñida de blanco. Coleccion del Museo Nacional.

168. *Tongoy*. Mitad del tamaño natural. Trabajo mas tosco que el anterior. Los dibujos forman dos grupos, separados por una faja del color de la greda. La cara interna no ha sido tampoco pintada. Coleccion del Mnseo Nacional.

169. *Tongoy*. Mitad del tamaño. Como es fácil notarlo, este ejemplar se aparta del tipo de los anteriores, pues hai una marcada diferencia en la disposicion de los dibujos, las proporciones son mui diversas, siendo éste mucho mas alto, i estando por fin, adornado con una cabeza de buho. Solo el asiento esterno ha conservado el color orijinal de la arcilla, habiendo sido pintado el resto con una tierra blanca. La cabeza del pájaro que se ha querido representar, está en un cuadro blanco, señalado por dos listas amarillas. Una de estas listas divide tambien, en la parte esterna, el asiento de las paredes laterales. Paralela a esta raya corre hácia arriba otra lacre mas delgada, i por fin, una blanca en que se apoyan dos dise-

ños iguales a los que adornan la seccion inmediata a los bordes. Coleccion del Museo Nacional.

170. Igualmente estraido de *Tongoy* i de propiedad de don Wenceslao Diaz. Tiene bastante semejanza con la anterior, habiéndose querido representar probablemente en ésta un pescado. Tiene diezisiete centímetros de diámetro.
171. Encontrado en *Conchalí*, Santiago. Doce centímetros de diámetro.
172. *Conchalí*. Diámetro, dieziseis i medio centímetros.
173. *Valdivia*. Diámetro: veintinueve centímetros.
174. Hallado en *Copiapó*. Trece centímetros de diámetro.
175 *a*. *Los Cuncos*, Valdivia. Diezinueve centímetros de diámetro.
175. Vaso de tamaño natural, encontrado en Petorca, de propiedad de don Demetrio Lastarria. El gollete representa una cabeza humana, cubierta, al parecer, con una especie de bonete, que se afianza con dos apéndices o cuerdas que imitan una culebra. El trenzado del cabello, en la parte posterior, está hecho figurando tambien diversas culebras. Las dos protuberancias que se notan, en la parte superior, a los lados de la cabeza, parece que indicaran otras tantas jorobas.
176. De tamaño natural, procedente de *Iquique*. Representa un hombre sentado sobre las piernas. En la cabeza tiene una toca, que se está sujetando con las dos manos el individuo figurado. La redondela, que sin duda era un distintivo, cubre el gollete de la vasija, que está detras.
177. Vasija procedente de *Vallenar*, tamaño natural. En la parte superior, del lado derecho, se levanta una cabeza de ave, unida al gollete por el asa. Del Museo Nacional.
178. Mitad del tamaño natural, hallada en la hacienda del Principal, *Santiago*. Su forma jeneral indica que se ha querido figurar una ave acuática, especie de pato.
179. Tamaño natural. Lugar de *Puangue*.
180. Tamaño natural. *Valdivia*.
181. *Freirina*. Tamaño natural. Enteramente semejante al número 177.
182. *Freirina*. Esta copa llama la atencion por su forma que se asemeja bastante a la de un tiesto moderno. Mitad del tamaño.
183. Cántaro estraido de una sepultura indíjena de *San Josè de Maipo*, junto con los utensilios de metal descritos en los números 134, 135, etc. Está representado en el tercio de su tamaño natural, «es perfectamente alisado, suave al tacto; pertenece a la clase de objetos que podriamos llamar de fantasía, sirviendo para el uso como para la ornamentacion.» (*U. S. Nav. astr. exped.*) La figura representada bajo el asa parece ser un cisne.
184. Mitad del tamaño natural. *Valdivia*. Propiedad del señor Philippi.
185. Cántaro hallado en *Copiapó*. Mitad del tamaño natural.
186. Mitad del tamaño. *Tongoi*. Representa la figura que está unida con la abertura un gato montés.
187. Mitad del tamaño natural. La Angostura. *Santiago*. Son notables la forma i las líneas del dibujo. Propiedad de don Guillermo Puelma.
188. Tercera parte del tamaño natural. Hacienda de *Chada*. Santiago.
189. *Llanquihue*. Mitad del tamaño.
190. *Collinco*, Osorno. Mitad del tamaño.
191. *Llanquihue*, dos tercios del tamaño.
192. *La Angostura*, Santiago; dos tercios.
193. *San Juan*, Valdivia; mitad del tamaño.
194. Curicó, *Chomedahue*. Tercera parte del tamaño. Encontrada en una sepultura, en posicion adecuada para que el muerto puediese beber en ella en la otra vida, conforme a las ideas relijiosas de los indios.
195. *Santa Cruz*, Curicó. Tercera parte del tamaño.

196. *Los Maitenes*, cerca de Quintero, Valparaiso. Tercera parte del tamaño natural.

197—198—201. Copia mui reducida de las pinturas que se encuentran en el friso de la gruta de la hacienda de Chacabuco.

199. *Santa Cruz*, Curicó. Tercera parte del tamaño. Vasija al parecer sin concluir, por las estrías que aún se observan en el cuello. Llama la atencion por cuanto no puede sostenerse derecha sin apoyarla de los costados.

200. *Santa Cruz*. Se aplica a esta ollita, dibujada tambien en el tercio de su tamaño natural, la observacion que hemos consignado respecto de la anterior, con la cual forma constraste por la estrechez de la boca.

202. Mitad del tamaño natural. *Ranco*, Valdivia.

203. Mitad del tamaño. El gollete aparece chueco, por cuanto ha sido deformado sin duda ántes del cocimiento. Ignoramos su procedencia, pero el *Catálogo de la Esposicion del Coloniaje* apunta que ha sido estraido de una sepultura mui antigua.

204. 205. 206. 207. Todos proceden de una huaca de *Collico*, en las vecindades de Valdivia. El primero está dibujado en las cuatro quintas partes del tamaño natural, i los restantes solo en el tercio.

208. Quinta parte del tamaño natural. Vasija que contenia los huesos de un niño, i varias semillas, estraida de una sepultura de la *Patagüilla*, provincia de Curicó.

209. *Santiago*. Quinta parte del tamaño.

210. *Santiago*. Es una enorme vasija, tambien procedente de *Santiago*, de propiedad del señor Montt, perteneciente a la clase de las llamadas *malgues* por los araucanos, destinadas especialmente a la conservacion de la chicha. El dibujo la representa como en una sétima parte de su tamaño.

211. Vasija mui fina, dibujada de tamaño natural i procedente de *Freirina*.

212. *Santiago*. Mitad del tamaño.

213. *Santiago*. Id. Como se ve, estas dos vasijas forman contraste en cuanto a su forma, i son dignas de notarse como una escepcion por la orijinalidad de su figura.

214. Mitad de la mandíbula inferior de un cráneo estraido del lugar de *La Punta*, Curicó.

215—230. Véase la esplicacion contenida en el cuadro de la pájina 108.

231. Idolo de piedra dibujado de la mitad de su tamaño, encontrado en *Colchagua*.

232. Piedra con jeroglíficos que existe en el valle de Rapiantu, a orillas del Cachapoal, hácia el interior de los Baños de Cauquenes. Véase la pájina 46 del testo.

INDICE

PÁJS.

PREFACIO VIII

CAP. I.—ORÍJEN DEL NOMBRE DE CHILE.—El nombre de Chile aparece por primera vez en la historia.—Los cronistas españoles lo llaman ordinariamente Chili.—El valle de Aconcagua.—El cacique Chili.—Época probable en que ha existido.—Cómo ha nacido el nombre de algunas naciones sud-americanas.—Garcilaso i Diego de Almagro.—Diversas opiniones.—Significado de Chile en el idioma quíchua.—Objeciones.—Los capitanes de los Incas fueron los primeros en hablar de Chili.—Chili i Chile.—Resultado..... 1

CAP. II.—PRIMEROS POBLADORES DE CHILE.—La historia i la tradicion.—Tradiciones chilenas sobre los primeros pobladores del país.—Opiniones diversas.—El maestro Calancha.—Las águilas de dos cabezas.—Frai Antonio García.—Los frisios i los holandeses.—Los indios chilenos descendientes de los iberos.—Emigraciones sucesivas.—Opiniones de M. Brasseur de Bourgbourg.—Id de Montesinos.—Tradicion que cita el padre Ramirez.—Los primeros pobladores llegan del occidente.—Teoría del abate Molina.—Conclusion..... 11

CAP. III.—TRADICIONES.—Escasez de tradiciones.—Opinion de Lord Kingsborough.—El diluvio universal.—El fuego celeste.—Creacion del hombre.—El evanjelio i su predicacion en Chile..... 27

CAP. IV.—RAZAS PRIMITIVAS.—Uniformidad de pareceres.—Opinion de Pœppig.—Carencia absoluta de tradiciones.—Violenta desaparicion de la primera raza.—Antigüedad de la historia de América.—Monumentos de una civilizacion primitiva.—Testimonio de Humboldt, Saint-Hilaire i otros autores.—Unidad de las primitivas razas americanas.—Jeroglíficos peruanos.—Conclusiones de Garcilaso i Brasseur de Bourgbourg.—La piedra del valle de Rapiantu.—Otros antecedentes que existen en Chile.—Molina i el idioma araucano.—Estudio de los cráneos.—Ultimo resultado..... 35

CAP. V.—LA EDAD DE PIEDRA.—Medios de informacion de que es necesario valerse tratando de estos estudios.—Antigüedad de la América.—Datos conocidos en el Brasil.—La opinion de Lyel.—El cráneo de Nueva Orleans.—Unidad del tipo americano.—Comparacion con otros pueblos.—Cruzamiento de razas.—Monojemismo i polijemismo.—Los americanos han sido creados en América.—Separaciones i emigraciones.—Coexistencia del hombre en América

PÁJS.

con los grandes mamíferos fósiles.—¿Vivió en Chile el hombre en la época del mastodonte?—Hechos que demuestran la antigüedad de los aboríjenes de Chile.—Hachas de piedra.—Cómo fabricaban estos instrumentos los mejicanos.—Lugares en que se encuentran los instrumentos de esta naturaleza.—Los «Kjökkenmödings.»—Distintas clases de flechas.—Vasijas de la edad de piedra.—Conocimiento i uso del fuego.—Hacha del diluvio encontrada en Liguay.—Diversas clases de hachas que se hallan en Chile.—Cómo han sido fabricadas.—Hachas que usaban los toquís.—Raspaderas.—Depósitos del Algarrobo.—Restos indíjenas de Puchoco.—Las flechas.—Aislamiento de algunas tribus.—Piedras para la redes.—Torteras de greda.—Otros utensilios.—Lo que se sabe de la edad de la piedra.—Pintura que de ella hace Darwin..... 51

CAP. VI.—Los ARAUCANOS. I.—Descripcion topográfica del país.—Descripcion que hacen de Chile los primero conquistadores.—Clasificaciones que se han dado de los indios.—Diversidad de idiomas.—Exámen de la lengua araucana.—Pintura de los araucanos.—Olivares i Molina.—Los indios rubios.—Descripcion del viajero Pœppig.—Los chonos .—Exámen de los cráneos.—Deducciones..... 87

CAP. VII.—Los ARAUCANOS. II.—Divisiones jeográficas.—Behetrías.—Existencia de un gran reino en el sur de Chile.—Las Amazonas.—Isla de Lucengo.—Disensiones entre las diversas tribus.—Sujecion a los caciques.—Convocatoria para la guerra.—Juntas de guerra.—Preparativos para la campaña.—Declaracion de la guerra.—Orden de combate.—Armas.—Picas.—Macanas.—Flechas.—Otras armas.—Piedras horadadas.—Canto de la victoria.—Distribucion del botin.—Muerte del prisionero.—Celebracion de la paz.—Regreso al hogar 113

CAP. VIII.—Los ARAUCANOS. III.—Poblacion que habia en Chile a la época de la llegada de los españoles.—Pueblos.—Caminos.—Casas.—Trajes.—Desfiguracion del cráneo i del rostro.—Adornos.—Joyas.—Afeites.— Ajuar de las casas.—Camas.—Insectos nocivos.—Parásitos.—Alumbrado.—Sistema para procurarse el fuego.—Modo de comer.—Alimento.—Caza de montería.—Animales anfibios.—Volatería.—Animales domésticos.—El perro.—El *chilihueque*.—Mariscos.—Pesca.—Anzuelos.—Embarcaciones.—Balsas, canoas, piraguas.—Alimentacion vejetal.—Sal.—Miel.—Diversos productos.—Fertilidad del país.—Agricultura.—Uso del tabaco.—Bebidas.—Utensilios.—Comercio..... 153

CAP. IX.—Los ARAUCANOS. IV.—Canibalismo.—Sacrificios humanos.—La piedra de Curacaví.—Las piedras con cuatro cavidades.—Las *apachetas*.—El *pruloncion*.—Ideas de la Divinidad.—Agüeros i supersticiones.—Existencia futura.—Inmortalidad del alma.—La muerte.—Hechiceros —Machis.—Juntas.— Medicina i enfermedades.—El arte de sangrar.—Conocimientos de historia natural.—Ceremonias que se seguian a la muerte.—Acompañamiento.—Provisiones para el viaje de la otra vida.—Sepulturas.—Disposiciones españolas acerca de las huacas.—Objetos que se encuentran en ellas.—Los niños jemelos.—Momias..... 215

PÁJS.

CAP. X.—LOS ARAUCANOS. V.—Matrimonios.—La mujer araucana.—Las mujeres son heredadas por el hijo.—Las hijas fuente de riqueza para sus padres.—Nobleza araucana.—Parentesco.—Celebracion del matrimonio.—Fiestas con que se festeja el enlace.—Adulterio.—Libertad de las solteras.—Partos.—Designacion del nombre.—Educacion del niño.—En familia.—Saludos.—Conversaciones.—Juramentos.—Hospitalidad.—Diversiones i fiestas.—Bailes.—Canto.—Instrumentos de música.—Poesía.—Ejercicio de la palabra.—Juegos.—Ocio i embriaguez.—Los delitos segun el código penal indíjena.—Homicidio.—Adulterio.—Hurtos.—Malocas.—Juicios civiles.—Derecho de propiedad.—Conocimientos científicos.—Nociones astronómicas.—Division del dia.—Años, meses i semanas.—Medidas de lonjitud.—Caracteres morales del araucano.—Inducciones... 277

CAP. XI.—LA CONQUISTA INCÁSICA.—Precauciones tomadas por los Incas en la conquista.—Llegan hasta el valle de Chili.—Prosecusion de la guerra.—Vacíos que se notan en la relacion de Garcilaso.—¿Quién fué el primer Inca que emprendió la conquista de Chile?—Opiniones de varios autores.—Id. del padre Oliva.—Recuerdos de los indios chilenos acerca de la conquista peruana.—D. Pedro de Peralta Barnuevo i su *Lima fundada*.—Perez García i Córdova i Figueroa.—Relacion de Rosales.—Id. del capitan Olaverría.—Dificultades que ofrecen los historiadores del Perú.—Camino que siguieron los Incas.—Hasta donde llegaron en Chile.—Por qué abandonaron el país.—Duracion de la dominacion peruana..... 315

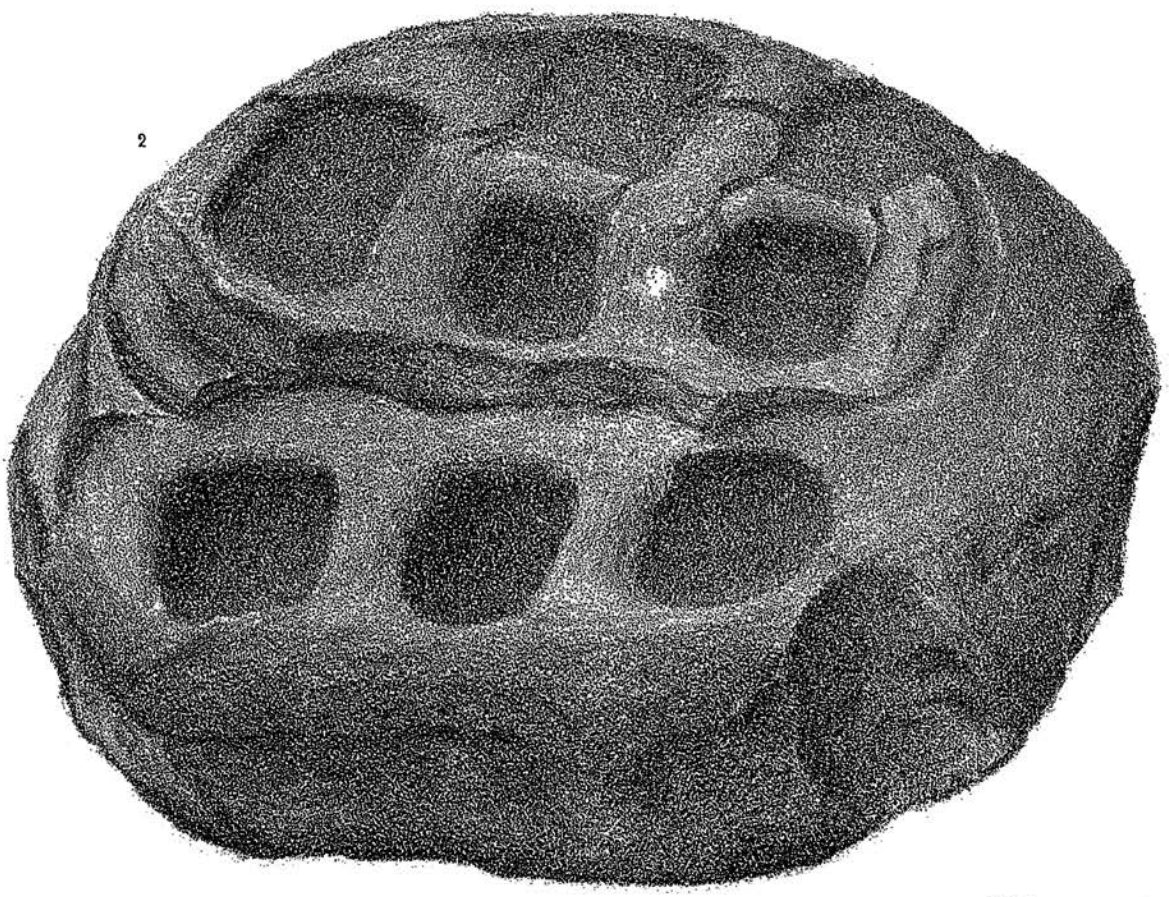
CAP. XII.—LA EDAD DEL BRONCE.—Sistema de conquista seguido por los Incas.—Recomendaciones que hacen a sus capitanes respecto de Chile.—Topa-Inga levanta el censo de la poblacion.—Obsequios a los funcionarios.—Frecuentes relaciones que hubo en lo antiguo entre Chile i el Perú.—Tributo que los indios de Chile pagaban a los Incas.—Ceremonias con que era llevado al Cuzco.—Respeto al soberano.—Gobernadores peruanos.—Los orejones.—Fortificaciones.—Testimonios deducidos de los cronistas.—Antecedentes para apreciar la estension de país sometido.—Naturaleza de las fortificaciones.—Otras consideraciones jenerales.—Descripcion del fuerte de Collipeumo.—Caminos.—Servicios anexos a las vias de comunicacion.—Canales.—Trabajo en comun.—Alfarería.—Vasos de piedra.—Otros utensilios del mismo material.—Afeites.—Joyas.—Idolos.—La gruta de Chacabuco.—Fundacion de pueblos.—Influencia sobre el idioma.—Empleo de la escritura.—Los quipus.—El arte de contar.—Trajes.—Lo que ha sobrevivido a la conquista peruana. 333

ESPLICACION DE LAS LÁMINAS..... 415

LÁMINAS

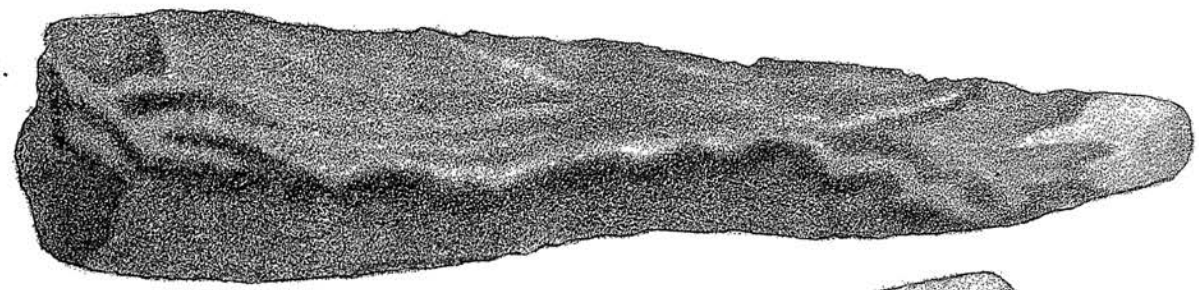
1

2



LIT. A. SALING, SANTGO

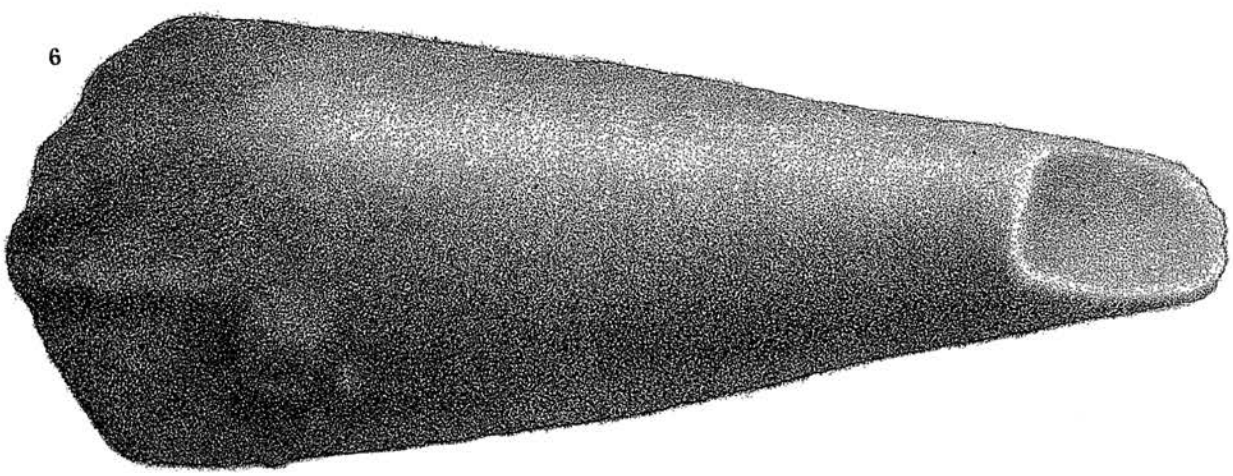
3.



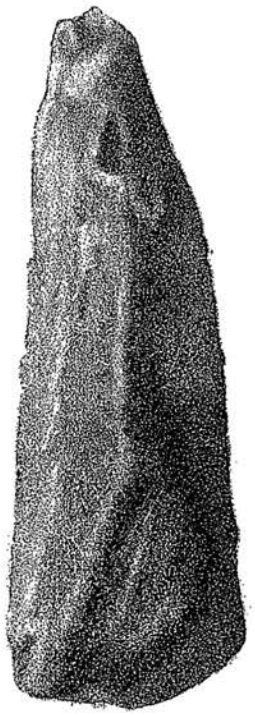
4.

5

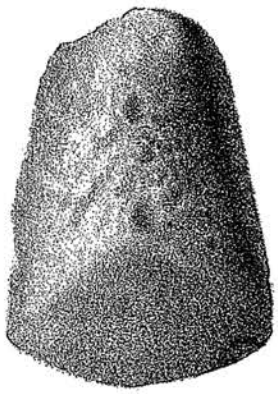
6



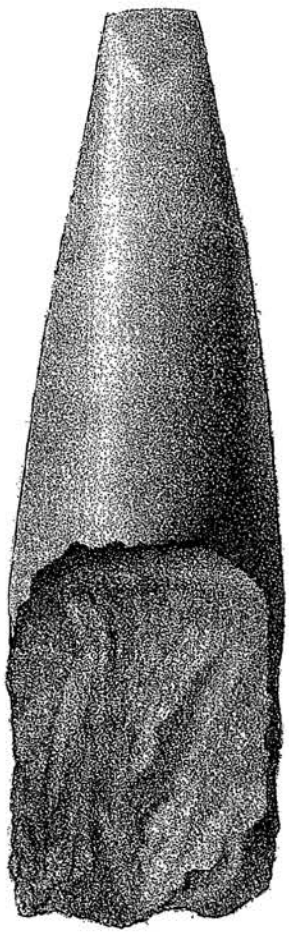
7.



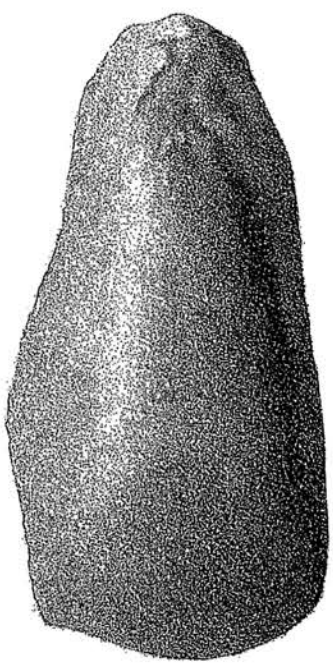
8.

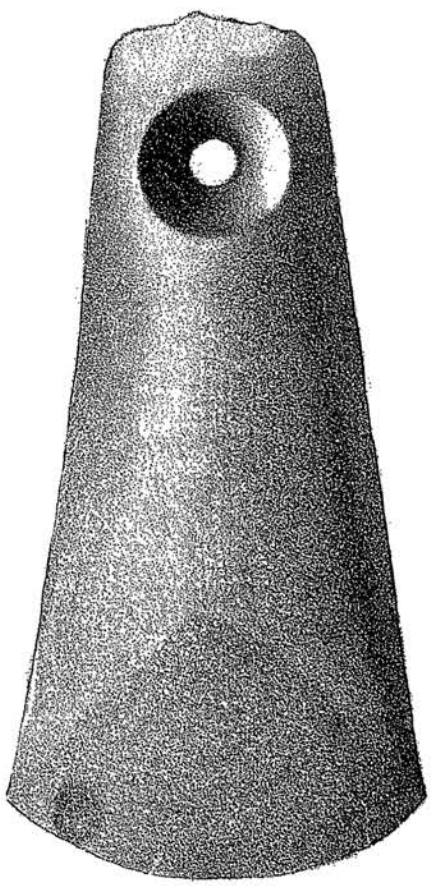


9.



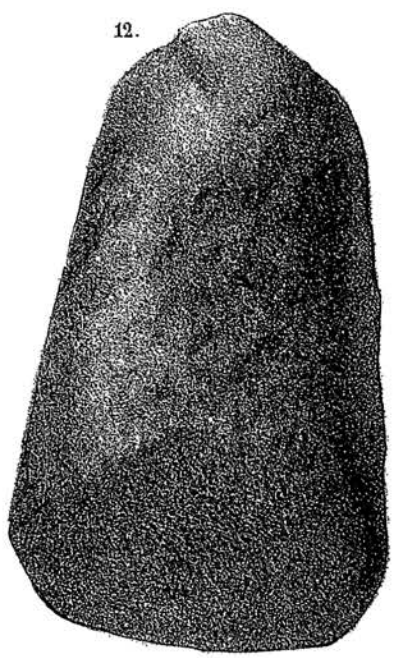
10.



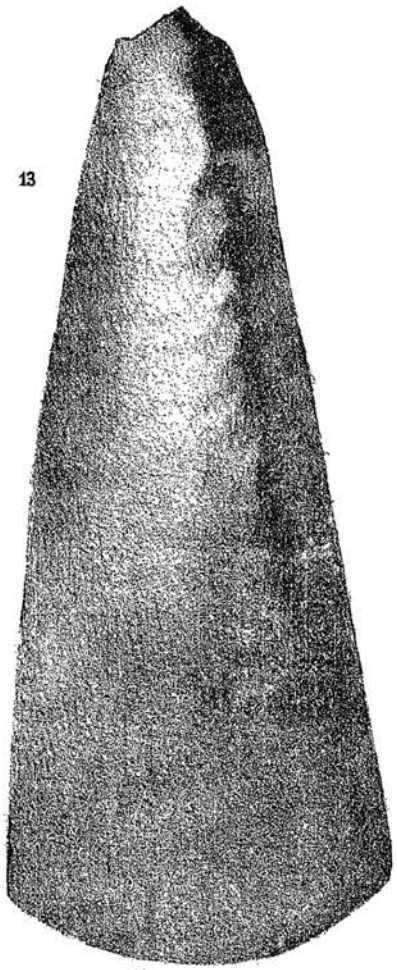


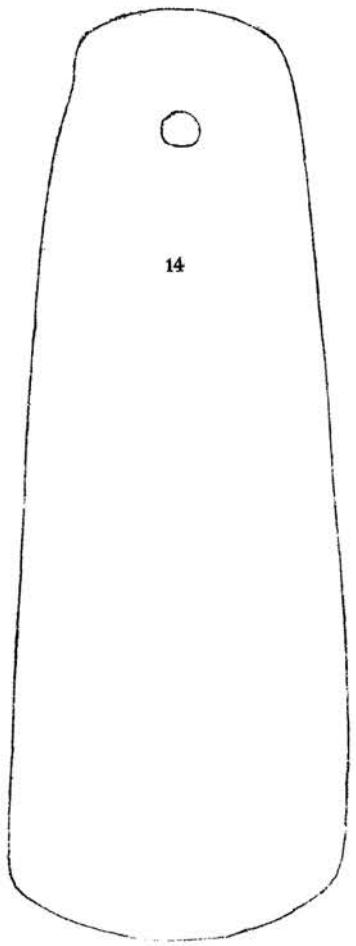
11.

12.



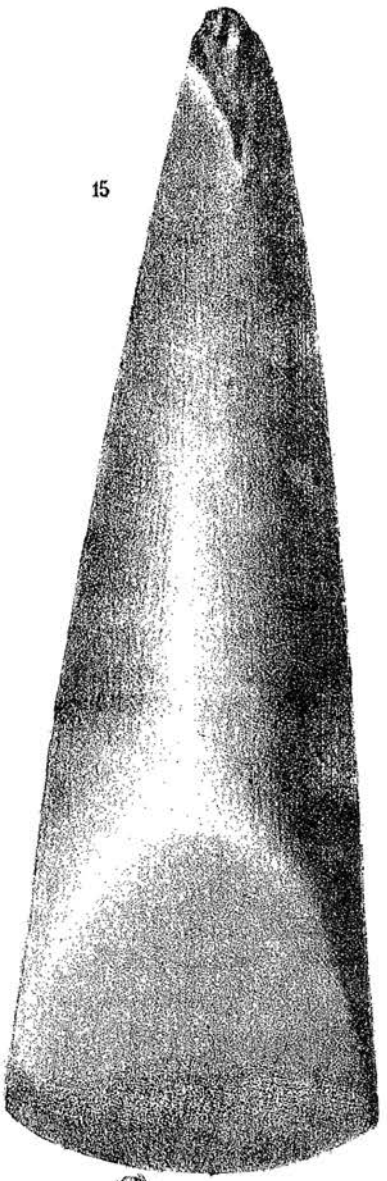
13

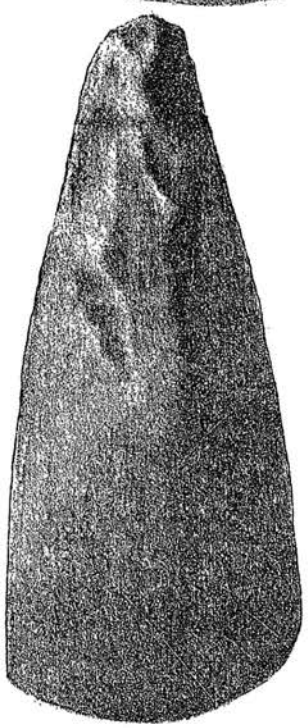




14

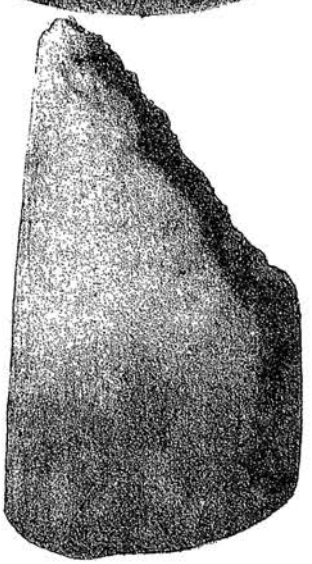
15





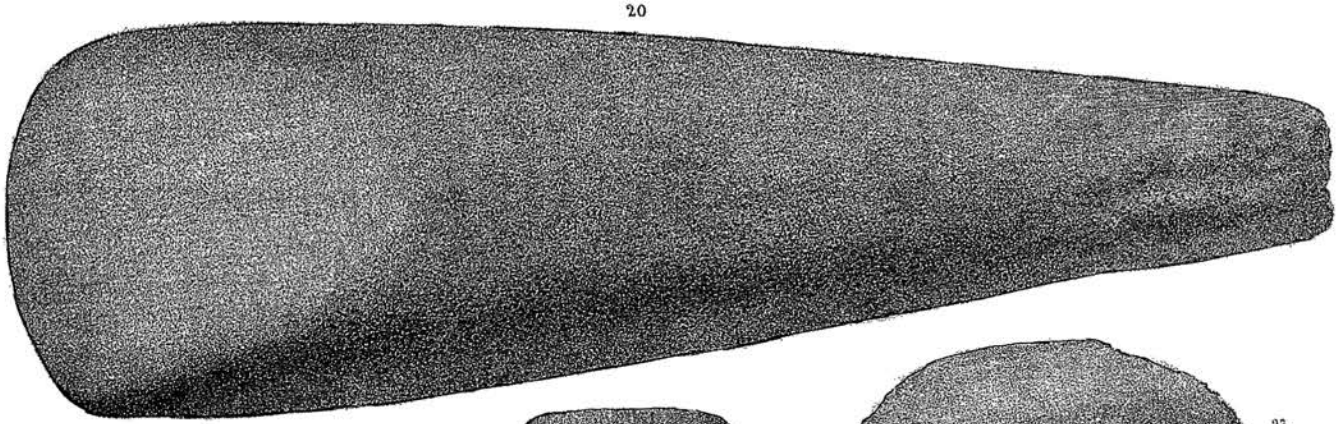
16

17

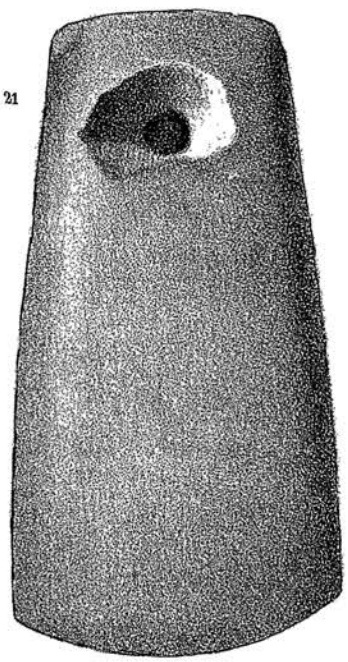


18

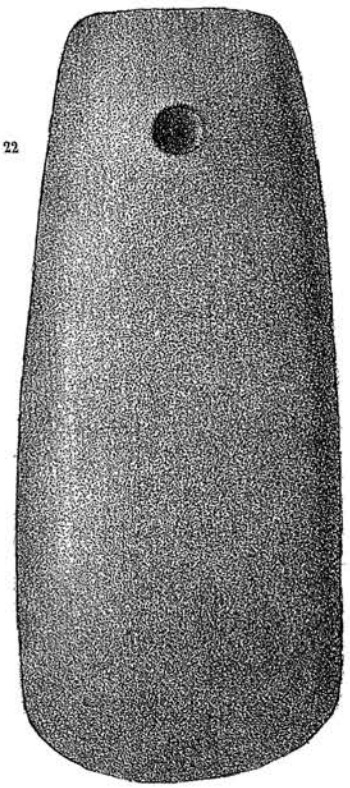
20



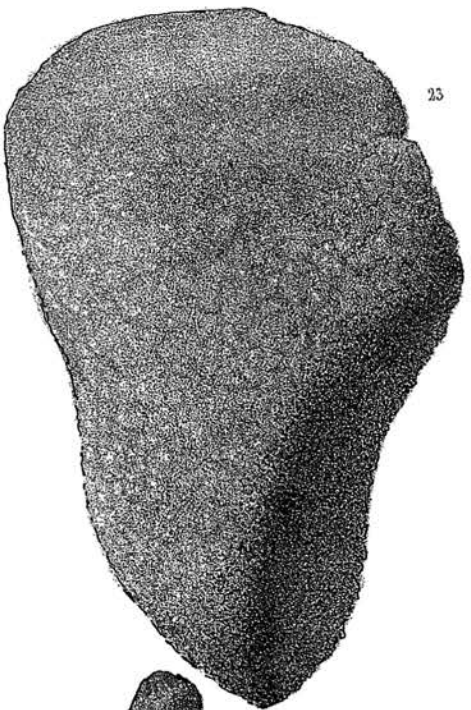
21



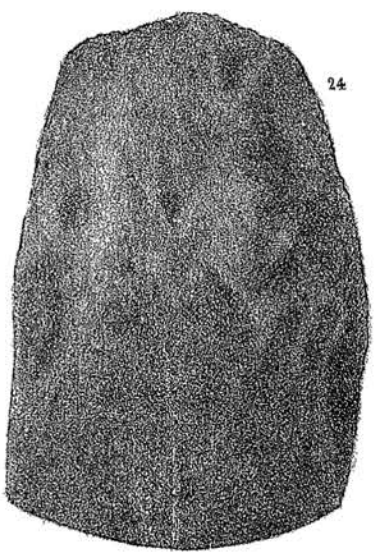
22



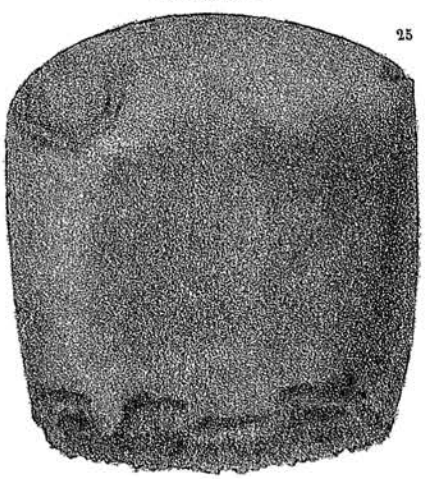
23



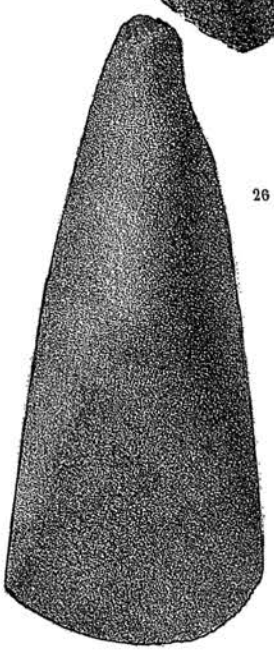
24



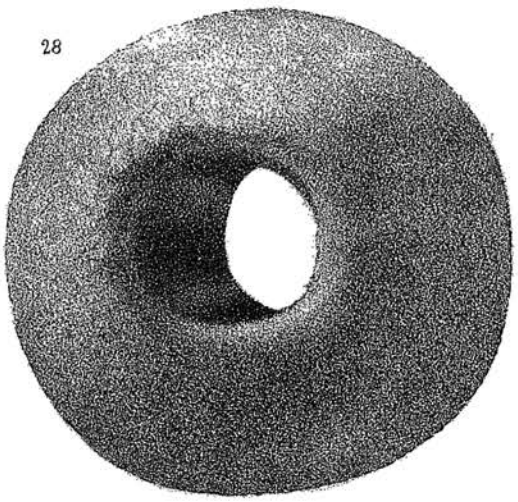
25



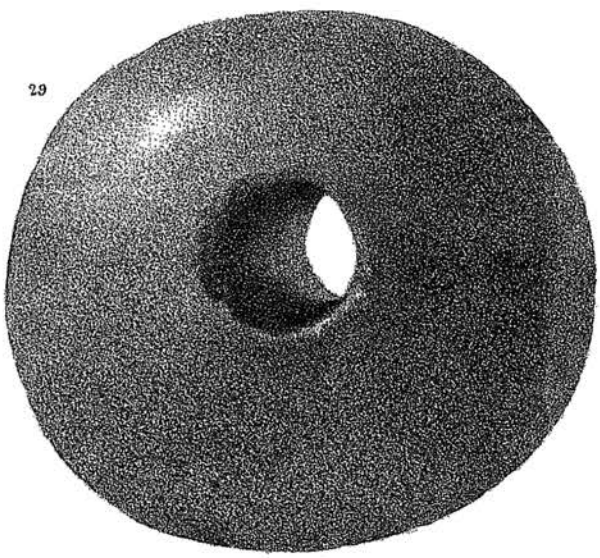
26



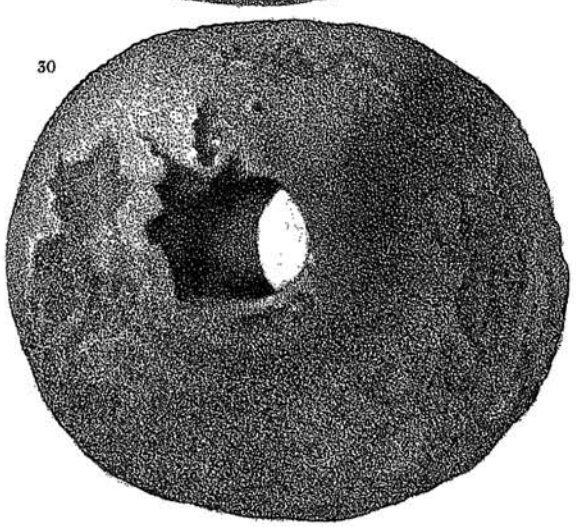
28



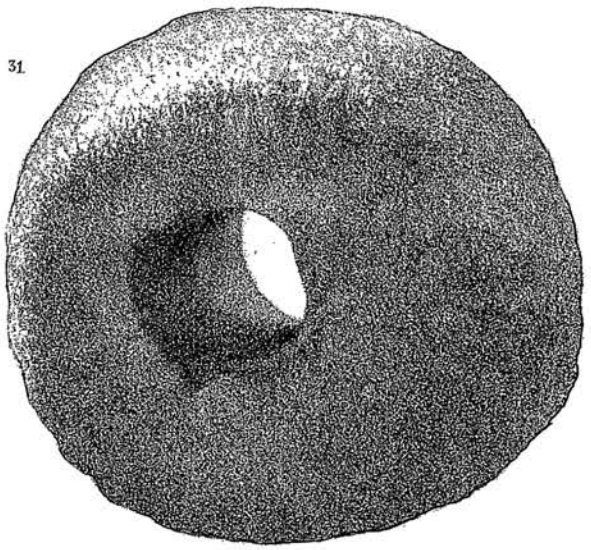
29



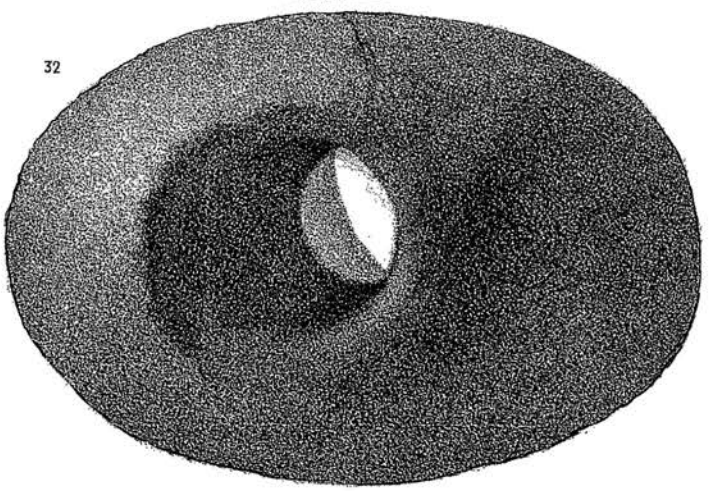
30



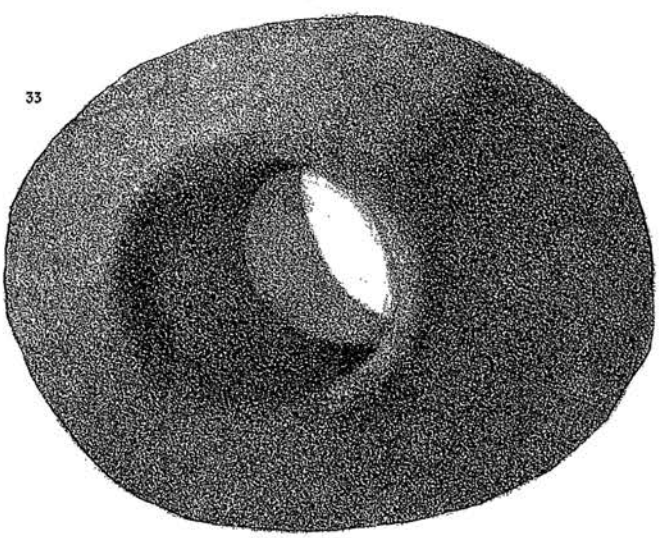
31



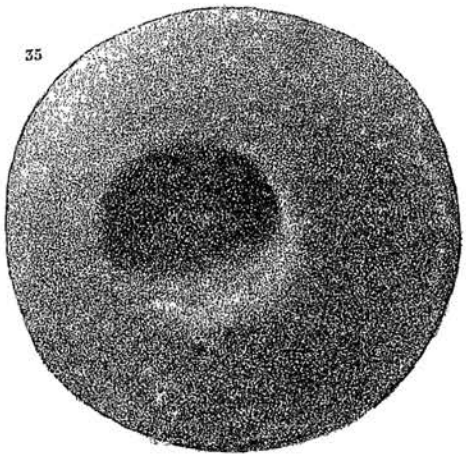
32



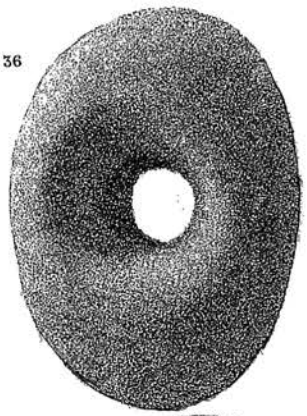
33



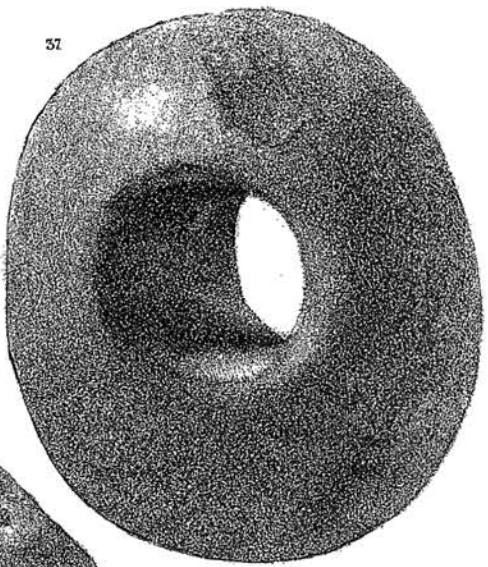
35



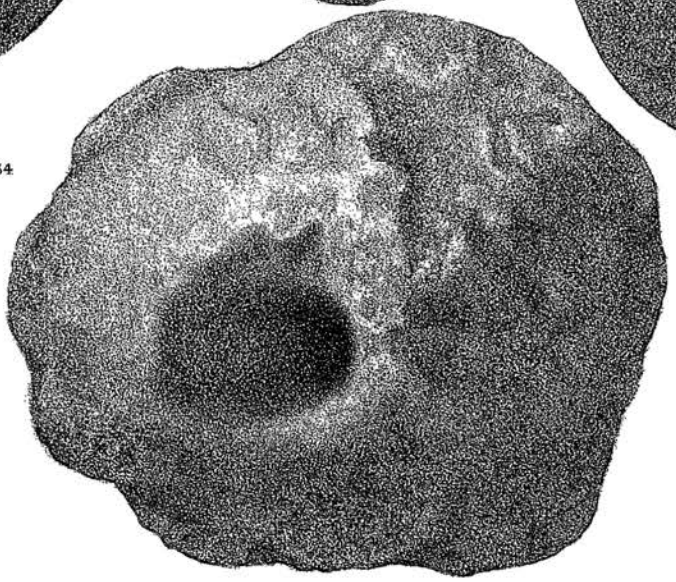
36



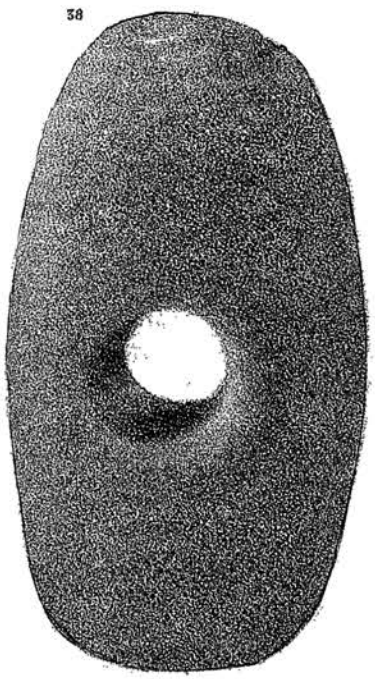
37



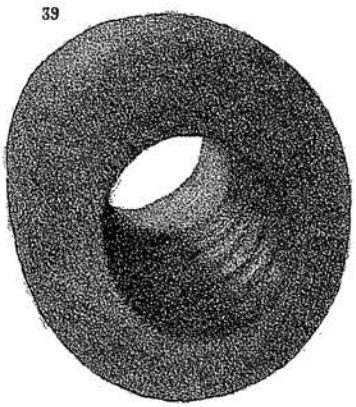
34



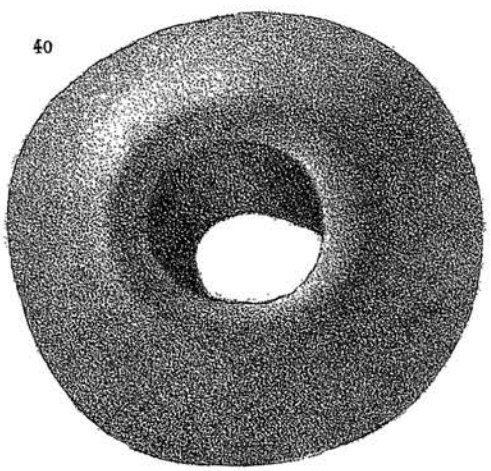
38



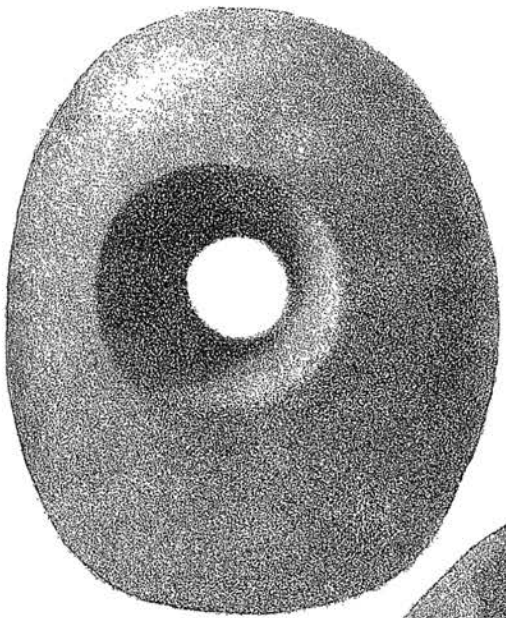
39



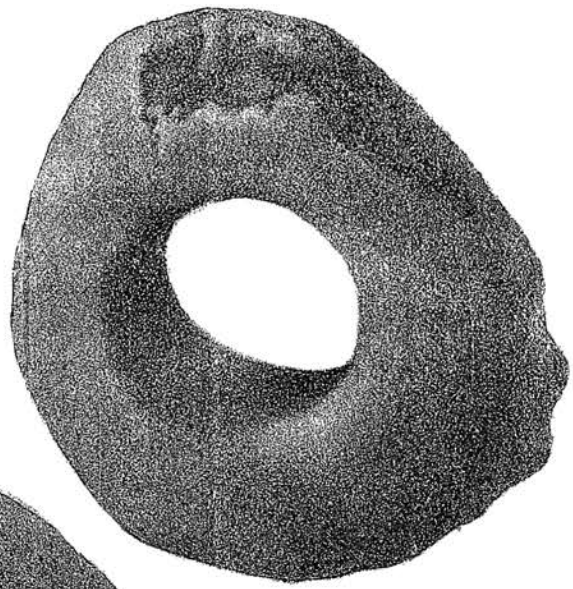
40



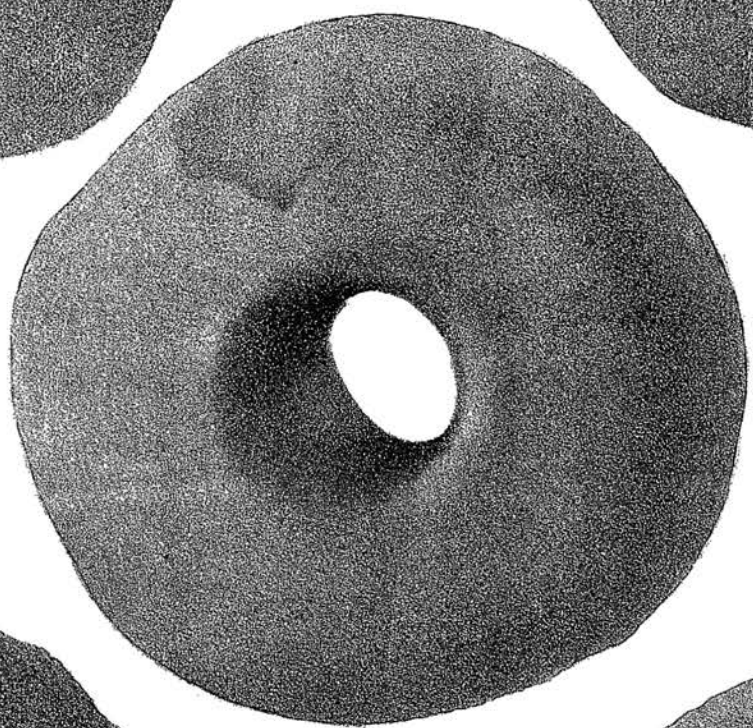
42



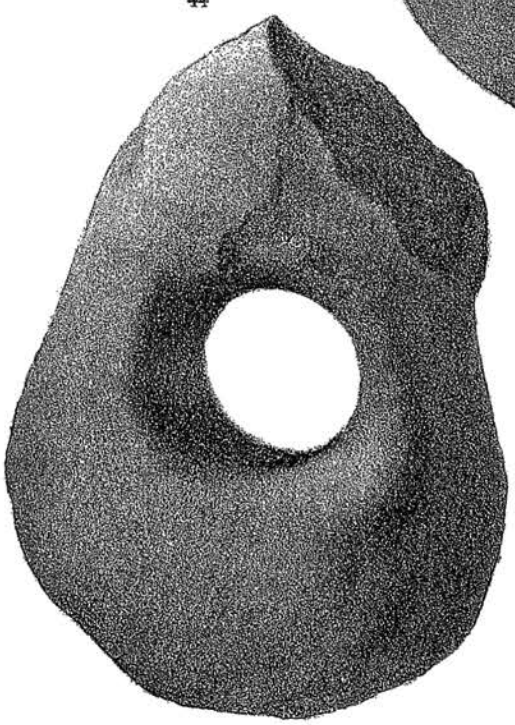
43



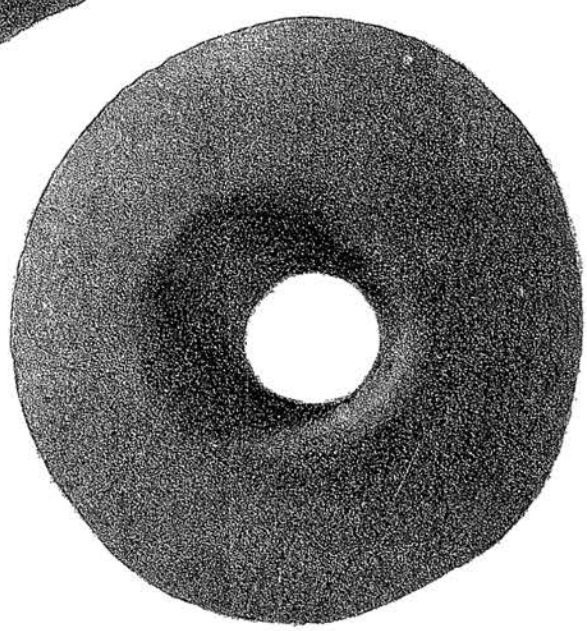
41

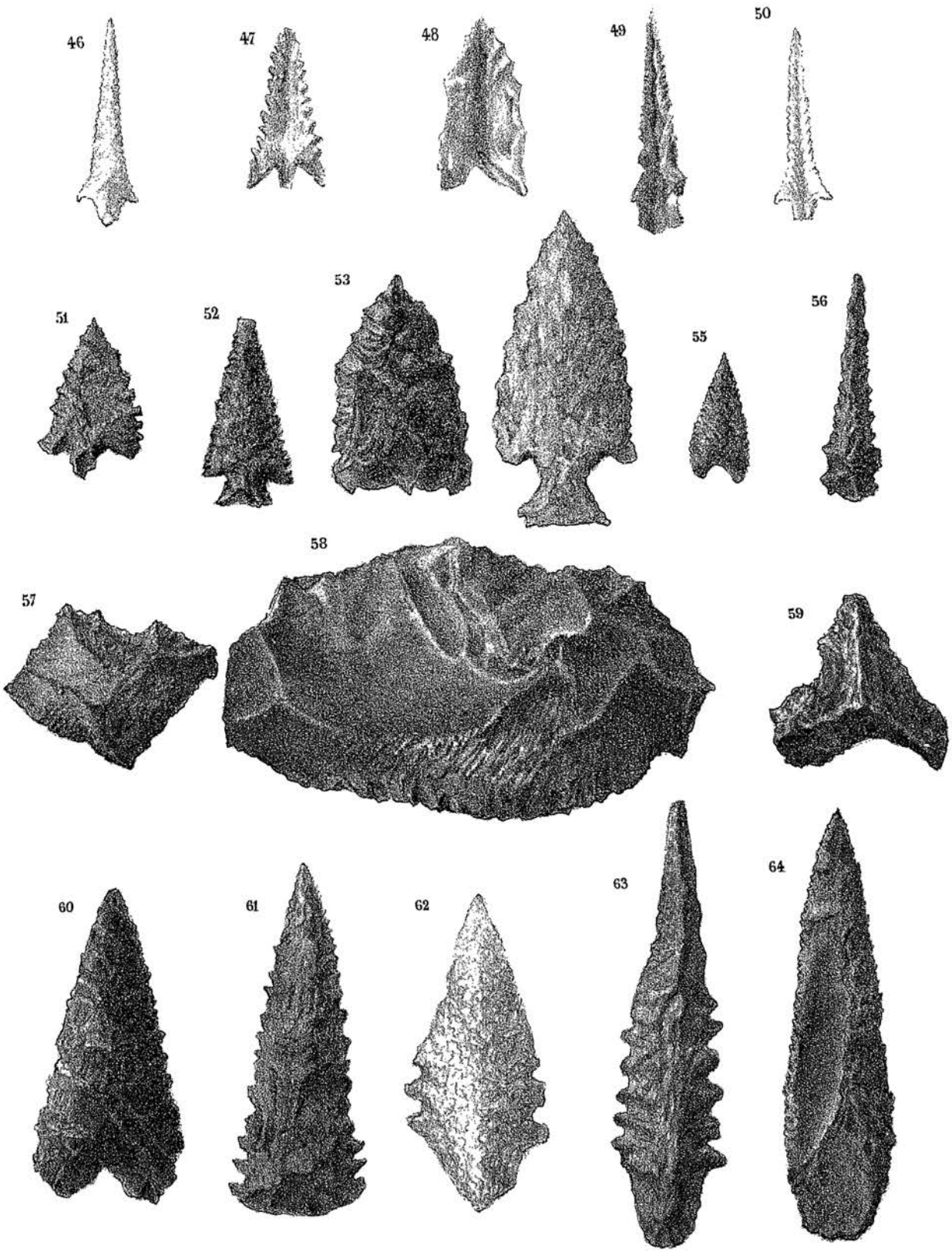


44

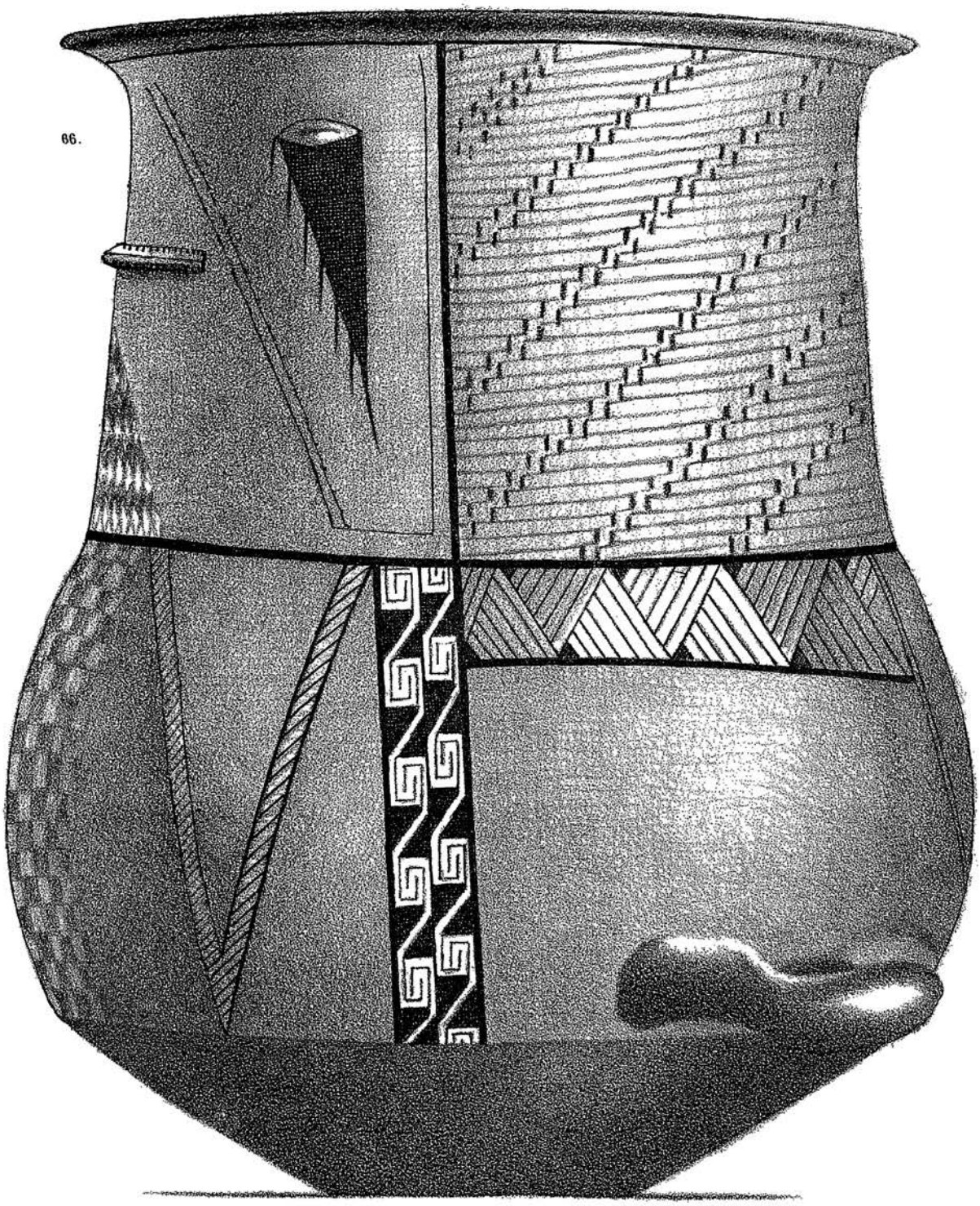


45

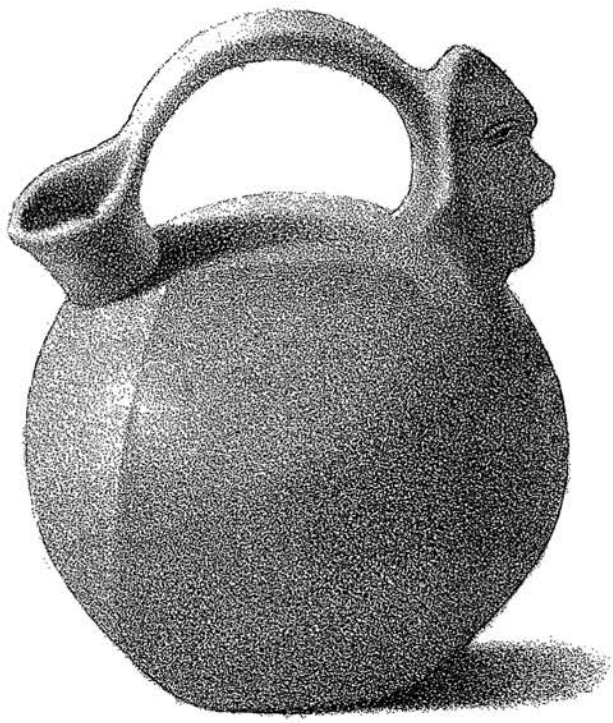



46
47
48
49
50
51
52
53
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64

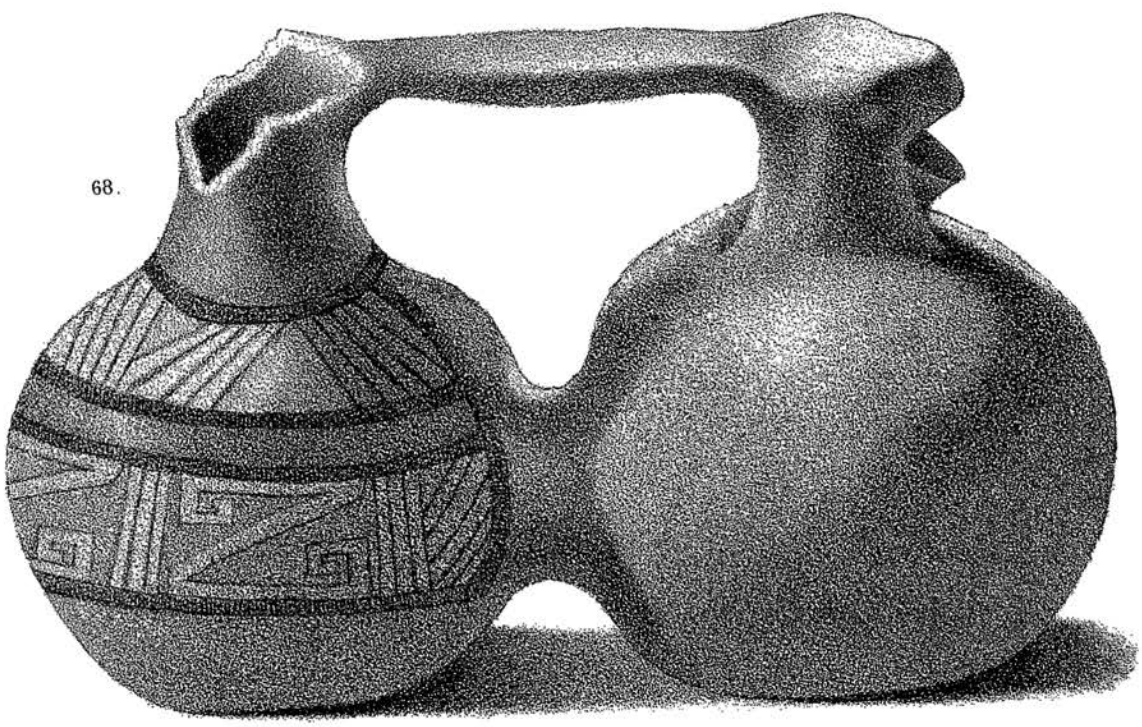
66.

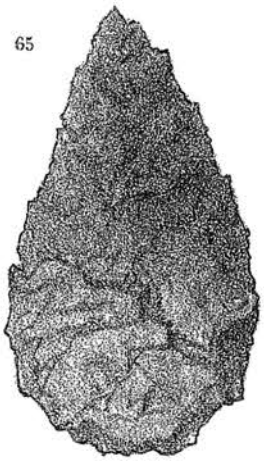


67.

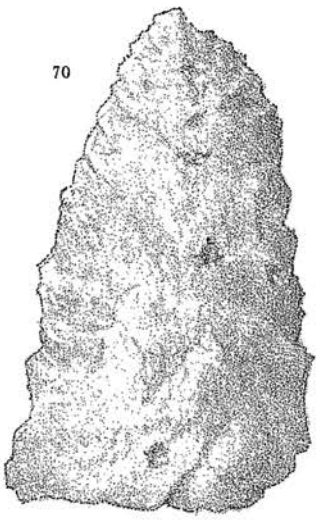


68.



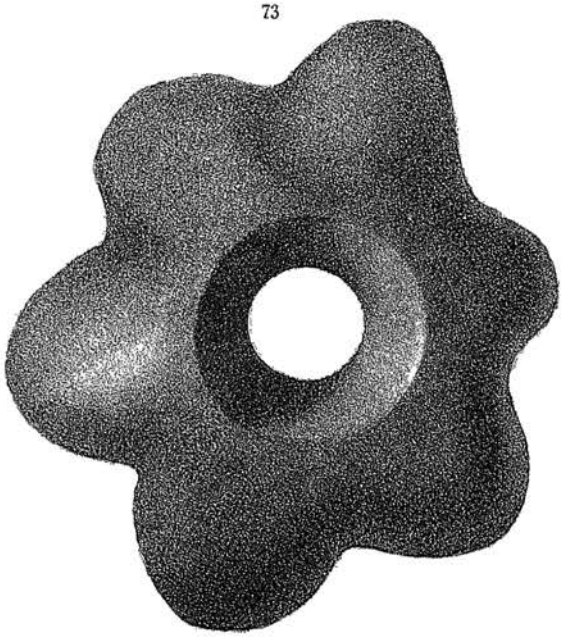

65

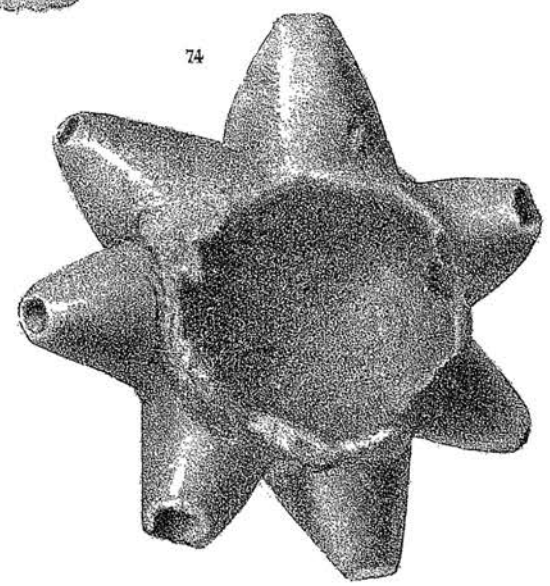
69

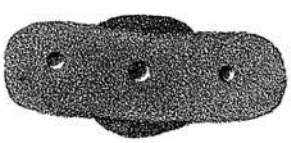

70

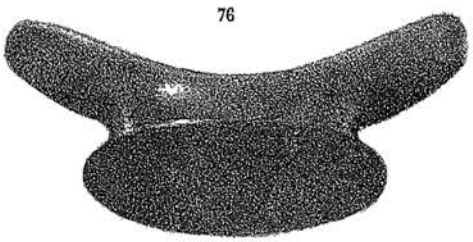
71

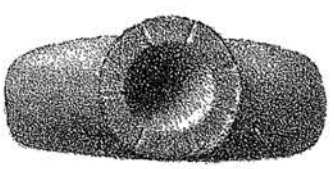
72


73

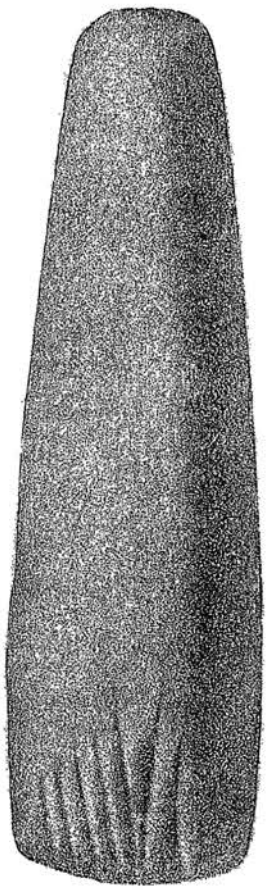

74


75

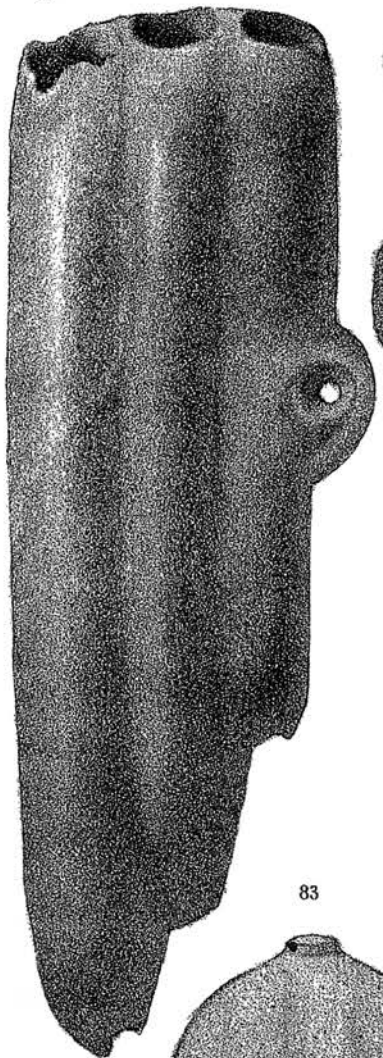

76


77

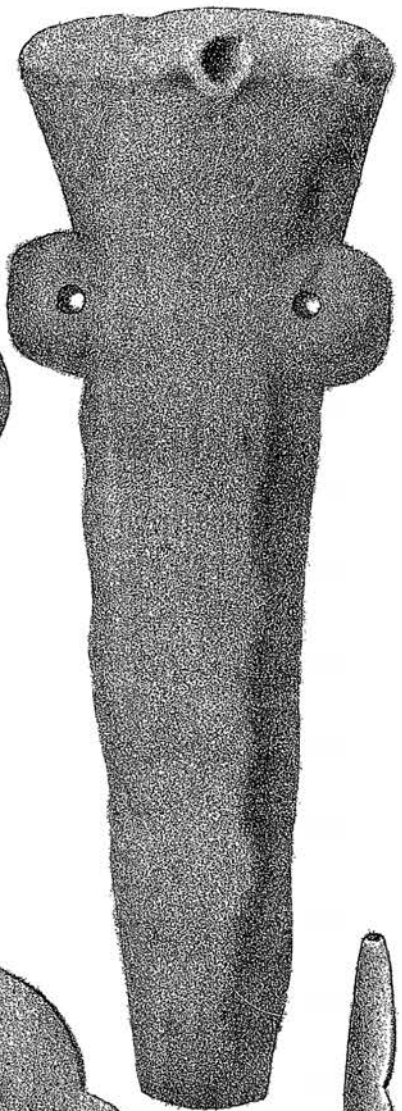
78



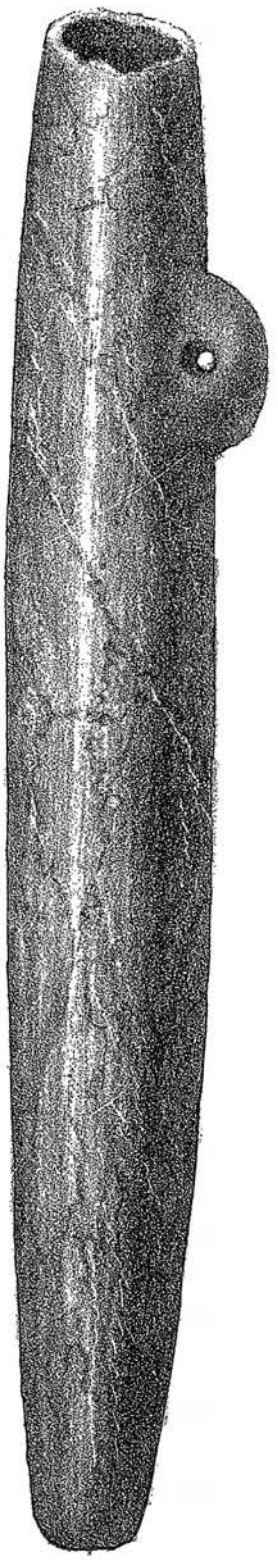
79



80

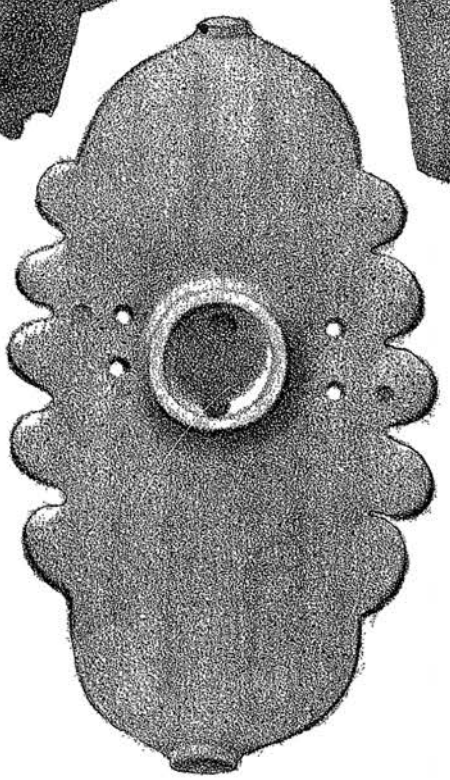


81

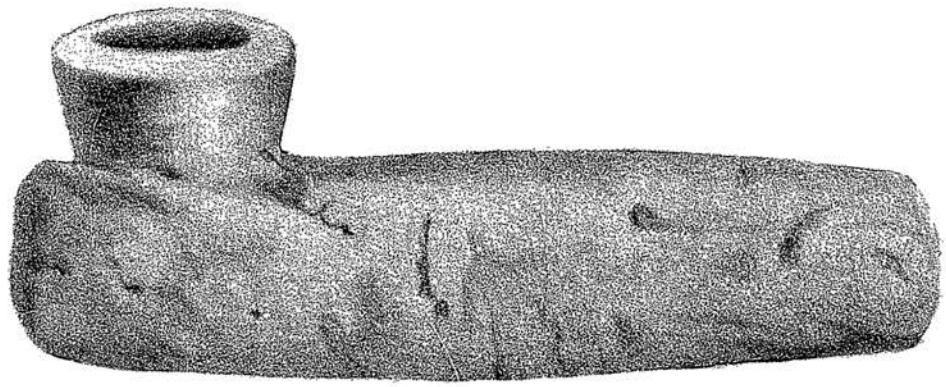


82

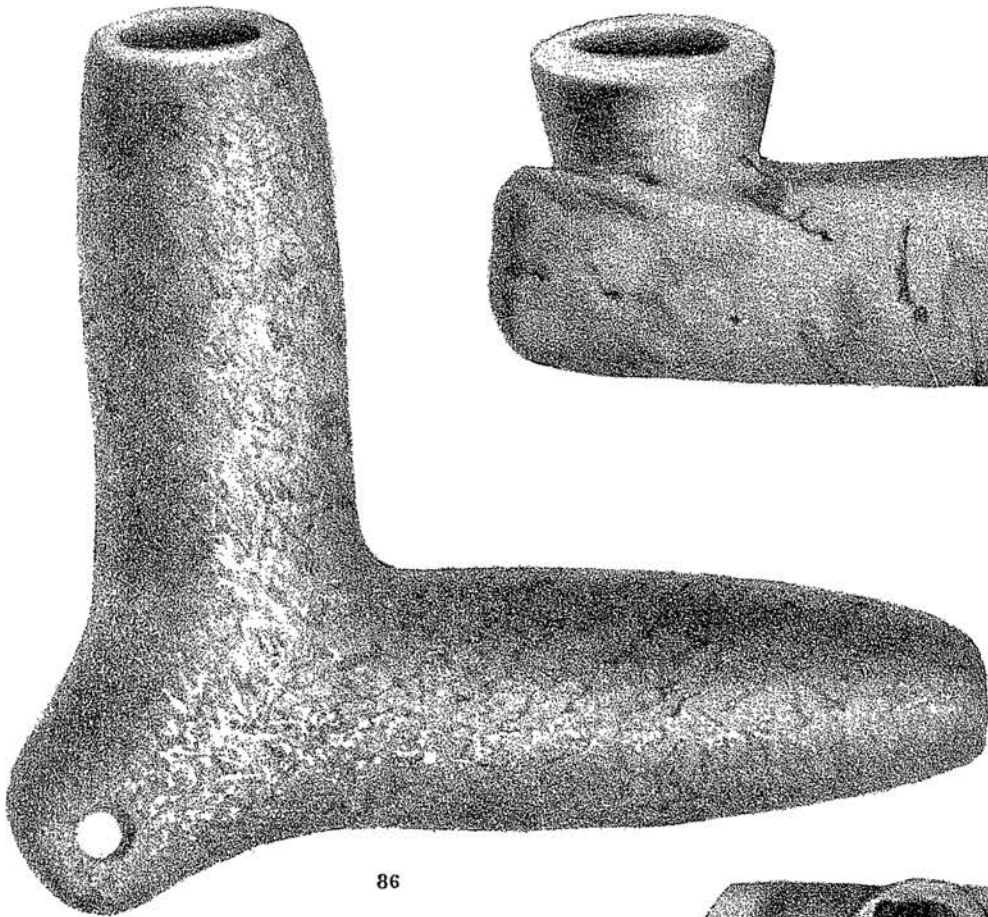
83



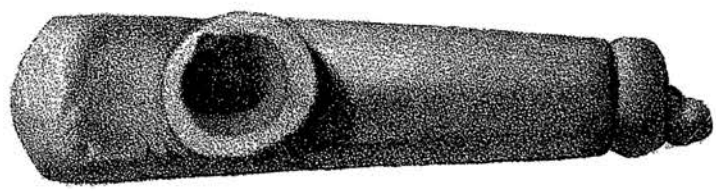
84



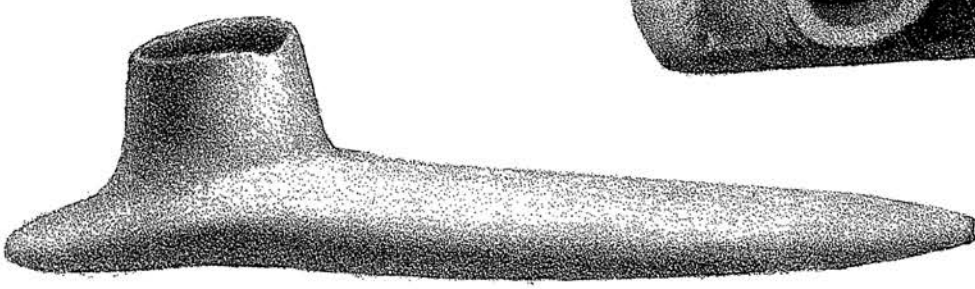
85



86

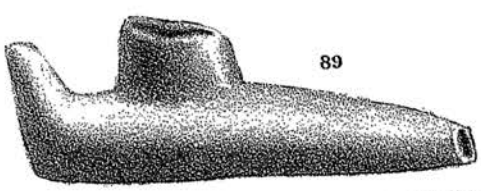


87

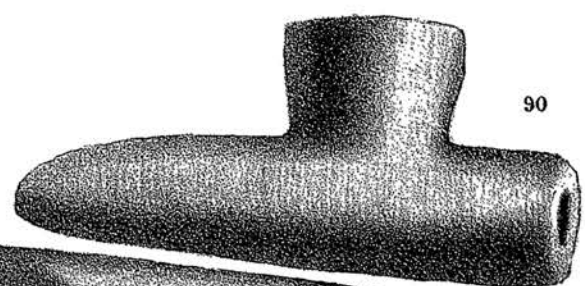


88

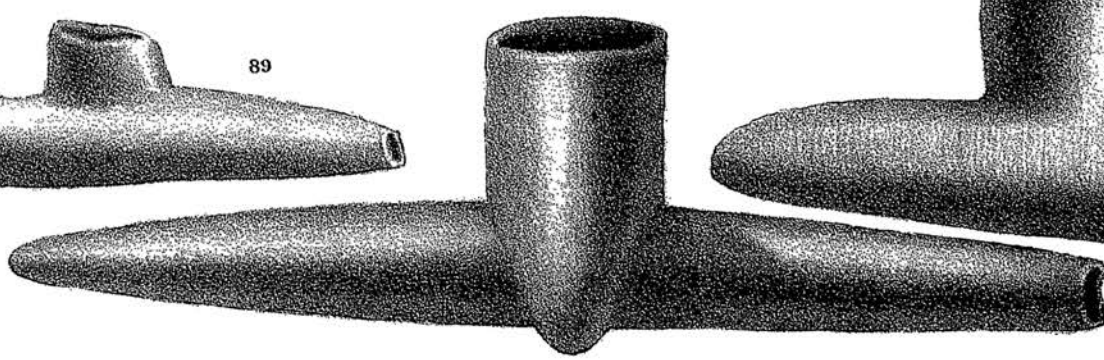
91

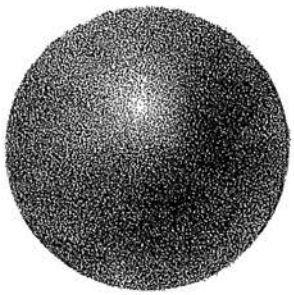


89

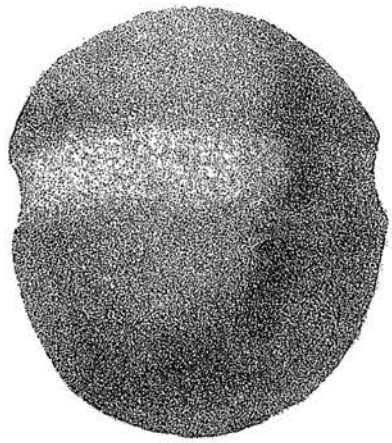


90

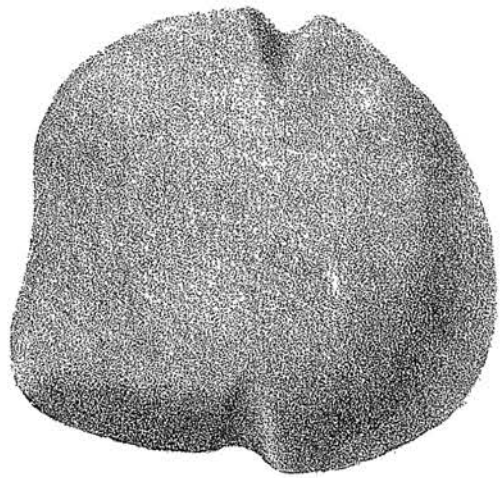




92

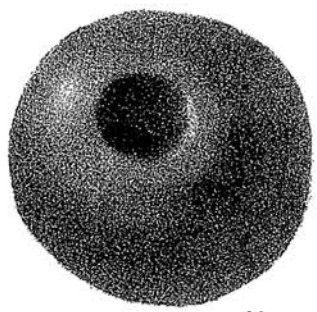


93

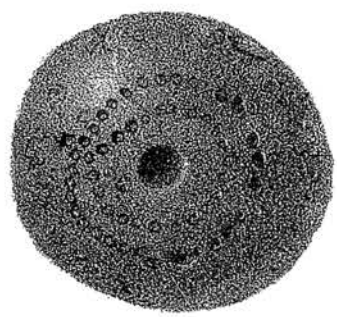


94

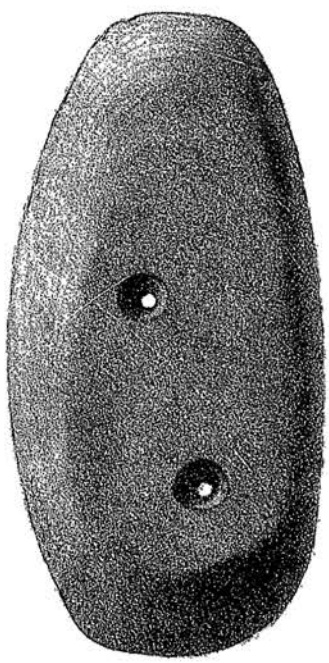
95



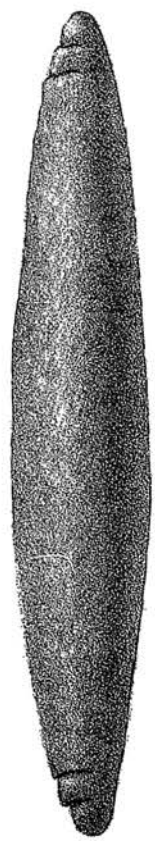
96



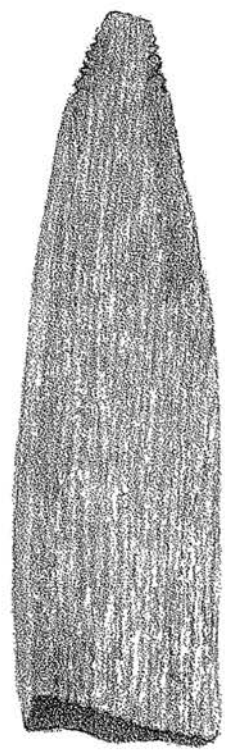
97



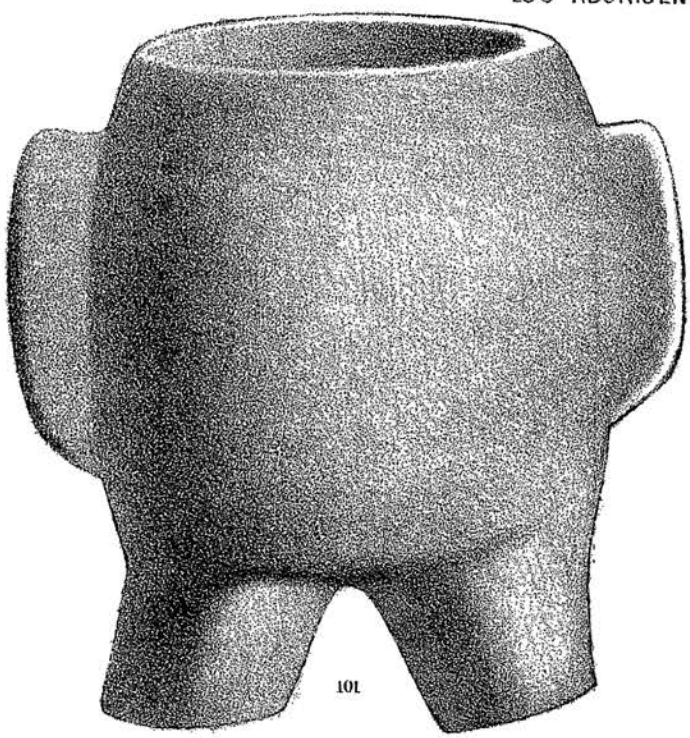
98



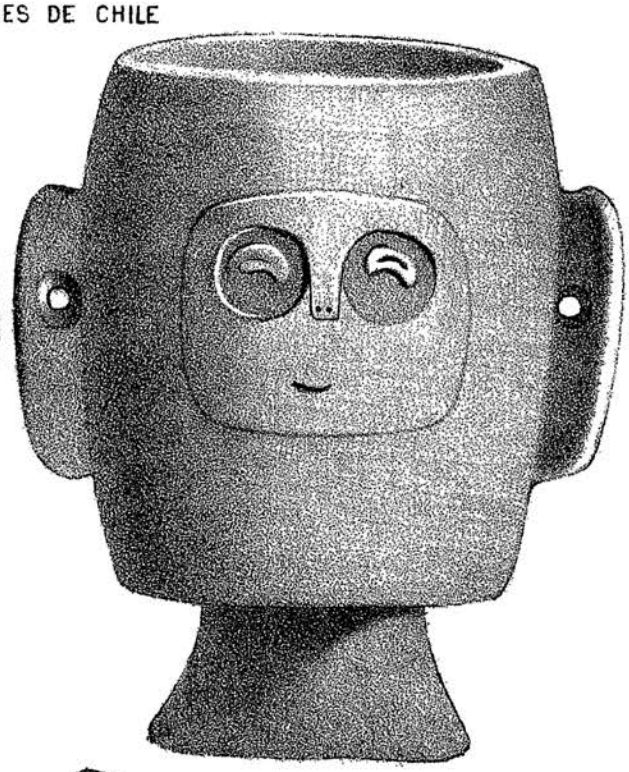
99



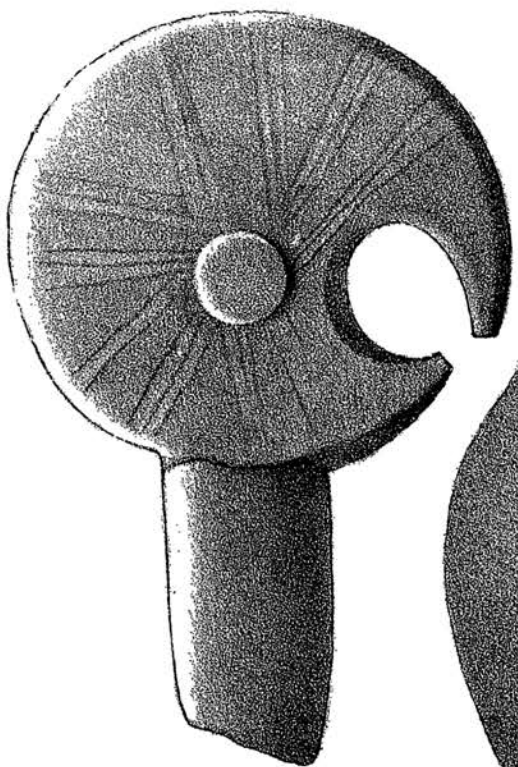
100



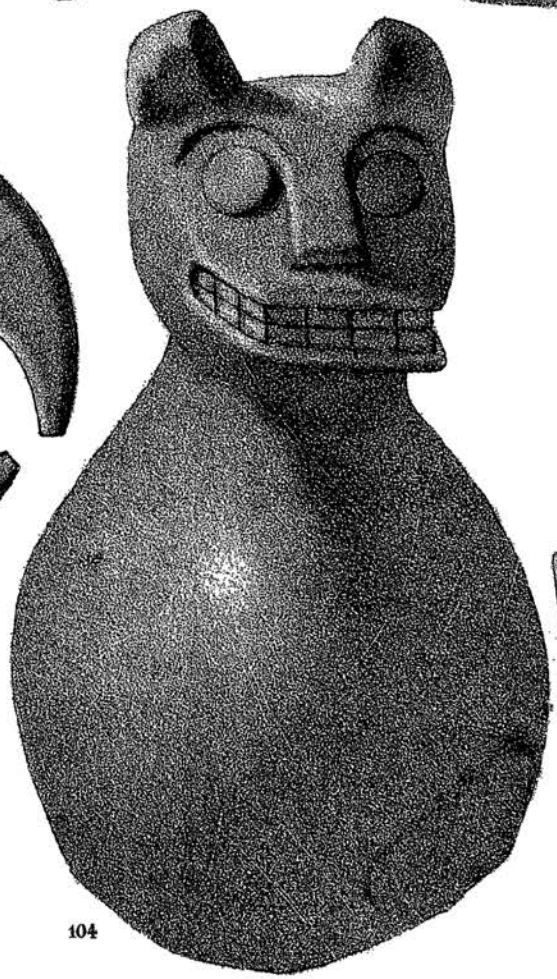
101



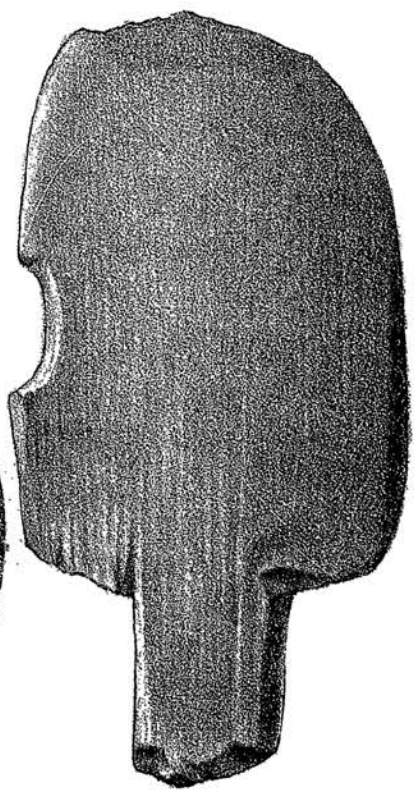
102



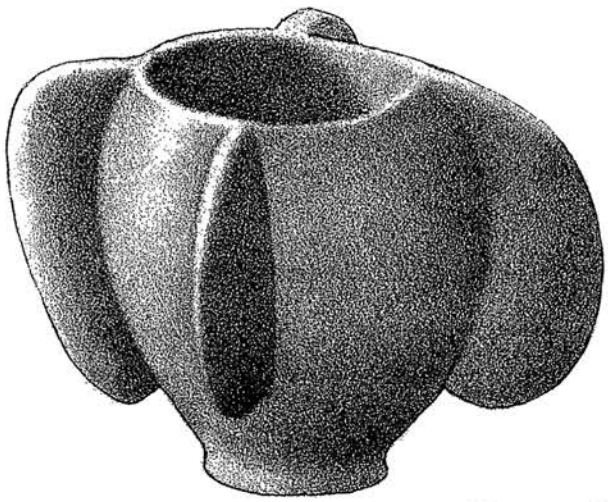
103



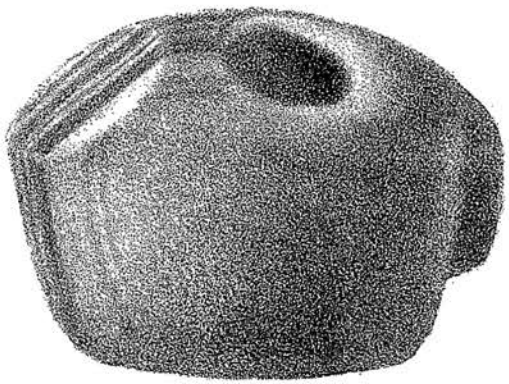
104



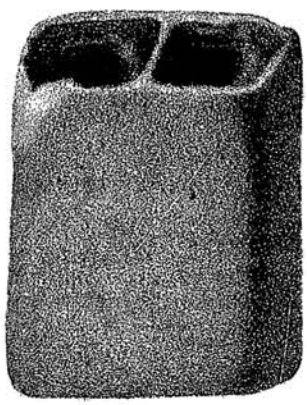
105



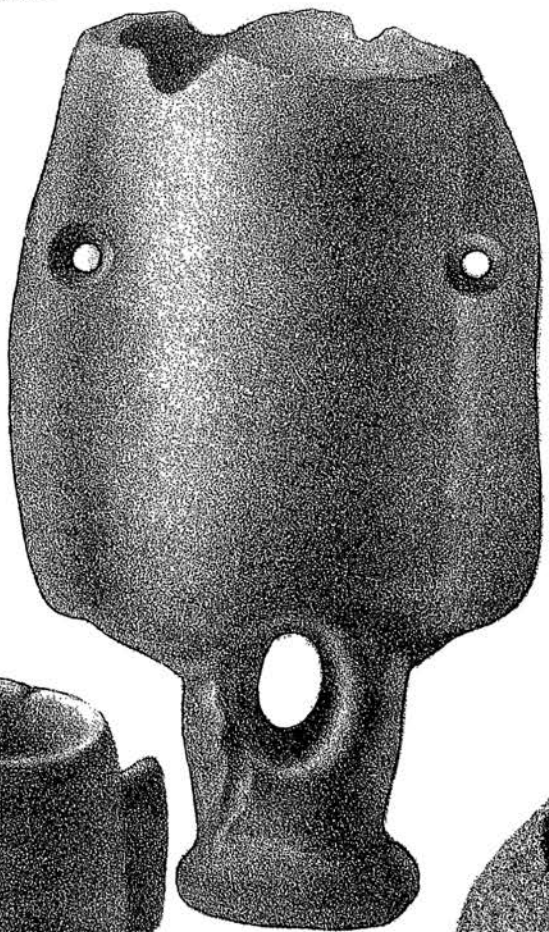
106



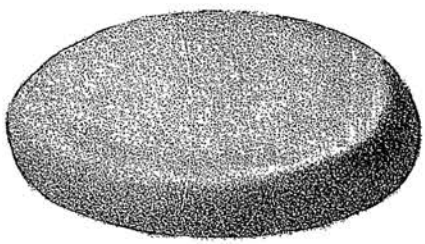
107



108



110



109

111

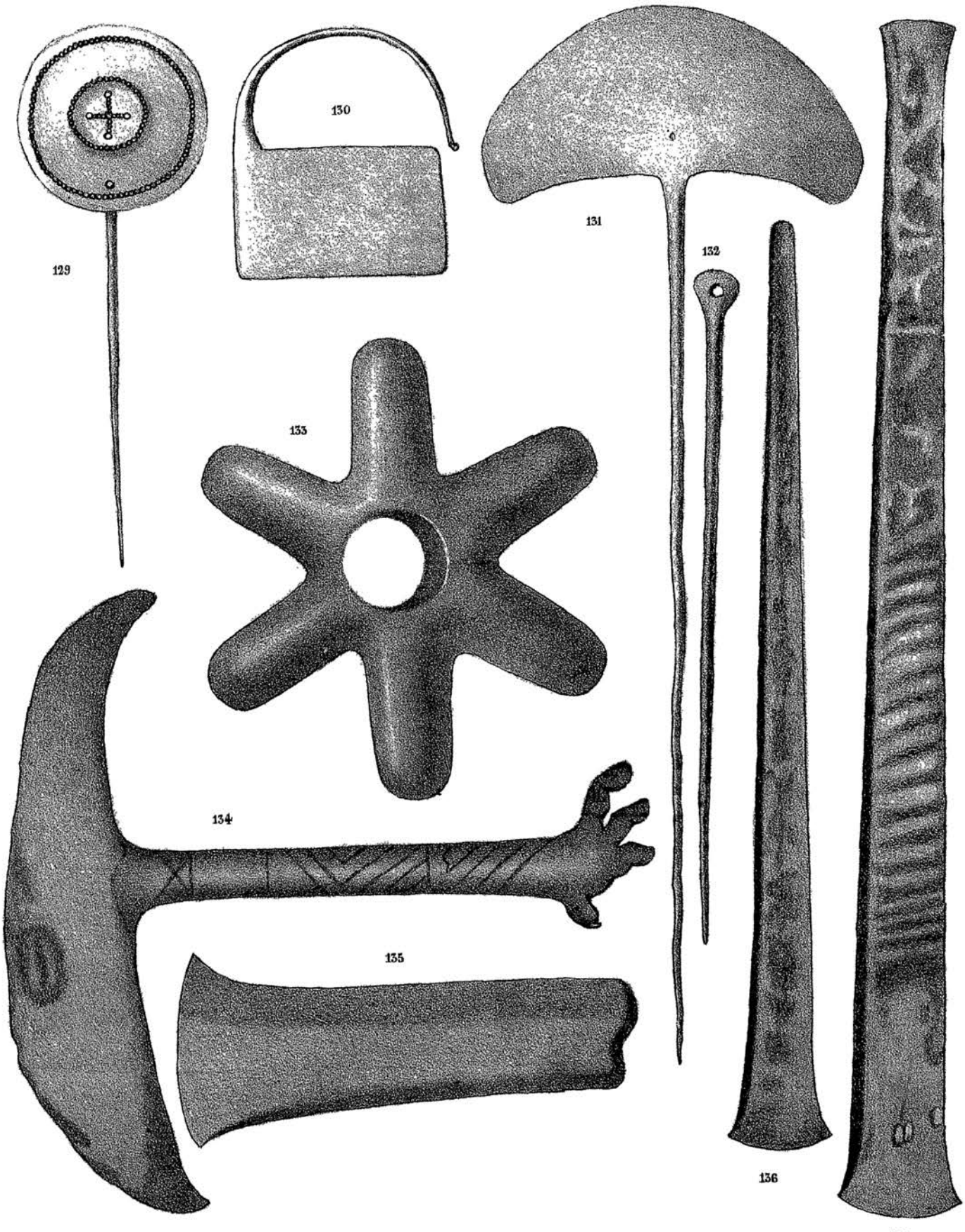
112

113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125

128

127

126


129
130
131
132
133
134
135
136
137

139

138

140

141

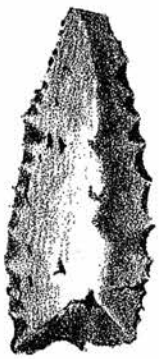
142

143

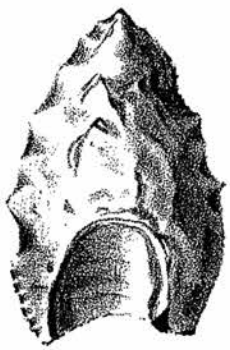
144

145

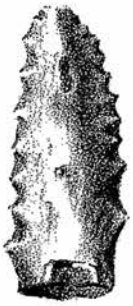
146



147



148

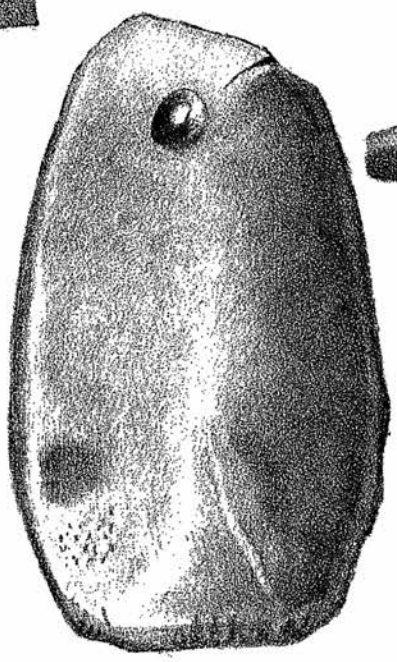


149

150

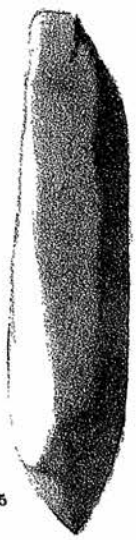
151

153

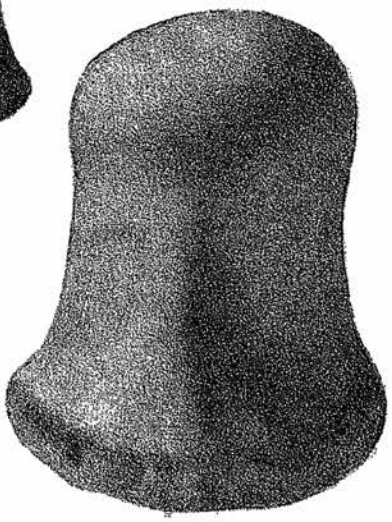


154

152

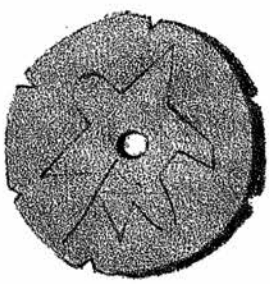


155

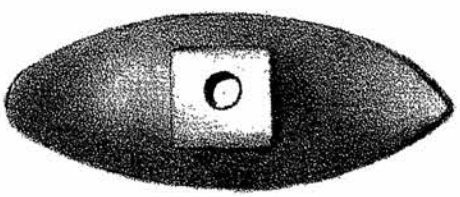


156

157



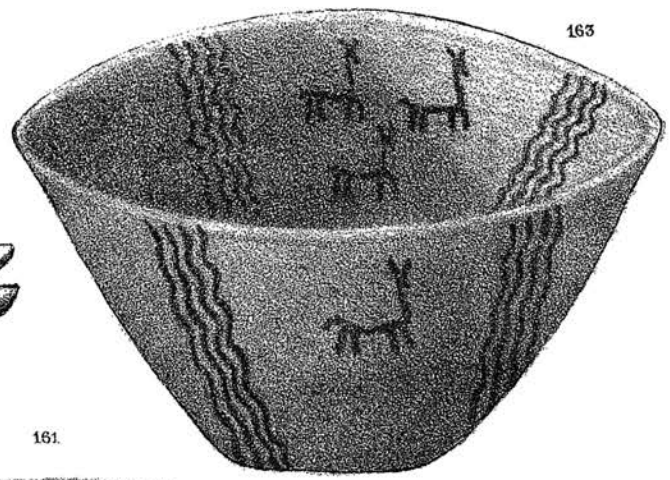
158



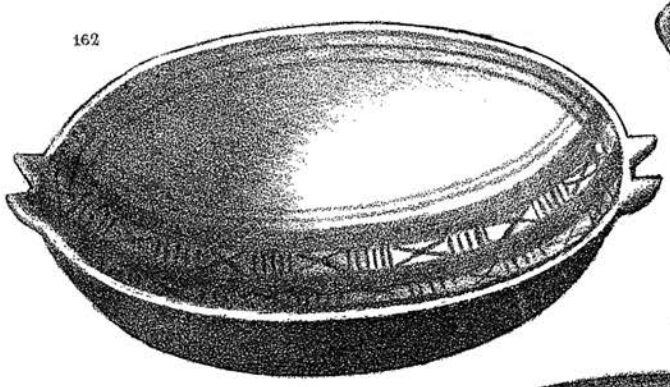
159

160

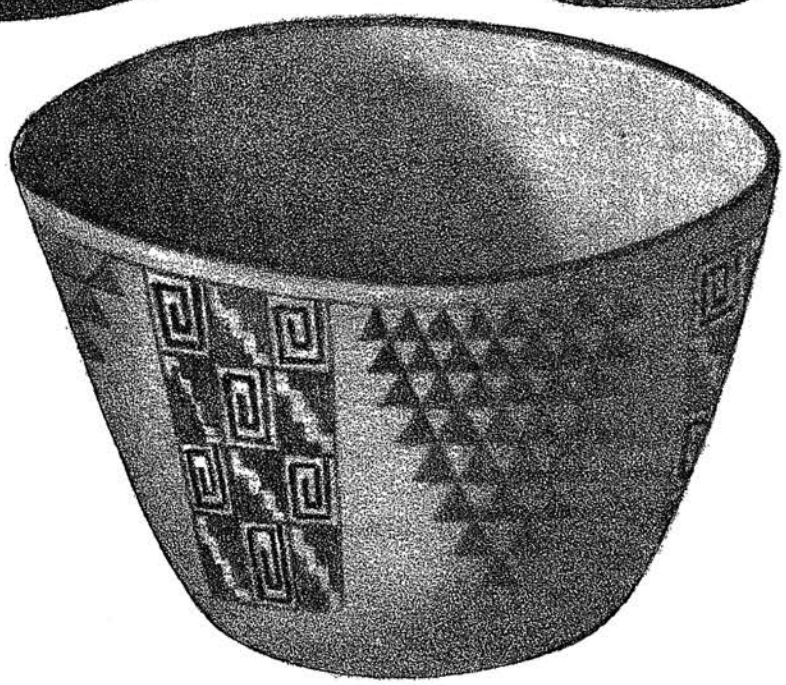
163



162



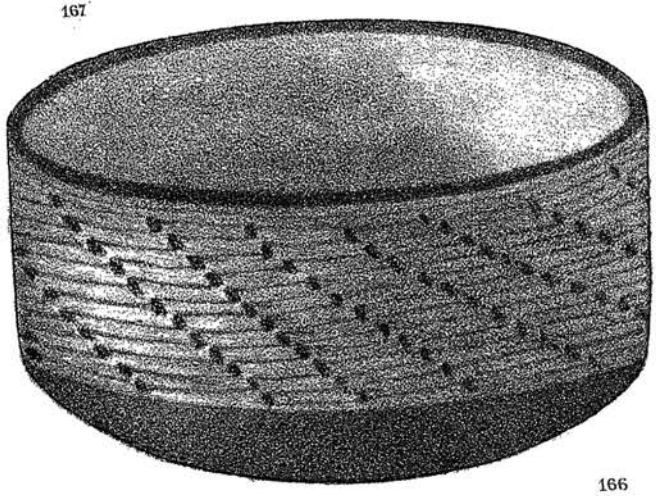
161.



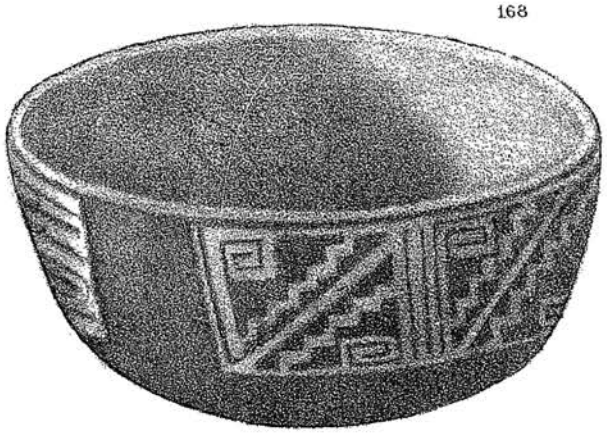
164

165

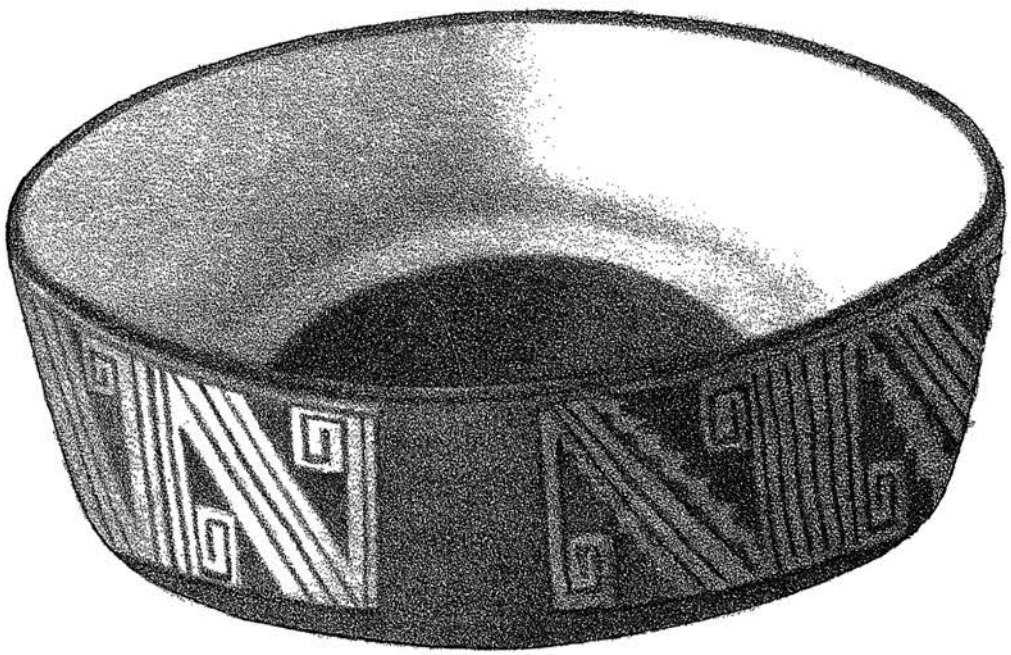
167



168

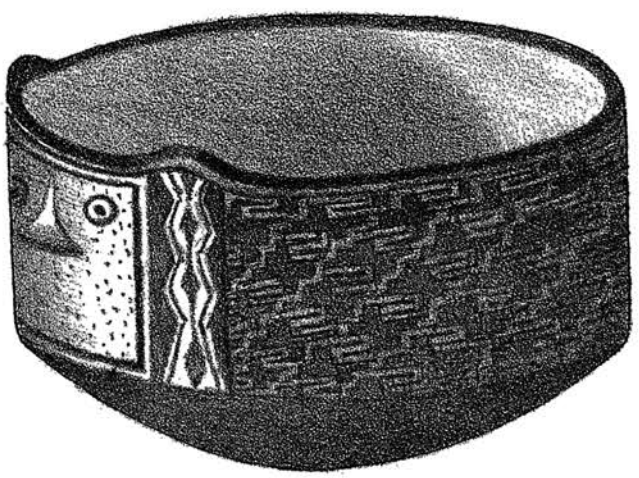


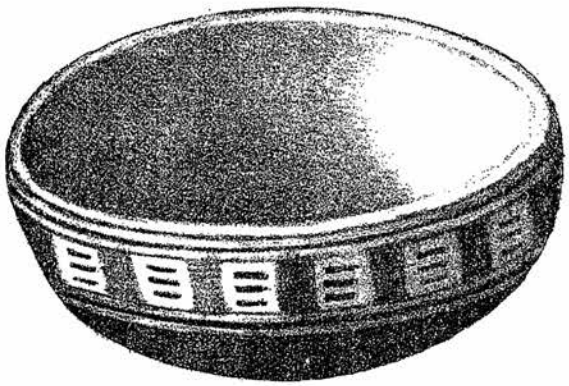
166



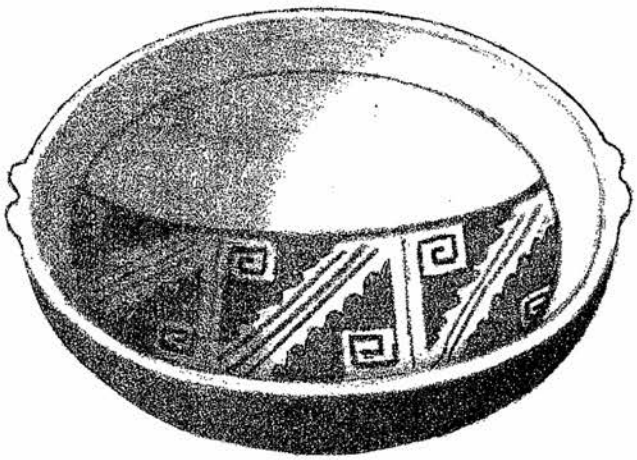
169

170

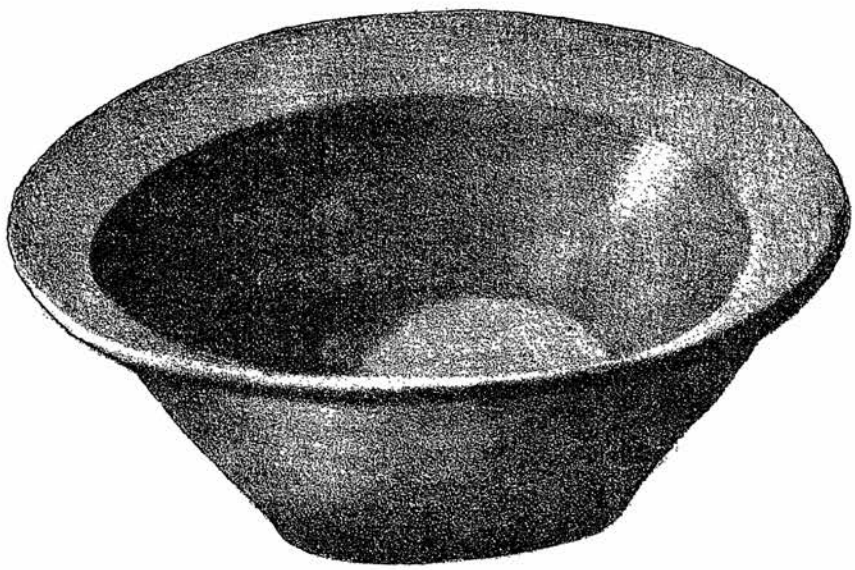




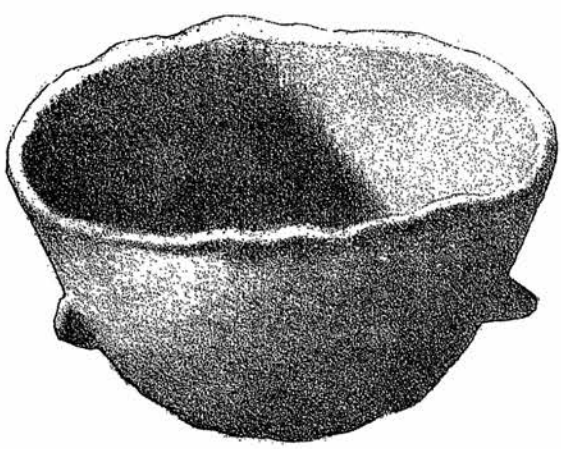
172



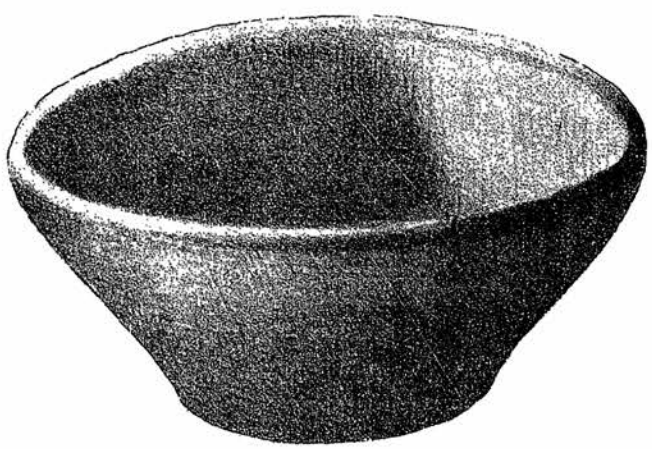
173



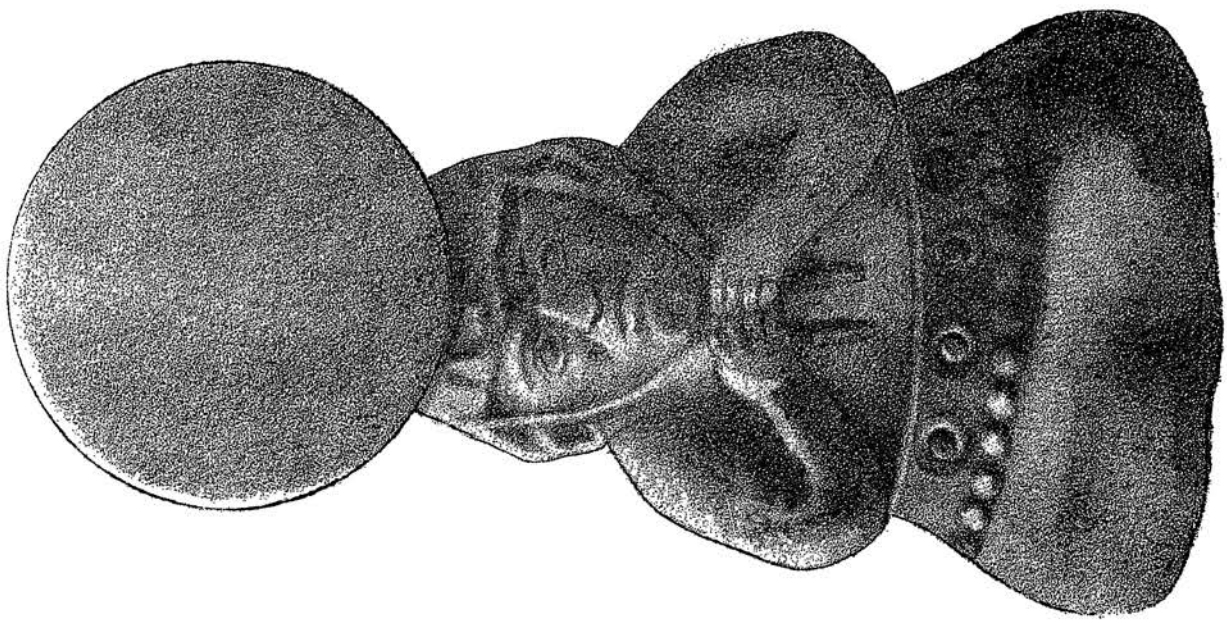
171



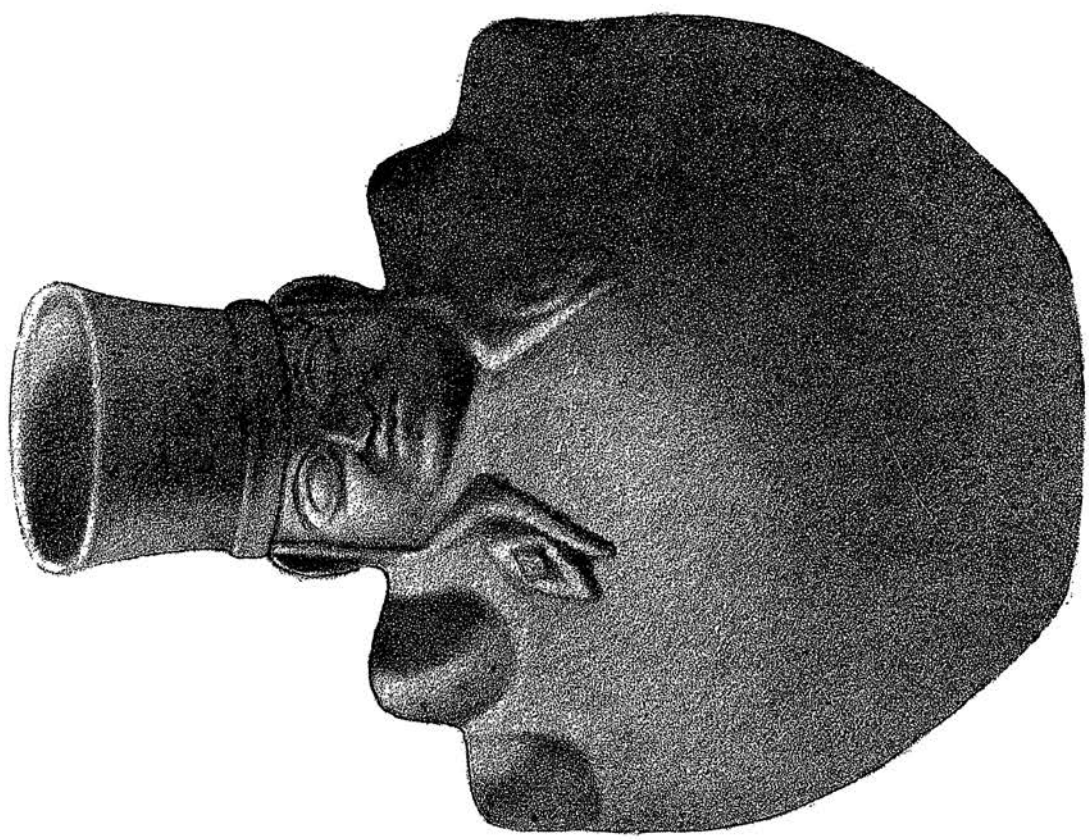
174



174[a]

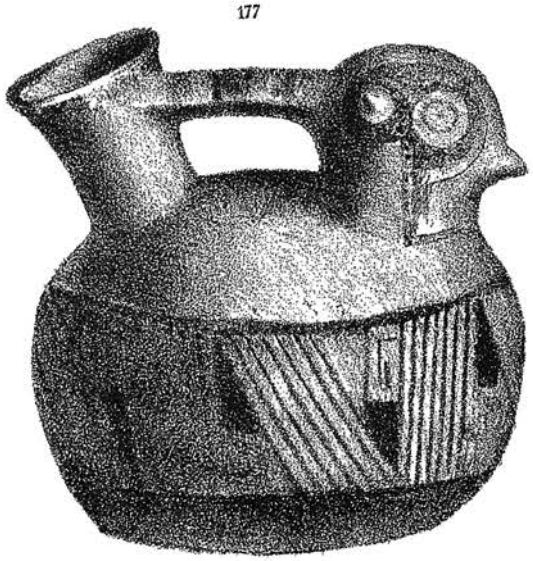


176

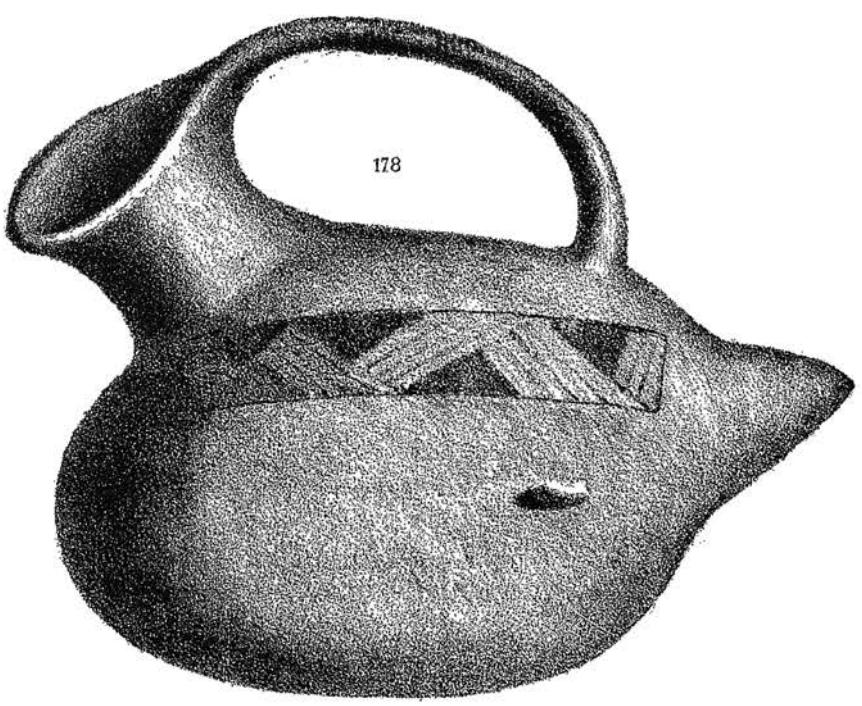


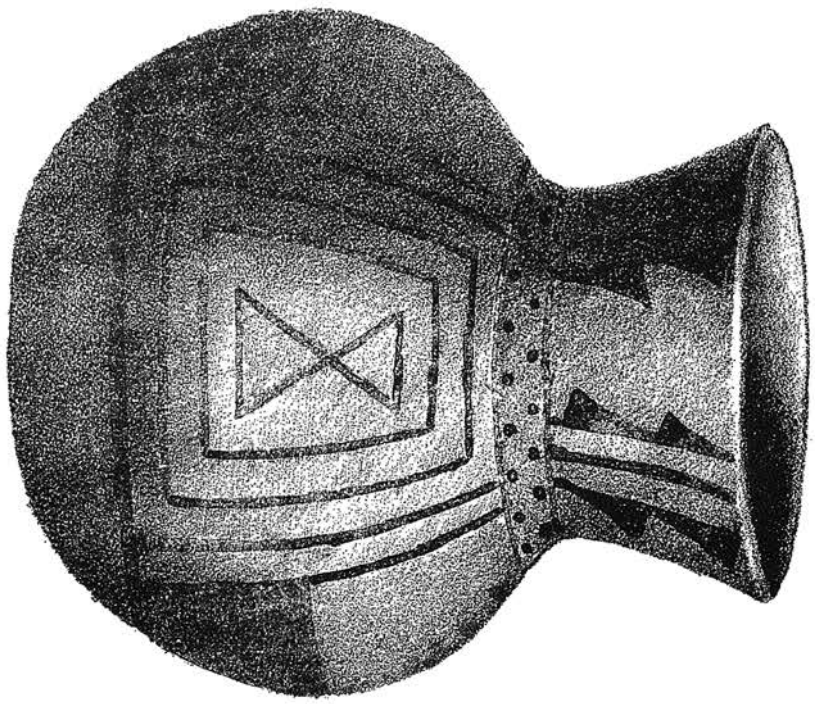
175

177



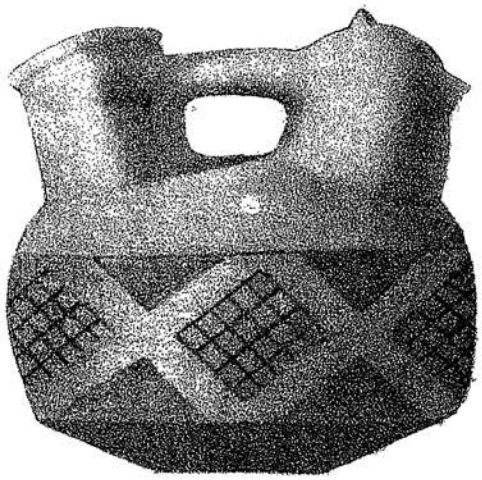
178





179

180

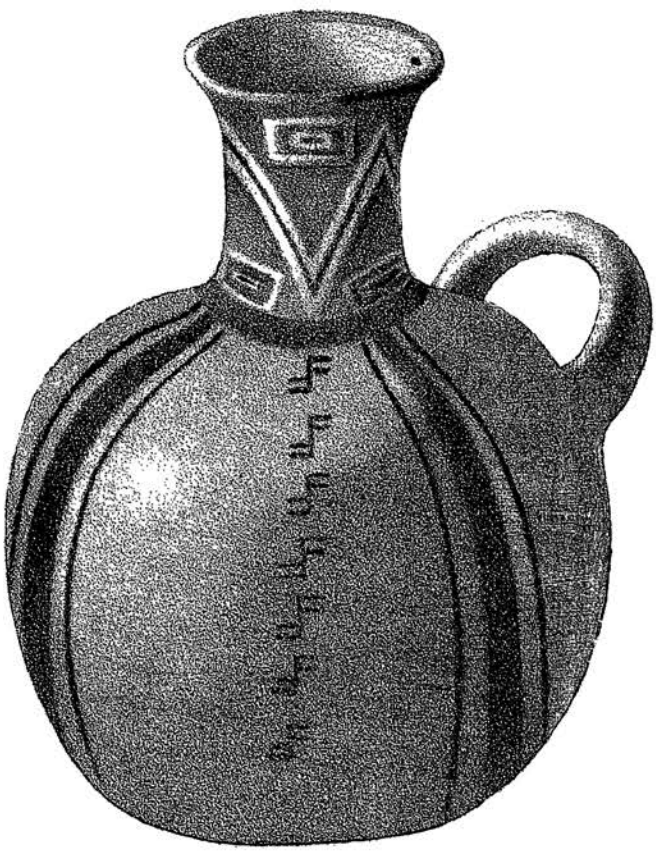


181

182

183

184

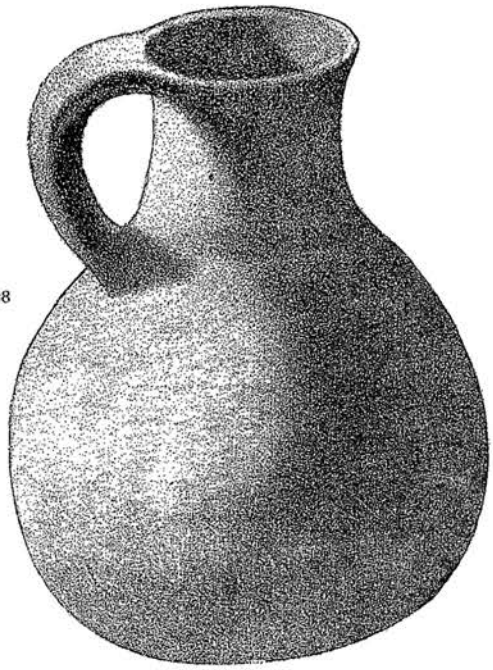


185

186

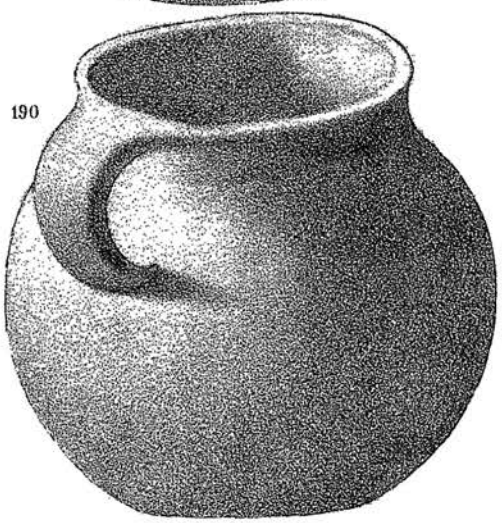
187

188

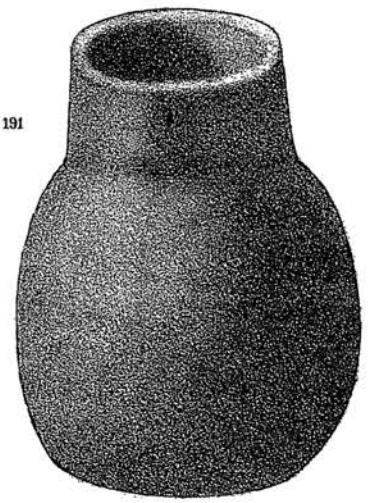


189

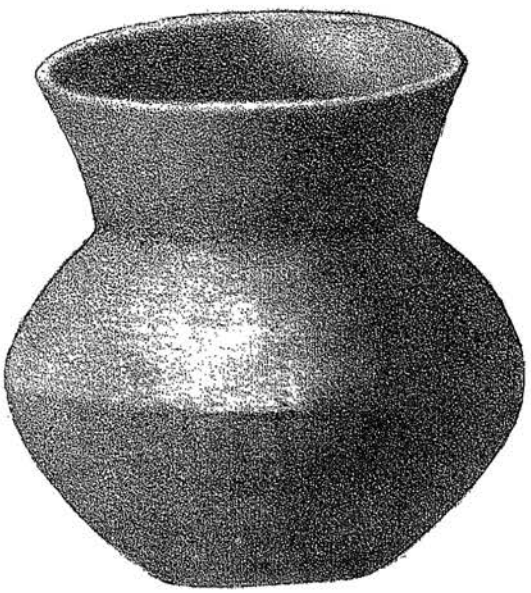
190



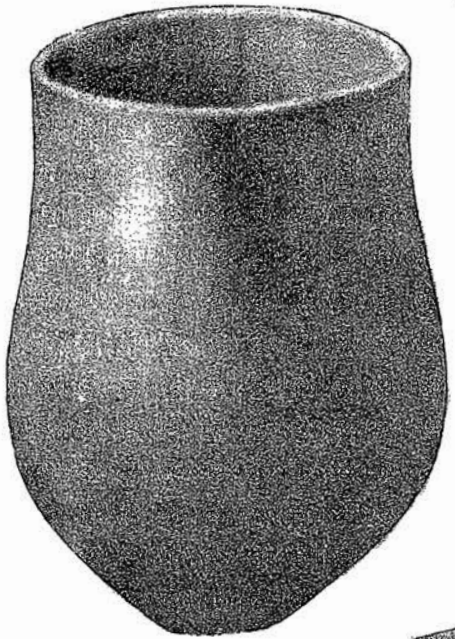
191



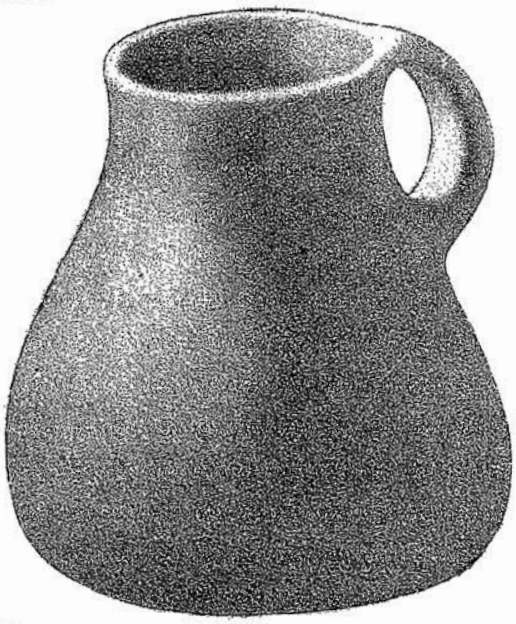
192



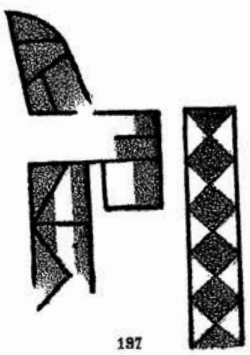
193



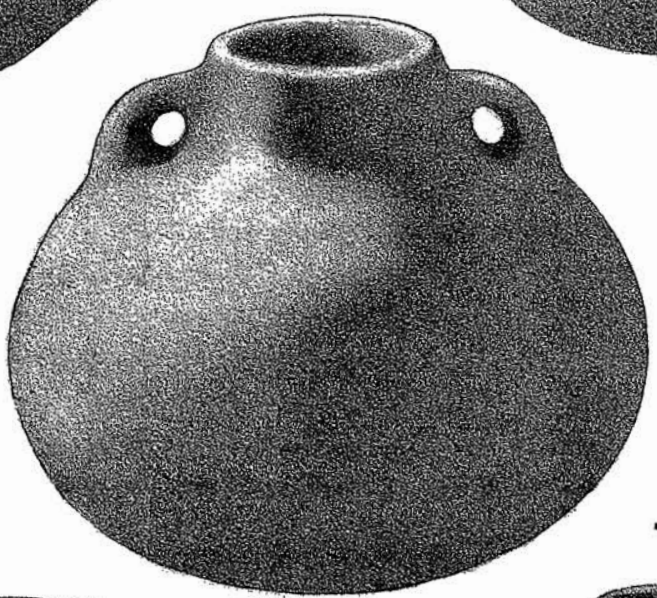
194



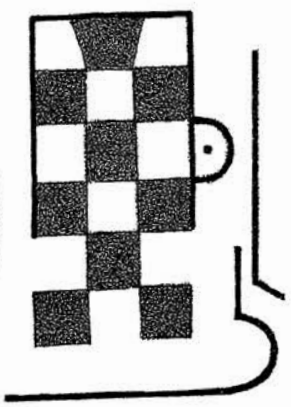
195



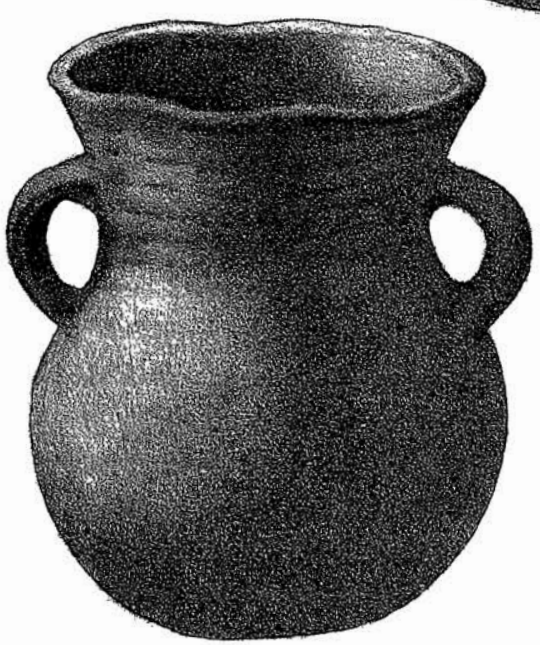
197



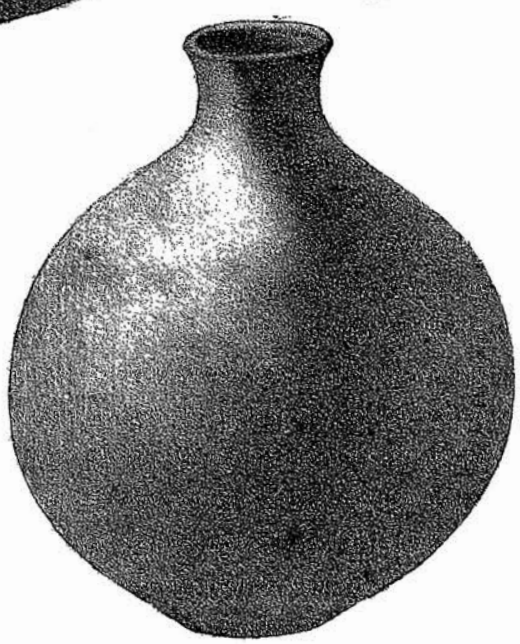
196



198



199



200

203

201

202

204

205

206

207

210

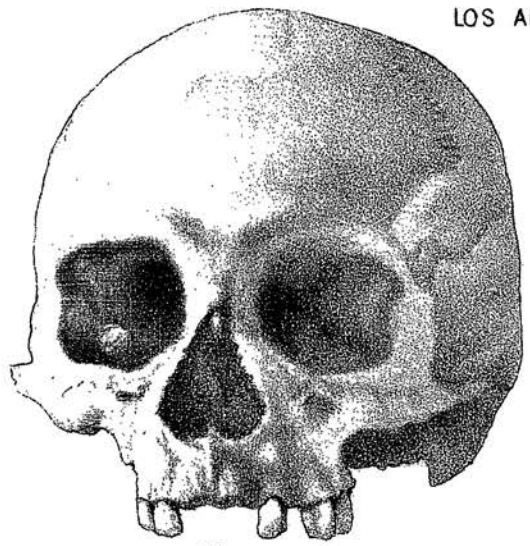
208

209

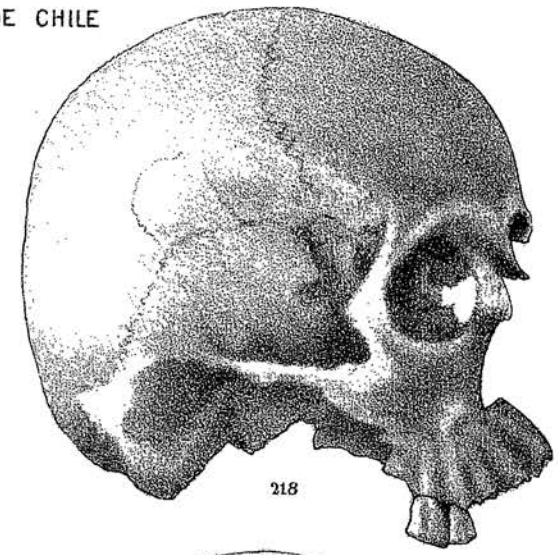
211

212

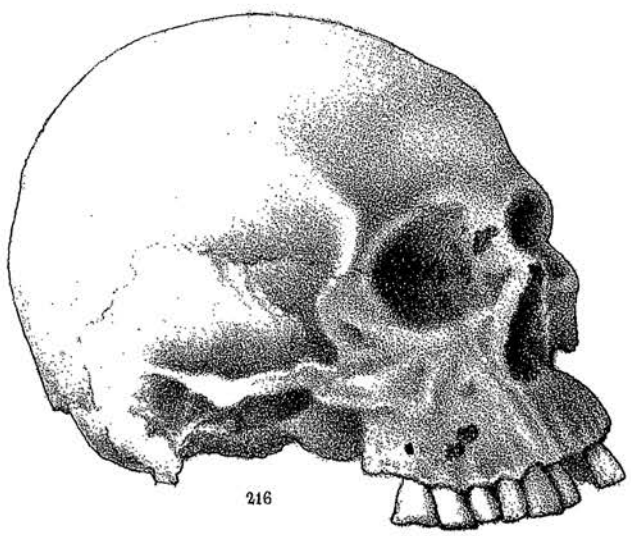
213



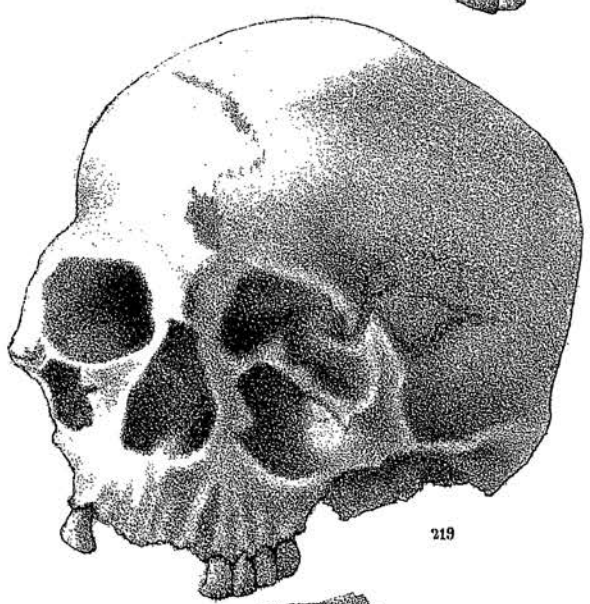
215



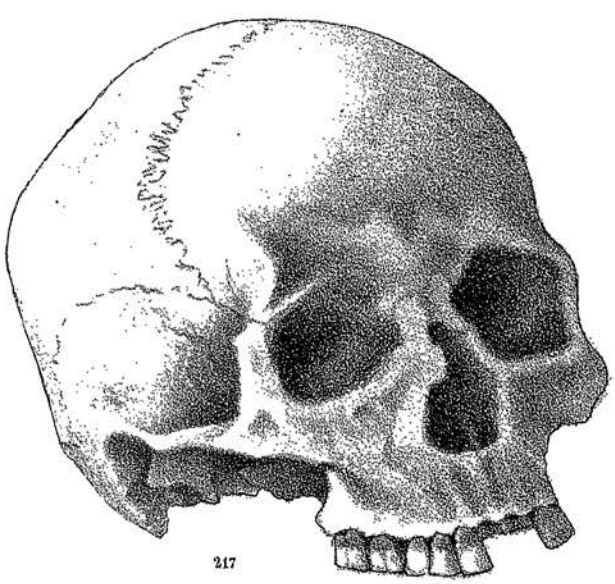
218



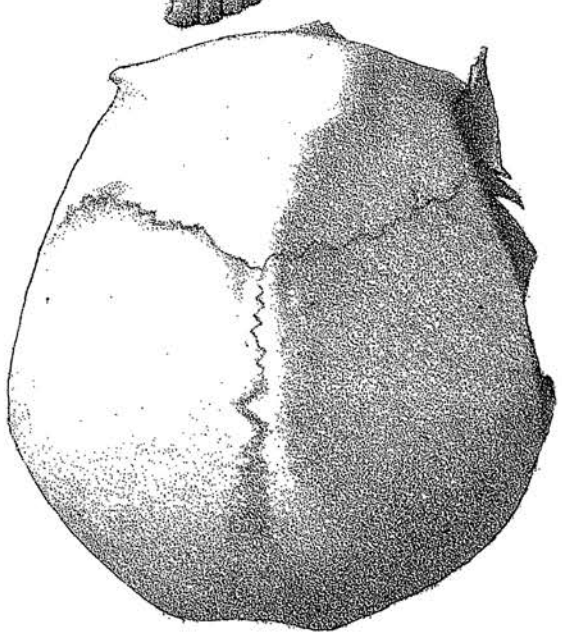
216



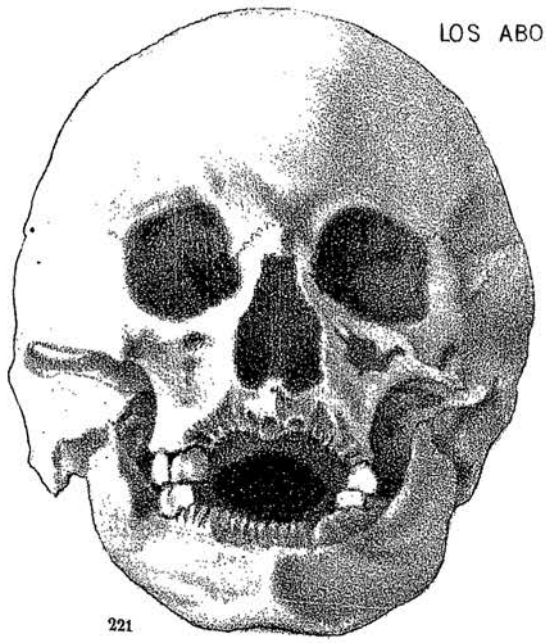
219



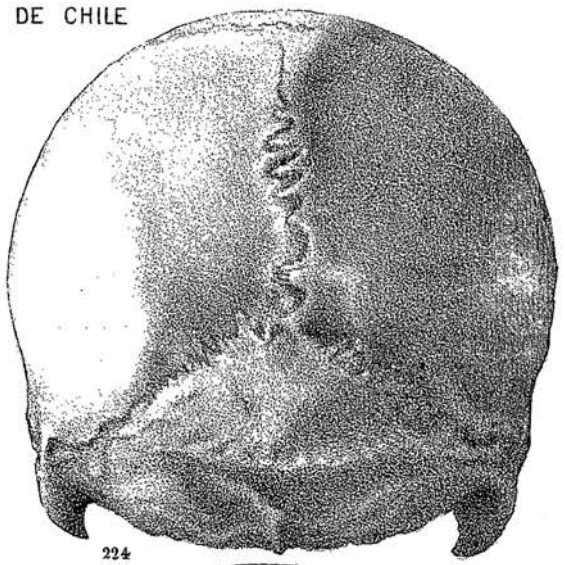
217



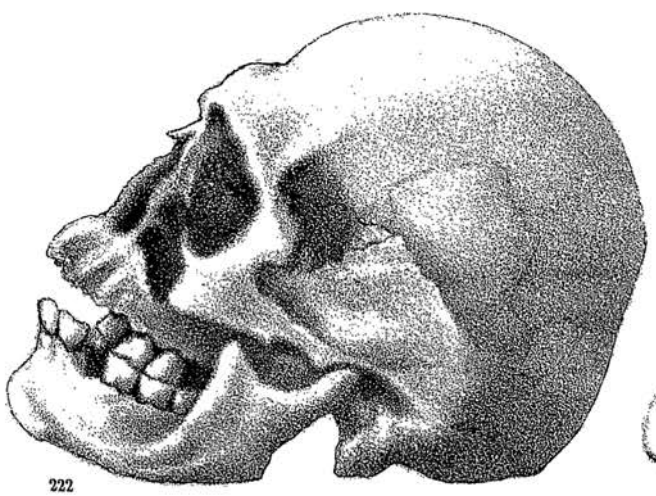
220



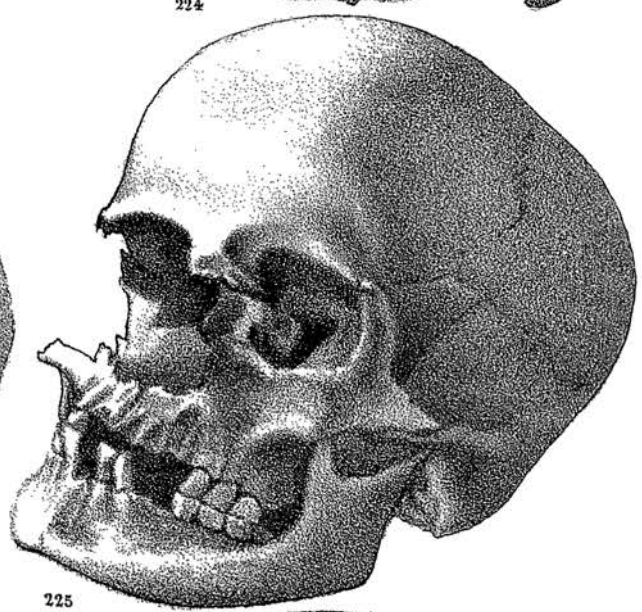
221



224

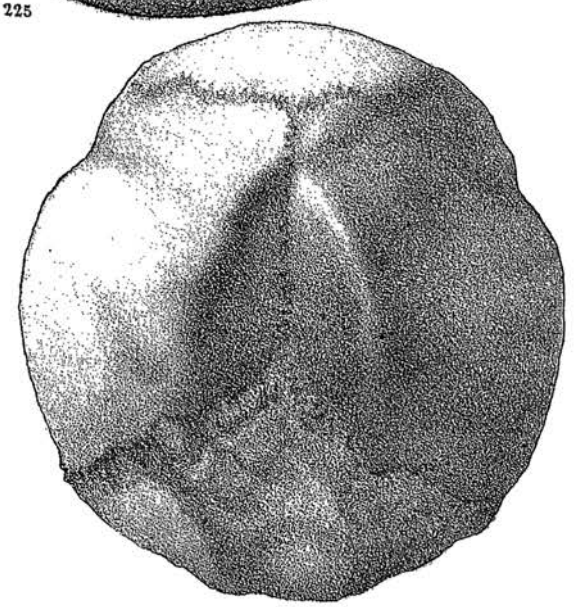


222

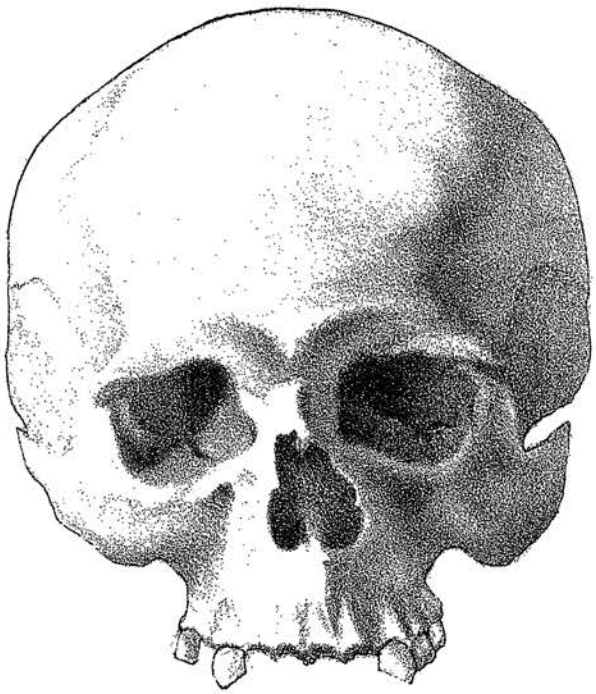


225

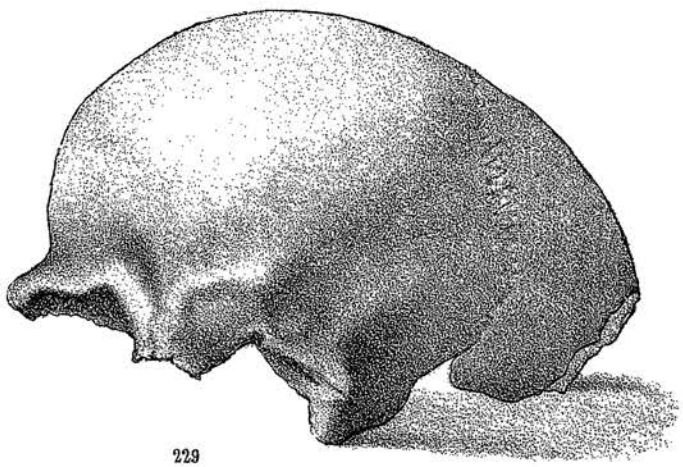
223



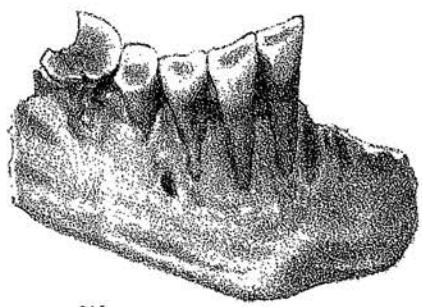
226



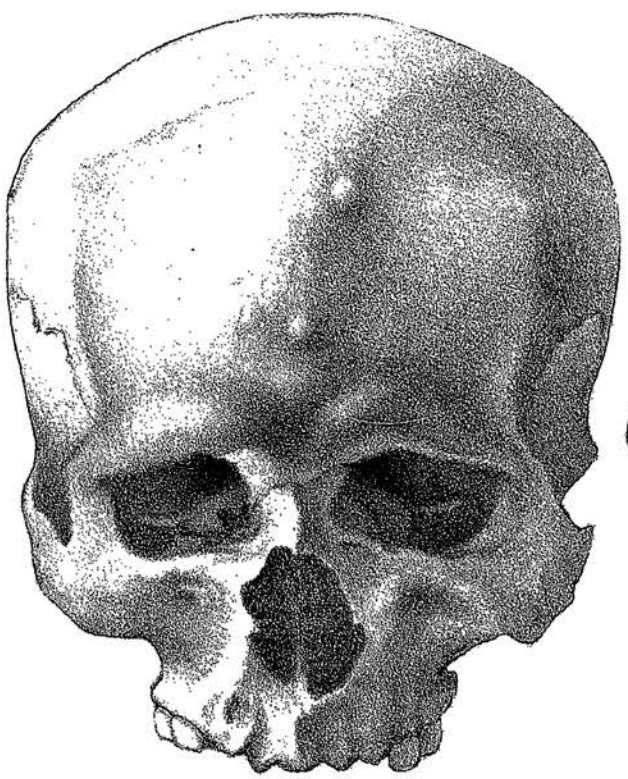
227



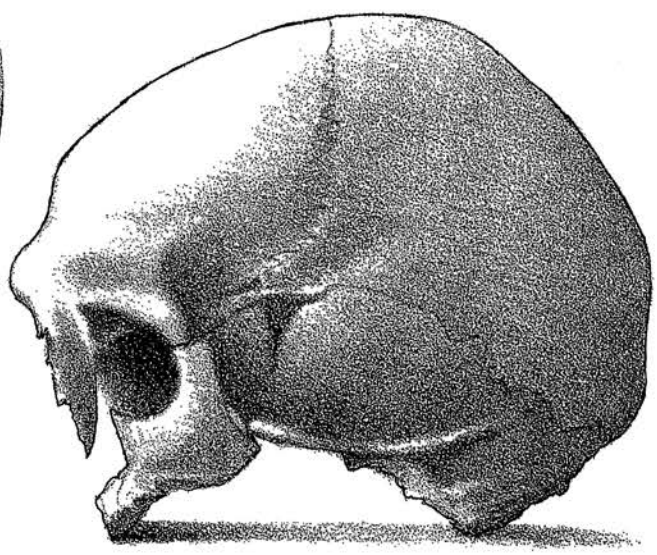
229



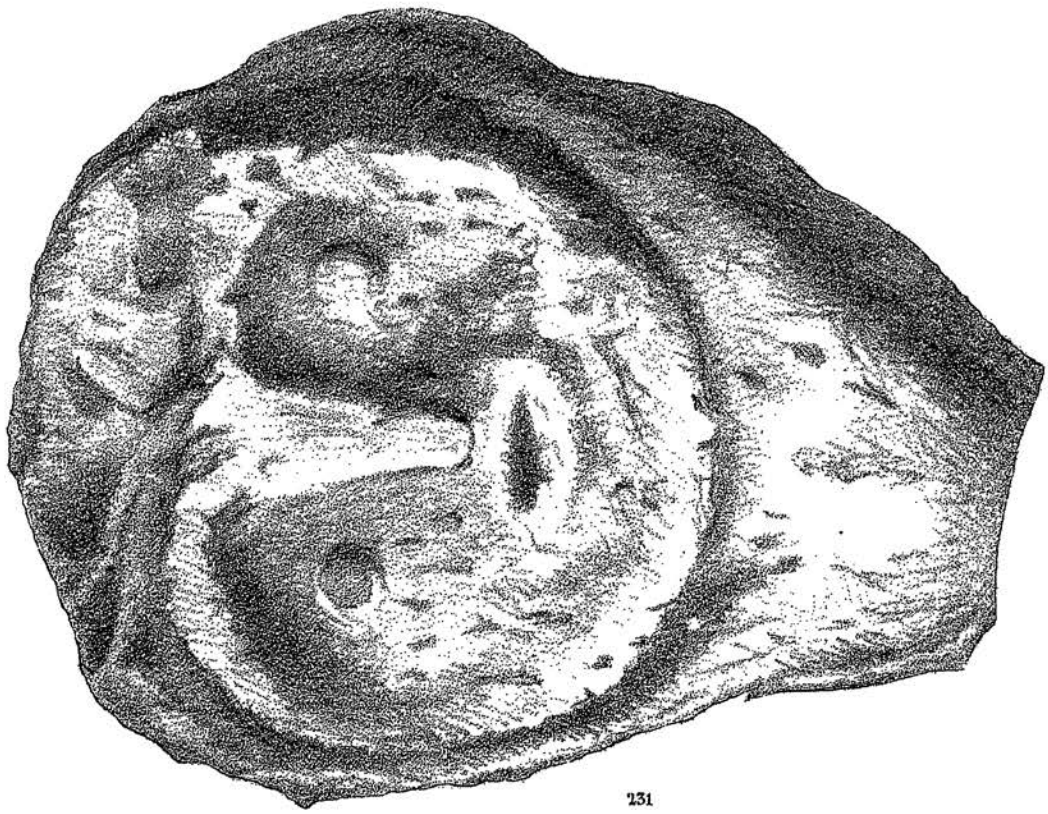
214



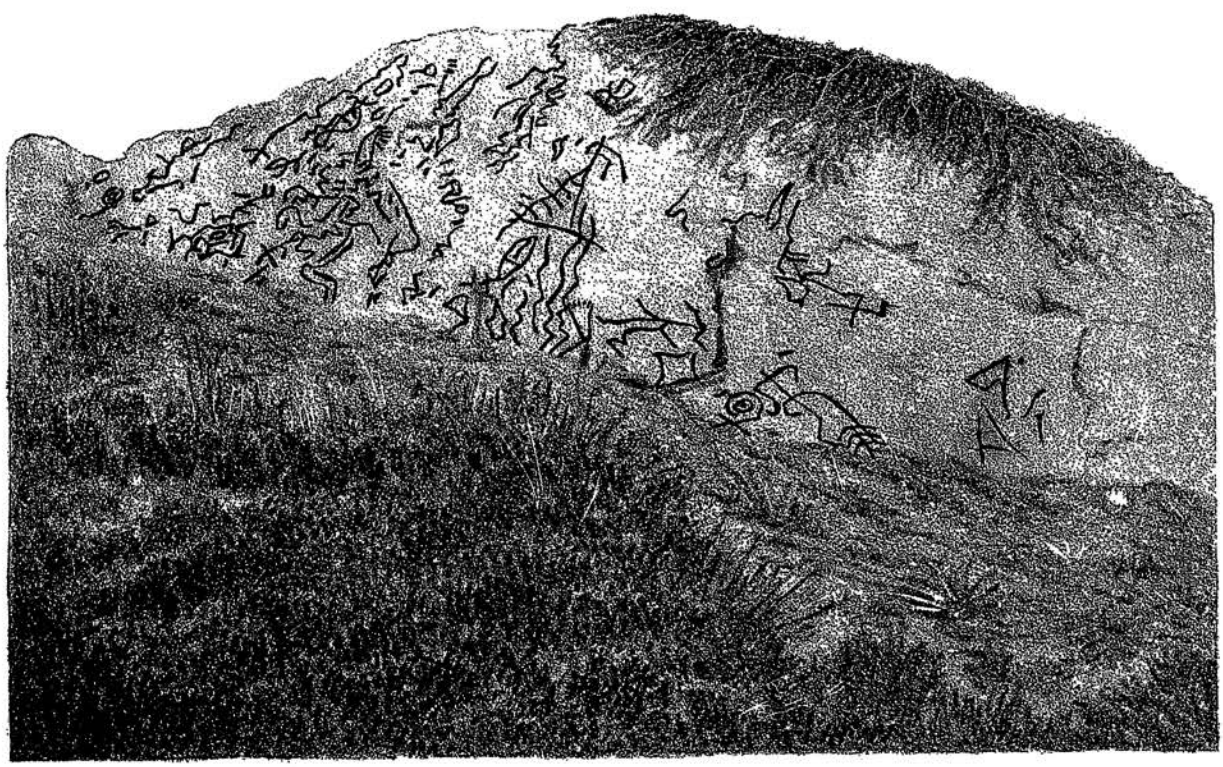
228



230



231



232

ANEXOS

Una lechuza simbólica. Contribución al estudio de los aborígenes de Chile

UNA LECHUZA SIMBÓLICA

Contribución al estudio de los aborígenes de Chile

Los objetos antropomorfos y zoomorfos de la edad neolítica descubiertos hasta ahora en Chile son tan escasos, que apenas se cuentan, en cuanto yo sepa, por los dedos de la mano. Es oportuno recordarlos.

Sea el primero una mano de mortero hallada en Vichuquén, que muestra en su parte superior, el mango, una cabeza de gato, cuyo modelo ha podido ser alguna de las dos especies de ese mamífero que habitan en Chile.

Un pico de loro hallado en Quintero, labrado de tal modo, que por la estructura del mango se infiere que estaba destinado a llevarse en la mano. A esta forma corresponden también otros dos utensilios, o más propiamente, insignias, recogidos en Colchagua. Como en el caso precedente, el modelo para labrarlos lo obtuvo el artífice en los bosques del país.

Según las referencias que se hallan en los cronistas de la época de la conquista, esos objetos de piedra se fabricaban con otras piedras, y en tiempos más avanzados con instrumentos de metal. Esto por los referentes a la época incásica, de los cuales conocemos el encontrado en Malloa, que, además de la cabeza, sólo conserva parte del pecho, sin indicación alguna de

brazos, pero que en la región posterior de la cabeza muestra una pequeña protuberancia, ya desgastada, que en su origen debió servir para amarrar en ella una cuerda y colgarlo.

Otro, hallado en Valparaíso, cavando los cimientos para una iglesia, revela una aproximación más cercana a la figura humana, mostrando en relieve los párpados y los labios, y la forma misma de la cabeza, que es redonda, y no triangular, como en el de Malloa.

Es de notar que las figuras antropomorfas de metal se limitan a las regiones de Copiapó, el Huasco y no más al sur de Coquimbo; pero en el resto del país, sólo se hallan de piedra. Esta circunstancia nos lleva a preguntarnos si los tales ídolos, o como quiera llamárseles, de la edad neolítica corresponden a manifestaciones religiosas o de otro carácter de un pueblo diverso del peruano o del que encontraron en Chile los capitanes del Inca. Y no puede dudarse de que existió aquí una raza o pueblo que dejó, como en el resto de América, huellas de su paso, inscribiendo en las rocas de los Andes relaciones, en verdad no descifradas hasta hoy, en las que aparecen figuras de hombres y animales.

Tanto por el material de que está hecho, como por el sitio en que fué encontrado, que corresponde al área diversa de aquella en que aparecen los objetos incásicos, creemos que a esta última procedencia puede corresponder el que voy a describir.

Fué encontrado en Cahuil, cerca de Pichilemu, en 1905, al cavar una zanja divisoria de dos propiedades. Es de piedra (gneis) y mide 33 centímetros de alto. Tiene dos caras, la del frente representa claramente una lechuza, y con más precisión la variedad chilena de la *Strix flammea*, variedad que consiste en tener el disco de plumas que rodea los ojos, no alargado, casi ovalado, sino dispuesto en forma de círculo; hay tres agujeros en la base, de forma cónica, esto es, que van angostándose hacia el centro, tal como ocurre en las numerosísimas piedras

igujereadas que se encuentran en la región central de Chile, lestinadas a dar peso al palo en que se ingerían para facilitar a cava del suelo. Por el lado opuesto, o del revés, y en la parte ıferior se destacan tres ojos, que así podemos llamarlos en vista le estar esculpidos exactamente en la misma forma que los que en el anverso representan los de la lechuza. Baste con esta somera descripción, puesto que el curioso lector puede fácilmente completarla, mejor que con palabras, con la inspección de la reproducción fotográfica que va aquí inserta (Lám. 12 y 13).

¿A qué propósito ha obedecido la fábrica de este objeto, que supone un largo y costoso proceso en su ejecución? Representa sin duda un ídolo, se dirá, que es lo que suele ocurrir cuando nos vemos en presencia de un objeto de procedencia indígena de la naturaleza del presente. A mi entender, este es un falso concepto, hijo de nuestra tendencia a estimar, como preferente a todas, la idea de la Divinidad. Pero es, a la vez, una manifestación de ignorancia de las que en pueblos de la edad a que corresponde tenían en ese orden y la propensión a aplicarles creencias de las que en modo alguno participaban. Antes que el culto a Dios, predominaba en ellos la necesidad de defenderse de sus enemigos, que por todas partes encontraban para disputarles un sitio ventajoso en qué vivir o el alimento que necetaban para no morirse de hambre. El culto a la Divinidad surgiría mucho más tarde. Así, pues, me inclino a creer que el bjeto de que se trata era un símbolo de guerra, digamos, la epresentación de la conveniencia de que, cual la lechuza, era ıecesario velar de noche para no descuidarse, ni aún entonces, e los ataques de sus enemigos. Como tal emblema, los agujeros que muestra en la base pudieron estar destinados para llevarlo ıhiesto en otros tantos palos. Pero ¿qué ha querido representarse por lo que llamamos los tres ojos que muestra en el reverso cara posterior? Pues ni más ni menos que reforzar la idea prinordial de la vigilia nocturna: que si de día es necesario tener

los ojos bien abiertos para guardarse de ataques sorpresivos, es necesario valerse de tres para lo que queda a retaguardia.

Estímese como se quiera semejante interpretación, pero siempre quedará en pié como contribución de no escaso valor para el estudio de la raza que precedió a la araucana en nuestro país el conocimiento de tan curioso objeto, que hoy guardan en su colegio de la Alameda los RR. PP. Franceses.

J. T. MEDINA.

Una lechuza simbólica

Una lechuza simbólica.

Papeletas de José Toribio Medina

... Acosta, II, 110.... y generalmente ha sido entre indios muy usado exercitarse en correr." ①

②

Indios atravesados con lanzas. Vease Herrera, I, p. 129

indios de servicio ③
"... sin el cual servicio y ayuda destos naturales juzgo sí es cosa certísima, fuera imposible haberle podido sustentar nuestros españoles en aquella tierra..." Nájera, p. 357. p. ed.

Descripción de Chile, Nájera, p. 6

④

Siendo el regalo que tienen los heridos un poco de trigo, bien tasado, quebrantado y cocido con agua simple, sin sal ni otro adrezo, echados todos vestidos, sin cama donde poderse desnudar."
Nájera, p. 330, primera ed.

junta de indios, B.67 ⑤

Chuquiabo, 387 en oña ⑥

En la batalla de Tucapel es escaparon tres indios amigos, según Cordoba, Andres, uno de ellos, llegó con la noticia a la Concepción: era natural de Copiapó, criado de Valdivia - Córdoba y Figueroa ⑦

orejones ⑧
2... y en lugar de estos (mitimas) plantaba de los de su nación del Cuzco, especialmente los orejones, que eran como caballeros de linage antiguo."
Acosta, II, 114.

En la batalla de Biobio, dice Cordoba: "traían (los indios) muchas armasespañolas defensivas y ofensivas, que bien indicaron los trofeos de sus vistorias. P99 ⑨

lanzas arrojadizas ⑩
"Llamaban a estos tlacohecaltatl, que significa el príncipe de las lanzas arrojadizas, que era un género de armas que ellos mucho usaban."
Acosta, II, 138.

Historia. (11)

Dice Gonzalo Hernandez Bermejo, en carta de Lima 2 de Enero de 1577:

Despueble de Concepcion: ..." y otro dia, dándose arma por los corredores del campo que venían los indios, sin más dilación fue despoblada la Concepción, sin haber valor ni vergüenza en nadie para lo estorbar: las mujeres, a pie, llorando de ver quedar sus casas y lo que en ellas había, que no les fué menos, lo cual allí dejaron, porque detenidos los indios en el despojo, les dieron lugar a se poner en salvo..."

Palabras indígenas (12)

"Esta regla he hallado buena para discernir qué cosas tuvieron l os indios antes de venir españoles, y qué cosas no. Porque aquellas que ellos ya tenían y conocían, también les daban su nombre: las que de nuevo recibieron diéronles también nombres de nuevo, los cuales, de ordinario, son los mismos nombres españoles, aunque pronunciados a su modo...."

Acosta, I, 268

indios atravesados con lanza (13)
B.123

trasquilar los indios, B. 228
(14)

indios con el hambre (15)

vea Docs. inédts. ~~XXIV, 419~~ XIX, p. 463-466

(16)

Cura, 401?

Orejones."Llamaban en el Perú á los mancebos nobles que se criaban para emplearlos en los cargos de la primera distinción, como embajadas, gobiernos, Dic de Aut., cita a Ercillacanto I, oct 48 y al P,Acosta"

"En lugar de éstos, plantaba los de su nación del Cuzco, especialmente los orejones, que eran como caballeros de linaje a ntiguo.." Hist., lib. VI, cap.12.

Traje de los indios.

Despues de la caida de la Imperial en poder de los araucanos:

Haciendo a las viudas y doncellas
Queclos vestidos todas se quitasen
Y a la usanza se vistan luego de ellos,
La ropa corta y sueltos los cabellos.

Y en lugar de las túnicas delgadas
Fueron de lana burda otras cambiadas.

Sin pliegues, sin alforza y sin costura
Es el bárbaro traje, y tan mal hecho
Que no señala talle ni cintura,
Forma, garvo, facción, espalda o pecho;
Y demás de que es mala su hechura,
Aspero, deshonesto, corto, estrecho,
Tanto, que se descubren las costillas
Y llega cuando mucho a las rodillas.

Puren, CantoXIX, p.378.

verdad histórica (18)

ir á Castilla.

"... viéndose tan soldados, bien armados y victoriosos, pues como tales usan de tan arrogantes amenazas que acostumbran á decir que aun han de venir hasta Castilla á hacernos guerra." Nájera, p. 212, seg ed.

discursos.

"... para probar lo que pretenden y persuadir lo que intentan hacen tales argumentos que bastan á engañar aun á los que más experiencia tienen de sus cautelas; y así, cotejando su bruta vida con su elocuencia y modos de orar, es esta una de las cosas que más admiran á los que llegan de nuevo á aquel reino si notan lo uno y lo otro. Porque en su oración, dividiendo las partes de sus materias, usan de tan elegantes términos y razones, como si hubieran salido de las escuelas de Atenas, unas veces disculpándose y otras probando cuanto mejor les está nuestra amistad que el uso de la trabajosa guerra, acompañando sus razones, ya con voz lastimosa, ya con lágrimas y con demostraciones y semblantes que bastan, como digo, á engañar á los más recatados. De manera que por su mucha agudeza de ingenio, rehuso el darles á estos indios títulos de bárbaros." Y para probarlo, pone una muestra de tales arengas, que excusaremos de repetir aquí por hallarse en una obra al alcande de todos.

Nájera, pp. 346-47, primera ed.

amor patrio

"... y no sólo a cada uno por entero (de sus valles) pero al arroyo, á la fuente, a la ribera, al soto, a la arboleda, al lago, hasta a los riscos y peñas tienen increíble cariño y amor, porque cada cosa déstas les causa apacibles gustos y pasatiempos. Y para significar en suma en cuanta estimación tienen los indios sus viviendas, bastará decir que se ve muchas veces

tomando en ellas los nuestros algunos prisioneros, y viendo ellos que los sacan de aquel tan su amado distrito, pedir con mucha instancia que si los han de matar en otra parte, que los priven de la vida en su tierra, y no los lleven fuera della á morir á otra ninguna, echándose para esto en los suelos, y haciendo otras mil exclamaciones para que les sea concedida su petición."

Nájera, p. 252, seg. ed.

hoyos

"Acostumbran los indios á hacer grandes hoyos en los caminos y senderos, con espesas estacas que dentro hincan, largas de á braza y de agudas puntas, de los cuales hoyos cierran la superficie tan disimuladamente, que mostrándose los indios de la otra parte, obligan á nuestros soldados de á caballo á correr tras ellos, donde caen en los hoyos y quedan estacados, hasta que vuelven sobre ellos y los matan."

Nájera, p. 297, seg. ed.

lanzas y escaupil

"... porque teniendo las lanzas, como dije, las puntas tostadas, por carecer de hierros, aunque algunos las traían de cobre, las resistía, así como á las flechas, cualquiera coleto de ante ó escaupil (que es un capote colchado de algodón)..."

Nájera, p. 304, seg ed.

Cómo están hechos los fuertes. Nájera. deseng. 4, cap. II

Yo soy Caupolican

Al acometer, "con un general murmúreo diabólico de su multitud, hablando entre todos en voz alta que se pueda entender solamente sus capitanes, no otra cosa más de nombrarse por sus nombres en su lengua, y los ladinos en la española, como si dijesen: "Yo soy Pelantaro, yo soy Anganamón, yo soy Longotegua, yo soy Nabalouri, y otros sus nombres semejantes. Lo cual tienen ellos á gran valentía y arrogante presunción...."

Nájera, , p.325, seg. ed.

18p 2

Oña, sobre el nombre de su poema, Nájera, p.37 (19)

combate los robustos gestos de los indios. Nájera, p. 39 y sigue á la vuelta; la ligereza y las fuerzas, [illegible]

lugares de reunión de los indios. Nájera, p.43

borrachez, por borrachera. Nájera, p.44

discursos de los indios. Nájera, p.46

partidos: "son muy partidos en lo que comen y beben." Nájera, p.48

Fiton. Nájera, - p.48

curar con yerbas. Nájera, p.48

No echan lágrimas. Nájera, pp. 48-49

incomportable. Nájera, pl.65

papas. Nájera, p.83

Por dioses eran tenidos. Nájera, p.85

Venus y amor. Nájera, p.93

infantería en bileras. Nájera95.

armas defensivas, Nájera, p.96

insignias de los caciques, Nájera, p. 98

arengas, Nájera, p.99

mensajeros, Nájera, p. 100

estratajemas, Nájera, p.100

(20)

"... es aquella tierra a semejanza de una calle larga, ocupada de fuertes y cerrados valles habitados de indios, cuyos lados son, el uno la gran Cordillera Nevada, y el otro el Mar del Sur..." Nájera, p. 377, prim, ed.

"... y así digo que toda ella corre norte sur, á semejanza de una calle larga, como ya dije, en cuanto al ser angosta y larga, pues en lo demás es tan ocupada de cerros (como he mostrado), cuyo principio, que es la parte que mira al norte y lo más templado, es lo que poseen nuestros españoles; y la parte que está al sur, que es la más fría, es la que habitan los indios de guerra." Id., p.379.

(21)

orejones.

Las Casas, De las antiguas gentes del Perú, considera que los orejones constituían cierta orden, como las de caballerías en los países europeos, contando al efecto, las ceremonias que para ello hacían (p. 43) y advirtiendo que de ella sólo podían formar parte los que eran del linaje de los Incas y con licencia y privilegio suyo.

(22)

discursos de los indios. Bascuñan, 412-15, 433

pparlamentos y oradores, Basc.497

(23)

indios de linaje, Bascuñan,359

mujeres se separan del marido, Bascuñan, 361

Fitón, Bascuñan, 361

(24)

Históricos

huesos en la cuesta de Villagra - 371-4-7

punta el interés español - 370-2-4; 566-2

~~Clemencia de D. García - 352~~

Arauco (22 leguas) 200-4-5

16 caciques - 272-1-2

muertos en Millarapué - 414-1-8; 414-2-1

415-4-2, 4, 7

(25)

La intervención del hechicero y el que diese sus vaticinios en cuevas ó lugares secretos, era en los tiempos de Ercilla, y continuó siéndolo después un recurso consagrado en la máquina del poema épico, que permitia al poeta ingerir algún episodio y tratar en él de lo que no le habria sido posible dentro del relato del suceso que celebraba, anticipándose por medio de tal recurso á referir hechos que se suponia estaban reservados á lo porvenir. Cualquiera podria, pues, imaginar que Fitón y su cueva y sus pronósticos eran una simple invención del poeta, que en esto no habria hecho otra cosa que seguir lo que estaba ya consagrado como un resorte literario. Prescindiendo, en el caso presente, de los mismos vaticinios que aparece revelando al poeta, vamos á tratar de establecer por testimonios irrefutables que al ingerirlos en su obra no hizo otra cosa que respetar lo que estaba establecido en las costumbres de los mismos araucanos.

Pedro de Oña, cuyo testimonio á este respecto es de importancia capital, pues, como lo afirma y es la verdad, al tratar de estos hechiceros y de sus pronósticos:

Helo yo sabido de muchos de ellos,
Por ser en su país, mi patria amada,
Y conocer su frasis, lengua y modo,
Que para darme crédito es el todo

describe en los términos que va á verse el sitio y modo con que procedian:

En hondos y secretos soterraños
Tienen capaces cuevas fabricadas
Sobre maderos fuertes afirmadas
Para que estén así nestóreos años:
Las cuales, en lugar de ricos paños,
Están de abajo arriba entapizadas
Con todo el suelo en ámbito de esteras
Y de cabezas hórridas de fieras.

Y que allí se

Entra por senda ángosta y desmentida
Para que no le sepan la guarida.

Añade aún, que dentro de la cueva estaba un cadáver disecado, dentro del cual se metia

El abismal diabólico trasunto
Por do responde, siendo preguntado,
Así de los negocios del Estado,
Si sube ó si declina de su punto,
Como de los influjos celestiales,
De buenos y de malos temporales.

Canto II, pp. 43-44.

573

cop. Mongens, M. 242-44

hechiceros (26)

"Y es cosa infinita la gran multitud que hubo de estos adivinos, sortílegos, hechiceros, agoreros y otros mil géneros de falsos profetas.... Señaladamente hubo un género de hechiceros entre aquellos indios, permitido por los Reyes Incas, que son como bruxos, y toman la figura que quieren, y van por el aire en breve tiempo largo camino, y ven lo que pasa; hablan con el Demonio, el cual les responde en ciertas piedras, o en otras cosas, que ellos veneran mucho. Estos sirven de adivinos, y de decir lo que pasa en lugares muy remotos, antes que venga o pueda venir la nueva; como aún después que los españoles vinieron ha sucedido, que en distancia de más de doscientas o trescientas leguas se ha sabido de los motines, de las batallas y de los alzamientos y muertes, así de los tiranos como de los que eran de la parte del Rey, y de personas particulares el mismo día y tiempo que las tales cosas sucedieron, o el día siguiente, que por curso natural era imposible saberlas tan presto. Para hacer esta abusión de adivinaciones, se meten en una casa cerrada por de dentro, y se emborrachan hasta perder el juicio, y después, a cabo de un día, dicen lo que se les pregunta." Acosta, II, 69-70.

gobierno de los indios (27)

Por esto, muchas naciones y gentes de indios no sufren reyes ni señores absolutos, sino viven en behetría; y solamente para ciertas cosas, mayormente de guerra, crian capitanes y príncipes, a los cuales durante aquel ministerio, obedecen y después se vuelven a sus primeros oficios. De esta suerte se gobierna la mayor parte de este Nuevo Orbe, donde no hay reinos fundados, ni repúblicas establecidas, ni príncipes o reyes perpetuos y conocidos, aunque hay algunos señores y principales que son como caballeros aventajados al vulgo de los demás. De esta suerte pasa en toda la tierra de Chile, donde tantos años se han sustentado contra españoles los araucanos, los de Tucapel y otros. Así fué todo lo del Nuevo Reino de Granada, lo de Guatemala, las Islas, toda la Florida... "

Acosta, II, 111.

(28)

Hoyos de los indios. Hablando Zárate de la conquista de Quito por Benálcazar, dice"y cuando aguardaban era porque tenían hechos hoyos anchos y hondos, sembrados dentro de palos y estacas agudas, y cubiertos con céspedes y yerbas sobre muy delgadas cañas, casi en la forma que escribe César en el setimo comentario que los de Alexia le pusieron para defensa de la ciudad..."P. 481.
Juan Gomez en el combate de los xatorce de la Fama, dice en la pregunta 14 de su interrogatorio, que "arremetió su caballo contra todos los dichos indios, e por tener en su campo los dichos indios hoyos pequeños con que cayesen los caballos, cayó el caballo del dicho Juan Gómez..." En respuesta contesta afirmativamente, poniendo de relieve el hecho Martin de Ariza. Docs. inéds. XIV, 89

(29)

Eleccion de Caupolican.
"No quiero dejar de advertir al lector sobre este opunto, que si acaso leyere la historia llamada Araucana, compuesta por el ilustrísimo poeta don Alonso de Ercilla vaya con tiento en el dar el legítimo sentido a las palabras con que pondera el largo tiempo que este Caupolicán tuvo en sus hombros un pesadísimo madero, arrojándoles después un gran grande trecho de sí, como cosa en que consistía su elección, por estar determinado que el que más tiempo sustentase aquel madero, fuese electo en lo cual me refiero a su historia, avisando aquí al lector que entienda que este caballero habla como poeta, con exgeración hiperbólica la cual estan necsaria para hacer excelente su poesía, como lo es para mi historia el ser verdadera, sin usar de las licencias que Horacio concede a los poetas. " y en seguida trae a cuentoa Polifemo, Encélado, Milón de Crotina, lo que refieren Lucano y Juvenal de Mónico, para concluir así:" y así,mientras la exageración es mayor, tanto más se debe alabar a don Alonso de Ercilla; poniendo empero, resguardo a que entienda el lector que no por esto deja de ser verdad comunmente lo que escribe, pues una ficción no quita el crédito a la poesía (sic). Y así verá el lector que en las más concuerda con lo que aquí se escribe, que es lo que pasó en efecto de verdad. Digo, pues, que ni el indio tuvo tal madero tanto tiempo como allí se refiere, ni tampoco fué este el negocioen que consistía el ser electo por capitán general, porque no son los indios araucanos y tucapelinos tan faltos de entendimiento

buenas
que viniesen a reducir todas las partes necesarias para tal oficio a una sola y de tan menuda prueba como era el sustentar el un árbol, siendo cosa que podía caer en el indio más incapaz de todos para tal cargo; y así. se debe entender que esta prueba se hizo, no sola, ni como la única que calificaba al general, sino entre otras muchas, como correr, saltar, luchar, blandear una lanza, y otras, para que se diese el cargo a aquel en quien más partes concurriesen, atendiendo en primer lugar a la sagacidad y prudencia; y por ser Caupolicán tan aventajado en todos los requisitos concernientes a tal oficio, fué nombrado y recibido por general. " Mariño,pp. 149-150.

(30)

elección de jefe

Tienen un general continuamente,
Sólo por su valor y esfuerzo electo,
No en calidad y estados excelente,
Sino del que se tiene más concepto.
Que aquel que da señal de más valiente
Y en las armas se muestra más perfecto
En hechos que les constan, elegido
Es por tal general y obedecido.

Laso de la Vega, Cortés valeroso,
hoja 132 v.

(31)

Pestilencia y antropofagos.

"...los indios de Tucapel y Arauco, con las vitorias habidas enviaron a decir a todos los indio de la tierra la muerte del Gobernador y los demás y despoblada de la Concepción, y que no sembrasen porque los cristianos, no teniendo que comer, se irían y les dexarían la tierra: hiciéronlo así que sembraron poco: hubo gran secano; no se cogió comida y hubo gran hambre y luego gran pestilencia, de suerte que murieron más de dos millones de personas, porque (de) Engol a la ciudad Imperial había más que en todo el Pirú, y quedó todo despoblado, porque, habiendo hambre y pestilencia llevado la mayor parte, los que habían quedado e que los cristianos les daban de comer, como estaban debilitados, también desto murieron muchos, y aunque de su natural nunca habían sido caribes, después de tantos males, dieron en comerse unos a otros, sin perdonar padre a hijo, ni marido a mujer, sino quel que primero caya en una casa, y aun sin caer, los demásle acabanan y le tenían en medio hasta no dejar hueso ni cosa dél; y éstos, corrompidos de tales comidas, también murieron muchos, que paresce imposible haber quedado nadie."

Carta de Hernandez Bermejo, Los Reyes, 2 Enero1577
A. I.70-4-20.

[illegible] de Galvarino.

"... pero aun con despiedad de sí mismos menosprecian las penosas justicias que por sus delictos hacen en ellos los nuestros, como se ve cuando sucede cortarles los pies, que es poco antes del nacimiento de los dedos, lo cual se hace algunas veces con pujavante, dando golpes en él con martillo, puesto el pie sobre algún leño, y otras veces con golpes de machete, que en tales casos es cosa que admira el ver con la constancia y determinación ,desdén y denuedo, que sin que sea menester atarlos ni tenerlos, ponen libremente el pie sobre el leño, y esperan sin hacer movimiento el golpe del martillo que da en el pujavante, o los golpes del machete, que de una manera ó de otra se echa á una parte el medio pie, y cortado el uno,es de notar cuan sin temor ponen luego el otro sin que se lo manden, y cómo acuden luego á meterlo cortado en el caldero de sebo hirviendo, que está allí aparejado para quemar la cortadura, haciendo lo uno y lo otro con notable tolerancia, sin hacer visaje en el rostro, que sólo muestran demudado, que no sé que pudo ser mayor el sufrimiento y valor que escriben del famoso romano Mucio Scevola. Y aun indio ha habido, que puesto el pie en el madero, comenzándosele á cortar otro indio que hacía el oficio de verdugo con un machete, viendo que se daba mala maña, ha sucedido el quitarle el machete de las manos y cortádose él mismo el pie." Najera, p. 467-468, primera edición.

(33)

Lautaro.

Dice Lorenzo Bernal en su memorial de servicios que el fue con Villagra "contra el general de los indios de guerra que se decía Lautaro, que est ba con mucho número de gente en términos de ciudad de Santiago, inquietand y levantando los que estaban de paz, e desbaratando y matando e robando españoles..."

rostro los indios a la puerta del bosquevinieron a los brazos y des pués de algunas heridas los rindieron y aprisionaron a doce, los cuales se colgaron con los demas en el árbol viejo para qu estuviese mas colmado del fruto de su victoria."

(34)

Lautaro

Hernandez. Tengo carta de Gonzalo Hernandez Bermejo de 2 de Enero de 1577. ¿Será Buenos Años? En esta carta habla de Lautaro así:

Valdivia... caminó hasta que se halló cercado de más de cincuenta mill indios, donde él y todos murieron, sin escapar cosa viva, si no fué Lautaro, indio suyo, caballerizo, que viendo que los indios aflojavan en el pelear se pasó a ellos y los animó y exhortó de suerte que llevaron la vitoria; y este Lautaro fue el que después, partiendo de Tucapel con ochocientos indios para la ciudad de Santiago, para hacer el daño que pudiera y alzar los indios de paz, dijo a la partida una braveza, que por no s ser como la dijo que fue decir a sus soldados: " hermanos, sabed que a lo que vamos es a cortar la raíz donde nacen estos cristianos para que no nazcan más."

(35)

armas de los indios de México

"Sus armas eran unas navajas agudas de pedernal puestas de una parte y de otra de un bastón, y era esta arma tan furiosa, que afirman que de un golpe echaban con ella la cabeza de un caballo abaxo, cortando toda la cerviz; usaban porras pesadas y recias, lanzas también a modo de picas, y otras arrojadizas, en que eran muy diestros; con piedras hacían gran parte de su negocio. Para defenderse usaban rodelas pequeñas y escudos, algunas como celadas o morriones, y grandísima plumería en rodelas y morriones, y vestíanse de pieles de tigres o leones u otros animales fieros."

Acosta, II, 140

(36)

Apostol Santiago.

"Y por los merescimientos suyos y de su compaña, dice Gomara, su criado, que les apareció Sant Pedro, ó Santiago, encima de un caballo,, que hizo en los indios aquel gran estrago.".. Las Casas, III, 477.

Contradice Amunategui Que Valdivia poseía una espada y una capa "como sin fundamento lo dicen los versos de don Alonso de Ercilla, C. I, oct. 56. P. 12o, ed de 1885.

Pero le cita en comprobacion en varias ocasiones, y especialmente invoca su testimonio para afirmar que no fue el fuerte de Puren el primero atacado por los indios sublevados en tiempo de Valdivia, como lo trae Herrera, sino el de Tucapel, de acuerdo con Góngora. P. 214.

Hace notar la contradiccion de Ercilla cuando este en el Canto III dice que el numero de los indios auxiliares de Valdivia era de 2mil (estrofa 58) y en 69, que de tres mil. P. 218.

Batalla de Tucapel (37)

"... Hay otro rasgo, observa Quintana en el lugar que acabamos de citar, que natural y sencillo al parecer, y no teniendo más forma que la de una transición narrativa, hace, por el punto en que se halla, un grahde efecto en el ánimo. Muertos los españoles que han embestido primeroá los araucanos, otros diez valientes emprenden el ataque, y caen también hechos pedazos;

En esto la española trompa oída,/Þ/
Dió la postrer señal de arremetida;

"Y á pesar del denuedo con que los españoles se arrojan al enemigo, esta no es ya una señal de combatir, sino un toque lúgubre de derrota y de muerte, que anuncia el último estrago de los que van a atacar á aquellos bárbaros enconados y feroces. Antes los indios huían a bandadas de un solo español que los acometiese: ahora los esperan a pie firme, y sacrificados los primeros y los segundos, ¿qué tienen que esperar los terceros?"

Poesías selectas castellanas, Madrid, 1833, C.E., t. 475

(38)

Amparados los indios bellicosos
Con cerca de tres cercos extendidos
Cada cual de maderos poderosos,
Profndos, y al cortar endurecidos;
Con yedras o bejucos correosos
Unos con otros bien fortalecidos,
Y en torno de las cercas de maderos
Hoyos para meterse los flecheros,
Castellanos, Elegías, p. 268, al tratar de las jornadas de Antonio Sedeño en Venezuela.

(39)

Indios atravesados de lanzadas. Refiriendo el combate con Lautaro cuenta Alonso Pérez Jurado, testigo presentado por Juan Gomez en una de sus informaciones de servicios, dice que "había indios que con dos y tres arcabuzasos y estando atravesados de lanzadas, peleaban con mucho ánimo..." D. I. XI, p. 211

Armas de los indios.
Describiendo la batalla de Andalien, librada por Valdivia, dice uno de los que se hallaron en ella, que "los indios venían armados, los más dellos, de arneses de cuero de lobo, con cascos, flechas y porras..." Declaracion de Juan Gomez, D. I. XVII, 160

Caupolican, soneto de Rubén Darío.

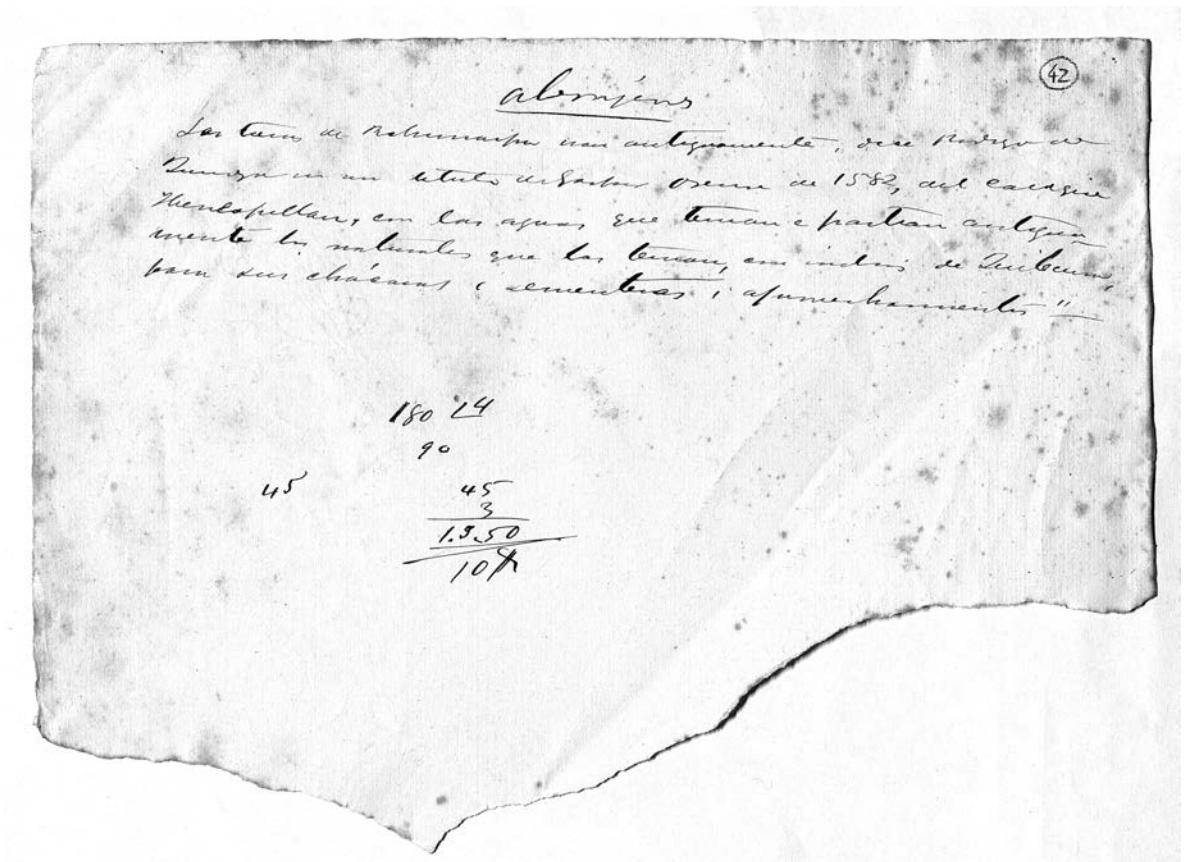
Es algo formidable que vió la vigja raza :
robusto tronco de árbol al hombro de un campeó
Salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
Blandiera el brazo de Hércules o el brazo de Sansó
Por casco, sus cabellos; su pecho por coraza:
Pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
Lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
Desjarretary un toro y estrangular un león.
Anduvo, anduvo, anduvo. Lo vió la luz del día,
Lo vió latrade pálida, lo vió la noche fría,
Y siempre el tronco de árbol a cuestas del titán.
¡El toqui¡ eltoqui¡ clama la conmovida casta. An
Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: ¡Basta¡
E irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

(41)

252-4-8:

Soplan con gran rigor del austral quicio.

Sostiene así Ercilla que el viento que sopla con fuerza en la costa de Chile después de salir el sol de la constelación de Géminis, esto es, según lo que dijimos en la nota precedente, desde fines de Junio en adelante durante el invierno, es el sur: error manifiesto, pues de todos es sabido en nuestro país que es el norte. La tormenta que él mismo hubo de experimentar en las proximidades de Talcahuano, fué, sin duda, producida por tal viento.



(42)

Abrojeros

Las tierras de Rehumaipa eran antiguamente, dice Rodrigo de Zuniga en un título de Gaspar Orense de 1582, del Cacique Hencopillan, con las aguas que tenían e partían antiguamente los naturales que las tenían, con indios de Quilcum para sus chácaras i sementeras i aprovechamientos"

180 | 4
90

45

45
3
1.350
10

Aborígenes (43)

D. Demetrio Lastarria posee dos piedras horadadas, una de lava i otra arenisca, que fueron halladas en las condiciones de la hacienda de la Compañía, haciendo un herido, a una altura calculada de 1800 metros.

D. Demetrio Lastarria posee dos piedras horadadas, una de lava i otra arenisca, que fueron halladas en las condiciones de la hacienda de la Compañía, haciendo un herido, a una altura calculada de 1800 metros.

<7 Noviembre>

Terminose de imprimir esta edición de *Los aboríjenes de Chile* de José Toribio Medina en los talleres de Andros Impresores con un tiraje de quinientos ejemplares, en el mes de diciembre de dos mil veintitrés, cuya onceava jornada conmemora su fallecimiento, en mil novecientos treinta. La imagen de este colofón representa la figura del búho que el americanista utilizó como símbolo y que replicó en su *ex libris* y en la lámpara que se exhibe en una de las vitrinas de la Sala José Toribio Medina de la Biblioteca Nacional de Chile.

Entre las facetas menos conocidas del historiador, bibliógrafo y coleccionista que fue José Toribio Medina (1852-1930), se encuentran intereses tales como las ciencias naturales, la antropología y la arqueología, que materializó en diversos artículos y libros, en la formación de colecciones, en la donación de objetos a instituciones museográficas y en la fundación de sociedades dedicadas a los estudios científicos.

Un ejemplo de estas aficiones es su libro *Los aboríjenes de Chile*, publicado en 1882, que sintetiza los aportes del erudito al análisis de un tema hasta entonces casi inédito: el conocimiento sobre los grupos humanos que habitaron América previo a la llegada de los españoles. Para ello, pone en debate distintos autores, datos, interpretaciones y objetos con el propósito de determinar, por ejemplo, la espacialidad a la que aludía el nombre de «Chile», el poblamiento de ese territorio y el resto del continente; las tradiciones, costumbres y características de los habitantes, concentrándose en los mapuche, y la conquista de los incas y su impacto. Además, complementa sus observaciones con un conjunto de láminas que representan objetos pertenecientes a los pueblos originarios encontrados en diversas localidades chilenas y que, para entonces, formaban parte de distintas colecciones.

Para contribuir en el reconocimiento del historiador y su trabajo publicamos esta tercera edición semifacsimilar, en la que otorgamos de manera íntegra el documento de 1882. Además, incluye un estudio introductorio de Fernando Pairican Padilla que contextualiza el escrito. Asimismo, añadimos una sección de anexos conformada por uno de los artículos que Medina redactó a propósito del hallazgo de nuevos objetos que le permitieron continuar y completar sus indagaciones sobre este tema. Por último, presentamos las papeletas utilizadas por el autor en las que anotó datos y referencias que, luego, incluyó en su obra y que permiten adentrarse en las formas de investigación de aquella época.

Con su publicación, Medina amplió la cronología de la historia de Chile y fortaleció las relaciones con el acontecer histórico americano. También dio especificidad al conocimiento de los pueblos originarios y vinculó ese saber con otras disciplinas. En definitiva, consideramos que esta reedición pone en valor el trabajo del americanista, con la finalidad de difundir y debatir uno de los intereses y quehaceres menos conocidos de su trayectoria biográfica.

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Gobierno de Chile
Biblioteca Nacional de Chile
Instituto de Historia
Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política